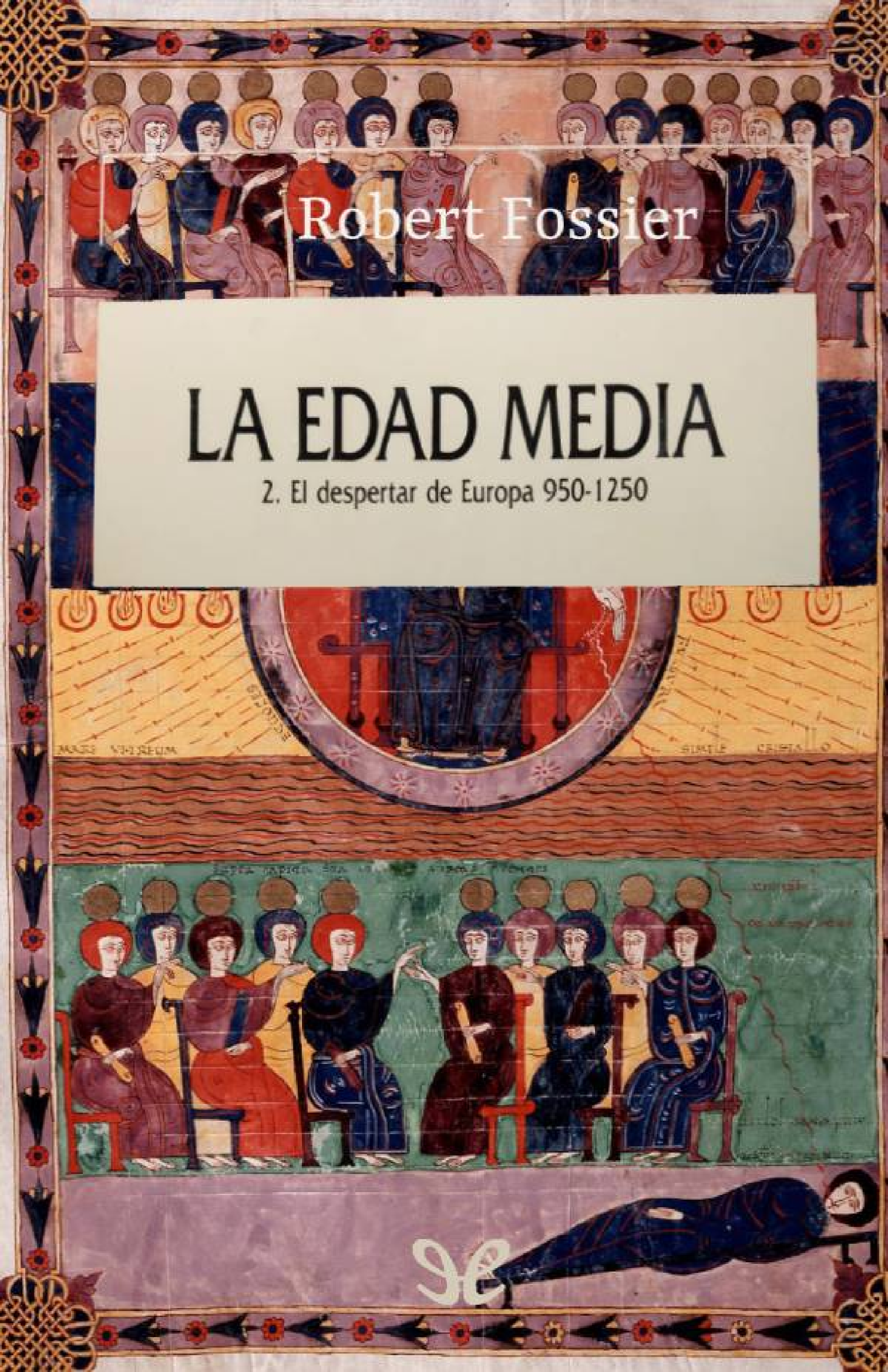

Robert Fossier
LA EDAD MEDIA
2. El despertar de Europa 950-1250

Con el año mil se inicia el despertar de Europa: expansión demográfica, roturación y organización de los campos, asentamiento de los núcleos urbanos, nacimiento del sistema feudal, aparición de los estados. Al propio tiempo, y con la eliminación del pensamiento primitivo, se organiza una sociedad cristiana tutelada intelectualmente por la Iglesia. Mientras tanto, en Oriente, a pesar del esplendor de su fachada, el Islam se cuartea por sus rivalidades internas, y los califas ceden la realidad del poder a los generales turcos, mientras en España se afirma un Estado musulmán autónomo, que desarrollará una cultura deslumbrante. Bizancio, arruinado por las disensiones intestinas, la rutina burocrática y la esclerosis económica, ve su cohesión territorial amputada en la periferia y confirmada la ruptura religiosa respecto del Occidente cristiano, si bien su civilización brilla con un último esplendor.

A partir del siglo XII la relación de fuerzas ha cambiado definitivamente: la pequeña Europa refuerza su primacía y el Oriente se debilita. Cada vez más poblado, y necesitado de nuevas tierras para roturar, el espacio europeo se dilata hacia el este, hacia el norte o hacia el mar, aunque la aventura de las Cruzadas acabe en un fracaso. Es un auténtico salto hacia adelante: la explosión de los nuevos cultivos hace retroceder el hambre, el resurgir comercial se afirma, las ciudades renacen. Una normalización severa encuadra el mundo de las ideas: la jerarquía eclesiástica se refuerza y las desviaciones son aplastadas. La unidad engendrará ahora un arte universal, si bien la uniformidad conducirá al conformismo. Mientras tanto, el Islam pierde su primacía: si Egipto conserva su prosperidad, el Oriente Próximo, agredido por los cristianos, se divide en dos y el Magrib comienza una trayectoria independiente. Bizancio, entregada a los mercenarios, al desorden monetario y a la avidez de los mercaderes italianos, se debilita, hasta convertirse en una presa tentadora.



Robert Fossier

LA EDAD MEDIA: T.II. EL DESPERTAR DE EUROPA, 950-1250

2. El despertar de Europa 950-1250

ePub r1.1

Titivillus 08.11.2021

Título original: *LE MOYEN ÂGEE. 2. L’eveil de l’Europe*
Robert Fossier, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







Índice de contenido

Cubierta

La Edad Media

Introducción, por ROBERT FOSSIER

INTRODUCCIÓN

La «auténtica» Edad Media

¿Dónde hallar la causa?

¿El Sol?

Agrupamiento

Dilatación

Estabilidad

Primera parte LA ECLOSIÓN EN EL OESTE

Capítulo 1. LA EUROPA DEL AÑO MIL, por JEAN-PIERRE POLY

NOBLES Y CAMPESINOS

EL GRAN CAMBIO

LA PARTE DEL ALODIO Y LA DEL FEUDO

EL FINAL DEL PENSAMIENTO SALVAJE

LA «REPRODUCCIÓN PRIMITIVA»

Capítulo 2. Nacimiento de una cristiandad, mediados del siglo X — finales del siglo XI, por ANDRÉ VAUCHEZ

EL PODER DE LA FE

LA IGLESIA GUÍA LA SOCIEDAD

LO ESPIRITUAL EN PRIMER LUGAR

EL «RENACIMIENTO» DEL SIGLO XI

Capítulo 3. Asentamiento de los estados, por ROBERT FOSSIER

LOS MUNDOS DEL NORTE AMARRADOS A EUROPA

AL ESTE, UNA FRONTERA QUE SIGUE ABIERTA
AL SUR, OBERTURA PARA UNA RECONQUISTA
LAS PREOCUPACIONES DEL PODER
Capítulo 4. LA fragmentación del mundo islámico (de finales del siglo IX a finales del siglo XI), por HENRI BRESC y PIERRE GUICHARD
LA DESCOMPOSICIÓN DE ORIENTE
LA ORGULLOSA SUPERVIVENCIA URBANA
EL PARÉNTESIS ISMÁ‘ILÍ
LA REAPERTURA DE LAS VÍAS Y DEL MAR
EL ESPLENDOR DE AL—ANDALUS
NACIMIENTO DE UN ISLAM OCCIDENTAL
Capítulo 5. El último esplendor de bizancio (950-1070), por ALAIN DUCELLIER
¿EL IMPERIO POR FIN ESTABILIZADO?
RESPLANDORES Y TORMENTOS
EL ÚLTIMO CENTELLEO DE LA ANTIGÜEDAD
Segunda parte PRIMACÍA DE LA PEQUEÑA EUROPA
Capítulo 6. La primera expansión europea, por ROBERT FOSSIER
CADA VEZ MÁS HOMBRES
CADA VEZ MENOS SUELOS IMPRODUCTIVOS
LA DILATACIÓN EN EUROPA
La CONQUISTA DEL MAR
Capítulo 7. EL SALTO HACIA ADELANTE, por ROBERT FOSSIER
EL «BOOM» DE LOS PRODUCTOS ALIMENTARIOS
TRANSFORMAR Y DIVERSIFICAR

EL MERCADO
EL ORO Y LA PLATA
Capítulo 8. LAS FORMAS DE VIDA DE LOS HOMBRES Y MUJERES, por ROBERT FOSSIER
LA FAMILIA Y EL HOGAR
La ALDEA Y EL BARRIO URBANO
LOS PODEROSOS Y LOS DÉBILES
Capítulo 9. Una severa normalización, por ANDRÉ VAUCHEZ
LA JERARQUÍA RESTAURADA
LAS DESVIACIONES APLASTADAS
HACIA EL CONFORMISMO
UNA EXPRESIÓN UNIFORME
Tercera parte EL ORIENTE SE ECLIPSA
Capítulo 10. EL Islam descoronado, por ROBERT MANTRAN
EL ORIENTE ENFERMO Y AGREDIDO
¿HAY MOTIVOS PARA ESPERAR?
EL MAGRIB A LA DERIVA
Capítulo 11. La agonía de Bizancio (1080-1261), por ALAIN DUCELIER
FALSAS APARIENCIAS
HACIA LA AGONÍA
LA MUERTE CERCANA
Cuadro Cronológico
BIBLIOGRAFÍA
Sobre el autor
Notas

INTRODUCCIÓN

«Unos pocos centelleos en la noche», «edad aciaga», «tiempo de terror y sangre»… el siglo X tiene muy mala fama entre los historiadores de Occidente; en cuanto se disponen a estudiarlo, se sienten perdidos en él: vacío de textos, ese pan cotidiano del medievalista. Mirando hacia atrás, aún perciben las luces declinantes del calvero carolingio; en el horizonte, se insinúa un alba llena de promesas; entre los dos, un intervalo sombrío, cuyas tinieblas hacen más espeso todavía el resplandor de los mundos del Islam y de Constantinopla, ambos en su cénit. ¿Cómo no explicarse la imagen romántica de los «terrores del Año mil», en la que todo un pueblo, encorvándose hasta el suelo en presencia de un Dios airado, parece esperar el inevitable fin de los tiempos, del milenario del nacimiento o del suplicio de Jesús? ¿Cómo no sentir, asimismo, la tentación de situar en esta época de oscuridad todo aquello cuya causa o cuya génesis resultan difíciles de apreciar?

Pero este «intervalo» no puede ser a la vez zona de tinieblas, negativa por completo, y fuente de un resurgir: hay que escoger. Los coetáneos, miopes como de costumbre, mostraron una actitud vacilante; quienes escriben son los clérigos, y se pueden temer prejuicios por su parte; ello no hará sino aumentar el impacto de los juicios matizados. En efecto, unos escriben: «la proximidad del Juicio», «un mundo envejecido que se halla cerca de la muerte», «los últimos momentos del género humano»; pero otros, en cambio: «un radiante amanecer se extiende so-

bre el mundo», «el deleite del género humano», y la célebre frase, que no podemos dejar de citar, del monje borgoñón Raúl Glaber: «El mundo se sacudió entonces el polvo de sus viejos indumentos, y la tierra se cubrió de una blanca túnica de iglesias»; el mismo autor, es cierto, narra en otro pasaje el hambre horrenda de 1033, durante la cual se vio vender carne humana en Tournus. Hoy en día, el problema está zanjado: si los textos vacilan, las excavaciones no mienten; si los genealogistas tropiezan con un «muro de olvido» entre los años 900 y 950, los arqueólogos, por el contrario, localizan en este mismo período la edificación de castillos, el reagrupamiento de los hombres, la sepultura en nuevos cementerios, la reconstrucción de los muros y los suburbios de las ciudades, y, en las turberas sondeadas por los palinólogos, la reanudación, a veces el comienzo, del crecimiento de plantas útiles para el hombre. Así pues, no era pereza de la mente suponer hundidas en este pozo negro las raíces de la Europa medieval.

La «auténtica» Edad Media

Se trata de una convicción reciente, compartida por los historiadores de la ocupación del suelo, los arqueólogos, los economistas. Sin embargo, está lejos de lograr la unanimidad, incluso en las zonas —Alemania, Italia, sur de Francia— en que ha nacido: la causa radica en que hace caso omiso de una continuidad afirmada por las instituciones privadas, las reacciones espirituales o los órganos políticos, y que formaba la trama de la historiografía tradicional desde hace más de un siglo; radica también en que se funda en lo «innoble», la herramienta, el chamizo, la piedra de construcción, el esqueleto, y no en las guerras de los reyes y la santidad de los obispos; pero radica, sobre todo, en que reduce a un episodio sin consecuencias el intento carolingio: congoja para los nostálgicos de «la escuela de Palacio», desgarro cruel, especialmente en Alemania; las ex-

cavaciones de Renania, de Franconia o de otros lugares relegan a Carlos el Gordo a un plano de escaso relieve.

Se nos plantea, por lo tanto, un primer problema: ¿existe, en Occidente, una continuidad entre el meritorio esfuerzo de saneamiento y empuje del período 750-850 y el indiscutible «siglo del gran progreso», que se suele situar de 1010/1030 a 1150 y constituye el preludio al apogeo de la Europa medieval durante los cien años siguientes? Parece imposible responder con una negativa, empezando por los ámbitos preferentemente explotados por los medievalistas de antaño, la forma de la expresión escrita, las reglas del derecho, el mensaje cristiano, el recuerdo de la Antigüedad, el prestigio del monarca. Por ello, en el volumen precedente, hemos llevado nuestra exposición hasta mucho más allá del desposeimiento de los carolingios, de la fundación de Cluny, de las devastaciones normandas o húngaras. Pero incluso allí donde las novedades saltan a la vista, hay vínculos por los que este período entronca con la alta Edad Media: encomendación de los hombres, estructuras familiares, animación mercantil. Con todo, ello no constituye, según la expresión de G. Duby, más que un «hervor de superficie»: hacer de las exiguas roturaciones del siglo IX las precursoras del *boom* alimentario del siglo XII es un abuso de razonamiento; ver en la «villa» carolingia un antepasado del dominio señorial es un absurdo económico, y probablemente también jurídico. ¿Vínculos? Sin duda, pues las obras humanas nunca mueren del todo; ¿origen? no, pues la diferencia de volumen en los esfuerzos exige que se busque otra causa que no sea un agrandamiento natural.

Por dicho motivo, es preciso cambiar el ritmo de nuestra exposición. Hasta aquí, pocos factores dejaban prever el nacimiento, y mucho menos el triunfo, de una «pequeña Europa occidental»; el ojo se sentía atraído hacia Levante, donde se prolongaba de manera evidente la romanidad, y a continuación

se concentraba en el Islam, el helenismo y el iranismo; en Poniente solo aparecen, a primera vista, ruinas y mediocridad. Cierto que en este gran cuerpo herido fluye una nueva sangre, y que ello no se aprecia a primera vista; cierto también que de repente esta Europa se yergue durante un tiempo; pero en 900 se halla postrada de nuevo. Era necesario, pues, dirigir nuestras miradas hacia Oriente en primer lugar. Pero a partir de 900, y dado que gozamos del privilegio de leer el porvenir de los hombres de este período oscuro, hay que desviar el curso de nuestra atención. Nos obliga a ello el objetivo mismo de esta obra: mostrar la progresiva reorganización de los mundos antiguos en torno a Europa occidental; y hemos llegado al umbral de este proceso. Como es obvio, Oriente no se queda en sombras de inmediato: Firdusi, Avicena, Averroes o Ibn Jaldún, sin contar las obras maestras de Ispahán, Granada, Palermo o Delhi, son posteriores al siglo X, como lo son asimismo, en el extenuado imperio bizantino, Psellos o Ana Comneno, Mistra o los manuscritos del Athos. Sin embargo, ello no disminuye en nada la importancia del hecho: en el oeste de Europa brota una chispa que dará lugar a la expansión; interrumpiendo su dependencia fetal, la cristiandad de Occidente se anima con vida propia. La «auténtica» Edad Media comienza.

¿Dónde hallar la causa?

Constatar el fenómeno no basta. Al contrario. Si Occidente ocupa poco a poco una posición privilegiada en la escena, y puesto que el hecho no constituye un efecto lógico y progresivo de la «alta Edad Media», un hijo tardío de la Romanidad tras el hijo muerto carolingio, es preciso descubrir la causa —o las causas— de este nacimiento. He aludido al tema en las primeras páginas de la presente obra; ha llegado el momento de volver a él.

El talento de los celtas, los germanos y los escandinavos es bien conocido; bastante nos han hablado de él en tiempos recientes, infligiéndonos, por si fuera poco, las pruebas de su endeblez. Dejemos de lado esta explicación, digna de Boulainvilliers o de Rosenberg y, por otro lado, insuficiente para justificar su manifestación tardía respecto al genio de los griegos, los persas o los indios. La presión numérica de los hombres, con todo lo que puede fomentar en materia de espíritu emprendedor, de conquista del suelo o de búsqueda de un «espacio vital» suficiente, es un hecho innegable; es, incluso, uno de los aspectos más nuevos y fecundos de este período; pero, evidentemente, solo constituye una causa segunda, que sitúa un peldaño más atrás el interrogante primario: ¿por qué esta multiplicación de los nacimientos o este retroceso de la mortalidad? El dominio de los cursos de agua y el del fuego de las fraguas cimientan, indiscutiblemente, un perfeccionamiento de las herramientas que permitió la intensificación de la producción, sin contar las mejoras prácticas introducidas en la tracción animal, o del carro, en las que hacia 1935 se quiso ver, con Lefebvre des Noettes, el origen de la superioridad de Europa. Pero siempre resulta aleatorio recurrir a simples causas mecanicistas para explicar la primacía de una cultura sobre las demás; solo el contexto social o económico puede justificar el éxito de aquella. Por otra parte, la arqueología y un más amplio o más minucioso estudio de los textos han solventado la cuestión desde entonces: los arados de vertedera, los medios para reforzar los cascos del caballo y el molino de agua son antiguos; los testimonios materiales más remotos —herraduras, rejas de arado disimétricas, hornos de combustión intensa— datan de los siglos VIII, IX y X, pero han sido exhumados en Bohemia, en Moravia, en Silesia, regiones en absoluto pioneras de la expansión económica de la joven Europa; por último, los cómputos minuciosos de forjas o de molinos posteriores al año 900 muestran una expansión relati-

vamente tardía, no anterior a 950 o 980 en las regiones más precozmente equipadas, Cataluña, Auvernia, Borgoña, la llanura padana, y siempre *después* que se produzcan los fenómenos sociales y económicos derivados del reagrupamiento de los hombres; de suerte que los progresos técnicos deben ser incluidos en la esfera de los efectos, no en la de las causas.

Antes incluso de que se levantara esta hipoteca —hace apenas 10 o 15 años—, los investigadores, conscientes de que en el mencionado punto reside una cuestión fundamental de la historia humana, habían vuelto la vista hacia el exterior. Turiferarios del Mediterráneo «clásico» unos y adeptos de las «influencias orientales» otros, emitieron la idea del mimetismo: Occidente es hijo de Oriente. Esta hipótesis carece de seriedad, por mil razones, de las que bastarían tres para invalidarla: al igual que ocurre con las técnicas, un determinado espíritu emprendedor o una estructura imitada no se aclimatan así como así en cualquier terreno; en segundo lugar, una parte de la expansión europea —por ejemplo en el armamento naval, la técnica metalúrgica o el equilibrio alimentario— no puede achacarse en modo alguno a la imitación del mundo mediterráneo; en tercer lugar, y para concluir, el contacto con el legado científico de la Antigüedad, a través del Islam, fue sumamente rudimentario entre Isidoro de Sevilla, en el siglo VI, y el siglo XII: pocos peregrinos de Occidente, pocos viajeros orientales y una cultura libresca inaccesible durante mucho tiempo; antes de los intentos de traducción y adaptación iniciados por Constantino el Africano, Bernardo de Chartres o Pedro el Venerable entre 1090 y 1130, la enseñanza occidental se sirvió de un fondo acumulado desde hacía siglos; nada nuevo en este campo: nada, al menos, que date del siglo X.

Tal vez, ya que no una inspiración, Europa podría haber recibido del exterior un estímulo económico. Es sabido que Henri Pirenne, al formular la idea, enteramente nueva en su tiem-

po, de la repercusión negativa en Europa de la pérdida del Mediterráneo, creó la noción —perpetua fuente de hipótesis, pero admitida hoy en día— de una ruptura entre la Antigüedad y la Edad Media; Pirenne, sin embargo, situaba dicha ruptura en el siglo VIII, y la atribuía a las conquistas del Islam, que según él había excluido del mar a Occidente, obligándole a buscar en sí mismo los recursos para su expansión: a la luz de la teoría de Pirenne, Mahoma hizo a Carlomagno. Si bien hoy se admite la idea de ruptura, no se estima ya válida la hipótesis «negativa» de Pirenne; existen demasiadas pruebas, tanto de la persistencia de vínculos con los países del Sur como de la no coincidencia cronológica entre el «impacto» teórico de la conquista musulmana y los efectos prácticos del resurgir de Europa occidental. No obstante, Maurice Lombard, invirtiendo la visión de Pirenne pero conservando la idea de una relación sur-norte, emitió hace treinta años la resonante teoría de una expansión europea debida a una «inyección» de oro islámico que dio a la economía de Europa su impulso inicial; para no quedarse cortos, hubo quienes incluso llegaron a asignar un papel a las tierras escandinavas y polacas, etapas nórdica y oriental en las vías por las que afluía el oro musulmán. Desafortunadamente, dicho oro es extremadamente escaso en el suelo de la cristiandad occidental, y los textos guardan silencio a este respecto; además, en la coyuntura económica del período que consideramos, colocar la circulación monetaria antes que el trabajo de los campos, equivale a construir una casa empezando por el tejado.

Fuera el que fuese el contexto, más vale pues buscar en Europa misma la chispa inicial. Hace pocos años, Georges Duby, actuando con prudencia y sin impugnar los datos utilizables de las teorías precedentes, propuso una explicación razonable y plausible: existe ruptura, sin duda alguna, y se sitúa a finales del siglo X, pues es entonces cuando se distingue, con todos los ins-

trumentos de la moderna investigación, el alba de todas las novedades; pero se trata de una ruptura parcial, ya que, por un lado, los mundos mediterráneo y escandinavo constituyen las zonas de atracción permanente, las áreas de incitación, con etapas disponibles en todo momento, Cataluña, Italia del sur, mar Adriático, eje danubiano, cursos de los ríos rusos desde el Báltico a Novgorod y a Bizancio; y, por otro lado, no puede pasarse por alto la experiencia que supone la fase carolingia: la práctica de razzias y los reagrupamientos de clientela que implica constituyen una especie de acumulación humana y de acopio de mercancías, metales preciosos a veces, sin los que no se explicaría la explosión ulterior. Y, para justificar la puesta en marcha —o, más bien, la aceleración— del proceso de «despegue», Duby considera que hay que valorar debidamente el establecimiento de un período de calma en Europa, el primero de larga duración tras los incesantes «trasiegos» de pueblos de los siglos III al X. Cuanto se ha dicho o se dirá acerca de los mundos orientales —que, a partir del siglo X, van a sufrir los asaltos y devastaciones de turcos, búlgaros, almorávides, almohades, pechenegos, sudaneses o «francos»— muestra que estas tormentas generadoras de bloqueos y de desorden provocaron un lento retroceso de la influencia oriental, y ello ofrece una prueba *a contrario* de la pertinencia de la explicación de Duby en lo referente a Europa.

¿El Sol?

Así pues, la haré mía. Pero es preciso advertir que no resulta del todo satisfactoria. Primero, porque habría que encontrar el porqué de esta fase de «paz»; luego, porque las regiones que iniciaron el proceso no fueron, ni mucho menos, las más tranquilas, caso de la península ibérica, de Italia del norte o del centro, y también porque la concatenación paz-incremento de la

producción-mejora del utillaje-crecimiento demográfico-expansión comercial resulta más armoniosa por escrito de lo que debió ser en el siglo XI, en el que el historiador ve u oye tantas discordancias, crujidos y contradicciones. Se trata, por consiguiente, de un esquema muy satisfactorio, mucho más que cualquier otro, pero sobre todo para la mente.

Se me preguntará, entonces, si yo he encontrado uno mejor. En el estado actual de la investigación histórica, lo cierto es que no. Pero ello no obsta para dejar constancia de ciertos hechos: la ruta del Atlántico norte, que va desde Escandinavia hasta Islandia y Groenlandia, está, a fines del siglo IX, libre de hielos, e igualmente, quizás, la península del Labrador, a juzgar por las sagas que describen la población de Islandia a partir de 840, los rebaños de ganado vacuno del «país verde» (Groenlandia) y la expedición hasta «Vinlandia». Y no se trata de fantasías, por cuanto se han encontrado estelas rúnicas del siglo XI a 72º de latitud, en la costa de la isla de Baffin. Los glaciares suizos de Altesch, Grindelwald o, en el Tirol, el de Fernau, aplastaron en el transcurso de su gran avance de los siglos XVI al XIX a coníferas y árboles frondosos, los cuales ha hecho aparecer en las morrenas abandonadas su retroceso actual; se calcula que dichos vegetales quedaron sepultados entre los siglos X y XII, período en el que el bosque alpino había vuelto a ocupar zonas invadidas por el hielo durante la alta Edad Media. A la licuación de los glaciares de esta época responden, con un retraso cronológico inevitable, los fenómenos de transgresión marina, es decir, los avances del mar y el retroceso de las líneas costeras: en Flandes, geógrafos e historiadores, como A. Verhulst, han ilustrado con alusiones textuales la regresión de las aguas, sensible en el siglo IX y a principios del X, y las fases de la transgresión «dunkerquiana III», perceptible en las primeras décadas del siglo XI (en 1037, Emma, reina de Inglaterra, toma tierra con su navío en la misma Brujas), acentuada en el siglo XII. y contra la

cual luchan los hombres mediante desecaciones y construcción de diques, pese a súbitas acometidas marinas (*zeegang*) como la de 1134. ¿Otros indicios similares? Las actuales excavaciones de poblados en Franconia, en el Palatinado y en el sur de Inglaterra muestran una variación del nivel de las capas de agua subterráneas, cuyo descenso, en los siglos VIII-IX, provocó el abandono de estos emplazamientos de la alta Edad Media, y cuya crecida, en los siglos XI y XII, corresponde a una etapa de asentamiento de la población. Las excavaciones palinológicas, hoy numerosas en Bélgica y Alemania, aún insuficientes en Francia, nos proporcionan asimismo pruebas de los efectos del movimiento, manifestadas tanto en la variación de las especies arbóreas como en la aparición de los pólenes de cereales.

Con toda seguridad, el lector prevé ya la observación final: es científicamente indiscutible que, a partir del siglo X, una oscilación climática bastante duradera empieza a afectar, por lo menos, al hemisferio norte. En las latitudes medias de Europa sus efectos parecen ser de tipo positivo: subida del nivel de las aguas, ablandamiento de los suelos, regularidad de las horas de sol anuales; más al sur, los efectos tal vez fueran negativos: fenómeno de desertización, expansión de la estepa en el Magrib, en la península ibérica, en Sicilia. Los climatólogos relacionan estas pulsaciones con las fases de la actividad solar: como es sabido, el Sol tiene períodos de intensa emisión de electrones y de iones positivos, estas «manchas» y protuberancias que persisten en su superficie; si los europeos, e incluso los musulmanes, se mostraron incapaces de observar con regularidad estos accidentes —en particular, debido a la convicción, aristotélica y religiosa a un tiempo, de la imposible «corrupción» de los cuerpos «celestes»—, en cambio en Asia, por ejemplo en el Korynsa coreano, dichas anomalías fueron registradas: así, de las 40 décadas comprendidas entre 950 y 1350, 29 presentan una actividad solar media inferior a la normal, mientras que en los

tres siglos precedentes, solo 9 décadas de 30 experimentaron el mismo fenómeno; por otro lado, los efectos que, a los ojos del hombre, producen en la tierra estas descargas en la ionosfera —que él llama «velos de fuego», «lluvias de sangre», «dragones», etcétera, y no olvida consignar en sus anales— son menos numerosos en las literaturas históricas de los siglos XI y XII que en la época carolingia. Hoy se estima que estas variaciones de actividad, provocadas cuando el Sol (y con él la Tierra) atraviesa «zonas oscuras» del universo, ocasionan un desplazamiento de las corrientes atmosféricas de gran altitud, y en consecuencia originan variaciones térmicas y pluviométricas en las capas más próximas a la superficie terrestre. Indiscutiblemente, la fase de clima regular, suave y relativamente seco que se extiende de 950 a 1250 favoreció la maduración de las plantas alimenticias y la utilización, por parte del hombre, de los recursos forestales. Hasta aquí llegan los geógrafos. Al historiador incumbe, si se atreve a ello, la tarea de extraer de tales hechos las consecuencias que le permitan explicar toda una etapa de la aventura humana, y tal es mi intención.

Puesto que se trata, de ahora en adelante, de centrar nuestra atención en Europa, este «cabo de Asia» que por fin despierta tras un largo sueño fetal, parece oportuno hacer, al igual que lo he intentado para la *Romanía* abatida, un inventario de lo que en ella se ve.

Agrupamiento

La formación de un ambiente vital destinado a durar, mal que bien, cerca de seis siglos, y que vincula el Antiguo Régimen a la Edad Media, siempre ha sorprendido al historiador de este período: el señorío rural, y también el urbano, surgen en este momento. Aun cuando sea evidente o indiscutible, esta novedad resulta tan compleja en su génesis, tan contrastada según

las regiones, y, en definitiva, se conoce tan imperfectamente, que se hará necesario dedicarle no pocas páginas de este volumen. Sin embargo, durante décadas los historiadores zanjaron el problema con desenvoltura; uno invocaba la decadencia del «Estado»; otro, el repliegue de los hombres en pequeñas unidades territoriales, concebidas como las únicas gobernables a partir de cierto momento, sin que se supiera por qué; un tercero no vacilaba en estigmatizar la depravación de las costumbres y «la traición de los clérigos». Pero ninguno de estos argumentos puede satisfacernos. Desde hace una decena de años, las observaciones arqueológicas realizadas en Europa septentrional y un estudio serio y exhaustivo de los archivos del sur, a menudo mucho más antiguos que los del norte, han relegado estas explicaciones al rango de las causas subsidiarias. Lo que hoy nos llama la atención, lo que justifica el situar en esta etapa la principal cesura en la historia de Occidente, es el agrupamiento y la fijación geográfica de los hombres.

Al mostrar que los mercados o los fondos de cabaña de Yorkshire, Hampshire, Turingia, Harz o Westfalia, así como las necrópolis de la alta Edad Media, aisladas a un extremo del territorio, habían sido abandonados durante los siglos VIII al X, la arqueología ha suministrado una prueba de la cesura entre un hábitat flotante, frágil, provisional, y lo que nosotros denominamos un «pueblo» o una «aldea», agrupado en torno a sus muertos y al lugar del culto, ahora también estable, la «blanca túnica de iglesias» de Raúl Glaber. Por descontado, la aglomeración pudo formarse en torno a un lugar que ya era sagrado en la fase precedente, en algunos casos cerca de una ruina antigua o de una *villa* carolingia; pero lo que cuenta es el agrupamiento, la sedentarización. Él obstáculo que representa el topónimo no basta para detenernos: el nombre dado a un grupo de cabañas itinerante le sigue en sus desplazamientos y se fija con él, sobre todo si está formado a partir del nombre de un indivi-

duo o un tótem que designa mucho más al grupo que se reconoce en él que al lugar de residencia. Durante mucho tiempo se pensó que este fenómeno solo era propio de las zonas «salvajes», «bárbaras», y que en la *Romanía* ideal que imaginan sus admiradores imperaba la regularidad; desafortunadamente para estos últimos, bajo el escalpelo de los excavadores, Bretaña y Galia han pasado al otro campo; y hay más: a falta de arqueólogos, los espigadores de textos italianos y franceses han mostrado recientemente que todo el sistema de ocupación y parcelación del suelo en los primeros tiempos del cristianismo, *corti* y *massae, pieve* y *oracula* de los siglos VI a VIII, fue trastornado y acabó desapareciendo, en pleno territorio del Occidente romano.

Creo, sin ideas preconcebidas, que es preciso admitir este total asentamiento y fijación geográfica de los grupos humanos. Estoy de acuerdo en la suma diversidad de aspectos que presenta, diversidad que todavía permite a ciertos historiadores insistir en su idea de una continuidad. En unas zonas, el fenómeno aparece como una concentración autoritaria con la formación de una aldea en un lugar elevado; es el *incastellamento* de Italia central o de Provenza. En otras, la aglomeración celular se efectúa de manera más espontánea, alrededor de una *rocen* languedociana o lombarda, o de un *castelion* de Italia meridional. También puede tratarse de una nueva aglomeración que reúne, en algunos casos, a inmigrantes, o, más a menudo, a los habitantes de una decena de pequeños poblados, caso del *castelnau* aquitano, la aldea castellana, el *bourg* de Normandía o el Poitou, el *burh* sajón; más al norte, el agrupamiento se efectúa por cristalización en torno a una *curtis*, una *hof*, una *villa* más importante que las demás. Y no tomo en consideración los «palacios» alemanes, alrededor de los cuales se hacinan talleres y chozas, ni los *capmas* de Auvernia, que absorben una parte de

la población cercana, y ni siquiera los acampamientos escandinavos.

Un fenómeno tan diverso, tan capital y tan duradero, ha marcado nuestros campos hasta las deserciones de hoy en día; ni la corta fase de reajuste del siglo XV ni el desarrollo, en el siglo XVIII, de un hábitat intercalar individual alterarán sustancialmente la geografía de los establecimientos humanos. Las fechas, en cambio, son más inciertas: 900-950 en Italia; una generación más tarde, por lo menos, en Provenza y en el norte de España; no antes de 1020 o 1050 en todos los países de oc y en la fachada atlántica de Europa. Pero sin duda antes todavía en Inglaterra y Renania —en el siglo IX o a principios del X—, y, en mi opinión, entre 950 y 1000 en el norte de Francia y en la Germania central o en Polonia. Para establecer al mismo tiempo una cronología más precisa y una tipología más segura, nos haría falta un mayor número de datos sobre los tres polos evidentes de este agrupamiento: el cementerio —pero las excavaciones en dicho lugar son tanto más difíciles cuanto que a menudo aún desempeña esta función en nuestros días, y debido también a que la costumbre de enterrar los cuerpos en ataúdes de madera o directamente en tierra nos priva de muchos más restos humanos de este período que de la alta Edad Media—; la iglesia —sería esencial conocer las grandes campañas de construcción de tales edificios, pero en un 90 por 100 de los casos, estos han sido borrados o desfigurados por edificios posteriores—; y la residencia del amo, el castillo, a menudo de madera y construido sobre una mota de guijarros amontonados, pero que el olvido y la moda, cuando no la inquietud del rey o la codicia de los campesinos, ha degradado o hecho desaparecer en demasiadas ocasiones.

Dilatación

Como es sabido, la presión demográfica en Europa no es mesurable hasta muy larde, generalmente el siglo XIV, salvo algunas excepciones, las cuales, por otra parte, solo ofrecen puntos de referencia, pero no permiten captar la evolución. Así pues, hay que reunir testimonios muy dispersos, fragmentos de genealogías, alusiones en las crónicas, listas de testigos, densidad de las necrópolis, aparición de nuevos núcleos habitados, para formarse una idea de este movimiento. Más adelante, examinaré la cuestión a mediados del siglo XI, cuando las cosas comienzan a verse un poco más claras. Pero en dicho momento el impulso ya ha sido dado en todas partes, y la prueba principal de este hecho lo constituye el resquebrajamiento de las estructuras familiares de tipo amplio, cuyas modificaciones no pueden imputarse a la reforma gregoriana o al derecho romano, que tuvieron una acción mucho más tardía. Da la impresión de que el movimiento empezó en Europa meridional, hacia 970 o 990, pero lo cierto es que la escasez de fuentes escritas es tal al norte del Loira y del Danubio antes de 1025-1050 que cabe vacilar antes de pronunciarse. Los indicios que nos proporcionan los archivos de Farfa, de Bobbio, de Santa-Giulia de Brescia, de Saint-Victor de Marsella, de Cluny, de Saint-Julien de Brioude o de la Seo de Urgel son netos, pero no se puede decir más.

Además, ignoramos por completo si se trata de un esfuerzo genético de origen y causas inciertas, o si el retroceso de la mortalidad, efecto de una primera reactivación de las hambrunas que salpican casi todo el siglo XI, como la generalizada de 1033, o las epidemias que se añaden a las carencias alimentarias, al tifus o al escorbuto de 1090 en Alemania y Lotaringia, no retroceden de golpe, lo cual parecería probar que aún no se daba una adaptación entre la producción posible y las necesidades.

He recordado, poco más arriba, el evidente vínculo que existe entre este incremento del número de hombres y la estructura

familiar. Indicaré, asimismo, un segundo rasgo capital de la historia de los hombres de Europa: las estructuras de ámbito más extenso, que integran en una *gens*, un *Geschlecth*, un *clan*, a toda una parentela de la misma sangre y también, en ocasiones, a hombres ligados a ella por agradecimiento, constituyen una realidad, a la vez jurídica y económica, que caracteriza toda la alta Edad Media. En el seno de dichas estructuras, la pareja tiene su lugar e incluso sus derechos propios, tanto más cuanto más bajo se sitúa en la escala social, es decir, cuanto más lejos se halla de las capas en las que la defensa de los intereses materiales, o incluso morales, exige el apiñamiento de todos; pero aun así, se mantiene a la pareja bajo control. La novedad, acelerada esta vez por los esfuerzos de la Iglesia gregoriana en este sentido, consiste en valorizar la autonomía de esta pareja, y por lo tanto de la mujer. ¿Nos limitaremos a ver en ello un simple epifenómeno de la vida social?

Otro de los motivos por los que es legítimo hablar ya de Europa es la evidente dilatación de su área territorial en esta época. Toda la parte nórdica del continente queda absorbida en el conjunto; sin duda, las tumbas y los tesoros de Escania o de la isla de Gotland prueban que una intensa actividad une a Islandia, las islas británicas, los estrechos daneses y los países bálticos de Rusia durante los siglos IX y X, pero esta corriente parece no afectar a Alemania ni a los Países Bajos; las factorías implantadas en las costas bálticas, como Haithabu o Trelleborg, tienen una función más agresiva que comercial. Ahora bien, entre la conversión de san Olaf, a principios del siglo XI, y la vinculación de Inglaterra al continente por la conquista del duque normando Guillermo, en 1066, la península y los mares nórdicos son absorbidos poco a poco por Europa. También es el momento en que el mundo polaco, que iniciaba aisladamente un proceso de urbanización y en cuyos *gorods* empezaba a desarrollarse un artesanado original, sufre la penetración brutal de los

colonos y los señores alemanes, y queda englobado, de grado o por fuerza, en la zona del Occidente cristiano. Aunque evidentemente, no es posible hacer cálculos, que resultarían aleatorios a causa de la misma naturaleza de esta progresión, podemos estimar que en su dilatación, desde el primer ataque alemán más allá del Elba en torno a 985 hasta la reconquista cristiana de Toledo justo cien años más tarde, «Occidente» ganó, a su alrededor, una extensa franja de territorios nuevos o antiguos que incrementaba su superficie en un 50 por 100 aproximadamente.

Estabilidad

Al abordar este tercer y último rasgo nuevo del panorama que describo, empleo a propósito este término, aun admitiendo el atrevimiento que hay en ello. Creo, en efecto, que ha llegado la hora de impugnar el arraigado tópico de la «anarquía feudal», a lo que ya aludía en la Introducción a la obra. Se trata de una concepción «jacobina», con mucha fuerza en Francia, pero en casi ningún otro país del mundo, que identifica con el desorden y la impotencia todo período en el cual disminuye el control que realiza el poder de Estado; de ahí el aura —por otra parte, perfectamente justificada en lo que a este punto se refiere— de Roma o de los carolingios. Esta actitud equivale a ignorar que una autoridad solo es real si se adapta a las estructuras sociales, mentales y técnicas sobre las que pretende ejercerse. En un mundo esencialmente rural, en el que ni siquiera el excedente de producción puede ir muy lejos, por falta de comunicaciones fáciles, de élites locales capaces de dictar los derechos de cada individuo, y de garantías superiores accesibles, se imponen, con toda evidencia, un horizonte modesto y una autoridad local delegada. Y es precisamente a este ámbito restringido —unos cuantos pueblos— que corresponden el «señorío», fórmula de encuadramiento muy riguroso de los hombres, y cuya di-

solución no tendrá lugar, en la práctica, hasta la restauración de los poderes reales del Estado. Sería un error representarse estos pequeños grupos humanos replegados sobre sí mismos, igualados por el temor y la ignorancia: no solo está el hecho de que se mantienen intensas relaciones con los núcleos cercanos —ya he hecho una breve referencia a este «movimiento» perpetuo—, ni el de que los hombres, y no únicamente los intelectuales, perciben el sentido de nociones más vastas —condado, autoridad del rey, mundo cristiano—, sino que sobre todo, dato capital, los lazos de asociación horizontal adquieren en esta época su máximo desarrollo, para reforzar los de dependencia vertical, creados por el miedo, la necesidad o el respeto.

Asociaciones basadas en la piedad, en los vínculos de sangre, pero también en la vecindad, en la analogía de tipos de vida o en la labor profesional. Nos alejamos de los tiempos en que el hombre carente de familia o de estatuto reconocido era un paria; ahora tiene la posibilidad de recibir aliento y ayuda, en el gremio o en la universidad, en la cofradía o en el «estandarte» del barrio. Ya no es únicamente Fulano, de tal lugar, hijo de Mengano: también es miembro de la cofradía de san Eloy, está inscrito en el gremio de los orfebres, es burgués jurado de Laon, cliente de los señores de Coucy, jefe del barrio Saint-Vincent y, por qué no, también oficial de la ronda, hermano de un canónigo, poseedor de un feudo, etcétera. Un ejemplo entre mil que se podrían encontrar más arriba o más abajo de la pirámide social.

Este gran rigor del encuadramiento humano, mucho más coercitivo que el del hombre alienado de épocas anteriores o que el del ciudadano de hoy en día, hace que se tenga en pie, mientras no se tambalea la noción de la reciprocidad de servicios prestados, una sociedad concebida a partir de conceptos distintos a los actuales. Esta diferencia es lo que dificulta la aplicación de nuestros criterios de valoración social a los si-

glos X al XIII. La noción de «órdenes», de la que se hablará más adelante, expresa bien esta idea fundamental de un lugar fijado por Dios a cada hombre en la construcción del mundo, cuyo equilibrio estriba en el feliz desempeño de las tareas que incumben a cada cual y aprovechan a todos. Por el contrario, con la noción de «clase» cuesta circunscribir estos grupos tan indiscutiblemente entremezclados pese a sus orígenes, actividades e intereses dispares; y este hecho permite a demasiados historiadores, adictos a un vocabulario vetusto y decididos a no ver nada, negar la existencia de toda «lucha de clases» en esta época. En ninguna parte se encuentran alusiones a la dictadura del proletariado, constataba R. Morghen, que se creía en 1890. Por ello, el examen de los movimientos, con ribetes heréticos o sin ellos, ocasionales y sin programa, pero que en su finalidad se pronuncian contra lo establecido, debe realizarse a la luz de la reivindicación social, ya se trate de un puñado de intelectuales a quienes se quema vivos o de campesinos que violan a la hija de un oficial. Evidentemente, cuando el consenso de principio se rompa, pasada la mitad del siglo XIII, ya no habrá posibilidad de duda en cuanto a la naturaleza de las «conmociones».

Una última observación resulta indispensable: si esta sociedad se tiene en pie, es también porque toda ella está impregnada de una moral común; tal vez se pueda lamentar el poco refinamiento de dicha moral, pero, por otra parte, ¿debe considerarse bueno que unas herejías como las bizantinas se transformen en secesión «nacional» o que un rito al estilo musulmán desencadene ajustes de cuentas sangrientos? Lo que, a partir de este momento, opone a Occidente, con su pujanza en todos los campos, y los Orientes es una armonía espiritual, que aquel posee y estos ignoran; incluso en el campo artístico se notarán los efectos de esta unidad, y la expresión «románica» y, más tarde, la del gótico inicial constituirán las manifestaciones originales

de una Europa moralmente independiente. Por supuesto, se puede lamentar, en nombre de los progresos del espíritu, que las escasas manifestaciones «heréticas» no tengan eco en la masa de los fieles y solo las protagonicen intelectuales aislados, o bien que tengan un contenido más social que dogmático y que solo lleven el hábito de la desviación doctrinal. No obstante, aunque la profundidad del conocimiento religioso es mediocre, la del elemento espiritual es inmensa: desde el juramento, que basta para comprometer a un hombre de la manera más absoluta, hasta la certidumbre del Juicio Final, pasando por todas las acepciones del misterio y de lo incognoscible, existe ya una Europa de la que puede decirse, en efecto, que a pesar de una expresión tradicional no es verdaderamente cristiana, pero nace y crece en el ambiente de lo sacro.

Primera parte
LA ECLOSIÓN EN EL OESTE
(mediados del siglo X — finales del siglo XI)

Capítulo 1
LA EUROPA DEL AÑO MIL

Lévi-Strauss dijo alguna vez: «Si Occidente produce etnógrafos es porque un fuerte remordimiento le atormenta, y le obliga a confrontar su imagen con la de sociedades diferentes». Y así vemos cómo desde hace unos años se perfila «otra Edad Media», que se revela en el desasosiego de los siglo X y XI, en el mismo momento en que está desapareciendo.

NOBLES Y CAMPESINOS

A finales del siglo X, el poder en el Imperio de los francos, por dividido que se halle, aún parece pertenecer a ese grupo social característico de la cultura carolingia al que se llama la aristocracia del Imperio: algunos centenares de parentelas de origen franco o suabo, más raramente sajón, primas entre ellas y, por lo menos para las más poderosas, emparentadas con el linaje real.

El grupo imperial

Esas alianzas principescas se veían multiplicadas por la poligamia de los grandes, que se practica abiertamente, a pesar de las prohibiciones de la Iglesia. De esta manera la familia de los Boson, que a finales del siglo IX se harían coronar reyes en la gran Borgoña, se enorgullecía de haber dado mujeres a la «raza real» durante varias generaciones y solamente un siglo más tarde un clero que les era totalmente hostil insistirá sobre el carácter «concubinario» de su genealogía.

Otra característica de las familias de la *Reichsaristokratie,* que muestran los «Libros memoriales» de los santuarios germánicos, era que el parentesco se desplegaba en una amplia red de

primazgo, más que en un linaje en el sentido medieval y posterior de la palabra, es decir, un parentesco estrictamente organizado alrededor de la sucesión de varón en varón. Y podemos preguntarnos si la con ciencia genealógica de esas familias podía remontarse con precisión muy atrás e el tiempo. Por otra parte, ¿lo deseaban? Sin apoyo escrito, la memoria colectiva llegaba muy rápido a una época que ya no era la de la historia, o de la seudohistoria, sino la de la leyenda y el mito. Los Staufen, aun después de su acceso a la dignidad imperial, solo conocían algunos niveles de su genealogía; poco importaba: un antiguo mausoleo, además con toda probabilidad romano, en su tierra de Weiblingen les permitía vincularse a través de un tal Clodius-Hlodio a los legendarios merovingios. De la misma manera el obispo de Bamberg, Gunther, orgulloso de su nombre y de su familia, no necesitaba genealogía escrita para jactarse de descender de los reyes burgundos o francos de los *Nibelungos*. Obispo-guerrero, no dudó en ponerse a la cabeza de una peregrinación armada a Tierra Santa, prefiguración de las futuras cruzadas, que servirían de derivativo para la energía y la violencia de las demasiado prolíficas casas caballerescas. El valor de Ghunter no hacía sino confirmar a los ojos de sus contemporáneos lo que proclamaban los nombres preferidos en su familia durante todo el siglo X: el suyo, que había llevado un jefe burgundo del siglo VI, desdichado fundador del reino de Worms, y el de Sigfrido, el Waessungo, rey de Xanten. Soberbia en contradicción con el orgullo del linaje carolingio, en la medida en que pretendían igualarlo o superarlo. De esta manera, los nombres honorables, con preferencias según los casos, se compartían entre todas las familias, como un patrimonio común, según las alianzas.

La cohesión de esta clase tenía, evidentemente, una base material, la misma que provocaba en su seno duras rivalidades: los cargos del Imperio, el gobierno de una provincia, el mando de

tal frontera, la alta dirección de una abadía real. El juego de intereses provocado por sus ambiciones competitivas llevaban de esta manera a los grandes, rodeados de su grupo de parientes y amigos, a dominar en París o en Vienne, en Baviera o en Borgoña, en Lombardía o en Alsacia, en Auvernia o en Cataluña. Los anales oficiales u oficiosos redactados en las grandes iglesias del norte limitan la nobleza a esta única clase social, y en verdad, prácticamente solo hablan de ella. Nada hay de asombroso en esto, ya que se trata del discurso propio de la realeza franca, modelado o remodelado por clérigos surgidos de la *Reichsaristokrane*, que frecuentan el palacio en torno al cual todos vuelven a encontrarse cada año o casi cada año. Y la historiografía medieval fue durante mucho tiempo la víctima, a menudo complaciente, de este egocentrismo carolingio, que imaginaba la historia de esa época como la de las hazañas y los crímenes de los Robert, Boson, Guillaume y tres o cuatro Bernard. Detrás de ellos, muy en segundo plano, algunos papeles secundarios, clientes devotos u oscuros comparsas. No hablemos ya de los campesinos, considerados por los aristócratas redactores de los anales o por los capitulares como una multitud anónima de «pobres», que servía para protegerla y socorrerla, para hacer valer su generosidad y su caridad y por lo tanto objeto de su mismo poder. Ceguera y necesidad ideológicas obligan.

Las tormentas del siglo X disiparán la ilusión, o al menos la harán menos defendible: a medida que se disloca el Imperio y se fragmenta y «regionaliza» la clase que pretendía dirigirlo, se va acallando la altiva voz de los nobles analistas. Personajes menores toman su relevo, hagiógrafos o cronistas locales, observadores menos amplios, pero a menudo más finos, de la realidad social. Los textos que redactan dan una imagen de la nobleza bastante diferente de la que nos imponían los anales. Una imagen o más bien varias imágenes.

Rostros de la «nobleza

Ya que las imágenes de la nobleza difieren según las regiones consideradas, es poco probable que se trate de un «azar histórico». En un país que los textos de la época llaman *Francia*, digamos para precisar, a riesgo de alguna inexactitud, entre el Sena y el Rin, y en la Borgoña «franca», entre Autun, Macón y Langres, viven muchos nobles menores, ya sean guerreros instalados como guarnición en los dominios inmunistas de las iglesias principales, clientes de los grandes o dueños de un alodio que sirven a esos mismos grandes como gobernadores o condes de la «región» en la que residen. De esta manera, en Saint-Riquier (Ponthieu) el cronista del siglo XI considera que los vasallos de la abadía, en la época carolingia, formaban parte de la nobleza y este sentimiento lo compartía la población, ya que la capilla en la que se reunían se llamaba la capilla de los nobles. En la abadía de Waulsort, en la diócesis de Lieja, el mismo grupo social tenía su «cementerio de nobles». El autor de los *Miracles de Saint-Bertin*, que escribió a comienzos del siglo X, cuando habla de los que «se encomendaban» a los señores, que entraban en su vasallaje porque no tenían suficiente tierra familiar a su disposición, engloba los dos niveles sociales en un solo término, «la nobleza de la región». La misma nobleza menor se encuentra en Borgoña. Un siervo de la abadía de Fleury, en la región de Orleans, huyó. Prosperó y, pretendiéndose libre, se casó con una mujer que el redactor de los *Miracles de Saint-Benoît* considera «noble». El abad lo reclamó como siervo suyo, y se decidió que el proceso se resolviera en un duelo judicial. El siervo, mal guerrero, o temeroso de Dios, que otorga la victoria al justo, trató de recusar al campeón enviado por el monasterio invirtiendo los papeles, es decir, negándole la calidad de hombre libre, indispensable en ese caso. El hombre le respondió con indignación: «Soy libre, y hasta de antigua nobleza. Voy a encargarme de enseñarte cuál es el poder de san Benito en el corazón de Dios». La frontera entre esa nobleza menor y el campesina-

do dependiente era tan tenue que se llegaba a situaciones asombrosas: como la del caballero que a finales del siglo X estaba en litigio con la abadía de san Benito por un rico dominio en el Beauvaisis que pretendía haber heredado de un hombre del que se decía el sucesor «por parentesco y sobre todo porque era su siervo».

Para muchos, pues, por ese nivel pasaba la frontera social: por un lado todos los libres, es decir, todos los nobles. La nobleza es la libertad y, como esta, siempre está amenazada; también en esto se trata de una muy antigua tradición, innegablemente germánica, que hacía decir al redactor del origen de los lombardos que estos, que siempre habían sido independientes a pesar de su pequeño número, «se habían batido por la gloria de la libertad». La nobleza, en ese nivel del «pueblo franco», es menos una cuestión de pertenencia a la casa real que de valor e independencia; las alianzas se producen luego, como recompensa al valor.

En el Midi, por el contrario, el círculo de la nobleza parece mucho más restringido. Cataluña es un ejemplo nítido: allí la nobleza la poseen solo los grandes castellanos, descendientes de la aristocracia romano-gótica, y miembros de la asamblea condal. Esa era la tendencia en el sur del Loira, a excepción de aquellos propietarios medios que aún vivían en la ciudad. Y entre ellos se distinguía, como establecía el derecho romano, nobleza y libertad. Porque la nobleza en este caso estaba arraigada en el recuerdo de las grandes familias galo-romanas, las que antaño habían podido enviar por lo menos a uno de sus miembros a integrar el Senado de Roma y que por esa razón se las llamaba, aun mucho tiempo después de la caída de la Ciudad Eterna, las familias senatoriales. En las asambleas de provincia presididas por el gobernador franco, los descendientes empobrecidos de esta nobleza senatorial siguieron manteniendo su calidad de «romanos» cualquiera que sea el contenido de esta

palabra. Y cuando en el siglo X el Imperio de los francos se quiebra definitivamente, puede verse a esos «príncipes de la provincia» retomar los viejos títulos del protocolo romano, «ilustres» o «clarísimos» y también, pero solo en parte, los nombres de sus antepasados, Pons, Ithier, Calixte, Maurice, Abellon, para citar solo a los más venerables.

Esta conciencia nobiliaria está sostenida por la práctica de la escritura, lo que les da una forma más estricta que en el norte. Por suerte se han conservado esos fragmentos genealógicos, vueltos a usar en el siglo XI por un falsario de la abadía de Saint-Irieix, en el Limusín, para autentificar una pretendida donación a su monasterio. Vemos sucederse con precisión, del siglo V al VII, seis generaciones en las que casi todos los individuos llevan nombres tradicionales de la aristocracia senatorial, y se subraya cuidadosamente la calidad de obispo o de mártir de algunos de ellos. Dos siglos más tarde, un gran propietario de Auvernia, Géraud, señor de Aurillac, que se consideraba aquitano, contaba entre sus antepasados a dos nobles del siglo VI, Aries de Limoges y Cesáreo de Arles. Otros indicios, por limitados que sean, no son menos reveladores. Había en Provenza, a comienzos del siglo X, una gran familia, con posesiones principalmente al norte de Ventoux, en la región que hoy se llama las Baronnies, de tierras que pertenecían algunas de ellas a la abadía de Nyons. Sus descendientes en el siglo XI sacaron de allí los sobrenombres de Mirabel, Montauban o Mévouillon. También se los llamará príncipes de Orange, porque mandaban en esa ciudad, y ya conocemos la asombrosa fortuna de ese nombre. En el siglo X, a uno de los hijos se le daba regularmente el nombre de Pons. Ese nombre evoca una abadía muy antigua, fundada sobre las ruinas de la vieja ciudad de Cimiez y restaurada en el siglo X, donde descansaba el cuerpo de un santo que se llamaba Pons. María Rusticula, abadesa del monasterio de la abadía de Nyons en el siglo vil, le profesaba especial

devoción y llevó sus reliquias a Arles. Pero hacia arriba en el curso del Ródano se encuentra el recuerdo en Vienne de un Poncio Pilato legendario, que habría ido a esa ciudad para, arrepentido, terminar su vida en ella. Se ve claramente qué podía significar para señores provenzales del siglo X llevar un nombre tan ilustre.

Esas alusiones fugitivas a un pasado que nada tiene de franco solo se encuentran en el extremo más meridional. De esta manera, los condes de Anjou, de origen gatinés, a los que sus nombres y sus ascendientes conocidos vinculan a la nobleza del Imperio, reivindicaban como antepasado «un habitante», es decir, un noble local, que oponían a la alta aristocracia del entorno real. El nombre de ese personaje, Tertulie, evoca una vez más la romanidad gala. También es muy curioso ver los esfuerzos hechos por fieles de esos condes, instalados por ellos en el castillo de Amboise, por vincularse, no sin numerosas alteraciones del principio patrilineal, a un Sulpicio «Mil Escudos» cuya nobleza, en esas regiones del Loira, evocaba irresistiblemente a la antigua familia senatorial de los Sulpicii de Bourges, y Sulpicio Severo, el muy noble biógrafo de san Martín de Tours.

Esos antepasados, naturalmente, por históricos que hayan sido, no escapaban totalmente a la leyenda. Pero el modelo social del que son portadores, y que se esfuerzan por imitar los mejores de sus descendientes laicos, es el de la regla y la mesura, y no el de la proeza guerrera. La vida de Géraud de Aurillac o la gesta de los señores de Amboise desarrollan un discurso muy diferente de los heroicos furores que son la trama de tantas sagas germánicas o escandinavas. Lo que en esos textos constituye la santidad o la nobleza es una mezcla de moderación exterior —el sentido de la mesura y del derecho— y un desprendimiento interior que evoca el estoicismo de la vieja nobleza romana. Y, sobre todo, esa desconfianza hacia la violencia, ese asco por la sangre, y al mismo tiempo el interés por las bellas

letras que manifiestan esos personajes típicos de la aristocracia meridional, y que asombra a sus coetáneos del norte porque no son a sus ojos ni totalmente clérigos, ni totalmente laicos: Géraud, el fundador de la abadía de Aurillac, que admiraba tanto Odón, el abad de Cluny, un franco romanizado; o aquel Pedro «clérigo de Auvernia, de familia clarísima, poderoso en dignidades», que describe con una fascinación idéntica el *scholasticus* de Angers Bernard:

> Aquel año, cuando volvía de Roma, ese mismo Pedro también volvía, rodeado como de costumbre por la escolta de sus nobles, que cabalgaban excelentes mulas, con arneses de un lujo real… Era de cabello rojizo, de talla mediana, ancho de hombros, y todos sus miembros daban una impresión de agilidad. Seguía la costumbre excesiva de mucha gente de su país, que, aunque sean de hábitos bastantes regulares, llevan barba y cabellos cortos. Y como era barbudo, no pensé que fuera clérigo.

Pero muy pronto los conocimientos de Pedro alertan a Bernard: «Le pregunté si era clérigo: me respondió que era abad. Los llaman así, no porque sean abades de monjes, sino porque dirigen abadías». La continuación de la historia muestra a la vez la implicación de Pedro en el mundo laico de su época —manda a numerosos caballeros, es blanco de ataques frecuentes de enemigos no menos numerosos— y la distancia en la que se coloca con relación a ese mundo. Aunque valeroso, buen jinete y «ancho de hombros», prefiere huir de sus enemigos o evitarlos antes que combatirlos. A este gran señor afable no le gusta combatir. Esa es tarea de personajes menores. Aquí nos encontramos en las antípodas de un mundo en el que Gunther de Bamberg, que sin embargo era obispo, prefería oír celebrar las grandes hazañas de Dietrich el Amalung antes que el salterio.

Mientras se mantiene la oposición de esos modelos culturales, mientras la nobleza no tiene el mismo sentido para unos que para otros, es difícil hablar de fusión de dos aristocracias, la que sigue llevando el nombre de franca, cualesquiera que sean sus orígenes, y la que se obstina en llamarse romana o aquitana.

El proceso de fusión, sin embargo, existía. Recordemos sus elementos antes de tratar de apreciar sus resultados.

El final de la fusión

Por parte de los nobles meridionales es la «francisación» innegable de sus nombres. El significado de este fenómeno resulta claro cuando se examina qué nombres se toman: el aquitano Géraud del que acabamos de hablar llevaba el nombre de su padre, pero en la generación anterior ese nombre lo había llevado un franco, el gobernador de Auvernia. Los sucesores de ese Géraud se llaman Bernard y Guillaume, y esos dos nombres formarán, en la antroponimia de la nobleza meridional, una masa impresionante. Inversamente, los nombres «romanos» de la alta aristocracia «franca» o de la pequeña nobleza septentrional son, si no inexistentes —porque las genealogías nunca son totalmente seguras— al menos extremadamente raros. El predominio de los nombre «francos» traduce la dominación política de la aristocracia del Imperio.

¿Significa su primacía cultural? Puede discutirse. Los nombres, en esa época de la Edad Media, son individuales y generalmente únicos, un poco como nuestros nombres de pila. El hijo, pues, no lleva necesariamente el nombre del padre, o la hija el de la madre. Pero esos nombres individuales no se atribuyen al azar. Se lleva siempre el nombre de un pariente, generalmente no muy lejano. Muchos historiadores llegaron con lógica a la conclusión de que los nombres francos de la aristocracia local en el Midi eran resultado de numerosas alianzas matrimoniales con la aristocracia del Imperio. Esto es posible pero no seguro. En efecto, hay otro parentesco por el cual puede trasmitirse el nombre, el del bautismo. El gobernador franco de Auvernia podía ser padrino del vástago de una familia aquitana y darle su nombre. Tal práctica podría explicar que el predominio de nombre germánicos sea menos pronunciado entre las

mujeres: esos padrinazgos eran un asunto político y concernían principalmente a los hombres.

Pero debe observarse que aun para los hombres, este predominio no es total. En las grandes familias meridionales se siguen poniendo uno o dos nombres «romanos» o aun galos. Había un Benoît en la familia de Géraud, regularmente un Pons entre los señores de Orange, un Abellonius entre los Castellane, un Maurice entre los señores de Montboissier.

Del lado de la aristocracia franca también hay en ciertas casas un esfuerzo inverso de «romanización». En principio en Palacio, a través de la Iglesia, donde los meridionales a veces ocupaban puestos clave. Pero también en los gobiernos de las provincias meridionales. Retomemos el ejemplo de los Guillaume: a finales del siglo IX, el marqués de Auvernia, Bernard, le hizo a Géraud el honor de enviarle su hijo y heredero para que fuera educado en su casa. En el entorno de Bernard, algunos nobles francos habían aprendido derecho romano. El hijo de Bernard trató, en vano, de casarse con una de las hermanas de Géraud. La tradición filorromana de la familia era antigua: antaño había favorecido a Benito de Aniane, cuya muerte pedían algunos en el palacio franco ya que veían en él a un peligroso portavoz de los romano-godos de la Narbonense. Las simpatías meridionales de esta casa franca están en estrecha relación con su ambición de dominar el Midi, y con el número impresionante de «traidores» al poder franco que había en cada generación. Las tentativas de asimilación no son, pues, un proceso de fusión más o menos «espontáneo» sino una política muy especial en una parte de la aristocracia del Imperio, justamente identificada por otros francos como una amenaza para su poder colectivo.

Sin embargo, aun aquellas entre las grandes familias francas que son protagonistas del proceso de fusión no pueden, durante todo el siglo IX, liberarse de sus vínculos con «Francia».

Cuando, en la segunda mitad del siglo IX, Bernard, del que acabamos de hablar, cayó en desgracia, se refugió en el norte, en un pequeño cantón loreno, Ornois, al oeste de Metz, y allí estuvo aparentemente seguro. Guillermo, su hijo, conde de Auvernia y duque de Aquitania, un casi rey que gozaba de numerosos bienes públicos en el Midi, conservaba aún a comienzos del siglo X un dominio en Einville-aux-Jards, en Lorena. Lo abandonó para adquirir la tierra de Cluny en el Macônnais. Intercambio tal vez más simbólico de lo que parece, en el que renunciaba al legado de sus antepasados francos, un trozo de la áspera tierra lorena que aún lo unía a ellos, para fundar una abadía que se convertiría en la verdadera sucesora de la romanidad gala.

Más o menos en la misma época, el jefe de otra poderosa casa franca rival, que tenía Rodez, Cahors y Toulouse, y tendía al dominio de toda la provincia de Narbona —a grandes rasgos el actual Languedoc— tomaba por primera vez un nombre «romano», el de Pons, que agregaba a su nombre tradicional de Raimond. Un siglo y medio más tarde, sus descendientes, olvidados de sus orígenes, dirán que son de ley romana. Así, puede verse cómo se hacía la fusión en las provincias del sur.

Las cosas también cambiaban en las tierras francas. La red de parentescos de la alta aristocracia, más o menos integrada a la «gran casa» real, se fragmenta en el siglo X en linajes que se presentan como surgidos del abolengo real y que los continúan. De los príncipes, el esquema pasó al de sus fieles que sostienen las fortalezas públicas y los dominios fiscales. De esta manera el loreno Adalbéron, obispo de Laon, declaraba que «los linajes de nobles descienden de la sangre de los reyes», y la máxima expresaba muy bien el sentimiento de los grandes linajes de «Francia» en los albores del siglo XI. El parentesco de la alta nobleza es en adelante un calco del linaje real, a medida que se establecen hereditariamente, de manera definitiva, sobre los bienes públicos, los grandes y sus fieles.

La aristocracia del Imperio deja entonces de existir en tanto que clase social. Sus descendientes, los príncipes territoriales, se convierten en casi reyes, cuando no toman su título. Pero, al establecer su propia casa en medio de aquellos a los que dominan, se separan definitivamente unos de otros. Se ha terminado el Imperio, el poder del «pueblo franco» y las cabalgadas periódicas que volvían a someter a los pueblos y los reinos dependientes. El abad de uno de los más famosos monasterios de «Francia», el de Prüm, no se engañaba cuando escribía en una de las últimas grandes recopilaciones de *Anales*: «Ochocientos ochenta y ocho: cada reino decide crearse un rey sacado de sus propias entrañas». A pesar de su origen franco, los príncipes autónomos del siglo X fueron creados, procreados, por los reinos al frente de los cuales se colocan, y esos reinos no son otra cosa que aristocracias locales. Lo que enmascara la seca constatación del abad de Prüm, lo manifiesta su contemporáneo Eckhard de Saint-Gall, cuando lamenta el tiempo en que los «galos y aquitanos se honraban de ser llamados los siervos de los francos».

El final del Imperio, la edificación de los principados independientes fuera de «Francia» significa, pues, la absorción de las grandes casas francas por los notables indígenas, y la toma del poder por estos. El sentido de ese poder no tardará en desvelarse, cuando las viejas instituciones públicas, de las que aún mantienen ciertos elementos los principados, o al menos la apariencia, se hunden bajo los golpes de una aristocracia unificada y reforzada, que emprende el dominio definitivo del campesinado. La dominación señorial invade poco a poco las células más humildes o las más atrasadas de la vida campesina. La dislocación del antiguo poder que tiene lugar entonces, no debe enmascarar el hecho de que a través de la crisis se funda uno nuevo infinitamente más sólido y durable, porque es el más arraigado. Ahora es necesario que profundicemos en ese nivel,

el de la sociabilidad cotidiana de la mayoría, es decir, del campesinado. En él se jugó, en el ambiente de las aldeas o de los caseríos, la suerte de la futura sociedad feudal. Allí se cumple, en el espacio de algunas generaciones, una idéntica y profunda mutación: el fin, en casi toda la tierra del extremo occidental, de la libertad campesina, y el establecimiento del señorío jurisdiccional, fundamento del poder de la nobleza feudal.

Las libres comunidades del sur

Los historiadores del siglo XIX, ya fueran admiradores de Thiers o románticos enamorados —prudentemente— de la libertad, imaginaban una sociedad medieval, ya idílica, ya tempestuosa, pero cuya estructura era en lo esencial idéntica. Dos grandes clases la componían, los nobles y los siervos, o bien tres, si se considera la Iglesia como una clase autónoma. Sin embargo, todos conocían la existencia de personajes, que durante mucho tiempo llamaron, no sin una identificación inconsciente, «los pequeños propietarios libres»; pero los situaban en una especie de desierto social, en alguna parte entre el brillo aristocrático y los batallones, supuestamente masivos, del campesinado servil: casos en el fondo aislados, mencionados como descargo de conciencia, pero no un grupo social digno de análisis. Al filo de los años, esos libres marginales se revelarán más numerosos de lo que se creía, y hasta se convirtieron en familiares para ciertos historiadores, sobre todo españoles, sin por esto perder la etiqueta un poco anacrónica con la que se los había recubierto. Los estudios recientes ya no permiten seguir manteniendo a los campesinos libres en ese puesto menor, ni aun, rejuveneciendo sin de verdad modificar el análisis, ver en ellos una capa intermedia surgida a favor de los disturbios del siglo X o, por el contrario, una reliquia histórica. Los campesinos libres, que nuestros textos llaman los «alodiales» (propietarios de un alodio), es decir, que tienen un «alodio», una tierra ancestral, formaban todavía en los umbrales del período que

abordamos la clase más generalizada del campesinado y, por tanto, de la sociedad, organizada en una red —sea tupida o ya seriamente en vías de romperse—, de millares de comunidades aldeanas libres.

Comencemos por establecer este punto, distinguiendo la situación en el norte y en el Midi, como lo hicimos al examinar las estructuras de la nobleza.

Los rasgos generales de las comunidades alodiales del Midi ya se conocen bien, y hay numerosos ejemplos desde el Ebro al Tíber. La documentación es particularmente explícita en la España occidental, donde las circunstancias históricas les han dado más larga vida y donde el hábito de una escritura jurídica se había mantenido más que en otras partes.

Los «habitantes» de una aldea, los «residentes», se agrupan en «parentelas» y tales parentelas a su vez forman un «vecindario». Cuando deben tomarse decisiones importantes, «todos los vecinos que tienen herencia en la aldea» se reúnen en un «concejo». Todo el mundo acude: así, por ejemplo, «todos nosotros que somos de la comunidad del Río de Polos», o bien «en el gran concejo de Agusyn, del más grande hasta el más pequeño», o también «todos los que somos el concejo de Berbeja, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos juntos, nosotros que somos los habitantes». Hasta sucede que dos o tres aldeas realizan un concejo común. Cuando los procesos enfrenten a las comunidades de habitantes con los grandes, a propósito de tierras comunes, pastoreos, bosques, aguas, salinas o molinos, los concejos se harán representar por «mandatarios».

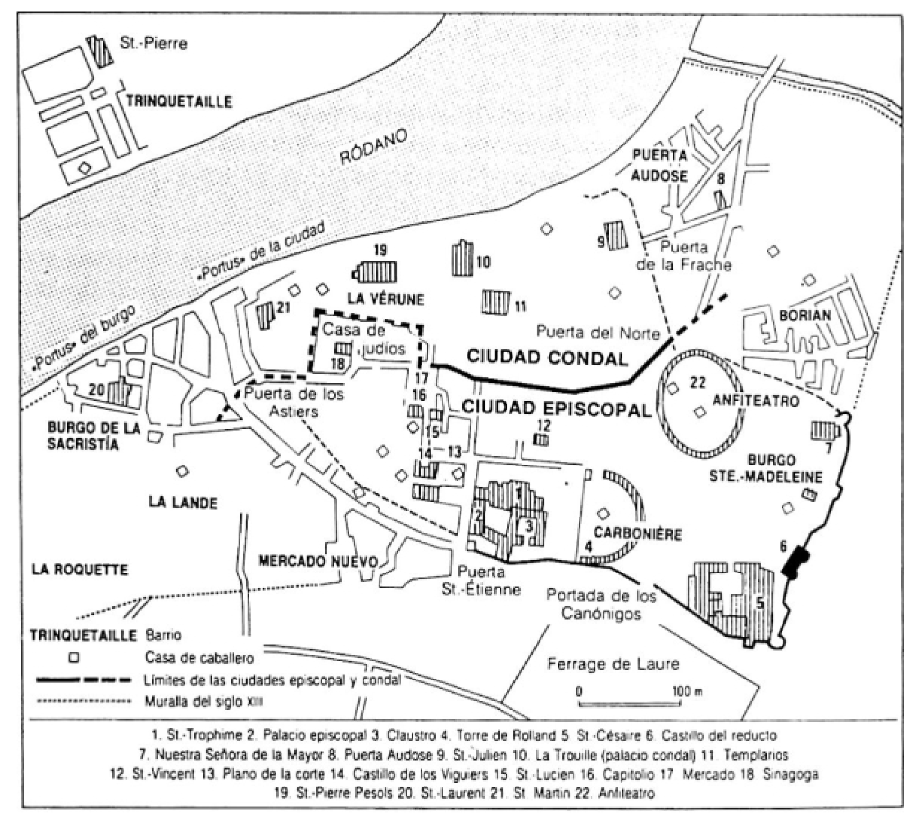
Se debe observar que en cierto nivel del proceso, por lo menos, los concejos están abiertos a los nobles, desde el momento que también ellos son residentes de esa tierra, y no desdeñan el mezclarse a veces con los habitantes del pueblo, con los «villanos». Y con razón. Esta apertura de los concejos de aldea será

para ellos una baza maestra, cuando los grandes, laicos o eclesiásticos, estructuraron en esas regiones como en el resto del Midi, pero tal vez más lentamente, una irresistible política de expansión.

Continuemos nuestra marcha hacia el este. En Cataluña volvemos a encontrar las «comunidades de habitantes»; también tienen sus bienes, y compran colectivamente bosques y pastos o las aguas de un arroyo. Tienen sus mandatarios, y hasta son capaces de recurrir a falsarios para garantizar sus derechos ante la justicia. Se distingue mejor entre ellos a los notables que los dirigen, a los que se denomina con un término idéntico en todo el Midi, los «buenos hombres». En las asambleas judiciales, son ellos los que juzgan, con la presidencia de un titular de la autoridad pública o de un delegado enviado por él. Son expertos designados cuando se trata de apreciar el valor de una tierra, en caso de un intercambio, o para el pago de una multa o de una deuda. Son testigos privilegiados en los litigios que se refieren a los límites de las tierras. Son los portavoces y los garantes de la comunidad. Otra información interesante aportada por el estudio minucioso de los documentos catalanes, notablemente conservados, es que los dueños de alodios están armados.

Tanto al noreste como al noroeste de la península ibérica, se delinean los mismos conflictos. Tenemos el texto de 52 asambleas judiciales de un tribunal público, condal o vizcondal, en Cataluña antes de 1020. En 13 de ellas, las comunidades de aldea emprendieron el proceso para defender sus bienes. Y vemos que la calificación jurídica de esos bienes comunes es susceptible de interesantes variaciones, según el punto de vista donde uno se coloque: cuando los aldeanos de Pallerols, en la Cerdaña, reivindican tierras de pastoreo, consideran que forma parte de «su alodio», su bien ancestral común; pero el conde y sus juristas, siguiendo la línea del derecho romano, consideran que las tierras de este tipo pertenecen al dominio público, y que

los campesinos solo tienen sobre ellas un derecho de uso colectivo, el *empriu*. Es una divergencia teórica cargada de consecuencias.



Arles en el siglo XII

En el siglo X, el punto de vista oficial aún está lejos de prevalecer. Para convencerse de esto basta leer las franquicias que las comunidades de la frontera hacen aceptar al conde. Hacen por su propia boca y en su propia defensa asombrosas declaraciones. Así es como la gente de Cardona, al precisar las condiciones en las que se hará la defensa militar de la marca, hacen agregar «si la necesidad obliga a hacer más, vosotros (es decir, los miembros de la comunidad, ya que es el conde el que debe hablar) ordenaréis según vuestro parecer y como os parezca

útil». Un poco más adelante recuerdan las usurpaciones posibles de las aristocracias vecinas y señalan el remedio:

> Y si algún mal hombre, ahíto de orgullo y ebrio de soberbia, ataca a uno de los que vive aquí, o que quisiera vivir, y toma sus bienes, que este se cobre tomándole siete veces más, y que todos los habitantes lo ayuden… Y si algún mal hombre, mal señor o malvado amigo, quiere incrementar un mal censo, que de ninguna manera pueda hacerlo… Y si algún mal hombre se levanta en cólera contra vosotros para atacaros y combatiros también vosotros levantaos para hacerle la guerra con todas vuestras fuerzas, y para matarlo. Y si uno de vosotros no lo hiciera, que por vuestro concejo sea declarado extranjero entre todos vosotros, los habitantes.

Pesemos cada una de las palabras de este texto: la gente libre de Cardona sabe perfectamente cómo se pierde la libertad de las comunidades aldeanas: por la avidez de los grandes, que despojan a los más débiles de su tierra para restituírsela luego en aparcería, y de esta manera hacerlos dependientes de quienes, ya sean señores altivos como amigos zalameros, al fin de cuentas, hacen pagar su protección y su «amistad» con un incremento de censos; de quienes cuando nada de esto logran, sueltan a sus matones por las aldeas y las entregan al asalto, o las hostigan con emboscadas extenuantes. Frente a todo esto, los de Cardona solo tienen una respuesta: la solidaridad y la lucha armada. También saben que el mantenimiento de esta solidaridad pasa por el rechazo de una autoridad privilegiada en la comunidad: «Y si alguien quiere ser persona de más importancia que los otros entre vosotros que se lo trate como si fuese de menor». Estamos en una época clave. Una generación más y la balanza se inclinará en favor de los grandes. La viva y clara conciencia de los pioneros que habían llegado en grupo para repoblar la frontera tal vez estaba fundada en mortificantes experiencias, vividas en sus antiguas aldeas del interior.

Pasemos los Pirineos. Se encuentran las mismas comunidades alrededor de Carcasona, de Béziers, de Nîmes, de Arles, en una documentación menos rica, pero a veces también muy esclarecedora. Se encuentran las casas campesinas agrupadas al-

rededor de una amplia «plaza común», a veces de una «plaza comunal». Las familias envían sus rebaños a los «pastos comunales», recogen madera en las «tierras comunes», en las «tierras de los libres». También en este caso la comunidad actúa como una persona moral. La información de un proceso nos hace saber que los hombres de Costebalen, cerca de Nîmes, habían vendido uno de sus «alodios comunes» a sus vecinos del pueblo de Quart. Al producirse un cuestionamiento se reunieron los dos grupos, con los del pueblo de Luc, interesados en el negocio. Por otra parte, a propósito de los litigios sobre los límites de las tierras conocemos las comunidades, cuando intervienen los agentes de la autoridad pública, conde o vizconde. Bajo su presidencia se reúnen «todos los comanentes» de Aspiran, es decir, todos los que allí viven juntos; una investigación semejante en Bizac nos muestra a los «circummanentes» en número de 200 personas. También la Narbonense, alrededor del 900, los nobles no desdeñan mezclarse con la multitud campesina de los «mediocres», de los «pequeños», con la «plebe numerosa de los campesinos de uno y otro sexo».

Y se podrían agregar, con algunos textos más pobres para Provenza, los ejemplos aportados, más allá de los Alpes, por la rica documentación de las iglesias lombardas. Los propietarios de alodios de Cologna Monzese también han sido objeto de una monografía detallada. Tantas coincidencias obligan a considerar el gran dominio meridional como una estructura, si no secundaria, al menos lejos de ser indiscutiblemente dominante. Ese gran dominio todavía no es continuo, y sus tenencias se alternan con los alodios de los libres.

El «feudalismo» rampante del norte

La relativa abundancia de testimonios meridionales no debe inducirnos a error. Las comunidades del sur probablemente no era más numerosas a comienzos del siglo IX que las del norte. Pero, en las regiones septentrionales, la práctica mucho menos

generalizada de la escritura las hace más difíciles de conocer y a menudo se las debe observar «entre líneas». Por ejemplo, cuando una concepción extensiva del señorío conduce a los administradores de un gran dominio monástico a contabilizar los dos días anuales de corvea debidos a título de servicio público por los libres que viven junto a sus tenentes. En la región de Saint-Bertin (Saint-Omer) en el pueblo de Guiñes, había 40 libres por solo 16 tenentes de la abadía; en Wizernes, se contaban 21 libres por 18 tenentes. Es verdad, y de esto hablaremos un poco más adelante, que otra categoría de campesinos, ya netamente mayoritaria, poblaba esas dos aldeas. Pero no nos adelantemos.

La autoridad pública franca tenía la costumbre de exigir a ese grupo de libres, si era necesario requisándolos, garantes comprometidos por un «juramento de fe», los *fidejussores,* considerados responsables con su persona y con sus bienes del cumplimiento de los servicios públicos. Tenemos un buen ejemplo en Ardin, Poitou, pero esos *fidejussores* y las comunidades que representaban debían ser bastante numerosos, ya que se los menciona de manera regular en los diplomas de inmunidad. «Tomar los juramentos» era la medida administrativa normal que cumplía el representante del rey en las tierras donde se hallaban uno o varios grupos de alodiales y esto mismo indica que se trataba de comunidades libres: los esclavos no prestan juramento. Cuando el rey depositaba en un establecimiento eclesiástico las funciones antes ejercidas por el agente público (inmunidad), debía ocuparse de esto su procurador laico, el *advocatus* (= *avoué*). A veces sucedía que la lista de esos «jurados» se volvía a copiar en los registros del dominio; así sucedía en Saint-Germain-des-Prés a comienzos del siglo IX.

La situación de los campesinos libres del norte resultó muy pronto tan precaria como la de sus iguales meridionales. No, por supuesto, para los más ricos de ellos y para los más agresi-

vos; estos, como ya hemos visto en Saint-Bertin, eran considerados miembros de «la nobleza del país». El problema se plantea para aquellos que los clérigos carolingios llaman, con desdeñosa compasión, «los pobres». A comienzos del siglo IX cierto número de capitulares intentan protegerlos y sustraerlos de las maniobras de los grandes. Al leer esos textos se percibe que los mecanismos por los cuales empiezan a dislocarse las comunidades aldeanas son los mismos del sistema que las unía —«la obra pública»— pero apartados de su fin y utilizados en contra de ellas. Pasémosles revista rápidamente. El representante del rey, el conde, estaba encargado de repartir equitativamente las obligaciones del «servicio público», cargas militares o tasas, entre los diferentes grupos humanos del condado, grandes dominios o aldeas libres. Le bastaba con falsear voluntariamente su distribución para hacer considerablemente más pesada la carga. Podía, a pesar de la prohibición expresada por los capitulares, tomar regularmente reclutas en el mismo pueblo, o en la misma explotación, disminuyendo de esta manera el trabajo de la tierra. Puede ser albergado con su comitiva, como tiene derecho en sus giras de inspección, siempre en el mismo caserío, poco a poco arruinado por avituallamientos demasiado frecuentes. Puede falsear deliberadamente los pesos y medidas cuando exige prestaciones públicas.

¿Se niegan los alodiales a obedecer sus órdenes? Entonces les impone una multa, de 30 o 60 sueldos, una suma enorme para un pequeño campesino. Si la o las familias afectadas no pueden pagar la multa, los jueces del pueblo, los *scabini*, son invitados por el conde a evaluar y poner en venta los alodios de los que están al descubierto. ¿Quién los comprará? A menudo el noble local, amigo del conde. Para evitar la venta, los campesinos pueden ir a ver a ese mismo personaje para pedirle prestado, a menudo con usura, el dinero necesario para el pago de la multa. Pero si la cosecha siguiente es mala no se lo podrán reembolsar;

y habrá que ir otra vez a los *scabini* para vender. A veces, es verdad, el benefactor es generoso, no exige intereses. Pero en compensación de ese «favor» tal vez les pida a los campesinos que le den la propiedad de su tierra, en seguida o a la muerte del cabeza de familia, para volver a tomarla de él ya en condición de dependencia. ¿No es el mejor medio de estar en paz, en adelante, con el conde, su amigo? Naturalmente, las víctimas favoritas de estos procedimientos eran las familias de viudas y huérfanos, menos preparadas para resistir a esas benévolas presiones.

A veces la familia campesina no se deja vencer. Reúne a sus parientes y va a quejarse a la asamblea general de hombres libres, no lejos de las murallas de la ciudad, cerca de un santuario muy antiguo. El conde se niega a juzgar el caso, como debería hacerlo si observara los capitulares; lo remite a la asamblea regional, cuya presidencia permanente se la confió a un *«veguer»* *(vicarius)*, y este delegado no es otro que el noble vecino. ¿Insisten los campesinos para mantener el asunto en el nivel de la «asamblea general»? El conde, burlando la costumbre, cambia la fecha de la reunión, o bien su lugar; la asamblea está formada por su gente. Cuando los campesinos pretenden exponer su causa ellos mismos, como lo hicieron a finales del siglo X, en una asamblea realizada en el palacio del rey de Borgoña, los nobles se burlan de ellos. La «asamblea general» no es para ellos: ¡que se queden en su región! De esta manera, los pobres libres se ven reducidos a una sociabilidad restringida, limitados conscientemente al horizonte de su aldea o de las aldeas vecinas. Las grandes asambleas no son para ellos. Si van a la ciudad, no será para deliberar sino para comprar o para vender; y se aprovechará la ocasión para exigirles impuestos.

La presión aumenta

Algunas de esas maniobras no son nuevas, pero parecen más eficaces en la segunda mitad del siglo IX, cuando las incursiones normandas golpeaban duramente los poblados abandonados

por los grandes. Los campesinos intentaban defenderse, y es significativo que los capitulares reales, hasta entonces preocupados por proteger a los «pobres», ordenan reprimirlos. En 857, una orden real denuncia las milicias populares, las *trustes*, organizadas por los campesinos contra «bandidos», no designados de otra manera. Sin embargo, la empresa parecía loable: en todo caso estaba de acuerdo con la costumbre franca, consignada en los libros de la ley sálica. En 859, nos enteramos, por un pasaje elíptico y confuso de los *Anales*, que los campesinos entre el Loira y el Sena hicieron reclutamientos para combatir a los normandos, pero que fueron aplastados… por la caballería real. En 884, una nueva orden amenaza a los habitantes de los poblados que han formado «lo que popularmente se llama guildas», es decir, ligas juradas, dentro de la vieja tradición germánica, «para resistir a los que hacen pillaje».

Frente al fracaso de las resistencias, muchos se desalientan o se derrumban. Ya que la protección se hace indispensable, se refugian en la de la Iglesia y aceptan pagar cada año algunas piezas pequeñas por su cabeza, por su *caput*: se los llamará *chevagiers* (= sometidos a la capitación); o deberán entregar una vela para el altar de su santo patrón, y se los llamará *luminarii* o *cerarii*. En una palabra, se habrán convertido en «tributarios». El fenómeno es conocido. Trataremos de evaluar su amplitud y su progresión, y para ello consultemos los registros de los dominios. Se sabe que en las aldeas cercanas a un centro dominical las tenencias de los dependientes muchas veces estaban al lado de las tierras de los libres y estas de las de los protegidos. A comienzos del siglo IX vivían en los dominios de Saint-Germain-des-Prés alrededor de un 7 por 100 de esclavos, un 3 por 100 de libertos (probablemente los llamados en este caso *lètes*), un 77,5 por 100 de tenentes (llamados «colonos», los que cultivan), y solo un 12,5 por 100 de protegidos. Señalemos la débil proporción de esclavos. En la misma época, si nos fiamos del

registro de los dominios de la abadía marsellesa de San Víctor, el Midi era una tierra de servidumbre; contaban con un 44 por 100 de esclavos. Pero los protegidos están ausentes o se los ignora. Una o dos generaciones más tarde, en las tierras de Saint-Rémy de Reinas, en Champagne, los esclavos siguen siendo minoría, 13 por 100, y el número relativamente alto de libertos es significativo, 15 por 100. Los tenentes siguen siendo los más numerosos, 47 por 100, pero los protegidos alcanzan el 28 por 100 de la «familia» de la iglesia de Reims. Más al norte, en la misma época, en Guiñes y en Wizernes, alcanzan el centenar, para unos veinte tenentes. Evidentemente, podemos preguntarnos si esas disparidades no significan una geografía o una cronología social de la dependencia. En la segunda hipótesis vemos que la categoría social que se desarrolla a partir de mediados del siglo IX es la de los antiguos alodiales convertidos en «protegidos». Su *status* al comienzo era ambiguo. Hasta principios del siglo XI los que estaban colocados bajo la protección de las grandes iglesias se consideraban libres, aunque no lo fueran totalmente. Pero los amos, aun de la Iglesia, tenían tendencia a considerar a todos los que dependían de ellos, esclavos, tenentes o protegidos, como «sus hombres», sin preocuparse demasiado por matices, y con razón. De esa manera se forma poco a poco esa clase numerosa de dependientes, de donde más tarde saldrán los turbulentos *ministeriales*. Su volumen nos da una impresionante idea de la presión ejercida entonces en el campo septentrional. Ya a finales de la época carolingia empieza a establecerse en el norte, en los dominios públicos, y sobre todo en los dominios de la Iglesia, lo que será el señorío banal: una tierra en la que todos los campesinos están sometidos a un señor. En efecto, no hay más «libres» que los «nobles». En el siglo X, la crisis feudal, que ahora describiremos, estalla en el Midi; en el norte ya no tenía objeto.

Después de 950 o 980 en Europa del oeste y del sur el sentimiento de la legitimidad real, aunque muy vivo en el Midi, ya no tiene tanta fuerza. Dentro de la aristocracia ceden cierto número de apariencias o de barreras mentales. El sur se convierte en una tierra sin rey. Hasta entonces, a pesar de la independencia de los príncipes, las instituciones tradicionales —en primer lugar entre ellas las asambleas públicas— mal que bien habían perdurado. En este momento, la aristocracia pretende dominarlo todo. El mando legítimo, el *ban*, largo tiempo justificado más o menos por las necesidades colectivas, se va a convertir en una coerción cotidiana, y en una cosa del señor.

Se ha puesto en duda la realidad, e incluso la profundidad de la crisis viendo en ella a veces un tema de la propaganda monástica. Hay que volver a examinar, pues, cierto número de documentos, y retomar paso a paso el itinerario que ya hemos seguido al visitar las comunidades alodiales del Midi. De esta manera surgirán a la luz las convergencias de los textos.

Del Ebro a los Alpes: la guerra civil

Hasta comienzos del siglo XI, mal que bien se había mantenido la paz interior en Cataluña, aunque se acentuó el desequilibrio entre los grupos enfrentados, los grandes, las comunidades, las iglesias. Hacia 1020, las relaciones entre estas y la aristocracia laica parecieron deteriorarse. A partir de 1035 la situación se hizo francamente mala. Los grandes colmaron sus casas de guerreros a caballo, acapararon los mandos de las fortalezas públicas, antaño refugio de las poblaciones vecinas, y en ellas instalaron guarniciones de saqueadores a sus órdenes. Por otra parte edificaron nuevos castillos para dominar mejor la campiña. Una vez atrincherados en esas «rocas», imponían su poder por todas partes, por medio de la amenaza o del terror. Pero también en este caso el proceso solo aparece cuando los intere-

ses de una iglesia o de otro grande están en juego. Se hacen entonces largas listas de agravios en las que se eternizan por escrito las quejas a las que ningún tribunal podía hacer ya justicia.

Por ejemplo, los «rencores y quejas» de uno de los dos condes de Pallars, Raimon, hacia el otro: «Cabalgó hasta Tendriu y allí obtuvo su botín, varias veces; cabalgó hasta Talarn y tomó botín… cabalgó hasta Puigmanyons, mató a varios hombres con sus propias manos, mató a hombres en Peracalç, en Beranui también mató hombres… En Santa Coloma robó a los hombres que se habían refugiado al pie del altar…». El desdichado Raimon también tenía que quejarse de su otro vecino, el conde de Urgel: «Cabalgó contra mí y mató a mi vizconde y a otros míos; segó o quemó mis cosechas e hizo pillaje en mis tierras». Al poco tiempo Raimon restableció la situación. Ya viejo, confesará «el pecado que cometí cuando conduje a los sarracenos contra los creyentes, que fue causa de la muerte y de la captura de numerosos creyentes».

De esta manera, esquilmados por las cabalgadas sucesivas, los alodiales, a pesar de su resistencia, perdieron la libertad. En la región, solo lograron permanecer los «rústicos» de seis aldeas de montaña, los del valle de Andorra. A pesar de la guerra que les hizo el conde de Urgel no logró obligarles a pagar tributo. Donó su señorío, o más bien sus pretensiones, al obispo de la diócesis. Al mismo tiempo, los grandes castellanos liquidaban las franquicias campesinas en las marcas del sur.

El mismo proceso se cumple en Narbona o en Béziers. Oigamos al vizconde de Narbona cuando se queja de un arzobispo más interesado por el poder que por loar a Dios:

> El arzobispo de Narbona fue antaño sostenido por mi tío, el arzobispo Ermengaud, y en su época fue uno de los mejores obispados que hubo desde Roma hasta las marcas de Hispania (a la muerte de este Ermengaud, uno de sus parientes, de noble familia, Guifré, obtuvo el obispado)… Y se alzó cual diablo… edificó castillos en contra de mí, vino en mi contra con un gran ejército y me

> hizo una guerra cruel, en la que murieron de las dos partes, cerca de mil hombres.

Para dominar, Guifré reclutó todos los jinetes que pudo. Les repartió los bienes de la Iglesia. Del producto de las multas de paz, más de diez mil sueldos, sacó la paga de sus mercenarios. Poco importa que el vizconde no haya sido la inocente víctima que pretende ser: el fondo de su queja lo constituyen acontecimientos demasiado públicos para ser pura y simplemente inventados.

En los mismos años cruciales, la familia de los condes de Carcasona y de los vizcondes de Béziers se esforzaba por reducir a los campos situados alrededor del estanque de Thau. Se había aliado con un temible castellano de la región de Nîmes, Bernard «el Velludo», señor de Anduze. Sus incursiones lesionaron los intereses que tenía en la región la abadía de Conques, lo que nos proporciona una descripción sin disimulos de sus operaciones alrededor de Loupian:

> Cierto caballero, Bernard, llamado el Velludo, sitió Loupian con mil jinetes y casi otro tanto de hombres de a pie. La rodeó con un foso y destruyó con el acero, el fuego y el pillaje, todo lo que se encontraba alrededor. Los que habían previsto estas desgracias reunieron todos sus bienes al abrigo de las murallas que rodeaban nuestra iglesia de Pallas, y solo dejaron fuera sus chozas vacías. Los jinetes, decepcionadas sus esperanzas de pillaje, recorrieron los lugares cercanos y todo lo que pudieron encontrar se lo llevaron a su campamento.

Sin embargo, los monjes de Conques no eran hostiles al señor de Anduze al que, por el contrario, consideraban un hombre justo y recto porque había sido favorable a ellos durante un proceso. Pero poco importaba el señor cuando era superado por el ardor de sus fieles; uno de estos no dudó en acosar a los monjes con una tropa de 50 jinetes, para quitarles para siempre el gusto de reivindicar los bienes monásticos en la región.

La ambición de los señores quebró en seguida la paz en la meseta de Auvernia. Allí,

> … cierto caballero de nombre Amblard (el señor de Nonette) entró en conflicto con sus vecinos que pretendían igualarlo en poderío y no ceder en nada

ante él… Por ambas partes los caballeros se echaban encima unos de los otros y destruían a hierro y fuego las casas y provisiones de los campesinos. Y como esto sucedía en varios lugares, los campesinos, que temían el incendio de sus chozas, habían apagado todos los hogares, para que todos los que querían saquearlos y reducir sus casas a cenizas, no pudieran encontrar brasas para incendiarlas.

Los caballeros, sin embargo, se dedican a los dominios de la Iglesia solo después de haber devastado el resto de la campiña, y como causa desesperada. Las quejas de los clérigos, lejos de ser exageradas, corren el riesgo de ser tardías. De hecho, aunque no los agredan directamente, le es difícil a la gente de la Iglesia ignorar las desdichas de sus vecinos, los habitantes de la campiña.

La violencia, día a día

Al favor de las guerras, la inseguridad se volvió cotidiana y casi aceptada. Este es el testimonio de un personaje cercano a los campesinos, el monje Renaud, que regía para el monasterio marsellés de Saint-Victor el pequeño priorato provenzal de Villecroze. Al hacerse viejo, contó al monje que redactaba la biografía de un abad difunto, Isarn, los problemas que tuvieron él y su abad con el jefe de una noble casa de la vecindad, Pandulf, señor de Salernes y de Pontevés.

«Existía cierto Pandulf, que dominaba a todos sus vecinos, tanto por su poderío como por todo tipo de maldades. En su casa del castillo… quebró el cuello al colgarlos a dos hermosos jóvenes que habían ido a pedirle dinero, e hizo arrojar secretamente sus cuerpos a una vasta caverna. Poco tiempo después, los monjes que vivían en Villecroze descubrieron el crimen y los cadáveres fueron transportados al monasterio y enterrados piadosamente… Tiempo después, un hombre volvía de Châteaudouble. Unos canallas de la banda de Pandulf aparecieron de pronto y lo rodearon, lo bajaron del caballo y se lo robaron… En seguida el señor abad me mandó a ver a Pandulf, que rondaba por los alrededores para implorarle; él mismo, por su parte, fue a reclamar el caballo al castillo, a la esposa de Pandulf. Pero pidió la entrevista en vano: esa harpía, de mal humor como de costumbre —y esto no queda bien en una mujer— se encargó de quitarle toda esperanza de recuperar el animal. Pandulf, por su parte, al saber que yo lo buscaba, por lo que parece se ocultó por varios caminos apartados para no encontrarme. Finalmente, más cansado por mi fracaso que por la fatiga del viaje, volví a mi casa, y me ocupé de ponerle una guardia suficiente a todos nuestros bienes, en especial la piara de cerdos. Pero contra esos hombres diabólicos

> o esos diablos humanos, si se me permite hablar de esta manera, ¿qué guardia podía servir? A lo largo del día, esos ladrones se ocultaron en el bosque vecino, y cuando estábamos ya tranquilizados salieron bruscamente del bosque y se apoderaron de nuestra piara de cerdos al amparo de la noche que estaba cercana.

Da la impresión de que los caballeros se divertían. Pero sus juegos terminaron por hartar a los campesinos. Renaud recuerda otro caso que estuvo a punto de terminar mal:

> Un poderoso laico, llamado Adalard, soberbio y malvado, tenía la costumbre de inquietar con incesantes exacciones a los tenentes de la explotación agrícola de Lagnes, que pertenecía al monasterio; les obligaba a entregarles cerdos, ovejas y todo lo que le convenía. Si esa pobre gente no cumplía, los tomaba a la fuerza… Una vez, cuando el santo hombre (Isarn) se encontraba allí, llegaron unos mensajeros que aportaban la nueva de que ese rapaz sacrílego había saqueado un pueblo y que se preparaba a festejar con los restos del botín. Toda la gente de la casa que estaba alrededor de Isarn se indignó y con grandes gritos fue a pedir ayuda a la gente de los alrededores. Con lanzas y escudos, todos sintieron el deber de echarse sobre el enemigo. Pero el hombre de Dios, tembloroso, con las manos extendidas hacia adelante, se opuso a que salieran y les cuestionó con vehemencia el derecho a ejecutar esa mala acción, diciendo que sería preciso matarlo allí mismo antes de entregarse a tal cosa… Luego envió a sus guías al bandido, con mensajes de paz, para que se entrevistara con él.

Entre los campesinos, exasperados, y los saqueadores del castillo se colocó como mediador ambiguo una Iglesia militante. Volveremos sobre esto. Pero las exhortaciones al pacifismo no siempre bastan, y los más valerosos a veces se deciden a pasar a la acción solos. En Rouergue,

> en la aldea de Conques, vivía un tal Hugo; por vanidad del *veguer* del lugar, del que era hermano bastardo, se pavoneaba en el orgullo de una deshonesta nobleza, odioso a todos. Perseguía con insoportable odio a un aldeano, un tal Benito, que se resistía obstinadamente a su orgullo; lo agobiaba con numerosas afrentas, lo acosaba con disputas tan injustas como frecuentes. Este Benito tomó a mal sus insultos y, finalmente, cediendo a la cólera, lo derribó y lo mató. Luego, por miedo a los parientes del muerto, se escapó dejando todos sus bienes; su mujer, para no abandonarlo, huyó con él. En la casa solo quedo un hijo de cinco años que sus padres no podían llevar en la huida.

Los campesinos creían que el niño estaba seguro en el pueblo, mientras ellos se veían obligados a llevar en el bosque la ruda vida de los proscritos por venganza, los *faïdits*. No podían suponer el desprecio y la inhumanidad de los nuevos nobles

advenedizos: la familia del muerto se vengó en el niño y le arrancó los ojos dejándolo medio muerto. Los hombres de la aldea lo encontraron y lo llevaron a santa Foy, que le devolvió la vista, «con alegría de todos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres». Pobre victoria de la aldea sobre el castillo.

La resistencia aldeana, sea activa o pasiva, mientras permanece aislada es impotente para detener la escalada de las violencias. Lo testimonia la recopilación de los milagros de santa Foy, cuya devoción se extendía en una vasta zona: Agennais, Périgord, sur de Limusín, Quercy, Rouergue, Albigeois, en el sur de Auvernia y en las regiones de Nîmes y de Béziers. Si se compara esta recopilación con las obras anteriores de la misma naturaleza, puede verse en ella claramente la frecuencia de las agresiones colectivas o de los secuestros. Los dos primeros libros de los *Milagros* señalan un 26 por 100 de las intervenciones de la santa con respecto a tales asuntos en el período 980-1020. Los libros III y IV, que relatan hechos sucedidos entre 1030 y 1076, tienen una proporción superior, un 36 por 100. Pero esos porcentajes son todavía demasiado bajos. Santa Foy, en efecto, había tenido tantas ocasiones de realizar el milagro liberador que los monjes habían olvidado el nombre de las víctimas más humildes y más numerosas. Pero los collares de hierro, los «erizos» como se los llamaba, colmaban a tal punto la iglesia que se desprendieron de ellos y los fundieron para utilizar prosaicamente el metal. Aunque esos collares fueran imaginarios —lo que es poco probable— no dejan de ser simbólicos de los tormentos del campesinado de esa época. Cada época tiene los milagros que desea.

El derecho, máscara de la fuerza

Sin embargo, sería falso creer que la rapacidad y la brutalidad estaban basadas solamente en la fuerza. Cuando los señores y sus hombres roban los caballos, las mulas, los asnos, los cerdos, los carneros, pretenden ejercer una presión legal: los

caballos o las otras bestias de carga eran las cabalgaduras que podían requisar los enviados del rey, el viejo sistema romano del *cursus publicus*, lo que los concilios de Auvernia de finales del siglo X llamaban todavía «los caballos públicos». El ganado es el diezmo que pretendía el fisco sobre los pastos públicos: o la alimentación del enviado real y de su escolta, o los avituallamientos para el ejército, todo lo que se denominaba con la vieja palabra germánica «el albergue», o si se quiere, «el reposo de los guerreros». Un término abarca el conjunto de esas prestaciones: *exacciones*, palabra que designaba las tasas públicas, y que debió tomar entonces el sentido que tiene en francés: «exigir más de lo que le es debido a la autoridad, o aun lo que no le es debido». En efecto, una cosa era proveer casa y comida a un «enviado del señor rey» y otra soportar las vejaciones regulares de los jinetes del castillo, tragones y caprichosos.

Pero no importa. El gran propietario local con «todo derecho» pretende ejercer la «función pública», ya que se ha convertido en «potencia pública» —una vez más utilizamos el vocabulario de la época— por delegación, por «veguería», del conde, también él delegado, pero del rey. Y por eso el señor juzga a los mismos que oprime. Se ha apoderado de la antigua fortaleza donde se refugiaba en caso de peligro la población de la zona, y donde a veces también se encontraban los lugares de su devoción y de sus asambleas habituales. Luego el señor y su banda fortificaron otras alturas, cuadriculando la campiña con una red de torres de guardia.

La inseguridad «feudal» que manifiesta la proliferación de castillos empieza cuando terminan las grandes invasiones. Después de 1030 se cuadruplica el número de las fortificaciones en Biterrois o en Provenza. Por cierto, puede sostenerse que todas esas torres, esas motas, esas empalizadas, esos fosos protegen, igual que en el pasado, a los «pobres», los «inermes». Pero al mismo tiempo hay que explicar por qué la inseguridad se ha

hecho mucho más grande que cuando los piratas normandos, húngaros o sarracenos vagaban por el país. La causa es la multiplicación de las protecciones competitivas: el señor (y sus hombres) defienden a los campesinos que dependen de él, que viven en lo que se ha convertido en territorio de su señorío, es verdad, pero los defiende contra otro señor, su vecino, y la casa de este, igualmente colmada de valientes expeditivos, que buscan extender el círculo de su poder.

Algunos historiadores, naturalmente, tienen dificultades en renunciar a la consoladora visión de un siglo XI poblado de buenos señores, pastores firmes y razonables de un rebaño de campesinos atrasados. Si se les creyera, tantas «capturas», «botines», «daños», «violencias», «fuerzas», «reclamaciones», «rapiñas», «colectas» o «pedidos», en una palabra, todas esas «malas costumbres» a las que a veces renuncian a entregarse los señores, solo serían invenciones de monjes, celosos de los poderes dominicales. Un gran *bluff* histórico, destinado en principio a impresionar a los poderosos para que renuncien a poderes sin embargo legítimos, y que como última consecuencia producirían el engaño de los historiadores actuales, o al menos de los que tienen alguna simpatía por el campesinado de la época. Un conocimiento, aun mediocre, del latín medieval basta, sin embargo, para ver que la mayor parte de esas palabras, que invaden los documentos de la época, han pasado de la «lengua vulgar» al latín monástico y no a la inversa. Que los monjes y los obispos, o al menos los más inteligentes de ellos, las hayan integrado en su propio discurso, que no era inocente, es obvio. Pero no las inventaron.

La Iglesia y la paz: una defensa

A finales del siglo X, algunas iglesias parecen alzarse contra la aristocracia laica con la intención de cortar el camino a la violencia del siglo. Entonces empieza el movimiento que se llamará la Paz de Dios, y luego, a medida que se extienda y pro-

fundice, la Tregua de Dios. Vale la pena detenerse en esto un momento, a la vez para precisar la cronología y la geografía de la crisis feudal, y para comprender mejor el papel esencial representado por la Iglesia en su terminación, aunque después se deba escrutar su lugar en la propia historia de esta Iglesia.

Desde hacía mucho tiempo los bienes de la Iglesia tentaban a los grandes laicos, ávidos de tierra para sostener su numerosa casa. Cuando un grupo de explotaciones se encontraba aislado, lejos de los centros dominicales administrados o vigilados por los monjes o los canónigos, sucedía que, cediendo a los ruegos o a las presiones de los grandes, la iglesia propietaria les confiaba la administración, mediante un contrato denominado *commenda*. Este contrato no era exclusivo de las relaciones entre los señores y los clérigos; una viuda, demasiado débil para mantener su tierra, otro gran propietario, demasiado alejado, debían a veces confiar (*commendare*) una aldea a un noble y poderoso vecino. Las parentelas o las mismas comunidades libres podían autoconfiarse, «encomendarse» a él. A través de este contrato, muchas aldeas pasaron en el siglo X bajo el cayado —los textos, utilizando la palabra que significaba la tutela de los menores, dirán en el «bail»— de la aristocracia local. Así podría explicarse la frecuencia de la «commendise» en los siglos XI y XII en las regiones al sur del Loira. Una vez que las tierras les habían sido «encomendadas», el señor se convertía en intermediario obligado y, aun sin delegación de poderes públicos, sin «veguerías», pretendía percibir las tasas con el fin de cubrir las prestaciones que él mismo tenía que pagar a la autoridad pública en su calidad de propietario o, en este caso, de administrador responsable. A partir de allí, el camino estaba libre. Al denunciar las exacciones señoriales, un monje de Marmoutiers, cerca de Tours, decía con exactitud: «Qué sean esas costumbres, no es necesario decirlo, ni enumerarlo, porque su comien-

zo es esta encomendación, de la que hemos hablado, y fue en ese momento cuando proliferaron todas aquellas».

Es probable que la presión señorial sobre las comunidades de habitantes incitara, durante el siglo X, a bastantes campesinos a refugiarse en torno a la iglesia. Ya hemos visto que esto era así al norte del Sena, y se tienen ejemplos en Cataluña. Protección por protección, la de un santo era más honorable y más compatible de entrada con la libertad. Y además el señorío de la Iglesia era menos arbitrario que el de los laicos; esto es al menos lo que dirán en el siglo XII los clérigos de las iglesias principales, cuando sean acusados por los reformadores de la época de haber sacrificado demasiado a la gestión temporal, y de conducirse como dueños, no como hermanos. Son los campesinos los que nos eligieron como amos, exclamarán, y tuvimos que aceptar ese papel.

La coerción de los poderosos sobre los alodiales se trasmite a la Iglesia, ya que persiguen en las tierras de esta a los hombres y mujeres que pretenden de esa manera escapar a su presión. Pero ahora ya no se trata de obtener de un abad complaciente una *commenda* sobre un dominio periférico, o sobre una tierra dada por la familia. Es necesario apuntar a lo central, a la masa principal de los dominios eclesiásticos, al perímetro protegido alrededor de los grandes santuarios. Y esto, las iglesias meridionales no pueden aceptarlo sin poner en juego su propia existencia. Así se explica que una corriente formada principalmente por los monjes de Cluny y por algunos de sus amigos convertidos en obispos, haya decidido, a finales del siglo X, poner un dique a la agresividad de los caballeros y proponerles ciertos límites.

Convocan grandes asambleas en torno a las reliquias sagradas de los santos locales, a los cofres preciosos donde están encerradas las osamentas mágicas. Las sacan de las criptas y las llevan a pleno campo y desencadenan la emoción y el fervor

populares. Algunos grandes, amigos o parientes de los monjes, también acuden. Se invita a los caballeros a jurar «la paz», es decir, a comprometerse por juramento a observar algunas interdicciones. En primer lugar, evidentemente, las que protegían las tierras de la Iglesia y a los clérigos cuando no tienen armas. Pero también la prohibición de capturar a los campesinos fuera de las tierras dominicales para pedirles rescate, o «salvo si existe delito», lo que exceptuaba a la justicia de los «vegueres», Los *Milagros* de santa Foy nos muestran que esos secuestros eran frecuentes y que constituían uno de los medios de presión favoritos de los caballeros. Igualmente la limitación de las prestaciones para el ejército tiene como objetivo llevar a las «exacciones» a un nivel tolerable. Las asambleas de paz intentan regularizar una situación bien concreta, la misma que sobre esos tres puntos principales describían los textos anteriormente citados.

El movimiento parece haber comenzado en Puy, en un concilio local celebrado posiblemente en 987. Luego los reformadores lo trataron de extender hacia el oeste, hacia el Poitou, con un concilio celebrado en Charroux en 989; y hacia el sur al año siguiente, con un concilio en Narbona: en 994 se realizó un concilio general o que trató de serlo, que reunido de nuevo en Puy se amplió hacia el oeste, hacia Limoges, y hacia el este, hasta Anse, en la región de Lyon. Las asambleas de 994 marcan la zona de influencia verdadera del movimiento, después de las ambiciosas tentativas de extensión de 989-990:

Es probable que también señalen un giro en el proceso de señorialización emprendido tal vez desde hace unos años en esas regiones centrales: el comienzo de su fase radical. Alrededor de 1020 la crisis se profundiza: el movimiento de paz es retomado entonces abiertamente por Cluny, que trata de extenderlo al norte del Loira, en la zona de influencia de la realeza capeta, que los cluniacenses deseaban restablecer en el Midi. Alrededor de 1040, los partidarios de la paz dan un paso más, sistemati-

zando una medida que ya habían esbozado en 1022-1023: la colocación «fuera de la violencia» no ya de ciertos espacios, o de ciertas personas, sino de cierto tiempo, más exactamente en períodos santos consagrados a la celebración anual de las grandes fiestas religiosas. Protección de una sociabilidad amplia: esas fiestas reunían en lugares habituales de peregrinación poblaciones enteras y los desplazamientos pacíficos realizados para acudir a ellas eran una ocasión elegida para las emboscadas y las capturas. Prohibir las armas durante esos períodos era preservar lo esencial.

Los campesinos y la paz: una «revolución»

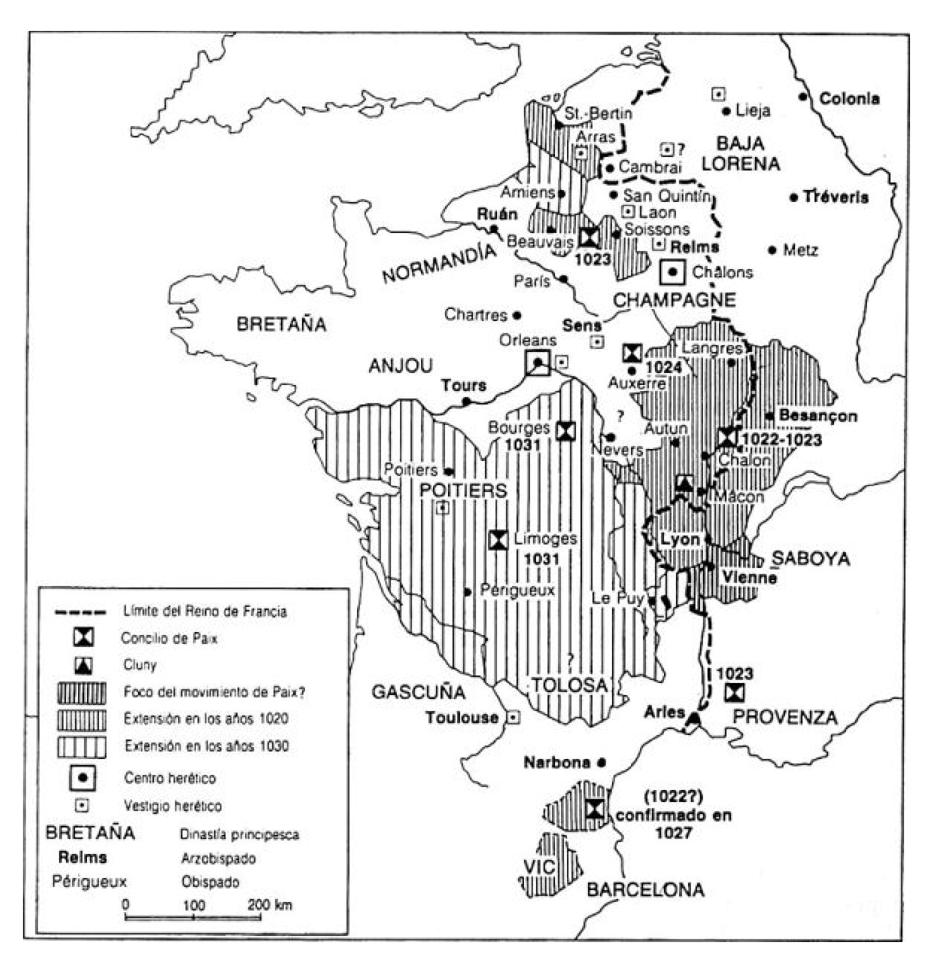
La paz, luego la tregua de Dios, promovidas por la parte más vigorosa de la Iglesia meridional, son pues sostenidas a la vez por el fervor popular y por ciertos grandes castellanos, que se sienten aparentemente superados por su propia caballería. Esta alianza objetiva no deja de tener tiranteces. En Limoges, en 1038, los campesinos, en principio alentados por un obispo imprudente, forman milicias de paz, y se lanzan al asalto de los castillos. Tal desborde de los objetivos fijados por la Iglesia al movimiento es, sin duda, excepcional: pero también muestra el peso que podía hacer valer el campesinado en las asambleas de paz.

En una zona central, en Auvernia, en Borgoña, en el Viennoise, y en menor grado en el resto del Midi —salvo en Cataluña y en el oeste, donde se logró edificar poderosos principados feudales—, los monjes de Cluny y los obispos y señores que los sostienen se ven obligados a apoyarse en los campesinos. Se ven llevados a hablarles de cosas que esperan, no solo de la unidad en Cristo del pueblo de Dios, sino más allá: de la igualdad; deben cantar, para retomar la irónica expresión de un adversario del movimiento, Adalbéron de Laon, «la canción de nuestros primeros padres», la del padre Adán y la madre Eva, la de un época en la que todos trabajaban y donde no existían genea-

logías de nobles. Y el obispo de Laon, dolorido, denuncia los «concilios rurales», las milicias campesinas, a sus ojos grotescas, con sus jinetes a lomos de asnos: ¡por qué no búfalos o camellos!, se burla. Es el mundo al revés, muy pronto los obispos deberán colocarse detrás del arado, los guerreros deberán llevar la cogulla y observar el silencio de los claustros, y se coronará a los campesinos; el mismo rey, proclamado servidor de los pobres, no es pues más que «un siervo colocado en el rango de rey». Ironías que dicen mucho sobre las implicaciones populares del movimiento de paz, sobre los temores de verlo llegar a una expresión más radical, sobre el sentimiento de que una poderosa subversión podía derrumbar todo el edificio dominante, nobles o clérigos. Por cierto, puede separarse de esta profunda agitación la oleada «herética» que sacudió en el mismo momento a campesinos y ciudadanos. No escasean los argumentos —en seguida lo veremos— que señalan su dimensión religiosa. Pero, desde los movimientos de 1020-1025 en el norte de Francia a la gran rebelión «pregregoriana» de los patarinos de Milán alrededor de 1050, hay demasiadas semejanzas con el movimiento de paz para que no se vea en ellos otro rostro del mismo.

Cansados de no encontrar límites para sus lágrimas y quejas, en las aldeas de Francia aparecen profetas campesinos que oponen a los desesperantes rigores de un siglo malvado el sueño de un mundo sin mal. Tenemos un ejemplo, algunos años antes del año mil, en la aldea de Vertus, en la región de Châlons. Un campesino llamado Leutard vivía allí. Se había separado de su mujer, porque lo había iluminado el Espíritu.

> Una vez se encontraba solo en los campos, ocupado en alguna tarea agrícola. Fatigado por su trabajo, se adormeció; le pareció que un gran enjambre de abejas entraba en su cuerpo por sus salidas secretas, surgía luego con gran ruido de su boca y lo excitaba con picaduras continuas. Después de haberlo excitado con sus aguijones mucho y durante largo tiempo, le pareció que le hablaban y le ordenaban que hiciera cosas imposibles para el hombre.



Paz de Dios y herejía

Y el monje borgoñón que nos deja un relato indignado de la cuestión describe a Leutard alzándose durante la misa, arrancando los crucifijos, esa imagen de la miseria de Dios y de los hombres, destrozándolos a taconazos. Luego toma la palabra, con facilidad y elocuencia: «su fama muy pronto atrajo a una parte no pequeña del pueblo». Una generación más tarde, a pesar de la represión, el «maniqueísmo», esa ascesis dialéctica del bien y del mal, ganó a numerosos grupos de aldeanos de la región.

Y también allí la palabra rebelde del siglo XI anuncia las tempestades y las revueltas del XII: el monte Guimer, no lejos de

Vertus, será el santuario de los heréticos del norte cuando su religión llegue al Rin, a las costas de Flandes y a las llanuras de Picardía, cuando los profetas barbudos, vestidos con un largo traje negro con capucha, vagabundos infatigables, vayan descalzos a predicar por los caminos y plazas la gloria intangible del Padre, y el mundo sin mal. Porque la religión de los cátaros, aunque ello no plazca a sus turiferarios, fue sin duda en su origen más viva en el norte que en el Midi.

Los obispos del norte: contra la paz

Pero volvamos al siglo XI. Al dar la palabra a la gente del campo, al ponerse a la cabeza de sus colonos, los cluniacenses sin duda abrían un camino peligroso para los dominadores de los que eran, bajo todos los aspectos, la fracción más esclarecida. Los obispos del norte denunciaban a los que consideraban como innovadores irresponsables. No fue un azar que el crítico más duro de la vía cluniacense haya sido un obispo establecido entre el Sena y el Rin, ese Adalbéron que hemos citado, el descendiente de una gran familia lorena. El lugar de la Iglesia, y de una manera general la situación social, son muy diferentes en esas regiones. Ya hemos visto que la crisis en ellas fue tal vez más precoz y más lenta. Sobre todo, desde hacía tiempo, allí los obispos y los abades eran, para plagiar su propio estilo, las más firmes columnas del poder real. El contraste con el Midi era particularmente impresionante en la iglesia monástica. A diferencia de sus hermanas meridionales, consagradas solo a la oración, las grandes abadías del norte habían sido verdaderas plazas fuertes del poder carolingio. Sus dominios imponentes formaban territorios compactos donde el abad, por intermedio de su representante aceptado por el rey, el procurador laico (*anoné*), hacía justicia a los hombres libres, hacía los reclutamientos, mantenía una caballería aguerrida y disciplinada. Esos territorios gozaban del privilegio de inmunidad, es decir, estaban vinculados directamente al palacio real, y colocados fuera

del control del conde. La inmunidad de Corbie abarcaba, de esta manera, a finales del siglo IX, una zona de 1700 km². La de Saint-Riquier tenía la mayor parte de Ponthieu, la de Saint-Bertin toda la zona detrás de Boulogne; la de Saint-Vaast d'Arras era tan importante que sustraía la mitad de la diócesis de Cambrai al imperio germánico, al que sin embargo pertenecía este obispado. Alrededor de París, los dominios de Saint-Denis dominaban el Vezin, y los de Saint-Germain-des-Prés el sur del Sena.

En esas regiones, los dominios de la Iglesia no compiten, pues, con los dominios laicos; simple y llanamente son los dominantes. El problema para las casas nobles no es el de extender en ellos su poder, sino de conquistarlos para edificar a partir de ellos un señorío que sin ello sería imposible. La justificación de esta conquista la aportaría la institución del procurador laico seriamente transformada. Hemos visto que el procurador (*advocatus*) era una especie de lugarteniente laico del abad, sometido a él, y por encima de él, al rey. Elegido entre los nobles locales, le era difícil escapar a esa sumisión. Pero cuando, en el siglo X, las grandes casas francas se hicieron independientes, el cargo de *advocatus* fue acaparado por el conde, y de esta manera escapó al control del jefe de la comunidad monástica. Y el conde redistribuyó el cargo, dividiéndolo entre sus fieles, que se convirtieron en *subadvocatus*. A esta partición corresponde la parcelación del dominio en su beneficio. Los alodiales que vivían en los antiguos territorios de la inmunidad, cuando cometían un delito, eran llevados ante la justicia abacial por el procurador laico (*tançait*), que alegaba contra ellos o, hablando claro, los «increpaba». Se diría entonces que los señores locales, convertidos en *subadvocatus*, tienen el *tancement* de una aldea; este *tancement* septentrional es una especie de equivalente de la encomendación meridional. Por una vía diferente, desembocaba en el mismo resultado.

Pero esta apropiación no provoca los enfrentamientos brutales que provoca en el sur. Se trata más de un arreglo colectivo de la apropiación aristocrática sobre la masa de los antiguos dominios públicos que de un cambio de estructura. Y esta «privatización» corresponde al cambio general de orientación de la nobleza franca, que termina con sus empresas exteriores. Sobre todo, las grandes iglesias septentrionales no abandonaron del todo su poder a los castellanos. Los abades, los obispos sobre todo, con su guardia de vasallos domésticos, sus tradiciones de mando, su costumbre de considerarse como los representantes por excelencia del poder real, se sienten bastante fuertes, capaces de mantener la sociedad en sus límites.

Por esa razón, apoyarse en comunidades de alodios, para ellos está desprovisto de sentido. La sociedad les parecía que estaba totalmente dividida entre las casas nobles y los siervos, que trabajaban los campos. En Europa occidental es de origen bien reciente la pretendida división «indo-europea» en tres órdenes, los sacerdotes, los guerreros y los cultivadores. Para Adalbéron y sus iguales, todos los campesinos son en adelante siervos, y como tales destinados al sufrimiento, a la labor, al «trabajo», en el sentido etimológico del término, el del dolor: «esta raza agobiada nada posee sin sufrimiento. ¿Quién puede medir el esfuerzo de los siervos, sus encargos y sus tareas innumerables? Proveer a todos de riqueza y vestimenta, eso le toca al siervo». Pero como Adalbéron es hombre de la Iglesia, juzga oportuno recordar que «un hombre libre (es decir él y los nobles) no puede vivir sin siervos… El señor es alimentado por el siervo que se vanagloria de alimentarlo». Un buen administrador dominical debe recordar esto y cuidar la clase productiva. A través de lo cual el obispo puede concluir con un tranquilo: «Para las lágrimas y quejas de los siervos, no hay límites».

Recordemos que entre esos pretendidos siervos había muchos antiguos protegidos, y sobre todo muchos protegidos de la

Iglesia. Los obispos del norte no consideran que deban aliarse con el campesinado, sino solamente que deben hacerse obedecer por ellos, evidentemente en su propio provecho. Puede comprenderse que no vean bien las asambleas campesinas, basadas en la custodia, la exposición y adoración de reliquias que a veces se parecían a ídolos. La tradición cristiana en el Midi era lo suficientemente fuerte como para permitirlo. Ya veremos que en el norte era muy diferente, al menos hasta el comienzo del siglo X. ¿Por qué despertar viejos demonios para reivindicar la dirección de la sociedad? Los obispos del norte ya lo han hecho de manera no desdeñable. Desgraciadamente para ellos, la «raza agobiada» a la que invitaban sin demasiados problemas a perseverar en el esfuerzo, desde finales del siglo X estaba minada por corrientes subterráneas. El desarrollo brutal del profetismo de la Champaña iba a mostrar los peligros de su conservadurismo.

Fue en esas condiciones cuando los obispos del norte y ciertos príncipes como los condes de Flandes o los duques de Normandía en el curso de los años 1060 se decidieron a adoptar la tregua de Dios, adaptándola a su costumbre: no la protección de los débiles sino la limitación de las venganzas que diezmaban las parentelas caballerescas, y amenazaban la cohesión de la nueva «nobleza amplia» y el tipo de orden social que imponían en su principado.

A fin de cuentas, la paz y la tregua de Dios transformaron menos la sociedad que lo que manifiestan. Una vez dislocadas las comunidades alodiales, la sociedad campesina se escindió en dos clases, una de cultivadores sojuzgados, otra de hidalgüelos orgullosos de aliarse a las viejas casas nobles, que se convirtieron de esta manera en prolíficas e invasoras. Este movimiento más o menos precoz y más o menos concluido, sin duda actuaba sordamente desde hacía tiempo antes de llegar al nivel de los textos. La legislación de paz, cuando toma en consideración

el nuevo vocabulario surgido de la crisis —por ejemplo, la oposición caballero/siervo—, legitima las categorías sociales que abarca, al mismo tiempo que pretende moralizar su papel. Las convirtió en estamentos. La cristianización, el ennoblecimiento de la caballería señorial permite a esta ser otra cosa que un perpetuo bandidaje: una clase dominante fuerte y jerarquizada, cuyo orden, material o imaginario, está basado en los vínculos del feudo. El caballero obtiene su feudo del barón, el barón del conde, el conde del rey. La sociedad se ha convertido en feudal.

La parte del alodio y la del feudo

La crisis feudal, es una trivialidad decirlo, no implica solamente el establecimiento de una nueva relación entre los dominantes y los dominados, que resume y polariza el señorío jurisdiccional. Implica también profundas transformaciones mentales en la o, más bien, en las conciencias colectivas de los grupos afectados. Ya se ha subrayado bien el vasto movimiento que en la literatura de la nueva clase caballeresca hace emerger, transformándolos, elementos legendarios y hace nacer una nueva cultura, propia de la imaginería feudal. Así, comienza la larga serie de manipulaciones políticas que se operan en los antiguos temas épicos. Es un rico ámbito pero que casi no nos concierne en la medida en que, más que aclarar la transición de los siglos x y xi, anuncia un porvenir ya moderno. Es otro el ámbito, por desgracia más oscuro, que debemos tratar de aclarar porque es esencial: el de las creencias, las costumbres y los ritos de las comunidades alodiales cuya declinación hemos visto en los precedentes desarrollos. Un pensamiento cuya sombra fugitiva solo podemos entrever en el momento en que aquel se degrada. Paradoja ahora familiar a los etnólogos, que saben que no pue-

den comprender una cultura sino cuando esta empieza a desintegrarse.

Para captar algo del pensamiento campesino de esos dos siglos de mutación, prácticamente hay que renunciar a utilizar el material favorito del medievalista, los textos redactados en latín. No solo porque en general son obra de clérigos hostiles *a priori* a ese pensamiento, sino también porque el latín medieval, forjado durante siglos de esfuerzo para ser una «lengua de lo unívoco y de la categoría», no era adecuado para expresar las representaciones que se hacía del mundo un campesino unido a un pasado muy antiguo. El discurso en latín a lo sumo puede transmitirnos vulgarismos, preciosos como testimonios, pero raramente es capaz por él solo de mostrarnos el movimiento que los une y los anima. Todo lo contrario ocurre con los textos en lengua vulgar, mucho más cercanos al sistema conceptual utilizado por el pensamiento «popular», por lo que los clérigos de la Edad Media llamaban con desdén «el discurso rústico», «el discurso de los simples», expresado por «iletrados», por «idiotas» en el primer sentido del término. Es verdad que raramente ese discurso se hacía ante ellos y con razón. Cuando, por azar, debían escucharlo, no podían dejar de aceptar su elocuencia (ya lo hemos visto a propósito de los profetas del siglo XI) y aceptar la fascinación que ejercía sobre las multitudes campesinas. Ahora trataremos de restituir algunos elementos de ese discurso negado en dos ámbitos esenciales y mediadores: el del derecho y el de la religión.

De la diversidad cultural a la oposición de clase

Durante el período carolingio, los grupos nacidos de la mezcolanza étnica provocada por la decadencia del Imperio Romano habían conservado tradiciones jurídicas diferentes, surgidas de sus culturas de origen, con la condición de adaptarlas a las nuevas circunstancias. Cada persona seguía la «ley» de su grupo cultural, y por eso se consideraba «franca», «burgundia»,

«goda», o «aquitana», es decir «romana». El nombre dado por los juristas a ese fenómeno —la personalidad de las leyes— no debe enmascararnos su carácter colectivo. Y debe observarse que la personalidad de las leyes no implicaba siempre y en todas partes la diversidad de los usos jurídicos. Esto dependía de las regiones y sobre todo de los niveles sociales. En los lugares donde un campesinado mayoritario había absorbido desde hacía mucho tiempo elementos alógenos poco numerosos, la diversidad de los derechos no tiene mucho sentido, y los pequeños notables campesinos que «decían el derecho» sabían qué tenían que hacer tanto en Cambrai como en Narbona: los que estaban sometidos a su justicia casi no se movían, y tomaban a sus esposas en los caseríos vecinos. Los problemas de conflicto o de confrontación de derechos diferentes, tal como aún hoy los conoce el derecho internacional privado, no podían existir en su nivel más que en zonas de frontera cultural donde residían grupos importantes de poblaciones heterogéneas.

Muy diferente era el problema en el nivel de la aristocracia del imperio: en ella los cálculos políticos, las vastas redes de alianzas matrimoniales, los gobiernos en zonas lejanas producían una movilidad social sin punto de comparación con la de los grupos campesinos. Pero, desgraciadamente, la casi totalidad de la documentación jurídica —fuera de los códigos de «leyes»— solo nos informa sobre las casas nobles. Esto explica una aparente contradicción de los textos.

Hasta mediados del siglo X, las aristocracias mantuvieron las viejas distinciones de derechos: en Angoulême, en Clermont, que en el siglo XIII son regiones en las que no se aplica el derecho romano, aún hay nobles cultivados que lo conocen; en Vienne, por el contrario, o en Narbona, que más tarde serán países romanistas, una minoría sigue utilizando la «ley sálica», es decir, la costumbre franca. En 918, cuando se realiza una gran asamblea judicial en Alzonne, en la región de Toulouse,

los especialistas de los diferentes derechos aún se distinguen cuidadosamente unos de otros: ocho «jueces» romanos, ocho *rachimburgi* godos y solo cuatro *scabini* francos. Toulouse, en la Aquitania de tradición romana, había sido también la capital del reino godo, y el marqués que la gobernaba, vástago de una antigua familia franca aún en 933, se remitía a la «ley sálica».

Sin embargo, ya en 864 el rey carolingio no dudaba en hablar de las regiones meridionales como «esos lugares donde se observa la ley romana». Con esto aludía al derecho ampliamente mayoritario en la población campesina, A la inversa, en el norte, el derecho romano tendía a desaparecer, aun en la aristocracia. Cuando se produjo un proceso entre dos abadías no se encontró en París ningún juez capaz de aplicar la ley romana como hubiera sido necesario por tratarse de iglesias. Esto nos muestra que alrededor de una gran ciudad de «Francia» los hombres libres suficientemente honorables como para dictar el derecho, ya no conocen el derecho romano «vulgar» de la época, sino solo la costumbre franca. Para poder encontrar romanistas hubo necesidad, en el caso citado, de celebrar el proceso en Orleans. Y aun así, los jueces romanos acudieron allí desde una región muy especial, el Gâtinais.

De igual manera, cuando el arzobispo de Lyon, Agobardo, se quejaba en la misma época de la diversidad de los regímenes jurídicos aplicables a las embrolladas parentelas de la gente de su ciudad, hay que ver que se trata de un caso limite, que concierne a la vez a grupos urbanos aristocráticos, a una ciudad de frontera, donde conviven las tradiciones romana, burgundia, franca y, tal vez, por las comunicaciones con Italia, lombarda. Nuestro testigo nos muestra bien cómo en la ciudad de Lyon la diversidad de «leyes» ponía trabas a la unidad del «pueblo de Dios», de hecho limitada allí a la aristocracia: en absoluto pretende que esa diversidad existiera en el mismo grado, y con los mismos inconvenientes, en la campiña de la región. Y la solu-

ción que propone es reveladora: sugiere reducir los usos jurídicos a dos regímenes, uno «franco», el derecho bárbaro más difundido y el de la casa real, el otro «romano» que es el derecho de la Iglesia y que, como hemos visto, es mayoritario en el Midi.

Solo a partir del siglo X se realiza el deseo de Agobardo, probablemente más allá de lo que él mismo lo había deseado. En esa época, un texto del Poitou habla, por primera vez, de «la costumbre de la provincia»; en 1095, otro cita «la costumbre de Burdeos». En 1095 el conde de Toulouse, que indiscutiblemente descendía de antepasados francos, considera que vive bajo la ley romana. A partir de esta época, ya no se es de costumbre «romana» o «franca» sino que se pertenece a la costumbre de su región. El derecho ya no es el de un «pueblo», es decir, el de un grupo étnico y cultural, o pretendidamente tal, sino el de un país. La costumbre se convierte de «personal» en «territorial». Entonces se establece una geografía de costumbres que debe mucho a la geografía política del siglo XI, pero que se basa en el fondo en el doble sustrato mayoritario revelado en el siglo IX.

Al sur de la línea Saintes-Lausanne se encuentran las regiones llamadas de «derecho escrito», es decir, de derecho romano: las costumbres locales, ya romanizantes, se reforzaron a partir del siglo XII por los legistas, especialistas del derecho al servicio de los príncipes. Estos legistas meridionales, influidos por las escuelas italianas, introdujeron desde el comienzo del siglo el derecho romano oriental, el de Justiniano, que se aplicaba en Italia, y sobre todo en los territorios dependientes de Roma. En el norte, en los países llamados «de costumbre» en sentido estricto, en los que el sustrato no era romano, los legistas empezaron muy pronto a redactar las costumbres locales, hasta ese momento orales, y a transformarlas poco a poco en un vasto *corpus* de derecho también él «escrito», reelaborado y

obstinadamente puesto al servicio de la idea monárquica, a partir de las costumbres de París. Esfuerzo que tendía menos a la fijación, para una mejor justicia, del derecho consuetudinario —cuya movilidad en estado oral no debe ser exagerada— que a ponerlo bajo el control del poder real y de las capas sociales que lo sostenían, alienándolo de los grupos que hasta entonces lo habían producido.

Ahora bien, las costumbres redactadas nos muestran que en el norte se realizó y se manifestó, en el plano del derecho, una división de clase entre los nobles y los «plebeyos». A partir del siglo XII unos y otros tienen sus costumbres, su «ley» diferente. ¿Cuál es el contenido de esta distinción?

La sociedad alodial

Cuando, por primera vez, nos referíamos a los alodiales, hablé del anacronismo inconsciente que los había bautizado como «pequeños propietarios». Ha llegado el momento de justificar esta crítica. A veces sucede que ciertos escribanos meridionales del siglo XI utilizan de manera indiferente, cuando redactan un documento, el término del latín vulgarizado *allodium* —que en francés antiguo será *alluet*— y el latín clásico *proprietas*. El error de su parte, en esas regiones y en esa época, era sin duda menos grave que la confusión que hoy produce. Propiedad y alodio significan, en efecto, rigurosamente lo inverso; uno es el bien propio de un individuo, y este tiene según la vieja definición «el uso, el beneficio y el abuso», es decir, el derecho de alienarlo o de destruirlo; el otro es *alleath*, «la posesión de todos», término traído a estas regiones por los inmigrantes germánicos y que terminó por ganar el Midi.

¿Qué se designa con esta idea de totalidad? Dos grupos asociados. Uno es el de los muertos, de los antepasados. En los viejos textos de ley bárbara, *allöd* es traducido por el latín *terra aviatica*, la tierra de los antepasados. Cuando uno de los que participaban en ella por un caso excepcional debía renunciar a

la misma, en caso de multa o de destierro, por ejemplo, debía hacer *chene-chruda* (un anglosajón hubiera dicho *kin-hredde*), «liberarse de su parentesco». En Escandinavia, donde existía la categoría idéntica del *odal*, era esa posesión de los parientes muertos lo que justificaba la posesión actual: en caso de litigio, cada parte enumeraba a aquellos de sus difuntos que habían residido antaño, «habitado» en la tierra, tratando de recordar el mayor número posible y los más antiguos. Esta ocupación antigua del alodio estaba fijada por los nombres de ciertos lugares, como lo muestran las sagas islandesas: una tierra en la que había vivido el antepasado, un vado donde un antepasado había muerto con las armas en la mano, un barranco donde otro se había caído; sobre todo los *tumulus* de los antepasados, prueba irrefutable que había forjado, en los derechos escandinavos, la expresión *haug-odal*, «alodio-de-túmulos». Desde el interior de la tierra, desde las colinas o las montañas, los muertos, los «elfos negros», seguían velando sobre la «posesión de todos». Y, a cada muerte, todos los supervivientes debían tener si parte de ese poder, su parte de esa tierra. Veremos que en el siglo X los sombrío espíritus de los muertos estaban lejos de haber sido expulsados de los campos por la prédica cristiana o las correcciones de los obispos.

Pero el señorío, ya lo hemos visto, es enemigo de las comunidades alodiales. Bajo su presión, los alodios disminuyen. Unas pocas cifras nos muestran los ritmos de esa decadencia. En Cataluña, el estudio de los testamentos, numerosos en esa región de tradición romanista, muestra que entre 990 y 1000, el 80 por 100 de los bienes legados son alodios; luego la curva decrece: 1000-1025, el 65 por 100; 1025-1050, el 55 por 100; 1050-1075, el 35 por 100; 1075-1110, el 25 por 100; 1120-1130, el 10 por 100. En el Bordelais, en el siglo XII, el porcentaje de alodios parece idéntico, el 10 por 100. En la región de Chartres los alodiales dan también, a partir de mediados del

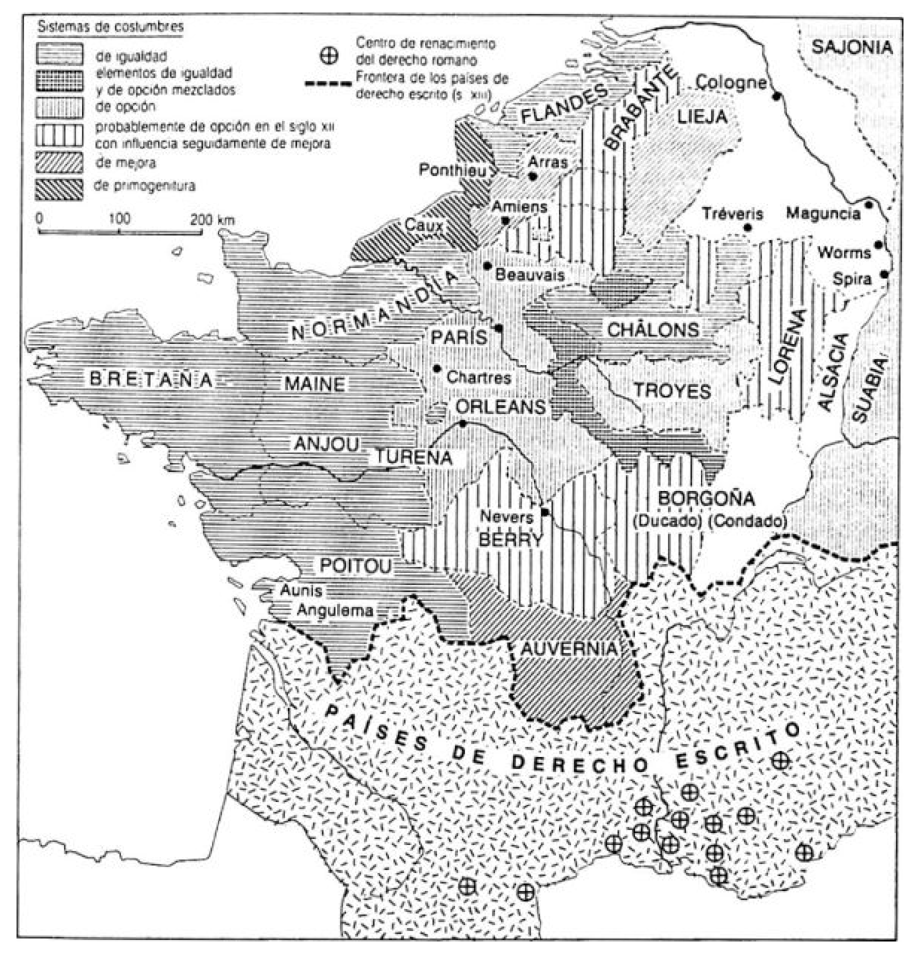
siglo X, trozos de su tierra a la catedral; el hecho en sí, en una región no romanizante, marca una primera erosión del sistema. El ritmo parece el mismo que en Cataluña: 940-1030, el 80 por 100; 1030-1060, el 45 por 100; 1060-1090, el 8 por 100. Si nos trasladamos a los límites de Picardía y Flandes la impresión es totalmente diferente: en la región de Hesdin, que abarca unos 250 km^2, en las transacciones patrimoniales del período 1090-1150 aún se cuenta con el 61 por 100 de alodios; otro país de la región lleva el significativo nombre de país d'Alleue. En otros lugares, nombres semejantes solo designan aldeas, como por ejemplo los Allues de Saboya, los Alluets del bosque de Yvelines, los Alleuds de las Ardenas, de Anjou o cerca de Niort, en Poitou.

Pero durante mucho tiempo se había creído que los alodios eran más numerosos en el Midi que en el norte. De hecho, esta impresión abarca una diferencia a la vez de estructura y de naturaleza. Las tierras llamadas alodiales, en el norte, quedaron reunidas en grupos compactos; los alodios son menos frecuentes pero de mayor extensión y es la lógica del verdadero alodio seguir siendo un territorio colectivo. Son, pues, regiones enteras o grupos de campesinos libres los que han logrado mantener su autonomía y sus costumbres. El país del Alleue, del que acabamos de hablar, en Ternois, o el célebre «reino» de Yvetot son ejemplos asombrosos. Los alodios meridionales, por el contrario, son pequeños, por lo cual se los encuentra más a menudo en la documentación jurídica, y esto nos indica que la gente del Midi ha aplicado el término franco a una realidad diferente, la de los bienes patrimoniales libres de censo, pero que entran, como lo supone el derecho romano, en el comercio. Esta diferencia de naturaleza es aún más nítida cuando se examina un mapa de las familias de derecho consuetudinario en el siglo XIII, hecho a partir de las soluciones aportadas por cada una de ellas a este problema central: la sucesión a las tierras y la

parte concedida a cada uno de los descendientes en esa sucesión. Ahora solo nos interesa el norte, porque las costumbres de los campesinos del Midi están enmascaradas por la segunda difusión del derecho romano. En la otra vertiente cronológica de la crisis feudal, las supervivencias del sistema alodial son importantes.

Herencias rústicas en discusión

En el mapa esquemáticamente realizado a partir de los trabajos de los historiadores del derecho consuetudinario, se observan tres zonas donde las soluciones aportadas por la costumbre al problema de la igualdad entre los herederos varían.



Costumbres y supervivencias alodiales

Una primera área de costumbres la encarna Normandía. Allí son estrictamente igualitarios. A finales del siglo XII, el *Très Anden Coutumier* de Normandía dispone: «Si el padre en vida dividió entre sus hijos, y cada uno ha tenido su parte largamente en vida del padre, después de la muerte de este las partes no serán defendibles». Se dirá más tarde que después de la muerte del padre «todos los dones en herencia que haya hecho en *favor* de un hijo deben ser plenamente revocados para permitir dividir las partes entre ellos. Ninguno puede, en efecto, por donación, entrega, venta o cualquier otro medio hacer mejor a uno que a otro de los que esperan después de su muerte partes iguales de su herencia o a cualquiera surgido de ellos». La voluntad del difunto nada puede sobre el alodio: pertenece inevitablemente y por partes iguales a los parientes. Los que habían recibido algo del muerto lo devuelven a la masa común. Se dirá que la relación es obligatoria. Por supuesto, el mayor podrá elegir la mejor explotación, «la principal *hébergerie*», pero solo con el cargo de compensar la parte de los menores.

La misma prohibición de hacer un «mejor heredero», un *lief kind*, un «niño querido», como se decía en Flandes, se encuentra prácticamente en lodo el norte, pero con modalidades diferentes. En el oeste —en Anjou, Maine, Turena, Poitou y en ciertas regiones de Bretaña— la relación es obligatoria, pero está limitada al excedente, apreciado por *prud'hommes*. La misma solución se adopta en una gran parte de Champagne alrededor de Châlons y probablemente en Flandes. En todas esas regiones, la costumbre ofrece características semejantes: un régimen de parentelas, la ausencia de repartos por matrimonios, la representación hasta el infinito y la preocupación por un descenso íntegro de la sucesión.

Este sistema del que se ha dicho que era de un igualitarismo puntilloso es también un sistema individualista: cada uno dispone de su lote como lo desea. Puede casarse y establecerse

aparte de los otros; puede abandonar su propiedad para irse a correr aventuras; puede quedarse soltero, en la casa de un hermano o de una hermana. A menudo los lotes permanecen agrupados y los hijos juntos para explotarlos, como lo muestra el ejemplo de Escandinavia, donde reina un sistema idéntico. Pero cada uno tiene su lote y por lo tanto su opinión. Y por eso es un hombre o una mujer libre. Más que de individualismo, que evoca equivocadamente una fragmentación a menudo evitada, hay que hablar una vez más de libertad.

Una segunda área parece haberse desarrollado a partir de las dos grandes regiones consuetudinarias de París y de Orleans. Puede decirse, dejando de lado algunas vacilaciones al comienzo, que se trata de costumbres de opción: los hijos que han recibido bienes, generalmente en el momento de su matrimonio, pueden elegir conservarlos o devolverlos a la masa común con el fin de ser divididos; pueden ser «herederos o copartícipes» pero no ambas cosas. Esta solución parece haberse extendido o haber sido la que era utilizada, alrededor de Troyes, en Vermandois, en la Lorena, en Berry, en Nivernais, y en el ducado de Borgoña. Podría tratarse de una degradación del primer sistema de igualdad absoluta, y esta impresión se ve reforzada por la existencia de costumbres intermedias entre los dos, como la amplia franja que se extiende a partir del derecho consuetudinario de Sens, entre la zona igualitarista de Châlons y los dos bloques gemelos de Troyes y de Orleans, o bien aun la costumbre de Reims. Los enclaves recíprocos son igualmente bastante frecuentes, en la Lorena, Dunois, Noyon. Tal sistema en teoría, podría permitir la mejora de un heredero. Pero hay que señalar que la costumbre de París, por ejemplo, afirma con fuerza el principio de igualdad; y a menudo se precisa que si la mejora era «irracional» o «desmedida» se hará estimar el exceso por «jueces leales» y será devuelto a la masa, lo que hemos visto era la solución de la mayoría de las costumbres del primer bloque.

Aunque el régimen de opción tienda tal vez, a la larga, a alejarse de la igualdad, no reniega de su principio. La mantiene además para los hijos no establecidos, los que se han quedado a vivir juntos en «la sala».

Existen finalmente zonas no igualitarias. En Ponthieu y en Caux reina la primogenitura plebeya; en Amiens y en la región de Arras, la costumbre autoriza, tomada además de su parte por un heredero, la mejora. Alrededor de Lieja o en Auvernia vuelve a encontrarse la mejora.

La correlación entre estos tres regímenes (de relación igualitaria, de la opción y de la mejora o de la primogenitura) y el tipo mayoritario de explotación del suelo en las diferentes zonas, es, en ciertos casos, posible. Las costumbres igualitarias predominan en las regiones alodiales; es testimonio Normandía, poblada por escandinavos; la parte noroeste del Artois, la región de Hesdin. A la inversa, en la parte sudeste, alrededor de Arras, se sabe que los antiguos hombres libres habían sido reducidos ya en el siglo XI a una categoría de dependientes de la abadía. En el área del régimen de opción, zona de París, en Beauvaisis, las tierras afectadas son las de los *villani,* gente que no son ni siervos ni libres o nobles, y son todo uno en el siglo XIII. Pero estas tierras ya no se consideran alodios, son «tenecias en *villainage*». Tal vez así se comprende mejor el interés de la opción, que incita a los hijos a permanecer agrupados en torno a la casa, precisamente porque en su origen los bienes dados para el establecimiento en matrimonio debieron ser menos importantes que las partes de la herencia. En Orleans, las disposiciones más antiguas apartaban pura y simplemente a los hijos establecidos, porque ya habían recibido algo. Zona en que el señorío modifica la costumbre campesina pero sin poder oponerse verdaderamente a ella. Finalmente el área de las costumbres de primogenitura recuerda sin discusión las tenencias del régimen dominical clásico; un solo hombre era el responsable; en

caso de vejez o de enfermedad, debía hacerse «relevar» de esa carga, y el nombre de uno de los hijos, a veces el mayor, a veces el menor, se inscribía en el registro dominical en vez del suyo. La franja de las zonas no igualitarias del norte representa, probablemente, un área en la que el gran dominio había sido en verdad preponderante. En ciertos casos límites, como en Uccle, en Brabante, en la frontera de las dos zonas, la costumbre distingue expresamente entre dos categorías de campesinos: los *mesniemen*, los miembros de una mesnada, de una compañía doméstica, y los *voegtmen*, los hombre de *avouerie* es decir, como recordamos, los antiguos libres; los primeros tienen un régimen no igualitario, los otros hacen la colación de bienes.

Basta una mirada sobre la superficie de las dos áreas extremas, aquella en la que había predominado el sistema alodial, igualitario, y la del sistema no igualitario, en la que había triunfado el régimen dominical, para poner en duda la generalidad de este último. A la inversa, el área de predominancia alodial es impresionante. El ejemplo de Escandinavia, donde generosos textos nos permiten percibir bien las implicaciones del sistema, muestra que el igualitarismo sucesorio y las asambleas judiciales de los libres eran partes integrantes de una misma estructura social, poco compatible con sólidos señoríos. El «individualismo» aparente de este sistema se inserta de hecho en una red de fuertes hábitos colectivos y asociativos. Dialéctica del equilibrio social, el de las parentelas, rivales y solidarias, y el del poder limitado, ilustrado por tantas sagas nórdicas. Las rebeliones campesinas del siglo XII, al poner como base de sus reivindicaciones la igualdad en las regiones donde el señorío pretendía hacerse más opresivo, difundían todavía los restos de un modelo social. No lo soñaban.

Los comienzos del feudo

En la misma época, el mundo de los nobles se había convertido esencialmente en el de los feudos. Ya hemos visto que mu-

chos caballeros surgidos de los rangos del campesinado habían engrosado durante los siglos IX y X las casas aristocráticas. Su tierra se fundió en el gran dominio señorial y se convirtió en una explotación dependiente, corriendo el riesgo de confundirse con las tenencias y las granjas del amo. Tener un feudo era una manera, si no de escapar a la dependencia, al menos de elegir su interpretación más honorable: una fidelidad, no una obediencia. Al igual que el *all-öd* implicaba toda una concepción de las relaciones de un grupo humano con la tierra, su tardía simetría, el *feoh-öd,* es una verdadera manera de pensar.

Feohu, faihu, de donde surgirá la palabra «feudo», es una noción clave de la antigua cultura tribal germánica. Designaba la primera de todas las runas, la cabeza del grupo inicial, antaño sin duda la más prestigiosa, «la familia de Freya». No es una casualidad que el primer ideograma de una serie conceptual que dominaba la sociedad haya sido consagrado a la diosa y al don. «*Feohu* —decía la glosa— es consuelo para todos los hombres, pero cada uno debe hacer generosamente su distribución». Hablando materialmente, *feohu* era un objeto precioso sobre el que se había pintado (*faihan*) uno o varios caracteres mágicos, tal vez precisamente la runa de la diosa Freya. Estas pinturas evidentemente han desaparecido con el tiempo, pero cuando en el siglo III se graban las runas en metal, sirviéndose depilas en parte como un alfabeto, se conservó el término «pintar» para designar la operación. Muchas de esas primeras inscripciones, grabadas en objetos preciosos, los broches de los mantos, por ejemplo, o las cajas de bronce o de hueso que se llevaban en el cinturón, son dedicatorias y expresan un lazo afectivo: «Alu ofrece (este don)», «Hariberga da a Liubo, con amor», «Boso escribió las runas, a ti, Deoyha, y ofrece (este don)», «Arogis y Alaguth han hecho (este don) con amor», «Alegría a Godahid».

Esta «pintura» hace del *feohu* mucho más que un simple presente, que se designaría con una runa secundaria, *gibu*. Median-

te el signo, *feohu* se convierte en lo que los etnólogos llaman un don obligante, más valdría decir un don creador de un lazo de amistad. Gracias a este «consuelo distribuido generosamente» se mantiene la sociabilidad pacífica, colocada bajo el signo de la amorosa y generosa Freya. Se hace la paz ofreciendo una compensación a los clanes adversarios para sus muertos, queridos para ellos, y consolándolos de esa pérdida. Cuando uno de sus amigos, Edgetheow, mató al wulfingo Haetolaf, el rey de los daneses, Hrotgar, decidió intervenir entre las partes: «Yo calmé la queja mediante *feohu* por esta guerra de venganza, envié a los wulfingos nobles y viejos objetos». En Jutlandia, un clan sajón había sido traidoramente atacado por frisones y jutos, mandados por el rey Finn. Quemaron el palacio de este. Luego hicieron la paz, y prometieron reconstruir un *Hall*, con un alto escaño que tendrían en común con los jutos. Estarían en pie de igualdad con ellos: «por dar los *feohu*, el hijo de Folcwalda (el rey Finn) haría siempre honor a los semi-daneses (los sajones)… y los honraría con los círculos, preciosos objetos de oro trabajados (los brazaletes que llevaban los guerreros), exactamente como lo hacía para regocijar a los parientes frisones, en la sala de la cerveza. Y las dos partes juraron por su fe una sólida alianza de paz». Alianzas también entre los lombardos: el *faderfio*, «el don del padre», lo da a la nueva pareja el padre de la novia; el marido aporta el *metfio*, el «don del encuentro».

Grandes o pequeños, los *feohu* mantenían la amistad, o la restablecían; «consuelan», dicen los escribanos que redactan en latín, es decir, que en el sentido primero suavizan, tranquilizan. Ayudan al que los otros consideran su jefe a mantener el equilibrio armonioso del grupo. Nada hay peor para un grande que ser *feoh-leas*, sin feudos para donar. Algunos indicios bastante escasos muestran que ese sentido del presente-que-obliga se mantiene en la sociedad carolingia.

En la misma época se extendía, al servicio de la realeza carolingia, una antigua institución del Bajo Imperio, el «beneficio a cambio de sueldo» que se utilizaba para pagar a las bandas guerreras que forman el núcleo del ejército carolingio, y sobre todo a los jinetes de las grandes iglesias septentrionales. Esta forma de salario tiene el fin de permitir al hombre cumplir un servicio, y apenas está turbado por consideraciones afectivas. Un lote de tierra destinado al mantenimiento de un soldado, es eso y nada más. Uno de los más célebres obispos del siglo IX, Hincmar de Reims, decía, para explicar y justificar la institución: «Si no se cuida al ternero no se termina atando el buey al arado». La Iglesia en esto había heredado el clásico desprecio aristocrático de la nobleza senatorial hacia el soldado, el ganado y los carniceros a la vez. Los grandes propietarios laicos daban también «beneficios» en tierras, pero se trataba de otra cosa, de una recompensa, con la que se pagaba a un doméstico meritorio. A veces el término abarcaba precisamente la ocupación de un alodio por el poderoso, que lo entregaba «en beneficio» o en generosa tenencia al antiguo dueño.

Luego, en el siglo X, el término *feu,* aportado al Midi por las guarniciones francas, designa allí el «beneficio a cambio de sueldo». Se dirá que una tierra se tiene en *feu,* y a esta tierra se la llamará *feudum,* es decir *feoh-öd,* «posesión bajo la forma de don-que-obliga». El neologismo, porque nunca *feoh* había sido una tierra, está atestiguado en el norte, en Vermandois y en Hainaut, ya a comienzos del siglo XI. Es posible que allí sea más antiguo. Los guerreros o los campesinos germanos instalados desde hacía mucho tiempo en el antiguo imperio de Occidente interpretaban la venta como un don y un contra-don. El precio era para ellos un *feoh,* la tierra vendida podía ser para ellos otro *feoh,* su contrapartida. Los notarios del norte de Italia, que tenían que tratar con esos «bárbaros», se habían visto obligados a

aprender sus costumbres, y valientemente mezclaron sus propios escritos y los viejos rituales bárbaros:

> Si el vendedor es un franco, salió o ripuario, si es un godo o un alamán: coloca el documento sobre el suelo y sobre el documento pon el cuchillo, la vara marcada (con runas), (o) el bastón mágico: pon también un puñado de tierra y una rama de árbol, y el tintero —en la costumbre alamana existe el *wandilanc*— y levanta el documento del suelo. Luego sosteniéndolo recita la fórmula tradicional tal como se ha dicho antes.

El notario no colocaba todos esos objetos sobre el pergamino; la vara marcada —*festuca notata*— era conocida por los francos que usaban también varas en la *renonciatio parentillae*, el abandono del alodio: la transferencia se llamaba *antdaelang*; los alamanes realizaban la transferencia por medio de la vara mágica, iraní, era el *want-daelang*; el puñado de tierra y la rama tomada de un árbol significaban la tierra; en cuanto al tintero, puede suponerse que representaba la contribución personal del notario a la ceremonia. Este tipo de ritual, que se mantendrá durante largo tiempo en el norte, no es necesariamente muy antiguo; hasta puede ser creación de la sociedad merovingia. Poco importa: en el siglo XII. aún se investía a los caballeros septentionales de su «feudo» por medio de una vara, de una brizna. Y cuando querían separarse del señor que se los había dado, la «arrojaban al fuego», un poco como en la *rennonciatio*, uno de sus antepasados se separaba de sus parientes alodiales arrojando varias varas. Permanencia ritual, al mismo tiempo que adaptaciones y transformaciones.

Porque el *feoh-öd*, a diferencia del alodio, no puede ser compartido. El alodio mantenía la igualdad entre los parientes; el feudo, esa tenencia germanizada, organiza a la familia alrededor de un solo individuo, el que tiene el feudo. Cuando, en el norte, las únicas familias libres que quedaban se unieron a la aristocracia, cuando sus alodios, dados a los grandes a condición de ser recuperados se convertirán en feudos, todo el derecho de los nobles daría la espalda a la vieja costumbre germáni-

ca del reparto igualitario. Normandía, donde los orígenes escandinavos aún se dejan sentir en el siglo XII, es un eslabón intermedio de la evolución. El reparto igualitario aún se aplica allí indistintamente a los *villani* y a los «nobles», si se trata de las tierras ancestrales —*socagia*—, definidas como hereditarias entre los *soke-men*, «los hombres que frecuentan los procesos», es decir, los que tienen derecho a ir a la asamblea judicial de los hombres libres. Los feudos no son divisibles. Pero en esa época en todas partes la distinción se separa de la tierra para ser aplicada a los hombres: los campesinos dividen, los nobles no, o muy poco. El derecho de sus feudos se ha extendido al resto de sus bienes. O, más bien, la estructura impuesta a la familia «noble» por la sociedad señorial ha transformado la relación que tenía con su patrimonio.

La sucesión noble, a la inversa de la sucesión alodial, crea o agrava la desigualdad entre los herederos: entre los hijos declarados legítimos e ilegítimos, con exclusión de los bastardos, y el abandono, para gran alivio de la Iglesia, de los matrimonios múltiples, los «matrimonios a la danesa» del siglo IX; entre los hijos y las hijas, «contentadas» estas con su dote igualmente escasa; entre los mismos hijos, por la primogenitura o el *parage*. De esta manera, la sucesión noble aumenta también,' en los límites del sistema, el poder del jefe del patrimonio sobre los parientes que viven de él a través del desarrollo de su libertad para dar o legar partes menores, autorizando, por ejemplo, el establecimiento de un segundón o bien impidiéndolo.

De esta manera la familia se orienta, se articula alrededor de una «línea» única, masculina, un linaje en el sentido medieval, donde cada individuo debe, desde su propio lugar, servir al jefe del linaje y depender de él, sin que su muerte cambie en nada la situación. Naturalmente, este modelo no se concretó en todas partes con la misma intensidad. Pero la tendencia general es idéntica en todas partes, tanto en el norte como en el Midi. Sin

embargo, es posible que la frecuencia de los señoríos en *pariage* en el Midi —donde caballeros menores se dividen las rentas de una aldea en fracciones mínimas— sea el signo del menor éxito del modelo en esas regiones.

Por lo tanto, con todo derecho puede llamarse a la nobleza de esa época una nobleza feudal: en lo sucesivo, por su misma estructura familiar, será profundamente diferente de la estructura campesina, al menos en donde el campesinado ha permanecido más o menos libre. En ella, la familia alodial ha cedido el lugar a la familia feudal. A todos los historiadores que sienten cierto rechazo al empleo de este adjetivo, en el que ven un efecto tardío de la propaganda revolucionaria del siglo XVIII, se les podría preguntar cómo nombrarían una sociedad dominada por esa clase.

Ritos y coerciones

Cualquiera que sea la parte que ha tenido en el desarrollo del «feudalismo» la política voluntarista de los príncipes o el poderoso movimiento de formación de clientelas privadas, la Europa cristiana lentamente fue alcanzada por la práctica vasallática, primero, y feudal después, entre fines del siglo X y comienzos del XII. Es verdad que en el Midi de Francia, un acuerdo escrito, la *convenientia*, le da un carácter contractual rígido, mientras que en la Italia central el elemento personal es imperceptible detrás del elemento real del feudo, lo que sucede a la inversa en Alemania. También es verdad que numerosas regiones solo fueron rozadas o alcanzadas muy tardíamente por el movimiento, como Aquitania o Picardía, mientras que otras, Normandía, Inglaterra, solo conocieron ese sistema. Pero incluso allí donde el alodio noble se mantuvo, y donde la parte «feudalizada» de la aristocracia siguió siendo minoritaria antes de 1200, el contagio de las presiones morales fue bastante fuerte como para que toda la sociedad noble se viera afectada.

A comienzos del siglo XII, el ritual estaba fijado, hecho con piezas y trozos en adelante fundidos en un modelo único que se reproduce por todas partes; la sumisión del vasallo de rodillas, sin armas, que se reconoce hombre de otro y coloca sus dos manos unidas entre las de él (*immixtio manuum*), mientras que el «viejo» levanta al «joven», el *senior* a su *vassalus*, y lo besa en los labios como señal de acuerdo (*osculum pacis*, rechazado en Alemania porque establece una igualdad poco deseable entre los dos hombres): todo ello era el «homenaje», el *Mannschaft* de los países germánicos, que se acompaña con una prestación de fidelidad mutua sobre las reliquias. El aspecto carnal del doble contacto «de boca y de mano» muestra un parentesco que en adelante obliga a los dos hombres; al vasallo incumben el respeto, el alojamiento eventual, el socorro en dinero, que muy pronto tratará de limitar a ciertos «casos», el servicio de consejo por el cual (y ello se olvida a menudo) los vasallos reunidos en torno a su señor común están en condiciones de influir en sus sentencias. La ayuda militar no estaba implícita, o puede limitarse a turnos de guardia en el castillo del señor, esas tristes semanas de *estage* donde solo se puede jugar al ajedrez o cortejar a las jóvenes; a veces, por el contrario, el servicio de guerra en huestes o «cabalgadas», lejos o cerca, es inherente al homenaje, como en Normandía, en Inglaterra, en Tierra Santa. En cuanto al señor, debe ser un padre para su hombre, defenderlo, hacerle regalos, recibirlo en su mesa, educar a sus hijos y casar a sus hijas. Pero dentro de este modelo ideal, el feudo tiende a convertirse, como el antiguo «beneficio» público, en el salario del servicio feudal, sin que pueda distinguirse ya, en rigor, entre la tenencia del pequeño caballero y los altos cargos laicos y aun eclesiásticos. Se es investido de una o de otros por la entrega de un objeto más o menos apropiado a la naturaleza del feudo, mata de hierba o brizna, vara, estandarte, cruz abacial o episcopal, biblia, llaves, o aun la cuerda de las campanas de una

iglesia. También estos ritos, que antaño se distinguían unos de otros, están mezclados en un formalismo cuyo voluntario arcaísmo no debe enmascarar su carácter reciente.

Esta permanencia de la relación feudo-vasallática entre los linajes aristocráticos está fortalecida por la herencia de los feudos, que satisface a las dos partes. Hemos visto antes cuán difícil era a partir del siglo IX retomar un feudo, aun a la muerte del beneficiario. Por supuesto, legalmente las dos partes pueden romper el contrato, negar la fe jurada («desafío») o el señor puede pronunciar el «comiso» del feudo, y en la historia pululan los conflictos de este tipo; pero aún se necesita poder ejecutar la sentencia o impedir el paso del feudo a otras manos. En este plano, y en muchos otros, la introducción de estas prácticas en el cuerpo de la Iglesia creó situaciones muy complicadas: una cesión de un feudo a un convento privaba a un señor de una tierra que en adelante no le prestaría ningún servicio, sin posibilidad de otro remedio que una indemnización financiera; o bien es imposible exigir de la Iglesia, inmortal por excelencia, el pago del derecho de sucesión, el *relief*, a la muerte de un obispo o de un abad. Esos bienes han «caído en *mainmorte*». La herencia solo se encuentra asegurada entre los laicos; es su introducción casi indiscutida después de 1100 la que explica, sin duda, que un número importante de alodiales no hayan rechazado «retomar en feudo» sus alodios cedidos a un señor, seguros como estaban de que ulteriormente no serían desposeídos de ellos.

La cohesión de la aristocracia unificada a finales del siglo XI implica, sin embargo, cierto número de contradicciones debidas a la rigidez del sistema. Los príncipes y de una manera general los señores eminentes rechazaban la división de los feudos. Es testimonio la monarquía otoniana, que mantuvo firmemente el principio de la no divisibilidad de las tierras vinculadas a una función pública, las *honores*. Sin duda, a una preocu-

pación semejante respondía el desarrollo de la primogenitura, que aseguraba al señor un fiador único para su feudo. Aquella impone a los linajes una política de restricción de los casamientos ya que el único beneficiario era el primogénito varón, poblando las salas de los castillos o los caminos con los menores a quienes, desheredados y descontentos, no tentaba la vida monástica o canónica. De ahí la relativa «proletarización» de la nobleza, al mismo tiempo que un riesgo de extinción del linaje, en caso de insuficiencia del tronco principal. Los sistemas de tenencia entre varios, bajo la responsabilidad de uno solo, como el *parage* frecuente en el oeste, no dejaban de sufrir tensiones o dificultades. Era el precio con que la nueva aristocracia «feudal» pagaba su fuerza y su dominación sobre las otras clases de la sociedad.

A menudo ha existido la tentación de reservar el término «feudalidad» al conjunto de lazos entre nobles, y a la estructura así formada: podría entonces distinguirse la «feudalidad» del «feudalismo», que serviría para designar las estructuras de dominio —y de explotación— de los hombres por los «feudales». Distinción cómoda, pero que no siempre es clara: feudalismo no es, en efecto, en sus orígenes sino el regreso a nuestra lengua de la forma alemana que traducía, en la historiografía germánica, la palabra francesa *féodalité*. *Feudalismus* fue, pues, utilizado por Marx y Engels, quienes le imprimieron un carácter más crítico y materialista. De esta manera empezaron a divergir la «feudalidad», objeto de un enfoque más tradicional y jurídico, y el «feudalismo» considerado desde el ángulo de las relaciones de producción.

Se utilice o no la distinción «feudalidad»—feudalismo, resulta claro que el feudo es también una estructura de gobierno. Matices de la lengua medieval, que a veces extravían al lector moderno: ese castillo, o esa fortaleza, y la tierra que dependen de ellos, son para el noble su feudo, que tiene de su señor. Pero

para el campesino que vive en ellas, el señor es ese noble «enfeudado», la tierra, un dominio, nosotros diríamos un «señorío», aunque este término casi no aparezca en esa época. El señor de la tierra ejerce sobre los campesinos que allí viven, los *manentes*, derechos múltiples derivados de antiguos derechos públicos de mando, pero adaptados a su uso, es decir, más intensos y más extensos. De esta manera se generaliza al conjunto del campesinado la renta de la tierra. Gracias a la caballería agrupada alrededor de él, el dueño del castillo, el dueño del *ban*, tiene los medios para obligar a los campesinos a un plustrabajo, del que puede dudarse, al menos al principio, que haya sido bien acogido. En este sentido, el feudalismo es el estadio supremo del «dominialismo». Y, en la medida en que incita al campesinado a producir más, puede verse en él el origen del despegue económico europeo y, más allá, del «progreso económico», ese «milagro europeo». Pero no podemos olvidar que sus verdaderos artífices fueron, en su propia defensa, los campesinos; y los promotores, aquellos que, de entre ellos, aceptaron hacer el papel del amo a expensas de los otros aldeanos, aquellos oficiales señoriales codiciosos y orgullosos, siempre deseosos de hacer olvidar sus orígenes para llegar, también ellos, a la nobleza pero que, a pesar de esa ambición, fueron burgueses más que feudales.

Pasada la crisis fundadora y sus violencias, el señorío feudal, regularizado por la Iglesia, se estabiliza y se convierte en consuetudinario. De esta manera tal vez pudo ser aceptado por el campesinado como un equilibrio relativo y un mal menor. Las grandes rebeliones campesinas de los siglos posteriores, que lo cuestionan en nombre de la igualdad y de la libertad primitivas, en los mismos términos con los que había sido combatido desde sus orígenes, mostrarán los límites de ese *consensus* social. Queda el hecho de que pudo establecerse y de que el terror de la caballería no lo explica todo. Para parodiar un dicho célebre,

con las espadas puede hacerse todo, menos sentarse encima. La dislocación de las comunidades alodiales no es solo un problema político o militar, es un problema de cultura.

El final del pensamiento salvaje

Al recordar el conjunto de ideas que suponía la noción de alodio, ya hemos rozado el otro aspecto fundamental de la autonomía campesina en las tierras del norte: lo que desde ya hacía mucho tiempo se llamaba en el lenguaje vulgar *religio pagana*, la religión campesina. Disponemos de un texto excepcional que proyecta una viva luz sobre el universo religioso de un grupo importante de campesinos refractarios; el *Corrector sive Medicus*, del obispo de Worms, Burchard. Texto emanado de un clérigo, es verdad, pero al que la necesidad llevó un poco más lejos que a sus pares. Las indicaciones que da permiten establecer un vínculo entre la cultura pagana, tal como aún se conocía en esa época en el norte de Europa, y el folklore francés, que en este caso es, en lo esencial, un folklore franco.

La obra de Burchard, que él inserta en su gran colección canónica, alrededor del año mil, es un penitencial, es decir, un cuestionario detallado acompañado por una lista de penitencias que debe cumplir el pecador arrepentido, de esta manera «corregido» y «curado» o supuestamente tal. Este manual, el más completo de su género, fue compilado por el obispo de una pequeña diócesis, la de Worms, en la región de las «rojas colinas del Rin». Pero desde el comienzo el texto supera este área estrecha. Burchard se hizo ayudar por su amigo y vecino el obispo de Spira. Él mismo era un ex alumno de la abadía de Lobbes, en la diócesis de Lieja, donde tal vez encontró uno de los textos de base. Su inmenso trabajo probablemente está destinado a todos sus colegas de las provincias de Colonia y Maguncia,

y a través de ellos a los sacerdotes de esas regiones, en una época en la que acababa de organizarse la red de parroquias, y en la que la religión del cura era a veces tan sospechosa como la de sus parroquianos.

La obra de Burchard es la coronación de un antiguo esfuerzo misionero que se remontaba a la evangelización de los bárbaros de Gran Bretaña, anglos, jutos y sajones, por Teodoro de Canterbury (669-690) inspirado a la vez por Roma, que lo había enviado, y por la iglesia monástica irlandesa, en la que intentaba apoyarse. A él se remonta uno de los primeros penitenciales. Un poco más tarde retomaron esa bandera dos ilustres vástagos de la nobleza sajona del país: Egberth, obispo de York (732-767), y Winfrith que pasó al reino de los francos y con el nombre romano de Bonifacio se dedicó enérgicamente a restaurar allí la religión cristiana, entonces muy comprometida y casi ahogada; llegó a ser obispo de Maguncia (746-755). Es probable que por inspiración de él el rey Carlomán promulgara en 743-744 un capitular, en gran parte perdido, en Leptines o tal vez las Estinnes, muy cerca de Lobbes; en índice que subsiste, por el cuidado que pone en detallar las prácticas prohibidas, por las equivalencias vulgares que da —«del sacrilegio sobre los difuntos, es decir, *dad-sidas*» (visión de los muertos)— muestra un serio esfuerzo de información. La tarea emprendida por Bonifacio sería continuada durante más de un siglo por sus herederos espirituales, los grandes eclesiásticos carolingios. Halitgaire, obispo de Cambrai (823-830), Rabano Mauro, arzobispo de Maguncia (847-856), Régino, obispo de Prüm, que trabajó para el arzobispo de Tréveris, Ratbod, entre 899 y 915. Toda esta tradición misionera fue retomada y terminada en la obra de Burchard, que revisa, desarrolla, y a veces innova, en un estilo mucho menos trabajado y alusivo que sus predecesores.

La magia de las comadronas del Rin

El panorama cultural parcialmente desvelado de esta manera, una vez que se acercan unos a otros los fragmentos dispersos en la colección, es bastante extraordinario. Dejemos de lado los asuntos concernientes a echadores de suerte, adivinos o envenenadores; no nos dicen nada original, y además esos personajes existen en todas partes y en todas las épocas. Dejemos de lado igualmente los banquetes y las fiestas licenciosas donde se «hacía el Ciervo y la Vieja». Esos «carnavales» de diciembre, o de Cuaresma —las «marranadas de febrero» denunciadas por el concilio de Estinnes—, son prohibidos sin descanso por los viejos concilios. Más o menos cristianizados en el siglo XII, serán tolerados por la Iglesia. Otras prácticas colectivas son las que ahora nos interesan, igualmente acosadas por las preguntas del obispo, y que están igualmente difundidas según su parecer.

Burchard sabe claramente contra qué lucha: no contra «desviaciones» marginales y fragmentadas del culto cristiano, sino contra un conjunto religioso completo y antagonista del suyo. Para combatir el culto de los astros, y principalmente de la luna, retoma en un largo párrafo las disposiciones de un viejo concilio hispánico que encontró en la obra de Régino, pero revisa el texto para precisar: «Al menos si observas estas tradiciones paganas que los padres siempre han legado, como una herencia, a los hijos y hasta hoy». Esta declaración desengañada precede a la prohibición del rito de la ayuda a la luna que se oscurece, esa «Victoria a la luna» prohibida en Estinnes, descrita cien años más tarde por Rabano, que confesaba que en su diócesis la practicaban mucho y abiertamente.

Herencia, la palabra tiene su justo valor; pero si se considera mejor a Burchard podemos preguntarnos si es la de los padres o más bien la de las madres. En esa «tradición pagana», en los ritos colectivos que la expresan y la manifiestan, las mujeres ocupan el lugar predominante.

Veámoslas en sus actividades cotidianas. Tejiendo, cuando se reúnen en la penumbra y al calor de los *escrennes*, esos refugios semienterrados, hacen encantamientos para que el tejido sea sólido, o al contrario, para deshacer el de sus enemigas; en la octava de Navidad, donde deben dejar de trabajar para honrar la futura llegada del Salvador, empiezan por el contrario los trabajos de tejido y de costura, para que su obra crezca con el año nuevo.

El pan de la familia es también cuestión de ellas: en la casa, la mujer muele el grano en un molino de mano. Si quiere liberarse de su marido, molerá al revés, «contra el sol», un grano untado en miel, con la que antes se habrán recubierto el cuerpo. Si quiere hacerse amar, por el contrario, una amiga amasará la harina en las nalgas de la interesada. Cuando en año nuevo la familia se interroga sobre su futuro, las mujeres observan la manera en que han crecido los panes. Y cuando un niño está afiebrado las mujeres lo pasan por el horno, como a uno de sus panes.

Para comer, las mujeres ponen la mesa. En ciertas épocas del año, probablemente en otoño, ponen tres cubiertos para las tres Hermanas Fatales, para ganarse sus buenos oficios. No nos es difícil reconocer a las *Normas*, y nos recuerdan que son tan poderosas que pueden conferir a un recién nacido el don de transformarse más tarde en alguna otra forma, por ejemplo en lobo, «lo que la tontería popular llama un *werwolf*», un hombre-lobo. Al oeste del Rin, la palabra pasará a la lengua romance: el lobizón. En seguida volveremos a encontrar estos lobos brujos. Observemos que una parte de esta magia cotidiana solo puede ser pública: si los panes de muerto o de amor pueden ser clandestinos, el niño en el horno o la comida de las Tres Hermanas ya no pueden disimularse al igual que los encantamientos con telas.

Después de las suertes, los muertos. Se los vela colectivamente, con danzas y cantos «diabólicos y paganos» en el curso de los cuales se bebe mucho. Sobre el ataúd, las mujeres han colocado su peine de cardar. Llega el momento de llevarse el cuerpo: rápido, ellas corren hacia el agua, llenan un cuenco y lo traen para regar la tapa del ataúd. Cuando los portadores cruzan el umbral, se preocupan de que lo lleven bajo, no más alto de las rodillas. Delante de la cabaña, se ha desmontado una carreta, los portadores deben pasar entre sus dos partes. En la habitación desierta, donde reposó el cadáver, se queman granos. Sin esos ritos, los vivos estarían amenazados por los muertos.

Algunos difuntos son más peligrosos que otros, son muertos maléficos porque están desesperados: el niño nacido muerto, sin nombre, y la madre muerta de parto. Una mujer los clava al suelo en su tumba con una estaca. Porque los niños nacidos muertos con seguridad se convierten en bebedores de sangre, en lobizones. Y son los lobizones los que se comen la luna cuando esta se oscurece en su eclipse: al menos los diocesanos de Rabano de Maguncia así lo creían.

Y finalmente el tiempo. Son las mujeres de los caseríos las que provocan la lluvia o el buen tiempo. Reúnen a las jovencitas y eligen una a la que desvisten. El cortejo se encamina a los campos llevando a la niña en procesión hasta que encuentran una planta de beleño, «a la que llaman *bilse*», señala Burchard. De esta manera se revela ante nosotros un poderoso aliado de las magas francas, una de las temibles solanáceas con la belladona, el estramonio y la mandrágora. Los sajones las llamaban *Henbane* ('matadora de la gallina'), *Nightshade* ('sombra de la noche'), *Thornapple* ('manzana espinosa'), *Mandrake* ('hombre-dragón'). *La Bilse* ('hierba del tormento'), que se emplea verde, en una pomada mezclada con arcilla y alumbre para calmar los dolores del parto. También podía hacer abortar, y Burchard denuncia en otro pasaje las bebidas abortivas. Pero

Bilse puede hacer mucho más: al que la domina le da la visión; a la que ella domina, le da la muerte. Poder ambiguo en el cual el bien y el mal están inefablemente mezclados. Volvamos a la ceremonia, al cortejo detenido delante de la hierba santa. Acercan a la jovencita, esta toma la planta con el dedo meñique de su mano derecha, luego la enrosca en el dedo pequeño de su pie derecho. Podemos imaginar qué significan esos pequeños dedos femeninos. Las mujeres entonces continúan su viaje llevando a la niña; van hasta el río y la sumergen en él. También ellas entran en el agua, la hacen saltar con sus cayados y rocían a la joven elegida. Se canta y se hacen encantamientos. Y finalmente vuelven a tomar a la niña y regresan todas al caserío, siguiendo paso a paso el mismo itinerario por el que vinieron, para poder seguir teniendo el río al alcance de sus ojos. Todo esto es patente, público. Los «paganismos» se desarrollan a la luz del día, a unas decenas de leguas de las catedrales renanas.

Esos cantos, esas danzas, esos cortejos, por escandalosos que sean, no son sino la parte manifiesta de «la herencia». Hay algo más terrible: el corazón duro del mal, los hacedores o mejor las hacedoras de esos ritos y de esas culturas. Esas brujas del Rin son asombrosas chamanes, denunciadas por un capitular carolingio utilizado por Régino de Prüm, y que retoma Burchard agregando pasajes aún más reveladores. Escuchémoslo:

> Algunas mujeres afirman tener que hacer, por deber y por orden, lo siguiente: algunas noches, deben cabalgar un animal, con el grupo de demonios que tienen apariencia de mujeres, y que la tontería popular llama Molda (las Benévolas), y que forman parte de su compañía… Algunas mujeres depravadas creen y enseñan que en las horas de la noche cabalgan un animal en compañía de la diosa de los paganos, Diana o Herodiana, y una multitud innumerable de mujeres, y franquean, en el silencio de las noches serenas, inmensos espacios de tierra, y obedecen sus órdenes como a un ama, y algunas noches son llamadas a sus servicios. Y una multitud innumerable engañada por esas falsas opiniones cree que es verdad.

Más adelante veremos qué podía ocultarse tras esa doble y vacilante latinidad. «Diana o Herodiana» que los textos poste-

riores «corregirán» para acercarla a la bíblica Herodías. Queda ya establecido que la cabalgata nocturna de las mujeres es, en el Rin medio, conducida no por el «Diablo», ese malvado para todo, sino por espíritus femeninos, y por una «diosa».

Esta compañía volante choca con otras tropas adversas: «Algunas mujeres creen esto: en el silencio de la noche tranquila, sales a través de las puertas cerradas con otros miembros de esta compañía diabólica, y te elevas en los aires hasta las nubes, y allí combates con otras mujeres, ya sea hiriendo, ya sea siendo herida». En los nubarrones de la noche, las mujeres libran batallas mágicas y sin duda protectoras, rechazando a las brujas de los pueblos enemigos. Porque el mismo poder que protege también puede debilitar:

> Muchas mujeres creen esto y afirman que es verdad: que en el silencio de la noche tranquila, cuando estás estirada en tu cama, tu marido acostado junto a ti, puedes, aun cuando tu cuerpo se quede, salir a través de las puertas cerradas, y puedes franquear inmensos espacios de tierra con otras mujeres… Puedes matar sin armas visibles, aun a gente bautizada y rescatada por la sangre de Cristo, y puedes comer una parte de su carne cocida, y luego en el lugar del corazón colocáis una paja o una vara o algo como eso, y aunque ellos (¿los corazones?) se coman, vosotros (¿la gente?) los hacéis vivir de nuevo, les permitís vivir.

Dos siglos antes, los reyes francos, al introducir *manu militari* el cristianismo entre los frisones y sajones, habían condenado allí a muerte «a aquellos o aquellas que comen carne humana» sin preocuparse en saber qué se comía. Aparentemente, lo que sobre todo deseaban las magas era el corazón para mantener a sus víctimas en poder de ellas, como muertos vivientes. El concilio de Estinnes ya había denunciado «a los que creen que las mujeres hacen juramentos a la luna para poder quitarles el corazón a los humanos», y el redactor del texto empleaba para designar el vínculo que unía a esas mujeres con su dueño el mismo término que para los vasallos consagrados a su señor. Esas ogresas no estaban aisladas «Plazca al Cielo, exclama Burchard —o su fuente—, que mueran solas en su perfidia y que no atraigan a su lado a mucha gente en esa enfermedad».

«Una multitud innumerable… muchas mujeres… mucha gente…». No nos engañemos: el pensamiento que nos entrega el cuestionario de Burchard empieza su declive en el siglo X. Es verdad que aún permanecen vivas entre las poblaciones germanófonas del Rin medio, entre los pequeños agricultores libres o semilibres de Franconia y del Palatinado y entre los vecinos aun más francamente cristianizados de Sajonia y Frisia. Pero para encontrar un paganismo dominante hay que llegar hasta la marca de los daneses, hasta las islas del norte del mundo, hasta esa vasta Escania, «matriz de pueblos» de donde antaño habían llegado los antepasados de los campesinos renanos.

Un poco más de dos siglos antes, el paganismo aún prevalecía al oeste del Rin, y en las mismas ciudades: en Metz, donde las princesas rubias, eran enterradas con su larga vara de avellano; en Tournai, donde los hombres del mayordomo de palacio amenazaban al obispo cuando este osaba reprenderlos y se burlaban de él. Los concilios de la época confiesan el hundimiento de la Iglesia. Luego el imperio restaurado por los carolingios hizo retroceder el salvajismo, lo acorraló en las plazas fuertes: las marismas de Frisia donde se encontraba el *Upstalboom*, 'el árbol de la alta sede'; el bosque del *Teutoburgerwald*, mantenido por los sajones, donde se elevaba el *Irminsul*, 'la columna del vasto', o sea, el árbol de Odín. Esos lugares santos en los que se había quebrado el impulso de las legiones romanas, los regía ahora la ley cristiana de la nueva Roma, al menos en principio. Burchard, ese carolingio retrasado, es el heredero del gran esfuerzo civilizador: y es también su apogeo. Y debemos recordar que la fuente que nos entrega esta información, su minucioso cuestionario, es en principio el instrumento de una represión más eficaz.

Después de él y por causa de él, los ritos aún públicos en ciertos lugares se volverán clandestinos; todo un sistema men-

tal se oculta poco a poco, se encierra para sobrevivir. El pensamiento salvaje, cercado, se degrada y se ensombrece.

Geografía de las sombras

Le sucedió a Herodiana y a la tropa de las Holda lo que más al sur le sucedió a Melusina, poco a poco relegada a un inofensivo folklore. En ese ámbito es donde debemos buscarla ahora.

Sobre las criaturas que cabalgan de noche, las mentes ilustradas de finales del siglo XII saben ciertas cosas. Esos «nuevos filósofos» salen poco o nada de los claustros. Su bajo origen, sus viajes, su deseo de agradar a príncipes golosos de «curiosidades» introducen en su discurso elementos que habrían rechazado sus predecesores. Sin embargo, sobre esos temas precisos casi no se detienen, tanto por el hecho de que sus informaciones siguen siendo imprecisas como porque el tema sigue siendo peligroso. Uno de ellos, Guillermo de París, una especie de enciclopedista del XII *avant la lettre*, orgulloso por desplegar sus conocimientos en todos los campos, se limita a declarar a su lector: «A propósito de las cabalgatas nocturnas, que en francés popular se llaman *Hellequini*, y en España el "ejército viejo", aún no te he dado una satisfacción. Porque aún no tengo la intención de decir qué son. Y, en verdad, no estoy seguro que sean los malos espíritus». El maestro Guillaume no se resignaba a diabolizar la cabalgata nocturna, pero evitaba extenderse sobre el tema. Sus pares en las bellas letras, Orderico Vital o Pierre de Blois no son más alusivos cuando hablan de las *Helletini* o *Herletigni*.

Las formas germánicas que abarcan esos «vulgarismos» son claras: *Helle-kin o Helle-teng*, es decir, el parentesco de Melle, la compañía, nos sentiríamos tentados de traducir el vasallaje de Helle. Más tarde, por una tautología semejante a la que nos hace hablar del lobizón, se diría la mesnada-Hellequin, empleando el mismo término —mesnada— que designaba la casa de un noble. Se olvidaba de esta manera a la gran diosa funeraria de

la antigua Alemania, Helle, que reinaba lejos, en el norte, en los pantanos de Nebelheim, el país de la niebla, rodeada de sus perros, de lobos y de serpientes. Helle es conocida sobre todo, como casi todo el paganismo germánico, por los compiladores islandeses del siglo XIII, cristianos que la diabolizaron para hacerla entrar en su perspectiva en la que un Odín tardío, «Padre de Todo», pareciera abrir el camino a Nuestro Padre. Pero las sagas siempre cantan los *Disir* o los *Wael-kur*, cornejas devoradoras de cadáveres, lobas que acosan a su caza humana, amazonas otoñales. A su lado cabalgan en el cielo los muertos peligrosos, los «Alfós negros» rodeados de nubes sombrías, y los *nolis*, brujas o brujos capaces de todas las apariencias. Esta terrible cabalgata aún tiene amigos a los que protege, como en Worms, combatiendo en lugar de ellos, o atribuyendo a los recién nacidos los dones que regularán su vida.

Helle y los suyos dominaron varios países del norte: en Escania, en Halland, en Jutlandia, en el país de Helle, en las Bocas del Rin, en Holanda, y entre los anglos de Gran Bretaña, en el Holland del golfo del Wash. Pero una investigación toponímica detallada, como las que han realizado los estudiosos escandinavos, revelaría otras huellas de sus ritos y de sus moradas, sobre todo en Lorena, y aun muy al oeste del Rin.

Pero las huellas más asombrosas de Helle se encuentran en el folklore de cierto numero de regiones del norte de Francia. En Flandes, en Lorena, en Normandía, en Anjou, en el Maine, y en la baja Bretaña, fielmente transmitido a través de deformaciones más o menos benevolentes, aún cabalgaba en el siglo XIX la cacería de Helquin, Heletchien, Herlequin o Hierlekin, Hannequin o Hennequin, o aun en forma humana (*¿Helle-men?*) que evocan los perros, el terror.

En Normandía, donde es muy viva su impronta, en muchas regiones se sabía que la cacería estaba dirigida por un personaje femenino, *mere* Harpine, alias Cheserquine, alias Proserpina, es

decir, probablemente, una «matadora del ejército», «una matadora del ejército de los cadáveres», *Here-Beana, Hraes-Herebeana*, cuyo nombre suena muy semejante al de la Herodiana de Burchard de Worms.

Pero en otras regiones de Normandía se tenía una opinión diferente: la caza la conducía un personaje masculino, Hugbercht, el «Brillante de Hugi», perífrasis clásica para designar a Odín. Gracias a un santo obispo de Lieja, muerto en 727, Hubert el cazador pudo ser santificado. La misma divergencia se encuentra en el sur del país franco, en Turena, Berry, Borgoña, Varais, donde la caza la dirige un personaje masculino. En Poitou, en la Marche, en el Bourbonnais, en el bajo Maine, regiones en las que antaño estaban establecidos los suabos, la cacería salvaje cambia de nombre. Se ha convertido en Gallry, Galería, Valory, Galiére, Gayére, es decir *Waelhere*, el 'ejército del Osario'; en ella cabalgan a menudo en forma de cornejas, de inquietantes apariciones, Galopine o Galipote, Waelbeana, o Waelboda, matadoras, o mensajeras de Odín, el señor del Walhalla. Esta rivalidad por el dominio del ejército de los muertos, del «ejército viejo» vuelve a encontrarse al este del Rin; mientras que en Sajonia la cacería era la de una gran bruja, Werre o Hollé, en Alemania del centro o del sur, a su frente está un cazador. Los señores islandeses, deseosos de mantener a todo el mundo en paz en su panteón folklórico, explicarán que el señorío de los muertos lo compartían entre Helle o Freya y Odín. Pero en la práctica sus devotos no se confundían: el señorío de uno excluía el de la otra.

Excepto esto la cacería presentaba una fisonomía común. Los espíritus cabalgan por el cielo durante la noche, acompañados por perros o lobos de ojos rojos. Entre ellos, los espíritus de los muertos, y hasta se insiste en ello, los espíritus de los niños muertos. A quien los saluda, a quien responde a sus gritos —que son los de la caza, Hourvari, Hallali, pero también los de

los clamores populares, Haro o Charivari— le arrojan caza. Raramente se osa decir el nombre, porque se trata de carne humana. Saludar la cacería es declararse su amigo; comer la caza que ella misma ofrece es unirse a ella. Naturalmente, a partir de ese nudo común, los temas folklóricos ofrecen muchas variantes que habrá que estudiar por ellas mismas, teniendo en cuenta evoluciones probables, masculinización y diabolización de los personajes, o moralización del don infernal bien o mal adquirido… Pero tal como subsiste, la caza salvaje, cuando utiliza un vocabulario germánico, nos permite entrever el trasfondo mental de los vuelos, denunciados en el manual de Burchard; también nos autoriza a generalizar su práctica en un área mucho más vasta que la de la diócesis de Worms: a todos los países donde cabalgaba Hellequin, la cacería de las mujeres guiada por la gran maga del norte. Y puede esbozarse una geografía mental de la sociedad de los muertos, reveladora de la de los vivos, feminizada o masculinizada.

El silencio de las regiones meridionales se explica probablemente por el hecho de que la religión campesina desde hacía mucho tiempo estaba trabajada por influencias precristianas, como las religiones mistéricas y el sincretismo solar del Bajo Imperio, y luego por las diferentes corrientes de la misma religión cristiana. Allí la Iglesia podía ser más conciliadora con respecto a las tradiciones paganas que, en rigor, eran asimilables. La tolerancia hacia una representación casi idólatra de los santos era, ya lo hemos dicho, un rasgo meridional aun a comienzos del siglo XI, y en ese tipo de cultura se basaba el movimiento de paz. Recordemos también la desconfianza que le inspiraba a los obispos del norte. A partir del siglo XII, el Diablo se hace omnipresente, pero también en esto podemos ver que tiene pasados diferentes: en el norte, Helle o el rey del *Wal*, en el sur, un Santiago o un Juan un poco dudosos que miran hacia la Península Ibérica. En la misma época, la resistencia de los am-

bientes dirigentes del norte hacia los cultos «populares» cede: la realeza francesa se basa en el culto dionisíaco, el emperador germano introduce en Colonia el culto de los Reyes Magos, llegados de Italia, de Milán y de Pavía.

A comienzos del siglo XI se produce la elección. El rey de Francia dudaba entonces entre tres influencias: la de la Iglesia septentrional «a lo carolingio», encarnada por el obispo de Chartres, Fulberto; la de los cleros ascéticos de Orleans, ganados por el «maniqueísmo», y la de los cluniacenses, mostradores de ídolos santos. Fulberto se une a los cluniacenses, y el rey Roberto, bajo su doble influencia, envía a la hoguera a sus amigos heréticos. En el seno de la crisis feudal, bajo la presión de las multitudes campesinas, la elección real en el combate de las ideas se limita, pues, a dos caminos: por un lado un cristianismo poco ortodoxo, que podría ser considerado como un compromiso «a la meridional» entre una Iglesia monástica fuerte y un «paganismo» campesino tibio y domesticado; por el otro lado, el «maniqueísmo medieval», que rechaza violentamente a la vez el culto de los muertos y de las tumbas, y todo lo que sea carnal y que rompiendo con la mala tierra, se vuelve hacia la esperanza, que está en alguna parte, de un mundo sin Mal.

El desarrollo del profetismo, curiosamente, se arraiga también en la sociedad campesina. Los monjes de Chartres o de Borgoña al comienzo habían acusado a esas asambleas nocturnas de ser *sabbats*, donde se beberían, para «planear», mezclas inquietantes, en las que entrarían cenizas de un recién nacido y donde quien más quien menos fornicaría. Calumnia rápida a falta de algo mejor pero que no era sostenible. Aunque tome de la antigua cultura «salvaje» algunos de sus símbolos —como las abejas—, el profetismo maniqueo se aleja fundamentalmente de ella. Tal vez esta es la razón de su éxito innegable en las ciudades y en el sur. Considerada desde este punto de vista, la pretensión de los heréticos de ser «los verdaderos cristianos» no

parece extravagante, aunque nieguen la crucifixión. Son como la vanguardia de una corriente ascética y racional «depurada» de la que antaño había sido una etapa el cristianismo y, tal vez, la atracción por la herejía que experimentaban los letrados del siglo XI, o su éxito entre los mercaderes y los usureros del siglo XIII evocan de manera no superficial otros rigorismos cristianos ulteriores extendidos también estos entre los intelectuales y los banqueros. Y, sobre todo, la oposición dramática de esas dos corrientes —el «maniqueísmo» y lo que podría llamarse «la hagiolatría» monástica— no puede hacernos olvidar que las dos se desarrollan enfrentadas con el «paganismo»: una lo niega, la otra le quita carácter y lo desnaturaliza. A partir del siglo X, la religión de las ciudades deja de estar reducida al núcleo urbano y a los territorios cercanos; invade la campiña y hasta el desierto. Pero hasta el final del período carolingio —es firme al respecto el testimonio de Rabano Mauro— fracciones notables, y tal vez mayoritarias, del campesinado del norte todavía se agrupan alrededor de su cultura antigua.

Para apreciar el verdadero peso de esta mutación hay que volver a la materia: no ya los cerdos, los corderos y los trigos —la producción y la acumulación primitivas— sino a lo más fundamental, a lo peor, diría un maniqueo: a la reproducción.

La «reproducción primitiva»

En la época en la que en Europa del oeste declinan las comunidades alodiales y la religión campesina, el «desierto» retrocede. Los pioneros, llegados de las viejas aldeas, desbrozan, «rozan», como se decía entonces, las landas y los bosques, secan los pantanos. Antaño se imaginaba que las abadías, esos islotes de total sabiduría en medio de la barbarie medieval, habían impulsado el amplio movimiento que lanzó a tantos grupos cam-

pesinos al asalto de los grandes bosques e hizo del paisaje rural de esas regiones lo que más o menos siguió siendo hasta hace unos cien años. De hecho, ahora parece aceptado que las iglesias, lejos de promover los desbroces solo lentamente se comprometieron en ellos. Tampoco les era favorable la aristocracia, al menos al comienzo. En los dominios de los reyes carolingios estaba prohibido desbrozar el bosque; por respeto a una tradición cazadora, tal vez, y también porque esas pequeñas parcelas ganadas a los espacios silvestres perjudicaban el negocio de los intendentes dominicales o de los agentes del poder real. Se reconocen aquí las costumbres de los latifundistas.

¿Cuáles son las razones y qué razones tan fuertes, a pesar de esto, impulsaron a los campesinos a abandonar la rutina del campo para ir a ganar duramente nuevas tierras?

Tierras nuevas, tierras libres

La respuesta clásica —la superpoblación del campo— tiene la fuerza de una evidencia inmediata. Establece una relación de causalidad entre la progresiva desaparición del espacio silvestre y de los tipos de vida que se vinculaban a él, y el incremento de la población cuyo desarrollo veremos y cuyas consecuencias se evaluarán en el capítulo siguiente, y cuyo origen se sitúa en un cambio de la demografía de las familias campesinas en el siglo X.

Cuando los historiadores modernos volvieron a examinar con mirada más atenta que sus antecesores la ocupación del suelo en el siglo IX, se impresionaron por importantes disparidades: por un lado explotaciones muy pobladas y, por el otro, algunas vacías. Tanto poblaciones que parecían bastante densas, como en Palaiseau o en Verriéres, en la región parisiense, o alrededor de la abadía de Saint-Bertin, en Flandes, como aldeas casi vacías. El fenómeno se observa a veces en^el mismo sitio. A finales del siglo, en un pueblo ardenés perteneciente a la abadía de Prüm, 116 familias estaban instaladas en 34 explotaciones

mientras que otras estaban casi desiertas. Esta situación se explica cuando vemos a algunas familias de Lorena que prefieren amontonarse en sus tenencias de origen antes que ocupar otras nuevas que el señor les proponía con el contrato habitual. Para ellos valía más agruparse en los antiguos campos, con lo que la renta y los servicios debidos al dueño eran más leves para cada uno. Retomar una explotación que había sido abandonada durante un tiempo necesitaba además un trabajo suplementario. En ese marco, la roturación del espacio dominical no era una ventaja para los campesinos.

Cuando la presión era demasiado fuerte, los tenentes se iban. Los mismos esclavos no dudaban en hacerlo. Así, en Chalonnais todo un grupo que había intentado escapar de los monjes de Saint-Rémy fue recapturado y vuelto a someter a servidumbre en el dominio de Courtisols. Los tenentes, en principio, eran siempre libres y por lo tanto más difíciles de retener. A comienzos del siglo X, los monjes de Reims aún se veían obligados a admitir que el hombre libre que cultivaba uno de sus «mansos» podía dejarlo, con la condición de probar con siete testigos, sus iguales, que ya no podía sostener la tierra, en razón de su «pobreza». En el Midi, la situación de los grandes propietarios no era mejor. Algunas instalaciones de la abadía de San Víctor de Marsella, en la baja Provenza, estaban vacías cuando aldeas vecinas se hallaban pobladas por alodiales. La explicación de estos vacíos surge cuando el administrador monástico anota, después de los nombres de ciertas familias, la mención «buscar».

En Auvernia, los tenentes de un gran propietario, Géraud, fundador de Aurillac, abandonaban sus tierras con herramientas y bagajes, porque este había colocado a otro dueño entre él y ellos. Es verdad que los guerreros de la casa de Géraud veían muy mal esta partida; era un mal ejemplo. Otros no siempre tenían escrúpulos para obligar a los hombres libres al trabajo do-

minical. En Chalonnais, una orden real adscribió la servidumbre en un dominio del fisco a antiguos hombres libres. En Cambrai, un vasallo del obispo pretendía que toda una familia sufriera la misma transformación. En el Midi, los herederos de los grandes propietarios intentaban sobornar a los jueces para que volvieran a poner en esclavitud a los libertos de un difunto. Despoblamiento y relativo superpoblamiento tienen, pues, la misma causa: la lucha de los tenentes para mantener el contrato que los une al dueño y la elección que hacen o irse o, si se quedan, reagruparse en la misma explotación. En el gran dominio no es la tierra lo que falta, son los hombres. Solo de estos pudo surgir el movimiento.

Desde hacía mucho tiempo se toleraba, en los márgenes de algunos grandes dominios, que los extranjeros «foráneos» o «huéspedes», como se decía entonces, desbrozaran pequeñas explotaciones «cultivadas al lado», «pegadas», por así decirlo, al territorio propiamente dicho. La renta era muy liviana. A medida que avanzamos hacia el siglo x vemos que aumenta el número de *accolae* en las diferentes redacciones del registro dominical de Saint-Rémy de Reims. En la misma época, se multiplican en Picardía.

Esta manera de roer los márgenes ¿no es acaso el comienzo de las grandes roturaciones y su parte visible en la documentación de la época? Si se acepta este análisis, debemos observar que las tierras desbrozadas empiezan en el mismo momento en que las partes más controladas del espacio agrario están salpicadas de vacíos significativos. Lo que impulsa al desbroce es más la presión incrementada ejercida por señores sobre los territorios ya cuadriculados y dominados por ellos que lo que nosotros llamamos la «superpoblación» de los mansos, que ya hemos visto que en el marco dominical jugaba más bien en favor de los campesinos. Se desbrozan las tierras para seguir siendo libre o para llegar a serlo, no para evitar la superpobla-

ción. En todo caso esta era la razón que daban los noruegos que se aventuraban a Islandia, o los campesinos de los Pirineos que volvieron a hacer cultivable el *no man's land* de la «frontera» catalana. Era la libertad la que hacía vivir en las rudas soledades de los Alpes, en el siglo X, a grupos de siervos *marrons,* que podría traducirse por 'fanáticos'(*enragés*). Era la que impulsaba a los campesinos heréticos del siglo XII, minoritarios en el oeste, a partir a los bosques de Mine o de Anjou, para establecer en ellos sus *bougreries*. Y más tarde sigue siendo el cebo que atrae a los habitantes a las nuevas aldeas, villafrancas y *salvitates,* cuando los señores, después de cambiar su fusil de hombro, otorgan cartas favorables, compromiso necesario, en un mundo en el que los «desiertos» se hacen cada vez más raros. Podemos pensar lo que queramos de las causas más profundas del movimiento pero, para la gente de la época, lo que provocaba el «poblamiento» era la «franquicia», la libertad y no a la inversa. Pero volvamos a la demografía campesina.

La Iglesia, la técnica y la alimentación

Una de las consecuencias, la más nefasta que vivieron los historiadores del siglo XIX, en la precoz cristianización del campo, era la tendencia remanente a considerar como pasadas a la cultura de los laicos de los siglos IX y X y aún peor, a los hechos, las prescripciones de la Iglesia en materia de matrimonio, de sexualidad y de procreación. Transportado sin demasiadas reticencias —al menos expresas— al ámbito de la demografía histórica, este *a priori* conduce paradójicamente a una visión bastante mecanicista del incremento demográfico. Los cánones de la Iglesia, en efecto, no variaron notablemente en la época que nos interesa. Si, como se suponía, los campesinos no dejaron de observarlos, el impulso demográfico solo podía provenir de circunstancias totalmente exteriores a su universo mental. Reducido a su más simple expresión el análisis será: las parejas campesinas de finales del siglo X y del siglo XI tienen más

hijos vivos porque comen más, comen más porque producen más y producen más porque tienen mejores técnicas de producción. Como todo ello coincide con la instalación del señorío jurisdiccional, se acostumbra a dotar al señor del espíritu de empresa y hacer de esta manera de la feudalidad, o mejor aún del feudalismo, el motor del progreso social y, a pesar de sus taras, felizmente desveladas por la época moderna, una etapa «globalmente positiva» en la evolución de la humanidad. En este campo la carga ideológica es tan patente como cándidamente ignorada.

No es que deba negarse la importancia de la alimentación, de las técnicas de producción y, de una manera más general, de todo lo que se califica a falta de otra forma mejor como material en las relaciones sociales. Lo que se cuestiona es el análisis que presenta las técnicas como si intervinieran de manera inmediata y unívoca en la evolución de esas relaciones. Ya conocemos la desastrosa *boutade* «Dadme la collera y el molino de agua…» que condena las invenciones técnicas a «aparecer» en el curso de la historia como otras tantas *deae ex machina*.

El análisis de la demografía medieval está viciado por un segundo *a priori:* más o menos conscientemente, los más críticos de los historiadores toman prestado del tercer mundo y de su miseria, a veces atroz, los elementos de una «demografía de las sociedades preindustriales», de una «demografía primitiva». Pero todos saben que esas sociedades son muy viejas, y que los imperialismos militares o económicos deben contar algo en esa miseria. Y puede pensarse que el éxito y los fastos de los antiguos reinos conquistadores —tan caros a la historia tradicional — no implicaban necesariamente una mejora general de la suerte de las poblaciones afectadas. En este sentido, los pueblos felices no tienen historia, o más bien, sin duda, no es aquella a la que estamos acostumbrados.

En oposición a este análisis, toda una corriente etnológica ha adelantado recientemente la idea de que la alimentación de los pueblos cazadores y recolectores era mucho mejor que la de los agricultores del siglo XIX. Edad de piedra, edad de abundancia. Tal bienestar suponía evidentemente un índice de ocupación del espacio bastante débil. Esta condición no desapareció totalmente durante la alta Edad Media antes de las roturaciones. En muchas zonas, el bosque o los pantanos son aún muy vastos, y la población está dispersada. En las «tierras comunes», en las «tierras de los libres», recolección y caza todavía pueden practicarse y aportan, con la ganadería extensiva, un apoyo serio a la agricultura. ¿Qué puede aportar al debate el magro *dossier* de los siglos X y XI? Retomemos brevemente los tres elementos: morbilidad, hambruna, subalimentación.

El período que se extiende del siglo IX al siglo XII no está exento ciertamente de epidemias; sin embargo, ignora las grandes «pestes» de las épocas que lo preceden y lo siguen. Por lo que respecta a la morbilidad común, las investigaciones recientes, basadas en el estudio sistemático de los milagros de curación, en muchos casos orientan hacia enfermedades que podrían provenir de la mala nutrición; pero la proporción de esas afecciones en la masa general de la morbilidad registrada por las compilaciones de milagros es la misma para los siglos IX-X que para los siglos XII-XIII. Así pues, el «giro histórico» del siglo XI no significa ningún progreso. Puede esperarse una confirmación o una invalidación de este análisis por la patología histórica tal como la practican los arqueólogos, aunque las conclusiones hayan sido recientemente cuestionadas por la prehistoria.

Las investigaciones sobre las hambrunas parecen aportar elementos aún más sorprendentes. La estadística para Europa occidental, aunque sumaria, sería de 26 años de hambruna para el siglo ix, 10 para el X, 21 para el XI y 32 para el XII. Paradójica-

mente, el siglo X marcaría una mejora de la producción mientras que el despegue económico estaría acompañado por un agravamiento de la situación alimentaria.

Tales variaciones nos llevan a preguntarnos si la alimentación de los campesinos ha sido siempre fatalmente insuficiente. También en esto, estudios recientes aportan un aclaración preciosa. Suponen niveles de abundancia o de penuria bastante diferentes entre las familias de tenentes de una misma región. También invitan a considerar regímenes alimentarios bastante diferentes. Se ha opuesto una alimentación a la romana, transmitida por los monasterios, y basada en el consumo de cereales, a una alimentación «bárbara», que utilizaba mucho más la leche y el queso, la carne y los pescados, y que se observa sobre todo en los códigos anglo-sajones del siglo VII. Es posible que estos dos modelos perduraran durante el siglo IX. En las grandes casas eclesiásticas, y tal vez en los dominios reales, se comían grandes raciones de pan, un verdadero «régimen de cuartel». Esta gran cantidad de trigo se obtenía por una parte de la producción del mismo dominio, y por otra de las familias de tenentes que debían entregar una parte de su cosecha, y de las familias libres, que pagaban la molienda cuando por su voluntad llevaban el grano al molino dominical. Ahora bien, las superficies cultivables de las tenencias —las *colonica*— o de los pequeños alodios parecían poco considerables; para pagar la molienda o el *champan*, y alimentarse, los campesinos que vivían en ellos hubieran debido tener rendimientos sorprendentes para la época. Lo más probable es que su régimen alimentario se haya basado mucho menos en los cereales que el de los sirvientes de los grandes dominios. Las *razzias* de los caballeros sobre las piaras de cerdos y rebaños de corderos que pacían en las orillas semidesérticas son tal vez más un medio de presión sobre los libres, para arruinar una de las fuentes de su alimentación y muy concretamente su libertad económica, que un

simple efecto de la glotonería de las casas señoriales. La misma observación sería válida para la multiplicación de reservas de caza o de pesca, las «dehesas»; el establecimiento de las mismas fue una de las causas principales del levantamiento de fines del siglo X de los campesinos normandos que todavía estaban acostumbrados al característico libre acceso escandinavo. Acosado en el terreno de la alimentación animal, el campesino, al menos el del norte, también lo estaba en el de la alimentación cerealera. A partir del siglo XI el señor le obliga, por orden de él, por un «ban», a que muela en el molino señorial. Lo que en algunos casos era una comodidad se convertía en una imposición. Los pequeños molinos familiares que hemos visto en manos de las mujeres renanas fueron prohibidos. El señor, de esta manera, podía controlar las cosechas y gravar con una exacción suplementaria a las familias cuyos labradíos, y, por tanto, la producción de trigo, eran débiles ya fuera por necesidad y pobreza reales, o por elección y modo de vida. El señorío, ya vemos, en sus comienzos no es el animador ilustrado de la actividad campesina, sino simplemente un parásito de esta actividad. Y en virtud de esto, incita efectivamente a producir más, pero en condiciones que no necesariamente aumentan el consumo de las familias campesinas. Y el número elevado de las hambrunas del siglo XII en este caso incita poco al optimismo. En el estado actual de las investigaciones, puede pensarse que la base alimentaria de la demografía del campo no mejoró durante el período examinado, si es que no se tambaleó. Vale más buscar en otra parte el origen del desarrollo.

La creación de una demografía «natural»

Si se examina de cerca la demografía del siglo IX, vemos que ella es tal vez «tradicional» pero no ciertamente «natural». El estudio detallado de los registros dominicales ha aportado, a pesar de inevitables incertidumbres, algunos datos significativos. En principio parece quedar establecido que los siervos se

esfuerzan por casarse fuera de su condición, es decir, con libres o, a lo sumo, con protegidos: alrededor del 70 por 100 en los dominios de Saint-Germain-des-Prés, un 30 por 100 en los de Saint-Rémy de Reims; pero los que logran hacer un casamiento mixto son los siervos, los hombres, no las siervas: una sola por cada cuatro hombres. Proporciones tanto más significativas ya que no se las observa en el caso de casamientos entre libertos y libres, compartidos en la misma igualdad por hombres y mujeres. La razón de esta rareza de los matrimonios entre una sierva y un libre es que, salvo disposición contraria propia del dominio, sus hijos son siervos; a la inversa, los hijos de un siervo y de una libre son libres, al menos en principio, ya que el amo siempre al acecho de trabajadores para poblar sus tierras, podía quererlos. Por otra parte, sabemos por un texto de Lieja del siglo XII que los amos combatían esta rareza de las uniones entre las siervas forzando a sus siervos a casarse con ellas, con el fin confeso de tener a los hijos y perpetuar de esta manera una beneficiosa servidumbre.

El rechazo de una notable parte de los campesinos siervos a trasmitir la «mácula servil» se prolonga después del matrimonio y esto es lo que nos interesa en este caso. Parece, en efecto, que los siervos tienen menos hijos que los libres; sobre todo, y en esto las cifras son más seguras, tienen más hijos varones —menos hijas— que sus vecinos libres. Puede adoptarse el axioma de que cuanto más libre es una familia más grande es su tenencia y menos fuerte es la tasa de masculinidad de su progenie, mientras que su tasa de fecundidad es menos mala que la de los siervos.

Estas variaciones no pueden explicarse por medio de condiciones «naturales». Significan dos cosas. En el caso de la hipermasculinidad entre los siervos, el infanticidio de las niñas. A la vieja regla *partus sequitur ventrem*, «el niño tiene la condición de aquella cuyo vientre lo ha engendrado», los siervos oponían la

estrategia de la masculinidad. En esto, a corto plazo, su interés coincidía con el de los amos que querían sobre todo brazos masculinos para sus corveas de labranza. A largo plazo, el efecto de esta escasez de hijas en la población dominical no podía dejar de ser desastrosa. En el caso de las diferencias de la tasa de fecundidad, la variación significa una restricción de los nacimientos por medio de prácticas sean anticonceptivas sean abortivas, como las denunciadas por Burchard de Worms.

Pero estas prácticas requieren —aun hoy— cierto saber. ¿Quienes fabricaban las bebidas abortivas sino las recolectoras de beleño, esas mismas comadronas que aconsejaban a sus compañeras cuándo había que encantar o envenenar a los hombres, o que se encargaban, cuando había un mal nacimiento, de hundir la piadosa estaca en el cuerpo del recién nacido muerto? Mientras este tipo de mujeres dirigieron los grupos femeninos y, a menudo, a través de esos grupos, los propios caseríos alodiales, podía existir un verdadero control de nacimientos al igual que un equilibrio entre la tierra y los humanos que vivían en ella. Pero a partir del momento en que el poder de las comadronas se quiebra y su saber declina, ese control degenera en una desdichada chapuza, en un «accidente de cama» que ahoga al niño, o en una brujería furtiva denunciada al cura de la parroquia. Solo quedaba el «creced y multiplicaos», ya que otra opción era peligrosa o imposible. Las magas, convertidas en «brujas», tomaban el camino de los profundos bosques, como los campesinos que refunfuñaban bajo el yugo del señor. Fue allí, en esos márgenes, donde durante más tiempo se mantuvieron los restos de su cultura. Fuera de allí, el camino ya estaba libre para una demografía «natural», o casi.

A pesar de todo, todavía en el siglo XII en ciertos pueblos atrasados no se resignaban a aceptar a los niños tal como llegaban. Puede verse muy bien en un asunto que desencadenará en el siglo XIII la acción de la inquisición lionesa y que tuvo como

marco las Dombes, que estaban a medias desbrozadas y a medias eran boscosas. Allí, como en otras partes, algunos recién nacidos estaban enfermos y eran insaciables; agotados por las diarreas, se vaciaban y vaciaban a sus madres. Se creía que en el lugar del pequeño enfermo —¿en el cuerpo?— se había deslizado en el momento del nacimiento el espíritu de un ser demoníaco, llegado de los bosques, de las aguas o de la tierra, o el espíritu de un hijo de esos seres. Por lo tanto había que llamar al espíritu del recién nacido verdadero y devolver a los suyos el del «cambiado». Para esto, la madre, acompañada por una vieja mujer que sabía la «manera ritual de actuar», iba a un bosque, en este caso el de san Guinefort. Después de hacer ofrendas, sobre todo sal, y de clavar un clavo en un árbol, hacían pasar nueve veces al recién nacido por la horqueta de un árbol. Burchard denuncia un rito idéntico: se cavaba una angostura debajo de un montículo y se hacía pasar por allí al recién nacido; llamada a los espíritus de la tierra, idéntica a la que hacían las madres de Dombes a los del bosque. Luego se exponía el niño entre dos velas, y la mujer se retiraba después de abjurar a los espíritus para que retomaran «su» niño y le devolvieran el de ella. Los depredadores, los lobos, por ejemplo, habían ya observado esas víctimas tentadoras, y visitaban habitualmente el bosque. A veces, además, las velas incendiaban la paja de la cuna. O el niño debilitado se moría de frío. Después de dejar pasar un tiempo para que se consumieran las velas, volvían las mujeres. Si el niño seguía vivo, lo sometían a una última prueba sumergiéndolo nueve veces en las aguas frías de un arroyuelo.

El «intercambio» se hacía bajo el patronato de un «santo» poco ortodoxo: Guinefort, un perro enemigo de las serpientes —¿de los gusanos?— y protector contra aquellas de los recién nacidos. La invocación que subsistió en el folklore resume bien la elección radical deseada por las madres: «Saint Guinefort, ou la vie ou la mort» («San Guinefort o la vida o la muerte»). El

recién nacido demasiado enfermo no resistía probablemente la exposición. El que sobrevivía debía tener, como lo subraya con acerba ironía el inquisidor Esteban de Bourbon, «las tripas sólidas», lo que precisamente no era el caso. Para Esteban, que no desea comprender, se trata de infanticidio. Pero el apasionante estudio consagrado a este caso subraya justamente que, a los ojos de los campesinos, los niños que morían no eran hombres pequeños, sino «demonios». Para las madres se trataba tanto de lograr recuperar a su verdadero hijo como de eliminar un intruso nefasto. Su creencia en el «cambiado» explicaba la enfermedad y permitía, de una manera o de otra, suprimirla: la selección se vivía como una salvación, un último recurso. Y no era una alegría: a veces la mujer no podía llegar hasta el final del rito y volvía a rescatar al niño de las garras de los lobos.

Este notable ejemplo no debe ilusionarnos. Los inquisidores del siglo XIII ya no tienen frente a ellos una cultura dominante sino solo un remanente empecinado y pasivo. Los de Lyon pudieron trasladarse sin dificultad a las Dombes para reunir «al pueblo de esta tierra» para predicarle, talar el bosque sagrado y hacer condenar a los que iban a él a la confiscación de sus bienes, en la práctica, al destierro. Todo esto sin problemas gracias al poderoso castellano de la región, el señor de Villars. Estas medidas draconianas no bastaron, ciertamente, para suprimir completamente la adoración de Guinefort. Aún a comienzos del siglo XIX, las madres que tenían un niño «que languidecía» o estaba afiebrado, iban al bosque y hacían dones a un ermitaño que se había establecido en él. Pero ese «mendicante» había pedido autorización para el culto al obispo, y la práctica ya no se sentía peligrosa sino un poco molesta: «La gente de esta región, decía el cura al obispo, es bastante supersticiosa, algunos sobre un tema, otros sobre algún otro». Ya no hay cultura campesina sino supersticiones dislocadas.

Pasadas las tempestades de la crisis feudal, el poder de la Iglesia sobre los habitantes de la campiña se consolidó durante mucho tiempo gracias a los castellanos. Empezaban los siglos modernos. Cuidémonos de juzgar a la luz de los mismos a los que los han precedido, de encarecerles las deformaciones infligidas a la cultura campesina por los textos eclesiásticos, que ocultan de esta manera su condición natural, su irreductible ajenidad con respecto a nuestra propia cultura. Era un época poco razonable, en la que aún dominaba en las campiñas del norte no el Señor Jesús o María llena de gracia, sino el astro ambiguo de la noche. Berta brillante de grandes pies que dejaba tras ella sus huellas de pájaro de los pantanos, seguida de su cortejo de fieles brujas «dos corazones», guerreras y amazonas del cielo, con sus largos cayados de avellano, sus encantamientos de «huesos humanos, cenizas y carbones apagados, cabellos, pelos genitales de hombres o de mujeres, hierbas, caracoles, serpientes, todo entrelazado con cintas de color», con sus brebajes de sueños y con sus visiones alucinadas. ¿Cómo no invocaros aquí, Talayesva le Hopi, y más salvajes aún, brujos Yaqui, Tarahumara, Bororo, Aché, Yanomani, videntes drogados y en trance que combaten contra la tempestad? ¡Cuánta ciencia nos separa de vosotros, cuántos concilios y clérigos razonadores y aterrorizados, cuánta paciente reducción del espíritu! La escritura ha inmortalizado las hazañas de Rolando partiendo los cuerpos en dos, como se parten los cerdos en invierno; ¿qué valen a su lado los prodigiosos vuelos de las comadronas del Rin? Era un época en la que los trópicos pasaban por Worms. Aquellos de vosotros que aún sobrevivís, reiréis de estos descubrimientos.

En el siglo XI termina, en lo esencial, el combate que oponía la cultura eclesiástica, la cultura de las ciudades, a una cultura campesina autónoma. Los laureles, los bosques de los lobizones están talados o a punto de serlo. Algunos islotes, superviven-

cias, perpetuarán en una forma degradada el pasado salvaje. El pequeño bosque de san Guinefort, tan apasionante como testimonio, ya no es gran cosa al lado de esos vastos «países de Helle». ¿Qué queda después del paso de Esteban de Bourbon y de los señores de Villars? Pero esta victoria de la Iglesia también implica transformaciones profundas de su parte. El clero de los siglos XI y XII es evidentemente heredero de una tradición teológica antigua, que podría llamarse cristianismo imperial. Pero también es, en una flexión del tiempo, creador de formas religiosas nuevas, mucho más populares y por eso mismo más comprometedoras.

Capítulo 2
NACIMIENTO DE UNA CRISTIANDAD

(mediados del siglo X — finales del siglo XI)

Entre el final del siglo X y el principio del siglo XII, Occidente, que hasta entonces no era más que una simple noción geográfica, se convierte en una realidad con el nacimiento de la cristiandad. Más allá de sus divisiones, los pueblos cuya lengua litúrgica era el latín toman entonces conciencia de su unidad. Se trata de un momento crucial, pues, desde la disgregación del Imperio Carolingio, ningún poder político o espiritual había tenido suficiente influencia para ejercer una autoridad que sobrepasase las fronteras de los diferentes reinos. El papado, que desde el final del pontificado de Juan VIII (muerto en 882) dependía de la aristocracia romana, atravesaba uno de los períodos más sombríos de su historia; ni siquiera el Sacro Imperio, reconstituido en 962 por Otón I, tenía una extensión o una cohesión suficientes para llegar a ser el punto de encuentro de los que no se resignaban a la parcelación feudal. Su influencia solo era considerable en los países germánicos y, en menor medida, en la Italia septentrional y central. Además, el poder de los emperadores era discutido, hasta en estas regiones, por medio de sublevaciones y de disidencias que en la práctica reducían singularmente el alcance de las pretensiones universalistas de los soberanos y de los clérigos de su entorno, principales paladines de la ideología de la *renovatio imperii*. De hecho, la conciencia de pertenecer a una comunidad cultural que englobaba a pueblos hasta entonces dispersos, renacería en Occidente sobre otra base, la de la adhesión religiosa.

Durante la alta Edad Media, la zona de influencia del cristianismo latino no había cesado de extenderse hacia el norte y hacia el este, a medida que se afirmaba la preponderancia de los francos sobre las restantes etnias germánicas. En la época de Carlomagno, se suponía que todos los habitantes del Imperio habían recibido el bautismo y los que todavía lo rehusaban —los sajones en particular— fueron obligados por la fuerza a adoptar la fe del soberano. Tras la segunda ola de invasiones del siglo IX y principios del X, el esfuerzo por incorporar nuevos pueblos externos al bloque religioso homogéneo que se extendía de Irlanda a Italia y de los Pirineos a Alemania, prosiguió cada vez más.

En los márgenes de la cristiandad

Los normandos se distinguieron entre los nuevos invasores al adoptar rápidamente las creencias de sus nuevos súbditos, tanto en Francia como en Inglaterra. En cierto modo, este era el precio que había que pagar por entrar, al mismo nivel, en la comunidad de los pueblos «civilizados», cuyo modo de vida y formas de organización política ejercían una verdadera fascinación sobre quienes habían vivido hasta entonces fuera. Y lo mismo ocurrió en el caso de los eslavos y de los húngaros. No fue una casualidad que el cristianismo se impusiera, tanto entre ellos como entre los escandinavos, al mismo tiempo que las formas de organización estatal, en particular la institución monárquica. La Iglesia conservó y exaltó el recuerdo de los jefes de clan, fascinados por el título real y por el prestigio que conllevaba, que lograron que sus tribus guerreras adoptaran la religión de Occidente: Miesko I en Polonia, san Esteban en Hungría, san Wenceslao en Bohemia y san Olaf en Noruega fundaron a la vez Estados nacionales independientes e iglesias locales, con la ayuda de misioneros enviados por el emperador o

por el papado. Pero, al ordenar a todos sus súbditos que se bautizaran y al defender la nueva fe contra las reacciones paganas, aceptaron al mismo tiempo que su pueblo se integrara en una comunidad más amplia: la de los cristianos que celebraban la misa en latín y reconocían una cierta preponderancia —aún mal definida— al obispo de Roma. Aparecieron así, alrededor del año mil, nuevas metrópolis eclesiásticas (Praga, Magdeburgo, Gniezno, Esztergom, Lund, Nidaros, etc.) que fueron también centros de evangelización a partir de los que el catolicismo alcanzó los confines más remotos a lo largo del siglo XI.

Esta evolución no careció de tropiezos y dificultades. La conversión de Escandinavia, por ejemplo, fue una obra llevada a cabo con mucho trabajo. Emprendida por clérigos alemanes, fue proseguida por monjes llegados de Inglaterra y Francia, y hasta el siglo XII, Suecia, Islandia y Finlandia no fueron sólidamente ancladas en la organización eclesiástica romana. Más al este, fue preciso esperar hasta el siglo XIV para que los lituanos —vecinos septentrionales de los polacos— adoptaran la religión de Occidente. En los países eslavos, graves conflictos enfrentaron a los misioneros latinos con sus homólogos griegos. En Servia y en Moravia, se fijó, poco a poco, al cabo de muy complejas fluctuaciones y virajes, una línea divisoria entre las dos cristiandades rivales. Estas querellas sobre ritos y fronteras sustentaron entre las dos jerarquías eclesiásticas, la de Roma y la de Constantinopla, una creciente animosidad que no fue ajena a la gran ruptura que constituyó el cisma de 1054. Tanto antes como después de esta fecha, el papa y el patriarca se condujeron como rivales, tratando cada uno de atraer a su esfera de influencia a los pueblos recientemente convertidos. Este fue el caso de los búlgaros, que se adhirieron finalmente a la causa bizantina y, sobre todo, el de los rusos. Cuando Vladimir, príncipe de Kiev, recibe el bautismo el año 987 en las aguas del

Dniéper, el destino religioso de Rusia se inclina, de manera definitiva, hacia Oriente.

Las parroquias adultas

En los países más antiguamente cristianizados, la influencia de la Iglesia sobre los fieles se reforzó con la puesta en marcha de una red parroquial muy densa que, bajo formas variables según los países, constituyó una de las experiencias más importantes de los primeros tiempos del feudalismo. Desde el final de la Antigüedad, la Iglesia estaba organizada sobre la base de las diócesis, reagrupadas en provincias eclesiásticas calcadas de las estructuras administrativas del Bajo Imperio. Estas instituciones, amenazadas de disolución al final de la época merovingia, habían recuperado toda su solidez y estaban incluso reforzadas con los carolingios, que habían incrementado el poder de los obispos y transformado a los metropolitanos en arzobispos poseedores de autoridad sobre sus sufragáneos. Pero estas estructuras jerárquicas afectaban poco a los fieles y a los simples sacerdotes que, fuera de las ciudades, apenas tenían relaciones con los prelados. Habían pocas parroquias y, en muchas regiones, los fieles debían acudir, para las ceremonias religiosas y la recepción de sacramentos, a una iglesia madre (*pieve* en Italia, *minster* en Inglaterra) que era, o bien una antigua fundación episcopal, o bien un antiguo centro de evangelización monástica.

Entre los siglos VIII y XII se asiste en todo el Occidente a una multiplicación de las iglesias rurales que gozan de derechos parroquiales. Esta difusión corre pareja con la afirmación del régimen señorial y del feudalismo. Los amos del suelo, y pronto del poder, fundaron en sus dominios lugares de culto para controlar mejor a los hombres colocados bajo su dependencia. No contentos con escoger ellos mismos los curas párrocos, acabaron por considerar estas iglesias y los patrimonios de los que se les habían dotado, como de su propiedad plena y absoluta. Esta

situación presentaba muchos inconvenientes para la jerarquía eclesiástica, pues el vínculo entre las parroquias y el obispo se encontraba debilitado, si no roto, y sus bienes eran a menudo dilapidados, repartidos o enfeudados por los patrones laicos. Pero el sistema de la «iglesia propia» (*Eigenkirche*), como la llaman los juristas y los historiadores, no tuvo solo consecuencias negativas. El hecho de que todo el mundo, desde el rey hasta el simple propietario de tierras pasando por las abadías y los señores castellanos, pudiera crear y poseer uno o varios santuarios favoreció sin duda alguna la aparición de ese «blanco manto de iglesias» que cubría Occidente en los alrededores del año mil. En la misma época, los límites territoriales de las parroquias se precisan y tienden, en muchas regiones, a coincidir con los señoríos o las tierras de la aldea. Al igual que la sociedad profana, la Iglesia en el siglo XI se reconstruye a partir de la célula más modesta.

Todo el esfuerzo de los reformadores de los siglos XI y XII tenderá a sustraer los lugares de culto, que llegan a ser muy numerosos, del poder de los laicos para situarlos bajo la autoridad de la jerarquía eclesiástica. Los señores no cedieron fácilmente. Los clérigos lograron crearles mala conciencia e impresionarles con la amenaza de sanciones canónicas. Pero a menudo preferían donar sus iglesias a las comunidades monásticas, de las que esperaban a cambio oraciones eficaces para el reposo de su alma y la de sus ancestros, más que restituirlas al obispo, como había deseado el papado. Por lo demás, entre los santuarios fundados o desarrollados por las familias aristocráticas se encontraban un buen número de establecimientos religiosos, abadías, prioratos y colegiatas rurales o urbanas. Teóricamente, estas últimas no tenían vocación pastoral y constituían simplemente centros de oración y de vida litúrgica. Pero en la práctica, estas comunidades, por modestas que fueran, no permanecían al margen del mundo que las rodeaba. A través de ellas se

multiplicaron las ocasiones de contacto entre los fieles —señores y campesinos— y la Iglesia. Se operó así una impregnación más profunda de las mentalidades por la religión, cuyas modalidades concretas desconocemos en gran parte pero cuya realidad es innegable.

Dios en el mundo

Para los laicos, la iglesia, ya fuera parroquial o monástica, era un lugar privilegiado, revestido de un prestigio sagrado. Lugar de asilo y, como tal, inviolable bajo pena de excomunión, se caracterizó, en primer lugar, por la posesión de reliquias de uno o varios santos que perseguían con su venganza al eventual profanador. Pero, como veremos, era también el centro de reunión de los hombres y mujeres de la aldea o del barrio. En caso de invasión o ataque, la población se refugiaba allí; cuando era preciso tomar decisiones concernientes a la vida de la comunidad local, se celebraba allí lo que, en algunas regiones de Francia, se llamaría más tarde, la «general» de la parroquia, es decir, la asamblea de los cabezas de familia. Y era, por último, el lugar donde se oficiaban los sacramentos, donde se promulgaban las sentencias de excomunión y de entredicho, y a cuyo alrededor se reunían los despojos de los muertos, a partir de ahora sepultados en «tierra cristiana», en el cementerio contiguo.

Pero las palabras «cristianización» o «conversión» no están desprovistas de ambigüedad. A excepción de una minoría de judíos, los habitantes de Occidente, en el siglo X, están sin duda bautizados y tienen derecho, por esta razón, al nombre de cristianos. Sin embargo, el contenido de esta fe no debe ser medido por el rasero de definiciones teológicas o canónicas demasiado rigurosas. Más que sobre dogmas, mal conocidos por los fieles e incluso por la mayoría de los clérigos que apenas saben más que el *Pater* y el *Credo*, la creencia religiosa arraiga en algunas certidumbres fundamentales que impregnan la mentalidad común. Es cosa probada que todo el mundo cree en la supervi-

vencia, es decir, en la existencia de otras realidades más importantes, a fin de cuentas, que las de aquí abajo. La Iglesia enseña —y en este punto su mensaje es perfectamente asimilado— que el destino eterno del hombre se ventila en la tierra. De lo que se deduce entre los fieles no un miedo a la muerte, demasiado familiar como para que puedan realmente temerla, sino la preocupación por morir cristianamente renunciando *in articulo mortis* a los bienes mal adquiridos o a una relación escandalosa. Conscientes de llevar una existencia poco moral y aún menos religiosa, los laicos tratan también de redimir sus faltas multiplicando las donaciones a la Iglesia y a los pobres a fin de obtener los sufragios de los que tendrán necesidad para afrontar al Juez celeste. Persuadidos del particular valor de la oración de los monjes, se esfuerzan por establecer con ellos lazos de «fraternidad» con el objeto de ser inscritos en el obituario de una comunidad y de gozar duraderamente del beneficio de su intercesión. Esta conducta no es exclusiva de la aristocracia feudal. Incluso los usureros, cuando sienten próximo su fin, no dudan en devolver y en encargar a los clérigos proceder a la restitución de las sumas percibidas indebidamente.

Para los hombres de esta época, el mundo era un campo de batalla donde se enfrentaban sin cesar las fuerzas del bien, identificado en Dios, y las del mal, encarnado por el Demonio. Fundamentalmente dualistas, consideraban tan real a este último como al primero. No se trata de estimaciones abstractas: Satán actúa en el seno de la creación y en la vida de todos los días; aparece ante el hombre bajo apariciones falaces, trata de tentarle, se burla de él y a veces le vapulea si resiste. Pero Dios no está menos presente: en primer lugar, en los sucesos, que son signos que es menester saber interpretar correctamente. Las catástrofes naturales y los fenómenos anormales aparecen como manifestaciones de la cólera divina y advertencias hechas a los pecadores por Él, que, conocedor de todas las acciones

humanas, se identifica con la justicia inmanente. Pero son también el reflejo y la consecuencia del pecado que reina en el corazón del hombre, donde los vicios y las virtudes se entregan a un perpetuo combate —este es el tema de la «psicomaquia» ilustrada en tantos frescos y miniaturas románicas— del que no se puede salir vencedor más que con la ayuda de las fuerzas celestiales. Pues Dios no duda en intervenir activamente en favor de quienes le imploran; se manifiesta a través de milagros cuyo objetivo es el de restablecer el orden en el cuerpo y el espíritu de los hombres devolviéndoles la salud, pero también en la sociedad liberando a los cautivos, salvando a los condenados y, en suma, apartando a los fieles de todas las formas de violencia que les rodean. Los espíritus de esta época estaban unánimemente persuadidos de la realidad de tales milagros o al menos de su posibilidad; cosa que no podía sorprender en un mundo en que la frontera entre lo sobrenatural y el orden natural no estaba claramente definida y en que las situaciones sin salida eran tan numerosas que solo el recurso a fuerzas de otro orden podía permitir a los individuos y a los grupos salir adelante.

¿Pero no era ofender la majestad de Dios pretender hacerlo intervenir cada vez que uno se veía enfrentado a dificultades insalvables? De hecho, los hombres de este tiempo preferían dirigirse a intermediarios más accesibles, los santos, a cuyas reliquias se les atribuía un poder benéfico. Nos cuesta trabajo imaginar qué papel pudieron desempeñar en la vida de esta época los fragmentos de huesos conservados en relicarios o cofres preciosos. Sobre estas reliquias se pronunciaban los juramentos más solemnes; se las llevaba en procesión para apartar las epidemias, obtener buenas cosechas o alejar al enemigo de una ciudad asediada. Son ellas lo que trataban de ver y tocar los peregrinos que afluían a los santuarios donde se conservaban y veneraban. El clero fomentaba esta devoción y multiplicaba los desplazamientos de reliquias, que daban pie a ceremonias en

las que los soberanos no dejaban nunca de participar. Estos traslados atraían grandes masas humanas y a menudo se producían milagros con este motivo, lo que no hacía más que acrecentar la fe y el entusiasmo de los fieles. A partir del final del siglo XI la Iglesia se esforzó por canalizar la piedad popular y orientarla hacia objetos más dignos a sus ojos. Al lado de los santos locales, cuyo origen e historia eran a menudo oscuros, se desarrolla el culto de las grandes figuras de la historia del cristianismo: san Juan Bautista, los apóstoles y, sobre todo, la Virgen María. Las formas extrañas o aberrantes que pudo revestir esta devoción (la veneración de una gola de leche de la Virgen o la cabeza de san Juan Bautista que poseía ya otra iglesia) no deban ocultarnos la importancia de esta evolución, que trataba de concentrar sobre la persona de Cristo y de sus primeros discípulos un fervor que tenía tendencia a dispersarse entre innumerables intercesores. El extraordinario acontecimiento del peregrinaje a Santiago de Compostela, que llegó a ser en esta época uno de los santuarios más visitados de todo el Occidente, da pruebas del éxito de esta empresa.

Los signos y los ritos

A excepción de una minoría selecta de monjes y de prelados, la vida religiosa en esta época apenas era interiorizada y las convicciones se expresaban menos a través de palabras que de signos visibles y tangibles. Además, la psicología de los hombres de este tiempo les llevaba a extremar todos los contrastes. La vida moral no se libraba de este clima paroxístico: en un mismo individuo, las manifestaciones de la más atroz violencia o de la más absoluta decadencia dan paso, a veces en poco tiempo, a una espectacular conversión cuyas características más evidentes eran la práctica de un ascetismo riguroso y la huida de un mundo que despreciaba súbitamente con tanta pasión como había gustado precedentemente de sus placeres y valores. Estos brutales cambios, bajo cuyo efecto numerosos

caballeros renunciaron un buen día a los gozos de los combates temporales para entregarse, hasta el final de su vida, a la celebración del oficio divino en la paz del claustro, ejercían una gran fascinación en los espíritus. Esta es una de las razones que explican el incremento del eremitismo, particularmente sensible en la segunda mitad del siglo XI en numerosas regiones de la cristiandad. Hombres de orígenes muy diversos acudieron a refugiarse al interior de los bosques y de los «desiertos», unos hombres que creían que no obtendrían su salvación más que al precio de una ruptura total con una sociedad que se iba enriqueciendo y con estructuras eclesiásticas que se reformaban solo lentamente. Esta vuelta voluntaria a la naturaleza salvaje y a la soledad constituía un signo inequívoco para quienes entraban en contacto con el hombre de Dios. Y de aquí el prestigio de los eremitas, pronto rodeados por un tropel de discípulos e incitados, por visitantes cada vez más numerosos, a realizar milagros en favor de la sufriente humanidad. Si no se negaban —lo que solía suceder— eran considerados en seguida santos y su influencia se veía acrecentada a costa de su tranquilidad. Algunos no iban tan lejos en el esfuerzo ascético y se contentaban con vestir el hábito de penitente o de converso, poniéndose al servicio de una institución hospitalaria o de una comunidad religiosa bajo el signo de la caridad fraterna y el trabajo.

No obstante, para la mayoría, la religión seguía siendo asunto de prácticas y gestos. La distinción entre los sacramentos —cuya lista aún no había establecido definitivamente la Iglesia— y las restantes ceremonias sagradas no era claramente percibida. Aunque todos conocían los efectos benéficos del bautismo y de la penitencia, los de la confirmación o la comunión no parece que fueran evidentes a los ojos de los fieles, y los clérigos se preguntaban aún sobre la naturaleza del matrimonio. En cambio, se otorgaba mucha importancia a las bendiciones, a las aspersiones de agua bendita y a las procesiones expiatorias o su-

plicantes. El exorcismo, es decir, el conjunto de ritos a través de los cuales se expulsaba al demonio, era muy practicado por los obispos. Pero cuando se producían casos de demencia o de posesión, a menudo parecía más eficaz conducir al enfermo a un santuario famoso. La propia Iglesia contribuyó a mantener esta ambigüedad tratando de sacralizar las realidades de la vida profana. Bajo su influencia, ceremonias como la coronación real o la recepción de las armas por el joven caballero se enriquecieron con un contenido religioso que no tenían inicialmente, o al menos en el mismo grado. En lo referente a los fieles, tenían tendencia a privilegiar, en el ámbito de las conductas religiosas, las más exigentes en el plano del esfuerzo físico (ayunos, abstinencias, peregrinajes) y a conceder menos importancia a la asiduidad a los oficios o a la oración. Era normal que fuera así ya que solo los clérigos, al menos algunos de ellos que sabían latín, podían tener un contacto directo con los textos sagrados, al oponerse la Iglesia a toda traducción de la Biblia en lengua vernácula, por temor a que fuera profanada o interpretada incorrectamente.

Las aspiraciones del año mil

En reacción contra la religión de la mayoría, que mediatizaba lo sagrado y concretaba lo sobrenatural, a partir del final del siglo X, se desarrollaron en Occidente toda un serie de focos de agitación religiosa no coordinados, bajo aspectos a menudo diversos, pero todos caracterizados por un espiritualismo exacerbado. Estas tendencias se expresaron con una claridad particular en las primeras herejías que florecen en Francia e Italia en torno al año mil. En Vertus, cerca de Châlons-sur Marne, un campesino llamado Leutard destruye el crucifijo de su iglesia parroquial e invita a los fieles a dejar de pagar el diezmo al clero. En Rávena, el gramático Wilgard enseña a sus atónitos oyentes que las fábulas transmitidas por los autores de la Antigüedad contienen tantas verdades como los textos de la Revela-

ción cristiana. En Aquitania hacia 1020, en Orleans en 1022, en Arras en 1025 y en Monforte en 1028 son desenmascaradas y condenadas herejías en las que los cronistas de la época no quisieron ver más que una reviviscencia del maniqueísmo antiguo. Para estas sectas radicales, no solamente las obras y las manifestaciones externas de la piedad son inútiles para alcanzar la salvación eterna, sino que la propia Iglesia no sirve para nada; algunas llegan incluso a poner en cuestión el papel mediador de Cristo. A menudo se han presentado estas corrientes como los signos precursores de un despertar evangélico o como una protesta contra el peso de las estructuras feudales que estaban formalizándose. Pero, de hecho, se trataba de otra cosa; los hombres y mujeres que rechazaban todos los aspectos materiales y carnales de la religión y de la condición humana (ya que condenaban el matrimonio y la procreación) querían afirmar la posibilidad, para los iniciados, de entrar en relación directa con Dios y de actuar desde la tierra bajo la inspiración del Espíritu Santo. Este ideal era vivido en el seno de pequeñas comunidades cerradas en las que eran reconocidos y practicados los valores negados por la mayoría: la fraternidad (en el castillo de Monforte, señores y campesinos vivían en pie de igualdad), la pureza y la libertad de actuar conforme a la inspiración interior. Sin cuestionar abiertamente el orden temporal, estos fervientes grupos reunían sobre todo a personas que se sentían excluidas de la nueva sociedad guerrera y materialista: mujeres y campesinos, así como clérigos instruidos que apartaban la vista de su tiempo con repugnancia y preferían buscar su inspiración en la vieja cultura mediterránea, la de la Biblia no cabe duda, pero también la de los evangelios apócrifos y los tratados heréticos de los primeros siglos del cristianismo.

Estas disidencias puntuales fueron pronto sofocadas por la Iglesia y por los poderes laicos. Conducidos al suicidio o condenados a la hoguera —que aceptaban con alegría, pues les li-

beraba de su condición carnal para hacerles acceder a la patria celeste a la que aspiraban—, los herejes del año mil parece ser que no dejaron herederos directos. Pero es sorprendente comprobar que entre un cierto número de sus contemporáneos se abrieron paso aspiraciones y certidumbres cercanas a las de las víctimas de la represión.

En el seno del monaquismo fundamentalmente, e incluso entre algunos obispos, se ve nacer la preocupación por proteger la fe cristiana y la Iglesia de la influencia de la sociedad, que amenazaba con desnaturalizarlas. De Ratier de Verona a Gerberto d'Aurillac, papa bajo el nombre de Silvestre II de 997 a 1003, se afirma el deseo de poner en evidencia para el uso de la razón «lo que Dios no es», a fin de evitar una identificación, siempre amenazante, con los objetos a través de los que se revela. En otros predomina la preocupación por liberar las fuerzas espirituales de la influencia del mundo. Las ideas de un Abbon de Fleury o de un Odón de Cluny sobre la sexualidad y el matrimonio no están muy alejadas, después de todo, de las de los heréticos de Arras o de Monforte que rechazaban la generación carnal. Lo mismo ocurría en el terreno de las relaciones con los poderes públicos. Aunque algunos religiosos como Helgaud de Fleury, autor de la *Vida del rey Roberto*, continúan exaltando la figura del soberano, otros admitían gustosos que el Diablo era el padre y el señor del poder temporal, bajo cuya influencia se había introducido en la Iglesia la «herejía simoníaca», como se decía en la época, es decir, la lamentable costumbre de adquirir y vender con dinero las dignidades eclesiásticas y los sacramentos. No obstante, lo que separa a los reformadores del siglo XI de los herejes del año mil es su rechazo del pesimismo de estos últimos, que estaban convencidos del carácter fundamentalmente perverso del orden social y religioso que les rodeaba. Las figuras destacadas del nuevo monaquismo —un san Romualdo, un san Pedro Damián, o un Guillermo de Vol-

piano— no dirigían, sin duda, una mirada más indulgente sobre su tiempo, persuadidos de que la salvación del hombre no podía realizarse más que al precio de una ruptura con el mundo y sus valores dominantes: la violencia guerrera, la sexualidad y el dinero, triple rechazo de donde partieron todos los movimientos espirituales de la primera etapa feudal, cualesquiera que fueran sus posteriores desenlaces. Pero estos hombres de acción no aceptaron vivir en una espera inútil o en la ilusión de una divinización mítica. Animados por una profunda fe en Cristo y en la Iglesia, prefirieron trabajar *hic et nunc* en la construcción del Reino de Dios instituyendo fervientes monasterios, anticipaciones y testigos de un nuevo orden. La indispensable relación entre Dios y los hombres sería restablecida, a través del perfecto culto que se rendiría y a través del sacrificio eucarístico no profanado que se le habría de ofrecer.

La Iglesia guía la sociedad

Durante la alta Edad Media, la Iglesia ejerció una profunda influencia en la sociedad cristiana, pero no intentó ponerse a la cabeza de ella. Por lo demás, los reyes bárbaros no lo habrían admitido, e incluso los carolingios, tan respetuosos como habían sido para con el papa y el clero, estaban resueltos a ser los dueños y señores. Claro es que los dos poderes no se ignoraban e incluso colaboraban estrechamente: los soberanos escogían a sus más cercanos consejeros entre los obispos y los monjes, y el palacio había sido, tanto entre los merovingios como entre los lombardos o los anglosajones, una cantera de prelados. Tras el restablecimiento del Imperio en 800, la simbiosis entre la Iglesia y el Estado se hizo cada vez más íntima. Carlomagno reúne y preside los concilios y promulga los capitulares que reforman el clero o los usos litúrgicos. Se le pide al papa y a los obispos

que apoyen los esfuerzos del soberano y que recen por el éxito de sus empresas. Esta eclesiología que hace del rey el jefe del pueblo cristiano —asimilado al pueblo de Dios del Antiguo Testamento dirigido por los reyes de Judá— conserva todo su vigor en el Sacro Imperio Romano germánico en la época de los otoñes y de los salios. El apogeo de este sistema fue alcanzado alrededor del año mil cuando Otón III se estableció en Roma con su amigo y colaborador Gerberto d'Aurillac, que convirtió en el papa Silvestre II. Siguiendo el ejemplo del Oriente bizantino, donde el patriarcado de Constantinopla era por regla general asignado por el emperador a uno de sus fieles, la Iglesia romana en Occidente hacía el papel de Iglesia propia de los soberanos germánicos que, en la época de Enrique III, la apartan de la influencia de la aristocracia local y colocan a su cabeza personajes de una perfecta dignidad.

Las ideologías y las utopías

Pero este paralelismo entre Bizancio y Occidente duró poco y fue más aparente que real. Desde el final del siglo XI, se hizo evidente que el poder central, sobre todo en Francia y en Italia, no contaba ya con los medios para hacer reinar el orden en el seno de la sociedad cristiana. Su incapacidad para asegurar la defensa frente a la segunda ola de invasiones, la de los normandos, los húngaros y los sarracenos, provocó una fragmentación del Imperio en principados territoriales cuyos jefes se consideraron rápidamente como soberanos autónomos. En los siglos X y XI, el proceso de feudalización de la sociedad condujo, en numerosas regiones, a una transmisión de la autoridad pública a manos de los señores de los castillos, que pronto estuvieron en condiciones de transmitir hereditariamente a sus descendientes las tierras y los honores que pertenecieron antaño al soberano y de disponer de ellos a su antojo. En Italia, la restauración otomana y las periódicas expediciones de los soberanos germánicos hacia Roma disimularon durante un tiempo la am-

plitud de los cambios. Pero en Francia, donde el advenimiento de la dinastía capeta (987) no modificó en modo alguno el curso de los acontecimientos, los clérigos, que eran los únicos que estaban en condiciones de reflexionar sobre las transformaciones de las que eran testigos, se encontraron enfrentados, alrededor del año mil, a una situación nueva. No todos reaccionaron de la misma manera. Pero los esquemas ideológicos que elaboraron entonces tuvieron su importancia, pues marcaron durante mucho tiempo el espíritu de las clases dirigentes y contribuyeron a orientar la evolución de la sociedad occidental al proponer una interpretación voluntarista.

La más célebre de estas «lecturas» de la sociedad feudal es la que, después de G. Dumézil, se llamó la ideología de las tres funciones. Esta ideología se expresa con una nitidez particular en algunos textos de origen eclesiástico, de entre los que el más famoso es el poema que compuso alrededor de 1015 el obispo Adalbéron de Laon en honor de su amigo el rey Roberto el Piadoso. Adalbéron presenta la sociedad terrestre como un reflejo degradado del reino de los cielos. Al igual que la Trinidad, la estructura del mundo es a la vez una y triple. Aunque todos los bautizados constituyen un solo pueblo, se dividen, de hecho, en tres categorías: los que rezan (los clérigos), los que hacen la guerra (la aristocracia laica) y los que trabajan (los campesinos y los artesanos). Entre estos tres grupos existen —o deberían existir, según Adalbéron— relaciones de subordinación y lazos de solidaridad. Los clérigos están a la cabeza ya que desempeñan la función más noble, que consiste en interceder a Dios por los hombres; luego están los señores, que no se entregan a obras viles y ejercen el poder y la justicia; y finalmente está la masa de los siervos, sometida a los precedentes y cuya razón de ser es la de asegurar la vida material de la colectividad. Pero cada categoría desempeña un papel indispensable y ninguna puede subsistir sin las demás.

Este esquema de los tres órdenes, en el que se encuentra la influencia de un modelo social presente en diversos pueblos indoeuropeos, es interesante por más de una razón. En primer lugar, se puede ver en él el reflejo de las transformaciones que afectaron a Occidente desde la época carolingia. Adalbéron es muy consciente de que no se puede considerar ya a los laicos como una única categoría, ahora que la aristocracia constituye una clase militar encargada de la realidad del poder y que la servidumbre es una condición generalizada en los campos. Pero el reconocimiento de la especificidad de los trabajadores es también un ardid, o al menos un artificio tendente a superar las tensiones sociales particularmente vivas en esta época, que ve la implantación de las estructuras feudales. ¿Dividir la sociedad en tres y poner el acento en la indispensable solidaridad de los órdenes no era una forma de obviar el enfrentamiento entre los *potentes*, es decir, los detentadores del poder, clérigos o laicos, y los *pauperes*, las masas trabajadoras desprovistas de medios de acción y de derechos? Por último, al asignar a cada grupo social una función específica y crear un orden (*ordo*), Adalbéron tendía a petrificar las estructuras sociales de su época sacralizándolas. Si la sociedad tripartita era querida por Dios, se convertía en un sacrilegio pensar en modificar sus estructuras o su funcionamiento.

Evidentemente, cabe interrogarse sobre la difusión que tuvo esta concepción de conjunto de las relaciones sociales y sobre la influencia real que pudo ejercer en una época en que las mentes capaces de manejar los conceptos no eran muy numerosas, incluso en el seno del clero. Sin duda, los trabajadores manuales encorvados sobre su arado o su banco, jamás oyeron hablar de esta concepción; para ellos, en la medida en que fuera posible saberlo, no existían más que dos categorías de personas: los señores y los otros, entre los que se incluían. Ya fueran clérigos o laicos, los primeros se comportaban sensiblemente de la

misma manera respecto a los que dependían de ellos y mostraban el mismo desprecio hacia esta humanidad inferior que debía ganar el pan, para ellos mismos y para sus amos, con el sudor de su frente. Pero en esta época lo que pensara la mayoría apenas tenía importancia. Solo contaban las minorías selectas, que no tardaron en hacer suyo este cómodo esquema, aunque se modificase la estructura interna, como sucedió en el siglo XII, cuando la caballería se esforzó por arrebatar el primer lugar al clero en la escala jerárquica. Incuso puede pensarse que la influencia de esta taxinomía compartimentadora acabó por hacerse sentir más allá de las clases dirigentes. A pesar de algunas revueltas y de numerosos intentos de promoción individual, la opinión que prevaleció en la mentalidad común fue que cada cual debe quedarse en su sitio, sin tratar de salir de su condición. A diferencia de la sociedad moderna, la de la Edad Media era por principio hostil al cambio. Los que deseaban, por poco que fuera, modificar las situaciones existentes eran considerados como ambiciosos sin escrúpulos y espíritus subversivos, en la medida en que cuestionaban el orden del mundo querido por Dios. Así, las sublevaciones populares, como las de los campesinos de Normandía al final del siglo X, fueron siempre reprimidas, con suma energía y sin ninguna mala conciencia, por los señores, que no querían ver en estos movimientos más que manifestaciones de presunción y de locura sacrílega.

El monaquismo, sociedad perfecta

En la misma época en que Adalbéron redactaba su célebre poema, otros eclesiásticos, en particular entre los monjes de Cluny, se esforzaban por su parte por encontrar un remedio para los males que afligían a su tiempo. Para los hombres del año mil, no era evidente, como lo ha sido para nosotros con el transcurso del tiempo, que la anarquía y el clima de violencia que se habían instaurado en la mayor parte de la cristiandad, pero sobre todo en Francia, señalaban el nacimiento de un nue-

vo orden: el «feudalismo», que debía revelarse capaz de asegurar un funcionamiento relativamente armonioso de la sociedad occidental durante algunos siglos. Los coetáneos, por su parte, eran más sensibles a la decrepitud de las antiguas estructuras, a las violaciones de los derechos tradicionalmente reconocidos y a las expoliaciones de bienes que se multiplicaban a su alrededor. Algunos sacaron conclusiones pesimistas y quisieron ver en las convulsiones que agitaban el cuerpo social las primicias de la catástrofe final. Numerosos fueron entonces los clérigos que compusieron tratados sobre la próxima llegada del Anticristo.

Estos temores y esperanzas —pues el fin del mundo debía ser también una compensación para los justos— no se expresaban solamente en los escritos. El arte se hizo eco de la situación y, desde las miniaturas hispánicas del *Beatus* de Liébana hasta el tímpano de Moissac, el comentario iconográfico del Apocalipsis sostuvo en las mentalidades una tensión escatológica que alcanzaría su punto culminante en la primera mitad del siglo XI y experimentaría a continuación numerosos rebrotes. Hoy día no se cree ya en los «terrores del año mil». Pero es preciso admitir que el espectáculo del mundo dio entonces a un cierto número de personas sencillas la sensación de vivir «en los tiempos que son los últimos». Huyendo de una sociedad que parecía incapaz de volver a encontrar su equilibrio, buscaron refugio en el «desierto» o en comunidades religiosas que observaban con fervor la regla benedictina. Bajo la influencia de Cluny y de algunas abadías reformadas como Monte Cassino en Italia, Gorze en Lorrena o Le Bec en Normandía, el monaquismo experimentó entonces una eflorescencia particularmente brillante y estas «ciudadelas de la oración» no tardaron en convertirse en importantes centros espirituales de la cristiandad. Su influencia está en relación con la intensidad de la oración y la calidad de la liturgia. Como escribía el cronista Raúl Glaber a propósito

de Cluny, «se lleva a cabo allí una celebración tan continua del sacrificio vivificante que no hay día en que tal celebración no aparte a las almas del dominio del demonio… y se hace con tanta devoción, pureza y respeto que podría calificarse más como una acción angélica que humana». Estas últimas palabras son significativas: en los claustros y en las abadías tiene lugar, de manera sin duda imperfecta pero no obstante tangible, la comunidad de los espíritus y de los corazones expresada por el unísono del canto llano, el reinado de la paz trágicamente ausente del mundo profano y la verdadera fraternidad. No se trata de especulaciones abstractas: en el siglo XI, el monaquismo en plena expansión ofrece una alternativa a la sociedad temporal. Los grandes abades de la época, de Odilón de Cluny a Desiderio de Monte Cassino, eran lo suficientemente sagaces como para no tratar de «monaquizar» el mundo que les rodeaba. Pero concebían sus monasterios como «arcas de Noé», donde convenía hacer entrar, para salvarla, a la minoría selecta de la humanidad. Y de aquí sus esfuerzos por hacer tomar el hábito religioso a todos los que consideraban que poseían los dones del espíritu y el corazón. En el mismo orden de cosas trataban de extender su influencia y sus posesiones, con el objeto de que un número creciente de clérigos y de fieles pudiera gozar de la benéfica influencia de sus comunidades. Así se explica la constitución, completamente nueva en esta época, de poderosas congregaciones (los historiadores hablan incluso de «imperios monásticos») como las de Cluny, que se extendía, al final del siglo XI, de Inglaterra a Lombardía y de España a Hungría. A través de esta red centralizada de abadías y prioratos, los impulsos religiosos y morales se comunicaron al conjunto de Occidente contribuyendo poderosamente a la edificación de una cristiandad homogénea.

De la paz de Dios a la guerra de Dios

Pero ¿para qué reformar los monasterios y restablecer una observancia regular si todos los esfuerzos eran periódicamente cuestionados por la turbulencia feudal? Asimismo, se puede ver, en algunas regiones donde el poder central se había debilitado precozmente, prelados y monjes que se esfuerzan por restablecer en la sociedad que les rodea un mínimo de orden y seguridad. Una manera de actuar absolutamente revolucionaria y percibida claramente como tal por los coetáneos. El obispo Adalbéron de Laon, que ve aún en el rey de Francia un árbitro entre los tres órdenes, no dispensa de sus sarcasmos al abad de Cluny —a quien llama el «rey Odilón»—, que se había puesto a la cabeza de los movimientos de paz en torno al año mil. Todavía en 1033, otro prelado, Gérard de Cambrai se negaba a aceptar la introducción en su diócesis de una institución que cuestionaba las prerrogativas de su soberano, el emperador germánico, y le parecía peligrosa para la Iglesia en la medida en que tendía a substituir a las autoridades legítimas asumiendo responsabilidades políticas ajenas a su vocación. Eran estas reacciones de hombres del pasado, imbuidos de una eclesiología carolingia que veía en el soberano al jefe a la vez espiritual y temporal del pueblo cristiano. Pero en las regiones situadas entre el Loira y los Pirineos, donde ningún poder conseguía ya contener la anarquía y la violencia, algunos clérigos no dudaron en tomar iniciativas concretas de cara al restablecimiento de un mínimo de orden y de concordia. Con este objeto reunieron, a partir de 989 (como vimos más arriba), asambleas de paz en las que los señores de las regiones en liza, de Cataluña a Borgoña, fueron conminados a prometer que no atacarían más a los clérigos y los laicos desarmados. Al colocar bajo su protección a las masas rurales sin defensa, los peregrinos y los comerciantes, las mujeres y los niños, los religiosos confirmaban la distinción, a partir de ahora evidente, entre los campesinos y la nueva aristocracia de *milites*, de «caballeros»; sin duda, la Iglesia se decla-

raba a favor de los pobres, hasta el punto de que algunos obispos, como sucedió en Bourges en 1038, llegaron incluso al asalto de los castillos para obligar a los agitadores a respetar los compromisos pactados. Pero, al poner el acento en el carácter sagrado de las personas y de los bienes eclesiásticos, se protegía al mismo tiempo y aseguraba a sus miembros un estatuto privilegiado en la sociedad feudal. Saliendo al encuentro del sentimiento de las poblaciones que espontáneamente buscaban refugio cerca de las iglesias, los monjes multiplicaron los recintos sagrados balizados por cruces —llamadas *salvitates* en la Francia meridional o «atrios» en el norte de Francia. Así pues, la presencia y poder de los factores espirituales se incluyen hasta en la organización del espacio y del hábitat.

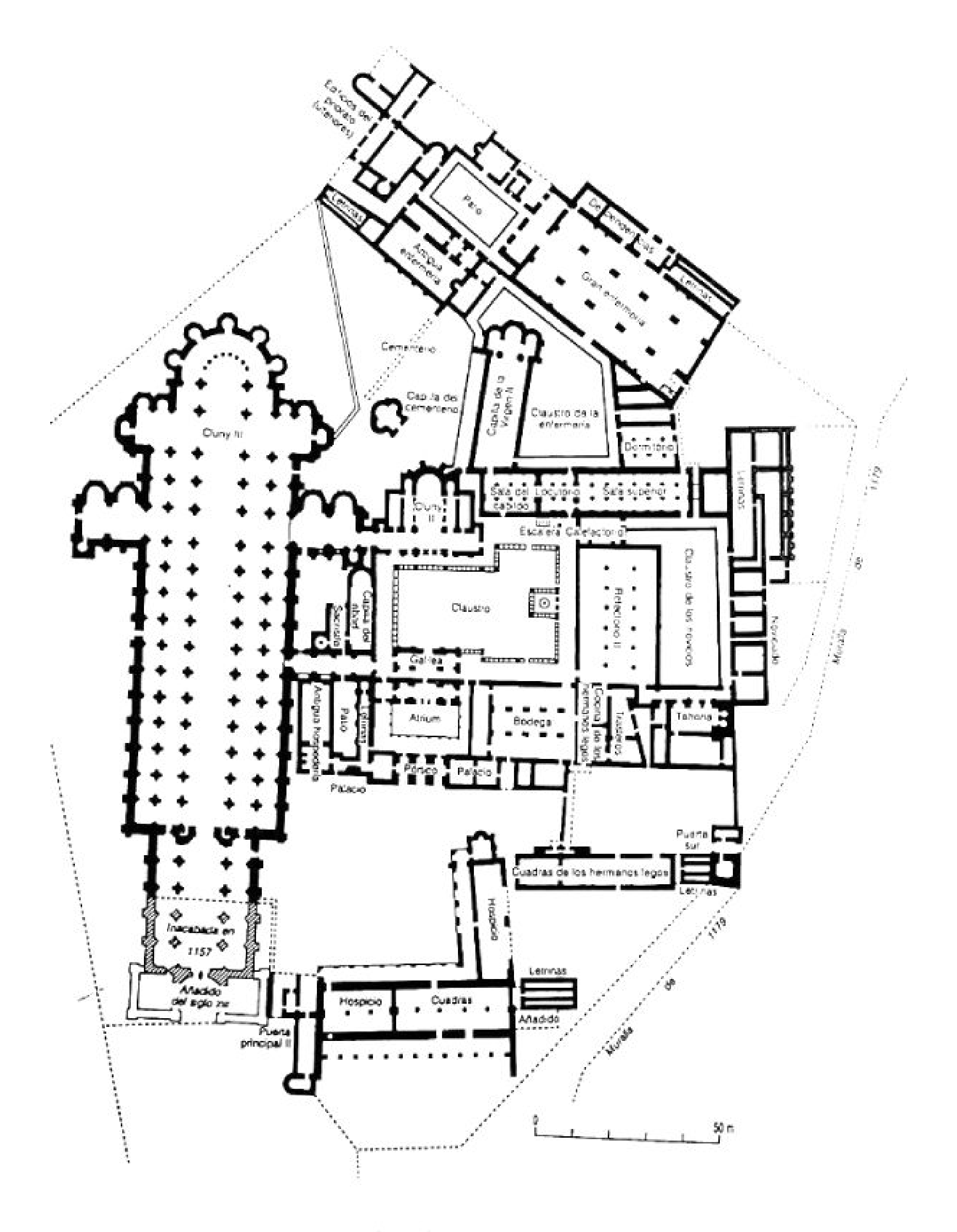
El éxito alcanzado por el movimiento de paz entre 990 y 1020 en la parte occidental de la cristiandad animó a los clérigos a ir más lejos. En un primer momento, sus esfuerzos tendieron a «limitar la violencia en un sector del pueblo cristiano: el de los hombres que llevaban espada y escudo e iban a caballo» (G. Duby). Pero la estabilización de la nueva clase dirigente y, sobre todo, el clima de tensión escatológica que se estableció al acercarse el milenario de la Pasión de Cristo permitirían a la Iglesia incrementar sus exigencias, proponiendo a los fieles, atormentados por la perspectiva del Juicio, un ideal de purificación y de ascesis: sufrir privaciones juntos para librarse de la cólera divina cuyos signos anunciadores se multiplicaban, si creemos a los cronistas de la época. A los laicos y, sobre todo, a los caballeros, la Iglesia les pide abstenerse de lo que les produce mayor placer: la guerra. A partir de entonces, el objetivo del movimiento de paz se desplaza. Ya no es un pacto social sino un pacto con Dios, destinado a alejar el pecado del mundo gracias al fortalecimiento de las prácticas penitenciales. Este es el sentido de la tregua de Dios, que se codifica definitivamente en los concilios de Arles (1037-1041). En lo sucesivo, los señores

no podrán guerrear del miércoles por la tarde al lunes por la mañana, del mismo modo que estaba estrictamente prohibido a los clérigos comprar dignidades eclesiásticas con dinero y tener relaciones sexuales.

Estas nuevas prohibiciones no fueron respetadas completamente ni por unos ni por otros, aunque tampoco pasaron a ser papel mojado. Convendría interrogarse sobre las causas del éxito, al menos relativo, de las concentraciones humanas organizadas por iniciativa de los monjes y de los obispos. Uno de los elementos de la respuesta se localiza, sin duda, en las estrechas relaciones que se habían establecido entre el monaquismo reformado y la aristocracia caballeresca. La mayoría de los monjes procedía, en efecto, de este medio y los abades de Cluny, en particular, trataron muy pronto de proponerle un ideal religioso adaptado a su género de vida y a sus capacidades. ¿Acaso no había exaltado Odón de Cluny, ya en el siglo X, la figura de san Géraud d'Aurillac (muerto en 909), un señor laico que había permanecido en el mundo y alcanzado un alto grado de perfección por la práctica de virtudes consideradas hasta entonces como las propias del rey justo: piedad, respeto a los clérigos, sentido de la equidad y generosidad para con los pobres? Pero la íntima simbiosis que existía entre el mundo de los monasterios y el de los castillos no basta para explicarlo todo. Para imponer su ley, los clérigos se apoyaron en la fe de los fieles respecto al poder de los santos. Sobre sus reliquias se prestaban los juramentos de paz y los perjuros eran amenazados con su venganza, de la manera más explícita. En efecto, los monjes no dudaron en proferir contra los violentos irreductibles maldiciones tan temidas que se solicitaban sus oraciones. A fuerza de amenazas, de procesiones de cuerpos santos y de sanciones canónicas —la privación de sepultura cristiana era la puerta del infierno—, consiguieron, mal que bien, regular, vencer las resistencias y hacer reinar alrededor de ellos el mínimo

de tranquilidad y seguridad que la sociedad necesitaba para vivir.

Pero no bastaba con prohibir o blandir la amenaza de los castigos celestiales. La violencia feudal momentáneamente contenida corría el peligro de estallar de nuevo si no encontraba otra manera de emplearse. Cluny y el papado lo comprendieron tan bien que, desde mediados del siglo X, invitaron a los caballeros cristianos a acudir a reforzar los ejércitos de los pequeños reinos del norte de Hispania amenazados por el empuje del Islam. Alejandro II tomó nuevas iniciativas en la década de 1060: no contento con extender a toda la cristiandad las medidas tomadas localmente en favor de la Tregua de Dios, pidió a los caballeros no derramar más sangre cristiana, sino combatir a los enemigos de la fe en el frente más avanzado de la cristiandad. Su mensaje fue tomado y ampliado por Urbano II en el concilio de Clermont (1095). Con la predicación de la cruzada, las perspectivas ofrecidas a los laicos y, muy especialmente, a la caballería se concretaban: al partir como penitentes y peregrinos a liberar el sepulcro de Cristo, los guerreros encontrarían un campo de acción a la medida de su fe y de su dinamismo, y la sociedad occidental sería al mismo tiempo librada de sus elementos más turbulentos. La Iglesia, actuando de acuerdo con su proyecto de paz, se puso a la cabeza del movimiento: respondiendo al llamamiento de los predicadores y los ermitaños, la masa de cruzados se puso en movimiento y emprendió por vez primera el camino hacia Jerusalén.



Plano de la abadía de Cluny

Plano de la abadía de Cluny

Trescientos monjes viven en ella permanentemente, así como centenares de frailes legos y de novicios, sin contar el personal laico indispensable. Se trata de una verdadera ciudad, cuyo centro es la iglesia; esta pronto quedó pequeña y hubo que reconstruirla de 1088 a 1121

Los nuevos caminos ele perfección

Pero no todo el mundo quiere ni puede partir para Jerusalén, o incluso Santiago de Compostela y, por otro lado, la sangre derramada, en este caso la de los infieles, repugna a más de uno. ¿No ofrece la vida monástica otras vías para la salvación que buscan las almas exigentes? La de Cluny, cuyo imperio domina la cristiandad, no todos la consideran la mejor; el poder de un san Hugo (muerto en 1109), que es abad durante 60 años, se parece demasiado al de un pontífice: por otra parte, estuvo junto al papa, en Canossa, cuando se presenta como penitente a Gregorio Vil el emperador, que es su ahijado. Por supuesto, no se sospecha que los monjes participen personalmente en el enriquecimiento del convento, ni se discute la dignidad de su vida: lo que no impide que la inmensa basílica empezada por san Hugo y que será, hasta la construcción de San Pedro de Roma por Bernini, el mayor edificio religioso del mundo cristiano, hiciera pensar exageradamente en el reclutamiento sistemáticamente aristocrático y en la prodigiosa riqueza de los monjes negros. La exención cluniacense de todo control episcopal y la excesiva concentración de poderes en manos del abad de Cluny indisponían, por otra parte, a la jerarquía secular. Incluso un antiguo cluniacense como Urbano II, y más secamente aún Calixto II, recordaron a los abades que tenían que moderar su vida o su acción externas; un mal gobierno como el de Pons de Melgueil, a principios del siglo XII, permitió críticas más severas.

En realidad, Cluny no desmereció en nada. Pero su actividad altamente intelectual, su convicción de que nada era demasiado bueno para Dios y su experiencia de que una cierta moderación (la palabra clave de san Benito) en las privaciones daba más fuerza y alegría a la alabanza que se elevaba hasta Dios no respondían a la aspiración de cambio cada vez más marcada entre los fieles. Algunas escuelas monásticas célebres, como las de Fleury, Corbie o Saint-Gall, veían ya disminuir su audiencia; el

reclutamiento se resentía. Ahora bien, la Iglesia establecida desea que la fe penetre también en las almas, y busca las vías por las que pasará el ejemplo: pues suscribe la idea de que el monje debe «testimoniar».

Bien están la penitencia y la pobreza; pero ¿hay que predicar y aconsejar, o contemplar y rezar? Entre 1039 y 1100, uno de los mejores momentos de la espiritualidad medieval, se produjeron numerosos ensayos. Unos dieron paso al rechazo del mundo, a la meditación; a veces incluso, al principio, como obra de un hombre solo, un ermitaño harto de decepciones o un asceta iluminado; pero los discípulos acuden y la Iglesia, que teme a los solitarios, concede de buen grado algunos estatutos. La lista es larga: Juan Gualberto la inicia en Vallombrosa, Italia (1039), seguido en el oeste de Francia por Bernard de Tirón, Vital de Mortain o Géraud de la Sauve Majeure (1079). Entre ellos, Esteban de Muret, establecido en Grandmont cerca de Limoges en 1074, ocupa un lugar ambiguo, pues sus «buenos hombres» se relacionan con la sociedad a menudo y llevan ayuda a los desheredados. ¿Cómo conciliar las virtudes de la pobreza, el aislamiento y la contemplación con la obediencia y firmeza? San Bruno, con el apoyo de Urbano II, ofrece una solución a esta cuadratura del círculo; tras un ensayo en Champaña, se establece en 1084 en los Prealpes; la «Cartuja» es una «comunidad de hombres recluidos», aislados cada uno en su cabaña, que solo se encuentran el domingo, ayudados, pero en absoluto silencio, por «conversos» semilaicos y que viven solamente de su esfuerzo. Un sacrificio muy duro: en 1200 los cartujos no han creado más que 39 conventos. En lo referente a la elección de la vía de la predicación, se tropezaba con la competencia de los obispos, a quienes correspondía esta misión. En 1043, Robert de Turlande, un antiguo canónigo catedralicio funda en Livradois, en La Chaise-Dieu, una comunidad de tipo clásico pero que llevará a los campesinos la palabra de Dios: al

final del siglo XII cuenta con 15 abadías, un éxito a medias. Como lo es también, a pesar de la brillantez de sus comienzos, el extraño intento de Robert d'Arbrissel, místico que cautiva a las muchedumbres al final del siglo XI. que arrastra tras él viudas, pecadoras o jovencitas que han abandonado a su familia; este escándalo, que no dejó de desatar cotilleos, es muy duramente orientado por los obispos hacia la estabilidad; en 1100, Robert establece a sus penitentes en Fontevrault. Anjou. Pero la sospecha continúa limitando el éxito de esta original orden femenina.

Tal vez se iba demasiado lejos. ¿Por qué no captar, en sus propias debilidades, las loables aspiraciones que desechaban la pastoral o la mortificación? El final del siglo XI es el gran momento de la aparición de cabildos de canónigos regulares: «canónigos» porque conservan una cierta libertad de acción, una cierta vinculación con los bienes de este mundo, porque enseñan, hablan y aconsejan; «regulares» porque viven en «colegiatas» o en «abadías» fijas, y están sujetos a la obediencia, a los oficios monásticos, a la vida en común; desde el siglo XII, se calificará así a la mayoría de los que siguen la «regla de san Agustín», aunque el ilustre padre de la Iglesia no empleara nunca ese término refiriéndose a los amigos y discípulos que le rodeaban entonces. Un género de vida no demasiado mortificante y una cierta modestia en la finalidad de los votos eran los puntos que podían tentar a muchas almas indecisas, particularmente un gran número de personas humildes o de hombres de la ciudad. Añadamos que fundar y dotar una abadía excedía a menudo los medios de un linaje aristocrático; muchos nobles, imitando a los reyes y príncipes que tenían sus necrópolis dinásticas en lugares piadosos, fundaron colegiatas para ilustrar su nombre. El movimiento, al menos en estado espontáneo, sin impulso laico, empezó en la Europa mediterránea, en Aviñón, Provenza, España y a lo largo del Garona hacia 1050-1065; pero se extendió

sobre todo al norte del Loira: en Arrouaise, Picardía (1090), en Marbach, Alemania (1094) y en torno a Guillermo de Champeaux en Saint-Victor de París (1100). El intento más logrado fue el del canónigo alemán Norberto de Xanten, antiguo capellán de Enrique V, predicador itinerante hasta 1118, en que fundó cerca de Laon, en Premontré, una abadía de canónigos cuyo éxito fue fulgurante.

Era preciso rezar, cantar, copiar y cavar. Un tipo de actividad poco común en el mundo de los guerreros. ¿No era posible continuar luchando, aunque por una causa sagrada, convertirse en un «gendarme cristiano»? San Bernardo, que había sido militar, lo entendió así; y eso sin contar con el interés, para los estados latinos de Siria, de una milicia experimentada y estable al servicio del Santo Sepulcro liberado. En 1119 incitó a Hugues de Payens, natural de Champaña, y en 1120 a Raymund de Puy, de Auvernia, a constituir milicias de caballeros ordenados, monjes-soldados: los templarios y los hospitalarios. ¡Una curiosa forma de vida monástica, no muy alejada, en suma, de los devotos soldados que surgían de los *ribats* musulmanes de Túnez o de Egipto! Las «órdenes militares» tuvieron una organización guerrera, caballeros, sargentos, comendadores, y su eficacia durante casi un siglo fue lo suficientemente evidente como para que no se planteara ninguna objeción a la compatibilidad de su papel de combatientes por la fe guerreando en el Líbano, con la posesión de tierras o de capitales en Europa.

El centelleo cisterciense

Tal vez había demasiados caminos entre los que escoger. Guerrero, trabajador, asceta, predicador, todas estas virtualidades contienen una parte de las aspiraciones del final del siglo XI, y los reclutamientos lo muestran claramente. Las almas más atormentadas, las más exigentes, las siguen buscando.

San Roberto, monje y más tarde abad en Saint-Michel-de-Tonnerre, no llega a sentirse satisfecho del régimen cluniacen-

se; en 1071 se retira y medita sobre diversos proyectos; en 1075, crea en Molesme, con algunos discípulos, un nuevo monasterio: pero es un hombre débil que deja que la comunidad se deslice hacia el laxismo; en 1090, la abandona; tentado por la ascesis, vuelve en 1098, pero sus monjes le expulsan y se retira con un puñado de ellos a un «desierto» cedido por el duque de Borgoña, en el bosque de Citeaux; no obstante, el papado le obliga a volver a Molesme en 1099. Su fundación cisterciense parecía condenada a marchitarse cuando el inglés Esteban Harding recibe en 1122 el refuerzo decisivo e inesperado del joven Bernard de Fontaine, acompañado de otros treinta jóvenes a quienes logró convencer para que abandonaran la sociedad.

El desarrollo de la orden cisterciense, que establece en 1118 una especie de reglamento interior, la «carta de caridad», no se efectúa al margen de la regla benedictina; los monjes quieren, por el contrario, restablecer su aplicación al pie de la letra: extrema pobreza, simplicidad del ambiente, intenso trabajo manual; se trata de abolir la propia voluntad, de renunciar a todo contacto pernicioso con los hombres, de practicar la penitencia en el «desierto», de observar la caridad, lo que implica una consulta regular de cada uno. No hay aquí ningún tipo de clasificación social ni ninguna alianza con el mundo; inversamente, no hay un orgulloso rechazo del control por parte de la Iglesia del mundo o del papa, y no hay «imperio», sino un «capítulo general» que reúne a todos los abades y promulga anualmente directrices. Una reserva de «conversos» no admitidos en el coro de las iglesias, pero cuadrilla de braceros en los campos, acogerá a los más indigentes, a los más analfabetos; pero todos son recibidos, ya sean hermanos del rey o errabundos. Sin duda alguna, esta vía despejada más que nueva podía atraer vocaciones, provocar limosnas; pero no hay que olvidar la extraordinaria actividad de san Bernardo. A él debió la explosión de fervor de la que la orden sacó provecho a lo largo de una generación.

Este hombre, infatigable defensor de la fe militante y del dogma, sermoneador de príncipes, predicador de cruzada, adorador de María, filósofo místico, guerrero de Dios, abrasado por una fiebre persuasiva, desempeñó un papel capital en el despertar de una vitalidad religiosa aún incierta. Aunque sus sermones fueran más los de un monje-soldado que los de un pastor caritativo, aunque colmara de reproches el pensamiento libre de Abelardo, o la bondad de Pedro, el abad de Cluny, aunque a menudo desencadenara el furor por sus insoportables y brutales intervenciones, cuando murió en 1153 tanto la opinión pública como el papado no tardaron ni un año en canonizarlo.

La orden se multiplicó muy deprisa: La Ferté (1113), Pontigny (1114), Morimond y Claraval (1115), del que san Bernardo llegó a ser abad. A mediados del siglo XII, los cistercienses contaban con cerca de 400 conventos en toda la cristiandad. Rechazando los diezmos, los derechos sobre los hombres, las máquinas y adaptando sin ánimo lucrativo la mejor de las técnicas a su actividad económica, ofrecían un ejemplo de lo que una organización «consuetudinaria», pero que rechazaba los vicios que habían llegado a tener las restantes formaciones monásticas, era capaz de realizar. La generosidad de los fieles estuvo a la altura del ejemplo, y no es una paradoja decir que la ahogó por esta razón, y que el término de centelleo bastó para caracterizar este corto momento. La pérdida de favor tardaría aún en llegar: hacia 1300 hay más de 650 abadías cistercienses, tanto masculinas como femeninas; pero desde 1160, las compras, los intercambios y el trabajo asalariado sustentados por el notable incremento de las limosnas abren la brecha del beneficio, apartando a la orden de su misión y entregándola a la «recuperación».

Lo espiritual en primer lugar

Aunque los monjes fueron de los primeros en aspirar a una reforma de la sociedad, su deseo de mantenerse alejados del mundo representaba un límite a la eficacia de su intervención. Desde mediados del siglo XI algunos clérigos, procedentes a veces del monaquismo pero inclinados a funciones de autoridad en el seno del clero regular, comprendieron que la Iglesia no podía esperar sobrevivir a la amenaza de la disolución que hacía pesar sobre ella la sociedad feudal más que liberándose de la tutela de los soberanos y de los señores. Contra estos últimos, que disponían a su voluntad de las cosas sagradas, desde las funciones episcopales hasta las iglesias y los altares, afirmaban la necesidad de volver a hacer una distinción entre los poderes y liberar al clero de la sujeción a los laicos. Esta reivindicación figuraba ya de una manera implícita en el esquema funcional de Adalbéron de Laon que había situado a los especialistas de la oración (*oratores*) a la cabeza de los tres órdenes. Pero con los reformadores que, de Humberto de Moyenmoûtier a Gregorio VII, lucharon por la «libertad de la Iglesia» adquirió un carácter polémico.

Un clero por reformar

A los ojos de estos hombres, los detentores del poder, comenzando por el emperador germánico, eran opresores que se habían apropiado indebidamente de los bienes de la Iglesia y vendían al mejor postor las dignidades eclesiásticas. De lo que se derivaba la decadencia de un clero en vías de secularización. Una situación que no solo era escandalosa en el plano moral, sino peligrosa para la salvación de las almas. Algunos fieles también se sublevaron contra este estado de cosas que empezaba a sentirse como abusivo y escandaloso. En Milán, la mayor ciudad de la Italia del norte, un clérigo llamado Arialdo suscitó un vivo entusiasmo en algunos elementos de la población predicando, a partir de 1057, contra el arzobispo y el clero local, a los que reprochaba su corrupción y sus costumbres relajadas.

Pasando a la acción, la emprendió, junto a sus partidarios, contra los curas simoniacos, casados o concubinarios, cuyos oficios fueron boicoteados, y ejerció sobre ellos una viva presión para conducirles a separarse de sus compañeras. Condenados por el arzobispo, los patarinos —(de *patarii*, los bribones), nombre con el que les designaban sus adversarios— obtuvieron pronto el apoyo del papado, y en particular de Gregorio VII que puso el movimiento bajo su protección. Otras manifestaciones del mismo tipo se produjeron en numerosas ciudades de Lombardía así como en Toscana, donde la lucha contra los clérigos indignos fue conducida por monjes y ermitaños, de quienes los laicos admiraban su rigor ascético y sus dones sobrenaturales. ¿Acaso no atravesó uno de ellos, Pedro «ígneo», una hoguera, de la que salió indemne, para forzar al arzobispo simoniaco de Florencia a dimitir, lo que se vio obligado a hacer al término de la ordalía?

A través de esta agitación, que revistió diversas formas según las regiones, pero en la que las preocupaciones éticas desempeñaron siempre un papel determinante, se perfila una nueva concepción del sacerdocio. Los laicos, que constituían el grueso del grupo, no trataban en absoluto, al menos en la fase inicial del movimiento, de suplantar a los sacerdotes que apartaban de los altares. Por el contrario, debido a la alta idea que tenían de su ministerio, deseaban que su tipo de vida fuera el adecuado al carácter sagrado de su función. ¿No debían dar ejemplo aquellos a quienes Cristo había encomendado la tarea de anunciar su palabra y de instruir al pueblo? Para los partidarios de la reforma, el estatuto de los clérigos no se definía solo en términos institucionales o canónicos, sino en función de exigencias morales y espirituales. Si no se sometían a él, los sacramentos que conferían no tenían ningún valor y no podían producir más que efectos perniciosos sobre los que los recibían.

En este contexto mental y religioso es donde conviene situar la acción y el éxito de los predicadores itinerantes que se multiplicaron al final del siglo XI. En Francia, Alemania e Italia pudieron verse ermitaños e incluso monjes salir de su retiro para ir a arengar a las muchedumbres y dirigirles ardientes discursos. Su ascetismo personal infundía respeto y bastaba para dar testimonio de su santidad a los ojos de la mayoría. En muchos laicos, el encuentro con estos «hombres de Dios» —un Robert d'Arbrissel, un Pedro el Ermitaño o un Vital de Mortain— suscitó una reacción de entusiasmo. Por primera vez quizá, se veían frente a una palabra evangélica anunciada por un hombre que vivía conforme a sus exigencias. A veces también se volvieron con violencia en contra de los que habrían debido llevarles este mensaje, los sacerdotes, y cuya vida constituía un flagrante contratestimonio. De manera aparentemente paradójica, el despertar espiritual de los laicos desembocó en manifestaciones de virulento anticlericalismo que, en algunos casos, llegó hasta el cuestionamiento de las propias estructuras eclesiásticas, como sucedió en torno a Tanchelm en los Países Bajos y a Pedro de Bruys en el Mediodía francés, poco después de 1100.

La exaltación de los clérigos

Evidentemente, no era esta la vía deseada por el papado para conducir la Iglesia de cara a hacer triunfar la causa de la reforma. Una vez recuperado su prestigio a partir del pontificado de León IX (1049-1054) y conseguida su libertad a partir de 1059, cuando se instituyó la libre elección del papa por los cardenales, la Iglesia romana se consideraba como «la cabeza y el eje de todas las Iglesias» y trataba de hacer prevalecer su propia visión de las relaciones de lo espiritual con lo temporal. Esta visión alcanzó una profunda coherencia en el pensamiento y la acción del papa Gregorio VII (1073-1085) que no dudó en desencadenar un conflicto religioso y político que conmovió a todo el Occidente para conseguir sus fines.

Para él y para sus partidarios, el poder espiritual, es decir la Iglesia y su jefe, el papa, debían dirigir la sociedad cristiana. Pues la criatura caída a raíz del pecado está dominada por Satán y aspira a una conversión que liberará las personas y las cosas del poder del Maligno. Ya que el mundo, es decir, el pecado, se había introducido en el seno mismo de la Iglesia, convenía en primer lugar expulsar de ella todo signo profano, comenzando por la limitación de los poderes temporales. Este es el sentido profundo de la condena de Gregorio VII en 1075 respecto a la investidura laica, que permitía al emperador y a los reyes nombrar obispos y abades. Pero, no satisfecha con rechazar la tradicional influencia de las autoridades civiles, la Iglesia romana pretendió invertir a su favor la relación de fuerzas. Los papas se arrogaron entonces el derecho de condenar a los soberanos e incluso de destituirlos, como en el caso del emperador Enrique IV en 1075, si su acción no estaba de acuerdo con estos principios. La reivindicación por parte de la Iglesia de la dirección de la cristiandad desemboca en un refuerzo de la autoridad pontifical en la sociedad, llamada a realizar, bajo su dirección, los elevados objetivos que el Creador le había asignado: instaurar en este mundo un orden cristiano, anticipación del reino de Dios en la tierra. El sentido escatológico de los gregorianos no está menos desarrollado que el de los monjes de la generación precedente pero encuentra un campo muy diferente de aplicación. Ha pasado ya el momento en que bastaba con reunir un puñado de elegidos en algunas abadías. A partir de ahora es toda la cristiandad la que debe llegar a ser, en la medida de lo posible, la imagen de la Jerusalén celeste.

En un principio, estas pretensiones absolutamente inauditas suscitaron vivas reacciones. En numerosas regiones, los obispos, criaturas del poder o, en todo caso, habituadas a reverenciarlo, se sentían más solidarios del príncipe que de un papa cuyo autoritarismo temían siempre. En cuanto a los reyes, la ma-

yoría se negaban a reconocerse vasallos del obispo de Roma. El Imperio germánico en particular se sintió con razón amenazado en su propia existencia. El soberano germánico, heredero de los carolingios y de los otonianos no aceptó perder su prestigio sagrado; además le era vital poder contar con la adhesión de los clérigos, a los que confiaba a menudo funciones políticas, y continuar controlando el reclutamiento de la jerarquía. El enfrentamiento entre estas dos visiones del mundo y de la Iglesia, era inevitable. La interminable querella de las investiduras (1075-1122) puso frente a frente al sacerdocio y al Imperio. Un trágico conflicto que desgarró la conciencia de los clérigos, divididos entre sus antiguas fidelidades y las exigencias de la reforma. Después de años de estéril enfrentamiento en el plano militar y diplomático, marcado por episodios célebres, como la hábil penitencia del soberano alemán a los pies de Gregorio en el castillo de Canossa (1077), o la muerte miserable del papa refugiado entre las tropas normandas de Campania, aliados comprometedores y sacrílegos, fue preciso transigir.

El emperador Enrique IV le propuso hábilmente en 1111 al papa Pascual II una solución general que tuvo el mérito de la simplicidad: dado que el objeto concreto del litigio era la investidura de los obispos y de los abades —es decir, la ceremonia en el curso de la cual el rey entregaba a su candidato la cruz y el anillo, símbolos de su poder a la vez temporal y espiritual—, bastaba con que los prelados renunciaran a los derechos y poderes que el soberano les confería para que se resolviera el problema. Si ya no tenía bienes, fuentes de riqueza ni delegación de la soberanía de origen público, el obispo bien podía ser elegido libremente por los clérigos y consagrado por sus iguales. Seducido durante un breve período por esta propuesta que hacía volver a la Iglesia a la pobreza evangélica y dejaba al poder laico las manos libres respecto a lo temporal, Pascual II aceptó en principio el compromiso. Pero pronto debió retractarse ante

las indignadas protestas de la mayoría de los obispos alemanes, y de una buena parte de los obispos italianos. En opinión de estos últimos, la Iglesia debía poseer recursos importantes, sobre todo en una época en que la autoridad se fundaba cada vez más en bases económicas y en que solo el señorío hacendado permitía acceder al gobierno de los hombres. Además, uno de los objetivos permanentes de los reformadores «gregorianos» había sido identificar de la manera más estrecha posible las funciones religiosas y los derechos efectivos vinculados a estas, de manera que cualquier transacción sobre las rentas eclesiásticas fuera considerada como simoníaca. Este rechazo es significativo: a los ojos de la mayoría del clero, la afirmación de la primacía de lo espiritual no debía conducir a una Iglesia sirviente y pobre, sino por el contrario, lo suficientemente poderosa como para infundir respeto a los rebeldes y a los pecadores, y bastante rica como para poder cumplir sus obligaciones con respecto a los religiosos, los enfermos y los pobres.

Pero como los poderes laicos no querían quedar como perdedores en todos los terrenos, la Iglesia fue obligada a aceptar un compromiso poco satisfactorio al nivel de los principios, pero que debía revelarse, con el tiempo, ventajoso para ambas partes. Los acuerdos concertados con los reyes de Francia y de Inglaterra a principios del siglo XII y más tarde con el emperador Enrique V, en 1122, se fundaban en la distinción, banal para nosotros pero nueva para la época, entre lo espiritual y lo temporal. La Iglesia romana ve reconocida su libertad y la independencia del papa respecto al emperador. Este último renuncia a la práctica de la investidura previa a la consagración episcopal: ya no es un laico el que nombra al obispo y le confiere su autoridad. Pero la libertad de las elecciones no es sin embargo restablecida y, con modalidades variables según los países, la elección de los prelados sigue estando, en gran medida, en manos de los soberanos. Como una vieja pareja que después de

haber estado mucho tiempo separada vuelve a descubrir las ventajas de la vida en común, la Iglesia y los poderes laicos toman nota de su necesaria solidaridad. Los vínculos que se habían trabado entre ellos eran demasiado estrechos y sutiles como para poder ser cortados. A ambos les convenía restablecer esta relación de ayuda recíproca y de colaboración entre *sacerdotium* y *regnum* que con altibajos, debía subsistir hasta el filial del Antiguo Régimen. No obstante, a más corto plazo, ni el papado ni el Imperio renunciarían a dominar la sociedad cristiana y, en este aspecto, el concordato de Worms marca solo una tregua en un conflicto que tendrá luego numerosas repercusiones.

Al mismo tiempo que la reivindicación de la primacía de lo espiritual fracasaba parcialmente en el plano político, se afirmaba con el mayor éxito en el seno de la Iglesia. «A los laicos los asuntos del mundo, a los clérigos las cosas del espíritu», había afirmado ya Humberto de Moyenmoûtier en la época heroica de la reforma gregoriana. Esta manifiesta voluntad de encerrar a los fieles en el dominio temporal disimulaba mal la intención de someterles a la autoridad del clero y de reducirles a un mero papel de ejecutantes pasivos. Únicamente los reyes y los nobles se libraban en cierta medida, a causa de su peso en el plano político y social, de la tutela de la Iglesia. Mientras que Gregorio Vil había admitido que los laicos pudieran erigirse en jueces de los sacerdotes indignos y obligarles, a veces por la fuerza, a dimitir, sus sucesores, conscientes de los riesgos de subversión que implicaba este tipo de intervención, se esforzaron por librar al clero de las críticas de sus fieles. La Iglesia, cuya doctrina sobre este punto había sido hasta ahora fluctuante, afirmó claramente, a partir de los últimos años del siglo XI, que los sacramentos administrados por los clérigos de costumbres dudosas o incluso escandalosas no perdían nada de su validez, desde el momento en que estos últimos estaban ordenados re-

gularmente e investidos de sus funciones conforme a las reglas canónicas. A los que impugnaban estas nuevas normas, la jerarquía respondió endureciendo las separaciones jerárquicas y recordando a los fieles sus obligaciones específicas: pagar el diezmo, respetar los bienes y las personas de la Iglesia y dar limosna. El movimiento de reforma religiosa, en el que, en numerosas regiones, habían tomado parte activa laicos de todas las condiciones, desembocaba así en una exaltación de la función y el papel de los clérigos en la Iglesia y en la sociedad.

El «renacimiento» del siglo XI

Los clérigos, o al menos un cierto número de ellos, eran también superiores a los laicos en otro terreno, el de la cultura intelectual, cuyo monopolio detentaban, lo que implicaba el uso de la escritura y el conocimiento de la lengua latina. Esta situación se explica tanto por la «barbarización» de Occidente, debida a las grandes invasiones germánicas y escandinavas, como por el declive de la civilización urbana. Pero tiene relación también con determinadas opciones tomadas por el poder imperial y por la Iglesia bajo el mandato de los carolingios. En un época en que el propio clero no tenía más que un superficial conocimiento del latín y en que los tipos de escritura variaban sensiblemente de una a otra región, Carlomagno y su consejero Alcuino decidieron promover, no la lengua vulgar, que incluso en los países románicos se había alejado mucho del latín, sino la de los Padres de la Iglesia.

De la herencia antigua a la cultura eclesiástica

Según estos dos hombres, para ser capaz de leer y comprender las obras de san Agustín o de san Jerónimo, era preciso formarse en la escuela de los autores profanos. El estudio de las letras clásicas fue ensalzado desde este punto de vista utilitarista.

Asimismo, la simplificación y la «normalización» de las escrituras implicaron la difusión, en todos los talleres de copia (los *scriptoria* de las abadías o de los obispados), de la minúscula Carolina puesta a punto al final del siglo VIII en la abadía de Corbie. Se crearon escuelas, sobre todo en las principales ciudades episcopales, destinadas a formar clérigos instruidos. Pero no parece que las escuelas parroquiales cuya fundación había sido prevista por determinados capitulares salieran efectivamente a la luz y, de todos modos, el esfuerzo por elevar el nivel cultural de Occidente se paró en seco bastante rápidamente tras la caída de las dinastías carolingias y la disgregación del Imperio. Por lo que los monjes seguirían siendo hasta principios del siglo XII los principales depositarios de la cultura intelectual.

La regla de san Benito, impuesta en el siglo IX a todos los monjes de Occidente, daba, en efecto, una gran importancia a la *lectio divina* a la que los religiosos y la comunidad dedicaban cada día varias horas. Además, todos los monasterios contaban con un cierto número de monjes de coro que sabían leer y a veces escribir. El conocimiento de la lengua latina y de algunas nociones de literatura constituían para ellos un medio de acceso a la palabra de Dios y a la regla cuya lectura constituía el centro de su existencia. En la escuela monástica se enseñaba a los novicios a descifrar el salterio y a familiarizarse con las reglas de la gramática latina. Más tarde, el alumno, ya se tratase de un futuro monje en las escuelas internas o de un joven aristócrata en las escuelas externas de las abadías, estudiaba fragmentos del Antiguo y del Nuevo Testamento y se adiestraba en el comentario bíblico, una especie de rumia espiritual de los textos sagrados destinada a elevar el alma a través de la oración y la meditación. Pues la Escritura no es para el que vive en el claustro un medio de conocimiento o de información científica sino un instrumento de salvación. De donde proviene el infinito respeto que la rodea y que se trasluce en la manera de copiar,

de ilustrar y de conservar los libros santos; e igualmente, la actitud ambivalente de los monjes frente a la cultura antigua, cuyo estudio les planteaba a veces problemas de conciencia. Odón de Cluny, por ejemplo, un día que quería leer versos de Virgilio, ve en sueños un magnífico jarrón de donde salían serpientes que lo rodeaban por todas partes, lo que le condujo a renunciar a su propósito. Otros fueron más audaces y no vacilaron en sumirse en las obras de Cicerón o de Ovidio. Pero lo hacían con la certidumbre de orientar la rica herencia de los paganos hacia su verdadero destino: el culto de Dios en la Iglesia. Así, aun cuando la cultura eclesiástica de esta época haga gala de un barniz humanístico, responde a una muy diferente inspiración y vuelve a interpretar a los autores de la Antigüedad a la luz de la revelación cristiana. Sin embargo, la cultura monástica estuvo profundamente marcada por la aportación externa que se esforzaba por asimilar, y que le dio su carácter exclusivamente literario así como el cultivo de la lengua culta y de la elegancia formal. Como escribía poco antes del año mil Gerberto d'Aurillac, el futuro papa Silvestre II, «la filosofía no separa la ciencia de las costumbres de las ciencias de la palabra. Por eso yo he hecho compatible el estudio del bien vivir con el del bien decir». En los claustros y los *scriptoria* se elabora una síntesis original de la tradición clásica y del espíritu cristiano, fundado en la convicción de que si solo la gracia eleva el alma, la cultura la perfecciona, la hermosea y la prepara para proclamar la gloria de Dios.

La época de los «maestros de escuela»

No obstante, sería hacerse una falsa idea de la cultura intelectual en los siglos X y XI si se pensara que podía acceder a ella un número importante de personas. De hecho, en muchas regiones, la organización escolar carolingia se había venido abajo con las crisis y las invasiones del final del siglo IX y principios del X. En Normandía, por ejemplo, era aún difícil, alrededor del

año mil, encontrar clérigos que tuvieran un conocimiento suficiente del latín. Pero no todo el Occidente es afectado en la misma medida; algunos centros habían conservado suficiente vitalidad como para servir de puntos de partida a una reactivación cuando las condiciones generales se hicieron más favorables. Esto es lo que sucedió en el Imperio y muy particularmente en los países germánicos, donde el renacimiento cultural fue más precoz que en otras partes. El latín no estaba contaminado por la lengua vulgar y su expansión se vio favorecida por la política religiosa de los soberanos otomanos, preocupados por elevar el nivel moral y religioso del clero. En este contexto hay que situar la composición de breves comedias latinas, inspiradas en Terencio, por la abadesa Roswitha, de Gandersheim, en Sajonia, o la redacción de secuencias litúrgicas por el *scholasticus* de la abadía de Saint Gall, Notker, que, por otra parte, tradujo al alemán algunos autores clásicos. En Reichenau y en Tegernsee, en Wissemburgo y en San Emmeran de Ratisbona, se asiste a principios del siglo XI a una floración de escritos monásticos no desprovistos de valor, inspirados a menudo por la literatura en lengua vulgar (*Wallharius* de Eckhard, *Ruodlieb*). El movimiento se extendió a Lotaringia. En las escuelas episcopales de Lieja, Toul y Metz, así como en las abadías de Gembloux, Lobbes y Stavelot, los clérigos estudiaban gramática y teoría musical; otros, como Sigeberto de Gembloux, componían crónicas y relatos históricos cuya influencia se hizo sentir hasta en Italia y en Polonia. Pero aún no se trataba más que de una cultura escolar, tanto por el fondo como por la forma. Su papel fue esencial en la medida en que aseguró la transmisión de la herencia carolingia y, a través de esta última, de la romano-bizantina, que se había conservado allí mejor que en otros lugares. Pero los impulsos innovadores venían de otros centros y otras regiones.

En efecto, desde finales del siglo X y principios del XI, las corrientes intelectuales se orientan hacia Francia, donde el monaquismo estaba entonces en auge. No porque la atmósfera fuera particularmente favorable a los estudios, en esta época en que el asentamiento de las estructuras feudales se realizaba a menudo con violencia. Pero en algunas ciudades episcopales como Reims o Chartres o en grandes abadías como Fleury (Saint-Benoît-sur-Loire) o Saint-Martial de Limoges, se veía renacer, no obstante, una cierta actividad cultural. En Chartres, por ejemplo, el obispo Fulberto (muerto en 1029), un italiano educado en Reims, tuvo como alumnos a los que serían artífices del renacimiento de la teología en la generación siguiente: Adelmán de Lieja, Beranger de Tours y Lanfranco de Pavía. El caso de estos clérigos «maestros de escuela» es muy significativo. Gerberto, antes de llegar a ser *scholasticus* de Reims al final del siglo X, tuvo que trasladarse a Cataluña, en los confines del mundo musulmán, para iniciarse en la dialéctica, que no era enseñada en las escuelas monásticas, y sobre todo en las ciencias del *Quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía, teoría musical); igualmente, se iba desde muy lejos a Chartres para consultar a Fulberto, uno de los pocos hombres de su época que poseía conocimientos médicos. Añadamos a esto el ejemplo de Abbon de Fleury que, a pesar de haber ido a Reims a completar los estudios comenzados en un monasterio, no encontró a nadie capaz de enseñarle música. Como último recurso tuvo que dirigirse a un sacerdote de Orleans que consintió en iniciarle en gran secreto y a cambio de dinero. Estos casos ilustran el carácter aún extremamente puntual y precario de las escuelas, cuya brillantez estaba vinculada a la influencia personal de uno o dos maestros. Más que de focos culturales habría que hablar de débiles destellos.

La reflexión progresa

Sin embargo, a medida que se avanza en el tiempo, se multiplican los signos de un renacimiento de la vida cultural. En 1079, el papa Gregorio VII vuelve a poner en vigor los textos de la época carolingia que obligan a los obispos a mantener una escuela en la capital de la diócesis para la formación de los clérigos. Sus exhortaciones no produjeron efecto inmediatamente en todas partes, pero en las regiones cuyas condiciones económicas y políticas eran favorables, como el norte de Francia o Italia, se asistió a un desarrollo de las instituciones escolares, que se acompañó de un esfuerzo por reconstituir archivos y bibliotecas. Bajo la responsabilidad de un canónigo del cabildo, el canciller, que desempeñaba por lo general la función de *scholasticus*, algunos maestros (*magistri*) comienzan a asegurar una enseñanza regular, la mayoría de las veces de nivel elemental, en los claustros y edificios lindantes con la catedral. Junto a los clérigos que piensan dedicarse a una carrera eclesiástica aparecen otros estudiantes que acuden para instruirse y que gozan de iguales privilegios y libertades.

No obstante, en el siglo XI son aún los monasterios los que constituyen los centros de la vida cultural más florecientes. En Italia, la abadía de Monte Cassino vive, durante el gobierno de Desiderio (1058-1086), un período de brillantez excepcional. La influencia de la Italia bizantina, muy próxima, e incluso del mundo musulmán, a través de los puertos de Amalfi y de Salerno, favoreció el desarrollo de un taller de copia y de iluminación de manuscritos, cuya calidad y originalidad estilística tienen su mejor ejemplo en los famosos rollos de *Exultet*. La forma literaria clásica revive en el *scriptorium* casiniano, donde el futuro canciller de la Iglesia romana, Juan de Gaeta, se inició en el noble estilo epistolar, el *cursus*, que introduciría entre 1089 y 1118 en los documentos procedentes del secretariado pontificio. En la misma época, Lombardía constituye igualmente una región muy activa en el plano cultural. De allí pro-

ceden maestros como Lanfranco que creó, en 1045, en la abadía de Bec, en Normandía, una escuela que se consideró como una de las mejores de Occidente. Lanfranco formó allí hombres que desempeñaron un papel esencial en la vida de su época, como san Anselmo (1033-1109), otro italiano, que le sucedió como abad de Bec antes de llegar a ser arzobispo de Canterbury, o el obispo Yves de Chartres, eminente canonista. Con estos dos últimos personajes la cultura escolar del siglo XI da un salto cualitativo: no se trata ya de «maestros de escuela» que transmiten un saber fosilizado o rarificado, sino de pensadores originales que aplicarán su inteligencia a la solución de los problemas esenciales de su época. San Anselmo introduce el uso de la dialéctica, es decir de la lógica formal, en la exploración del misterio divino. En su opinión, la fe debe estar en la base de la especulación pero esta puede ayudarle a explicitar su contenido concretando por el razonamiento los datos de la revelación (*fides quaerens intellectum*). El problema de la realidad indiscutible o la elaboración por el hombre de conceptos (llamados en la época universales) tales como los del Bien, la Verdad y, naturalmente, Dios, opone desde este momento a los defensores del postulado preconcebido (los realistas), que tienen el apoyo de la Iglesia, con los que no ven más que una forma, un *nomen*, que necesita razonamiento y demostración (los nominalistas). Esta última actitud le parece demasiado peligrosa a la jerarquía como para no ser condenada, y sus adeptos son conducidos a la hoguera o a la retractación (Beranger de Tours).

Este nuevo enfoque de las relaciones entre la filosofía y la teología tuvo su desenlace en el argumento mitológico, primer intento de demostración racional de la existencia de Dios. Yves de Chartres, por su parte, inició el estudio de la delicada cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. A él se le debe la distinción fundamental, que favorecería la solución de la querella de las investiduras, entre lo temporal y lo espiritual,

formulada a propósito de una reflexión sobre la naturaleza y el origen de la autoridad episcopal, que estaba en el centro del conflicto. En esta época, en efecto, la cultura es estimulada por los grandes debates que sacuden a la cristiandad en sus esferas superiores, pero cuyas repercusiones se dejan sentir, de manera muy concreta, en la base. La polémica entre los partidarios de la reforma de la Iglesia bajo la dirección del papado y los defensores de la ideología imperial suscita, por una y otra parte, apasionados libelos sobre cuestiones tan esenciales como los fundamentos del poder sacerdotal y real, el lugar del papa en la Iglesia o las relaciones entre clérigos y laicos. La necesidad en que se encuentra el papado de buscar en la tradición un fundamento sólido para sus nuevas pretensiones provocó indagaciones sistemáticas en los antiguos libros jurídicos y favoreció la redacción de colecciones de textos canónigos. Se intentó eliminar los documentos de origen dudoso, o contaminados por sus añadiduras célticas o germánicas, a fin de no seleccionar más que los que eran acordes con la tradición romana y contribuían a la exaltación de la sede apostólica. Este esfuerzo de clasificación y de vuelta a ocuparse de una herencia compleja, aún poco coherente en sus comienzos, manifiesta de todos modos que la cultura había dejado de ser una diversión reservada a algunos pedantes, o un ejercicio escolar, para convertirse en un instrumento de análisis de la realidad social.

¿Incultura de los laicos?

La opción tomada por los carolingios en favor del latín como lengua religiosa y, por tanto cultural, de Occidente, había creado una zanja, que no cesaba de hacerse más profunda, entre los clérigos y los laicos. En relación con los primeros, los segundos estaban considerados, al menos hasta el siglo XII, como analfabetos. De hecho, en torno al año mil, incluso entre los aristócratas de alto rango, solo algunas mujeres de una minoría selecta, emperatrices, reinas o grandes damas, tienen algunas no-

ciones de latín aprendidas en un salterio con un clérigo de su círculo social. A lo largo del siglo XI, la situación comienza a evolucionar y un cierto número de hijos de nobles, no todos destinados a la clericatura, tienen acceso al conocimiento del latín, al menos a un nivel elemental, por intermedio de un preceptor o, sobre todo en los países del Imperio, frecuentando las escuelas externas de los monasterios. Pero se trataba, en todos los casos, de una ínfima minoría e, incluso entre los caballeros, la mayoría permanecía totalmente al margen de la cultura intelectual. No obstante, conviene ir un poco más allá de esta comprobación. La ignorancia del latín o el rechazo a aprenderlo no constituían un obstáculo insuperable para el desarrollo de una cultura profana que se expresaba en los textos. La verdadera dificultad estaba al nivel de la escritura: fuera de algunos lugares como Cataluña o Italia, los laicos eran incapaces, en el siglo XI, de firmar una carta. Incluso el sobrescrito de la condesa Matilde de Canossa en un documento de 1106 en favor de una abadía de Pavía es bastante torpe y anguloso comparado con la nitidez caligráfica del documento redactado por un clérigo de su círculo. Lejos de constituir un modo de expresión corriente del pensamiento humano, el documento escrito revestía un carácter excepcional fuera de los medios eclesiásticos. Inútil para la inmensa mayoría, era además incomprensible dada su redacción en latín, es decir, en una lengua muerta que no podía expresar más que de una manera muy lejana las cosas de la vida. Incluso se ha llegado a hablar, a propósito de esta época, de una reacción contra la escritura, pues no cabe duda que había perdido toda aplicación práctica. En el ámbito de los Capetos, por ejemplo, el número de cartas del siglo XI es extremadamente pobre. Además, apenas eran algo más que prontuarios cuyas cláusulas tenían menos importancia que los nombres y la calidad de los testigos que garantizaban su ejecución.

Las nuevas estructuras políticas son sin duda ajenas al declive del documento escrito. El debilitamiento de la autoridad real o imperial así como la multiplicación de los centros de poder con la instauración de las estructuras feudales implican la desaparición de leyes e incluso de esos decretos de aplicación que eran los capitulares carolingios. A partir de ahora, es la «costumbre» la que determina las relaciones jurídicas entre los hombres, y su contenido varía según los lugares y las épocas en función de las relaciones de fuerzas entre los señores y los que dependen de ellos. En Francia, una vez desaparecidas las asambleas condales, no subsisten ya jurisdicciones públicas; los juicios dependen de los señores y el pequeño grupo de amigos o consejeros que les rodean. Los clérigos denuncian con virulencia las «malas costumbres» instituidas por la arbitrariedad de los poderosos, tanto más temibles en cuanto que no suelen consignarse por escrito. Pero, en la propia Iglesia, los textos canónicos distan mucho de constituir la única fuente del derecho: en lo referente a las pruebas, se admite cada vez más el recurso al «juicio de Dios» bajo la forma de ordalías, que dejan al agua y al fuego la decisión de distinguir entre lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto.

¿Quiere esto decir que los hombres de esta época, que ignoraban el latín y recurrían poco a la escritura, eran totalmente incultos? Por supuesto que no, ya que poseían su propia cultura, distinta de la de los clérigos, pero de la que apenas sabemos nada pues era esencialmente oral y gestual. En el plano de las relaciones de hombre a hombre se instaura en estos tiempos todo un ritual simbólico puramente profano: el del homenaje y el de la investidura. Para ratificar un acuerdo o un pacto, era indispensable que se hiciera un gesto significativo ante testigos cualificados, ya se tratase de colocar las manos juntas en las de su señor o de recibir de él una brizna de paja o un báculo abacial. El documento escrito, si se hallaba presente un clérigo pa-

ra hacerlo, no era más que un apoyo que servía para fijar la memoria de ese instante. Lo mismo ocurría al nivel de los ritos de paso. El principal era el acto de armar caballero con el gesto de la espada —comunicación de un influjo vital a través de un golpe— y la prueba del estafermo. Cuando comienza a ser mencionada en los textos, reviste ya una función social de una cierta importancia que no cesará de incrementarse a medida que el grupo de los *milites*, los caballeros al servicio de un señor castellano, imponen su sistema de valores al conjunto del grupo aristocrático.

Conocemos peor lo que, en el conjunte de las representaciones mentales y de los comportamientos, hace referencia al ocio. Diversos indicios nos llevan a suponer la existencia de una cultura folklórica oral muy desarrollada. Desgraciadamente solo podemos verla a través del prisma deformante de los textos clericales o de elaboraciones literarias posteriores, canciones de gesta, vidas de santos o colecciones de milagros, que no nos permiten captar la conexión de hechos o prácticas a los que solo aluden de pasada.

Para hacer mella en un público que escapaba en gran medida a su influencia, los clérigos elaboraron una literatura en lengua vulgar. A partir del siglo X aparecen textos paralitúrgicos en dialecto romance como la *Cantilena de santa Eulalia* o los tropos que fueron compuestos en Conques, Saint-Martial de Limoges y Fleury. En el mismo sentido, se registra en el siglo XI una expansión de la producción hagiográfica. A partir de una biografía traída de Oriente en 977, un clérigo normando redactó en 1040 el *Cantar de san Alejo*; hacia 1060 un monje de Conques escribió el *Cantar de santa Foy* en versos asonantes. Finalmente, en Borgoña y Aquitania se pusieron por escrito, en el último cuarto de siglo XI, los primeros cantares de gesta (*Cantar de Rolando, Girard de Vienne, Guillaume au Court Nez*) que recuperan las tradiciones épicas de la época carolingia dándoles un

nuevo sentido: el de una victoria de la fe cristiana sobre el Islam, asimilado a las fuerzas demoníacas. Esta obras, que tendrían un inmenso éxito en el siglo XII, proponían modelos de comportamiento y virtudes. Rolando, el valiente caballero, reza y se confiesa cuando siente que se acerca su fin; muere fiel a su señor, por oposición a Ganelón, el vasallo traidor. A través de esta literatura de evasión, obra de clérigos que vivían en contacto con los laicos, la Iglesia intenta cristianizar la mentalidad de la nueva aristocracia y de sacralizar la orden de los caballeros proponiéndoles un ideal religioso.

La primera expresión de una sensibilidad occidental

La aparición de un nuevo espíritu en el seno de la cristiandad occidental se manifiesta igualmente por una eflorescencia de obras de arte y sobre todo de construcciones, muchas de las cuales dan testimonio aún hoy día del dinamismo creador de esta época, no obstante tan agitada. Para explicar este fenómeno, paradójico a primera vista, los historiadores han invocado diversos factores: la necesidad de la reconstrucción tras la oleada de invasiones de los siglos IX y X, el desarrollo demográfico, sensible sobre todo en los campos, y la expansión del monaquismo que implicó una multiplicación de los santuarios. Todos estos elementos son importantes pero la principal incitación provino, sin duda, de la fragmentación del poder en el seno de la sociedad feudal. Siguiendo el ejemplo de los grandes soberanos constructores de iglesias, los nuevos jefes regionales y locales rivalizaron por elevar a la gloria de Dios edificios religiosos destinados a dar testimonio de su poder. Así, en Normandía, el desarrollo del arte románico en el plano arquitectónico está vinculado al de la casa ducal y, de la Trinidad de Fécamp a la abadía de las Damas de Caen, las fundaciones abaciales jalonan los progresos de la dinastía reinante. Asimismo, en la España cristiana, mosaico de pequeños reinos colindantes establecidos en la vertiente meridional de los Pirineos, la frag-

mentación política favoreció la construcción de iglesias y de panteones reales: San Salvador de Leyre en Navarra, San Juan de la Peña en Aragón, San Isidoro en León, etcétera.

Sin embargo, en un primer momento, esta oleada de construcciones religiosas no fue paralela a la puesta a punto de fórmulas artísticas originales. Entre los años 950 y 1070, en el Sacro Imperio, el arte otoniano se contentó con volver a tomar y perfeccionar las fórmulas arquitectónicas carolingias. En los países mediterráneos, el «primer arte románico» constituye una síntesis empírica de elementos tomados del pasado. Aunque algunos edificios, como las abadías de Ripoll y de Sant Miquel de Cuixà o la iglesia de Sant'Abbondio de Como en Lombardía, representan auténticos logros en el plano estético, no hacen más que ilustrar el vigor de la tradición romana, nunca interrumpida por completo en estas regiones, y el poder de las influencias orientales, bizantina pero también anatolia y siria. Tanto en el plano del arte como en el de la cultura, el segundo milenio «no comienza con una revolución sino con un rebrote del mundo antiguo» (H. Focillon). Sin embargo, aparecen ya, aquí y allí, soluciones y técnicas nuevas, destinadas originalmente a perfeccionar un tipo de iglesia que permanecía invariable pero que introdujeron, al generalizarse en la arquitectura religiosa de Occidente, un cierto número de cambios esenciales en lo concerniente a la concepción de conjunto, la estructura y la decoración de los edificios. Así, la planta de la basílica clásica se enriquece con un crucero saliente, mientras que en torno al ábside se multiplican las capillas radiales. Un poco por todas partes se experimentan nuevas soluciones para cubrir bóvedas con piedras labradas y aparejadas, como en Tournus o en Nevers. De hecho, el arte románico propiamente dicho nace después de 1070, cuando se ponen de relieve fórmulas originales que sintetizan la tradición con las experiencias aisladas confiriéndoles una nueva significación.

Esta tonalidad específica se abre paso incluso en las regiones más retrasadas en relación a los países mediterráneos y renanos: Normandía, Borgoña, Aquitania, Pouille. Se construyen allí vastos edificios de tres a cinco naves situadas bajo una única cobertura de piedra de la misma naturaleza que los muros y se perfilan amplios deambulatorios prolongados por capillas radiales. Las columnas se convierten en pilares cuya disposición regular introduce una especie de división rítmica de muros y sirven de arranque a las vigas maestras asegurando un enlace orgánico entre los diversos elementos del edificio. Contrariamente a lo que se cree a veces a la vista de los testimonios que han llegado hasta nosotros, estas experiencias no se hicieron en modestas iglesias de aldea. El arte románico en su plena expansión irradió, por el contrario, a partir de grandes santuarios monásticos, de iglesias de peregrinaje cuyo renombre se extendió lejos, y de catedrales urbanas. Uno de sus lugares más relevantes fue la abadía de Cluny cuyos constructores supieron integrar fórmulas romanas, lombardas y bizantinas en un orden superior. Bajo la influencia de los cluniacenses, el nuevo arte se difundió y expandió por regiones que habían permanecido hasta entonces al margen de la cristiandad occidental y que seguían siendo fieles a tradiciones en vías de desaparición, como el sudoeste aquitano y languedociano o la España del norte: Saint-Sernin de Toulouse y Moissac son testimonios, aún hoy día, del prodigioso éxito del injerto que, vinculando estas provincias al resto de Occidente y a Roma, aseguraba en el plano artístico el nacimiento de la cristiandad.

Por otra parte, en la Italia del sur, en Auvernia o en Périgord, la creación artística es estimulada por influencias exteriores cuya circulación facilita la reanudación de intercambios y la creciente movilidad de hombres que no vacilan en dirigirse a Oriente como peregrinos, comerciantes o cruzados. Se constituyen así estilos regionales que se difunden, desde los grandes

edificios a los pequeños, en el seno de los principados territoriales pero sin concordar nunca perfectamente con sus límites. El arte románico procede por «síntesis regional de rasgos internacionales» y cada unas de las «escuelas» que los historiadores del arte se han complacido en distinguir asocia fórmulas nuevas, llegadas de fuera, los elementos vivos de las culturas locales, su poder de invención y sus tradiciones folklóricas. Contrariamente a la afirmación de Marc Bloch, no es el simple reflejo de la diversidad feudal y étnica de Occidente y no es el resultado de una suma de esfuerzos aislados que a la larga llegarían a sobrepasar un cierto umbral cualitativo a través de un proceso de creación espontánea. Sin duda, es más exacto ver en él el signo del despertar artístico y espiritual de las diversas regiones de la nueva cristiandad por sucesivas incorporaciones a algunas de las grandes corrientes de la cultura internacional. En el arte románico se revelan toda la fecundidad y el dinamismo creador de la sociedad feudal. Frecuentemente existe la tendencia a ver en esta última el desenlace de un proceso negativo de división política y de fragmentación del poder. Pero esta actitud demuestra desconocer que la sociedad feudal fue el escenario de un activo esfuerzo de reorganización y que permitió la liberación y la expansión de fuerzas que hasta entonces habían permanecido en la sombra.

No es sin duda un mero azar que al mismo tiempo reviva la escultura en Occidente y que la figura humana, abolida desde hacía siglos, haga su aparición. La Eva de Autun, en su desnudez perversa e ingenua, constituye la expresión más cumplida de este renacimiento. Con la estatua-columna, el hombre cesa de estar subordinado a una red de combinaciones geométricas para volver a encontrar su estatura y su rostro. Al volver a descubrir el valor monumental y plástico del cuerpo, el arte occidental vuelve la espalda decididamente tanto a las tradiciones bárbaras como a las influencias de Oriente. Hacia 1100, en este

como en otros dominios, la cristiandad latina se afirma oponiéndose. Contra el Islam y Bizancio, a quien tanto debe, manifiesta brillantemente su existencia y su especificidad. Diferentes pero unidos. Así son estos occidentales que, respondiendo al llamamiento del papa, se pusieron en marcha hacia Oriente en 1096, y que sus adversarios designarían a partir de ahora con un mismo vocablo: los francos.

Capítulo 3
ASENTAMIENTO DE LOS ESTADOS

Hasta hace poco, nuestros predecesores, devotos de los marcos formales de la vida política, atribuían una importancia de primer orden a la historia del Estado, la historia por antonomasia: dinastías, guerras, tratados, y en el mejor de los casos estructuras administrativas por entre las que se movían los hombres. Esta concepción constituye un legado tanto de la monarquía del Antiguo Régimen como de los nacionalismos del siglo XIX; entre otros estragos, le debemos las deprimentes retahílas de los reinados que daban su peculiaridad a períodos históricos supuestamente homogéneos; le debemos asimismo la total falta de interés, por no decir la aversión, que suscitaba en los niños y en los adultos —¿acaso no dura todavía?— la historia de una Edad Media llena de ruido, furia y confusión, indigna de atraer nuestra atención. Así, cuando después del primer cuarto de nuestro siglo los historiadores empezaron a interesarse por las dimensiones social y económica, la Edad Media resucitó; a ello se ha ido añadiendo el entusiasmo por la investigación de las mentalidades colectivas y de la vida material, típica de nuestras sociedades inquietas, y la Edad Media ha acabado por ocupar un puesto de primera importancia entre los intereses del público. La «historia-batalla» se desvaneció ante las «estructuras».

Queda aún tanto por descubrir en estos campos de la investigación histórica que resulta aventurado creer que pueda producirse un retorno a la situación anterior; sin embargo, la historia «política», e incluso la historia de la guerra, vuelven a ganar terreno. Pero ni una ni la otra consisten ya en enumeraciones y cronologías; ambas han echado raíces en el estudio de los grupos sociales o del pensamiento. Por ello, hay que invitar al

lector a efectuar una pausa, breve pero necesaria, a la altura de los «acontecimientos», como decían nuestros padres; sin ella, lo que va a seguir con respecto al impulso capital de la Edad Media central, o lo que precede sobre el progresivo emplazamiento de los bastidores del teatro, corre el riesgo de diluirse en una fastidiosa vaguedad. Por otra parte, en este período Europa no nació solamente en la aldea o en las conciencias: en su aspecto actual todavía perdura la huella de una ordenación política perfilada en estos siglos y que poco trastornarían ya los venideros.

Los mundos del norte amarrados a Europa

La característica esencial de la geografía política medieval entre 900 y 1100 es la vinculación al mismo conjunto «señorial y cristiano» de zonas marginales que hasta entonces constituían áreas aisladas: un mundo de los mares nórdicos más cerca del Islam o de los griegos que de Alemania; una franja meridional que desde hacía siglos ocupaban gentes llegadas del exterior, el mismo Islam o los mismos griegos; y una masa eslava al este, cuya confusa profundidad se oponía al mundo germano-celta que se estaba esbozando. Como ya hemos dicho al principio de esta obra, su eje principal lo constituye el agrupamiento, alrededor del núcleo europeo, dé las culturas marginales, a veces dominantes durante largos períodos, como en el caso del Mediterráneo, o más generalmente reducidas a la condición de una necesaria prolongación, como en el caso del este. Por lo tanto, es primordial escudriñar el ritmo y las etapas iniciales de este movimiento, que entre 1000 y 1200 no hace más que empezar. Posteriormente, habrá que examinar más de cerca las dimensiones social y económica; por ahora, se trata únicamente de fijar los personajes.



Europa en el año 1000

Los secretos de las brumas nórdicas

Para los sacerdotes que se aventuraban hacia Dinamarca o Suecia, como los que, según hemos visto, enviaban los carolingios o los otónidas, la impresión de penetrar en una tierra absolutamente extraña u hostil debía de ser comparable a la experimentada por los navegantes de la Antigüedad. Por añadidura, de estas regiones austeras y brumosas surgían piratas expeditivos e imprevisibles, fácilmente incluidos en el rango de las bestias incluso por aquellas de entre sus víctimas —sajones del archipiélago, frisones o germanos del norte de Alemania— que, con toda probabilidad, tenían antepasados comunes con ellos.

Pescadores, leñadores, cazadores de focas, ballenas y osos, intrépidos marinos que se atrevían a enfrentar el potente oleaje sin seguir la costa con la mirada, temibles guerreros que empuñaban el hacha de guerra, los hombres del Norte parecían irreductibles a todo contacto pacífico y regular con los territorios

cristianos. Además, eran simples colectividades costeras, sin poderes visibles y seguros. Probablemente, nadie intentó profundizar en la cuestión y esta pereza constituyó la regla hasta hace apenas 50 años.

Desde entonces hasta hoy, la arqueología ha renovado nuestros conocimientos de un modo tan completo, que un mundo inmenso y original ha aparecido ante nuestros ojos. En las tumbas de Jutlandia o de la isla de Gotland, en las de Uppsala, Oslo, Bergen o Tónsberg, de los siglos VIII al X, se han hallado montones de objetos de arte, monedas de oro y plata, fragmentos de joyas o de monedas procedentes del Turquestán, de Irak, del mundo griego, a veces de China. Además, en las costas sur y noroeste del Báltico, los vestigios de factorías como Haithabu (Hedeby) o Birka, activas desde principios del siglo IX, revelan una actividad y una organización de las que, manifiestamente, los cristianos de esta época no tuvieron conciencia. En vista de ello, las *sagas,* incluso las de los siglos XI y XII, adquieren el carácter de testimonio histórico sobre los viajes comerciales o las expediciones guerreras, en dirección a Groenlandia, Bizancio, Laponia o el mar Caspio. Las incursiones vikingas se inscriben sin esfuerzo en este marco de expansión a todo precio, aun cuando las causas de la misma, como se ha señalado más arriba, siguen siendo oscuras. Los pueblos eslavos de Lituania o de Bielorrusia, sin duda porque aceptaron llanamente cambiar por metales preciosos o pieles el ámbar, los esclavos irlandeses, el hierro o la madera que les ofrecían los suecos —llamados varegos—, no tuvieron que sufrir las duras pruebas infligidas a los sajones y a los francos. La instalación de los noruegos en Irlanda (a partir de 800), Islandia (870), el Danelaw sajón (a partir de 870) y «Normandía» (a partir de 910) hacía del mar del Norte y del Báltico un mundo cerrado en el que se difundieron idénticas costumbres náuticas, artesanales e incluso agrarias; no pocos enigmas, como el de los paisajes de Caux o de Kent, el de la

parcelación en *delle* o en *furlongs* de ambas orillas del canal de la Mancha, podrían ser explicados por este hecho. Y la misma observación sería pertinente respecto a los tipos de encuadramiento de los hombres y a sus formas de expresión: la leva en masa danesa (*leding*) recuerda el *fyrd* sajón; el *althing* de los hombres libres escandinavos, la *witenagemot* de los ingleses; los *jarls* noruegos, los *earls* de Inglaterra; etcétera.

Esta situación persistió durante largo tiempo. Sin duda, se puede considerar que la lenta, muy lenta, cristianización de los escandinavos —pero también los sajones habían ofrecido una dura resistencia en tiempos aún recientes— estableció un tenue vínculo, quizás a través de Hamburgo; pero la fe era la de los príncipes, teñida aún de creencias mágicas, que los largos inviernos, la bruma y el bosque ayudan a mantener, hasta tal punto que todavía no han sido desarraigadas. El rey Knut irá a Roma en 1034 para besar la mano del pontífice, pero por otra parte le sorprendemos en flagrante delito de ensartar niños personalmente. Políticamente, los ajustes de cuentas entre «reyes» que empiezan a definir los límites de sus zonas de acción no tienen ni importancia ni transcendencia antes del año mil; su único interés reside en que a veces se dirimen en el mar, en batallas navales dignas de la Antigüedad. Pero da la impresión de que a una buena parte de la población, escasa, aislada, poco le importan tales asuntos.

El punto de llegada se sitúa a principios del siglo XI, cuando el danés Svend, «el de la barba partida», acomete, a partir de Danelaw[*], la conquista de toda Inglaterra (1002). Muere sin ver realizada su obra, que culmina su hijo Knut (1014). Dado que este personaje está en buenas relaciones con el «*jarl* de Rudhu» —es decir, el duque de Ruán, de Normandía—, con el conde de Flandes y con el emperador, y dado también que ocupa parte de Suecia, la historia le ha otorgado el sobrenombre de «el Grande». El mundo nórdico, en efecto, parece en este mo-

mento estar unificado desde Londres hasta Novgorod, la factoría en tierras rusas. Y, probablemente, bajo esta cobertura política se esboza el fenómeno —mucho más importante— de una definitiva sedentarización campesina; poco sabemos al respecto en lo concerniente a Dinamarca, pero las excavaciones inglesas, como las de Chalton, demuestran que fue entre 1000 y 1050 cuando el hábitat se fijó de un modo duradero, a menudo cerca de los *burhs* erigidos por el rey sajón Alfredo en el siglo X, en el curso de sus luchas contra los vikingos.

«1066 y lo que siguió»

Esta fórmula, título de una aguda obra de vulgarización inglesa, caracteriza un hecho de extrema importancia para Occidente: el principio —¡porque, en cuanto al fin, todavía no parece hallarse al alcance de la vista!— de la vinculación de Inglaterra a la Europa continental.

La muerte de Knut, acaecida en 1035, provocó la disgregación de su efímero imperio: rupturas en el norte, saqueo de Haithabu por los alemanes en el sur, restauración de las monarquías sajonas al oeste, mientras que en Normandía, un poder fuerte, ampliamente «afrancesado» ya, se consolidaba bajo la autoridad del duque Guillermo. Probablemente, entre las dos orillas del canal de la Mancha se fue perfilando una compenetración a partir de 1030, o tal vez antes: personal eclesiástico, fundaciones religiosas y servicios de reclutamiento de guerreros mantienen intercambios mutuos. Los historiadores ingleses están muy divididos en la cuestión de la parte sajona y la parte normanda en el destino ulterior de su país; para un continental, se trata más bien de un falso problema, por cuanto las estructuras sociales no parecen fundamentalmente distintas: hombres libres, la mayoría de ellos integrados en vínculos de encomendación (*vassi, thegns*), una jerarquía «noble», o por lo menos guerrera, bastante fuerte (condes y *caris*, vizcondes y *sheriffs*), costumbres y exigencias militares afines (*feonn, firma*: guardias

personales de los príncipes, etcétera); *burhs* y castillos se levantan sincrónicamente. Ello no significa que todo lo que sucedió fuera previsible, pero al menos su aspecto inopinado solo pudo sorprender a los ignorantes de la época, los cuales, bien es verdad, eran legión.

El desarrollo de los hechos es conocido: a la muerte del último rey sajón, Eduardo, tan casto como incapaz, los jefes ingleses designan como monarca a uno de ellos, Harold, de nombre típicamente danés (1066). Se inicia entonces un inmenso ajuste de cuentas que durará tres años: el rey de Dinamarca, Harald, efectúa el primer movimiento y desembarca en Danelaw; pero Harold le hace frente, le derrota y le mata. Más tarde, en 1069, el rey de Noruega, Svend, intentará una aventura similar, también infructuosa. Pero entre tanto, lo principal ya ha tenido lugar: retrasado por un viento desfavorable, el duque Guillermo ataca el sur de la isla; con sus tropas cansadas, Harold le presenta batalla en Hastings, donde pierde la vida (14 de octubre de 1066). Convertido en «el Conquistador», Guillermo toma posesión de su reino, no sin dificultades ni rebeliones, ya que le costó nueve años y solo lo logró al precio de expulsiones y deportaciones y, sobre todo, gracias a una verdadera implantación de normandos, bretones y picardos en la isla. Fue este motivo el que le llevó a reforzar los vínculos de dependencia, aún poco definidos en Inglaterra, en particular recortando de un modo drástico los derechos de los ingleses libres y generalizando el sistema feudal militar sobre el que reposaba su autoridad en Normandía.

El episodio no se reduce únicamente a un desembarco coronado por el éxito, lo cual ya no estaría nada mal. Debido a la reunión bajo una misma autoridad de las dos orillas del canal de la Mancha, el archipiélago se vio inducido a volverse hacia el continente. Si los duques normandos hubieran conservado intacto el recuerdo de su origen danés, tal vez no se hubiera pro-

ducido este cambio de orientación. Pero, por un lado, en la sociedad de Ruán o de Caen no subsistía mucho de las prácticas del derecho familiar nórdico —el concubinato legal, por ejemplo—, lo cual explica tal vez que 150 años después de la instalación de Rollón se hubiese producido una fusión con la población autóctona mayoritaria; y por otro lado, dos generaciones después de Guillermo, en 1153, la falta de herederos masculinos hizo pasar el reino de Inglaterra a manos de los condes de Anjou, como veremos más adelante, factor que, evidentemente, no podía sino favorecer aún más el acercamiento.

El mundo nórdico, sin embargo, no queda roto: los mercaderes ingleses encontrarán a sus primos daneses en Novgorod a partir de 1100, y, a la inversa, los navíos bálticos, los de «la gente del Este» (*Österlingen*, posible etimología de la palabra *sterling*), siguen atracando en Londres, si no en Ruán. Pero en cambio, los Estados escandinavos parecen haber perdido su dinamismo. El desarrollo del poder monárquico, la cristianización o la organización eclesiástica pasan a manos de los alemanes, al igual que el comercio y el control de los estrechos. En adelante, son los mercaderes de la «Hansa» germánica quienes imponen su ley en estas regiones. La Europa del norte queda ligada al continente.

Al este, una frontera que sigue abierta

El momento de la llegada de los pueblos eslavos occidentales a Europa central es muy difícil de determinar; posterior, ciertamente, al avance hacia el sur y el sudoeste —orillas del Danubio y Bohemia—, durante el siglo III y principios del IV, de los pueblos escandinavos o de las ramas germánicas emparentadas con ellos que eran los godos y los lombardos. En cambio, la penetración de estos últimos en el valle del Po parece coincidir con

una masiva infiltración de los eslavos en los Balcanes, entre 540 y 620, de la que se ha hablado en el precedente volumen. Las tribus eslavas así instaladas desde el Báltico hasta el Adriático —donde aún permanecen sus descendientes— quedaron, por lo tanto, en contacto con los pueblos germánicos que se habían asentado allí tras el período de las «invasiones», sajones, turingios, bávaros, y poco más tarde los dominadores de todos ellos, los francos. Entonces, hacia finales del siglo VIII, empezó una confrontación tenaz y aparentemente irreductible, que todavía dura en nuestros días, entre estos dos conjuntos étnicos. La Edad Media no resolvió en absoluto esta cuestión, como tampoco lo hicieron los siglos siguientes, y mucho menos el nuestro; pero es preciso indicar cómo surgió.

Una asombrosa precocidad

Recién terminado el último gran conflicto mundial, los historiadores y arqueólogos de Europa central, en especial los polacos, abandonando el tradicional estudio de las crónicas y los diplomas, que adolecían de una gran influencia de los alemanes y, además, se referían a esta minoría dominante, se dedicaron intensamente a hacer revivir la cultura material de los eslavos antes de la germanización. Los resultados fueron dignos del esfuerzo; en esta zona que la historiografía occidental creía inmovilizada en un estadio rudimentario de la evolución, y en todos los campos, incluido el *Drang nach Oslen* teutón, han surgido las huellas indiscutibles de una cultura y una economía sumamente avanzadas, que sin lugar a dudas aventajaban a la cultura y la economía de los germanos orientales, sus vecinos del oeste.

En efecto, no solo las excavaciones realizadas en las necrópolis de Bohemia, Moravia o Posnania han puesto de manifiesto los vestigios de una utilización continua entre los siglos VIII y xi, y tal vez antes, señal de una rápida toma de posesión del suelo, sino que el estudio de los campos fósiles, como los de

Spicymierz, junto al río Warta, da fe de agrupamientos de viviendas y de terrenos agrícolas en los siglos IX y X, muy precoces por lo tanto, incluso con relación al *incastellamento* italiano. Más aún, en estos mismos lugares se han hallado los hornos de metales y las rejas de arado más antiguos de Europa, de los siglos VIII al X. Las excavaciones efectuadas en pueblos, o incluso en algunas de las ciudades de hoy, como Poznan, Gniezno, Opole, Gdansk, Biskupin o la misma Praga, revelan la erección de puntos fuertes en torno a los cuales se aglomeraron artesanos del metal, del cuero o de la peletería, con toda probabilidad al servicio del dominante local, lo cual indica una jerarquización precoz de la sociedad. Por otra parte, estos centros comerciales —*gorods* o *grods*— nos han legado extraordinarios restos de empalizadas, calzadas y fachadas de madera del siglo X de los que no se conserva ningún equivalente en la Europa del oeste.

Es posible que el contacto entre los mundos báltico y balcánico acelerara este florecimiento. La gran vía fluvial que siguieron en el siglo X multitud de mercaderes judíos venidos de tierras islámicas, al-Andalus o Iraq, según los casos, parece haber sido, entre 940 y 975, un eje de comunicación, cuyo control por parte de los germano-eslavos duró hasta la instalación en el bajo Danubio de los invasores de la estepa, los pechenegos; Ibn Ya'qûb, que visitó Praga y Krakow (Cracovia) hacia 945-950, vio circular por estas ciudades plata franca y alemana, oro bizantino y musulmán, cereales y metales. Desde esta época, en efecto, la doble vocación de los eslavos del norte parece ser la cosecha de granos —trigo, cebada, mijo…— o la reventa de los mismos, y el papel de intermediarios entre el Báltico y el Danubio. Debido a ello, cabe observar que el grupo meridional —servio-croatas, estirios, etcétera, instalados en la antigua provincia romana de Illyricum— no pudo participar en el evidente enriquecimiento. Así, su desarrollo fue más lento, sus activida-

des, como la piratería en el Adriático, más rudimentarias, y, en el siglo X, su resistencia a la presión bizantina más débil, en particular en lo concerniente a la cristianización.

Por el contrario, los checos y los polacos, aun fragmentados en una veintena de tribus que los analistas carolingios, algo miopes, se esfuerzan por caracterizar artificialmente, presentan desde el siglo IX signos de vitalidad y de sedentarización que se ha creído poder relacionar con un impulso demográfico. Este doble incentivo, los hombres y las riquezas, fue probablemente la causa de las continuas incursiones de los príncipes carolingios al otro lado del Elba, sin preocuparse por cristianizar estos territorios ni por ocuparlos. Dichas *razzias* alimentaban el comercio de los esclavos, y es sabido que el origen de esta palabra lo constituye el término genérico de eslavo. La vitalidad de los sorabos, lusacianos, wilzos, polanos, obodritas y demás no parece haber sido afectada por estos periódicos golpes de mano, por cuanto a finales del siglo IX, aprovechándose del reflujo de los carolingios, numerosos grupos eslavos lograron instalarse al oeste del Elba, e incluso del Saale, muy cerca del macizo argentífero del Harz, o más al norte, en Holstein y en Hannover. Evidentemente, la parte más amenazada de Alemania era Sajonia; por ello, no resulta extraño que a principios del siglo X el duque Enrique, y más tarde su hijo Otón I, al subir al trono germano, tomaran medidas defensivas; en 955, el mismo año en que detenía el avance húngaro, el rey Otón infligió a las bandas eslavas la derrota de Recknitz y las obligó a traspasar el Elba.

Alemanes y polacos: el comienzo

Mientras la cristianización y el apaciguamiento de los húngaros cortaban definitivamente en dos partes la masa de los eslavos, dejando a los del sur, más débiles, a merced de la marca del Este —la futura Austria— y del arzobispo de Salzburgo, Am, un conflicto milenario comenzaba a plantearse en el norte.

El período anterior a los años 1020 o 1050 ofrece especial interés, porque es, de manera bastante manifiesta, aquel en el que la superioridad eslava parece evidente. Otón y sus tres sucesores concebían su misión como emperadores según el principio carolingio —someter y convertir—, y sin duda por esta razón tomaron la ofensiva en diversas ocasiones. Pero su éxito estribó, sobre todo, en la penetración de los misioneros, enviados por Adalberto, obispo de Praga, o por Pilgrim, obispo de Passau. Las creaciones de sedes episcopales, desde la de Poznan en 968 hasta la de Cracovia en el año 1000, constituyen indiscutibles logros germánicos, y ya ha sido señalada en su momento la conversión del duque Miesko, *amicus imperatoris*. Pero muy pronto los obispos titulares de dichas sedes fueron polacos, lo cual limitaba sobremanera la influencia alemana.

Desde el punto de vista político, en efecto, los germanos apenas se mueven de su base del Elba. Otón 1 había previsto el establecimiento de una serie de «marcas» a lo largo de toda la zona de contacto: marca del Norte, marca de Lusacia, etcétera, abiertas hacia el este en una perspectiva de conquista. Pero su aspecto es más bien defensivo. Por otra parte, es el momento de fijación de la sociedad eslava: las comunidades aldeanas, *opole* (que en latín será traducido como *vicinia*), muestran una fuerte estructura campesina. Poco a poco, las diversas tribus se federan, forman *wiec*, bajo la dirección de jefes de clan, grandes propietarios de tierras, los *supanis*. Cada uno de estos se rodea de una clientela armada, unida a su persona por un juramento de fidelidad, factor que emparenta a este tipo de organización con los estadios tempranos del sistema vasallático. Por último, en la cumbre, los jefes de tribu designan un rey, un *kral*, cuya etimología parece fundarse en el nombre —Karl— con el que reinaron tantos carolingios. Esta evolución queda doblemente sancionada al finalizar el siglo X: en 999, Boleslao Chrobri recibe de manos del emperador Otón III, en la ciudad de Gniezno,

un círculo de oro que le convierte en un príncipe amigo del soberano, pero no súbdito suyo: este acto, como también el que tiene lugar por los mismos años con el rey húngaro Esteban, debe considerarse como una especie de ceremonia de inclusión de estos pueblos en el mundo europeo. No se trata en absoluto de sumisión a Alemania. Muy al contrario, ya que Boleslao se aprovechará de las dificultades de Enrique II para ocupar Pomerania, Mazovia, el sur de Polonia e incluso, durante un breve espacio de tiempo, Bohemia. Al igual que cualquier soberano de Occidente, Boleslao se forja una ascendencia más o menos mítica hasta un supuesto Piast, rey-campesino. Polonia acaba de nacer.

Sin embargo, y desgraciadamente para los eslavos, todo ello no constituye un obstáculo lo bastante fuerte como para contener el empuje alemán, alimentado por la presión demográfica, la sed de nuevas tierras y el desprecio por el vecino. Tras la relativa interrupción del siglo IX, el XII es el gran siglo de la ofensiva germánica, agresión lenta y con pretensiones de definitiva para hacer retroceder poco a poco a los eslavos hasta el otro lado del Oder, y a continuación aún más lejos. Por haber representado una etapa esencial en la historia de la población europea, volveremos sobre este tema más adelante, pero desde aquí mismo podemos señalar ya la aparición de un rasgo primordial del rostro de la Europa actual.

AL SUR, OBERTURA PARA UNA RECONQUISTA

A finales del siglo IX, el donaire del califa ʻabbâsí que afirmó que los cristianos eran incapaces de hacer flotar siquiera una tabla en el Mediterráneo no se encuentra lejos de la verdad, por lo menos en lo que al oeste se refiere. Desde al-Andalus, desde Baleares, desde Les Maures (en Provenza) o la isla de Córcega,

desde Sicilia conquistada y sus cabezas de puente en Campania, los sarracenos dominan la costa, saquean Tarento, Bari, Roma y todo el litoral languedociano. En la Península Ibérica, contienen a los montañeses insumisos en los altos valles de Asturias o los Pirineos. Por otro lado, como se ha visto en el volumen precedente, los húngaros llegan entonces hasta el Apenino o las Cevenas. La situación es desastrosa. Y es precisamente en esta noche cuando empiezan a brillar las primeras luces, que luego van haciéndose mayores, de un despertar europeo. El fenómeno requiere una explicación.

Indomable Hispania

Bloqueados durante el siglo VIII en inaccesibles guaridas pirenaicas, desde Navarra hasta Cataluña, o adosados a las costas norteñas de Galicia. Asturias y el País vasco, grupos de campesinos y pastores siguen considerándose cristianos y luchando por no dejar de serlo. El emir de Córdoba no parece preocuparse en exceso por estos escarpados reductos. Como mucho, sentirá inquietud por el limitado esfuerzo carolingio en el norte de Cataluña. Se discute sobre si los musulmanes evacuaron las poblaciones establecidas que se hallaban en contacto con estos grupúsculos, creando así un espacio vacío, una zona de amortiguamiento vigilada por una línea de guarniciones colocadas en lugares elevados o encerradas en *qal—'at*; es probable que, debido a las necesidades de la trashumancia, los rebaños, que no tienen religión, atravesaran con regularidad este *no man's land*, lo cual incita a pensar que no debía estar enteramente despoblado.

El emir 'Abd al-Rahmân III, aun cuando dio muestras de estar al corriente de la historia al proclamarse califa en Córdoba en 929 cuando se enteró de que el fâtimí 'Ubayd Allâh había hecho lo propio en Ifrîqiya, parece haber sido menos instruido en materia de geografía. Porque, en caso contrario, él y quienes le rodeaban habrían comprendido que los cristianos del norte

representaban una fuerza real, como el futuro se encargó muy pronto de probar. Primeramente, y sin que se pueda hablar de una afluencia de guerreros que no empezaría a manifestarse antes de 1020 o 1050, los cristianos de «España» tienen a sus espaldas el mundo franco o un mar libre de piratas sarracenos. Así, pueden confiar en abastecerse de caballos, pescado, cereales; sus valles, fáciles de defender, tienen pastos abundantes y laderas cubiertas de bosques; en la zona cristiana se encuentra asimismo la mayor parte del metal ibérico, especialmente el hierro en Asturias, en el País Vasco, en Cataluña. La vid que produce va ligada a los contratos de *complantatio,* tan útiles para reforzar la cohesión de los agrupamientos campesinos. Estos son sólidos, y la ruda vida montañesa los ha hecho aún más coherentes: no está de más recordar que ahí nacerán, en Olorón, en Jaca, en Pamplona, los primeros «fueros» en los que quedarán reconocidas las libertades comunitarias. Además, estos puñados de irreductibles lo son todavía más por su originalidad cultural, lingüística y a veces étnica que por su fe: entre ellos están los vascos, probables herederos de los iberos, y sus hermanos de Navarra, godos y suevos bloqueados allí desde el siglo VI. Todos constituyen fraternidades guerreras cuyo valor ya había experimentado Carlomagno en Roncesvalles. Por último, también merece la pena indicar que un cimiento jurídico proveniente de los siglos pasados, la *lex gothica,* surgida del derecho romano y de las costumbres visigodas, acerca unos a otros a estos montañeses, pese a sus múltiples diferencias, y los revela a sí mismos frente al Islam.

Al principio, su progresión es sumamente tímida: cada año, al llegar el buen tiempo, cuando los animales se encuentran en los pastos de montaña, los hombres, convocados por orden de un «rey» que a menudo no es más que un jefe de tribu, efectúan una incursión, una *as-sayfa,* hacia el sur, llegando hasta Vigo o Sahagún, o incluso hasta Valladolid y el Duero; al este, las co-

rrerías alcanzan el bajo Ebro. Estos éxitos en la zona ocupada, conseguidos con bastante facilidad, impulsan a algunos jefes a hacerse nombrar reyes de Asturias, y más tarde de Castilla, en Burgos (884), de León en Oviedo primero y luego en León (912), de Navarra en Pamplona (925), mientras que en el este, en territorios catalanes, no se va más allá del título de «conde» porque, en principio, se trata de una zona carolingia. Estos progresos no representan un excesivo peligro para el nuevo califato, pero lo inquietan suficientemente como para que el visir Al-Mansûr (Almanzor), y tras él su hijo, hagan retroceder brutalmente a los cristianos entre 985 y 1008, tomando Barcelona, Urgel y Compostela entre otras ciudades. El gran momento de la Reconquista todavía no ha llegado.

El viraje decisivo tiene lugar entre 1020 y 1060. Por un lado, la resistencia del Islam se debilita, el califato agoniza y su autoridad acaba estallando en reinos tribales, los taifas; por el otro, en este mismo período, atraídos por las reliquias de Santiago, por la posibilidad de apropiarse de tierras o de forjarse un destino, comienzan a cruzar los Pirineos por Le Perthus, Somport o Roncesvalles, grupos de peregrinos armados y de segundones llenos de avidez. Son tolosanos, provenzales, borgoñones e incluso bretones; unos siguen el «camino francés», jalonado de asilos cluniacenses hasta Compostela; otros se ponen al servicio de un agente público, se infiltran en el clero o forman «barrios francos» junto a los muros de un castillo condal. Entre tanto, la situación social de los pequeños Estados hispánicos evoluciona con rapidez: tras una fuerte crisis, entre 1020 y 1050, la autoridad local se ha transmitido a estratos bastante bajos; el castellano, alcaide de un castillo, puede rodearse de familiares armados, los infanzones, poseedores de tierras, y convocar en nombre del rey la hueste aldeana que combate a caballo, llamada caballería villana, fenómeno que causaría escándalo allende los Pirineos. Son tropas aguerridas, que cuentan con un

botín seguro y, en caso de conquista, con una implantación en las tierras ganadas al enemigo; los de mayor rango social recibirán una tenencia, un «honor» público del rey o de sus representantes; los otros, la guardia de un *qal'at* arrebatado al infiel. Y todo con la bendición de la Iglesia, que desde el pontificado de Gregorio VII promete la salvación a quien haya hecho la guerra santa.

Así, la Reconquista adquiere un impulso notable a partir de 1060, y más aún a partir de 1075, cuando los reyes, tras concentrar de nuevo el poder en sus manos, y esta vez con firmeza, incrementan su fuerza campaña a campaña tomando para sí —y exclusivamente para sí— las ciudades, o cobrando las parias, tributos que les pagan los jefes musulmanes, vencidos, hechos prisioneros o ávidos de mercenarios. Con ello, el realengo, el dominio real, se convierte en base esencial del poderío de los monarcas hispánicos; gracias a él podrán multiplicar las concesiones de tierras a los recién llegados, pagar tropas de guarnición, restaurar los castillos… Además, la reapertura de los intercambios a partir de 990-1000, sobre todo en Cataluña, provoca una afluencia de oro musulmán hacia el mundo cristiano, del orden de los 30 kilos por cada paria anual que recibe el conde de Barcelona. Recaudador de *mancusos*, revendedor de esclavos, poblador y *bastidor* en las tierras reconquistadas, el príncipe hispánico del siglo XI es, muy probablemente, más rico, más envidiado y más servido que cualquier otro rey cristiano.

A estos triunfos en mano se une el buen uso de los mismos. Reducida, durante los años 1009 a 1065, a incursiones profundas, a *algaradas* hasta Córdoba, la Reconquista seria comienza con la formación de un reino unido de Castilla y León, con, a su lado, un reino portugués creado por y para borgoñones, un reino de Navarra que vacila entre un destino francés y un destino español, y pronto una corona de Aragón que incluirá el

reino de Aragón y los condados catalanes. Coimbra, Salamanca, Segovia, Soria forman la línea alcanzada antes de 1070; Toledo es tomada en 1085, en una atmósfera de reencuentro con el pasado romano-godo; Zaragoza y Tortosa lo serán antes de 1120. La mitad de España es ya cristiana; cierto que el Islam, como pronto se verá, todavía no ha dicho su última palabra; cierto también que los problemas planteados por la repoblación de las tierras tomadas son inmensos, costosos y complejos. Pero la historia ha decidido: la cruz reinará sobre la península, y ya nadie pone en duda esta verdad al alba del siglo XII.

Inaprensible Italia

Desde los etruscos hasta nuestros días, ¿quién ha podido o puede jactarse de dominar Italia y, sobre todo, a los italianos, masa móvil, sutil y viva, en la que la mezcolanza de las culturas había dejado, ya en la Edad Media, lo mejor y lo peor de cada una? En los persistentes intentos de sus vecinos por imponerles un orden que ellos no echaban de menos en absoluto, los italianos soportaron desde el siglo X hasta el XIII, período del que nos ocupamos aquí, los fatigosos esfuerzos teutones. El esquema es conocido; el resultado, previsible. Dado que Carlomagno había ido, que los griegos, en el sur, fingen no olvidar a Justiniano, que solo tras domar al papa será posible dominar la Iglesia de Alemania, y dado también —¿por qué no?— que Italia es rica y bella y constituye el ideal reposo del guerrero, los soberanos alemanes, desde Otón I a partir de 954 hasta la muerte, tres siglos más tarde, de Federico II, se fijaron como objetivo el de amarrar Italia a Alemania.

Para lograrlo, no le faltan al soberano germánico ni argumentos ni triunfos en mano. Es en Roma donde debe ser coronado emperador, en Italia donde podrá afrontar al infiel o negociar con el *basileus*, en sus puertos donde se dará salida a los productos de una economía que nace al norte de los Alpes. Además, ante él se abre el Brenner, el único paso alpino libre de

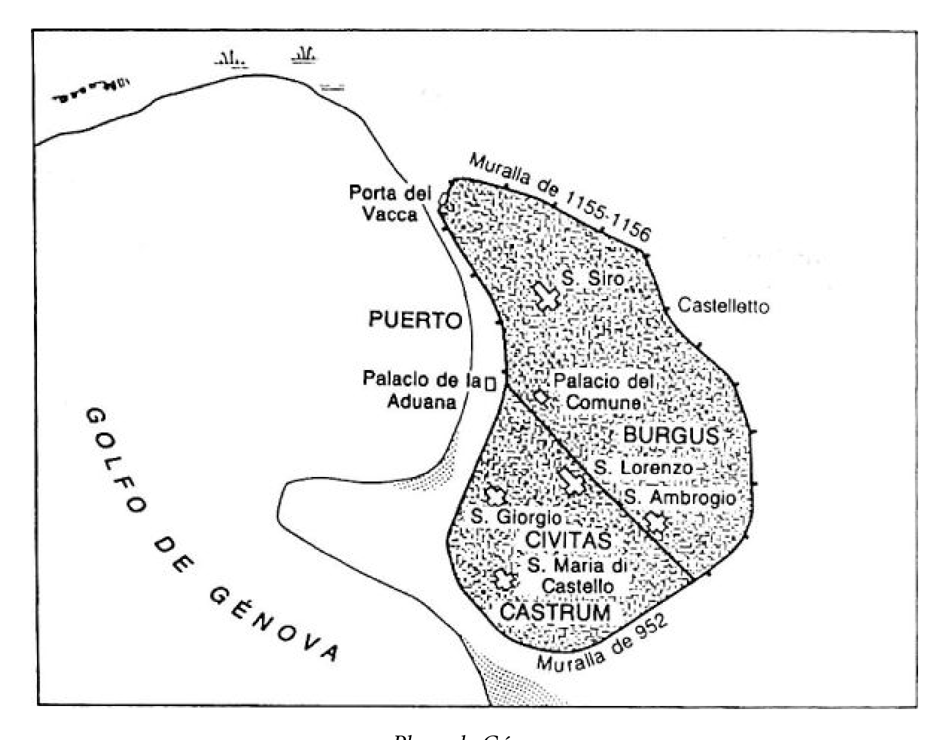
hielo en invierno; puede exigir de sus guerreros el servicio del *Romfahrt*, la expedición rumbo a la Urbe, con promesa de botín para los participantes y con el conjunto de los obispos alemanes agrupados en torno a su persona.

Las dificultades no tardaron en surgir, previsibles o no: en primer lugar, el coste y la fatiga de las empresas que es preciso volver a iniciar una y otra vez porque los italianos conocen demasiado bien el derecho y se doblegan a la llegada del emperador para, una vez partido este, no respetar en nada los pactos acordados por la fuerza; en segundo lugar, el doble peligro que constituyen, en Alemania, las rebeliones o las iniciativas propiciadas por ausencias de meses o incluso de años, y en Italia, las carencias o las epidemias susceptibles de diezmar unas tropas venidas del norte y acostumbradas a ritmos de vida muy distintos; en tercer lugar, la resistencia, que creyó poderse superar mediante la astucia —pero se trataba de una astucia muy inferior a la de los propios italianos— o mediante la violencia, que no hacía sino aumentar la voluntad de no ceder: ante todo, y después de los decretos gregorianos, el papa no tiene intención de dejarse dominar, y ya se han mencionado más arriba los constantes resurgimientos de este conflicto, con la aparición y posterior estallido, como efímeras burbujas, de antipapas imperiales, hombres de paja rápidamente eliminados; en cuarto lugar, las ciudades abundan en este antiguo país romano: no se trata aquí de las *Königsstädte* en las que reinan el emperador y su obispo, sino, por el contrario, de centros en los que los representantes del primero y la persona del segundo han sido expulsados a menudo cuando no se mostraban dóciles; así, hay que asediarlas, destruirlas si hace falta; pero en vano, porque si se arrasa Milán, Alessandria brota como un hongo a poca distancia; y por último, pronto se impone la necesidad de abandonar el Mezzogiorno a su suerte: en dichas tierras, ya Otón II había mordido el polvo ante los musulmanes, y más tarde Enri-

que III ante los griegos; a partir de 1050-1080, son los normandos quienes llegan, nuevo e irreductible peligro.

En adelante, los esfuerzos alemanes se repiten y se convierten en una ininterrumpida serie de fracasos. En general, el soberano consigue abrirse camino hasta Roma, aunque cada vez con mayores dificultades en el siglo XII, pero los vizcondes o podestás que deja tras él en las ciudades le traicionan o huyen. Conrado II en 1037 y Federico Barbarroja en 1154 comprendieron que era indispensable, para cimentar su dominio, modificar la estructura social, por lo menos de la llanura padana; el primero tuvo la idea de vincular directamente los pequeños vasallos a los príncipes o a él mismo, como para dejar fuera del circuito a la aristocracia media de los *capitanei*, la más peligrosa, pero no tuvo éxito en este empeño; el segundo, en Roncaglia, intentó levantar toda una pirámide social a la alemana que culminara en su persona; las ciudades, olvidadas por él en este proyecto, le mostraron que sus milicias no merecían los sarcasmos de los caballeros teutones infligiéndole la derrota de Legnano (1176). Quedaba una solución: ser italiano; Federico II lo fue, por su nacimiento, sus aficiones, sus estancias y su inteligencia. Pero con ello solo se daba la vuelta al problema, porque esta vez fue Alemania la que resultó ingobernable desde Italia.

Así pues, no es esta serie de episodios inútiles lo que cuenta para la formación de la Italia moderna, sino dos series de acontecimientos separados: una explosión urbana, muy previsible, y la instalación de los normandos, perfectamente inesperada.



Plano de Génova

La muralla de 952 protege el puerto de las incursiones de los sarracenos y rodea el castillo y la ciudad episcopal. La de 1155 rodea el centro económico, que se extiende hacia el norte, y el centro político, alrededor del palacio del Comune. En los siglos XI y XII, Génova se enriqueció, primero, gracias a las *razzias* de sus marinos piratas, y más tarde, con la cruzada, al comercio de sus mercaderes.

El movimiento de reorganización del hábitat rural, el *incastellamento*, olvidado por la historiografía italiana durante largo tiempo, es menos específico que la expansión urbana en que se forjaron una imagen de la ciudad meridional y un tipo de vida que aún conocemos. Por otra parte, no hay que ver en ello un signo de precocidad particular; se puede demostrar, incluso, que muchas estructuras urbanas septentrionales alcanzaron su madurez antes que las de Italia. Pero en la península, el movimiento afectó a todos los ámbitos del mundo urbano: el estatuto de los hombres y el marco del gobierno, la actividad económica y el paisaje. Así se justifica que, para muchos, «la ciudad» de la Edad Media la encarnen mucho mejor Florencia o Géno-

va que Brujas o Colonia. La principal particularidad de esta pujanza, que a menudo jugó contra los alemanes, consiste en que todos los elementos sociales del mundo urbano, si bien se enzarzaron en feroces luchas por la influencia, contribuyeron sin excepción, en grados o en momentos distintos, al movimiento de liberación de las ciudades: el viejo núcleo de los *cives,* teórico residuo de la ciudad antigua, orgullosos de hacerse llamar *quintes o curiales* como en tiempos de Augusto, aun cuando en realidad provienen más bien de los *ministeriales* que rodeaban al obispo, el vizconde o el *gastald* lombardo; sigue el *populus,* cuyas presuntas libertades también son halagadas, pero en cuyo seno existen importantes núcleos activos, artesanos agrupados en *arti* o soldados de guarnición que conservan el antiguo nombre de *arimanni,* hombres de armas; y por último está la aristocracia y su abundante *familia,* rural sobre todo por su origen y su riqueza, pero que se traslada a la ciudad y reside en ella, edifica torres, erige iglesias gentilicias y contrata a soldados para defender a los miembros de sus «casas» (*case, alberghi, consorterie*). Todos estos elementos son muy homogéneos, están localmente agrupados, y sienten avidez por supervisar la justicia y el erario. A partir del final del siglo XI, en diversas ciudades del norte de Italia —Verona, Parma, Génova, Cremona…— aparecen *universitates civium* que concentran una serie de órganos de autogestión; pero en términos generales, la creación de estructuras «consulares» o «comunales» es tardía, y se produce a raíz de un accidente dinástico (1035, Venecia), de un levantamiento popular (1035, Milán), de un privilegio otorgado por el príncipe (1081, Génova)… Ahora bien, no hay que pasar por alto un hecho, y es que la vitalidad urbana no dependió en absoluto de esta evolución. Más adelante veremos que la contraofensiva cristiana en el mar Tirreno, obra de Pisa, Luca y Génova, se inicia a partir de 1013, progresa netamente pasado 1050 y alcanza su plenitud a finales del siglo XI. También cabe

destacar que los «mercaderes», que en principio constituyen una figura tan típica de la Italia medieval, tuvieron un papel muy discreto en el movimiento de emancipación de las ciudades, lo cual no les impedía en absoluto emprender audaces iniciativas comerciales.

Una aventura normanda

Si por un lado resulta natural citar la consolidación de Venecia o de Génova como blasones de los que todavía hoy se enorgullece Italia, por el otro merece nuestra atención la peculiar situación del Mezzogiorno. Roma no se había mostrado muy sensible a la especificidad de las zonas meridionales, incluida Sicilia, pese a que habían recibido la influencia de los griegos antes que ella; el «santuario» que constituyeron para Aníbal habría debido dar motivo a la reflexión. Sin embargo, puede que las condiciones climáticas o físicas que tan duramente pesan sobre el mediodía italiano de hoy no alcanzaran toda su gravedad hasta que terminó el proceso de desecación de las costas sur del Mediterráneo, fenómeno de larga duración al que ya se ha aludido. Para ser breves, podemos decir que el Mezzogiorno nació con Justiniano y sus sucesores cuando la reconquista «romana» se vio rápidamente circunscrita al sur de la península, sin poder llegar a Roma, debido a la irrupción lombarda del siglo VI; y ni siquiera todo el sur quedó en poder de Bizancio, puesto que los lombardos avanzaron hasta Benevento y Troia. Este carácter excéntrico y, por decirlo así, «orientalizado» del Mezzogiorno no hizo sino aumentar, evidentemente, con la conquista musulmana de Sicilia y algunos puntos de Calabria y de Campania. Los griegos guardaron Nápoles y Apulia, pero lo que sabemos —y que veremos más adelante— sobre el comercio realizado por los habitantes de Amalfi, Gaeta o Salerno en el siglo X y principios del XI indica que los mercaderes de estas ciudades practican un comercio triangular, en el que Egipto y Bizancio tienen una importancia equivalente. Como es natural,

tanto antes como después de la reorganización de la autoridad imperial en estas regiones por parte de la dinastía macedonia hacia el año mil, las rivalidades entre ciudades son constantes, desde Gaeta hasta Barí. Por ello, hacen falta hombres, y cuando pasa un grupo de valía por una ciudad, esta no duda en tomarlo a su servicio: así hicieron los habitantes de Salerno en 1016, cuando tocó su puerto una nutrida masa de peregrinos normandos que se dirigían hacia Tierra Santa.

Fue un caso típico de accidente histórico «no programado». Los valerosos guerreros venidos desde la comarca del Bessin, en la costa francesa del canal de la Mancha, demostraron su prodigiosa efectividad, y fueron tan bien pagados por ello que señalaron esta mina de beneficios a una plétora de segundones, bastardos e individuos sin herencia que no tenían porvenir posible en Normandía. Estos no tardaron en acudir, ya en 1025, y ponerse a sueldo tan pronto de los griegos como de los italianos. Algunos, más hábiles, obtuvieron tierras y títulos, como los de conde de Aversa (1030) o duque de Melfi (1043). La familia Hauteville se colocó en cabeza de este movimiento e hizo lo posible por medrar; su jefe Roberto Guiscardo supo agenciarse un principado en Apulia, expulsó a los griegos, hizo prisionero al papa León IX sin ninguna clase de escrúpulos y en 1059 logró ser reconocido como duque de Calabria y Apulia. Más tarde, y sucesivamente, los normandos pasaron a Sicilia, se enfrentaron al emperador alemán, desembarcaron en tierras del emperador de Oriente, y por último, en 1130, Roger II tomó el título de rey de Nápoles y Sicilia; para legalizar el hecho hubo de proceder como Roberto Guiscardo casi un siglo antes y coger en sus redes a un papa. Inocencio II, en 1139. Esta aventura ya es extraordinaria en sí misma cuando se observa el esfuerzo —logrado— de fusión de las tres áreas culturales que convergían en la Italia meridional: el Islam, Bizancio y la Europa poscarolingia; Federico II, nacido en Palermo, biznieto de Roger,

encarnó este cosmopolitismo admirable y, evidentemente, escandaloso. Pero más allá de este episodio, en definitiva bastante breve, toda la historia posterior del Mezzogiorno fue consecuencia de la dominación normanda, por cuanto las peculiares estructuras físicas de la región, así como sus originalidades culturales, resultaron como petrificadas tras su inserción en un molde político fortuito pero lo suficientemente duradero para darles una mayor capacidad de resistencia al influjo del Norte. A este respecto, si se consideran las dificultades por las que ha pasado y sigue pasando el Mezzogiorno italiano, a través de las sucesivas dominaciones de los normandos, los Hohenstaufen, los Anjou, los catalano-aragoneses, los españoles, los franceses y la casa de Borbón hasta la unificación de 1871, se puede afirmar que en 1016 los habitantes de Salerno tuvieron una idea bien poco inspirada.

LAS PREOCUPACIONES DEL PODER

En el «movimiento de paz» que llega a su apogeo pasado 1030, se elevan voces disonantes, y no pertenecientes a hombres cualesquiera, sino a prelados de suma inteligencia e indiscutible virtud. Suspirando por las infamias del siglo, Adalbéron de Laon apela al ejemplo del rey; otro obispo, Gérad de Cambrai, rehusando la extensión de las «paces» en su diócesis, invoca al emperador. Para los dos, estas manifestaciones de autodefensa equivalen a desdeñar lo que constituye la base misma del mundo cristiano: el papel del príncipe defensor único y natural de la paz, misión que al ser coronados han jurado observar, ante los obispos el rey y ante el papa el emperador. Adalbéron y Gérard llevan cincuenta años de retraso o tres siglos de adelanto; en su época, el poder superior aún no se ha repuesto de la disgregación carolingia.

No ha faltado quien atribuyera a la brutalidad germánica una responsabilidad esencial en el fracaso de los emperadores en Italia. Pero cabe dudar de que los reyes de Francia o cualquier otro monarca hubiesen logrado mayores éxitos. Y los carolingios no duraron lo bastante (de 800 a 855, prácticamente) para que podamos saber si era posible la existencia de un «Imperio» en Europa y con los medios de la época.

Probablemente haya que buscar la verdadera causa de la inconsistencia del imperio en la concepción misma del *dominium mundi* tal como la habían expuesto los pensadores carolingios y como la repetirán los alemanes, en especial a partir de que el derecho justiniano se imponga con renovado vigor. En principio, el soberano supremo debe recibir la obediencia de los restantes príncipes, los *reguli*, como despectivamente dirá Barbarroja, lo cual ya crea un problema, dado que no se trata ya de hermanos o primos como ocurría en el siglo IX. Sin hablar de «orgullo nacional», concepto fuera de lugar aplicado a estos tiempos, era de esperar que monarcas alejados como los de España o Escandinavia, o convencidos de su originalidad regional como los de Francia y Polonia, o con pocas ganas de debilitar su poder ante súbditos turbulentos como el de Inglaterra, se mostraran más que remisos. Y aun admitiendo que el emperador aceptara contentarse con algunos gestos simbólicos, ello no le dispensaba, para merecer su título, de reunir los tres elementos de la *actio* a la romana: la fuerza material (*potestas*), la superioridad moral y judicial (*auctoritas*) y el supremo mando militar (*imperium*).



El Imperio en los siglos X *y XI*

Varias fueron las vías que se siguieron a partir del momento en que Otón I confirió a los alemanes la corona imperial por más de ocho siglos. Él mismo inauguró la práctica de un imperio cristiano a la manera carolingia: los ritos —llamados el *ordo*

— de su coronación, el modo en que trató a los pontífices, la búsqueda de un apoyo sistemático en los obispos (el *Kirchensystem*), la creación a su alrededor de *regna* —territorios supuestamente súbditos—, elementos todos que recuerdan la concepción de Carlomagno. Proyecto arcaizante, puesto que, pese a su éxito personal y al control ejercido sobre la *Francia occidentalis,* carecía del resorte constituido por la recomendación sistemática, que al menos habría vehiculado su autoridad, su *verbum,* hasta la base de la pirámide social. Su segundo sucesor, Otón III, nacido de madre griega y alumno de Gerberto d'Aurillac, espíritu impetuoso y proclive a los excesos, intentó sustituir el sueño carolingio por el bizantino y crear, en torno a él y a Gerberto —a quien hizo nombrar papa—, una *renovatio mundi,* un universo de síntesis y de piedad. Para ello se instaló en Roma, en la *Aurea Roma,* instituyó un senado y multiplicó los gestos para con los reyes. Su desaparición a los 21 años en 1002 significó la muerte de una idea hermosa pero utópica. Quedaba pues la vía clásica, la que un feudalismo cada vez más presente insinuaba a todos los príncipes: tener feudos y castillos, disponer de la fidelidad de obispos y vasallos, poseer hombres de guerra y dinero, y gracias a todo ello hacerse obedecer y temer. Siendo alemán el emperador, apoyarse ante todo en este país para, seguidamente, irradiar hacia el exterior. Los emperadores moderados no se atrevieron a llevar demasiado lejos sus pretensiones; los obstinados, como Enrique V o Federico Barbarroja, se hicieron añicos contra las dificultades.

La realización del proyecto implicaba una serie de condiciones previas que los príncipes alemanes, pese a todos sus esfuerzos, nunca pudieron reunir. En primer lugar, el peso de Italia gravitaba sobre Alemania, paralizando toda acción continuada al norte de los Alpes, vaciando los cofres del tesoro y socavando las fidelidades. En segundo lugar, el emperador nunca logró disponer de una base territorial propia que le evitara tener que

solicitar ayudas que le costaban caras: el *Reichsgut* comprendía 1500 localidades, pero una cantidad mediocre de castillos o monasterios; en cuanto a las posesiones territoriales de los obispos en las que Otón había basado su autoridad, la lucha con los gregorianos, terminada con el concordato de Worms en 1122, se las arrebata al emperador, y esta gravísima derrota justifica *a posteriori* el afán de los soberanos por evitarle tanto como pueden. Por lo que se refiere a las fidelidades locales, los emperadores multiplicaron las exigencias de servicios militares, pero tuvieron que pagarlos con abundantes cesiones de diversos derechos, de justicia entre otros, *regalia* que tanto codiciaban los señores territoriales de la época. En definitiva, acuciados por dos fuerzas de sentido opuesto —por un lado las exigencias, sobre todo italianas, de su misión imperial, y por el otro las mediocres contingencias alemanas—, los emperadores fracasaron en su empeño de traducir en hechos sus pretensiones universalistas. Terminemos con una última observación, que tal vez hubiera bastado desde el principio: otónidas, salios, Hohenstaufen, ninguna de las tres dinastías sucesivas alcanzó un siglo de duración; al emperador no solo le faltaron medios para llevar a cabo su obra, también le faltó tiempo.

Inglaterra la mal casada

Los monarcas sajones y, después de ellos, sus vencedores daneses, habían dominado, desde el siglo VIII si no antes, sobre un reino poco extenso y poco poblado, casi exclusivamente rural, original por su cultura y sus actividades. Debido al desastre de 1066, que acabó con ella, la monarquía sajona interesa poco a los continentales. Los ingleses, aun los que no abrigan dudas respecto a la normandización de la isla, son muy conscientes de la extraordinaria solidez de la base sobre la que se edificó la monarquía ulterior: ante todo, un fuerte bagaje legislativo, parangonable sin desventaja a los capitulares del continente; asimismo, una organización monárquica simple y recia, la coro-

nación, un consejo de obispos y dignatarios cargados de *honores,* una red de delegados del rey en los «condados» o *shires,* los *sheriffs*; pero también unos derechos públicos regularmente reclamados y respetados, en especial la leva en masa de los hombres libres (el *fyrd*) y las exigencias de albergue y de requisición (el *feorm*). En cuanto a la pirámide social en la que se introduce la encomendación, engloba toda una serie de prácticas, probablemente de orígenes muy diversos, las cuales constituyen las lejanas raíces de los privilegios que protegen al individuo y de los que con razón se enorgullece hoy en día Inglaterra: tribunales de centena (*hundred*), tribunales de *manors,* etcétera. Más arriba hemos indicado que no había en todo ello nada que pudiera sorprender a Guillermo el Conquistador; al contrario, una vez que tuvo a los sajones teóricamente sojuzgados, añadió a esta soberbia panoplia real un elemento suplementario, el *King's Forest,* es decir, la reserva real, aumentada por todas las expoliaciones, y que representaba aproximadamente una cuarta parte de Inglaterra para el rey y su familia. Por lo que se refiere a las principios de encomendación, Guillermo los fomentó al sistematizar los donaciones de tierras *in capite,* es decir, directamente dependientes de su persona.



El Imperio Plantagenêt en el siglo XII

Esta firme construcción tenía el inconveniente del brazo de mar que cortaba en dos las posesiones de Guillermo, pero aun así, este era considerado al morir, en 1087, como el más poderoso soberano de su tiempo, protegido de la Iglesia y defensor

de la paz. Su tercer hijo y segundo sucesor, Enrique I, llamado *Beauclerc*, que reinó a principios del siglo XII, logró volver a reunir en sus manos todo cuanto Guillermo había tenido en las suyas, y se halló en una situación muy comparable. No obstante, ya empezaban a surgir las primeras sombras en el cuadro: los sajones se estimaban, con razón, apartados de las responsabilidades; al norte y al oeste, los celtas de Escocia y de Gales no cesaban de hostilizar a los normandos. Al sur, el rey de Francia incitaba a sus vasallos de Anjou o de Flandes a oponerse a un rey que no le rendía el homenaje debido por Normandía, y al que acabó derrotando en campo raso en 1119. En esta ocasión, otro accidente aceleró la evolución: al no dejar Enrique ningún heredero directo, estalló una calamitosa guerra de sucesión que duró hasta 1153 y deterioró la maquinaria monárquica. El vencedor de la contienda no fue ni un sajón ni un normando, sino el conde de Anjou, Enrique Plantagenêt, casado con la duquesa de Aquitania, recién repudiada por el soberano francés Luis VII porque no le daba más que hijas.

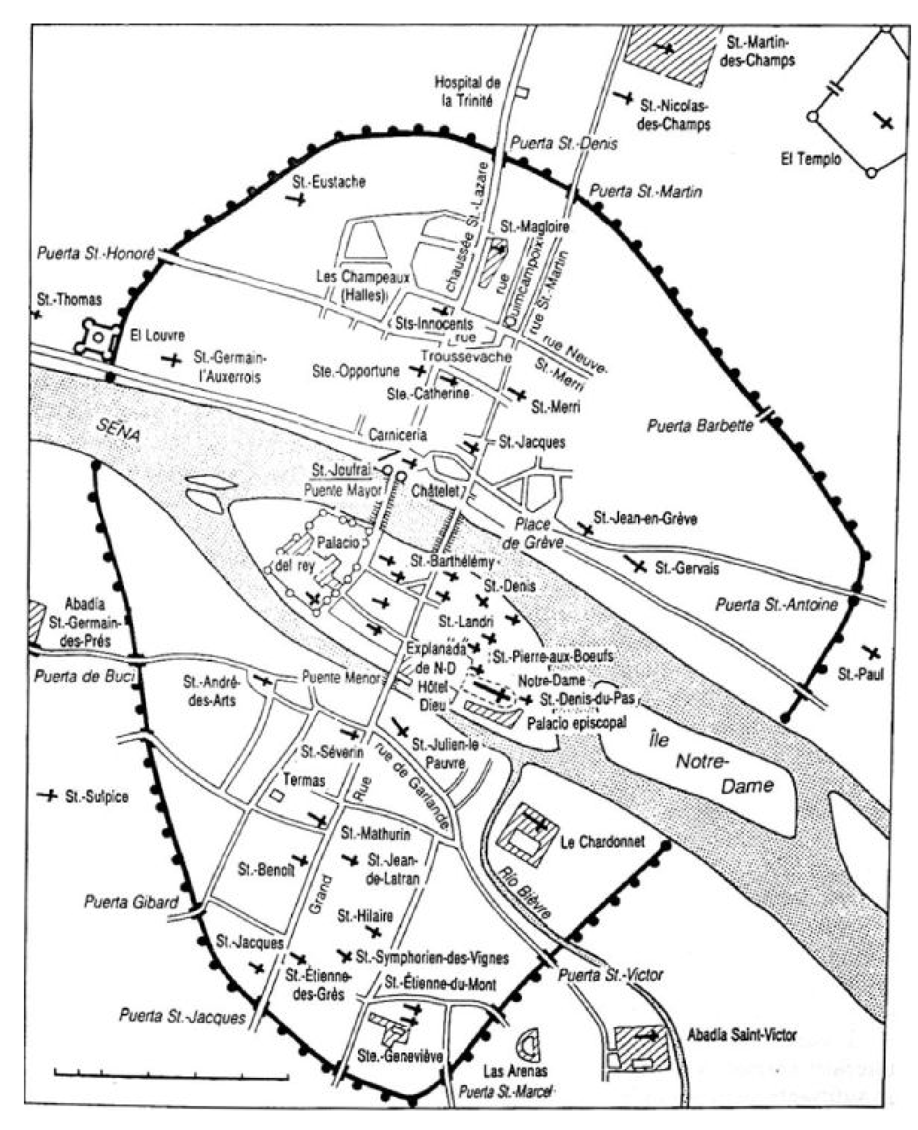
Con este matrimonio se produjo un importantísimo hecho medieval, ya que la situación creada por él debía enfrentar a Francia e Inglaterra por más de tres siglos. Leonor de Aquitania era perfectamente capaz de tener hijos varones, y lo probó dando cuatro, uno tras otro, a su segundo marido, con lo que la duración de la dinastía Plantagenêt quedaba razonablemente asegurada. Así, un solo hombre queda dueño de toda la fachada atlántica de Europa, desde el Clyde hasta los Pirineos; en su poder están Londres, Ruán, Tours, Poitiers y Burdeos; y como es rey en Inglaterra, pone mil dificultades para rendir homenaje al soberano francés. Esta potencia, plasmada en un mapa, impresiona al lector; tradicionalmente, la historiografía francesa busca este efecto, y para ello cita, además del vigor de las instituciones inglesas, toda la febril actividad de Enrique II, sus leyes o *assises*, los servicios de la corte ya muy diversificados, como el

Échiquier financiero, los *baillis*, los senescales que recorrían el «imperio Plantagenêt», sin contar el vino de Burdeos, los tratos con Federico Barbarroja o la designación de un inglés para ocupar el solio pontificio (caso único en la historia). Moderemos tanto el temor como el entusiasmo: lo ocurrido en 1153 fue uno de los acontecimientos más inoportunos que ha habido en la historia de Inglaterra. ¿Qué relación podía vincular a un vasco con un inglés de York? ¿Qué interés común podían tener un lord de las marcas galesas y un «repoblador» (*bastidor*) del Périgord? Este conjunto heterogéneo, saturado de alodios, que se regía aquí por la costumbre y allí por el derecho escrito, en el que se hablaba sajón, lengua de oil, bretón, dialecto del Poitou, occitano y vasco, al margen de los grandes ejes económicos, y tan dilatado que el rey necesitaba un mes y medio para recorrerlo entero, con o sin ejército, resultaba ingobernable, y lo cierto es que, en efecto, no fue gobernado. Añádase a ello el increíble nido de víboras de la familia Plantagenêt, más la irritación —y nos quedamos cortos— de los sajones, obligados a combatir o a pagar por culpa de alguna oscura rivalidad dinástica entre los condados de Angoumois y La Marche. Basta que el rey empiece a flaquear, como le ocurrió a Juan sin Tierra hacia 1212 o 1213, para que los nobles ingleses le obliguen a aceptar la «Carta Magna», una concesión «parlamentaria». Así pues, no es una paradoja afirmar que, en Bouvines, el monarca francés Felipe Augusto, al dispersar la coalición de los aliados de Juan (1215) y explotar su triunfo apoderándose de todas las tierras comprendidas entre el Sena y el Loira, hizo un señalado favor a los ingleses. Porque de la misma manera que el emperador está como apegado a Italia, Inglaterra lo está con respecto al continente, y esto la consume.

Grandeza y miserias del rey de Francia

Caído en manos de un vasallo rebelde tras haber sido derrotado por otro (923), restaurado por voluntad de un tercero

(936) antes de caer bajo su férula primero y la del alemán Otón seguidamente, rechazado o desobedecido de continuo, viendo cómo no cesan de disminuir las pocas tierras del fisco que quedan entre el Aisne y París, el rey carolingio del Oeste es una reliquia de tiempos pasados. El área cubierta por los diplomas de Carlos el Simple o de Lotario se reduce poco a poco; los obispos comienzan a cansarse y, a partir de 955, Aquitania ya no responde. Y con todo, este intervalo que separa la desaparición del último carolingio de Alemania, en 911, de la muerte accidental de Luis V de Francia, en 987, tuvo aspectos positivos, por cuanto contribuyó, frente al tumulto de los reyezuelos sajones y la conciencia poco limpia de los otónidas, a hacer del «rey de los francos», incluso después de la instalación en el trono de Hugo Capeto —descendiente de varios «mayordomos de palacio» a la nueva moda—, un príncipe excepcional. Por encima de cualquier otro, el soberano francés es la continuidad, la paz, el recurso, el ungido del Señor. En lo más profundo de su miseria material o moral, sigue siendo un jefe sagrado, y hasta al sur del Loira se fechan las actas según el año de su reinado.



El París de Felipe Augusto

Será el mayor triunfo de la monarquía francesa. Residencia real donde se reúnen, además de los reyes, los grandes vasallos del reino más rico y más poblado de Occidente. También es un gran centro de consumo, incluso de producción artesanal, si no de comercio. Se trata, en definitiva, de una de las capitales intelectuales y religiosas de la cristiandad, cuya universalidad atrae

a sabios y estudiantes de todos los países: es la única ciudad occidental que presenta estos tres polos de atracción.

A primera vista, no dispone de una sola probabilidad seria de recuperación: el clero que le apoya es poco seguro, sospechoso de adhesión a la causa imperial; sus «fieles», que son al mismo tiempo sus vasallos, solo le guardan el respeto debido a las grandezas meramente institucionales; por otra parte, también ellos, condes o duques de Borgoña, Toulouse, Poitou, Anjou, tienen que enfrentarse con el creciente poder de los castellanos, los *viguiers*, los vizcondes, y pronto, pasado 1050, de los más ínfimos señores. Solo el conde de Flandes y el duque de Normandía logran hacerse obedecer en sus dominios, gracias a las instituciones de paz que han establecido; esta paz que al rey, su defensor natural, tanto le cuesta hacer respetar a su alrededor, incluso en los valles de Chevreuse o del Oise, o en la carretera de Orleans, abarrotados de castillos amenazadores, Coucy, Montlhéry, Houdan, Le Puiset, Étampes… Pero considerándolo con detenimiento, el rey no está tan desfavorecido como parece: en primer lugar, su aura le protege, y el papa, acosado por el emperador alemán, busca y encuentra en el dominio real francés un refugio inviolable; porque el mismo emperador se lo piensa dos veces antes de provocar a quien ha heredado el prestigioso título merovingio: en Yvois, en 1023, incluso aceptará salir a su encuentro para saludarle. Luego, este «dominio», formado por una serie de tierras y derechos cuya enumeración arranca suspiros desde siempre a los manuales franceses por su parvedad, es superior, y con mucho, al de la mayor parte de sus vasallos, superior también al *Reichsgut*, y se encuentra en el corazón del reino, en la zona más rica, más poblada y mejor situada; una sucesión de impuestos, guarniciones y monasterios lo prolongan entre Montreuil y Le Puy, y el rey, aunque sea sin brillantez, «vive de lo suyo», dispone de hombres, de víveres y de dinero.

Se ha observado, con razón, que a partir del reinado de Roberto el Piadoso, hijo de Hugo Capeto, el clero se lamenta ante la impotencia material del soberano para hacer oír su voz a lo lejos; de 1050 en adelante, las únicas fidelidades que le quedan son las de los pequeños vasallos directos, los amigos y los señores de la región de Ile de France. Pero siguen obrando en su poder los antiguos órganos del palacio carolingio: la cancillería, la *chambre aux deniers*, el oratorio real (*capella*); el rey ejerce su función «sagrada», su *ministerium* religioso con la ayuda de *palatini*, de *curiales*, a veces de origen humilde pero que aseguran la continuidad de la *Res publica*. El monarca francés no necesita imaginar sistemas especiales de gobierno como lo hace el emperador, ni tiene que agotarse como él rompiendo lanzas contra un poder concurrente, de carácter también universal; tampoco tiene ante sí a un enemigo de la fe a quien hostigar arrebatándole el país aldea a aldea para ganar el cielo y vaciar sus cofres, como en España; ni tampoco debe afrontar a un adversario de la misma raza atento y dispuesto a aprovechar una circunstancia favorable, como ocurre en el archipiélago. El rey de Francia tiene sus hombres, sus graneros, sus agentes; es irremplazable, y nadie, ni siquiera el duque normando, sueña con eliminarle; puede apoyarse en la Iglesia como el alemán, en la leva feudal como el español, en un clan como el inglés. Solo en un terreno puede temer los rigores del destino: hay que durar.

Y dura; en este solo punto está contenida ya la principal razón de su triunfo ulterior: hermanos dóciles, hijos en edad de reinar, una longevidad envidiable… lo suficiente para garantizar 350 años de filiación continua. No hace falta ser genial para ir aguantando en espera de que llegue el momento de recoger los frutos de esta paciencia; los reyes de la dinastía Capeta no gozan de una reputación excelente; cortos alcances, poca prestancia, ninguna cualidad sobresaliente, ni el más mínimo ful-

gor: Roberto el Piadoso parece una persona inactiva, Enrique I tiene el aire como apagado, Felipe I, maldecido por la Iglesia, no es más que un campesino ávido de ganancias, Luis VI batalla, pero lo hace mal, Luis VII acumula los pasos en falso. Dos siglos transcurren así hasta que el matrimonio de Felipe II con una princesa de sangre carolingia confiere a la dinastía el papel, en adelante indiscutido, de continuadora: entonces llega el momento de salir del dominio real y hacer oír su voz. Con Felipe Augusto comienza la monarquía francesa, más provista que ninguna otra de aquello que le permitirá ser, a breve plazo, la primera de la cristiandad.

Breve panorámica, pero necesaria antes de empezar a examinar detalladamente el tejido de esta Europa por fin nacida: entre los años 950-1000, período en el que se desvanecen las últimas humaredas carolingias y se instauran las estructuras señoriales que durante seis o siete siglos constituirán el marco de vida de los hombres, y a mediados del siglo XIII, las piezas del mosaico cristiano, disociadas hasta entonces, forman un ensamblaje; en algunos lugares el ajuste es imperfecto: Italia del sur, la articulación entre los mundos germánico y eslavo… Pero los ejecutantes interpretan ahora un mismo concierto en el que están incluidos los reductos celtas, el mundo nórdico, la masa de los germanos o los galos con sus bordes eslavos o musulmanes, ibéricos e italianos. ¿Qué falta por hacer para llegar a la Europa moderna? Simplemente avanzar un poco más hacia el este, hacia el norte o hacia el sur, a falta de atreverse a hacerlo en dirección al oeste, donde el océano constituye una barrera. Pero este paso constituye ya una fase de expansión, un «salto hacia delante» imposible de comprender sin la etapa de asentamiento que precede.

Capítulo 4

LA FRAGMENTACIÓN DEL MUNDO ISLÁMICO

(de finales del siglo IX a finales del siglo X)[*]

Desde el último cuarto del siglo IX hasta finales del siglo XI el Islam conoce un inmenso paréntesis ismâʿîlí al mismo tiempo que un despertar de las economías mediterráneas adormecidas: el fracaso ideológico de la monarquía islámica, apreciable ya en 812, su incapacidad para controlar las relaciones entre el poder central legítimo y el poder de pura fuerza de los generales del ejército, gobernadores de provincias, abre una brecha por donde resurge el milenarismo de las masas adictas a la construcción intelectual de los ismâʿîlíes. Oficiales y soldados, rentistas del Estado desde siempre, acentúan su presión y aumentan su sangría sobre los ingresos fiscales; pero sería oponerse al buen criterio querer presentarlos como «feudales» que hubieran limitado la esfera de acción de una «burguesía urbana». Nada cambia fundamentalmente en el campo, aunque las dependencias se refuerzan conforme a una tendencia plurisecular; en la sociedad urbana se produce una readaptación. Bajo la hegemonía de los militares y de sus secretarios la posición de los intelectuales se refuerza, conservando firmemente, frente a la fuerza de los emires, un principio de «disidencia» que les une a las multitudes, en cuestiones morales, religiosas y políticas. La importancia del movimiento intelectual destaca además por el ascenso y la acción del partido ismâʿîlí en búsqueda de una síntesis entre el modelo mediní y la experiencia de la ciencia helénica. Los equilibrios fundamentales no son ni alterados ni rotos; solo el lento crecimiento de las zonas occidentales trastorna finalmente —y tardíamente— la red de rutas comerciales.

La guerra civil en la época de Al-Ma‘mûn, la malograda experiencia de un acuerdo con los ‘Shî‘íes y de un gobierno del Imperio desde el Jurâsán han hecho fracasar las grandes esperanzas de la monarquía islámica; el poder ‘abbâsí, comprometido en su lucha por imponer la ideología del Estado, es violentamente contestado en Bagdad y su autoridad se basa de hecho solo en las autonomías que ha concedido a los gobernadores de provincias.

La cabeza ardiente

Desde Hârûn al-Rashîd, Ifrîqiya, en el oeste, posee su propia dinastía emiral de la familia aglabí y solo proporciona a Bagdad y a Samarra un tributo anual; en el este, desde 820, los hijos y nietos de Tâhir son el verdadero soporte de la dinastía ‘abbâsí, ya que, a pesar de que el propio Tâhir había mostrado cierta independencia en su inmensa provincia oriental, sus descendientes aseguran la estabilidad y la paz en el Imperio. Desde Nîshâpûr, su capital, gobiernan el Jurâsán, el Kirmán, las provincias sudcaspianas y la Transoxiana donde instalan a los gobernadores de la familia sâmâní: sin embargo, los desórdenes son constantes: los hijos de Tâhir colaboran con el visir de Bagdad en 822 para someter los altos valles de la Transoxiana, posteriormente aplastan a los rebeldes jâridjíes en el Sîstán y luchan contra una rebelión copta o contra las infiltraciones zajdíes en Tabarîstán.

Por su parte, los ‘alíes intentan aprovecharse del rápido proceso de islamización del Irán para implantar poderes dinásticos sobre las regiones fronterizas desde donde poder amenazar el centro del Estado califal: en 834, un breve intento en el Jurâsán y otro, después de 864, se apoyan en las dinastías tradicionales de la montaña sudcaspiana del Daylam. Allí se agitan fuerzas que sienten la inevitable evolución del califato hacia poderes

descentralizados: Mazyar, un descendiente de los antiguos «marqueses» del Tabarîstán, se hace musulmán, es recibido por Al-Ma‘mûn, y formando parte de su clientela regresa como gobernador, convierte a las clases dirigentes, construye centenares de mezquitas y se asegura todo el poder sobre la montaña eliminando a las familias rivales y a su propio clan. Denunciado a Al-Ma‘mûn en 827 a causa de la opresión fiscal a la que es sometida esta región, es, a pesar de ello, confirmado en su autoridad y aprovecha la ocasión que le proporciona la acelerada islamización del Irán y la ascensión al poder de los Tâhiríes para romper en su propio beneficio con el pasado tribal y establecer un emirato de nuevo cuño: una guardia de 1200 esclavos mercenarios, un tesoro de 96 000 dinares y 18 millones de dirhemes. El intento, prematuro, fracasa en 839: el ejército capitula sin combate ante un cuerpo de expedicionarios enviado desde Samarra. Esta empresa no tiene ninguna relación con una probable tradición mazdeísta o comunista: Mazyar saqueó en efecto los bienes de varios de sus enemigos, pero no les atacó en absoluto en cuanto a clase; significó simplemente un ascenso de fuerzas locales.

La confusión también aparece entre los Tâhiríes; el Sîstán debe organizarse por sí mismo. Esta vez se trata de un poder insurreccional de origen plebeyo e iranio, el primero en la historia del Islam en romper escandalosamente con la unidad del Imperio y con las tradiciones tribales, militares y religiosas de la legitimidad. Reúne un ejército de voluntarios en torno a Ya‘qûb ibn Layth, quien se proclama emir del Sîstán en 861, somete a los jâridjíes y los incorpora a su ejército, se lanza sobre Afganistán, saquea los templos paganos y conquista las grandes minas de plata de Andaraba. Extiende su poder sobre las provincias tâhiríes (Kirmán, Jurâsán) y paga generosamente el reconocimiento de sus conquistas por parte del califa Mu’tamid. La revuelta de los zandjs le permite incluso atacar Bagdad, pero

es derrotado en las puertas de la ciudad por el regente Muwaffaq. Al morir en 878 su sucesión es asegurada por su hermano ‘Amr, quien consigue una patente oficial para el Fars, Jurâsán, Kirmán, Sîstán y Sind a cambio de un tributo de un millón de dirhemes al año, aumentado a 10 millones en 889. Capturado por los sâmâníes en 900, ‘Amr es enviado a Bagdad donde es ejecutado: este es el final de un poder de pura fuerza, personal, muy hostil a los ‘abbâsíes, sostenido por un patriotismo iranio. Y el recuerdo de su buena administración o de la gloria de sus victorias será esencial en el renacimiento persa que se desarrollará a través de la poesía en la corte sâmâní y posteriormente en Gazna.

Estos trastornos no implican el restablecimiento de la autoridad ‘abbâsí; la dinastía carece efectivamente de jefes enérgicos y de generales, con la excepción del regente Muwffaq, apartado del poder supremo, y de su hijo, que aplastará en 896 las rebeliones jâridjíes y se enfrentará a los qármatas del Iraq. Muwaffaq había combatido especialmente la principal revuelta del siglo, la de los zandjs, que amenazaba al califato en el mismo centro de su poder, en el Iraq. Al igual que los movimientos persas del siglo precedente, los zandjs expresan las aspiraciones de una minoría duramente explotada de poner en práctica el modelo mediní en su propio beneficio. Son negros importados como esclavos desde el siglo vil a las marismas que separan Kûfa, Wâsit y Basora, y utilizados como peones para romper la capa de natrón que convierte en yermo las tierras del bajo Iraq. Sus primeras insurrecciones datan de 689 y su situación, excepcional en el Islam medieval, así como su número (Tabarî habla de 15 000 esclavos), constituyen una fuerza que canaliza la propaganda sitia. El debilitamiento de la autoridad califal, enfrentada con las revueltas, permite a un pretendiente,‘Alí ibn Muhammad, de genealogía cambiante y discutida pero reconocido por las tribus beduinas, desencadenar una revuelta servil en 869

que pronto se extiende por toda la región; las ciudades del Ahwâz son ocupadas e incendiadas y posteriormente Basora es destruida en 871.

El fuerte sentido de solidaridad de los sublevados les permite resistir al ejército turco de los generales ʻabbâsíes y constituir en las marismas un Estado guerrero, comunidad militar de los zandjs y de sus aliados los beduinos, en torno a ʻAlí, quien se proclama *mahdî* y se rodea de una corte califal, que, sin embargo, no incluye a ningún zandj. El jefe insurrecto acuña moneda y en sus dirhemes aparecen leyendas de resonancia jâridjí; construye una capital, Mujtâra, con *dîwâns*, hipódromo y talleres palatinos, mientras que la economía del Estado se basa en el botín y la tributación de las regiones sometidas, cuya estructura social no se modifica. En 878 es el momento de máximo esplendor: una colaboración de hecho con los sublevados del Este, contactos no fructíferos con los qármatas y una potencia militar que permite al «señor de los zandjs» atacar la región de Bagdad y prohibir la peregrinación. Muwaffaq necesitará cinco años y 5000 hombres para reducir la insurrección; la participación personal del regente y de su hijo en los combates, en los que son heridos, es indispensable para abrir brecha en las murallas de Mujtâra en 883. Y sin embargo, no es la desesperación la que guía a la resistencia encarnizada de los zandjs: los combatientes que se rinden son integrados en cuerpos particulares y homogéneos del ejército ʻabbâsí. De esta manera se demuestra el carácter mesiánico de la revuelta, ya que, aunque la base social sea evidente, no oculta que se ha moldeado totalmente en el mundo de la comunidad hegiriana y que sus referencias explícitas al *ʻShîʻísmo* activista anuncian el vasto movimiento ismâʻîlí de Iraq y de Siria.

Después de la muerte de Muʻtadid, en 902, la estrecha vigilancia que mantienen los emires y visires sobre los califas hábilmente escogidos por su juventud, por su debilidad, no ofrece

oportunidades a la dinastía si no es bajo una sumisión aparente. El califato, único principio de legitimidad en la Dâr al-Islâm, resulta imprescindible para los poderes transitorios que nacen de la lucha política. Los califas estarán obligados a jugar la cartas de las rivalidades entre emires; los primeros fracasarán: Mutaqî, que buscaba el apoyo de los jefes occidentales, será destituido en 944; Ta'i', que persistirá en el intento, será destituido en 991. De 991 a 1031 y de 1031 a 1075 tienen lugar los dos largos reinados de Qâdir y de Qâ'im: protegidos por la amenaza fâtimí, que fuerza a los emires buyíes a un acuerdo, se apoyan sistemáticamente en las ascendentes fuerzas rivales de los grandes emires. Reciben así regales y homenajes de los gaznawíes y posteriormente de los seldjûqíes y se preocupan activamente de relacionarse con la opinión tradicional («sunní») en vías de constitución: de este modo, Qâdir deja condenar al puritanismo mu'tazilí, hace maldecir a los ismâ'îlíes y suscribe una profesión de fe que lo une estrechamente a los tradicionalistas. Es cierto que alrededor del califa se reúnen puristas y hombres de religión que sueñan con la restauración de su autoridad, en particular el valiente Mawardî que protesta en 1038 contra la usurpación del título de «rey de reyes» por el emir iranio buyí. Qâ'im, fortalecido por este partido, resistirá mucho tiempo a las pretensiones del turco seldjûqí Tugril para acabar aceptando finalmente un compromiso con su sucesor, Alp Arslân, a condición de que su dignidad superior y moral sea salvaguardada. La monarquía islámica, relegada a un papel de árbitro y desde entonces atenta a la opinión formulada por los predicadores, permanece como una amenaza y un recurso al mismo tiempo.

Emires y visires: un constante trastorno

Las piezas claves del edificio político de la monarquía islámica siguen siendo el visirato, el ejército y la fiscalidad; pero ahora dejan de estar al servicio exclusivo de la dinastía para

convertirse gradualmente en las bases de verdaderos gobiernos provinciales; sin embargo, estas formaciones políticas no llegan a adquirir el papel de estados periféricos, jerarquizados y, de alguna manera, federales: con la excepción del emirato sâmâní, no son más que trampolines para conquistar el poder central y la responsabilidad del emir supremo. No obstante, muestran la extrema ductilidad del aparato administrativo y su capacidad para servir eficazmente a las ambiciones de los generales y de los gobernadores de provincia. Estas provincias no se libran de la vigilancia y de la fiscalidad de los *dîwâns*, pero la ya antigua descentralización de poderes constituye una base financiera y militar que les permite alcanzar el control de la capital y compartir la autoridad del califa.

En un primer momento, sin embargo, en Bagdad y en Samarra, el visirato se enfrenta a otras fórmulas de gobierno: por ejemplo, bajo Mu'tasim el visirato está sometido de hecho a un «primer ministro», el «gran cadí» Ahmad ibn Abî Du'âd, que asegura la dirección política e ideológica del Imperio; con Ma'mún, el emir tâhirí, poderoso en Bagdad, donde conserva las funciones de prefecto de policía y de gobernador militar, lleva el peso del poder; en el reinado de Mutawakkil, se asiste al retorno de los visires asociados a la familia califal por un lazo de parentesco espiritual, particularmente a un príncipe o incluso a un califa. Después del episodio revolucionario del asesinato del califa y de la guerra civil entre sus hijos, el visirato, que conoce la intervención de un primer «regente» en la persona del turco Utamish, queda bajo la autoridad del regente Muwaffaq y recupera después toda su eficacia durante los conflictos entre emires que marcan la primera mitad del siglo X.

El visirato se introduce profundamente entonces en las rivalidades faccionales, siendo el propio visirato lo que está en juego en un largo conflicto entre dos partidos familiares de secretarios: los «escribas nestorianos», pertenecientes a las familias

Banû al-Djarrâh y Banû Majlad, y técnicos financieros 'Shî'íes del linaje de los Banû Furât, cuya adhesión a las sectas extremistas no les impide servir a la monarquía 'abbâsí ni participar con fuerza en las intrigas a partir de 950.

Los conflictos de visires y las rivalidades entre emires aumentan la inestabilidad dinástica; impiden una política a largo plazo y agotan la energía de los administradores y de los jefes militares en un lucha que parece inútil y fastidiosa. Sin embargo, no hay que olvidar la continuidad de la administración, de los funcionarios y de las autoridades administrativas. El aparato administrativo sigue siendo un instrumento sólido, reproducido en los grandes dominios provinciales, en la Bujâra sâmâní, en Gazna, en Shîrâz, entre los buyíes, que permite mantener un buen conocimiento de los distritos vigilados —una auténtica piel de zapa a causa del reparto de las competencias fiscales en *iqtâ'*— y de las técnicas matemáticas necesarias para la fiscalidad: el *Kitâb al Hâwi* proporciona a los secretarios y a los geómetras fórmulas para calcular las superficies fiscalmente imponibles, la base del impuesto territorial, la parte dejada a los cambistas y el precio de las entregas.

El poder emiral imitará también al visirato 'abbâsí: los sâmâníes culminan su aparato burocrático con un visir, un tesorero y un jefe de Correos, y conservan igualmente las instituciones rivales del gran chambelán y del comandante del ejército, mientras que los gaznawíes duplican el visirato organizando una poderosa «Oficina de la revista de Soldados» que verifica las listas y la presencia de los combatientes o paga la soldada. Entre los buyíes, que hacen depender totalmente el visirato del emirato y que no dejan al visir del califa más que la sombra de un poder administrativo, una serie de grandes técnicos, como el poderoso Ibn 'Abbâd en las provincias persas, llevan a cabo una eficaz gestión. Este último, secretario primero y después ministro, es también un letrado de cultura universal. Además

de sus *Epístolas*, manual de cancillería y también de política y gobierno (en el que manifiesta especialmente su hostilidad hacia los autonomistas urbanos y el activismo de los «jóvenes», esto es, de la *Futuwwa*), nos ha dejado numerosas obras de teología muʻtazilí, de historia, de lexicografía y de gramática, y un *dîwân* de poesías. Los visiratos iranios participan ampliamente no solo en el renacimiento literario persa sino también en el desarrollo de las ciencias en la Dâr al-Islâm, como Avicena (ʻAlí Husayn, llamado Ibn Sînâ, 980-1037), hijo de un funcionario sâmâní de Bujâra, filósofo y médico desde su adolescencia, es decir, sabio universal, que escribe sus libros en los momentos libres que le deja su actividad de consejero y de visir de los príncipes buyíes de Hamadhán y de Ispahán.

El desarrollo del ejército profesional ha ampliado progresivamente la autonomía de los oficiales: la revolución ʻabbâsí ha supuesto el fin del dominio tribal, cuyos equilibrios y conflictos eran regulados por los antiguos modelos del mundo árabe beduino. La constitución de un ejército de profesionales pagados, es decir de una corporación militar unida por un derecho dinástico e ideológico, podría desembocar en un mayor riesgo de conflicto entre los príncipes y el cuerpo de generales procedentes del Oriente ʻabbâsí. En cambio, el reclutamiento de contingentes homogéneos permitía jugar con otro «sentido de solidaridad» y prevenir los riesgos de golpes de Estado a causa de la multiplicación de cuerpos del ejército desunidos y antagónicos. Los turcos, más seguros, mejores guerreros, lingüísticamente aislados de los conflictos religiosos, constituyen desde 830 la base de este nuevo ejército así como su espina dorsal, la caballería pesada, sin tener no obstante la exclusiva en el reclutamiento: árabes de la Djazîra, kurdos, esclavos negros de Egipto, hindúes de las fronteras orientales constituyen otros tantos cuerpos, así como los jinetes beduinos y los soldados de infantería persas armados con el hacha y la jabalina. Los daylamíes,

superiores en los combates en montaña o en terrenos pantanosos, se eclipsan ante los turcos que introducen nuevas tácticas, como la huida simulada, la infantería montada, el uso del arco a caballo, y acaban con sus rivales en el siglo XI.

El peso de este ejército (cuyos efectivos son mal conocidos, entre 50 000 y 100 000 hombres) se ve aumentado por la importancia de las pagas. Estas, muy elevadas (los ingresos de los distritos fiscales distribuidos que corresponden a un jinete serán valorados entre 1000 y 1200 dinares, y a un emir entre 1300 y 2000), son además complementadas mediante asignaciones en especie y donaciones con motivo de proclamaciones de califas y de acontecimientos extraordinarios, actos que la presión del ejército hace totalmente obligatorios. En conjunto, en la época de Mu'tadid (892-902), el ejército central necesita 5550 dinares por día, 2 millones de dinares al año, y se puede valorar en 5 millones de dinares el coste total de la paga de un ejército de 50 000 hombres, es decir, junto con los gastos de armamento y de mantenimiento, casi la mitad del presupuesto del Imperio, que en el momento de su apogeo era de 16 millones. La «oficina del ejército» (*Dîwân al Djaysh*), que llevaba perfectamente sus registros en los que eran anotados los nombres de los soldados, su genealogía y sus características físicas, a fin de evitar los «falsos soldados», tendía a absorber toda la fiscalidad del Estado y a someter a ella las oficinas del fisco; así, entre los gaznawíes, el jefe de la «oficina de la revista de soldados» se convierte en uno de los personajes principales del emirato, y, bajo la enérgica dirección de los emires buyíes, el ejército asume la administración fiscal y territorial, el catastro, la valoración de los ingresos, y distribuye directamente las competencias fiscales.

La 'iqtâ', especificidad del Islam

El poder emiral responde a las necesidades del ejército, y en particular del ejército buyí, arbitrando un nuevo tipo de conce-

sión de los ingresos fiscales en la que se ha querido ver un principio de «feudalismo» islámico. Sin embargo, esta nueva *'iqtâ'* no tiene nada que ver con el modelo feudal occidental; aunque refuerce, provisionalmente, la autoridad y la influencia de los concesionarios, sobre todo de los oficiales turcos, nunca merma el carácter público, estatal, del poder, no crea una propiedad hereditaria ni cambia la naturaleza de las relaciones sociales. Recordemos que en el siglo IX la *'iqtâ'* consistía en la distribución de propiedades sujetas a diezmo sometidas a la «oficina de los Dominios»; el titular percibía de los campesinos un impuesto territorial y entregaba un diezmo al Estado; se hacía cargo de los trabajos de irrigación y mejoramiento e incrementaba la diferencia entre su renta y aquellas prestaciones. El dominio permanecía sometido al derecho común y su titular solo podía ampliar su esfera de influencia imponiendo una «protección» tarifada, frente al bandolerismo y a los abusos del fisco, a las comunidades rurales vecinas que progresivamente iban entrando en el marco institucional de la aparcería. Los límites de esta «gran propiedad» son evidentes: incluso estabilizada no permite ejercer el derecho de justicia; no goza de ningún privilegio en relación a la ley musulmana, y, sobre todo, no se libra de las reglas de la herencia que la desmiembran imponiendo una difícil reconstitución.

Otras formas jurídicas de percepción del impuesto territorial son las que ha propiciado la nueva *'iqtâ'*: contratos que conceden a jefes militares o a arrendatarios generales la percepción exclusiva de las tasas —sin intervención ni control de las «oficinas»— a cambio del pago de una cantidad fija. Estos contratos, frecuentes sobre todo en las zonas fronterizas, serán sistematizados por los buyíes en el Iraq y posteriormente introducidos en el Irán por los seldjûqíes, bajo la forma de *'iqtâ'* de «correspondencia»; el titular, el *muqta'*, se hace cargo de la recaudación de un impuesto que corresponde en teoría a la paga que

le debe el Estado. Toda la renta fiscal del distrito está bajo su responsabilidad y esta competencia escapa del conocimiento y control del fisco, lo que posibilita una presión fiscal máxima. El Estado mantiene la vigilancia —minuciosa— del cumplimiento del servicio y no establece relaciones personales, estables e institucionales, entre un oficial y sus hombres: cada militar, simple soldado a caballo o emir, es en efecto titular de una *'iqtâ'* que corresponde a su paga. El peso del impuesto territorial junto con la usura, la violencia y la encomendación forzosa, sin duda han contribuido a agravar la situación de los campesinos, que pasan a la categoría de tenentes o de «clientes» jurídicamente dependientes. La asimilación frecuente de los cargos de gobernador, administrador financiero y de *muqta'* en la persona de un oficial o de un visir crea amplias zonas de autoridad y de explotación de los ingresos fiscales que pueden ser acompañadas de la creación de grandes propiedades. Estos «señoríos» son, sin embargo, inestables: sobreexplotadas y arruinadas, las *'iqtâ's* son devueltas al fisco y no duran más que el tiempo del servicio o de la fortuna del titular cerca del príncipe.

Por otra parte, no todo el mundo musulmán conoció esta evolución, que empezó en el Iraq buyí, donde el pillaje ocasionado aceleró las deserciones e impuso a los seldjûqíes una rigurosa revisión. Nizâm al-Mulk aplicará la doctrina buyí, pero reservando la *'iqtâ'* para los oficiales y sometiéndolos a un intercambio trienal de su competencia a fin de evitar la dilapidación del capital fiscal. El Jurâsán sâmâní y el Irán oriental gaznawí conservan el modo tradicional de pago de la soldada a partir de los ingresos del Tesoro, alimentado por los impuestos sobre el comercio con los países turcos y por el botín de la guerra fronteriza. Los seldjûqíes extenderán su modelo de *'iqtâ'* y en términos generales en el Irán se constituirán amplios dominios concedidos a los jefes de tribus turcómanas y a los príncipes seldjûqíes. En Egipto, por último, que, con los tûlûníes,

aparecía como una inmensa *'iqtâ'* de nuevo tipo combinada con la concesión de la autoridad gubernamental, los fâtimíes concederán a sus oficiales competencias fiscales sobre las que ejercen una vigilancia constante; paralelamente, en Siria, utilizarán la concesión de rentas fiscales junto a un dominio político y militar para controlar el país. La extensión de la *'iqtâ'* señala, pues, en el conjunto del mundo oriental, la preocupación, al mismo tiempo, de efectuar el pago regular y pacífico de las soldadas militares (y de las pensiones administrativas, subsidiariamente) y de descentralizar el poder, obsesión de las dinastías califales primero y emirales después. El ascenso de los militares que se observa en el Estado buyí no conlleva la creación de uno pirámide estable y sigue estando relacionado con la suerte de las dinastías, que depende de la autoridad personal y del espíritu de solidaridad del grupo que la apoya.

El carácter inestable y revocable del poder de los militares se manifiesta en el desarrollo y en la extinción de las «protecciones» institucionales multiplicadas en la época de los buyíes: es decir, la encomendación concedida a los campesinos frente al impuesto (bajo la forma de una aparcería ficticia, que realmente confiscaba la tierra, o bien de una simple tasa), al «chantaje» llevado a cabo por los cuerpos de policía a los tenderos y propietarios de inmuebles, o la protección de rutas, concedida, bajo el control del Estado, a verdaderas empresas privadas de seguridad pública, que percibían peajes y tasas. El conjunto de estos ingresos y de las fuerzas que los aseguraban habían permitido el desarrollo de una red de poderes locales, combinados con la *'iqtâ'* o independientes, más o menos reconocidos por el Estado, que serán marginados y sustituidos tras la invasión seldjûqí. Muy lejos de desembocar en una estructura estable y jerarquizada y de ser coronado por el consenso ideológico, el ascenso de estos poderes choca con la falta de arraigo y con la disidencia de los intelectuales apegados a modelos distintos, cali-

fales o mesiánicos, capaces de arrastrar y movilizar a las multitudes.

Buena dirección de los dominios periféricos, los califas bajo tutela

La estabilidad, la duración y la paz son las características de las grandes dinastías periféricas que así aseguran el relevo del poder califal: desde 867, Egipto ha sido confiado a Ahmad ibn Tûlûn, un oficial turco, hijo de un esclavo mercenario procedente de Bujâra. En 872 consigue su independencia financiera y no mantiene otra relación con Samarra que el envío de un tributo de 1.200 000 dinares; resiste al regente Muwaffaq cuando este obtiene su revocación: Ibn Tûlûn se apoya, contra este, en el califa Mu'tamid, a quien propone acoger en 882 en su malograda huida, y no duda en conquistar Siria y las marcas fronterizas. Ya lo vemos, una buena administración y la paz interior no son posibles sin intervenciones constantes en la política califal, que terminan, en el caso de Ibn Tûlûn, con un armisticio: Muwaffaq le otorga en 884 la investidura por 30 años e impone un tributo de 200 000 dinares, aumentado a 300 000 dinares al año en 893. Egipto es nuevamente reconquistado en 905 y perdido en 936. Ante la presión fâtimí, Bagdad reconoce el poder del prefecto de Damasco, un general persa que adopta un nombre principesco, el de Ijshîd, título de los antiguos reyes de Fargâna.

Aunque necesario localmente, para el califa el poder emiral no es más que un auxiliar incómodo y que pronto se convierte en peligroso; únicamente los sâmâníes, Ahmad, sus hijos Nasr y Ismael, el hijo de este último Ahmad, y Nasr II, hijo y sucesor de Ahmad, cuyo reino, concluido en 943, señala el apogeo de la dinastía, no parecen haber tenido la ambición de dominar al califa: dirigen desde 900 el conjunto del dominio iranio (excepto el Fars), que administran por medio de sus propios gobernadores turcos. Su administración, basada en el modelo de Bagdad, muestra la facilidad con la que el Imperio crea los órganos

de su descentralización: un visir, un gran chambelán, un tesorero, un jefe de correos y un comandante en jefe del ejército con el título persa de *sipah-salar*, una poderosa burocracia bilingüe que gobierna enormes ciudades —Samarcanda. Bujâra y Nîshâpûr— y administra los beneficios de una amplia circulación comercial, pieles de Rusia y de Siberia y sobre todo esclavos turcos.

Aunque los sâmâníes se han mantenido apartados y no han participado en el conflicto iraquí, este compromete a tres principales interesados: a los generales turcos de la guardia califal, a los hamdâníes, árabes de la Djazîra, y a *condottieri* iranios del Daylam, el eficaz linaje de los buyíes. Los primeros muestran una extraordinaria capacidad de asimilación y una gran energía, pero no consiguen controlar de un modo estable el califato; son simples jefes militares que se entregan a una rabiosa competencia por el título de «emir de los emires», que constituye desde entonces la base del poder efectivo, pero que no fundan verdaderas dinastías duraderas y capaces de transmitir la autoridad.

Únicamente los hamdâníes de la Djazîra, árabes, demuestran una capacidad de permanencia que durante 60 años, de 930 a 990, les convierte en candidatos serios al emirato supremo: su integración en el mundo tribal de los beduinos árabes y de los nómadas kurdos les permite canalizar en beneficio propio las energías del «espíritu de solidaridad» de los clanes de la región de Mosul. Después de haber participado en los conflictos de facciones de los años 860-890 en las filas jâridjíes, los hamdâníes pasan al servicio de los ʻabbâsíes con sus contingentes tribales. Enriquecidos por sus victorias sobre los kármatas y por el saqueo de Fustât en Egipto, a partir de 930 refuerzan su autoridad en Mosul, antes de recibir el emirato supremo en 942; su jefe toma el nombre de Nâsir al-Dawla. El ejemplo hamdânî demuestra la fragilidad del poder militar: Nâsir al-Dawla con-

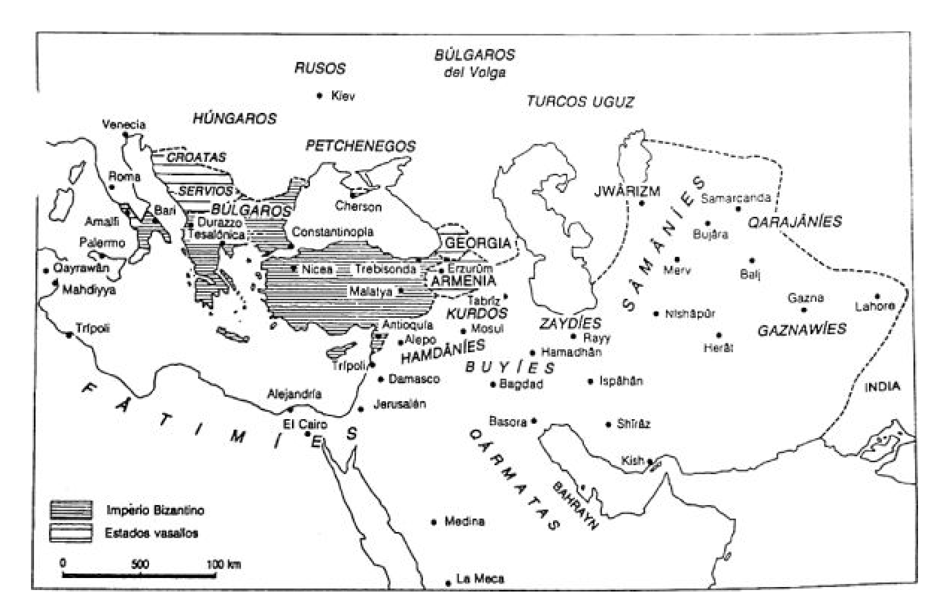
servará solo un año la responsabilidad y los beneficios del poder central del que será expulsado; se retirará a Mosul, aceptando o rechazando el pago del tributo (de 2 a 7 millones de dirhemes) según la relación de fuerzas que le oponga a los buyíes. Las rivalidades entre hamdâníes y los violentos conflictos entre los árabes de Ja Djazîra (algunos de los cuales prefieren la emigración y la conversión entre los bizantinos que la sumisión a los hamdâníes) cortan las alas a los intentos de reconquista de Bagdad, mientras que un hermano de Nâsir, ʻAlí, llamado Sayf al-Dawla, constituye desde Siria a Armenia una amplia marca fronteriza a la que defiende enérgicamente contra los griegos. De 931 a 967 la guerra «sayfí» convierte a los hamdâníes en los únicos defensores del Islam frente a los esfuerzos de la conquista bizantina, mientras que el califa, Ijshîd de Siria, y los buyíes rechazan cualquier responsabilidad. A la muerte de Sayf queda en Siria un principado hamdâní, recortado al norte (pérdida de Alepo, provisional, y de Antioquía, definitiva), que paga tributo a los bizantinos y que dura hasta 1002: es administrado por los oficiales de los emires, capitanes turcos y chambelanes esclavos que terminan por hacerse dueños de todo el poder.

El caso de los hamdâníes ilustra admirablemente las características del emirato: un poder exclusivamente militar que segrega sus propios órganos de gobierno, su propio visirato, pero también un poder faccional, cuya supervivencia procede únicamente del «sentido de solidaridad» tribal y familiar, que ayuda al califato a neutralizar a sus competidores enfrentándolos. De este modo el califato sobrevive al emirato, que no posee los medios teóricos para sustituirlo; pero demasiado comprometidos en los conflictos entre emires, los príncipes de Bagdad pueden ser asesinados (932), depuestos o cegados (934, 944 y 946). Los buyíes instalados en la capital oprimen a la dinastía ʻabbâsí, pero, a pesar de sus convicciones ʻShîʻíes, no se atreven a anularla, quizás por temor a verla sustituida por un califato alida más

enérgico. *Condottieri* persas, originarios del Daylam, los tres hijos de Buya, tres oficiales, cogen las riendas del ejército del noroeste del Irán; dueños del Fars en 935, entran en Bagdad en 945 y reparten sus fuerzas siguiendo el principio de una prudente solidaridad. Ahmad recibe del califa un título de regente y lo domina; Hasan gobierna el Fars, quedando la autoridad suprema en manos del mayor, 'Alí—'Imâd al-Dawla, instalado en Shîrâz. Bagdad pierde entonces importancia: sigue siendo una gran metrópoli, pero aislada por las guerras qármatas; centros económicos potentes y rivales se constituyen en Irán, en Rayy, en Nîshâpûr, en Shîrâz, que permiten a los buyíes imponer su voluntad al emir de Bagdad: una «confederación» en la que la autoridad familiar pasa de mano en mano. Incluso se ha asistido a una verdadera restauración del Imperio sasánida: título de «rey de reyes», reaparición de las *regalia* persas, trono, corona, indumentaria, signo astrológico de Leo, inscripción pahleví en las medallas, nombres persas a los príncipes, y en particular, nombres propiciatorios, y por último teoría del doble poder (la profecía a los árabes y al califa; la realeza a los persas). Pero hay una especie de doble conciencia: los símbolos persas son destinados a la corte y al ejército daylamí, mientras que el buyí toma, en las monedas y en la plegaria, otros títulos destinados a la comunidad musulmana; y cuando su nieto, ya con menos fuerzas, arrancará al califa el título de *shâh-anshâh*, en 1027, se producirá una rebelión.

El gobierno buyí pone fin gradualmente a la anarquía: se hacen frágiles acuerdos con los hamdâníes, los sâmâníes y sobre todo con los kurdos, cuyo desarrollo tribal y nómada multiplica las dinastías locales. Se recobra la seguridad a lo largo de la ruta del Jurâsán y grandes empresas son llevadas a cabo en el Iraq: reconstrucción de Bagdad, programas de irrigación,Las rivalidades entre príncipes buyíes, cuyos poderes se han multiplicado, y algunas guerras civiles cortas no comprometen la

suerte de la dinastía emiral hasta 1012. En efecto, los dominios reunidos por ʻImâd al-Dîn en 1040 son considerablemente mermados por el avance de los turcos uguz, guiados por el clan seldjûqí. A la muerte de ʻImâd al-Dîn, en 1048, su hijo Cosroes Fîrûz (observemos los dos nombres sasánidas) toma el título casi impío de «Rey perdonador», al-Malik al-Rahim, pero su poder es una piel de zapa, compartido en 1055 con el seldjûqí Tugril y pronto liquidado por el turco. El califato ha sabido aprovecharse de la oposición entre buyíes, gaznavíes y seldjûqíes para poder sobrevivir: ha adoptado una ideología oficial, ampliamente inspirada en el hanbalismo, que es la principal forma del sunnismo. La «profesión de fe» del califa Qâdir, continuada y difundida por su hijo Qâʻim, es contraria a la opinión popular shíʻí que habían desarrollado y organizado los buyíes (fiestas en los aniversarios del martirio de Husayn, hijo de ʻAlí, y de la designación de ʻAlí por el Profeta; gran mezquita shirí en Bagdad; constitución de una corporación de descendientes de Abû Tâlib, padre de ʻAlí, etc.). Pero, de hecho, es sobre todo la desaparición progresiva de los regimientos daylamíes, apartados primero y después sustituidos por contingentes de esclavos turcos, lo que mina la fuerza militar buyí y pone a la dinastía en las manos de su ejército.



El Oriente Próximo hacia el año 1000

La entrada en escena de los turcos

El ascenso de los emires turcos en el mundo oriental anuncia, en efecto, un poderoso empuje migratorio que cambiará la población y la estructura de las provincias iranias: primero, los gobernadores sâmâníes de Gazna en Afganistán, Alp Tigîn y Subuktigîn, constituyen un vasto emirato autónomo que prosigue en las fronteras de la India la guerra santa y las expediciones de saqueo de los templos paganos. Dividido entre los hijos de Subuktigîn, este dominio, que incluye el Jurâsán, es reunificado por Mahmûd (998-1030) y gobernado con firmeza por Mas'ûd (1030-1040). Empieza entonces una dinastía emiral como cualquiera otra, que conoce los corrientes problemas de sucesión y cuya fuerza se basa en la capacidad individual de aquellos grandes generales que lanzan ofensivas masivas sobre la India. No convierten a nadie; se limitan a arruinar los templos (en particular Somnath en 1026) y a exigir pesados tributos cuyas rentas, junto con el fruto de los pillajes, les permiten comprar el reconocimiento del califa, diplomas de legitimación y títulos honoríficos que forman parte de la plegaria y figuran en las

monedas y en los tejidos del *tirâz*. Su administración y su ejército no se diferencian en absoluto de los de los sâmâníes, pero son turcos puros, que hablan en turco, a pesar de una profunda aculturación en un medio iranio (en Gazna reciben a poetas persas, entre los cuales está Firdûsî), y su adhesión incondicional a los ʻabbâsíes refuerza el califato y frena el desarrollo del extremismo shîʻí, especialmente del ismâʻîlismo en el Sind. Ellos darán paso al sunnismo intransigente de los seldjûqíes.

El empuje turco, que sin duda es debido a un rápido crecimiento demográfico de los pueblos de la estepa, fue durante mucho tiempo frenado, amortiguado, por las luchas entre tribus y por una inmigración constante y abundante hacia el imperio musulmán de esclavos capturados por los «combatientes de la fe» o vendidos por las tribus enemigas. Muqaddasî cifra en 12 000 el número de hombres entregados cada año por los sâmâníes al poder califal. Incluso si la cifra es excesiva, los ejemplos individuales confirman la importancia de los grandes mercados de esclavos en Isfidjâb y en Shâsh (Tashkent), donde Subuktigîn es vendido; el oficio de militar esperaba a los niños, mientras que las niñas serían destinadas a los harenes, especialmente el del califa. Sin duda, el cambio se debe a la conversión de las tribus turcas: constituidas en sociedades musulmanas —no sin amplias zonas de paganismo y de sólida conservación de tradiciones consuetudinarias— se han dotado de estructuras políticas más fuertes, emiratos locales y confederaciones tribales. Estos Estados-ejército, en los que curiosamente encontramos cierta resonancia del modelo hegiriano, representan una fuerza militar determinante, animada por una *ʻsabiyya* tribal y por la bravura, sinceridad y violencia de los tiempos preislámicos. Desde un principio prohíben a las dinastías emirales el reclutamiento de sus ejércitos de esclavos y son grandes grupos tribales quienes reemprenden una marcha colectiva hacia el es-

te, llevando con ellos su modo de vida nómada, cuyos débiles recursos imponían la actividad militar como complemento o como actividad principal. En Transoxiana, los qarluq, guiados por îlek jans (los qarajaníes) de Kashgar y de Khotan invaden Bujâra en 992 y se adueñan de ella; en el Jurâsán, son turcómanos o turcos uguz, que ya habían estado anteriormente al servicio de los gaznavíes e incluso de los buyíes, quienes efectúan una penetración decisiva en 1034.

Guiados por el clan seldjûqí, los hermanos Tugril y Tchagri, constituyen un pueblo numeroso y compacto: en 1040, en la batalla de Dandanqan, cerca de Merv, que pone fin al Imperio de los gaznawíes, son unos 16 000 combatientes. Una hábil utilización política del terror (el saqueo de Rayy abre todas las puertas de las ciudades), unas relaciones establecidas con el califa Qâ'im y el respeto a los deberes del Islam extienden rápidamente el poder de Tugril. Aunque el califa no se apresura en absoluto en reconocerlo (espera a 1050 para otorgarle un título honorífico y a 1057 para la primera audiencia), el seldjûqí se proclama su cliente y se aprovecha de la situación debilitada del califa para justificar su marcha hacia Bagdad, donde en 1055 entra bajo pretexto de peregrinación. Eliminará sin problemas a todos sus rivales, que rápidamente se alían a los fâtimíes para encontrar un apoyo contra aquel. En 1057 la estrella de los seldjûqíes brilla sobre todo el Oriente: Tugril, «Piedra angular de la fe» y «Poder» (*sultán*), encabeza un pueblo-ejército cuya instalación, pasado el momento de choque, contribuye a la prosperidad del Irán; los turcos uguz se implantan en Transoxiana, en Âdharbaydjan y en las orillas del lago de Van, de donde expulsan a los armenios. La modificación étnica de estas regiones será definitiva; introduce en Anatolia un nuevo nomadismo, y la necesidad de pastos junto con el dinamismo de los turcos ejercerá, desde entonces, una gran presión sobre el Asia Menor. En 1071, el cerrojo bizantino salta inesperadamente en

la batalla de Mantzikert y la penetración turca se efectúa en masa, sin ningún proyecto preconcebido y en desorden, a través de la península hasta entonces inviolable.

En el interior del Islam, los seldjûqíes, enfrentados a continuas revueltas de sus tropas turcómanas, partidarias de una gestión más clásica del poder que el emirato impide, consolidan su autoridad: título de sultán que refuerza al de «rey», adjetivos prestigiosos, matrimonios impuestos al califa (que, sin embargo, se resiste y retrasa sin cesar un reconocimiento que le priva de libertad de maniobra y de influencia sobre Tugril), campaña en Irán, donde la Transoxiana es reconquistada por Alp Arslân, hijo de Tchagi, y posteriormente, de 1073 a 1092, en la época de Malik Shâh (de relevante nombre: «rey» en árabe y en persa), reorganización de la administración por parte de Nizâm al-Mulk. Este visir iranio, «tutor» y padre espiritual, *âtâbeg*, del califa, ha dejado expuestos los principios de su gobierno en su *Siyâsat-Nâmeh* (*Libro del gobierno*), escrito en 1091. En el apogeo de la dinastía seldjûqí, esta colaboración entre el visir persa y el sultán turco señala la realidad de un renacimiento persa literario, lingüístico y, hasta cierto punto, «nacional».

La revancha cultural de Irán

Este renacimiento se inscribe, en efecto, en un mundo iranio desde entonces totalmente islamizado: únicamente permanece vivo un frente de conversión dirigido por misioneros ʻShîʻíes, como el ismâʻîlí Nasîr-i Jusraw, autor del admirable relato de viajes *Safar-Nâmeh*, militante, filósofo gnóstico y gran escritor persa a la vez. El despertar de la literatura persa no significa ningún tipo de separatismo, sino solo la afirmación de glorias propiamente iranias, con, quizás también, algunas reivindicaciones de una supremacía que confirme el ascenso de las dinastías emirales y la iranización cultural de los gaznawíes y de los seldjûqíes. Primero se lleva a cabo la construcción de una nueva lengua, el neopersa, a partir del dialecto persa común, el *dan*

(que había sustituido a la antigua lengua literaria pahleví). Esta asimila un gran componente léxico árabe y somete «el metro silábico iranio a la prosodia cuantitativa árabe». Algunos poetas, en la corte de los sâmâníes y posteriormente en Gazna, abren el camino al restaurador de la lengua persa, Firdûsî. Este, nacido en Tüs en 940 de una familia de juristas, se arruina para poder hacer su obra, reuniendo los anales dinásticos y las colecciones de tradiciones orales ya recogidas por el gobernador de Tûs, que constituirán la base material de un gran poema histórico. Este *Libro de los Reyes (Shâh-Nâmeh)* ensalza a los reyes benefactores, a los héroes iranios, entre ellos a Rustam, y también las virtudes de la aristocracia sasánida (pureza, acción, abnegación), desarrollando una historia pesimista, en la que la lucha eterna del bien y del mal evoca la filosofía preislámica, pero acercándose sin embargo al pesimismo general de un Islam que duda profundamente de su porvenir. De su porvenir, pero no de su cultura, ya que la semilla sembrada en aquel prerrenacimiento del siglo IX ha fructificado ahora; las ciencias, maduradas lentamente en las Casas de la Sabiduría, han alcanzado el nivel de la síntesis; síntesis como las de Abû Bakr al-Râzi (muerto en 923), el Razés de los Occidentales, y sobre todo de Ibn Sînâ (muerto en 1037), Avicena, enciclopedias médicas del saber y de la experimentación antigua y persa en las que Europa basará sus conocimientos sobre la circulación de la sangre, el tejido óseo, las enfermedades contagiosas y la cirugía, hasta el siglo XIV; la óptica de Ibn al-Haytham (muerto en 1039) es también una continuación de las investigaciones del siglo X sobre la luz y constituirá una base que no será modificada hasta Kepler.

Curiosamente, por otra parte —o quizás a causa de los problemas militares que hacían inseguro el edificio—, la arquitectura religiosa o civil no ha producido testimonios de una calidad comparable, ya que los dos únicos monumentos excepcio-

nales de este período, la mezquita de Ibn Tûlûn en Fustât (hacia 878-890) y la de Malik-Shâh en Ispahán (hacia 1090), dejan precisamente una importante laguna en la historia del arte. Pero esto sería así si no tuviéramos en cuenta, en cambio, el desarrollo, que ya no cesará, de las «artes menores», como se las suele llamar erróneamente sobre todo en el Islam más que en cualquier otra área cultural, ya que el tejido, el artesonado, las alfombras, no sirven solo para la decoración sino que también son objeto de intercambio, de obsequio, de ofrenda, y es su número el que determina la riqueza, más que las casas o los dinares: las maderas esculpidas de Egipto y de Siria representan pequeñas escenas de la vida profana, caza, danzas, conciertos, orgías; los tapices y las alfombras son adornados con hileras de pájaros y de liebres, también como en Egipto, o con motivos antiguos, trenzas, círculos, óvalos, como en Irán; los tejidos y las sedas llevan dibujos cada vez más complicados, herméticos y simbólicos; la loza es brillante con un fondo pardo o policromo. Todos estos objetos son testimonio desde entonces de una originalidad en la que el peso de Irán y su gusto por lo maravilloso, pero también por el rigor de la coordinación, triunfan indiscutiblemente. En este sentido, los turcos no han hecho más que reforzar el peso de Oriente en la Dar al-Islam; fomentan y precipitan las dos fallas que dividen en tres partes al mundo musulmán: la que abrieron los ismâʿîlíes y la que les separa del Oeste.

La orgullosa supervivencia urbana

La crisis del poder califal, desgarrado por las intrigas de los oficiales y de los príncipes o debilitado por la duda sobre la legitimidad de la dinastía, sacudido por las revueltas iraquíes y por el surgimiento de nuevos poderes emirales, implica una

merma constante de la base fiscal del imperio ʻabbâsí. La renta del Iraq disminuye de 100 millones de dirhemes a principios del siglo IX a una cifra que oscila entre 30 y 40 millones en el siglo X; la renta de las provincias de la Alta Mesopotamia cae de más de 10 millones antes de 900 a 3 millones en 959 y a 1,2 millones alrededor de 965. El tesoro califal se ve primero y en mayor medida afectado que la fiscalidad provincial (no se observa un debilitamiento semejante ni en Siria ni en Irán) a causa de las distribuciones de *ʻiqtâʻs*. El empobrecimiento de la dinastía se manifiesta en el abandono provisional de la muy elevada tasa de metal precioso de la moneda califal: los dinares, excelentes con los omeyas, los primeros ʻabbâsíes, en Bagdad y en Samarra, ven su ley disminuir de un 96-98 por 100 a un 76 por 100 en la época de Muntasir y se deterioran constantemente con los buyíes, los sâmâníes y los gaznawíes (entre un 50 por 100 y un 87 por 100, excepto en Nîshâpûr, sin embargo, donde la ley de la moneda se mantiene), mientras que el sistema de pesos se disloca. El dinar de oro cae de 4,25 gr a menos de 4 gr. No hay que insistir en la importancia de las manipulaciones monetarias, punción fiscal suplementaria de las dinastías débiles. Así pues, parecía que estaban reunidas todas las condiciones para dar nacimiento a una crisis urbana que afectaría primero a los grandes centros cuyo nivel de consumo estaba basado en los ingresos fiscales.

Bagdad: un mundo agitado

Sin embargo, la vitalidad del organismo musulmán se manifiesta contrariamente, al entrar en el siglo X, mediante una diversificación de las actividades urbanas, la altiva supervivencia de las capitales y la multiplicación de los centros comerciales enlazados tanto con la red de abastecimiento de las capitales ʻabbâsíes como con la de circulación de productos. El despertar de la actividad urbana en las costas mediterráneas y las multiplicaciones de capitales bajo el dominio de los fâtimíes son un

eco de la prosperidad de las ciudades iranias, simbolizadas por Nîshâpûr, a pesar de las continuas guerras civiles, del viraje insurreccional de 860-950 y de los conflictos de facciones que lo prolongan. El éxito de Bagdad llama primero la atención por la incorporación de un organismo económico fuerte y el desarrollo de una verdadera función municipal sobre la antigua ciudad-campamento de los califas.

En efecto, los mercados de Bagdad desarrollan una producción artesanal de envergadura: los artesanos, que se han establecido cerca de los lugares de consumo, tejedores de Tustar, contratistas de obras, estucadores y albañiles de Mosul, Ahwâz e Ispâhân, contratados por los buyíes. Como en toda producción artesanal, el textil es lo principal en Bagdad: en 985 un proyecto de fijación de precios calcula en un total de 10 millones de dirhemes la producción de sedas y de telas de algodón de la capital. No es, sin duda, extraordinario: según Yâ'qûb (que escribe en 889), los impuestos locales proporcionaban 12 millones y la renta esperada en 985 (un millón) es algo superior a la de los molinos de la ciudad, el impuesto de consumo más clásico. Pero esto nos muestra que la metrópolis califal ha dejado de ser una mera bomba aspirante: se construirán varios mercados cubiertos en Karj para albergar la venta de materias primas textiles; algunos bordadores producen allí tejidos de alta calidad, especialmente los velos para la cabeza (*taylâsâns*). La presencia de los buyíes junto al poder califal multiplica las fundaciones, las construcciones (nuevos mercados, nuevos hospitales, como el de 'Âdud al-Dawla en 982, habilitado en el antiguo palacio de Juld, palacios múltiples) que mantienen la actividad edilicia y los trabajos públicos: los emires conceden la mayor atención a la restauración de los diques del Tigris que protegen a la ciudad de las crecidas. Las descripciones de Bagdad muestran, además, la formidable actividad y el refinamiento de los mercados. En su elogio de la ciudad, Ibn 'Âqil recuerda el lujo

del mercado de pájaros y del mercado de flores. Insiste también en el barrio de las librerías, en el que los intelectuales tenían naturalmente su lugar de reunión y del que conocemos la producción de manuscritos hacia el año 1000 gracias al catálogo de Ibn al-Nadîm, el *Fihrist*. Si estos comercios muestran la difusión de modelos culturales muy modernos (la compra de pájaros y de flores es realmente popular), la presencia de contingentes militares alrededor del palacio emiral de la *Dâr al-Mamlaka* estimula el desarrollo de grandes mercados especializados (zocos de armas, caballos, heno) que confirman la importancia del consumo del ejército en el crecimiento urbano.

El ensanchamiento hacia el este de la capital continúa, aumentando la superficie registrada en el catastro de una manera fantástica: en la época de Muqtadir (908-932) esta supera las 8000 hectáreas, pero con amplias extensiones desocupadas, jardines (el *Harîm* de los Tâhiríes, el *Zahîr*, vergel califal de 32 hectáreas), inmensos cementerios, campos militares y plazas de armas en la Ciudad Redonda y en Shammâsiya, y también ruinas de palacios abandonados. El tamaño desmesurado de la ciudad llama la atención a los coetáneos: se calculan 1500 baños, 869 médicos, 30 000 barcos, en 993; 33 mezquitas y 300 tiendas son destruidas en el incendio del Karj en 971, pereciendo 17 000 personas. En esta extensión inmensa, las emigraciones desencadenadas por el hambre o simplemente por el aumento de precios provocan daños irreparables. El riesgo en Bagdad consistía en quedar dividida en barrios enfrentados, separados por extensiones abandonadas; estos barrios se caracterizaban en efecto por un «sentido de solidaridad» popular muy activo, sunní en Harbiyya, cerca, de la tumba de Ibn Hanbal, en Bâb al Tâq, en la orilla este; y 'Shî'í en Karj. Manifestaciones, rebeliones, expediciones de tropas son indicio de este conflicto faccional permanente. Las dos orillas del Tigris también se oponen: cada una tiene su *cadí* y su prefecto de policía. Finalmente, la

diarquía califa-emir enfrenta el centro califal, el *Dar al-Jilâfa*, y el palacio emiral, el *Dâr al-Mamlaka*, construido por el buyí ʻAdud al-Dawla en 980 en Mujarrim, donde se instalan los mercados militares, cerca de la plaza de armas de las tropas daylamíes.

A pesar de las violencias que enfrentan a los partidos religiosos y a los barrios (en 1002, 1007, 1015-1016, 1045 y 1051, 1055 y de nuevo en 1072, 1076, 1082, 1089), en la capital se constituye una conciencia común que forma parte de sus reservas de fuerza. Un patriotismo bagdadí ya se había manifestado ante los asedios de 812-813 y de 865; una colaboración política incluso hace desaparecer, provisionalmente, las oposiciones sectarias y segmentarias en las grandes ocasiones: en 1049 ʻShîʻíes y sunníes realizan una peregrinación común hacia los *martyria* de ʻAlí y de Husayn. Y, sin que exista verdaderamente un cuerpo municipal, dos medios intelectuales preservan la continuidad política: junto a los «secretarios», que hasta la invasión mongol mantienen el eficaz aparato administrativo iraquí, los docentes, los *ulemas*, constituyen el armazón político y moral de la ciudad. En general son juristas y hombres de partido, pero estaría muy lejos de la realidad considerarlos aislados: su saber y su curiosidad enciclopédicos, demostrado por la extraordinaria diversidad cultural de un IbnʻÂqil, les relaciona con medios sociales muy diversos. Desde Hârûn, *ulemas* y poetas, por ejemplo, mantenían sus reuniones en el Mercado de las Librerías, en Shammâsiya. La existencia de partidos, de facciones religiosas y filosóficas asegura, por otra parte, la circulación de las ideas y de la autoridad entre los *ulemas* y los cuerpos de voluntarios que garantizan la lucha contra los símbolos de la inmoralidad y contra los defensores de la herejía en los barrios. En ausencia de una representación municipal, los universitarios detentan el papel de una autoridad política multiforme en contacto con todos los antagonismos urbanos.

En Bagdad los tradicionalistas hanbalíes asumen la autoridad principal luchando constantemente contra los ʻShîʻíes y los muʻtazilíes, antes de que Tugril o Nizâm al-Mulk instauren nuevas *madrasas* o casas de ciencia para oponerse a la enseñanza ʻShîʻí. Los grandes momentos de la historia política de la capital son principalmente las controversias religiosas y las abjuraciones: la ejecución del disidente Mansür al-Hallâdj, el «cardador de los corazones», el 26 de marzo de 922; la rebelión de 1031 llevada a cabocontra los buyíes por los voluntarios de la guerra santa que desfilan antes de su partida hacia el frente bizantino; la capitulación del cadí Saymarî que renuncia al muʻtazilismo; la rebelión de 1067 contra el muʻtazilí Ibn al-Walîd; el exilio y la posterior retracción de IbnʻÂqil. La llegada de los turcos no cambia en absoluto el dinamismo del hanbalismo y no se les podría atribuir más que un sunnismo somero, militar: Tugril y su visir son tolerantes y Nizâm convierte a la *madrasa* Nizâmiya, su fundación privada, en un centro de enseñanza jurídica y filosófica en Bagdad. La *madrasa,* en la segunda mitad del siglo XI, desempeña un papel cada vez más relevante en las ciudades del Islam: empezó siendo hacia 1020, en Irán, un centro de acogida para los sabios que llegaban en busca de las tradiciones, transformándose en un centro de enseñanza, con un cuerpo de profesores retribuidos (basado en el modelo de las cátedras que existían en las mezquitas), colegios constituidos en fundaciones privadas por generosos mecenas y estudiantes becarios. Así pues, la *madrasa* refuerza la cantidad y el papel social de los intelectuales profesionales, permite una democratización del reclutamiento y crea, frente al poder, una clase de árbitros y de censores dispuestos a invocar la ley ante los abusos.

Un autonomismo urbano parecido al de Bagdad se manifiesta en Irán a través de los conflictos entre facciones. También

aquí son los partidos religiosos quienes asumen frecuentemente la organización y la evolución de la comunidad urbana: en Nîshâpûr, la escuela shâfi'í, relacionada con los místicos, se opone a los hanafíes más próximos al mu'tazilismo. La lucha entre estas facciones conlleva una alternancia en el seno del poder local, simbolizada por la elección del cadí: este es hanafí con los sâmâníes, shâfi'í con sus gobernadores, nuevamente hanafí con los gaznawíes. La lucha de facciones, tanto en Nîshâpûr como en Bagdad, es acompañada de alianzas con las dinastías emirales, las cuales financian la construcción de *machaseis*, y persiguen y someten a procesos y retracciones a los jefes de los partidos opuestos; esta lucha desaparecerá con los seldjûqíes, que pondrán fin provisionalmente a la rivalidad asegurando el triunfo de los hanafíes y desmantelando los colegios contrarios. ¿Esta larga rivalidad esconde acaso antagonismos sociales? Los místicos se han establecido en el barrio pobre de Manashik y quizás hayan canalizado la hostilidad hacia los poderosos de Hîra, residencia de los comerciantes. Sin embargo, esta oposición permanece marginal, mientras que predominan las luchas entre opciones jurídicas y filosóficas hereditarias apoyadas por otros tantos partidos plurifamiliares.

En Irán, como en todo el mundo musulmán, el desarrollo de múltiples grupos de facciones va acompañado de la decadencia de la autoridad central: en 897, el califato prohibió oficialmente las manifestaciones de los «espíritus de solidaridad» urbanos, que se expresaban mediante conflictos entre ciudades, a nivel provincial (Tustar contra Susa, en Ahwâz), entre partes de la ciudad (en Nîshâpûr, Manshik contra Hîra) o entre clientelas familiares. Así, en Qazwîn, en el noroeste de Irán, dos linajes se repartían el poder local administrando la ciudad, cada uno agrupado en torno a un *ra'is* hereditario. Un tercer poder, el de los grandes propietarios, interviene en su lucha, mientras que las autoridades administrativas y militares delegadas por el

emir arbitran los conflictos, intentando evitar que no degeneren, respetando el ejercicio corporativo y múltiple de la autonomía municipal. Estas luchas de facciones mantienen partidos armados que intentan restablecer el orden público cuando falla la función de policía. Las milicias de «Jóvenes» (ahdâth) movilizados al servicio de los *ra'is* locales, pasan fácilmente de un estatuto ambiguo de irregulares, medio ladrones medio vagabundos, al de protectores, que extorsionan a los mercaderes de los zocos y que se alistan en los cuerpos de seguridad urbana y en los de «voluntarios» que acompañan al ejército regular y que incluso pueden sustituirlo. En Qazwîn, hacia 970, los «pillos» se alzan contra los «nobles» Dja'farî.

La organización de los «Jóvenes» en la ciudad se presenta como una fuerza militar y política muy solidaria. Por otra parte, se inserta en un largo movimiento disidente de «hombres jóvenes», apartados del matrimonio y que viven en comunidades, sin ataduras, en un compañerismo que inquieta a las autoridades; lo encontramos en las grandes ciudades desde el siglo VIII y participa en la resistencia de Bagdad contra Al-Ma'mûn. Las agrupaciones de «jóvenes» se multiplican en la segunda mitad del siglo X, en Irán y en Bagdad, pero también en Siria, donde se unen a la facción antifâtimí, y en Egipto, donde aparecen en el seno de la población copta de Tinnis, siendo exterminados por las fuerzas califales tras la denuncia de los notables cristianos. La extensión de grupos de «jóvenes», clase de edad bloqueada por la concentración de las fortunas en manos de las generaciones establecidas, al mismo tiempo que comunidad de excluidos y de dependientes en una sociedad en la que la autoridad se identifica supuestamente con la mayoría de edad y la dependencia con el aprendizaje, se manifiesta incluso en el seno de religiones minoritarias y, sin embargo, fuertemente estructuradas: los documentos de la Genizá judía muestran la inquietud de los notables ante las facciones y los

grupos conflictivos que se constituían en «asociaciones de camaradería», trastornando la autoridad de los «viejos», de los ancianos. En todas partes son exaltadas las virtudes de los «jóvenes», generosidad, fuerza física, heroísmo y solidaridad: en persa, la palabra que los designa significa «joven héroe». En cambio, la base religiosa de las facciones es cambiante y constituye solo un emblema, renovado continuamente pero de carácter general, que cubre los antagonismos urbanos.

El paréntesis ismá'ilí

Durante la crisis de confianza que afecta a la dinastía ʻabbâsí, los movimientos filosóficos y políticos desarrollados a partir del shîʻísmo original son capaces de presentar una ideología y un programa. Aunque la ideología es compleja, acumulando una cosmología, una interpretación de la historia, también un derecho, como en cualquier movimiento musulmán, y una tradición, una *sunna* propia, el programa político aparece como un milenarismo sólidamente anclado en una filosofía de la historia, guiada por un «Señor del Tiempo», que permite vivir un Apocalipsis de Salvación y de Victoria.

Profunda crisis ideológica en el Islam

El principal movimiento, el de los ismâʻîlíes o Bâtiniyya ('los del secreto'), posee extraordinarias capacidades de movilización, a pesar de sus incertidumbres teóricas, sus rupturas internas y, finalmente, de su fracaso práctico. No solo las masas (beduinos iraquíes, bereberes del Norte de África, gente de ciudades y del campo de Iraq y de Yemen) han hecho de sus consignas un símbolo de su indignación contra los poderes injustos, recuperando la inspiración original de la comunidad mediní, sino que también hay que destacar la adhesión general de los intelectuales y de los hombres de ciencia a las concepciones fi-

losóficas e históricas de los ismâʿîlíes. En efecto, estos llevan a la perfección lógica la construcción elaborada por los sabios musulmanes en contacto con el pensamiento helénico. Han integrado al Islam las especulaciones cosmológicas de los pitagóricos y de los neoplatónicos en una teoría, no carente de inspiración, que afirma la primacía del saber y de lo racional, pero que implica también una iniciación progresiva a la verdad, dejando cierto margen a los errores políticos y reforzando la hegemonía de los intelectuales sobre el «partido» y posteriormente sobre el Estado.

El «partido ismâʿîlí» es propiamente la realización combatiente del Islam ʿShîʿí; nace en la atmósfera de la revolución ʿabbâsí y de los conflictos interminables que enfrentan a las camarillas personales de los príncipes ʿalíes, en Bagdad y en Samarra. La seguridad de contar entre ellos con un imán dotado de capacidades sobrenaturales, la dificultad de reconocerlo y la esperanza del súbito retorno de un *mahdî* que vengará a los perseguidos, divide el movimiento ʿShîʿí en numerosos grupos. Y la incertidumbre conduce, finalmente, a la mayoría de sus partidarios a una adhesión apenas disimulada a los ʿabbâsíes: una teoría de la «ocultación» (*gayba*) explica la historia pasada y sitúa la esperanza en un horizonte bastante lejano. Doce imanes impecables se han sucedido desde el Profeta; su martirio es la prueba de su sucesión legítima; el decimosegundo, «oculto», invisible, volverá para iniciar la «Era de la Verdad» que precederá al juicio y que permitirá el ajuste de las cuentas acumuladas. Sin una adhesión explícita y en una postura altiva y crítica, los shîʿíes desarrollan el culto a los imanes mártires y a la esperanza del *mahdî*; dominan el mundo intelectual y la sensibilidad religiosa, influyen incluso en la dinastía ʿabbâsí, pero apenas actúan. Los grupos activistas, al contrario, unidos en torno al chiismo político tradicional, se consagran a la realización inmediata del régimen justo, expansión de la justicia sobre la tierra y

restablecimiento de la legitimidad de la casa de ʻAlí. Pero sus éxitos, aunque no son despreciables, son marginales: emirato del Tabarîstán, que durará hasta principios del siglo XII, emirato del Yemen fundado en 897, sólidamente implantado pero aislado.

El ismailismo, partido de una camarilla personal, la de Ismael ibn Djaʻfar y de su hijo Muhammad, crecido en la atmósfera de constantes revueltas, realizará una penetración sorprendente mediante una atrevida síntesis: partido combatiente, asume el rigor del movimiento ʻShîʻí y atrae a los activistas; movimiento clandestino de estructura iniciática es capaz de durar, de renacer de sus cenizas, y de proteger, multiplicando las coberturas, a sus jefes secretos. Sus imanes no son «ocultados» pero sí bien escondidos, tan bien escondidos que permanece la incertidumbre sobre sus nombres y su lista, y que desde el siglo XI sus adversarios han denunciado la no pertenencia de los fâtimíes del Norte de África a la familia de ʻAlí. El primero de ellos, ʻUbayd Allâh el mahdî, sería efectivamente descendiente de otro linaje, el de Maymûn el Oculista, que ha proporcionado «padres espirituales» a los fâtimíes clandestinos, representándolos y organizando el partido y los movimientos revolucionarios. Según una antigua fuente, mahdî sería un imán de este linaje apócrifo, pero que habría adoptado a Qâʻim, hijo del imán escondido y ʻAlí realmente legítimo.

La existencia de estos dos tipos de imanes, los «activos», contingentes y simples depositarios, y los «silenciosos», permanentes y necesariamente auténticos, ha sido discutida. Aunque no haya sido verificada, intenta justificar la incertidumbre de su genealogía, que los fâtimíes de Mahdîya y de El Cairo no aclararán nunca en sus circulares secretas a sus afiliados, y la importancia del parentesco místico, relación de educación (la verdadera filiación es la de maestro a discípulo). La designación y la transmisión del imamato, del secreto, predomina sobre la

filiación material, insignificante y transitoria a fin de cuentas. Y, por esta cuestión, el movimiento se ha desarticulado, efectivamente, repetidas veces.

La progresiva introducción de especulaciones neoplatónicas aporta un sentido cosmológico a la historia y a la filosofía política del ʻShîʻísmo ismâʻîlí; su carácter de totalidad, de «engranaje» necesario, justificaba plenamente la acción revolucionaria, cumplimiento propiamente de la ley del mundo. Culmina entre 961 y 980 con la redacción de las *Epístolas de los Hermanos de la Pureza,* enciclopedia de todas las ciencias que tiene en cuenta los conocimientos racionales y revelados de la Antigüedad y los somete a un imanismo generalizado. Sin que los ismâʻîlíes recurran verdaderamente a la metempsicosis, se cumple la transmigración de las almas individuales a lo largo de siete ciclos milenarios, guiado cada uno de ellos por un profeta, Adán, Noé, Abraham, Moisés, Jesús, Mahoma y Qâʻim, el «resurgente». La presencia del imán es, pues, necesaria: está siempre presente y es, entre Dios y los hombres, el vínculo y el testimonio de la ascensión de las almas.

En esta filosofía unitaria, en la que todo es un símbolo, la acción es esencial: únicamente el esfuerzo, moral, científico y político a la vez, permite liberar la luz del alma de la pesadez material, Y este pasa por la iniciación al «secreto» (batín) y a lo esotérico.

Incluso antes de la proclamación de la nueva ley, la acción política pone en práctica una organización clandestina y, sin duda, jerárquica, que ha sido comparada, con acierto, a los grados de la francmasonería y del carbonarismo; en la práctica de la ciudad espiritual las funciones sociales corresponden a las facultades humanas, a las virtudes: el imán «divino», los reyes «verídicos», los jueces «virtuosos» y los artesanos «piadosos y compasivos» encuadran el «pueblo común» que representa a la razón en potencia. La presencia, real, de trabajadores manuales

no significa que esta sea solo una máscara de la revolución social: movimiento escatológico guiado por intelectuales activistas, está únicamente abierto a la presencia y a las aspiraciones de los medios populares.

Hasta 899 el movimiento clandestino de los ismâʿîlíes permanece unido bajo una dirección central situada en Ahwâz, después en Basora, y finalmente en los límites sirios del desierto, en la ciudad de Salamiyya. Toma la forma de una «resurrección» parecida a la revolución ʿabbâsí y rápidamente tiende a extenderse por el mundo musulmán: un misionero implanta el movimiento en Rayy hacia 877, otro instala un Estado en Yemen en 881 y a partir de allí se extiende a lo largo de las vías comerciales; la misma familia consigue fundar un principado revolucionario en el Sind en 883, mientras que Abûʿ Abd Allâh el Shîʿí convierte a la tribu beréber de los kutâma en 893 y una amplia zona de disidencia se establece desde 891 en el bajo Iraq, donde los rebeldes, constituidos en comunidades rurales, ponen en común el botín, el ganado y los instrumentos de producción, así como todos los bienes de uso. Estos éxitos fulminantes hacen prever una violenta ruptura: el jefe de los ismailíes del Sawâd y de Kûfa, Hamdân Qarmat, heredero de la tradición activista más antigua del Shîʿísmo, rompe con el imán clandestino ʿUbayd Allâh, quien pierde también la adhesión del Bahrayn. Por su parte, el jefe de los beduinos sirios, unidos al movimiento, proclama *mahdî* a un misterioso «amo de la camella» y consigue asombrosas victorias en Siria en 902 y 903, y después en Iraq, hasta su muerte en 907. También él ha roto con ʿUbayd Allâh, quien a duras penas se escapa de ser asesinado al huir hacia el Yemen. A partir de 907 el movimiento continúa en Iraq bajo la dirección de antiguos lugartenientes de Qarmat, que siguen anunciando la llegada de un *mahdî*: una gran tarea política y filosófica llevada a cabo por los «misione-

ros» qármatas de Irán consigue reunir las diversas ramas del movimiento en espera del *mahdî*.

La constitución en Bahrayn de un foco «qármata», donde la esperanza mesiánica se combina con la acción militar, trastorna a todo el Oriente: la era mesiánica, anunciada en 928 según la creencia en las especulaciones astrológicas (conjunción de Júpiter y Saturno), empieza con una expedición contra La Meca en 930, la masacre de los peregrinos y el secuestro de la Piedra Negra. En 931 (año 1500 de la era zoroástrica), convencidos de la cosmología cíclica neoplatónica y contando con bastantes iranios, reconocen al *mahdî* en un mago de Ispâhân y proclaman el fin de la Era Islámica y su superación. Es un fracaso: habrá que matar al *mahdî* que pretendía restaurar el culto al fuego. El movimiento qármata, desmoralizado, se divide, unos se integran en los cuerpos de mercenarios de los ejércitos de los estados emirales, otros mantienen la esperanza en el *mahdî*, en Bahrayn, en una colectividad fuertemente estructurada, pero sin aliarse más tarde a los fâtimíes y rompiendo con el antinomismo que definía los tiempos mesiánicos de 928-931. Al participar con los emires y los turcos en la destrucción del imperio califal, el partido qármata limita su Estado revolucionario a una comunidad de elegidos: hacia 1045, Nasîr-i Jusraw lo describirá como un Estado colectivamente propietario de 30 000 esclavos negros y dirigido colegiadamente por los descendientes de su fundador, un Estado-Providencia, reflejo del comunismo campesino de finales del siglo IX en el Iraq rebelde.

El triunfo de los ʻalíes fâtimíes

La explosión de estos movimientos ha modificado, sin retrasarlo, el advenimiento del imanato fâtimí: el *mahdî* ʻUbayd Allâh había preparado su «hégira» al Yemen. La adhesión de los misioneros yemeníes a los qármatas le obligó a realizar una larga y peligrosa emigración hacia el foco magrebí, entre los Kutâma: es hecho prisionero en 903 y conducido a Sidjilmâsa, don-

de sus afiliados le liberarán en 909 después de la conquista de la capital aglabí del Norte de África, Raqqada. La entrada triunfal del *mahdî* en 910 señala la realización de las esperanzas mesiánicas, pero el advenimiento de los fâtimíes, que toman el nombre de la hija del Profeta, significa la llegada de una dinastía de legitimidad discutida y obligada a revisiones constantes de su doctrina: en la clandestinidad los imanes se consideraban únicamente depositarios del imanato; en 953, Mu'izz, para recuperar a los grupos disidentes y en particular a los intelectuales adictos a las doctrinas neoplatónicas, deberá introducir su cosmología y afirmar que Muhammad ibn Ismael es el Qâ'im esperado, considerado como el antepasado de los fâtimíes. Estos problemas teóricos reales explican, tanto como las constantes disensiones familiares, las terribles crisis escatológicas del siglo XI.

Es difícil explicar la historia entrecortada de los fâtimíes sin poner en un primer plano las impulsiones mesiánicas y ante todo la ambición de una monarquía universal, nunca conseguida sin embargo y posteriormente incluso abandonada. Esta dinastía parece ser la de la duda. Todo su comportamiento es, en efecto, ilógico: en 909-969, y mientras el orden se mantenga duramente en el Magrib y en Sicilia, todos sus esfuerzos son dirigidos hacia el este, hacia la conquista de Egipto. En 913 se realiza una primera expedición, seguida en 919, en 921, en 935. Los propósitos ismâ'îlíes son anulados por la resistencia del emir iranio, llamado Ijshid. La capital instalada en 920 en una península, Mahdîyya, simboliza la próxima ruptura con el Norte de África y la determinación de llevar la guerra, por tierra y por mar, hacia Oriente. Una activa propaganda contra los 'abbâsíes y los omeyas de Al-Andalus insiste sobre la legitimidad de una familia destinada a un imperialismo universal, «unida a Dios por un lazo espiritual sólidamente atado»; los fâtimíes se presentan como los únicos califas auténticos, los ada-

lidades de la moralidad islámica frente a los emires turcos borrachos y corrompidos; solo tienen una esposa y viven sin ningún lujo; también aseguran defender los derechos de la religión: en 951 consiguen de los qármatas la restitución de la Piedra Negra. Cuando en 969 el siciliano Djawhar entra por fin en Fustât y funda al año siguiente la nueva capital dinástica de El Cairo, la «Victoriosa», los fâtimíes parecen haberse instalado en su situación de jefes de una minoritaria cofradía de iniciación: el aislamiento religioso ismâ'îlí parece total. Djawhar se ha comprometido a respetar los ritos y los derechos de los egipcios: una actitud pragmática y tolerante, muy abierta a las minorías cristianas y judías, que no aspira a obtener conversaciones si no es mediante la predicación y la enseñanza. Por otra parte, tras la conquista de Siria frente a los qármatas, el esfuerzo por la guerra cesa: ningún intento serio se realizará para agredir a los 'abbâsíes ni desalojar a los buyíes.

La dinastía vive violentas tensiones internas: Mu'izz intenta en 985 rectificar la doctrina y la genealogía fâtimíes para evitar las críticas de los qármatas y reafirmar el origen 'alí de la familia. Un conflicto sucesorio marca el fin de su reinado, cuando la autobiografía de Djawhar muestra la penetración de las esperanzas y de las creencias populares en el seno de la jerarquía ismâ'îlí. Exteriormente la dinastía se presenta como la de todos los musulmanes; y, sin embargo, se vale de buen grado de ministros cristianos (después de Ibn Killis, de origen judío pero ismâ'îlí convencido, es el copto 'Îsa ibn Nastûrus quien gobierna Egipto). Se desgasta por su propio mesianismo y la necesidad de aplazar siempre para más tarde la realización de las esperanzas escatológicas en que se basa su éxito. La tensión estalla con Al-Hâkim, «el imán del año 400». Es proclamado en 996 a la muerte de 'Azîz; este último es el hijo de una cristiana y el sobrino de los patriarcas melkíes de Jerusalén, Oreste, y de Alejandría, Arsenios. Es aún un niño y el poder pronto es destro-

zado y disputado por el jefe de la milicia beréber de los kutâma y el eunuco Bardjawan, del cual Al-Hâkim se deshace asesinándolo en el año 1000. La inminencia del cuarto centenario de la hégira (en 1009) comporta actitudes y decisiones aparentemente incoherentes que reflejan el conflicto interior que desgarra a Al-Hâkim: de 1003 a 1007 restablece las reglas morales tradicionales del Islam, prohíbe la promiscuidad, las bebidas alcohólicas, los gastos inútiles (matanza de bueyes de labranza, por ejemplo, vestidos ostentosos); restaura las prescripciones indumentarias contra las minorías. A esta obra de combatiente, de *muhtasib*, muy popular, se añade en 1005-1007 una violenta propaganda shî'í e ismâ'îlí, a la que responde la proclamación de un antiguo califa omeya en al-Andalus: inscripciones contra los Compañeros del Profeta, lecciones en la Casa de la Sabiduría, apertura de la secta a las conversiones. En 1008 empieza la persecución contra los cristianos y las otras minorías: confiscación de los *waqfs*, de la iglesias, y destrucción de los signos externos de las religiones sometidas al Islam, lo que formaba parte de la tradición del *muhtasib*, suplicio o conversión forzosa de varios altos funcionarios, entre ellos el patriarca Arsenios, tío materno del califa; finalmente, en 400 (1009), destrucción de las iglesias y en particular el Santo Sepulcro en una atmósfera de apocalipsis. Sin duda, el califa y su entorno esperaban del nuevo siglo cambios radicales, la culminación mesiánica de la historia en la abolición de las otras religiones y el retorno a la unidad.

El fracaso de la persecución, que cesa en 1014 y que será parcialmente olvidada en 1021 (restitución de los bienes, reconstrucción de los edificios, autorización de la apostasía de los convertidos a la fuerza), posibilita una reactivación de la propaganda shî'í. Nuevos iniciados afirman que Al-Hâkim sí es el Qâ'im, el «resurgente» esperado: en un ambiente de rebelión, de 1017 a 1019, y sin que el califa admita el movimiento ni asu-

ma la posición que aquellos le atribuyen, organizan una secta en el seno de la *da'wa*; la excentricidad del califa, modesto, generoso, imprudente, está sin duda en relación con la afirmación de su propia confianza en su destino; sus «actos sin motivo» se sitúan en la perspectiva de un sentido oculto e iniciático, pero su costumbre de realizar paseos nocturnos solitarios es también una ocasión para hacerlo desaparecer en 1012. El movimiento ismâ'îlí y la dinastía fâtimí salen malparados de este malogrado apocalipsis: la revolución continúa, pero en la periferia, en Irán, en Yemen, y en la India; en Egipto, los lugartenientes de Hamza prosiguen la predicación y dan origen a la comunidad de los drusos. Por lo que se refiere a la dinastía, esta entra en letargo, pero no sin un último cisma en 1094 por el problema sucesorio que da origen al extraño ismâ'îlismo nizârí.

La secesión de los misioneros que reconocen como imán legítimo a Nizâr conduce a la constitución de un Estado-refugio en las montañas del Antilíbano y a la conjunción del tradicional «disimulo» de los shî'íes con un espíritu de sacrificio extraordinario que permite la consolidación de un distrito independiente alrededor de la fortaleza de Alamût; los ismâ'îlíes aterrorizan a las filas sunníes mediante asesinatos teatrales. El linaje del gobernador de Alamût durará hasta 1256. Sus descendientes dudarán entre varias opciones: continuar con el terrorismo en la perspectiva apocalíptica (dos califas 'abbâsíes serán víctimas de ello), constituir un mini-califato 'alí proclamándose descendientes de Nizâr (del mismo modo que los fâtimíes lo habían hecho con Ismâ'îl) o adoptar la ley sunní y constituir un emirato periférico. En esta incertidumbre volvemos a encontrar los conflictos entre las esperanzas mesiánicas y las realidades que habían proporcionado una fuerte originalidad a los qármatas. Pero estas dudas no han impedido que los nizâríes de Alamût y de la Siria central continúen perpetrando una serie de asesinatos con tal desprecio por la muerte que sus enemigos lo atri-

buían al uso del hachís y los llamaban los cómplices *hashîshiyya*, «asesinos». Contribuyen a deshacer el mundo musulmán, cuya estructura se cristaliza en la personalidad de jefes militares y políticos y en el que los partidos personales y las fidelidades combatientes e intelectuales ocupan todo el terreno en política. Vecinos permanentes de los Asesinos, los cristianos de Tierra Santa comprenderán pronto el interés en buscar apoyo en su jefe, el «Viejo de la Montaña», naturalmente sin intentar penetrar en su filosofía.

La reapertura de las vías y del mar

El auge de un nuevo tipo de gran comercio mantiene la actividad urbana, dejándonos una gran cantidad de restos arqueológicos y documentales. Es la expresión de una nueva función del mundo islámico: en esta geografía que apenas cambia, con múltiples zonas económicas, se establece un eje mar Rojo-Mediterráneo orientado hacia Occidente. En efecto, el Occidente —musulmán y cristiano— es a partir de entonces el motor de una inmensa transformación: en primer lugar, ahora lo veremos, mutación de al-Andalus, que de una sociedad rural, tribal y militar ve surgir un mundo urbano completamente nuevo, perfectamente arabizado si no totalmente islamizado, y que adopta el estilo, las modas y el refinamiento de Bagdad. Así, las principales relaciones, que conocemos a partir de los archivos de la Genizá de El Cairo, se establecen con destino a al-Andalus, con escala en Sicilia y en Túnez: los productos del consumo musulmán tradicional circulan por el eje Fustât-Mazara (o Mahdîyya)-Almería. Este comercio amplía las estructuras y el área geográfica del Oriente ʻabbâsí sin cambios ni rupturas. Al mismo tiempo integra la acción de nuevos intermediarios comerciales que hacen participar al mundo franco en el consumo

y prestigio del Oriente urbanizado y refinado, primero los amalfitanos y posteriormente los mercaderes de las repúblicas marítimas de la alta Italia.

Reconstrucción de un eje mediterráneo

El desarrollo de este tráfico este-oeste reanima un mar desierto, un mar-frontera entre potencias navales, empobrecido por el corso que tenía lugar en los períodos de debilidad musulmana, cuando la actividad militar estaba impedida. Este desarrollo tardío del Mediterráneo como vía de transporte ha sido propiciado sin duda por el agotamiento de los dos rivales, califas fâtimíes preocupados por sus problemas interiores y dispuestos a firmar largas treguas con Bizancio, y emperadores macedonios satisfechos de la reconquista de las marcas sirias y preocupados únicamente en conservar su superioridad estratégica. No conocemos que hayan intentado interrumpir el comercio a lo largo de las costas de la Cirenaica a partir de la Creta reconquistada, siendo sin embargo esta vía especialmente vulnerable. Pero, señalemos también que, en el despertar del Mediterráneo, Bizancio y el Islam continúan constituyendo dos mundos aparte, raramente unidos en expediciones económicas; y su punto principal de contacto es Trebisonda, en la ruta de Armenia, como lo atestigua Istajrî en 940: allí los musulmanes van a comprar los brocados y otros tejidos de origen griego.

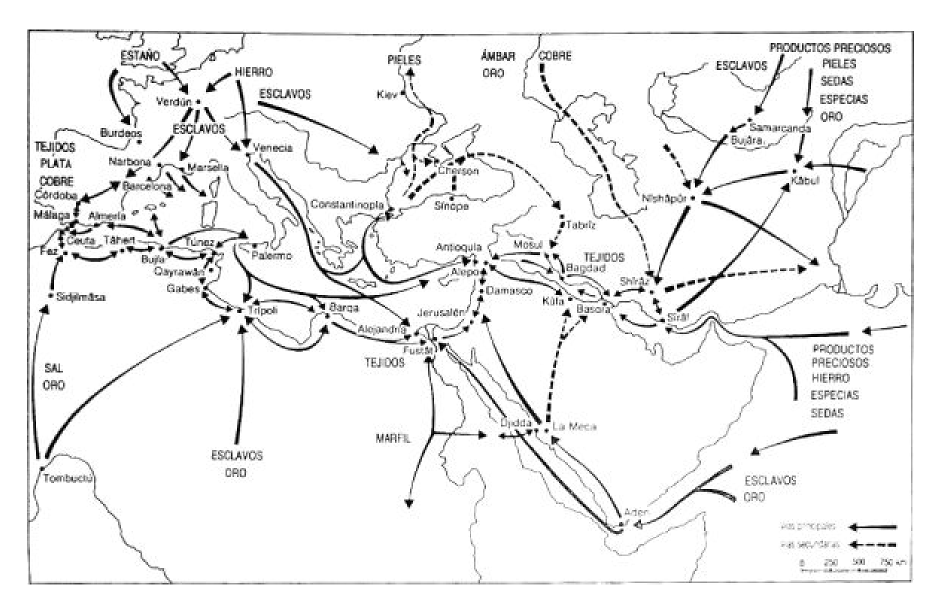
La importancia del nuevo comercio mediterráneo es considerable: en el siglo XI se calcula que hay en Fustât una decena de navíos por temporada, procedentes de Mazara y del Occidente. Cada uno lleva de 400 a 500 pasajeros, es decir, tantos o más que la caravana que, en ocasión del *hadjdj*, recorre paralelamente la ruta de Sidjilmâsa y Qayrawân hasta Fustât, donde se une con la masa de peregrinos de La Meca. La escala siciliana y tunecina redistribuye, en primer lugar, los productos de un intercambio interior entre las dos partes del Mediterráneo musulmán: seda andalusí y siciliana, productos mineros ibéri-

cos, sobre todo cobre, antimonio (el *kuhl*), mercurio y también azafrán hispánico, plomo, papel de excelente calidad, algodón siciliano y tunecino a cambio del lino de Egipto, que es muy importado a Occidente y cuyo precio de producción (de 2,5 a 4 dinares por cien libras) se duplica en el mercado de Fustât y sube a una media entre 7 y 11 dinares, con máximos de 17,5, en Sicilia y en Túnez. A estos productos se añaden la cerámica egipcia, el aceite, el arroz, el vidrio y, pronto, incluso el vidrio roto exportado a las vidrierías italianas que imitarán, con un retraso técnico considerable, las producciones egipcias utilizando sus desechos. Hay que añadir también las especias y las drogas de Egipto, de Siria y, evidentemente, los productos en tránsito del Lejano Oriente: Fustal comercializa las sales amoniacales de Wâdí Natrûn, la goma adragante del desierto, la nuez moscada, la laca, el brasil y la pimienta sobre todo, cuyo precio se duplica o triplica entre Fustât y la escala siciliana y tunecina, de 18 a 34 dinares y hasta 62 dinares por 100 libras, mientras que Trípoli de Siria exporta el azúcar sirio, la mermelada de rosas o las violetas confitadas. Todos estos productos son, ya lo vemos, mercancías caras y preciosas, y las enormes diferencias de precios cubren ampliamente los riesgos del mar y la eventualidad de un mercado bruscamente saturado. Notaremos la ausencia de productos de masa, cereales, ganado. El impulso del consumo «occidental» contribuye sin embargo a que la producción egipcia de azúcar y de papel adquiera un carácter industrial: mientras que el modo normal de producción artesanal sigue siendo el taller familiar o la asociación de varios miembros, la refinería es ya un potente organismo cuya inversión exige un millar de dinares.

El desarrollo del comercio amalfitano da una nueva dimensión a este tráfico: mientras que en el siglo IX el sur de Italia, afectado por la expansión militar musulmana y empobrecido, y también ruralizado y poco consumidor, no parece que haya te-

nido relaciones comerciales con Egipto ni con la Sicilia hostil, en el siglo X se observa un desarrollo precoz de la Campania; las roturaciones en la península amalfitana y la difusión de la moneda de oro musulmana, el *tarín* de oro, un cuarto de dinar, de poco peso y de uso cómodo, van a la par con la aventura comercial: en 871, primer indicio, un amalfitano de Qayrawân advierte al príncipe de Salerno de un inminente ataque aglabí; en 959, existía en Fustât un mercado de «griegos»; en el viejo centro de Babilonia, y con el nombre de «griegos» (en árabe *Rûm*) se denomina a todos los cristianos extranjeros, y, sin embargo, los bizantinos no están presentes en Egipto. En 978, un primer contacto confirma la presencia de un amalfitano en El Cairo, y un texto de Yahya de Antioquía expone que el 5 de mayo de 996, después del incendio de la flota fâtimí en el Maks de El Cairo, las tropas bereberes se precipitan sobre «los *Rûms* amalfitanos», matando a 160; el *Dâr Manak*, la factoría italiana, es saqueada, la iglesia melkita y la iglesia nestoriana son incendiadas, 90 000 dinares de mercancías perdidas. De este acontecimiento excepcional varios aspectos llaman la atención: la confusión, espontánea, de la gente amalfitanos y bizantinos, que atribuye a los primeros un sabotaje del que evidentemente se benefician los segundos; la presencia, que parece normal, en Fustât, al sur de la ciudad califal de El Cairo, en el corazón de Egipto, pues, de mercancías y de navíos que no son fondeados en los puertos mediterráneos y cuyo escaso tonelaje les permite atravesar el delta (sin duda se trata, por otra parte, de crear cerca del palacio califal una factoría forzosa para poder vigilar a los extranjeros y ejercitar un monopolio de compra califal, y que es identificado a este *Dâr Manak*, seguramente el almacén de los Occidentales); finalmente, el desplazamiento hacia el este de las actividades comerciales de los amalfitanos, que parecen masivas: 160 muertos significan varias tripulaciones a la vez. Hay que insistir en la precocidad de estos tráficos y en el clasi-

cismo de los intereses amalfitanos: especias y drogas a cambio, seguramente de productos de la agricultura intensiva que se pone en práctica en este momento en la Campania, avellanas, castañas y vino. Y se podría atribuir a la familiaridad de los amalfitanos con la Sicilia y el Túnez fâtimí su expansión hacia el este: Djawhar, el conquistador de Egipto para los fâtimíes, era un converso siciliano, y la difusión del *tarín* en Campania fue simultánea a una activa plantación de viñas. La hipótesis de un comercio de vinos, bien atestiguada en los siglos XIII y xiv, es admisible, por otra parte. Los amalfitanos llevan a Egipto madera labrada, quesos, miel, vino y ya desde entonces algunos tejidos de valor (velos, brocados), quizás bizantinos. Ya son lo suficientemente numerosos como para que el vocabulario italiano empiece a penetrar en el árabe comercial: desde 1030 «muelle» se dice *isqâla* (del italiano *scala*) en Fustât, y, desde 1010, bala se dice *barqalu* (del italiano *barcalo*). Los éxitos de los amalfitanos serán continuados en el siglo XI por las expediciones de Mauro y de su hijo Pantaleone. Restaurarán hacia 1070 Santa-María-Latina de Jerusalén, cuyo hospital pasará a ser el Hospital de San Juan, hogar de la orden militar que luchará contra el Islam hasta el último soplo del espíritu de cruzada y de corso, en Palestina, en Rodas, en Malta. Se observa que el renacimiento de Alejandría es lento y tardío: la penetración de los mercaderes extranjeros hasta El Cairo primero y posteriormente la competencia de otros puertos en la desembocadura del Nilo, Damieta y Tanis, limitan su desarrollo. Los fâtimíes no restablecen la Casa de la Moneda hasta 1076 y Alejandría no volverá a ser escala obligada de los mercaderes italianos hasta finales del siglo XII con Saladino.



El comercio del Islam del siglo IX al XI

Esta precoz y profunda abertura de Egipto al tráfico de los amalfitanos, testigos del crecimiento de la Europa cristiana y del aumento de sus necesidades de productos de lujo, se acompaña de una verdadera revolución comercial a escala del Antiguo Mundo, en la cual los fâtimíes has sido, o se han hecho, los protagonistas. Sin duda, estos han perseguido conscientemente el monopolio de las rutas de Oriente. Ya eran los amos de las rutas transaharianas: estas se animan en el siglo IX y terminan en el siglo X constituyendo Estados africanos basados en el tráfico de oro y de esclavos y en contacto con organismos comerciales y estatales musulmanes en el Sahel (reino de Gâna y ciudad de Audagost, reino de Kanem-Bornû). Sin duda los fâtimíes también han intentado apoderarse de las rutas comerciales de Oriente, del mercado eritreo y del mercado del norte de Siria, reactivado por los hamdâníes. Aunque este aspecto es más dudoso y aunque un objetivo exclusivamente mercantil evidentemente no es más que una parte de la compleja política de la dinastía, algo sí es seguro: el desvío del tráfico comercial, decisivo

y definitivo, del océano índico hacia Egipto, la reactivación del mar Rojo y el abandono del golfo Pérsico.

La ruta de las Indias

El cambio de rutas se efectúa en dos tiempos: ya en 870, los zandjs sublevados han cortado la ruta de las especias y de la teca entre Basora y Wâsit, y en el siglo X la decadencia relativa de Iraq, determinada por la ruina de Basora y por las grandes insurrecciones qármatas, implica la disminución del tráfico comercial en la costa del Fars; allí, el puerto de Sîrâf abastece la metrópoli de Shîrâz, mientras que Ormuz trabaja con el Kirwan y el Sîstán. Las excavaciones recientes han revelado que este es el momento de prosperidad de Sîrâf. Pero la inseguridad crece en el golfo, donde los qármatas han instalado un Estado pirata en Bahrayn; Sîrâf tiene que rodearse de vastas fortificaciones y pronto se producirá una brusca decadencia; alrededor del año 1000 sus habitantes abandonan la ciudad y van a la isla de Qays, y muchos de sus mercaderes trasladan su actividad a la nueva capital comercial de Aden, dinámica ya a finales del siglo X: así lo hará el «millonario» Ramisht, muerto en 1140, que cubrirá la Ka‘ba de sedas chinas como símbolo de su triunfo comercial. Las salidas comerciales del golfo eran inmensas, pero se basaban en la prosperidad frágil de las metrópolis ‘abbâsíes y de las capitales emirales, mientras que el estímulo al consumo que circula por Egipto se añade a las necesidades de la nueva capital califal, determinando un crecimiento constante y acaparando los productos de la India, del África Oriental y de la China. Por otra parte, la misma crisis afecta a las rutas «sâmâníes» de la Europa del Este y de las estepas rusas: en los tesoros del siglo XI las acuñaciones más tardías son de 1002, 1013 y 1014. Este es el indicio de la desorganización del comercio de pieles con destino a Samarcanda y a Bujâra, sin duda debido a la presión turca sobre la Transoxiana y el Jwârizm, quizás también porque el nuevo centro político, fabulosamente rico, de Irán es-

tá ahora en Gazna, en las fronteras de la India, y porque el área sâmâní durante medio siglo será solo un gobernorado periférico, que ya no recurrirá a los productos de la taiga. Pero, según los indicios onomásticos, ya en 970, Nîshâpûr y el Jurâsán habían reducido sus relaciones a larga distancia y sería posible relacionar esta decadencia precoz con la animación de las estepas turcas.

Hemos descrito el desarrollo de la ruta egipcia de las especias a partir de la documentación de los tradicionalistas que coincide con la de la Genizá: entre Adén, almacén de la pimienta, canela, jengibre, clavo, alcanfor, y el Alto Egipto, un enlace por ʻAydhâb, fondeadero mediocre, y el Wâdîl ʻAllâkî de los buscadores de oro, después Asuán, un camino peligroso expuesto a los asaltos de las tribus budja, luego una ruta ʻAydhâb-Asúan por el borde del mar, finalmente la reactivación del puerto de Berenike y la adopción hacia 1060-1070 de un trayecto corto que lleva las caravanas a Qift (la antigua Coptos) y desemboca en el Nilo, al norte, cerca de Qûs, metrópoli del Alto Egipto. A partir de aquí los productos en tránsito son transportados tranquilamente por el río y en grandes barcas (*ʻushârîs*) hasta Fustât: si los mercaderes siguen así, subiendo hacia el norte, un trayecto difícil en un mar Rojo infestado de piratas, evitan los numerosos puntos de conflicto entre Asuán y Luxor, una zona peligrosa asolada por los grupos tribales árabes, Qaysíes del extremo sur, Yemeníes de Saʻîd, y amenazada por las incursiones de los budja. Más tarde, hacia 1360, la apertura del puerto de Qusayr acortará aún más el trayecto por vía terrestre antes de dar la ventaja decisiva a la península del Sinaí y al camino de Suez a El Cairo.

Grandes almacenes a cielo abierto jalonan la ruta egipcia hacia Adén y algunos mercaderes se reúnen en Ajmîn, en Qûs, en Dahlak. Y en la ruta de la India se establece una vasta comunidad cuya componente judía y sus técnicas comerciales conoce-

mos bien gracias a los documentos de la Genizá; este es el principio del gran comercio karîmí, que culminará con los mamelucos, pero entonces el mar Rojo estará reservado al monopolio de los mercaderes musulmanes. Con los fâtimíes, que protegen con atención el tráfico naval y constituyen una flota en el mar Rojo, una comunidad mercantil une a musulmanes, judíos, cristianos e hindúes en la gestión de un comercio masivo. Se puede estimar el peso transportado en 3000 balas de especias y de mercancías preciosas. Desde el siglo XI se constituyen enormes fortunas, las de los patrones de navíos, los *nakhûdas*, las de los mercaderes: en el siglo XIII se valorará la fortuna de uno de ellos en un millón de dinares, entre 30 y 100 veces más de lo que disponía un mercader cairota, y en la época de los primeros mamelucos se contará con 200 mercaderes fluviales, cada uno con sus esclavos-factores itinerantes, mientras que un *ra'is* dirige, o mejor preside, una «corporación» informal basada en los lazos de parentesco que unen a los grandes mercaderes.

Sin embargo, el comercio egipcio con la India no es un sumidero de dinero y de metales preciosos: Egipto ha sabido multiplicar y diversificar sus exportaciones, sedas, tejidos de lino y productos químicos (álcali, sales amoniacales); reexporta por el mar Rojo las telas «rusas», los metales (cobre hispánico, plomo), la vajilla de plata y el coral siciliano trabajado. Importa de la India madera de brasil para el tinte, pimienta, almizcle, laca, que paga con mercancías en un 90 por 100 solo y el resto en oro, según los balances de operaciones realizados en 1097-1098. De esto se puede deducir que la balanza comercial no es tan favorable para Egipto, aun cuando las autoridades tenían preocupaciones totalmente opuestas a las concepciones mercantilistas y que les interesaba sobre todo favorecer el abastecimiento de la capital. En realidad, la tasación fâtimí no fomenta la exportación: pone una sobretasa a los excedentes en relación al valor de las mercancías importadas, como lo demuestra el *Minhâdj*

de Majzûm, tratado fiscal ayyûbí, que utiliza documentación fâtimí. Impone al tráfico comercial una fiscalidad extremadamente gravosa —20 y 30 por 100 *ad valorem*— que no desanima sin embargo a los mercaderes, prueba de la necesidad incoercible de productos de lujo; también va acompañada de un monopolio de venta del alumbre egipcio a los occidentales que adquirirá mayor importancia a partir del siglo XII.

Las formas y los fondos

La reanimación del tráfico mediterráneo estaba, por otra parte, favorecida por el despertar económico de Siria y Palestina; ya en 969 el tratado entre Bizancio y los habitantes de Alepo, de nuevo bajo protectorado griego, preveía la recaudación de un diezmo sobre las mercancías procedentes del país de los griegos. Hacia 990, las revueltas urbanas, particularmente en Tiro, son indicio de una nueva vida, seguramente del enriquecimiento de un «patriciado» ambicioso. Hacia 1030-1040 la Genizá confirma la presencia de numerosos mercaderes «occidentales» (¿judíos de al-Andalus y del Magrib?) en Tiro, Saydâ o Trípoli; también atestigua el renacimiento de la actividad marítima en estos puertos, así como en Ascalón, Acre, Latakia (Lâdhiqiyya), y las relaciones que pronto tendrán lugar con Chipre, Antalya e incluso con Salónica. Las largas treguas y el protectorado bizantino sobre Alepo, la proximidad de Antioquía y la autonomía de Trípoli, administrada de 1070 a 1109 por una familia de cadíes, los Banu 'Ammâr, una especie de «señorío mercantil» y familiar, han permitido esta apertura hacia Bizancio y también hacia Occidente en general: en 1047 Nasíri Jusraw describe Trípoli, los *janes* de los mercaderes y el puerto, donde van y vienen navíos de *Kûm* (¿Bizancio y/o Amalfi?), de la Sicilia musulmana y del país de los francos (seguramente Italia del Norte). Sin embargo, no hay que atribuir este despertar de Siria al tráfico procedente del golfo; el sombrío cuadro que se ha podido trazar de antes de la llegada de los *seldjûqíes* e in-

cluso de la segunda mitad del siglo XI excluye que Siria haya vuelto a ser el *emporium* del comercio de la India como lo fue bajo el Imperio Romano.

En cambio, es el desarrollo de una nueva agricultura, sobre todo de azúcar, en la llanura de Trípoli y en las franjas de regadío litorales, lo que suministra las mercancías embarcadas. Los cargamentos expedidos en 1039 desde Trípoli a Mahdîya, Túnez, por el mercader Jacob Abû-l-Faradj, contienen mermelada de rosas, laca, mantos de algodón, goma adragante, y otras expediciones llevan almáciga, violetas confitadas y azúcar.

El nuevo impulso dado al comercio gracias a la reapertura del istmo egipcio da una mayor relevancia a las minorías religiosas: estas han participado siempre en los intercambios, al menos las comunidades ecuménicas, los melkíes, los nestorianos sobre todo, y los judíos de las dos obediencias rabinitas; los tráficos se amoldan fácilmente a las relaciones a larga distancia que permiten o imponen la comunión, la comunidad educativa y la preocupación de conservarlas (especialmente entre los rabinitas de Iraq y Palestina que mantienen Academias en todas partes) o incluso la centralización jurisdiccional. El modelo familiar judío conjuga la endogamia local y de linaje con la búsqueda de alianzas prestigiosas y lejanas. El modelo intelectual insiste en la necesidad de errar por el mundo para tener una mejor formación y valora la búsqueda itinerante y el peregrinaje; ambos además concuerdan bien con las necesidades técnicas de una estructura comercial basada en las relaciones familiares o de conocidos de toda confianza y que identifica sociedad comercial y linaje, o bien que adopta de buen grado, en las relaciones entre patronos y empleados, el mismo estilo del aprendizaje y la educación. En Fustât encontramos al poderoso grupo familiar de los Banu Tâhartî, de origen magribí (de Tiaret), los hijos de Barhún, y asimismo los de Tustarí, también judíos

pero originarios del Ahwâz, que pasan del comercio a la administración de los bienes privados de las princesas fâtimíes.

Sin embargo, es un error de estimación pensar que los judíos monopolizaban el gran comercio dentro del espacio de la Genizá. El mismo error ha llevado a sobrevalorar a los famosos «banqueros» judíos del Ahwâz, Yûsuf ibn Fin'as y Hârún ibn 'Imrân, depositarios del visir Ibn al-Furât; se les ha considerado pioneros de la gran banca, cuando su función era en realidad la de arrendatarios (*djahbadhs*) del cambio manual de los recaudadores generales, con posibilidades de hacer grandes inversiones, seguramente, pero afectados por la indignidad del desprecio que implica una función subalterna. En El Cairo, o mejor en Fustât, la intervención de las minorías en la actividad comercial es limitada. Entre sus filas se encuentran algunos de los grandes mercaderes, como Ibn Awkal (en activo de 1000 a 1038) y Nahray ibn Nissim, de Qayrawân, pero la mayor parte de sus comerciantes son pobres desgraciados, corredores, «pies polvorientos». Los ritos religiosos de los judíos constituyen un grave obstáculo a los viajes largos (descanso del Sabbat y prohibiciones alimentarias); un límite se impone también de un modo natural: las minorías no poseen navíos, al menos en el Mediterráneo (en el siglo XIII algunos judíos los comprarán en el océano Indico) y los desplazamientos de los cristianos son vigilados, así como los de los italianos, al menos en las rutas de Etiopía, y les está prohibido, sin duda, al igual que a los cristianos de Occidente, pasar por el mar Rojo. Por otra parte la fiscalidad fâtimí deja de hacer distinciones entre los mercaderes musulmanes y los *dhimmíes* al poner los impuestos sobre las mercancías: si los fâtimíes no se preocupan expresamente de garantizar a los musulmanes una hegemonía comercial es porque sin duda el equilibrio está aún a su favor. Incluso sometidos al diezmo hubieran estado menos gravosamente afectados.

Las estructuras del mundo comercial adquieren mayor complejidad a medida que se desarrollan los tráficos comerciales: ya no son simples expediciones de compra, ahora hay que articular los múltiples comercios, administrar a distancia y cubrir los intervalos de las ausencias. Las «Bolsas» se multiplican: en Fustât son almacenes («Casas» del algodón, de la seda, del azúcar, del arroz, etc.) en los que se dispone de un espacio para las ventas públicas, el «Círculo». Los procuradores que representan a los mercaderes y administran sus *stocks* adquieren una función oficial de depositarios jurados y de árbitros de los intercambios. De simples representantes pasan a ser magistrados que cobran una comisión y que asumen, también, las funciones de arrendatarios de impuestos; su *dâr al-wakâla* (la *oquelle* = delegación, de las Escalas de Levante) sirve todavía de Bolsa y de lugar oficial donde levanta actas el notario; los grandes puertos cuentan con varios de estos notarios y varios procuradores. Los puertos sirven de domicilio postal y de centro de la actividad mercantil. Así, en Adén, desde finales del siglo XI hasta finales del XII, la familia judía de Hasan ibn Bundar es quien detenta la *oquelle* a donde acuden los mercaderes judíos de la ruta de las Indias. Su casa es parada obligada y su influencia es hasta tal punto evidente que el hijo de Hasan será a partir de 1150 el *nagîd*, jefe oficial de la comunidad de judíos del Yemen.

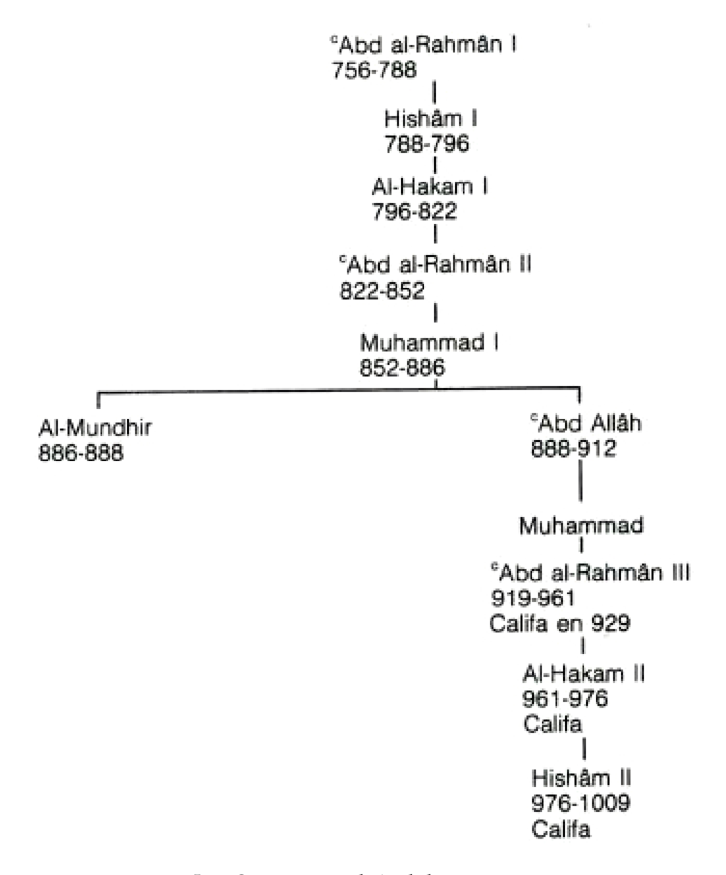
La reanudación de las relaciones comerciales de un extremo al otro del Mediterráneo, al mismo tiempo que el desarrollo de las ciudades y la abundancia de oro, permiten considerar, con razón, las últimas décadas del siglo X y las primeras del XI como el «gran siglo» musulmán. Pero sin la expansión simultánea del Islam Occidental, estos cien años de omnipotencia no hubieran podido brillar con tal resplandor. Por lo tanto, ahora hay que volver a tomar el camino del Occidente, en un sentido inverso del que habían seguido los fâtimíes, y buscar allí las características y los motivos de este éxito.

Se tiende a considerar que el siglo X de nuestra era corresponde, en el Occidente musulmán, a una época de apogeo político en la que los dos califas rivales de Qayrawân y de Córdoba suplantan con escándalo un califato ʻabbâsí oriental decadente. El establecimiento del régimen fâtimí en Ifrîqiya corresponde a una alteración del equilibrio político del Magrib, con la destrucción del emirato de Táhart y los esfuerzos —finalmente infructuosos— de los califas shîʻíes de Qayrawân para extender su domino al Magrib occidental. La proclamación de califato en Córdoba corresponde a una restauración de la autoridad del poder central omeya sobre el conjunto del territorio andalusí, tras una larga crisis política que agita a al-Andalus en las últimas décadas del siglo IX y a principios del siglo X, y a la necesidad del emir ʻAbd al-Rahmân III de dotarse, mediante el título califal, de un prestigio igual al de los califas fâtimíes de nuevo establecidos en Qayrawân (910). La propaganda shîʻí podía provocar en al-Andalus movimientos peligrosos para el régimen omeya, como ya se había visto a principios de siglo (901) en un curioso episodio, que en sus primeras fases había presentado sorprendentes analogías con la aventura de ʻUbayd Allâh entre los kutâma. Un agitador político-religioso del mismo género había arrastrado entonces a las tribus bereberes del centro de la península a una gran expedición de guerra santa contra la ciudad cristiana de Zamora, en la frontera del reino de León. La aventura concluyó con un lamentable fracaso por la retirada de los jefes bereberes quienes, habiéndole seguido primero, empezaron a temer por su autoridad, pero hubiera podido desembocar en un movimiento político hostil al régimen.

Al-Andalus se abre

En 929 el emir ʻAbd al-Rahmân III se proclama califa. Dos años antes, aprovechando las dificultades de los fâtimíes de Qa-

yrawân en el Magrib central y en el Magrib extremo, ya había ocupado la ciudad de Melilla, en el extremo oriental del litoral rifeño. En 931 una flota omeya conseguía conquistar Ceuta. Poco tiempo después el más poderoso jefe tribal bereber de estas reglones. Mûsà ibn Abîl—'Âfiya, que hasta entonces había apoyado a los fâtimíes, se alía con los Omeyas. La mayor parte del Magrib occidental tendía a convertirse desde entonces en una especie de «protectorado» del califa de Córdoba, donde sin embargo la influencia y las posiciones omeyas tuvieron que ser defendidas paso a paso durante todo el siglo de los ataques fâtimíes y zîríes. El conflicto se extendió por las regiones marítimas. En 995, una escuadra siciliana ataca el puerto de Almería, destruyendo una parte de la importante flota de guerra que tenía allí la base. En represalia, al año siguiente una flota omeya atacó las costas de Ifrîqiya, saqueando Marsà-l-Jaraz ('La Calle') y devastando los alrededores de Susa y de Tabarka. Además de la de Almería, la flota cordobesa disponía entonces de otra base importante, dotada de un arsenal (cuya inscripción de fundación, fechada en 944-945, ha sido conservada), en Tortosa, y escalas en las Baleares, donde se sabe que residía un *'ámil* (gobernador) omeya desde 929 al menos, y a donde Córdoba envía un cadí por primera vez en 937. El muy importante texto del volumen V del *Muqlabas* de Ibn Hayyân nos aporta precisiones capitales sobre la política mediterránea del califato omeya hacia mediados de siglo, mencionando varios tratados firmados en 940 por el gobierno de Córdoba con varios príncipes cristianos de la Europa mediterránea, entre ellos el conde de Barcelona y, probablemente, el rey de Italia Hugo de Provenza (*Undjuh*).



Los Omeyas en al-Andalus

Según la misma fuente, este Undjuh habría enviado a Córdoba una embajada para pedir seguridad para los comerciantes de su país en los viajes hacia al-Andalus. El tratado que les concedía las garantías solicitadas fue comunicado «al comandante de Fraxinetum y a los gobernadores de las Baleares y de los puertos costeros de al-Andalus». En esta época, pues, la colonia sarracena de Provenza, que durante mucho tiempo parece ser que se desarrolló de una manera totalmente autónoma, había pasado bajo el control omeya. Estos tratados tuvieron un efecto inmediato, puesto que en 942 mercaderes amalfitanos fueron a comerciar por primera vez a Córdoba. En el mismo año, una

embajada sarda solicitaba, también, al califa un tratado de paz. En esta época se multiplican los signos de una reanimación de las relaciones a larga distancia en la cuenca occidental del Mediterráneo, a partir de centros que han empezado a desarrollarse desde finales del siglo precedente en las costas musulmanas. El principal de ellos es el conjunto urbano constituido por las dos localidades de Pechina (*Badjdjana*) y Almería, en el extremo sureste de la península. La ciudad de Pechina había sido fundada en 884 por marineros andalusíes de la costa oriental en busca de escalas seguras para el comercio que efectuaban con la costa de la Argelia actual. La ciudad se desarrolló rápidamente como una especie de pequeña república independiente durante la época de anarquía de finales del siglo IX y principios del X, y cuando la autoridad omeya fue restablecida en 922 constituía ya un centro comercial y cultural importante. 'Abd al-Rahmân III hizo de ella la principal base de su flota de guerra, y a partir de 955 emprendió considerables trabajos de acondicionamiento del puerto de Al-Mariyya, situado a pocos kilómetros del núcleo urbano inicial que se había desarrollado un poco más al interior, a orillas del río Andarax. La nueva creación urbana adquirió rápidamente mucha mayor importancia que Pechina, que desde finales de siglo volvió a ser una modesta aldea, mientras que Almería se convertía en el puerto más activo y en una de las más importantes ciudades de la península.

Se poseen pocas informaciones precisas sobre las bases económicas del desarrollo de Pechina-Almería. Al-Râzî, que escribió poco antes de la mitad del siglo X, habla de construcciones navales y de fabricación de tejidos de seda y de brocados. Pero cabría preguntarse si uno de los principales factores de la prosperidad de la ciudad no fue desde un principio el comercio de esclavos capturados por los piratas en las costas cristianas. Los geógrafos orientales del siglo X mencionan, en efecto, a los esclavos blancos (*saqâliba*) como uno de los principales artículos

de exportación andalusí, y uno de ellos, al dar precisiones sobre los métodos de castración de la que eran víctima algunos de los esclavos, indica que la operación era practicada por comerciantes judíos en una localidad próxima a Pechina. En este caso se trataba de esclavos importados por tierra desde los países francos, pero es probable que Pechina, teniendo en cuenta su situación geográfica, concentrase también el producto de las correrías sarracenas por la cuenca del Mediterráneo occidental. En la misma época, las relaciones de Tortosa con el mundo franco son testimonio de algunos hechos, entre ellos el viaje a Europa occidental del mercader judío de esta ciudad, Ibráhim ibn Ya'qûb, en 965, que dará lugar a un relato escrito. Al mismo tiempo que se desarrollaba Pechina, otras «factorías» o escalas aparecen en la costa del Magrib, fundadas también por mercaderes andalusíes, como Tenés (875) y Orán (910). A los largo de la ruta marítima que va de al-Andalus a Ifrîqiya, el comercio andalusí anima puertos nuevos en el siglo X, como estos que acaban de ser mencionados, o también aldeas existentes ya anteriormente pero que no eran conocidas, como Tabarka.

El mar sarraceno

Así pues, parece ser que a partir de los últimos años del siglo IX y a lo largo del siglo X se reanima la circulación marítima a larga distancia en el Mediterráneo occidental. Paralelamente, este mar, que había estado durante un siglo y medio prácticamente abandonado a las empresas anárquicas de los piratas, vuelve a ser un espacio controlado política y militarmente por flotas oficiales, omeyas o fâtimíes. Sin duda estos dos hechos están relacionados: los poderes establecidos en las grandes capitales políticas no podían suprimir de un día al otro estas incursiones lanzadas desde sus costas, que se situaban en el marco de una guerra santa legítima y que sin duda también aportaban ingresos al Tesoro público; pero es muy probable que a partir del momento en que habían alcanzado una cierta talla

internacional ya no podían sentirse satisfechos del desarrollo de actividades incontroladas de este tipo. Quizás sea significativo el que la base sarracena de Fraxinetum, que es controlada políticamente por Córdoba desde antes de mediados del siglo X, como acabamos de ver, desaparezca precisamente en el momento del apogeo del califato omeya, alrededor de 970, sin que, según parece, este no haya hecho nada por prolongar su existencia.

La potencia marítima de los fâtimíes, por su parte, fue también considerable. Es verdad que heredaron una flota importante creada por los aglabíes, el control de Sicilia y unas relaciones tradicionales mantenidas durante toda la Alta Edad Media en el Mediterráneo central. Pero, en la época de los fâtimíes, Ifrîqiya se convierte por un tiempo en el «eje» del comercio mediterráneo. Sin duda, Mahdîyya, fundada en 916 por el primer califa fâtimí, que quería hacer de ella su nueva capital, desempeñó un papel militar y no suplantó a Qayrawân —a la cual fue asociada la ciudad principesca de Mansûriyya a partir de mediados del siglo—, pero la elección de un emplazamiento costero para la primera capital de los fâtimíes no carece de interés. Significativo también de la intensificación de las relaciones en el mar es el proyecto previsto por el califa Mu'izz, antes de su partida hacia Egipto, de un gran canal que habría unido Mansûriyya a la costa. Este proyecto fue reconsiderado, pero ya sin continuación, tres cuartos de siglo más tarde, en la época zîrí. La «fundación» de Argel por el jefe beréber Buluggîn ibn Zîrî, hacia 960, debe corresponder también a una animación creciente de las localidades situadas en la costa del Magrib central o en las proximidades, en relación con el comercio de los andalusíes. A lo largo del siglo X y a principios del siglo XI se desarrollan a la vez las rutas que unen las ciudades del interior del Magrib con la costa, las relaciones entre los puertos situados a lo largo de esta y las ciudades del litoral andalusí y, per-

pendicularmente al eje de estos itinerarios meridianos, la gran vía marítima que une Hispania e Ifrîqiya.

La constitución, en la segunda década del siglo XI, de los pequeños reinos de *taifas* de Tortosa, Valencia, Denia, Murcia, Almería, en la costa oriental de la península, no es solo consecuencia de un hecho político negativo (la desaparición del califato de Córdoba); se corresponde también con un desarrollo previo de centros urbanos importantes, susceptibles de constituir .capitales políticas, en una región en la que hasta el siglo X vegetaban insignificantes aldeas. Carecemos de fuentes para establecer con precisión la importancia de los factores económicos y políticos en el desarrollo urbano de cada una de estas ciudades, pero globalmente parece ser que la animación económica precedió a la promoción de la ciudad como centro político. Denia, por ejemplo, no aparece en las fuentes árabes antes del texto geográfico de Al-Râzî, que, a mediados del siglo X, se limita a mencionar la ciudad como un «buen puerto». Hacia 1011, cuando la anarquía política hacía estragos en Córdoba y paralizaba el poder central, un oficial esclavón se estableció allí y constituyó un poder independiente. Utilizando sin problemas los medios navales con que contaba uno de los puertos que habían servido de base de la piratería sarracena de épocas precedentes, y en el que se habían empezado a desarrollar actividades marítimas más pacíficas, extiende rápidamente su autoridad sobre las Baleares e intenta incluso, en 1015, apoderarse de Cerdeña, de donde es expulsado por los genoveses y los písanos. Este Mudjâhid al—'Âmirî fue uno de los más destacables reyes de las *taifas* andalusíes del siglo XI. Practica un mecenazgo ilustrado, fundando en su capital una escuela de lectura coránica que goza de un gran renombre en todo el mundo musulmán de la época, y atrayendo a su alrededor a letrados de diversas especialidades. Los documentos de la Genizá de El Cairo muestran que Denia era entonces, con Almería y Sevilla, uno de

los principales puertos de la península, directamente unido con Egipto por tráficos marítimos. Por otra parte, los soberanos de Denia tienen relaciones diplomáticas continuas con los condes de Barcelona, ciudad en la que las principales monedas de oro musulmanas que circulan, en la primera mitad de siglo XI son los dinares del principado hammûdí de Ceuta-Málaga y los de los ʻâmiríes de Denia.

En los siglos X y XI también se desarrollan dos centros políticos y económicos insulares de diferente importancia, pero cuyo auge es igualmente revelador de la nueva vitalidad del espacio mediterráneo occidental: Madîna Mayûrqa (Palma de Mallorca) y Palermo. Integradas en el mundo musulmán a principios del siglo X, las islas Baleares parece que en un primer momento sirvieron sobre todo de base para las actividades de piratería contra las costas cristianas. Sin embargo, la misma fuente que narra la conquista de las islas indica también que los conquistadores construyeron inmediatamente mezquitas, albóndigas (*fundûqs*) y baños, es decir, en una zona hasta entonces totalmente desurbanizada, los elementos fundamentales que estructuran la vida religiosa, económica y social de cualquier centro urbano musulmán. Otro indicio del rápido desarrollo urbano de la nueva capital de las «islas orientales» es el notable auge que tuvo la vida intelectual. Desde el siglo X, doctores en ciencias jurídicas mallorquines, los *fuqahâ'*, aparecen en las colecciones biobibliográficas de sabios. En la segunda década del siglo XI, Madîna Mayûrca es la sede de una sonora controversia entre dos de los intelectuales andalusíes más famosos de la época, Ibn Hazm y Al-Bâdjî. Se ha destacado, con razón, el hecho, significativo por el nivel cultural elevado del medio insular, de que esta polémica se desarrollara en público. Constituidas en Estado independiente entre 1070 y 1080, las Baleares son en 1114-1115 el objetivo de una «cruzada» de pisanos y catalanes que termina con el saqueo de la capital. Los

barceloneses deseaban sobre todo dar un golpe decisivo a un foco molesto de piratería, pero para los pisanos se trataba principalmente de debilitar o destruir un competidor comercial. Se sabe que la potencia mallorquina renació algunas décadas más tarde, en la época de la dinastía independiente de los almorávides Banû Gâniya, en la segunda mitad del siglo XII.

En cuanto al desarrollo considerable de Palermo, este había comenzado con la incorporación de Sicilia al mundo musulmán por la conquista llevada a cabo por los aglabíes en el siglo IX. Capital de una provincia dependiente de Qayrawân, la ciudad se afirmó como capital administrativa y militar al mismo tiempo que se desarrollaba como escala casi obligatoria de las relaciones tradicionales que unían Sicilia con Ifrîqiya por una parte, y, por otra, con las ciudades comerciales de la Italia meridional. En la época fâtimí, Sicilia tiende a adquirir una autonomía creciente con la dinastía de los gobernadores kalbíes, independientes de hecho tras la partida de los califas de Qayrawân hacia El Cairo en 973. La descripción detallada de Palermo a mediados del siglo X, que debemos al geógrafo Ibn Hawqal, nos presenta una de las mayores ciudades del Occidente musulmán, con zocos animados por una intensa actividad artesanal y comercial. Los documentos de la Genizá, ya lo hemos visto, destacan por su parte la importancia de los tráficos que en la primera mitad del siglo XI unen la capital de Sicilia no solo a los países cristianos y al Magrib, sino también a al-Andalus y a Egipto. Entre los productos cuyo comercio centraliza Palermo y que aparecen en las cartas de la Genizá, se pueden citar las importaciones de alheña, añil, pimienta, lino de Egipto, mientras que las almendras, el algodón, las pieles y sobre todo la seda son exportados a Ifrîqiya, Egipto y al Oriente Medio en general. Sicilia por otra parte envía cantidades muy importantes de trigo Qayrawân, Mahdîyya y a los centros urbanos de la actual Túnez. Sin duda algunos puertos secundarios, como Ma-

zara en la costa meridional, más orientado hacia Ifrîqiya, tienen una cierta actividad; pero es característico apreciar que del mismo modo que la actual Palma era entonces llamada Madîna Mayûrqa, es decir, «la ciudad» por excelencia de las «islas orientales», en un territorio insular de otras dimensiones, la ciudad de Palermo absorbe prácticamente toda la actividad económica de la isla porque ella es la capital; así, en las cartas de la Genizá el término de *Sîqilliya* designa a la misma Palermo, que eclipsa totalmente la vieja capital bizantina de Siracusa, muy raramente mencionada.

Un mundo rural activo y comunitario

La historia económica y social del Occidente rural musulmán se reduce casi a listas de producciones obtenidas de geógrafos árabes, surtidas de vagas consideraciones sobre la «prosperidad» de tal o cual región. Sin duda es útil saber que se producía aceite en cantidad en la región de Sevilla, trigo en la de Bâdja (Ifrîqiya), algodón en el Sus, y que la especialización de tal o cual región se integraba en una red general de intercambios entre ciudades y campo, pero nos gustaría poder ir más allá de la constitución de simples catálogos para conocer la situación de los productores rurales y hacernos una idea de la propiedad del suelo. Lo que se sabe de la agronomía andalusí en el siglo XI demuestra el destacable nivel alcanzado en los métodos de cultivo de la parte musulmana de la península, tanto en lo que respecta al sector de regadío como a la agricultura de *secano*. Estas técnicas no eran radicalmente innovadoras con relación a la tradición antigua, pero sí sacaban un mejor partido de esta, enriqueciéndola con la experiencia y racionalizándola. Por otra parte integraban toda una aportación oriental, en particular en lo que se refiere a la utilización del agua, y obtenían, intensificando las labores de cultivo, el rendimiento máximo al que se podía llegar en el marco de una agricultura tradicional en el medio mediterráneo. Apenas es posible avanzar

más en el estudio de las técnicas, pero nos quedamos sin saber lo concerniente a la extensión espacial relativa del sector sobre el que se aplicaban los preceptos de los agrónomos sevillanos o toledanos. Esta agricultura intensiva era probablemente la que se tendía a practicar en las huertas periurbanas y en las grandes propiedades de la aristocracia; pero ¿qué pasaba en otras partes y, sobre todo, a quién pertenecía la tierra y cuál era la condición socioeconómica de los que la cultivaban?

Por lo que se refiere a al-Andalus, la mayor parte de los autores admiten implícita o explícitamente la preponderancia de la gran propiedad y de la pequeña explotación. En la época de la conquista se habrían constituido grandes dominios pertenecientes al Estado y a los cuadros árabes, subsistiendo un importante sector de propiedad aristocrática indígena. Ya en la época visigótica las tierras habían sido explotadas principalmente por aparceros cuya condición estaba cerca de la servidumbre, y este modo de explotación se mantendría en conjunto, sin cambios bruscos, en los dominios territoriales hispanomusulmanes. Al estudiar la sociedad de la época califal, Lévi-Provençal escribe, por ejemplo;

> El campesino, atado de padre a hijos a una tierra que no poseía legítimamente, conservaba sin duda más o menos la misma condición que en la época visigótica, la de un siervo de la gleba, ligado al amo por un contrato tácito y permanente de aparcería, en virtud del cual no tenía derecho de conservar más que una pequeña parte de la cosecha… el cuarto, el tercio, excepcionalmente la mitad. Pero aunque fuera hombre libre o considerado como tal, el campesino andalusí no estaba menos obligado, aparte de su trabajo cotidiano, a las levas, a las requisiciones, sin hablar del diezmo sobre los productos de la tierra debido al fisco. Podemos suponer que llevaría frecuentemente una existencia mediocre, si no miserable, sin beneficiarse siempre en contrapartida de una protección real por parte de su amo o de su patrón.

Los estudios más recientes no discuten este esquema general de la propiedad del suelo y de las formas de explotación, aunque tienden a matizar el carácter pesimista del juicio precedente en cuanto a la condición concreta de los explotadores. Así, aunque el colono *muwallad* no sea propietario de la tierra que

cultiva, que pertenece al Estado, a un soberano o a un gran terrateniente, su situación ha mejorado en relación a la época visigótica por el hecho de la transformación del régimen de servidumbre en un sistema de aparcería en el que el colono aparcero recibe una parte más importante de la cosecha. Por otra parte, aun cuando la exacción fiscal era muy gravosa en la época califal, la descentralización de la época de las taifas tiende a aligerar la presión del impuesto y esta coyuntura favorable a la economía rural contribuye a explicar el considerable desarrollo de la agronomía andalusí en esta época. «El desarrollo de la agricultura intensiva andalusí… no parece que se hubiera podido realizar si no es gracias a la descentralización del siglo XI». Asimismo: «El tipo social predominante en la sociedad rural musulmana (andalusí) era el *sharîk* (aparcero o colono aparcero), que ciertos autores han asimilado a una especie de siervo, pero que en realidad era libre y explotaba una tenencia perpetua por la que debía un censo fijo».

Las fuentes que mantienen esta última opinión son principalmente documentos cristianos del siglo XII, posteriores a la reconquista, que efectivamente muestran la existencia en la España oriental, y sobre todo en el valle del Ebro, de una categoría de campesinos musulmanes llamados *exaricos,* cuya situación corresponde a la anteriormente descrita. Sin embargo, parece peligroso apoyarse en textos de época cristiana, correspondientes a una estructura sociopolítica en general fundamentalmente transformada, para reconstituir la sociedad de época musulmana. Los textos árabes que nos informan sobre la condición de las poblaciones rurales andalusíes en los siglos X y XI son de hecho escasos. Por una parte se encuentran contratos agrarios de aparcería conservados en los formularios notariales y, por otra, algunas indicaciones en las fuentes de la época de las taifas sobre la extensión de las propiedades territoriales de tal o cual soberano, de los que se dice que poseían el tercio o la

mitad de la tierra de su país, así como recriminaciones referidas a la abusiva fiscalidad que los gobernantes de la época imponían a sus súbditos. Particularmente interesante en este sentido es un texto de Ibn Hayyân, autor del siglo XI, que acusa a los dos primeros soberanos esclavones de la taifa de Valencia, en los años 1011-1017, de haber sometido a impuestos tan duramente a los habitantes de la región, que estos vivían miserablemente y se veían obligados a abandonar sus pueblos o *qurà* (plural de *qarya,* que significa 'localidad rural'). Los gobernantes no dudaban «en apropiarse entonces de estos pueblos cuyos habitantes habían emigrado para convertirlos en dominios privados (*day'a*)», a veces volviendo a instalar, después, a los antiguos habitantes como colonos en las tierras que antes les pertenecían. Este texto que evoca claramente un proceso de «patrimonialización» de las tierras detentadas anteriormente por campesinos libres y propietarios del suelo, en el marco de las comunidades rurales, sugiere que a finales del califato la forma corriente de propiedad en la región levantina no sería el *latifundio* sino una pequeña o mediana propiedad campesina en el marco de las aldeas o *qurà*. Sin duda se ejercían presiones para extender el sector patrimonial, pero los *repartimientos* de Valencia o de Murcia en la época de la reconquista cristiana parecen indicar que en el siglo XIII todavía la propiedad campesina independiente de las *qurà* ocupaba la mayor parte del suelo cultivado. En la misma región, otros documentos de la misma época muestran también la importancia de las comunidades rurales o *aljamas*.

El replanteamiento de la representación tradicional de la sociedad rural al que se llega a partir del estudio de la documentación valenciana puede ser aplicado a otras regiones de al-Andalus. Podemos pensar que los huertos y las fincas situadas en los alrededores inmediatos de las ciudades pertenecían principalmente a las clases urbanas acomodadas, pero nada nos indi-

ca que las numerosas aldeas esparcidas por el campo andalusí no se correspondieran sobre todo con un sector de la pequeña y mediana propiedad. En la región levantina y en una gran parte de Andalucía, la frecuencia de topónimos de tipo gentilicio o «ciánico» sugiere incluso formas de propiedad colectiva del suelo, aunque es difícil saber sin embargo hasta qué época estas han sido vigentes o han correspondido efectivamente al patrimonio territorial de grupos de parientes paternos; las fuentes nos aportan muy poca información en este sentido. Estas estructuras territoriales de carácter comunitario han marcado sobre todo la toponimia de las zonas que habían recibido una aportación étnica beréber en la época de la conquista musulmana, y a veces se encuentran rastros de este origen magribí en las fuentes más tardías. Así, por ejemplo, la *qarya* de Banî ʻUqba (la actual Beniopa, cerca de la ciudad de Gandía, en el sur de Valencia) es señalada, a finales del siglo XI, como el lugar de origen de un letrado perteneciente a la tribu beréber de los Nafza, que parece haber tenido una implantación particularmente fuerte en la región valenciana. Vestigios de organizaciones tribales degradadas o simples estructuras comunitarias aldeanas desempeñan sin duda en la vida social del campo andalusí un papel más importante de lo que podríamos creer leyendo lo que ha podido ser escrito sobre la vida rural de al-Andalus, donde hasta ahora solo hemos visto campesinos dependientes y masas de trabajadores sometidos pasivamente a la arbitrariedad del Estado y de los propietarios del suelo.

El Magrib muy cerca

Sucedía lo mismo con mayor motivo en el Magrib, donde la fuerza y la extensión de las estructuras tribales o aldeanas era mucho mayor. Allí tampoco las fuentes escritas nos permiten apenas estudiar más que las formas de relaciones que se establecían entre las clases urbanas de poseedores del suelo y los aparceros que, bajo diversas formas de contratos agrarios, ex-

plotaban sus propiedades Pero en el Magrib central y occidental, sobre todo, las formas de apropiación del suelo por comunidades de agricultores sedentarios o por ganaderos que practicaban diversas formas de nomadismo eran seguramente, con mucho, las más extendidas. Así, la descripción que hace Al-Idrîsî de la «ciudad» que lleva el nombre de los bereberes miknâsa (Miknâs, Mequínez) muestra una organización primitiva del territorio calcada de la segmentación ciánica en grupos de parientes paternos, que se corresponde con otras tantas «tribus» establecidas cada una en su propio territorio: Banu Ziyád, Banu Tawra, Banu Alush, etc. Estas pequeñas localidades rurales o segmentos de tribus poseían inicialmente en común un «viejo mercado» (*al-sûq al-qadîma*) «donde se reunían todas las tribus de los Banu Miknâs». En la época almorávide este conjunto estaba en vías de urbanización, con la construcción de una residencia emiral fortificada, de bazares y de baños, así como de palacios rodeados de jardines, pertenecientes seguramente a la aristocracia dirigente. Pero aunque las condiciones primitivas de la propiedad comunitaria del suelo habían sido sin duda alteradas en la parte central de la «ciudad», en cuanto se alejaba de esta zona se encontraba la antigua apropiación tribal de la tierra, si seguimos creyendo a Al-Idrîsî, que continúa: «Allí donde terminan las viviendas de los Banu Atush empiezan los campamentos y las viviendas de una aldea de los miknâsa llamada Banû Burnûs… Los habitantes cultivan trigo, viña, muchos olivos y árboles frutales, y los frutos se encuentran a muy bajo precio».

La extensión del sector de dominios privados era sin duda mucho más considerable en Ifrîqiya, al menos hasta la invasión hilâlí. Pero la gran propiedad tampoco había conseguido hacer desaparecer allí las formas tribales o aldeanas de apropiación del suelo. Tanto respecto a al-Andalus como a Ifrîqiya y las regiones del Magrib sobre las cuales se extendía la influencia de

la economía urbana y monetaria y la de una organización estatal, se plantean dos problemas a los cuales es prácticamente imposible, dado el estado actual de los conocimientos, aportar una respuesta global: el de la naturaleza y las modalidades de la fiscalidad rural, y el de la existencia e importancia en Occidente de formas de concesiones territoriales o de alienaciones a particulares del derecho de percibir el impuesto. En al-Andalus y en Ifrîqiya existe un dominio territorial del Estado, frecuentemente mal diferenciado del soberano. Algunos dominios pueden ser separados para ser concedidos a particulares. Por otra parte, el poder central (*sultân*) también puede conceder en *'iqtâ'* tierras muertas (*ard mawât*), lo que sin duda ha permitido en cualquier época la extensión del sector de dominios privados y el cultivo de tierras nuevas por parte de particulares acomodados.

Parece también que en tiempos de Al-Mansûr, el gobierno de Córdoba abandonó en manos de elementos militares la percepción directa de ciertos impuestos. Sin duda, estas prácticas continuaron en la época de las taifas, al menos en el reino zîri de Granada, donde los jefes militares recibían no solo dominios propios, sino también, por lo que parece según las *Memorias* del rey 'Abd Allâh, «feudos» (*inzâl*) constituidos por pueblos de los que probablemente percibían el impuesto. Falta por saber a cuánto correspondía exactamente la exacción estatal sobre la producción agrícola, cuál era la extensión relativa de las tierras sobre las cuales se percibía el *jarâdj* territorial y en qué zonas se aplicaba únicamente el diezmo. Podemos avanzar que la fiscalidad rural, a pesar de los abusos temporales y circunstanciales, tendía a ser conforme a las normas coránicas, y que las alienaciones de derechos fiscales se hacían más bien bajo forma de títulos (*sidjîll*) que concedían a un jefe político o militar el conjunto de las prerrogativas estatales sobre una región, es decir, una delegación de gobierno (*wilâya*), que no afectaba funda-

mentalmente la naturaleza misma de las relaciones sociopolíticas. Estas concesiones o delegaciones, así como los impuestos no coránicos (cuya existencia e impopularidad son, por otra parte, mejor atestiguados en medio urbano que en medio rural), no tenían de todas formas más que una existencia precaria y, condenados por el derecho y la opinión pública, son fuertemente cuestionados en las épocas de restauración de la autoridad del poder central. El modelo de una organización estatal que solo es representada por los agentes del sultán y los grupos sociales aldeanos, tribales o urbanos, sin mediación de ninguna clase «feudal» o «señorial», permanece siempre presente en la mentalidad colectiva y realizable en la práctica (como, por ejemplo, cuando los almorávides, en al-Andalus, desposeen a los reyes de taifas, suprimen los impuestos ilegales y restauran la unidad de la comunidad y el poder del Estado).

Nacimiento de un Islam occidental

En las actividades económicas entre la cuenca occidental del Mediterráneo y la cuenca oriental evocadas anteriormente, Sicilia y Palermo se sitúan en la prolongación de un espacio ifrîqí, él mismo ampliamente dominado por la preponderancia de las capitales, Mahdîyya y sobre todo Qayrawân, desempeñando los otros centros urbanos como Túnez, Sfax o las ciudades del interior un papel de punto de parada en las rutas que llevan a aquellas metrópolis. Hacia ellas convergen principalmente, sobre todo después de la extensión de la autoridad fâtimí en el Magrib central —e incluso durante un tiempo en el Magrib occidental—, tanto las caravanas que llevan oro y esclavos del Sudán como los navíos cargados de mercancías andalusíes destinadas a ser reexportadas hacia Egipto y Siria. A pesar de la nueva animación de su fachada mediterránea y del desarrollo en

sus márgenes de dos centros económicamente importantes y políticamente autónomos, Palermo, en la frontera del mundo cristiano, y Sidjilmâsa, en contacto con el Sáhara y el África negra, el mundo musulmán occidental permanece, hacia principios del siglo XI, fuertemente centralizado alrededor de los dos grandes conjuntos urbanos de Córdoba, por una parte, y de Mahdîyya-Qayrawân por otra, que parecen equilibrarse política y económicamente, cuando se asiste a una lucha de influencias entre las dos potencias por dominar la parte occidental del Magrib, caracterizada por una situación confusa de parcelación política y tribal.

El oro del Sudán

Los conflictos encarnizados que se desarrollan en esta parte del norte de África situada entre el meridiano de Argel y el Atlántico, en el siglo X y a principios del siglo XI, y en los que intervienen a la vez los fâtimíes, los zîríes, el califato de Córdoba, los emires idrîsíes de Marruecos y las grandes confederaciones tribales que ocupan el Magrib central y occidental, han sido frecuentemente interpretados como luchas por el control de los puntos de llegada de las grandes rutas saharianas por las cuales el oro del Sudán era encaminado hacia el Magrib. Maurice Lombard había desarrollado desde 1947 la idea de que la prosperidad de las finanzas fâtimíes en el siglo X, base de su éxito militar en Egipto, se explicaba en última instancia por el hecho de que los califas shî'íes de Qayrawân habían conseguido, destruyendo el Estado de Tâhart y extendiendo incluso durante un tiempo su autoridad a Sidjilmâsa, controlar todas las salidas y todas las rutas del oro del Sudán. A finales de siglo, al contrario, son los omeyas de Córdoba quienes, por medio de sus aliados zanâta, dueños de la ruta Nákur-Fez-Sidjilmâsa, habrían desviado hacia al-Andalus una gran parte del tráfico del oro, hecho que constituiría la principal explicación de la pros-

peridad y del poder del califato de Córdoba en la época de la «dictadura» del Al-Mansûr (hacia 980-1002).

Estas teorías se apoyan en un enfoque muy «monetarista» de la historia económica y en la idea de que los grandes estados de la Edad Media magribí con base urbana se habían constituido ante todo a partir del desarrollo de actividades comerciales a larga distancia poco dependientes del entorno social y económico local: «Cada Estado posee un poder tanto mayor cuanto mayor es la parte del tráfico del oro que consiga concentrar, principal factor de fuerza y de importancia económica». Por este motivo, los califas de Córdoba «se aferran a Ceuta, su cabeza de puente africana, (y) se esfuerzan en conservar sus relaciones con Sidjilmâsa, mediante la acción directa o por un sistema de alianzas», mientras que «mediante una serie de grandes ofensivas sobre Fez, Tremecén, Tâhart, y principalmente sobre Ceuta, los soberanos fâtimíes, y luego los que les suceden, se esfuerzan por impedir a los califas de Córdoba ejercer su influencia sobre Sidjilmâsa y controlar de este modo una parte del tráfico de oro». El dominio del extremo final de la ruta transahariana en el Magrib proporcionaría así la clave más convincente para explicar el auge de los grandes imperios que controlan sucesivamente el Magrib, el de los fâtimíes en el siglo X, el de los almorávides en el siglo XI, el de los almohades en el siglo XII. Contrariamente, la extensión de la influencia de los omeyas de Córdoba sobre el Magrib occidental y el desvío hacia al-Andalus de la mayor parte del oro encaminado por aquella ruta, por una parte, y por otra la constitución de estados independientes o de «señoríos militares» autónomos en las marcas occidentales y meridionales del Estado zîri (el Estado hammâdí y los grandes «feudos» de la Ifrîqiya meridional), contribuirían a explicar las dificultades económicas y sociales y el debilitamiento del Estado qayrawâní incluso antes de la llegada de los hilâlíes a mediados del siglo XI. Así, la gran «crisis finan-

ciera» de 1050, que significó la retirada de la moneda fâtimí en circulación y su sustitución por un nuevo dinar zîri fuertemente devaluado, correspondería a la necesidad del gobierno de Qayrawân de «sacar el máximo partido de las reservas de oro que existían en Ifrîqiya, en una época en la que se agota el flujo de oro sudanés que durante varios siglos había alimentado regularmente y enriquecido al país», estando la ruta del oro «ahora dominada y cada vez más deformada ya sea por la conquista omeya, ya sea por el desarrollo de nuevas potencias djaridíes».

La ciudad, gran rehén del comercio y del dinero

Los historiadores que han defendido estas tesis —en reacción a las explicaciones generales de la historia del Magrib contemporáneas a la colonización que se basaban en las oposiciones entre grupos étnicos (bereberes y árabes, zanâtas y sinhâdjas) y entre nómadas y sedentarios— tenían razón al insistir en el hecho, ya señalado por F. Braudel, de que en este Occidente musulmán medieval las ciudades frecuentemente se desarrollan sin relación con el país que las rodea y que viven de la apertura del país que posteriormente ellas organizan, al contrario de lo que generalmente ocurre en la Edad Media de Occidente, donde la prosperidad urbana está más relacionada con el entorno rural, que, por otra parte, es más favorable. El caso de Almería, evocado más arriba, cuyo desarrollo en una región naturalmente poco favorecida es debido al comercio, primero, y luego a factores políticos, no es una excepción. Aún es más destacable el crecimiento de las ciudades de los límites norte y sur del Sáhara, como Sidjilmâsa o Audagost. En esta última se realizan cultivos de huerta cuidadosamente labrados y regados a mano, pero no son ni mucho menos suficientes al consumo urbano, y los productos alimenticios importados de muy lejos alcanzan precios fabulosos.

Sin duda se trata de casos límites, pero el crecimiento de las grandes ciudades andalusíes, de las capitales ifrîqíes, de Palermo, de las ciudades del Magrib central, está basado en gran parte en la existencia de tráficos comerciales preexistentes o provocados por el mismo desarrollo urbano, sin los cuales estas enormes ciudades —quizás con centenas de millares de habitantes las más importantes— no habrían sido capaces de mantenerse. El poder establecido en la ciudad se aprovecha indirectamente de este comercio gracias a la percepción de derechos de aduana, participando además los mismos dirigentes y el soberano directamente en actividades comerciales sin ningún prejuicio aristocrático. Los ingresos fiscales obtenidos del comercio y de las actividades artesanales contribuyen ampliamente al mantenimiento de un aparato administrativo y militar que obliga a los campesinos al pago del impuesto. Las clases acomodadas de las ciudades y el mismo soberano se apropian, por medios financieros o a la fuerza, de la mayor parte de las tierras del *fahs* (extrarradio rural) que rodean la ciudad y explotan sus dominios mediante trabajadores agrícolas o colonos aparceros según diversos tipos de contratos de aparcería. Sin embargo, una gran parte del abastecimiento de la ciudad es importado de regiones rurales más lejanas gracias a la riqueza obtenida del comercio y del artesanado (así, Qayrawân importa trigo de la llanura de Bâdja y de Sicilia, higos de varias regiones, hasta el litoral de Argel, dátiles de Tozeur, nueces de Tebesa, etc.).

Así pues, el desarrollo de las ciudades está simultáneamente relacionado con el gran comercio y con la capacidad del poder político de mantener instituciones estatales cuya base económica regional es muy limitada, de aquí el carácter a menudo frágil de los grandes organismos urbanos. Incluso en el caso de ciudades mucho menos importantes, a veces notamos en las fuentes la ambigüedad de un crecimiento urbano sin relación

con el entorno rural. Así, el cronista que relata la fundación de Ashîr por Zîri ibn Manâd en 935-936 explica que fueron a buscar albañiles y carpinteros de Masîla y de Tubna para edificar la nueva ciudad, y que el califa de Qayrawân envió a su lugarteniente del Magrib central otros artesanos y materiales, en particular hierro. La fortaleza, una vez construida, fue ocupada por sabios, mercaderes y juristas. Pero las precisiones más interesantes atañen a la circulación monetaria que se estableció en la región por el hecho de la fundación de la ciudad: hasta entonces las transacciones no se efectuaban en dinero sino en especie, sobre todo en ganado. Zîrî acuñó moneda e instituyó una paga para sus tropas, y los ciudadanos dispusieron así de una gran cantidad de dirhemes y de dinares que circularon desde entonces por la región que rodeaba la nueva capital.

El papel de esta redistribución de moneda a los elementos administrativos y militares mediante instituciones estatales en los siglos X y XI es un dato importante en la vida económica y social del Occidente musulmán, que no parece haber conocido, o al menos muy poco, el desarrollo de las *iqlá'ʻs*, las cuales en la misma época están minando la organización político-administrativa del Oriente ʻabbâsí. En este sentido hay unos pasajes curiosos en las obras de los juristas, que se preguntan sobre la licitud de la utilización por particulares de la moneda que procede de la percepción de impuestos no coránicos, redistribuida por el Estado bajo la forma de pagas a los soldados y a los funcionarios, e introducida en la economía general mediante las compras hechas por estos a los productores. Así, Ibn Hazm de Córdoba expone muy gráficamente que el producto impuro de los tributos ilegales percibidos por los soberanos de las taifas andalusíes del siglo XI es comparable a un fuego cuyo ardor, tras el pago de las soldadas a los militares, se multiplica

> … porque (estos últimos) lo utilizan inmediatamente para comprar a comerciantes y artesanos, en las manos de los cuales se convierte en escorpiones, serpientes o víboras. A su vez, los comerciantes compran a otros lo que necesitan,

de tal manera que las monedas de oro y de plata son en definitiva como ruedas que circulan en medio del fuego del infierno.

No se podría evocar con mayor claridad la importancia de la circulación monetaria y el carácter tan «monetarizado» de la vida de estos Estados del Occidente musulmán en la Edad Media. Entre los hechos importantes de la historia económica de los siglos X y XI hay que destacar los progresos de la acuñación en oro en al-Andalus y en el Magrib, razón por la que estos países tienden a alinear sus estructuras monetarias con las del mundo oriental. En efecto, hasta entonces los talleres andalusíes y marroquíes habían acuñado solo dirhemes, y parece ser que las monedas de oro emitidas por los soberanos aglabíes habían servido sobre todo para pagar el tributo debido al califa de Bagdad, basándose la circulación interior principalmente en la plata. Con la proclamación del califato, los soberanos omeyas empezarán a acuñar dinares, que es posible que fueran destinados sobre todo a realzar el prestigio de la dinastía. El oro, sin embargo, no parece haber sido abundante en al-Andalus al principio del califato omeya. En efecto, hasta 940 las acuñaciones son poco frecuentes y se emiten principalmente fracciones de dinar. A lo largo de la década siguiente las emisiones parecen relativamente más abundantes, lo que quizás está en relación con las dificultades de los fâtimíes en el Magrib en la época de la gran revuelta de Abû Yazîd (que causó estragos de 943 a 947), que permitió a las tribus zanâtas aliadas a los omeyas consolidar su autoridad sobre el Magrib occidental. A partir de entonces la acuñación del oro se mantuvo a un ritmo que no siempre es fácil de relacionar con los acontecimientos políticos magribíes, aunque es probable que la extensión de la influencia cordobesa sobre el norte de Marruecos y las alianzas con las tribus «zanâtas» de las altas llanuras argelino-marroquíes hayan tenido un papel importante en la formación de un conjunto económico y monetario «hispanomorisco» que se esboza

claramente en la época de Al-Mansûr y se concretiza en la vida política y cultural del Occidente musulmán con los grandes imperios almorávide y almohade, a partir de finales del siglo XI.

Una sola área, del Ebro al Senegal

Es difícil medir exactamente la importancia que hay que otorgar al problema del «control de las rutas del oro» en la historia del Occidente musulmán. Incluso en el momento en que se acuñan dinares en mayor abundancia en al-Andalus, la acuñación en oro no sustituye a la acuñación en plata. De los cinco últimos años del gobierno de Al-Mansûr, 998-1002, por ejemplo, se conservan solo 92 dinares y 7 fracciones de dinares omeyas, y alrededor de 1500 dirhemes. Si a partir del número de ejemplares conocidos de cada una de estas monedas trazamos una curva (que, en ausencia de otros estudios numismáticos más refinados, puede darnos una idea poco clara de las variaciones de la producción), constatamos en los 20 últimos años del siglo X un considerable paralelismo que nos induce a pensar que la acuñación de los dos metales era determinada por factores económicos, fiscales o políticos, que se nos escapan ampliamente pero que constituían un complejo de hechos que influían tanto en la emisión en oro como en plata. Parece pues ilegítimo, en lo que atañe al oro, otorgar una importancia primordial a las posibilidades de abastecimiento directo por el control político de los puntos de llegada y de las rutas del tráfico, mientras que este factor no afecta a la plata, cuyo ritmo de acuñación no es esencialmente diferente. Por otra parte, podemos observar que, al menos en las fuentes escritas, los esfuerzos diplomáticos y militares consentidos por el gobierno de Córdoba para mantener su dominio en Marruecos se manifiestan sobre todo mediante salidas masivas de dinares, bajo la forma de pagas al ejército y de regalos y subvenciones a los jefes bereberes vasallos. Finalmente podemos preguntarnos cómo este «oro del Sudán» llegaba al tesoro del Estado. En parte qui-

zás por medio de la misma acuñación —pero en el Magrib esta es relativamente poco abundante—, y más probablemente mediante la percepción de impuestos sobre las actividades comerciales en el interior del área dominada por el califato.

Estas relaciones en un sentido meridiano se intensifican ciertamente de manera importante en la segunda mitad del siglo X y a principios del siglo XI. Dos grandes rutas comerciales casi paralelas recorren entonces el Magrib extremo: una va a lo largo del Atlas por el oeste y, por Agmât y Fez, llega al estrecho de Gibraltar; la otra sigue las altas llanuras situadas en los confines argelino-marroquíes actuales, y desde Sidjilmâsa conduce a la región de Tremecén y de Wudjda (ciudad fundada en 994 por el emir beréber Zîrî ibn 'Atiyya, aliado de los omeyas de Córdoba y escogida por él como lugar de residencia), y a partir de aquí va hacia los puertos de la costa como Tabahrit o Arshgûl. El texto de Al-Bakrî, al mencionar los numerosos vínculos que tenían los puertos del Magrib occidental y central con sus homólogos de la costa andalusí, muestra la densidad de las relaciones comerciales que en el siglo XI unían los países situados al oeste de Alger con la península ibérica. El norte de Marruecos y la Argelia occidental eran entonces países agrícolas prósperos, que proporcionaban cereales, frutos, ganado, miel, en abundancia, y algunos productos más especializados como el algodón del Garb o el azúcar del Sus. Ibn Hawqal señala, ya en el siglo X, la existencia de plantaciones de caña de azúcar, y Al-Bakrî, en el siglo siguiente, insiste en los bajos precios del azúcar en la misma región a causa de su abundancia. Todos estos productos tendían a ser cada vez más exportados hacia al-Andalus, sin duda a cambio de productos industriales, entre los cuales los textiles serían seguramente los más importantes. En toda la parte oriental de al-Andalus, tanto en los grandes centros como Valencia, Murcia y sobre todo Almería, como en modestas aldeas como Bocairente o Chinchilla, se producían en

abundancia sedas más o menos lujosas, cuya mayor parte era exportada hacia Oriente, al Magrib, pero también al África negra a través de Marruecos, Sidjilmâsa y las rutas del Sahara occidental. Esta producción de sedas es atestiguada desde mediados del siglo X en Almería y en el sur de la región valenciana por Al-Râz, y seguramente Al—'Udhrí hace alusión al comercio de estos productos, un siglo más tarde, cuando menciona las relaciones comerciales que unían en su época una ciudad de la España oriental, como es Játiva, con el *bilâd* al-Sudán y con Gana.

Si se postula una relación demasiado estrecha y de alguna manera «mecánica» entre la prosperidad económica, el abastecimiento de oro y la potencia política de los Estados de la Edad Media musulmana, se comprende mal la gran ruptura que constituye la desaparición del califato omeya de Córdoba. Es precisamente en el momento en que la potencia política de este, que extiende su influencia tanto sobre el Magrib occidental como sobre la España cristiana, alcanza su apogeo cuando se produce, con la crisis de los años 1009-1031, el hundimiento del poder centralizado y la fragmentación de la autoridad política entre las grandes ciudades de las provincias, promovidas a la categoría de capitales de los «reinos de taifas». Todo el espacio sobre el que se ejercía hasta entonces el control político del califato omeya se fragmenta políticamente. A un lado y al otro del estrecho, en Tánger y en Málaga-Algeciras, se ejerce la autoridad de los hammûdíes, en un principado que constituye un vestigio limitado de las ambiciones cordobesas sobre Marruecos. Estos antiguos generales del ejército omeya, de origen idrîsî, acuñan monedas de oro de tipo califal que circulan en toda la península, y en particular en la España cristiana, donde se las conoce con el nombre de mancusos ceptinos (es decir, de Ceuta). Estos dinares continuarán siendo acuñados igualmente en Valencia, Denia y sobre todo Sevilla, en la primera mitad del si-

glo XI, y en los otros reinos de taifas (Toledo, Zaragoza, etc.) se acuñarán monedas de oro más pequeñas. Parece ser que el oro africano sigue penetrando en la península en esta época: a partir de 1018, y después de 1037 en mayores cantidades, se conoce en Barcelona la emisión de numerosos mancusos imitando dinares hammûdíes, que eran acuñados a partir de lingotes importados de Ceuta.

Las curvas de la circulación del oro en Cataluña muestran que tras una fuerte subida de 980 hasta aproximadamente 1015, las entradas de oro experimentan una relativa baja entre 1020 y 1050, que podría ser atribuida a razones políticas (debilidad momentánea del poder condal que provoca un retroceso de la influencia catalana en al-Andalus), y después se recuperan claramente entre 1050 y 1080 con la política intervencionista del conde Ramón Berenguer I, que impone gravosos tributos (*parias*) a sus vecinos musulmanes. Los últimos años del siglo se corresponden con otra caída brutal que habría que relacionar con la llegada de los almorávides y la presencia del Cid en Valencia, deteniendo ambos fenómenos la percepción de parias. Al constatar los hechos que acaban de ser mencionados, parece difícil poder aceptar la idea defendida por varios autores de un brusco descenso de las entradas de oro africano en la península tras la crisis del califato. Por otra parte, el hecho de que esta se produzca en el mismo momento en que el poder cordobés sobre el Magrib parece estar en su apogeo impide relacionar demasiado estrechamente el poder de los Estados del Occidente musulmán con el control de las rutas del oro africano. Hemos recordado más arriba la hipótesis según la cual el desvío del oro del Sudán hacia la península ibérica había sido una de las causas de las dificultades económicas y sociales que conocía el Magrib oriental desde la primera mitad del siglo XI, incluso antes de la llegada de los nómadas hilâlíes. Pero esta idea ¿no es acaso contradictoria con el hecho de que la crisis andalusí se

produzca en el mismo momento en el que la influencia política de Córdoba se ejerce más claramente sobre el Magrib occidental?

No negaremos, sin embargo, que la cantidad de oro en circulación en al-Andalus de las taifas haya tendido a disminuir después de la época califal y sobre todo en la segunda mitad del siglo XI, cuando la falta de metal precioso se hace evidente en la muy mala calidad de la acuñación a finales de la época de las taifas. Por otra parte, la pobreza de esta contrasta con las descripciones de los textos sobre el lujo desplegado por las cortes principescas de la España musulmana en esta época, y con la codicia que la riqueza monetaria de al-Andalus provocaba entre los cristianos del norte. Es posible que las considerables sangrías que representaban las parias contribuyeran notablemente a este empobrecimiento, del cual es difícil captar su importancia. La historia económica y social de las taifas sigue siendo, de hecho, muy mal conocida. Considerada mucho tiempo como una época de «decadencia», actualmente se tiende a «rehabilitarla» y a considerar que la regionalización política pudo, al contrario, favorecer el crecimiento económico y un cierto equilibrio social entre clases urbanas y productores rurales, aliviados en parte de la fiscalidad gravosamente centralizada de la época califal. No es tampoco seguro que esta interpretación corresponda a la realidad, pero debemos reconocer que el desmembramiento del califato no cuestionó la tendencia a la unificación social que se constata en el siglo X. De hecho, aunque políticamente dividida, la sociedad andalusí «era cultural y socialmente más homogénea que con los omeyas». Esta homogeneidad social y la influencia de los juristas, los *fuqahâ'* —especialmente en los medios urbanos—, favorecerían a partir de 1086 la extensión por la península del poder almorávide, que ya se había impuesto en Marruecos en el cuarto de siglo precedente. Esta unificación política del Magrib y de al-Andalus se

sitúa en la lógica de la evolución iniciada a finales del siglo X y se concreta con la constitución de una gran área económica y cultural «hispanomorisca» que se prolongará en el siglo XII con el Imperio almohade.

La aventura almorávide es una de las más sorprendentes de la historia del Islam. Los bereberes sinhâdja, nómadas del sur del Atlas e intermediarios entre el país del oro y de la sal, Audagost o Bambuk, y los oasis del Tual o del Daría, se habían convertido a finales del siglo IX y habían contribuido a llevar al Islam hasta Níger. Hacia 1048, un *alfaquí* marroquí, llamado por los jefes sinhâdja ʻAbd Allah ibn Yâsîn, fundó en una isla del Senegal un *ribât*, una comunidad militante; los miembros de este grupúsculo, los «morabitos», *al-murâbitûn* (de aquí «almorávides»), se lanzaron hacia los países sudaneses de Gana por una parte y por otra hacia Sidjilmâsa y Tâfîlâlet; en el norte, su jefe Yahyâ atravesó el Atlas hacia 1055; su primo Yûsuf creó el campo de Marrâkish en 1060 y consiguió apoderarse de Fez (1062), Tremecén, Oran, Argel (1084). La caída de Toledo en manos de Alfonso de Castilla le hizo pasar el estrecho: aunque solo pudo detener a los cristianos en Sagrajas (1086), se deshizo de los emires de las taifas (1090) y tras la muerte del Cid se apoderó de Valencia (1102), y su hijo de Zaragoza (1110). Esta reunificación de todo al-Andalus y su integración a la casi totalidad del África del noroeste daba una dimensión política al área económica en formación.

El cuadro que se puede trazar del estado social y económico de los países dominados, a finales del siglo XI y primera mitad del XII, por el poder almorávide es brillante. La sumisión de Marruecos y de al-Andalus se ha realizado, en conjunto, de una manera pacífica. La fiscalidad del nuevo régimen, al menos en las primeras décadas, debió ser relativamente poco gravosa y conforme a las exigencias coránicas, teniendo en cuenta una propaganda política basada precisamente en el respeto a las

normas coránicas en este sentido. El desarrollo urbano continúa y se amplifica, con el crecimiento de Marrâkish, creada de nuevo, la unificación de Fez, hasta entonces dividida en dos ciudades distintas, el desarrollo de la actividad comercial de Sidjilmâsa, de Tremecén, y de las grandes ciudades andalusíes, entre las cuales Almería, descrita por Al-Idrîsî, nos proporciona un buen ejemplo: la ciudad contaría en la época almorávide con 800 talleres de tejido de seda y más de 900 almacenes-hospederías para los viajeros y los comerciantes (*alhóndigas*). Producía también toda clase de utensilios de cobre y hierro. Su puerto era frecuentado por navíos procedentes de Egipto y de Siria, en la ciudad se encontraban las mayores fortunas privadas de al-Andalus. La unidad económica y el esplendor del Imperio almorávide están simbolizados por la emisión de una moneda de oro abundante, acuñada en los principales centros económicos y administrativos (Sidjilmâsa, Agmât, Fez, Tremecén, Sevilla, Granada, Murcia y Valencia principalmente), y que se introduce en grandes cantidades en el mundo cristiano mediterráneo, donde es conocida con el nombre de «marabotines» (de *almurâbitûn*). Córdoba está entonces en su apogeo: su biblioteca rivaliza con las de Oriente; su mezquita, a la que el visir Al-Mansûr le dio sus dimensiones actuales a principios del siglo XI, es testimonio del sincretismo de los gustos ibérico y árabe en la decoración de su mobiliario; en sus madrasas, cuyo renombre llega al Occidente cristiano vigilante, se produce lentamente la maduración filosófica de la que Europa extraerá dentro de poco uno de los más poderosos resortes de su florecimiento intelectual.

Capítulo 5
EL ÚLTIMO ESPLENDOR DE BIZANCIO

(950-1070)

Si es cierto que la primera mitad del siglo X tiene poco sentido en la historia bizantina, no cabe duda que, hacia 960, el imperio adquiere una nueva importancia internacional. Tras una primera fase de reconquistas entreverada de adversidades e incluso de desastres, será considerado a partir de ahora, y durante todo un siglo, como perpetuo vencedor. El período de los grandes emperadores militares que con Nicéforo II Focas (963-969), Juan I Zimisces (969-976) y Basilio II (976-1025) puede ser considerado, empleando un término que se ha convertido en clásico, como el de la «epopeya bizantina».

¿EL IMPERIO POR FIN ESTABILIZADO?

Este término es, sin embargo, engañoso en cuanto sugiere un irresistible impulso caballeresco que debía conducir idealmente a la reconstitución del viejo Imperio Romano. Si se observa con más atención, se percibe que se trata de una empresa al mismo tiempo menos brillante y más meditada. De hecho, los años 960-976 ven realizarse una política a la que pocas cosas serán después añadidas. Se trata de establecer delante de las viejas «fronteras naturales» de Bizancio, Taurus en Oriente y Ródope en Occidente, un glacis destinado a evitar en lo sucesivo el ataque directo a un territorio imperial ya delimitado por los primeros macedonios.

De Damasco a Sicilia

En Oriente, la conquista de Creta (961) y posteriormente la de Tarso y Chipre (965) proporciona a Bizancio una hegemonía marítima que le permite desorganizar los vínculos musulmanes, en el mismo momento en que el imperio ataca Siria del norte y en que Nicéforo Focas se apodera de Antioquía (969). Sin duda, Zimisces va luego más lejos: sus campañas de 974 y 975 le permiten entrar en Damasco y someter casi toda Palestina, a excepción de Jerusalén. Pero hablar de «cruzada» sería excesivo y se puede incluso sostener que estos grandes emperadores fueron arrastrados más allá de los objetivos que se habían fijado. Tras la leyenda, según la cual Nicéforo Focas había renunciado a llevar a cabo el asalto final a Antioquía porque una predicción veía el signo anunciador de su muerte, se ocultan sin duda las vacilaciones de un soberano realista poco dispuesto a conquistas inútiles. Por lo demás, el aplastamiento del emirato de Alepo se tradujo no en su anexión sino en su desmembramiento, acompañado de un tratado de servidumbre, y es preciso recordar que, si Zimisces avanzó tanto en Asia anterior, se debió, en un principio, al ataque llevado a cabo contra Antioquía en 971 por los nuevos enemigos musulmanes, los fâtimíes de Egipto, que acabaron de volver a poner en peligro todo el equilibrio de la región.

En Occidente, Bizancio no pone en marcha tampoco una política de expansión incontrolada. En Italia, donde el peligro musulmán estaba poco más o menos conjurado desde 956, Bizancio desea más la solución pacífica que el enfrentamiento con el nuevo Imperio germánico: cuando Otón el Grande avanza en 968 hasta Benevento, Nicéforo Focas le envía una embajada encargada de proponerle paz y alianza. De hecho, en la crisis que desencadena la agresividad alemana hasta 972, la preocupación de Bizancio consiste, aquí también, en conservar su glacis defensivo, el de los principados lombardos de Salerno y Benevento. El matrimonio de Otón II con la princesa Teófano

en 972 es la expresión de un profundo deseo de *statu quo*. Asimismo, por errónea que fuera la política de Nicéforo en relación a Bulgaria, reino ortodoxo y protegido por Bizancio, con el que estaba en paz desde hacía 40 años, no parece que el emperador tuviera nunca la intención de hacerla desaparecer. Sin duda, encarga al príncipe de Kiev, Svjatoslav, «castigar» a los búlgaros, pero se reconcilia con estos últimos tan pronto como ve a los rusos instalarse en su país. Y es mucho más el peligro ruso y pechenego que el deseo de conquista lo que conduce a Zimisces, tras el aplastamiento de Svjatoslav en 971, a anexionar la mayor parte de Bulgaria e incorporarla a los marcos administrativos del imperio: allí, Bizancio se reserva aún un glacis defensivo cuyo límite no podía ser otro que el Danubio. De hecho, la «epopeya bizantina» ilustra perfectamente la ideología que se desprende de las colecciones de «tácticas» precedentes de la primera mitad del siglo: es significativo que León el Diácono escriba del gran conquistador Zimisces que «apreciaba mucho más la paz que el combate, pues sabía que, mientras la primera proporcionaba la salvación a los pueblos, el segundo producía su destrucción».

El más glorioso de los soberanos bizantinos, Basilio II, no fue una excepción: un estudio a fondo del vocabulario probaría que, en los textos del siglo XI concernientes al reinado de este emperador que estuvo casi siempre en guerra, los términos con connotación defensiva son frecuentemente empleados. Siguiendo a Psellos, podemos decir que pasó su tiempo «rechazando las incursiones de los bárbaros y defendiendo las fronteras». ¿Acaso no les dice a sus soldados, cansado de la rigurosa disciplina que les impone: «Bien mirado, podríamos dejar de guerrear»? La disminución, bajo su reinado, de las operaciones en Oriente da buena prueba de que Basilio apenas pensaba en otra cosa que no fueran retoques en una frontera casi definitiva: mientras que las expediciones sirias de 994 y 999 son res-

puestas a los ataques fâtimíes y acaban en una larga tregua, las conquistas y anexiones en la Iberia caucasiana y en Armenia, que finalizan en 1023, tienen como objetivo, sobre todo, reforzar las defensas imperiales frente a las migraciones, en lo sucesivo amenazadoras, de los turcos seldjûqíes. Sin embargo, Basilio se ve obligado a guerrear durante casi todo su reinado en los Balcanes: las conquistas de Zimisces no habían alcanzado los territorios situados al norte y al oeste de Iskar, y es en estas regiones donde nace, aprovechando los disturbios provocados por las revueltas del principio del reinado, el imperio búlgaro-macedonio de Samuel que, en el momento de su mayor expansión, hacia el año 1000, toma los Balcanes al sesgo y luego el Adriático hasta el mar Negro, desorganizando el glacis danubiano y cortando las relaciones terrestres de Bizancio con Occidente, cuyo puerto de Dyrrachium era clave. El imperio lleva a cabo, pues, una lucha por su supervivencia de 986 a 1018, fecha en la que, tras estas sangrientas guerras, Bulgaria y Macedonia son finalmente incorporadas al mundo bizantino, al que servirán de escudo a lo largo de casi dos siglos. Aproximadamente al mismo tiempo, Basilio realizaba otra obra de consolidación en Italia del sur que, liberada de las *razzias* musulmanas merced a la ayuda de Venecia y Pisa, y unificada en los marcos de un catepanato, da pruebas, en resumidas cuentas, de una verdadera lealtad en el momento de la sublevación del lombardo Meles, entre 1009 y 1018. El vencedor de este último, el catepán Basilio Boiohannis, puede constituir entonces el glacis defensivo de la provincia, en primer lugar asegurándose la sumisión de los principados lombardos y, sobre todo, edificando en Capitanata, la zona más expuesta, una línea de fortificaciones cuya eficacia queda de manifiesto cuando el emperador germánico Enrique II fracasa, en 1021, al intentar asaltar su principal ciudadela, Troia. Esta obra debía ser completada por una reconquista de Sicilia, efectivamente comenzada en 1025,

pero que se malogra en seguida a raíz de la muerte del emperador.

Los límites de un equilibrio perfecto

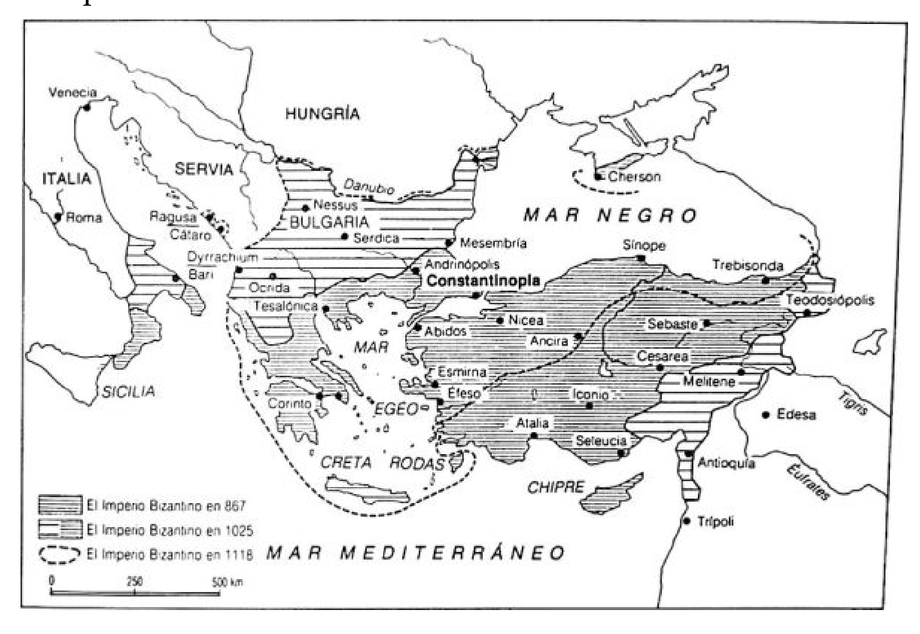
Que la obra llevada a cabo entre 960 y 1025 tendía a una definitiva estabilización del imperio es un hecho confirmado por las grandes mutaciones administrativas que la sostienen y expresan al mismo tiempo. Desde la época de Romano Lecapeno, se ven aparecer, sobre las franjas nuevamente conquistadas, pequeñas circunscripciones centradas alrededor de una o varias fortalezas que, aunque llevan también el nombre de «themas», no se confunden con los «grandes themas romanos», más antiguos: desempeñan el papel de las viejas *kleisourai* ('clisuras'), y tienen por objetivo desde el reinado de Nicéforo Focas la transformación de las fronteras orientales, tanto en Oriente como en Occidente, en una verdadera línea fortificada sustraída a las reglas administrativas comunes y donde se fragua, entre los defensores que son a menudo destinados allí, un estado de ánimo heroico que no excluye sin embargo la comprensión e incluso la amistad con el adversario, tal como se puede apreciar en las «canciones fronterizas» entre las que, la más conocida, la gesta de Digénis Acritas, se constituye precisamente alrededor de los siglos X y XI. Sin embargo, detrás de estos glacis protectores, la administración del imperio se adapta a una situación de paz que se cree firmemente durable: la función del estratega, que expresaba la más sólida unión de los poderes civiles y militares, se debilitó poco a poco, sin duda en diferente proporción según las regiones, hasta el punto de que, a finales del siglo XI, el mismo término de estratega habrá vuelto a tomar su simple sentido original de «comandante del ejército en campaña». Por el contrario, resurge en las provincias la vieja función de *krités*, cuyo titular reagrupa en sus manos todas las responsabilidades jurídicas, administrativas y fiscales de la jurisdicción; en cuanto a las funciones militares, corresponden a los *duques*, jefes de los

destacamentos del ejército central o *tagmata* que, hasta finales del siglo XI, no son destinados a una unidad administrativa precisa. Lo esencial es aquí la pujante vuelta de una administración civil que expresa bien el sentimiento, general en la primera mitad del siglo XI, de que el imperio ha llegado por fin a este estado de equilibrio perfecto que fue siempre su ideal.

Es cierto que este equilibrio fue mucho más duradero de lo que se ha dicho normalmente: el imperio mantiene grandes cimientos al menos hasta los años 1060, y en medio de un estado de ánimo generalmente pacífico que no debe nada al predominio de una pretendida «nobleza civil». Es muy significativo el hecho de que es un emperador militar, Isaac I Comneno (1057-1059), quien rehúsa anexionar los territorios que le eran ofrecidos libremente, subrayando que «para tales anexiones, es necesario mucho dinero, brazos esforzados y una reserva suficiente, y que cuando no sucede así, el aumento es la disminución». Se puede decir, pues, que la política de los sucesores de Basilio II, al menos hasta la extinción de la dinastía «macedonia» en 1056, fue coherente con la línea fijada desde la consolidación de las fronteras. Este es el sentido de la campaña de Miguel IV contra los sublevados búlgaros en 1041 o el de la reacción contra la invasión rusa de 1043. Lo mismo ocurre con la campaña victoriosa de Jorge Maniaqués en la Sicilia oriental, aun cuando es en vano por la sublevación de este último, o con la anexión del reino armenio de Ani en 1045. En estos dos últimos casos, se subrayará que se trata de empresas destinadas a concluir el plan de Basilio II, que quedó incompleto precisamente en estas dos direcciones.

Una política tan consciente y tan ordenada acabó por modelar una mentalidad a la vez orgullosa y pacífica fundada en el sentimiento profundo de que el edificio bizantino es a partir de ahora perfecto e inquebrantable. Es así como las escasas actitudes ofensivas de algunos soberanos son generalmente reproba-

das como verdaderos atentados contra la moral: cuando Romano III Argiro ataca en 1030 el emirato de Alepo sin que mediara ninguna provocación y violando los tratados, Psellos se pone de parte de los musulmanes y no encuentra palabras suficientemente duras para reprobar la actitud del emperador. Por lo demás, es simbólico ver a este último «arrepintiéndose de lo que había hecho», y entregarse en lo sucesivo a una gestión puntillosa de las finanzas públicas. Sin duda, es Ana Comneno quien mejor expresó este estado de ánimo a principios del siglo XII: «Empujar a los vecinos a la guerra por su propia acción, cuando las cosas están tranquilas —escribe— es la característica de los malos príncipes. Pues la paz es el objetivo de la guerra». Ana Comneno utiliza aquí una fórmula que, sin duda, no habría desaprobado Basilio II.



El Imperio bizantino del siglo IX al XIII

Tal actitud solo era sostenible a condición de que nada cambiara ni en el mundo ni en el imperio, y es verdad que los bizantinos creían que este supuesto podía ser realidad. Pero a las mutaciones internas, a las que volveremos a referirnos, se aña-

den graves trastornos en casi todas las fronteras, desde mediados de siglo. En Italia, los normandos, utilizados en un principio como mercenarios por los príncipes lombardos, están en las fronteras bizantinas desde antes de 1050: en 1053, aplastan a la vez al duque Argiro y a su aliado, el papa León IX, y el ritmo de los acontecimientos se acelera cuando Roma ofrece la toma de posesión de las provincias bizantinas a Roberto Guiscardo. A pesar de una fuerte resistencia que ilustra el real sentimiento de pertenencia de estas lejanas zonas al cuerpo del imperio, Calabria es conquistada en 1060 y, con la caída de Barí en 1071, el poder imperial es definitivamente expulsado de Italia. En cuanto al Danubio, ya atravesado por los pechenegos en 1048, es francamente rebasado por los oghuzs en 1065 y Constantino X Ducas se ve obligado a instalar a estos turcos en Macedonia. Por último, en Oriente, la paz con los fâtimíes no compensa el progreso de los turcos seldjûqíes, que arrasan Armenia desde 1048. Sin duda, las defensas resisten y los turcos sufren grandes derrotas, pero, tras la toma de Ani en 1064, sus expediciones les conducen hasta el corazón de Asia Menor. Al término de un contraataque, marcado por verdaderos éxitos, Romano IV Diógenes será finalmente aplastado y hecho prisionero en Mantzikiert, Armenia, el 26 de agosto de 1071.

De 960 a 1071, el imperio no pasa solo del triunfo a las dificultades: conviene observar que su propio centro de gravedad se desplaza entonces lentamente de sus provincias orientales, que aún a finales del siglo X desempeñaban un papel preponderante en sus destinos, hacia sus territorios balcánicos que no son por azar el teatro esencial de las guerras desde el reinado de Basilio II. En seguida veremos las causas, pero señalemos ya cuán fundamental es esta mutación de un imperio básicamente asiático en un Estado cada vez más europeo.

En todo caso, en este año de 1071 en que caen simultáneamente las defensas orientales y las provincias de Occidente, es

posible interrogarse sobre los factores internos de un equilibrio tan largo y de una caída tan rápida.

Un mayor número de hombres alrededor del Egeo

Es de suponer que el imperio no pudo conocer tal floración sin una demografía ampliamente positiva, aunque haya una gran carencia de documentos sobre la materia. No insistimos sobre el papel que pudo desempeñar el aspecto «poblacionista» de la doctrina cristiana. Sin duda, la gran familia patriarcal, de la que Job quedó como modelo, es una imaginería corriente que se refleja en las miniaturas de los manuscritos y en los textos literarios: la epopeya de Digénis Acritas recuerda que, en la familia del héroe, había «doce tíos y seis primos». Pero los estereotipos son tan frecuentes en este dominio que no se puede, en realidad, sacar nada en claro. Más o menos lo mismo puede decirse del papel «incitador» del derecho canónico, que teóricamente favorece los matrimonios precoces, fijando la nubilidad en los doce años para las hembras y en los catorce para los varones; todo lo que se puede afirmar es que tales matrimonios eran frecuentes, como testimonia, en el siglo XI, la decisión del patriarca Germano recordando que una virgen casada «antes de la edad» y desflorada debía ser separada de su marido. De hecho, se sabe lo que valen estos factores doctrinales frente a las necesidades más materiales: tanto entre las clases ricas como entre las más pobres, la preocupación por preservar el patrimonio conduce además tanto a casar a los hombres muy jóvenes como a reducir el número de herederos, a imagen de la familia imperial, tan poco prolífica durante dos siglos.

Es evidente que hay que atribuir más valor a la seguridad recobrada en el interior de las fronteras. Desde el principio del siglo X, las incursiones árabes no afectan ya ni a Asia ni a Europa y en esta última región las incursiones húngaras y eslavas no son más que un recuerdo. Sin duda hubo pérdidas militares, tanto en las guerras de Oriente como durante las campañas

búlgaras, sin olvidar el episodio de las luchas civiles (sublevaciones de Escleras y Bardas Focas, entre 976 y 989), pero no se pueden cifrar y debe tenerse en cuenta que, sin duda, no fueron acompañadas de graves derramamientos de sangre entre las poblaciones civiles. Estas guerras raramente se desarrollan sobre el territorio imperial y no tenemos ninguna razón para creer que la expansión búlgara en la época de Samuel fuera especialmente homicida. Lo que se puede afirmar, en todo caso, es que las partes asiática y europea del imperio no conocieron, en la época considerada, una misma evolución demográfica.

Asia Menor, que estaba sin duda en la cresta de la ola a mediados del siglo IX, debió verosímilmente a la paz un crecimiento que ningún factor externo llegó a enturbiar hasta alrededor de 1060: la prosecución de la floración urbana, de la que la multiplicación de sedes episcopales es una prueba, exactamente igual que la arqueología, es, a este respecto, un importante indicio. Además, conviene recordar que la prosperidad de las ciudades no implica la de la población de los campos y que incluso puede ser el signo de un éxodo rural acelerado. Ahora bien, veremos que en los siglos X y XI, Anatolia es la región, por excelencia, donde se opera más rápidamente la concentración de la propiedad, lo que prueba desde luego que la explotación del suelo es cada vez más rentable pero en modo alguno que el mercado local se incremente mucho, ya que, por el contrario, Asia Menor parece convertirse en una especie de mercado «colonial» encargado de abastecer al resto del imperio. Es evidente que este sistema, al desposeer a muchos campesinos, solo pudo acelerar el éxodo hacia las ciudades locales, y tal vez incluso hacia las provincias europeas. Por esto debemos ser muy prudentes. Hacia 1060 todavía, Asia Menor debía estar poco poblada, hecho del que poseemos al menos dos indicios: en primer lugar, la política de colonización extranjera llevada a cabo, desde finales del siglo X en Anatolia oriental y central, y luego el pa-

norama del país que nos ofrecen las crónicas en vísperas de la invasión turca, que da la imagen de una región con amplias extensiones vacías y sin recursos, solamente puntuadas de plazas fuertes, etapas de los ejércitos imperiales. Un cuadro inquietante que hace pensar que, una vez rotas las defensas fronterizas, nada podrá ya oponerse al desencadenamiento de un eventual enemigo: tanto antes como después de 1071, los seldjûqíes apenas encontraron obstáculos del Tauro al mar Egeo. Además cabe recordar que Anatolia presenta importantes matices regionales: al interior deprimido se oponen las costas más resistentes y sin duda incluso en auge, sobre todo en el litoral egeo, y las zonas orientales de escasa población en contraste con las provincias occidentales más densamente ocupadas a las que los turcos se aferrarán durante cerca de tres siglos.

En Europa la situación es muy diferente. Ciertamente, los progresos de ciudades como Tesalónica, Serres, Demetria, Corinto, Tebas, Patrás y Esparta, de las que hablaremos más adelante, no deben ser subestimados: hacia el final del siglo X, la *Vida de Nicón el Metanoita* apenas permite ver en Esparta más que una gran aldea, parapetada detrás de sus murallas. Sin embargo, estos progresos son reales, y Al-Idrîsî, en el siglo XII, subraya la riqueza del Peloponeso, donde enumera al menos 50 «ciudades» entre las que considera 16 como muy importantes. Además, este crecimiento tiene lugar en un contexto muy diferente: excepto en Tracia, en Bulgaria y en la llanura albanesa, los Balcanes son un país cortado, poco favorable a la constitución de propiedades muy grandes, de manera que el campesinado libre resiste allí mucho mejor, lo que implica a su vez una mejor ocupación de los campos y una relativa modestia de las ciudades. La salud demográfica de la población helénica es particularmente destacable, como atestigua la instalación de numerosos griegos en los países vecinos o conquistados, sobre todo en Bulgaria. Desde antes de 969, la helenización es tan fuer-

te en el reino búlgaro que se pudo ver en ella una de las causas de su sublevación e incluso de la protesta social de los bogomilos. Tras la anexión de 1018, se asiste a un movimiento colonizador en Bulgaria que testimonia a la vez el dinamismo griego y una cierta atonía de las poblaciones búlgaras que Basilio II se esforzó, por lo demás, en proteger contra esta excesiva expansión. Subrayemos que es inútil buscar un movimiento semejante de poblaciones griegas hacia las provincias conquistadas en la misma época, en los confines asiáticos.

Otro matiz distingue zonas europeas y asiáticas. Desde la época de León VI, Europa apenas ve ya llegar estas colonias extranjeras que los emperadores instalan allí, sobre todo desde el siglo VIII, a fin de llenar los vacíos. Solo una importante excepción, el establecimiento de los pechenegos en Bulgaria y Macedonia, después de 1048 y sobre todo después de 1064, no hace más que confirmar la relativa debilidad demográfica de los Balcanes septentrionales. Por el contrario. Asia es la tierra elegida por estas migraciones, voluntarias o provocadas, al menos desde el reinado de Nicéforo Focas. Se trata en primer lugar de repoblar las regiones fronterizas, Siria, Cilicia y Mesopotamia, cuya población musulmana habían deportado sistemáticamente Focas y sus sucesores como medida de seguridad: en Mesopotamia, y sobre todo en la región de Melitene, el gobierno imperial favorece, desde 965, la inmigración de los sirios jacobitas de la que da testimonio, entre 963 y 1072, la aparición de 56 monasterios y alrededor de 30 sedes episcopales no mencionadas hasta entonces. Además, en 1096, Melitene aparece como una ciudad fundamentalmente siria, tal vez poblada por 70 000 habitantes, mientras que estaba abandonada en 934. Ciertamente, esta política tuvo la ventaja de reactivar regiones profundamente deprimidas, pero se ha subrayado con razón que no consiguió su objetivo, que era el de reforzar la frontera: la instalación de estas comunidades sirias, cuyos hermanos conti-

nuaban viviendo en tierra islámica, tuvo ante todo por efecto diluirla y convertirla en una especie de *no man's land*. Por razones diferentes, la colonización armenia, que se acelera sobre todo después de 990, no tuvo mejores resultados. Los armenios, doctrinalmente menos sospechosos que los sirios, establecen colonias militares en la Siria reconquistada (Tarsis, Chaizar) y colonias mercantiles desde Antioquía hasta Atalia, pero su inmigración es masiva sobre todo en Capadocia, desde Sebaste a Cesárea. Estas migraciones, sin duda provocadas originariamente por el dinamismo demográfico de Armenia, se acentúan con los primeros ataques de los turcos, dueños de Drin en 1021, y Basilio II, preocupado por poblar estas zonas casi desiertas, las favorece con una política de tolerancia religiosa y de considerables donaciones de tierras a los señores armenios emigrados o deportados. Aquí todavía, un país abandonado fue revalorizado, pero la amplia autonomía dejada a los grupos armenios condujo a la reconstitución, en pleno territorio imperial, de la estructura social, casi feudal, de la Armenia independiente, lo que hizo de ella una zona aberrante, mal controlable por la administración regular, sobre todo cuando, tras las grandes expediciones turcas de los años 1070, la inmigración armenia se transforma en un éxodo masivo. Recordemos, sin embargo, que la aportación armenia fue benéfica en el resto del imperio. Desde el siglo X, apenas hay una ciudad bizantina que no tenga su colonia armenia, lo que refuerza la población y acentúa su dinamismo; la alta administración y el propio trono no son inaccesibles a estos armenios, cuyo mejor ejemplo lo constituye el emperador Juan Zimisces.

En un dominio donde subsisten tantas incertidumbres, dos hechos esenciales pueden, pues, ser considerados seguros. En primer lugar, el saldo demográfico global del imperio parece positivo al menos hasta mediados del siglo XI. Este hecho se ve favorecido, además, por la ausencia de cualquier gran epidemia

durante el período considerado; los únicos casos conocidos de «peste» son los de Esparta en 990 y Constantinopla hacia 1010. Por el contrario, es significativo que se manifieste una grave epidemia, sobre todo en la capital, en 1053-1054, acrecentando aún más las dificultades del momento. No puede pasar desapercibido el hecho, registrado en la misma época, de que el conjunto del mundo musulmán conoce una curva demográfica descendiente, lo que, fuera de toda expansión masiva de la población bizantina, basta para hacer inclinar la balanza en favor del imperio. Posteriormente, y sobre todo, a partir del siglo X, y aún más en el XI, la parte europea del imperio inicia un avance decisivo sobre sus provincias asiáticas, en lo que se refiere al número de hombres, lo que tiene como consecuencia la inversión radical de los datos tradicionales de su geopolítica. Puede añadirse que este movimiento es irreversible. Todavía en el siglo XII, los territorios asiáticos reconquistados a los turcos continúan despoblándose regularmente. Por el contrario, Europa experimenta una progresión moderada, pero el ritmo es regular y duradero, ya que los Balcanes no son alcanzados por la gran catástrofe de 1071. Además, aprovechan, en una medida imposible de determinar, los reflujos provocados por las invasiones turcas y normandas. Hacia 1080, Bizancio parece haberse convertido en un imperio egeo.

Resplandores y tormentos

Esta población más numerosa vive por lo general en el campo y, como es el caso por doquier en la Edad Media, sus recursos son los principales cimientos del imperio.

La agricultura continúa siendo vital

Ahora bien, a pesar de la extrema escasez de nuestra documentación en este terreno, se puede afirmar que la agricultura

bizantina es de las más tradicionales: no hay en Bizancio ninguna huella de la «revolución agrícola» que caracteriza al mundo musulmán desde el siglo VIII, ni tampoco nada semejante a los grandes movimientos de roturación que llevan al mundo occidental, en el siglo XI, hacia un decisivo progreso. Este carácter tradicional explica cómo los *Geoponika*, colección agronómica reunida sin duda bajo el reinado del Porfirogénito, pudo convertirse en uno de los textos más copiados en Bizancio. Aunque urdido a base de fragmentos tomados de los agrónomos griegos y latinos, debió, sin embargo, estar perfectamente adaptado a las producciones y las técnicas de los siglos X y XI.

También podemos hacer pronto la lista de los productos de la tierra. Al lado de los omnipresentes cereales, pueden verse las leguminosas (guisantes, judías de Europa, arvejas) que suplen frecuentemente a la carne, muy escasa, y los cultivos arbustivos, entre los que las viñas ocupan en todas partes un lugar preferente, junto a los manzanos, cerezos, almendros y, sobre todo, higueras. Incluso puede pensarse que la variedad de los cultivos se ve empobrecida a veces en relación a la Antigüedad: de una manera muy sorprendente, el olivo está casi ausente de nuestra documentación, y su cultivo apenas está atestiguado más que en el norte de Siria. A lo sumo puede pensarse que el cultivo de la morena ha progresado notablemente, en los siglos XI y XII en Grecia y en el Peloponeso, lo que explica la importancia adquirida por la industria de la seda, de Esparta a Corintio y Patrás. Pero Bizancio fue impermeable a los grandes cultivos «industriales» aclimatados en el Mediterráneo por los árabes: la caña de azúcar, por ejemplo, no penetró en Creta hasta la dominación veneciana, en el siglo XIV.

En efecto, estos cultivos, como el de numerosas legumbres procedentes de Persia y de la India, necesitan abundante agua regularmente distribuida a todo lo largo del año. Sin duda, el mundo bizantino está en general mejor provisto en este senti-

do, ya que no tiene casi ninguna región francamente árida y está surcada de abundantes y permanentes corrientes de agua. Pero no hay nada comparable al Nilo y a Mesopotamia y, por otra parte, los ríos más caudalosos corren por regiones con clima contrastado que hace imposible la sucesión de los ciclos vegetativos a lo largo del año. También es forzoso admitir que las técnicas apenas han evolucionado, de manera que, mientras que todos los textos ensalzan los benéficos poderes del agua, los extensos valles y los estuarios en tierras mal drenadas son más repulsivos que atrayentes: con mucha frecuencia hay aldeas y explotaciones en las inmediaciones de una corriente de agua, pero se trata casi siempre de un arroyo o de un riachuelo absolutamente incapaz de dar lugar a una irrigación continuada. Ciertamente, los textos, y en primer lugar los tratados de metrología, muestran que las tierras irrigadas eran las más apreciadas y, en consecuencia, las más gravadas fiscalmente; pero estos suelos son, todo lo más, huertos que constituyen el corazón mismo de los terrenos y no suponen ninguna innovación técnica: se trabajan con laryas y su única irrigación conocida no utiliza más que la fuerza de la gravedad, de manera que no se trata de ganar para estos cultivos tan rentables los terrenos de las laderas y, aún menos, de las mesetas. Además, como la ganadería estabulante es muy insuficiente, bueyes, cabras, carneros e incluso cerdos pacen en los confines no cultivados y forestales de los terrenos, y como parece ser que los bizantinos no conocieron nunca las técnicas de los abonos puestas a punto en tierra del Islam, aún se trata menos de ganar para el cultivo intensivo una parte de las tierras no irrigables. De aquí proviene la división muy tajante de los terrenos bizantinos en dos tipos, los *esothyra*, tierras próximas a las aldeas, dedicadas a la horticultura, a alguna que otra pradera de siega o a algunos campos de cereales de alto rendimiento, y los *exothyra* que, más allá, apenas comprenden otra cosa que cultivos cerealísticos de

secano y viñas, todo ello salpicado por algunos grupos de árboles.

Puede suponerse hasta qué punto una agricultura de estas características era frágil. Mientras que la abundancia de los cultivos irrigados o semiirrigados permite al mundo musulmán mitigar mejor el golpe de las calamidades naturales, y sobre todo de las sequías, el campesino bizantino no puede encontrar nunca en sus pequeños huertos el medio capaz de compensar el déficit cerealístico de los cultivos de secano cuando el año es malo. Tal situación tiene al menos dos consecuencias: por un lado, el Imperio bizantino, relativamente poco urbanizado y sobre todo compuesto de núcleos rurales que, sea como sea, viven en un estado de autosubsistencia, no dispone prácticamente nunca de un volumen alimentario suficiente en su propio suelo y, por otra parte, los cultivos de base, sobre todo cerealísticos, son aún más valorados en tanto que su producción es más escasa y más aleatoria. De lo que resulta que Bizancio, en la cumbre de su poder, apenas deja de depender del extranjero, sobre todo cuando se concreta la progresión demográfica. A este respecto, la amplia llanura danubiana le es indispensable, y puede afirmarse con toda seguridad que este factor desempeñó un importante papel en la expansión bizantina hacia Bulgaria donde, precisamente en el siglo XI, se utiliza el arado de ruedas, única herramienta capaz de labrar sus pesadas tierras. Además, la rentabilidad de los cultivos cerealísticos explica la progresión de la gran propiedad, sobre todo en las zonas que le son más favorables (Tracia, llanuras albanesas y, sobre todo, Asia Menor).

El equilibrio alimentario es aún más precario en tanto que el Estado bizantino no tiene ningún objetivo dirigista. Suponiendo que las disposiciones del *Libro del Eparca* tuvieran este sentido, no poseemos ninguna prueba de que fueran aplicadas en la época que estamos considerando. La iniciativa privada es, pues, la regla. Los propios campesinos, cuando pueden obtener un

margen comercializable, llevan sus productos a los mercados urbanos para venderlos. Pero el hecho solo es verdaderamente importante en las regiones más ricas: es así cómo Miguel Ataleiatés nos muestra, en los años 1070, a los campesinos de Tracia vendiendo trigo, desde lo alto de sus carretas, en el mercado de Rhodosto. Ocurre lo mismo, con más certeza, en el caso de los grandes propietarios: también en relación con Tracia y en la misma época, el mismo autor nos hace saber que estos últimos disponían de escalas (*skalai*) en la costa, a partir de las que despachaban su producción. En una época en que progresa, como veremos, el comercio italiano en el imperio, se puede fácilmente suponer que, incluso en caso de carestía local, no podían vacilar en vender a los clientes extranjeros o llegados de otras regiones del imperio.

Pero la comunidad aldeana se debilita

Creemos firmemente que son estas condiciones agrícolas específicas las que explican el creciente desequilibrio social que caracteriza las campiñas bizantinas en el siglo XI. A este respecto, los años 950-1070 ven indiscutiblemente acelerarse el proceso de descomposición del viejo sistema de la comunidad rural libre, el *chorion*, incluso cuando este último supone, para la Administración, la propia base tributaria, como aparece claramente, muy al final del siglo XI, en los fragmentos conservados del «catastro de Tebas». En efecto, hay que recordar que, en los campos, la oposición entre campesinos libres y dependientes, sobre la que volveremos a tratar, tiene, sin duda, menos interés que los contrastes de riqueza que, en el propio seno de la población de los *choria*, definen niveles de resistencia más o menos grandes. Donde mejor está reflejada la pirámide social de la aldea es en un documento de 1073: en el vértice está situado el campesino que posee dos yuntas de bueyes, más abajo el que solo tiene una, el *zeugariate*, o sea el campesino medio que puede vivir de su propia finca; luego vienen los campesinos que so-

lo tienen un buey y, por último, los indigentes, entre los que algunos pueden aun poseer un asno, aunque la mayoría de ellos no están en posesión de ningún animal de tiro.

Ahora bien, el viejo sistema comunitario, que se basa en el principio de la solidaridad del *chorion* frente al impuesto, se adapta cada vez peor a las nuevas condiciones económicas y demográficas. Corresponde a una situación de equilibrio entre el número de hombres, sus necesidades alimentarias y los medios técnicos para asegurar estas últimas, lo que ya no es así en el siglo X. Se abre un abismo entre los explotadores mejor provisto de brazos y de herramientas de cultivo, aunque faltos de tierra, y los que mal equipados desde un principio, menos prolíficos, víctimas de una desgracia natural, llegan incluso a no poder pagar su parte de impuesto. Se sabe que el sistema de segregación (*klasma*), en relación al *chorion*, de las tierras abandonadas por estos campesinos, y la venta de estas últimas por el Estado es uno de los medios merced a los que los poderosos (*dunatoi*) redondean sus dominios y acaban por desorganizar el tejido mismo de las comunidades, ya se trate de grandes propietarios tradicionales o, sin duda con más frecuencia, de los miembros más activos del *chorion*. Por lo demás, incluso cuando huyen, muchos campesinos pobres son obligados a ceder el usufructo (*chresis*) de su tierra a sus poderosos vecinos o a ponerse bajo su protección (*prosiasia*) mediante el pago de un censo. Hay otros modos de acaparamiento que aparecen mal definidos en los textos jurídicos y fiscales más interesados por los modos de posesión que por los modos de explotación del suelo. Así, los arrendamientos rústicos y aparcerías son hechos frecuentemente por los campesinos en un pequeño espacio de sus propias tierras, de modo que, al enriquecerse gracias a estos contratos temporales, acaban, naturalmente, por adquirir la tierra que han convertido en productiva. Además, el *chorion* continúa diluyéndose a consecuencia de donaciones (*logisima*) he-

chas por el Estado a propietarios laicos o eclesiásticos; estos últimos, sobre todo los monasterios, recibían por añadidura, merced a razones espirituales, numerosas donaciones de particulares.

Frente a esta situación, el Estado prosigue la política puesta en marcha por los primeros «macedonios», pero parece evidente, desde el final del siglo X, que es una apuesta perdida. El principio es siempre la protección, a toda costa, del *chorion*, pero el gobierno no puede salir de una grave contradicción: incluso cuando dicta medidas severas para proteger la comunidad rural, base de la contribución, no puede, sin embargo, tolerar que las tierras *klasmáticas*, separadas del *chorion* por abandono, se conviertan en eriales fiscalmente improductivos, impidiendo, no obstante, que los poderosos se adueñen de ellos. Este fenómeno explica la implantación en estas tierras de campesinos «públicos» (*demosiarios*) que no tienen ya nada que ver con el *chorion* y pagan personalmente el impuesto al Estado. Este último contribuyó así a socavar una institución que pretendía salvar, poblando los campos de campesinos aislados que, al debilitarse el control, no tuvieron ya el arma de la solidaridad para resistir el asalto de los más poderosos. Esta contradicción está reflejada en una *novella* publicada por Romano II en 962. Ante una situación concreta, la de los pequeños campesinos que tienen que reembolsar el precio de las tierras que les han sido ilegalmente compradas, pero carecen de medios, se imponen dos soluciones: o bien la tierra será desprendida de la comunidad y las dos partes se encontrarán cara a cara, o bien la comunidad tomará el puesto del vendedor y, en espera de que este último reembolse su deuda, podrá disfrutar de la tierra en cuestión. En ambos casos, el resultado no puede ser más que desastroso: o el campesino huye, o el *chorion* no tendrá los medios para revalorizar estas tierras suplementarias, o bien, si los tiene, se hallará sometido a crecientes obligaciones fiscales,

ocasionando todo ello una extensión de los eriales y nuevas dificultades para la comunidad.

El gobierno imperial, fiel a una constante actitud, consistente en no suprimir nunca verdaderamente las antiguas estructuras, mientras que se constituyen las nuevas, no quiso, pues, definir otro estatuto general del campesinado que sustituyera a la agonizante comunidad, de manera que se puede afirmar que, sin quererlo, favoreció a los poderosos, que no perdieron la ocasión de aprovecharse de la diversidad de títulos de ocupación del suelo para obtener dominios cada vez más vastos.

La resistible ascensión de los poderosos

Al Estado, muy consciente de este peligro, no le quedaba más remedio que tomar medidas prohibitivas tendentes a congelar la situación, decisión siempre peligrosa e incluso desesperada en cuanto supone el ejercicio constante de un control riguroso; como se recordará, tales medidas pudieron ser consideradas como decisivas en un tiempo en que nadie imaginaba que la máquina imperial, llegada a la perfección, pudiera un día dejar de funcionar. Así pues, soberanos como Nicéforo Focas y Basilio II se esfuerzan en fijar estrictos límites a la gran propiedad, tanto laica como eclesiástica. A través de su *novella* de 967, que durante mucho tiempo se interpretó erróneamente como un texto favorecedor de los poderosos, Nicéforo trata en realidad de estabilizar la situación de una vez por todas: en lo sucesivo, los poderosos no podrán adquirir más que a los poderosos y los débiles no podrán comprar más que a los débiles; al mismo tiempo, este supuesto amigo de la aristocracia territorial esgrime contra ella una inaudita amenaza jurídica puesto que cualquiera que «sembrara el desconcierto entre los débiles» podía ver confiscados hasta sus bienes patrimoniales. Por su parte. Basilio II, en 996, reafirma vigorosamente la política que llevó a cabo Romano Lecapeno: los poderosos no podrán conservar, con pruebas fehacientes, más que las adquisiciones hechas an-

tes del mandato de este último, sin poder, en lo sucesivo, invocar ninguna prescripción en favor de sus compras fraudulentas; una precisión interesante es que el emperador subraya que los campesinos están amenazados no solo por los poderosos propiamente dichos, sino también por los «débiles convertidos en poderosos», como el campesino Filocalis, auténtico tirano aldeano, cuyas construcciones hace derribar. En cuanto a los poderosos eclesiásticos, también se refiere Nicéforo Focas a la política de Lecapeno en su célebre novela de 964: al comprobar la «evidente pasión por adquirir» que domina a los monasterios, el emperador traza un elocuente cuadro de estos dominios monásticos compuestos «de innumerables arpendes de tierra, de construcciones dispendiosas, de manadas de caballos, bueyes, camellos, y otros animales en un número aún mayor», y prohíbe formalmente hacerles a partir de ahora donaciones de tierras, pues, al no tener los monjes medios para cultivarlas, no conducen más que a multiplicar los eriales. Solo se autorizan las donaciones en metálico y herramientas de cultivo que permitan, por el contrario, revalorizar los dominios monásticos, muy a menudo sin cultivar. En 996, Basilio II completaba esta medida prohibiendo a los monasterios sumar a sus posesiones los oratorios piadosos fundados por los exploradores separados del núcleo comunal. Por último, hacia el año 1000, Basilio no se contenta ya con este simple *statu quo*: a través del sistema del *allelengyon*, perjudica incluso los intereses adquiridos por los poderosos obligándoles a pagar los impuestos de los campesinos poco agraciados económicamente.

Nicéforo Focas escribía al final de su *novella* de 964: «Sé bien que, al promulgar estos consejos y reglamentos, la mayoría puede pensar que dicto cosas insoportables y contrarias a su opinión; pero no me preocupo por ellos pues, como Pablo, no es mi deseo complacer a los hombres, sino a Dios». La oposición debió ser, en efecto, muy fuerte: así, Zimisces, que había

tomado el poder en 969 asesinando a su predecesor, tuvo que revocar temporalmente las disposiciones de 964. En lo referente a los poderosos laicos, consiguieron, tras la muerte de Basilio II, que Romano Argiro suprimiera el *allelengyon*. Pero esto no significa que la lucha contra los poderosos cesara, aun cuando no se den ya nuevas disposiciones legales: todavía en 1057-1059, Isaac Comneno hizo confiscar, para reorganizar el ejército, importantes bienes monásticos, volviendo a emprender así la lucha contra los monjes que «estaban ebrios de una rapacidad que había alcanzado el nivel de la pasión». No obstante, la labor no es ya tan persistente, y largos períodos de abandono permitieron a los grandes propietarios hacer nuevos progresos. Esto fue sin duda lo que ocurrió entre 1025 y 1056, y con más seguridad aún bajo el reinado de Constantino X Ducas (1059-1067), «desmesuradamente amigo de los monjes», según Ataleiatés. Se comprueba así la fragilidad de una política puramente represiva, que admite como un postulado la indiscutible autoridad del Estado, y que, mientras vejaba a los poderosos, apenas había dado a los campesinos nuevas defensas.

La población campesina no solo pierde poco a poco el control de una parte del suelo, sino que, consecuentemente, su estatuto personal aparece ya amenazado, aun cuando, en estricto sentido jurídico, el campesino bizantino debía ser un hombre libre hasta los más extremos confines del imperio. Incluso las categorías mejor protegidas, como la de los *stratiotas*, tienden a ser eliminadas: desde la época de Nicéforo Focas, la *strateia* es definitivamente transformada en una mera obligación fiscal, lo que implica una creciente confusión entre los *stratiotas* y los campesinos corrientes, hasta el punto de que el *stratiota* posee a la vez, con cierta frecuencia, bienes estratióticos y tierras de derecho común. Como además el sistema se revela cada vez más ineficaz, Constantino Monomaco (1042-1055) acabará por autorizar a los *stratiotas* liberarse de sus obligaciones mediante

la entrega de una suma a tanto alzado. En lo que respecta a los *demosiarios,* su apartamiento de la comunidad les hace aún más vulnerables: desde 974, dos documentos de Zimisces prueban que los poderosos, ávidos de brazos para cultivar sus dominios en expansión, no dudan en atraerlos a sus tierras en calidad de *parecos*. Es fácil suponer, en estas condiciones, la poca resistencia que podía oponer a estas tentaciones el simple campesino libre, a quien no protegía ya la abatida comunidad y que tampoco podía valerse de ningún vínculo especial con el Estado: forzado a vender o a abandonar su tierra, acribillado de deudas para con los poderosos vecinos o para con el *chorion,* no podía más que ver con buenos ojos la oferta que se le hacía de ir a instalarse en una tierra donde tendría oportunidad de volver a partir sobre nuevas bases. Por otra parte, el Estado se preocupa prioritariamente de la defensa de los que dependían directamente de él, los *stratiotas* y, sobre todo, los *demosiarios*; los mencionados documentos de Zimisces ordenan, en 974, «restituir a los *demosiarios* en su condición», en el caso de que los monasterios les hubieran acaparado y, volviendo a hacer uso de un documento del Porfirogénito, una crisobula de Constantino X prohíbe todavía, en junio de 1060, transformar en parecos a los «*stratiotas, demosiarios* y exentos de la posta». En cuanto a los demás, campesinos que se han quedado sin tierra y a los que en lo sucesivo se designará como «libres y no sometidos al fisco», todo lo más se puede tratar de moderar el movimiento que les lleva a instalarse en las grandes propiedades. De este modo, en 1044, Monomaco limita a 24 el número de parecos de que podrá proveerse el monasterio de la Nea Moni, en la isla de Quíos y, en el citado documento 1060, Constantino Ducas prohíbe a los monjes de Lavra sobrepasar el número de 100 parecos. Aún en 1079, Nicéforo III Botaniatés concede 100 parecos a Lavra, pero a condición de que sean escogidos entre la descendencia de los que el monasterio posee ya.

Estas grandes propiedades que crecen, de manera decisiva, en tierras y en hombres, sobre todo después de 1025, y en primer lugar los dominios eclesiásticos, tratan además de obtener exenciones. Hasta el siglo XI, el gobierno lo consiente, pero son exenciones puramente fiscales y de carácter excepcional. Bajo el mandato de Constantino Monomaco surge un movimiento más peligroso: en 1045, Constantino concede a la Nea Moni la exención judicial, prohibiendo a los agentes del Estado acceder a los bienes del monasterio. En la segunda mitad del siglo, un tipo de exención más amplio, a la vez fiscal y judicial, toma el nombre de *exkusseia*, aunque hay que advertir que no alcanza nunca el dominio administrativo y se considera siempre como un simple privilegio. Tal es el sentido de la crisobula por la que, en 1079, Nicéforo III garantiza al monasterio de Iviron (Monte Athos) que no dependerá más que del tribunal del duque de Tesalónica. En la misma época, algunos laicos, sobre todo cuando acaban de instalar parecos en sus dominios, consiguen obtener exenciones, pero en muy contadas ocasiones y menos amplias que las que se dispensan a los monasterios. En cambio, los laicos tienen otra ventaja: a través del sistema de la *charistiké*, los bienes de la Iglesia subexplotados y echados a perder pueden serles confiscados, corriendo a cargo de los laicos el revalorizarlos, lo que el patriarca Sergio II considera aún en 1016 como muy recomendable. Sin embargo, desde 1027, se comienza a protestar contra el abuso de la *charistiké* y, en 1071, un sínodo reacciona contra la costumbre adoptada de confiar a los laicos bienes de la Iglesia realmente productivos.

Si nos situamos hacia 1070, conviene no dejarnos llevar por el catastrofismo: hay que repetir que el campesinado bizantino sigue estando compuesto de hombres libres, a excepción de los esclavos, no habituales en los campos, y que los parecos gozan de un muy amplio derecho de posesión sobre las tierras que cultivan. En ciertos aspectos, el Estado incluso se dota, a medi-

da que se disgrega el *chorion*, de medios de control más directos sobre la tierra y los hombres, en particular gracias a la institución de los *demosiarios*. Sea como sea, hasta la segunda mitad del siglo XI este control sigue siendo efectivo, como lo muestra la reducción del número de parecos. Pero la sed de tierras y de brazos, continuamente avivada por la creciente rentabilidad de la agricultura, hace inevitable, a partir de entonces, el triunfo de la gran propiedad sobre un campesinado privado de los viejos marcos comunitarios, a poco que se debilite seriamente este control. Esto ocurre en el tiempo, después de 1040. Pero, en el espacio, era ya muy desigual en el siglo X: en las provincias más alejadas de la capital, y sobre todo Anatolia era incluso absolutamente teórico. Este hecho explica la indignación con la que, en 996, Basilio 11 comprueba que grandes familias como los Focas y los Maleïnoi poseen, desde hace un siglo, bienes mal adquiridos. Las confiscaciones masivas, como la de las tierras de los Maleïnoi por este mismo emperador en 1001, solo podían ser llamadas al orden brutales pero sin continuidad. En resumidas cuentas, es cierto que un grave desequilibrio económico y social se concreta en el conjunto del imperio, cuya vulnerabilidad general llega a ser verdaderamente preocupante en su parte asiática.

Un artesanado vivificado

En el contexto rural, el papel de las ciudades ha sido muy a menudo mal comprendido porque ha sido sobrestimado. Aunque la civilización bizantina es, en una gran medida, indiscutiblemente urbana, no cabe duda que las ciudades tienen un peso muy modesto en relación al de los campos.

Si nos atenemos a los textos, incluso sería difícil de definir en Bizancio una economía específicamente urbana. De hecho, no hay casi ninguna actividad económica que no se pueda localizar, al mismo tiempo, en la ciudad y en el campo. Este es el caso de la metalurgia, y especialmente de las herrerías, disemina-

das un poco por todas partes, cerca de las fuentes de metal, siempre modestas pero sin duda más numerosas que lo que suele pensarse. Por los campos circulan pequeños herreros ambulantes «corredores de aldeas» (*koindromoi*), que fabrican y reparan los instrumentos aratorios. Los grandes dominios, laicos o eclesiásticos, poseían también un personal de este tipo: la vida de Atanasio de Athos, fundador de Lavra, menciona la existencia en el monasterio de un monje herrero.

Por lo demás, se sabe que el Porfirogénito habla de la fabricación de escudos y lanzas en los *themas* de Hélade, de Nicópolis y del Peloponeso. Lo mismo se podría decir de la industria textil, de la cerámica y de la vidriería, pero es evidentemente imposible determinar la importancia relativa de la ciudad y del campo en estos diferentes ámbitos. Sin embargo, lo que parece nuevo en los siglos X y XI es una evidente acentuación del papel manufacturero de las ciudades que, en el mismo tiempo, tienen también tendencia a especializarse en producciones más definidas. La arqueología muestra que es la época en que culmina la actividad metalúrgica de Corinto, donde la producción está entonces muy diversificada: instrumentos aratorios, equipo marítimo (anclas), cerrajería (llaves de hierro y de bronce), armería (puñales, puntas de lanzas datables a mediados del siglo XI), pero también un surtido de instrumentos quirúrgicos de una notable finura. En la misma época, Querson, en Crimea, produjo un rico conjunto de crisoles que permitían colar garfios, clavos, pernos, picos, podaderas, anzuelos, agujas, ollas, etc. Sin duda, es evidente en Pérgamo, que producía principalmente flechas de hierro, aunque la fecha de los estratos no pueda concretarse exactamente. Tanto en este como en otros terrenos, es irritante no poder decir nada de Constantinopla, donde cualquier prospección arqueológica seria es imposible y donde, como se sabe, los reglamentos de seguridad prohibían el ejercicio de oficios relacionados con el fuego en el interior de las

murallas. Sin embargo, es algo arriesgado pensar que la metalurgia se practicaba en las afueras de la ciudad. En todo caso, se sabe que en Constantinopla había cerrajeros ya que, en 969, Zimisces recurrió a ellos para que hicieran el molde en cera de las llaves de la cámara de Nicéforo Focas, y la capital era evidentemente el mayor centro de orfebrería del imperio. Su apogeo se sitúa en el siglo XI, en que la técnica del esmalte tabicado alcanza su perfección, como ponen de manifiesto las piezas conservadas en el tesoro de San Marcos de Venecia y la Corona Santa de Hungría, cuyos elementos datan de los reinados de Constantino Monomaco y de Miguel VII.

Una concentración semejante se observa respecto a la cerámica. La extraordinaria producción en pasta fina, policromada y barnizada, que llega a su apogeo en Constantinopla en el siglo X, se propaga entonces por todo el imperio, desde Preslav hasta Atenas y Corinto, sin hacer desaparecer jamás la importante alfarería común, de tonos ocres, utilizada sobre todo en la cocina, que era muy conocida en Corinto pero que debía fabricarse en todas partes. Sin embargo, a mediados del siglo X, se observa una evolución divergente: mientras que la producción constantinopolitana se hace cada vez más corriente, Corinto fabrica ahora una cerámica de pasta más fina, a base de arcilla blanca, y adornada de relieves modelados. Progresos parecidos son notables en Atenas y en Esparta, mientras que Tesalónica se convierte en el principal centro de la cerámica de arcilla roja, que continúa dominando. En el siglo XII, la cerámica de Constantinopla experimentará una profunda decadencia y la capital comenzará a importar cada vez más cerámica provincial. En cuanto a la industria textil, que es en Bizancio, como en todo el mundo medieval, la industria esencial, experimenta una importante mutación en el siglo XI: a las materias conocidas desde la antigüedad (lana, lino y seda), se añade ahora el algodón, trabajado sobre todo en Dalmacia y en el Peloponeso. Aunque mu-

chos tejidos se producen en el marco doméstico, las ciudades se convierten en verdaderos centros industriales. Constantinopla trabaja sobre todo la seda, tanto en sus talleres imperiales como privados, y esto mismo ocurre en Grecia, Esparta, Corinto y, principalmente, en Tebas. El textil implica el desarrollo de la tintorería, que Eustaquio el Romano considera, en el siglo XI, como un oficio independiente: este sucio oficio es ejercido a menudo por los judíos, como en el caso de Corinto, donde se encontró el epitafio de un tintorero llamado Eliacino.

Estos datos sugieren un mayor crecimiento urbano en Europa que en Asia, aun teniendo en cuenta nuestra documentación, mucho menos abundante en relación a esta última. Cronológicamente, muestran que el impulso decisivo se sitúa entre 960 y 1070, y la función de producción, que constituye un indicio seguro, es también sin duda más la consecuencia que la causa. En efecto, como veremos, la ciudad bizantina seguirá siendo siempre y ante todo, y esta es una de sus principales debilidades, un lugar de intercambio: también es menester ver en el dominio del mar, que Bizancio vuelve a encontrar a la sazón, una de las principales fuentes de su desarrollo urbano. Esta creciente importancia del mar desempeñó ciertamente un importante papel al volver a centrarse el mundo bizantino en la cuenca egea, en el mismo momento en que el viejo tráfico de las caravanas, que afectaba sobre todo a Anatolia, apenas parece haberse reactivado, salvo, sin duda en el eje armenio, tras el final de las invasiones turcas. Sin duda, no se debía solo a razones de mayor proximidad, el hecho de que los mercaderes italianos, amalfitianos y venecianos se dirigieran principalmente, en los siglos X y xi, hacia Constantinopla y los puertos tesalios y epirotas que dan acceso a Grecia.

La ciudad inmóvil

Sin embargo, este desarrollo urbano no revoluciona en absoluto las estructuras del imperio. En primer lugar, el tejido ur-

bano sigue siendo notablemente estable. Numerosas causas, y principalmente el desplazamiento de determinados ejes comerciales y estratégicos, pueden explicar la desaparición de las ciudades o el desarrollo de nuevos centros, pero tanto lo uno como lo otro es poco frecuente. Es así como Filipópolis, en Macedonia, decae después de 965, fecha en la que Nicéforo Focas fortifica la ciudad por última vez, mientras que en Albania la ciudad de Deabolis se desarrolla en la nueva ruta de Macedonia, incluso cuando declinan las etapas de la vieja Vía Egnatia. Sin embargo, en general, la red urbana del siglo XI es casi la misma que la del siglo V. Observemos, no obstante, que nuestra época se caracteriza por una mutación de la importancia relativa de las ciudades: sin duda, es imposible decir si la reforma del sistema *themático* es la causa o la consecuencia de esta mutación, pero es cierto que acompaña a los movimientos de desarrollo o de reflujo urbanos. En particular, el fraccionamiento de los grandes *themas* puede implicar una pérdida de importancia de sus antiguas capitales, mientras que otros centros, incluso antiguos, que vivían a su sombra, cobran una nueva importancia y hasta pueden destacar sobre ellas. Esta redistribución de las funciones urbanas es general en el imperio pero, mientras que la catástrofe de 1071 le impone un freno en Asia, prosigue en Europa hasta finales del siglo XIII.

La estabilidad global se ve acentuada por las dimensiones generalmente modestas de las ciudades bizantinas. De hecho, la curva demográfica ascendente no debe ocultar que el imperio solo cuenta con una ciudad muy grande, Constantinopla, y además parece ser cierto que, incluso en el siglo XI, la capital no contó nunca con más de 400 000 habitantes. Por otra parte, ciudades como Tesalónica o Melitene, que pudieron haber sobrepasado los 60 000 habitantes, estaban consideradas como centros muy grandes, y algunos miles de hombres podían bastar para dar el nombre de ciudad a lo que nosotros considera-

ríamos como una villa grande. Mientras que la remisión de las epidemias permite a las ciudades asegurarse un cierto crecimiento natural, mientras que el éxodo rural se intensifica indiscutiblemente, la existencia de un número muy grande de centros urbanos rivales explica, sin duda, la modestia general de su crecimiento. Esta mediocridad es, por otra parte, generadora de una gran fuerza, pues es una prueba de la mejor armonía entre las ciudades y los campos, en el mismo momento en que el mundo musulmán vecino contempla el desarrollo de enormes metrópolis que acaban con las otras ciudades y los distritos rurales. Ciertamente, esto no quiere decir que no hubiera mutaciones en las relaciones entre las ciudades y los campos. La seguridad, vuelta a encontrar a partir del siglo IX, había incitado a los grandes propietarios de tierras a establecer su residencia en la ciudad, aunque conservando un estrecho contacto con sus dominios. Las ciudades bizantinas, integradas por habitantes que, incluso intramuros, vivían principalmente de los recursos de la tierra, a las órdenes de una clase superior profundamente rural, estaban más determinadas por sus campos que viceversa. En los siglos X y XI, se esboza, con toda seguridad, un movimiento inverso: mientras que la vieja aristocracia ha adquirido definitivamente una mentalidad urbana y se ha vigorizado por el ejercicio de las funciones del Estado, una nueva capa social, que debe todo a estos últimos y no tiene al principio ningún dominio sobre la tierra, se desarrolla tanto en la capital como en la provincia. Estos dos elementos, que el juego de las alianzas y la complicidad social unen ya íntimamente en el siglo XI, son a partir de ahora el principal medio de acción por el que la ciudad trata de imponerse al medio rural. Hay todavía allí un germen de desequilibrio que, por el momento, la multiplicidad de los centros urbanos impide que se agrave demasiado, en la medida en que las zonas de influencia de cada uno están necesariamente muy unidas, al menos en Europa y en el contorno

egeo. La red menos densa de las ciudades anatolias les permite, sin embargo, dominar distritos más amplios y, por tanto, la posibilidad de obtener dominios más grandes.

No obstante, las ciudades bizantinas siguen siendo solo los puntos de aplicación locales del cuerpo central, laico y eclesiástico; no son la sede de ninguna institución autónoma que pueda transformarse en municipio o ser confiscada por los ciudadanos más poderosos. El ejercicio de las funciones del Estado da a algunos un gran peso social, pero están tan diversificadas y son tan rivales, sobre todo después de la renivelación llevada a cabo en favor de las funciones civiles, que nadie puede verdaderamente asegurarse una posición hegemónica en un centro urbano. Sin embargo, las riquezas territoriales y las funciones públicas son buenos medios para reunir alrededor de sí clientelas difusas que esperan fundamentalmente de los poderosos una protección (*prostasia*) contra las exigencias fiscales del Estado, que se hacen cada vez más apremiantes, sobre todo a partir del reinado de Constantino X, que generaliza el sistema de impuestos arrendados. Alrededor de las notabilidades locales (tal es el sentido, muy vago, del término *archonte*) se organizan grupos de «servidores» (*hyperetai*) que los poderosos llegan incluso a llamar sus «hombres» y que les da, según los términos de Kekaumenos, una gran «influencia sobre la población de la provincia». La autoridad del Estado no es, en verdad, repudiada nunca, pero en lugar de aplicarse directamente al conjunto de la población está cada vez más mediatizada por los grupos que hacen de pantalla. El riesgo de verles transformarse en organismos de autodefensa e incluso de autogestión es grande, ante la creciente incapacidad del poder para velar por la administración y la seguridad.

Los gérmenes de tal evolución se inscriben en el propio tejido urbano: las iglesias y los ricos, a través de las fundaciones privadas, que se hacen muy numerosas en el siglo XI y a cuyo

alrededor se organizan barrios de tiendas, talleres, hospitales, edificios de viviendas, todo ello frecuentemente dotado de exenciones, despojan a las ciudades de lo que les quedaba de la antigua unidad y las transforman en cuerpos polinucleares en que cada elemento goza de un estatuto diferente y puede corresponder al punto de reagrupamiento de una clientela, lo que hace la administración general de la ciudad muy problemática. Ciertamente, esta evolución, que se basa en el crecimiento demográfico, contribuye a la reconquista de espacios urbanos a menudo abandonados desde la Baja Antigüedad: así, el ágora de Corinto es vuelta a ocupar, entre los siglos IX y XII, por un conjunto de capillas y monasterios a cuyo alrededor gravitan casas y tenderetes. ¿Pero cómo no ver que estos núcleos habitados, fijadores de los patrimonios territoriales, tan atractivos por la frecuente presencia de instituciones asistenciales, amenazan con hacer al Estado incapaz de dominar el espacio urbano, en el mismo momento en que pierde el control del campo?

Hacia 1070, la dominación de la aristocracia sobre las ciudades no es una fatalidad, ya que ha nacido una clase mercantil cuyo fracaso no está tampoco inscrito en los hechos. Pero, aquí todavía, todo puede dislocarse si la capacidad de intervención del Estado se debilita de una manera decisiva.

Circulación del oro y rentas pagadas por el Estado

A menudo se han apreciado mal las actividades «terciarias» en Bizancio. El uso poco crítico de fuentes literarias que emanan casi siempre de las clases superiores y de la Iglesia establecida impone, en general, la imagen de una sociedad donde, a excepción del trabajo de la tierra y del ejercicio de las funciones eclesiásticas o de Estado, nadie puede ganar dinero sin ensuciarse. En efecto, es de buen tono menospreciar los «oficios técnicos» y un Psellos, en el siglo XI, mira con altivez lo que él llama «la gente del ágora». Un poco después. Kekaumenos llega incluso a desaconsejar formalmente prestar dinero para una in-

versión comercial, subrayando que es el mejor medio para hacerse enemigos de sus amigos y arriesgarse peligrosamente, además, a no recuperarlo nunca. Sin embargo, más allá de estas actitudes de principio, la legitimidad del trabajo y de su justa retribución apenas es puesta en duda. El *Libro del Eparca* ya prohibía a determinados patrones ligar a sus obreros por contratos demasiado largos que les impidieran encontrar un empleo mejor, y reconocía a los obreros abocados al desempleo el derecho de romper el contrato pendiente. El mismo Psellos, en su *Vida de san Auxence*, pone en escena a obreros que, «al llegar el tiempo del paro, cerraron sus talleres», hecho en sí escandaloso ya que el santo, conmovido, se dedica por sí mismo a volverles a dar trabajo. Por su parte, la emperatriz Irene Ducaina, madre de Ana Comneno, aconsejaba a los pobres buscar trabajo.

No obstante, el negocio no es un trabajo como los demás, ya que, visto de una manera superficial, consiste en ganar dinero por el único cauce del dinero, lo que lleva a menudo a confundirlo con la usura, que la religión cristiana condena inapelablemente. Ahora bien, se comprueba que, en la práctica, el préstamo con interés debía estar muy generalizado: Kekaumenos no aconsejaría evitarlo de una manera tan insistente si no hubiera sido una actividad común e incluso codiciada. Por lo demás, el propio derecho la autorizaba. El código justinianeo, cuyas disposiciones sobre la materia no parecen haber sido abrogadas, fijaba las tasas de interés en un 4 por 100 para los «ilustres», en un 6 por 100 para los simples particulares, en un 8 por 100 para los comerciantes y en un 12 por 100 para los contratos de préstamo marítimo, particularmente arriesgados. Estas inversiones quedan reflejadas, en el siglo XI, en el tratado de jurisprudencia de Eustaquio el Romano, la *Peira*, que muestra que, cuando se dispone de dinero líquido, no se invierte solo en la tierra: frecuentemente, se invierte también en bienes inmuebles

(edificios de viviendas, tiendas, talleres), en el comercio, y en empresas marítimas que, en contrapartida al riesgo corrido, tienen un gran rendimiento. El hecho es tanto más normal en cuanto que el propio Estado, a través del sistema de la venalidad de los cargos y los honores, favorece, en su provecho, las inversiones de los capitales privados. En efecto, todas las dignidades y todos los oficios pueden comprarse, mediante sumas que están en proporción con su importancia, y su detentación da derecho a una renta (*rhoga*) anual y vitalicia, a su vez proporcional a la inversión. La *Peira* nos informa de que el tipo de interés normal de inversión era, en relación a una libra (72 *nomismata*) de capital, de 6 *nomismata* al año, o sea un 8,33 por 100, pero el futuro rentista podía invertir siempre una suma superior a la que necesitaba su cargo, lo que le permitía obtener una renta mayor, ya que el capital supernumerario implicaba un interés más elevado: una libra puede entonces proporcionar hasta 7 *nomismata*, o sea 9,72 por 100. Más allá del aspecto honorífico de las dignidades, tras el ejercicio, frecuentemente teórico, de funciones a veces fantasmas, la institución de los *rhogai* da cuenta, pues, de la existencia de una auténtica renta pagada por el Estado, sutilmente incitativa, ya que, para absorber los capitales privados, recurre tanto a la sed de vanagloria como al deseo de invertir el dinero en las mejores condiciones de seguridad. Ahora bien, es cierto que el poderoso imperio del siglo XI daba, a este respecto, todas las seguridades deseables. Por otra parte, es este factor de seguridad el que permitía al Estado absorber el ahorro al no permitir más que intereses relativamente moderados: entre personas privadas los tipos de intereses aplicados debían ser más elevados, pero los riesgos, al ser mayores, a menudo inclinaban a preferir estas «inversiones de padre de familia» que constituían las rentas del Estado. En todo caso, es cierto que la ignorancia de este sistema impide comprender la opulencia de un tesoro que, a pesar de decenios de guerras con-

tinuadas, podía ser evaluado, a la muerte de Basilio II, en 1025, en la enorme suma de 200 000 libras. Pero no es menos evidente que, al cimentarse totalmente en la confianza de los ahorradores, todo el edificio se puede derrumbar si se ponen en duda los destinos del imperio.

La existencia de la renta pagada por el Estado y la avidez con la que se trata de asegurársela prueban, en todo caso, que los capitales son abundantes y que el dinero circula. Según parece, la acumulación de riquezas nunca fue más escasa que en el siglo XI. Algunos textos, y sobre todo la hagiografía, prueban, por otra parte, que la circulación monetaria alcanzaba provincias a veces muy lejanas, que los campesinos podían ser retribuidos en moneda para llevar a cabo determinados trabajos (acarreos, construcción de edificios), que sus mujeres hilaban y tejían para incrementar los recursos familiares, y sobre todo que, en los mercados de las ciudades, los productos del campo se intercambiaban, ya sea por dinero, ya sea por mercancías manufacturadas. En los mismos campos, la existencia de ferias rurales da buena prueba de que el campesinado participa en determinadas actividades comerciales. Kekaumenos aconseja a los funcionarios locales organizar estas ferias en lugares apartados de las ciudades, y Ana Comneno menciona las celebradas a final del siglo en los parajes de Dyrrachium y Aulón. Los monasterios debían ser lugares predilectos para este tipo de mercados donde afluía la muchedumbre de peregrinos: este es el caso, a finales del siglo XI, del monasterio de Backovo, en Bulgaria. Por otra parte, estas ferias no solo veían concentrarse pequeños productores locales, sino negociantes procedentes «de todas las regiones», en busca de mejores precios, que llevaban a veces consigo considerables sumas de dinero que podían alcanzar hasta los 1000 *nomismata*. Este era el caso de aquellos comerciantes que, según el *Libro del Eparca*, penetraban profundamente en Asia Menor para comprar ganado. En lo referente a

las grandes ferias urbanas, las de Efeso y sobre todo las de Tesalónica, no solo veían afluir comerciantes griegos llegados de todas las provincias imperiales, desde el sur del Peloponeso (Monenvasia) hasta la Anatolia oriental (Cilicia), sino que atraían también una gran multitud de negociantes extranjeros, lo que se hará notar todavía en el siglo XII: en el mundo cristiano de esta época, son las únicas ferias de nivel internacional. Toda esta jerarquía de mercados prueba, pues, que una economía de intercambios irriga el conjunto del imperio, con importantes rasgos locales, por supuesto, y que estos circuitos interiores, muy lejos de estar cerrados sobre sí mismos, están relativamente bien comunicados con el mercado internacional, ya sea a través de las ferias, ya sea merced al eminente papel que desempeña la plaza de Constantinopla. Esta comprobación debe permitir rectificar, en favor de los intercambios internos, la imagen clásica de un imperio donde las actividades comerciales al por mayor se resumirían en los grandes intercambios internacionales.

Los espectros de la desvalorización

La historia monetaria de los siglos X-XI confirma, por otra parte, esta notable floración de intercambios. A decir verdad, hasta una época reciente, la tesis comúnmente sostenida era la de una grave crisis que habría comenzado bajo el mandato de Nicéforo Focas, se habría precisado en los años 1040 y habría desembocado en una verdadera catástrofe en la segunda mitad del siglo XI: en un centenar de años, la moneda bizantina, hasta entonces patrón del mundo mediterráneo, habría perdido a la vez peso y ley, dando así testimonio de dificultades de tesorería cada vez más graves. Este esquema es menester ponerlo completamente en cuestión hoy en día.

Skylitzés y Zonaras cuentan cómo Nicéforo Focas habría «inventado» una nueva moneda, el *tetarteron*, menos fuerte que el *nomisma*, y que habría querido imponerla en lugar de este úl-

timo, innovación que conducía incluso a un auténtico robo organizado, ya que el emperador, aunque efectuaba los pagos del Estado en moneda devaluada, continuaba exigiendo el pago del impuesto en moneda fuerte. De hecho, resulta ahora que no se trataba en absoluto de establecer una doble circulación de las monedas de oro. Nicéforo tenía como objetivo, aunque parezca imposible, la completa sustitución de los nomismas antiguos (*hexagia, histamena*) por nuevos sueldos cuya ley no era, por otra parte, más que ligeramente más baja (22 quilates en lugar de 24). En primer lugar, esta reforma se inscribe en un contexto internacional preciso: mientras que se aceleran en gran medida los intercambios, el extremado peso del nomisma, sobre todo en relación al dinar, tenía como consecuencia un intolerable encarecimiento de los productos bizantinos; no es pues un azar el hecho de que la reforma de Focas creara una moneda comparable en peso al dinar fâtimí. Pero fue sobre todo la preocupación por el mercado interior lo que sin duda inspiró al emperador: frente a una creciente aceleración de los intercambios, en tanto que los recursos mineros del imperio apenas bastaban para compensar las pérdidas por desgaste y mientras que, en esta economía abierta, las ventajas sobre el extranjero no sobrepasaban sin duda la huida más allá de las fronteras de monedas superapreciadas, toda la maquinaria estaba en peligro de agarrotarse por falta de metales preciosos. Ciertamente, el oro no es una moneda comercial en sí misma, pero, en este sistema bimetalista donde cada nomisma vale 12 miliaresion de plata, es a fin de cuentas el número de monedas de oro el que determina el de las monedas de plata que son la base de las transacciones internas y externas. En consecuencia, poner en circulación monedas de oro de menor peso, aunque conservando el mismo valor nominal, equivale a acrecentar considerablemente la circulación de dinero sin aumentar el volumen de oro amonedado, lo que debe dar, a medio plazo, una nueva agilidad a los inter-

cambios. Desgraciadamente, la reforma de Focas fue incomprendida o saboteada: en lugar de intercambiar la moneda, se atesoran las monedas antiguas, lo que implica una disminución de la actividad comercial, una escasez de mercancías, un alza de los precios interiores y un descontento general que no fue en verdad ajeno a la brutal caída del emperador en 969. Esta frustrada reforma dejó además huellas duramente negativas, pues los sucesores de Focas dejaron subsistir la doble circulación de nomismata y de tetartera, considerados desde principios del siglo XI como sueldos depreciados, lo que permite todo tipo de combinaciones y de privilegios. De este modo, ya en el reino de Romano Argiro, el monasterio de Iviron en el Monte Athos logra pagar sus contribuciones, mitad en histamena, mitad en tetartera. Subsistían así todos los males que la reforma debía hacer desaparecer: falta de dinero en metálico, carestía de la vida, mala competitividad y evasión del oro, a los que se añadía ahora un desorden en el mercado monetario.

Estas dificultades explican la nueva política monetaria puesta en práctica en los años 1040, bajo el reinado de Constantino IX Monomaco. Esta vez, no se trata ya de alterar el peso de las monedas; es su proporción de metal precioso lo que disminuirá progresivamente. Qué duda cabe de que no era una novedad, pues algunas monedas de Basilio II habían rebajado su proporción al 87 por 100, pero, a partir de ahora, es un procedimiento constante y sistemático: desde el final del mandato de Monomaco, las proporciones giran en torno al 81 por 100. Además, mientras que la aleación solo constaba en principio de plata, se tiene cada vez más la tendencia a añadirle cobre: de este modo algunos tetartera no contienen más que un 72 por 100 de oro, mientras que el resto está constituido por un 24 por 100 de plata y un 4 por 100 de cobre. Por último, esta devaluación del oro va esta vez acompañada de una devaluación de la plata, ciertamente más lenta, pero que, sin duda alguna, estaba

destinada a mantener la relación entre los dos metales, y también a restringir la salida de esta moneda hacia el extranjero, especialmente hacia el mundo musulmán donde el déficit de plata se hizo endémico desde el siglo X.

Ahora bien, hay que subrayar que esta devaluación no corresponde a una crisis de tesorería, que no estará verdaderamente atestiguada hasta después de 1070, bajo el mandato de Miguel VII y sobre todo de Nicéforo III Botaniatés. Ya que el volumen de sueldos en circulación parece ser que permaneció estable, los precios no daban la impresión de haber aumentado notablemente y la rapidez de circulación apenas había sido modificada, la pérdida del 20 por 100 del peso en oro no puede explicarse más que por un aumento del volumen de las transacciones que sería, por término medio, del 0,5 por 100 al año. La prueba de lo que decimos puede hallarse en la creciente producción y circulación de moneda fraccionaria, los *pholleis*; no solo se comprueba que su circulación es diez veces más importante, en Corinto, en el siglo XI que en el IX, sino que se observa que la demanda de *pholleis* precede a la devaluación del oro, lo que prueba claramente que la activación de los intercambios en la base provocó una creciente necesidad de oro que engendró por sí misma la devaluación. Es evidente, pues, que esta última, lejos de ser el testimonio de una crisis, refleja más bien prosperidad y expansión, a las que la moneda se adaptó y luego contribuyó a sostener: frente a la expansión de los intercambios, querer mantener la ley de la moneda de oro y de la plata no habría podido más que acentuar la carestía de monedas y, en consecuencia, yugular la prosperidad económica. Estas comprobaciones permiten volver a poner en cuestión al menos dos ideas tópicas: lejos de mostrar un olímpico menosprecio por las contingencias, el Estado bizantino sabe dar prueba de un notable pragmatismo y adaptar su acción a los cambios que se experimentan con toda claridad.

Además, Bizancio no es un mundo cerrado y su evolución económica se inscribe, en líneas generales, en los marcos globales de la historia mediterránea: devalúa en el momento en que, por razones semejantes, se deprecian también los denarios de la Italia del norte y las monedas musulmanas.

El comercio y los «nuevos ricos»

La expansión de los intercambios es, pues, indudable entre 950 y 1060, y es preciso comprender quiénes son los responsables: los comerciantes y los empresarios. De hecho, se puede sostener que, si se oye tan poco hablar de ellos, es porque constituyen precisamente una clase en pleno avance, dinámica e incluso agresiva, cuya expansión no puede llevarse a cabo más que en detrimento de la vieja clase dominante cuyo fundamento es el vínculo, en lo sucesivo indisoluble, entre la fortuna territorial y el ejercicio de funciones remuneradoras. Ahora bien, son los miembros de esta clase quienes dominan la cultura y nos han, pues, transmitido casi todos los textos escritos de esta época. Aparte de las recriminaciones, no se puede esperar nada de ellos que ilustre la composición social y el grado de evolución de los que merman gravemente sus privilegios.

Sin embargo, las mismas invectivas de los textos permiten captar la naturaleza de los nuevos medios de promoción. Al describir el curso de la vida del padre del emperador Miguel V, Psellos nos hace saber que este campesino anatolio, tras haber sido artesano calafateador, se convirtió en empresario naval, lo que, de paso, deja adivinar la gran rentabilidad del tráfico marítimo. En cuanto a Kekaumenos, la misma violencia con la que desaconseja la carrera de arrendador de impuestos indica que esta era una manera generalizada de enriquecerse. En líneas generales, el negocio, bajo todas sus formas, es el que engendra esta nueva clase, sin duda numerosa y muy diversificada. Su vigor queda de manifiesto por la importancia otorgada al cuerpo de notarios, que tiene precisamente como misión redactar y va-

lidar todas las escrituras referentes a asuntos de dinero. La vigilancia de la que los notarios son objeto por parte del Estado, la tarificación de sus escrituras, la existencia de escuelas especiales destinadas a su formación y los honores que se le rinden son pruebas suplementarias de la preocupación que el poder tiene por asegurar a estas personas una buena gestión de sus intereses financieros.

Era natural que esta nueva clase aspirara a introducirse en los engranajes del Estado, monopolizados por la vieja clase dirigente. Desde el reinado de León VI, puede verse un viejo chantre de Santa Sofía, enriquecido no se sabe bien cómo, que consiguió comprar por 60 libras el cargo de *protoespatario*. Es evidente, pues, que el sistema de la venalidad de los cargos y de la renta del Estado no podía más que favorecer la integración de los «nuevos ricos» en el mismo aparato del poder y, en consecuencia, en ese verdadero grupo privilegiado que es la clase senatorial. Recordemos que, según la *Peira*, la dignidad de *protoespatario* es precisamente el punto de partida de una carrera senatorial. En efecto, se ven pocas posibilidades de que el Estado hubiera podido rechazar el dinero de estos nuevos ricos que no pedían más que confiárselo. Puede pensarse, pues, que desde el siglo X, un cierto número de elementos «burgueses» se hubiera dedicado a poblar el cuerpo de funcionarios.

Al siglo siguiente, este último, convertido en el medio esencial de promoción, ejerce un empuje tan fuerte hacia arriba que se hace imposible mantener el estancamiento de la clase senatorial. Es muy probable que, desde antes de 1040, los burgueses estén ya integrados: cuando Psellos felicita a Miguel IV por no haber destituido a unos senadores para sustituirlos por otros, revela una práctica corriente y antigua que debió permitir a los burgueses alcanzar a veces esta última promoción. Sin embargo, es Constantino Monomaco (1042-1055) quien da forma definitiva a lo que se puede considerar como una revolución a la

vez social y política: abrió bruscamente el senado al conjunto de hijos de comerciantes y pequeño-burgueses provinciales que, convertidos en funcionarios, constituyeron desde entonces la burguesía de Constantinopla. Esto es lo que hay que comprender cuando Psellos escribe que «abrió las puertas del Senado a casi toda la turba del mercado y de los vagabundos». Y también Psellos subraya involuntariamente que este gesto era ardientemente esperado por la burguesía, como un acto de pura justicia, ya que confiesa que, a continuación de este ascenso, «toda la capital pensó que un príncipe muy liberal estaba al frente de los asuntos públicos».

Desde entonces, se comprenden mejor las luchas por el poder que caracterizan la segunda mitad del siglo. De hecho, la oposición no se sitúa entre las presuntas noblezas civil y militar cuyos intereses estaban estrechamente mezclados en el seno de la vieja clase senatorial. Pone frente a frente lo que Psellos llama el «cuerpo ciudadano» (*politikos genos*) y la vieja clase senatorial (*synkletikos genos*) sostenida por sus aliados militares (*stratiotikos genos*). Ahora bien, en la línea trazada por Monomaco, el poder se sustenta cada vez más claramente sobre la nueva clase. Con Miguel VI el Stratiota (1056-1057), él mismo alto funcionario, se recluta a los altos funcionarios en los despachos, es decir, entre los burgueses constantinopolitanos. El golpe de Estado que, en 1057, lleva al poder al general Isaac Comneno es una reacción desesperada de la vieja clase dirigente: cuando el nuevo *basileus* comienza a reducir a la nada la obra de sus predecesores, Psellos señala que se enajena en seguida e irremediablemente «la muchedumbre del pueblo» (*demotikon plethos*). La caída de Isaac, en 1059, vuelve a poner la burguesía al mando. Es también Psellos quien subraya que «toda la muchedumbre se inclinaba» por Constantino Ducas, que accede entonces al trono y lleva la obra a cabo, acabando de integrar los burgueses a la jerarquía de los honores y los cargos y ha-

ciendo caer definitivamente el muro que aún separaba el «pueblo» y la vieja clase senatorial cuya «separación transformó en amalgama». Esta integración de la burguesía en el Estado no es en verdad ajena al éxito financiero del reinado, que experimenta una nueva prosperidad del Tesoro. Y si esta política, constantemente seguida hasta 1081, se viene abajo ante un nuevo asalto de los militares, es menester decir que la dominación de la «burguesía de los negocios», poco sensible a los problemas de defensa, fue en parte responsable: esta gestión pacífica, indispensable para la expansión de los negocios, suponía que las fronteras imperiales permanecerían indefinidamente indiscutibles, lo que la invasión turca, sobre todo a partir de 1067, vuelve a poner completamente en cuestión. Sin embargo, la catástrofe exterior revela por sí misma la solidez del nuevo sistema sociopolítico. Se recurre a un emperador militar. Romano IV Diógenes, en 1067, pero este ni siquiera considera la posibilidad de apoyar el esfuerzo bélico con una reforma del sistema político, lo que Isaac Comneno había intentado aún en 1057. Su caída, acontecida en 1071, mucho más que la consecuencia de su fracaso militar, es el resultado de una coalición de intereses civiles que dominan después hasta 1081, incluso bajo el mandato de ese emperador de la alta nobleza que era Nicéforo Botaniatés. A continuación corresponderá a los Comnenos comprender que una verdadera política de defensa pasaba por una modificación fundamental de las estructuras administrativas y sociales.

El análisis del comercio exterior del imperio ilustra bien el carácter, a partir de ahora primordial, de los negocios. En el siglo X, el sistema aduanero, interno y externo, está definitivamente a punto y revela la presencia, bien conocida merced a la abundancia de sellos que nos dejaron, de los agentes del Estado, los *comerciarios,* encargados de recaudar el impuesto aduanero (*kommerkion*) en todos los territorios y todas las fronteras del

imperio. Este último, sólidamente situado en la encrucijada de las grandes vías de intercambios que convergen en los estrechos, prueba, durante más de un siglo, que posee los medios capaces de controlar y asegurarse la regulación. Los intereses económicos están cada vez más presentes en las cláusulas de los tratados concertados con el extranjero: en 969, el acuerdo con el emirato de Alepo prevee en sus pormenores la circulación de comerciantes griegos que se dirigen allí desde Antioquía. En cuanto a los tratados con los rusos, y sobre todo el de 971, reglamentan minuciosamente el tráfico que mantienen con Constantinopla: los numerosos ataques rusos a la ciudad, hasta 1043, dan buena prueba de que el cerrojo de los estrechos estaba rigurosamente sostenido por el imperio; por lo demás, la crisis de 1043 es muy significativa, ya que su origen se encuentra en una riña entre mercaderes griegos y rusos en Constantinopla, en el curso de la cual un comerciante de Novgorod había sido matado.

También por el flanco occidental Bizancio sabe imponerse. En primer lugar, el tráfico de sus puertos italianos, sobre todo el de Bari, está lejos de ser desdeñable: los comerciantes de Apulia, miembros del imperio hasta 1071, se dirigen a Constantinopla y hasta Asia Menor; además, las primeras repúblicas marítimas italianas, Amalfi y Venecia, están oficialmente sometidas al imperio y hasta el final del siglo X las colonias que poseen están sometidas a las mismas reglas aduaneras que el resto de los comerciantes del reino. Ahora bien, la administración aduanera, segura de su fuerza, apenas les hace concesiones: antes de 992, los venecianos, entre la entrada y la salida, pagaban hasta 30 nomismata por cargamento. Sin duda, en esta fecha, Venecia obtiene de Basilio II su primer privilegio que reduce la tasa de entrada a 2 nomismata y la de salida a 15, y es la base de su futura expansión, pero las tasas son aún suficientemente elevadas para prohibir cualquier dominación del mercado bizan-

tino por los occidentales. Qué duda cabe que es inquietante ver tantos extranjeros afluir al imperio, mientras que los comerciantes bizantinos, según parece, rara vez atraviesan sus fronteras. De hecho, es algo normal: de igual modo que había puesto en práctica una política exterior de equilibrio y había provocado una revolución sociopolítica en el interior, la idea de un imperio definitivamente dueño de sus destinos, confirmada por la prosperidad general, incitaba a la clase mercantil griega a esperar al cliente antes de ir a buscarlo. El imperio, dueño de los principales circuitos comerciales del Norte y de Oriente, está en una posición de casi-monopolio. Desde su punto de vista, es ya un gran privilegio autorizar a los extranjeros a ir a gastar su dinero en sus mercados. Esta mentalidad pasiva se convertirá, no obstante, en un grave peligro a partir del momento en que el imperio no detente ya todas las llaves del gran comercio. Sin duda, es falso decir que la prosperidad de los intercambios no engendró en Bizancio un verdadero espíritu mercantil. Es más acertado pensar que, contrariamente a la idea tópica, fue la circulación interior, que siempre destacó sobre los intercambios internacionales, la que originó una clase mercantil activa pero de cortas miras, que ni por su índole ni por sus técnicas (pensemos que Bizancio no conocerá nunca un verdadero sistema bancario) podrá competir con los negociantes italianos, mucho más emprendedores.

El último centelleo de la Antigüedad

Psellos confiesa su perplejidad a propósito del reinado de Basilio II. El emperador, escribe,

> … no prestaba atención ni siquiera a los sabios: mostraba un absoluto desprecio por este tipo de gente, los sabios: por esto, no deja de sorprenderme el hecho de que, a pesar de que el emperador menospreciara hasta tal punto el

cultivo de las letras, hubiera en esta época una abundante floración de filósofos y de oradores.

A principios del siglo XII, Ana Comneno alude también a esta aparentemente insoluble paradoja.

Un esfuerzo de aculturación

En general, recordemos que conviene evitar la sobrestimación de la cultura de los bizantinos. Por superior que sea a la de Occidente en esta época, en realidad está centrada en una capa relativamente delgada de la sociedad. La enseñanza media, tal como aparece hacia mediados del siglo X, es una enseñanza tradicionalmente privada y de pago, que solo se destina a una determinada élite social constituida sobre todo por los parientes de los funcionarios y dignatarios de la corte y de la Iglesia; además, este tipo de escuelas se encuentra sobre todo en la capital, mientras que la provincia está completamente privada de ellas. Hacia 940, Abraamio, el futuro Atanasio de Athos, debe abandonar Trebisonda para ir a educarse a Constantinopla. Aunque puedan parecer muy bajas, las cifras que se calculan que alcanzaba la población escolar de Constantinopla, de 200 a 300 alumnos hacia 920-930, nos hacen comprender que eran muy pocos los que podían superar el nivel de los simples rudimentos. Sin embargo, el número de escuelas aumenta, sin duda, hacia mediados del siglo, bajo el reinado del Porfirogénito, y el Estado, sensibilizado por este nuevo fenómeno, experimenta la necesidad de establecer sobre ellas un mínimo de control. Sin duda alguna, las escuelas siguen siendo instituciones privadas, pero se ve aparecer la función de «encargado de las escuelas», que parece haber estado dotada de poderes disciplinarios, mientras que el consentimiento imperial parece haber sido de nuevo necesario para todo nuevo profesor. Tal evolución se explica fácilmente. En una época en que el funcionariado se convierte en el medio principal de promoción, las escuelas medias son las canteras de donde el Estado saca sus futuros agentes, y

es natural que se asegure ciertas garantías sobre la enseñanza que les es dispensada.

Prácticamente no hay ningún dato sobre las escuelas en la segunda mitad del siglo X. A principios del siglo siguiente, se comprueba que su número ha aumentado sensiblemente y que la provincia parece estar ahora mejor provista. Pero, contrariamente a lo que se habría podido suponer, su control por el Estado se ha reducido notablemente. Las escuelas de Constantinopla, las mejor conocidas, son un heterogéneo conjunto de instituciones siempre privadas y de pago, pero cuyos estatutos pueden ser muy diferentes: la escuela de San Pablo es una fundación del Estado financiada por este último, pero los maestros de las escuelas de San Pedro y de la Diakonisa son nombrados por el patriarca. Además, la escuelas están lejos de tener todas el mismo nivel: mientras que la escuela de San Pedro lleva a sus alumnos hasta una enseñanza de tipo universitario, la mayor parte apenas alcanza más allá de la enseñanza de la retórica y de la filosofía, y algunas no dispensan más que cursos de ortografía y gramática. Hay también un hecho inquietante: la escuela de San Pedro, la más prestigiosa, que depende directamente de la Iglesia, no demuestra que el Estado tenga un interés muy grande por la enseñanza.

Este desinterés queda de manifiesto también al nivel de lo que se podría llamar la enseñanza superior: el mismo Porfirogénito había intentado volver a dar brillo a una Universidad que se había adormecido a principios del siglo X. Pero esta enseñanza superior de filosofía, retórica, geometría y astronomía, que tenía más de cenáculo palatino que de Universidad, no tarda en volver a sumirse en su oscuridad, hasta el punto de que se puede incluso pensar que desaparece en la segunda mitad del siglo: cuando Matías de Edesa, fuente ya poco segura, habla de los «filósofos y de los sabios de Constantinopla» bajo el mandato de Zimisces, nada permite afirmar que haga alusión a una

enseñanza superior de tipo público. De hecho, tal como hemos mostrado con el ejemplo de la escuela de San Pedro, es probable que sea en establecimientos privados donde las personas cultivadas del siglo XI hicieran sus estudios. Este tipo de escuelas podía abrirse ahora con toda libertad, y precisamente esto es lo que hace, en 1028, el futuro obispo de Euchaita, Juan Mavropus, uno de los hombres más instruidos de su tiempo: ayudado por diversos maestros (*didaskaloi*) que estaban bajo sus órdenes, dispensaba una enseñanza principalmente oral y destinada a estudiantes avanzados, a menudo incluso ya formando parte de la función pública, y que podían participar a su vez en la enseñanza de los principiantes. Esto es lo que hacía Psellos, sin duda el más brillante alumno de esta escuela de donde salieron también muchos otros grandes nombres de la época como Constantino Licudis, Juan Xifilin o Nicetas de Bizancio. Puede creerse, pues, a Psellos cuando dice, en su elogio fúnebre del patriarca Juan Xifilin, que su época tenía retóricos, juristas y filósofos, pero sin auditorio y sin jefe. Hemos visto hasta qué punto la enseñanza superior estaba desorganizada, pero hay que pensar también que apenas suponía más que un *happy few*, pues la mayor parte de los alumnos apenas iban más allá de la enseñanza media y, por otra parte, contaban con poco estímulo ya que, si hemos de creer a Psellos, los soberanos no mostraban mucho interés por reclutar personas dotadas de una «cultura completa» y, en consecuencia, menos fáciles de manejar.

La «reforma» atribuida a Constantino Monomaco debe ser, en estas condiciones, vuelta a situar en su justa proporción. Las más recientes investigaciones prueban, en primer lugar, que Monomaco nunca creó la alta escuela de filosofía de la que Psellos había sido decano. El título de «cónsul de los filósofos» que ostenta desde los años 1050 hasta alrededor de 1075 le dio tal vez un vago derecho de fiscalización sobre las escuelas de filosofía ya existentes, pero es más probable que se tratase de una

distinción honorífica y absolutamente personal. En lo referente a la historia de la escuela de derecho bajo el mandato de Monomaco, es más interesante, pues es la historia de un fracaso. En el siglo X y a principios del XI, las ciencias jurídicas solo dependían del cuerpo de notarios, que tenía mucha influencia sobre las escuelas donde eran enseñadas; no se sabe siquiera si los profesores, elegidos por los notarios, eran todavía confirmados por el eparca de Constantinopla. En todo caso, el Estado no tenía ningún medio para controlar ni el contenido ni el nivel de la enseñanza dispensada a los que constituían cada vez más su propio armazón, los hijos de la burguesía constantinopolitana. Era esta una situación intolerable y contra la que el emperador quiso reaccionar por medio de una novela, sin duda promulgada en 1047. En lo sucesivo, un «guardián de las leyes» (*nomophylax*), en este caso Juan Xifilin, estaría encargado de enseñar el derecho y de controlar los conocimientos de los estudiantes, a condición de tener un conocimiento teórico y práctico de esta disciplina, pero también de conocer las lenguas griega y latina, y de estar iniciado en otras disciplinas, lo que debía impedir a los juristas caer «en la pura sofística». A partir de ahora, los notarios tienen la obligación de haber seguido esta enseñanza y el nomofilax debe certificar, en el momento de su entrada en los colegios, sus capacidades jurídicas y literarias: quienquiera que contraviniera esta obligación sería expulsado. La reforma tiene, pues, mucho el sentido de un restablecimiento de la situación de las profesiones jurídicas más implicadas en los asuntos y la gestión del Estado. Por esta razón, el emperador promete a los alumnos de la nueva escuela ponerles a la cabeza de las provincias imperiales donde, como se sabe, las funciones civiles precisamente acaban de recobrar un nuevo esplendor. Pero esta reforma estaba abocada al fracaso: no solo el nomofilax es el único que enseña en esto que difícilmente podría llamarse una Facultad, sino que los textos no nos propor-

cionan ningún dato significativo sobre su acción, sin duda porque chocó en seguida con la oposición de los notarios y juristas en activo cuyo saber, en esta época de expansión económica, contaba menos que la eficacia y la experiencia.

Un Estado no puede desinteresarse en este punto de la enseñanza más que si le sustituyen otros en quienes pueda depositar toda la confianza. Conviene recordar que las escuelas privadas eran tradicionalmente laicas en Bizancio y ni siquiera dispensaban enseñanza religiosa, de manera que, al menos hasta mediados del siglo XI, el emperador no teme que la Iglesia, cuya doctrina política bizantina circunscribe celosamente su campo de acción, influya sobre la naturaleza del saber inculcado a sus agentes, y por tanto, a medio plazo, sobre su propia concepción del poder. Sin embargo, el peligro es grande de cara al futuro. Desde el siglo X, numerosos dignatarios eclesiásticos toman escuelas bajo su protección y las subvencionan, y sabemos que en el siglo XI, la escuela de San Pedro, la principal de Constantinopla, depende directamente del patriarcado. Sin duda alguna, el riesgo de clericalización de la cultura y de la administración es aún débil, pues la expansión de la clase media deja a los clérigos pocas oportunidades de ocupar el terreno, aunque cualquier pérdida de dinamismo de la nueva clase dirigente puede dar al clero los medios para infiltrarse en los engranajes del Estado y para imponer allí otra mentalidad.

Además, no se puede comprender el papel que desempeñan las escuelas privadas si no se tienen en cuenta las últimas experiencias del enciclopedismo del siglo X. La obra del Porfirogénito había tenido ya como resultado poner al alcance de todos una serie de síntesis «prácticas» de las que un espíritu medianamente inteligente y cultivado podía hacer un uso casi exclusivo a fin de extraer lecciones de un nivel más que suficiente; su existencia explica sin ninguna duda, al cabo de dos siglos, la multiplicación de escuelas donde maestros apurados, sin una

cualificación especial, podían destilar, a partir de ahora, un saber fácilmente accesible. Estas síntesis eran todavía abundantes e incómodas de manejar. En el siglo XI, la situación será diferente cuando se llegue a la conclusión de que todos los conocimientos considerados como necesarios pueden muy bien estar sintetizados en un solo gran manual donde se presentarán por orden alfabético: esto es precisamente la *Suda*, «compilación de compilaciones», donde el orden del diccionario ofrece a los lectores tanto definiciones sumarias como detalles gramaticales o datos biográficos. En lo sucesivo, bastará saber leer y hablar para hacer de profesor, provisto de este único manual que representa el grado cero de una cultura, es decir, la que podía ser provechosa tanto para los negociantes como para los empleados de las oficinas.

El Estado y el público tenían, pues, igualmente interés en este tipo de enseñanza, que las escuelas públicas debían dispensar con suficiente competencia para hacer inútil cualquier intervención oficial en la educación. Por otra parte, la gran masa de padres y alumnos no pedían más. Psellos, que probablemente fue profesor en la escuela de San Pedro, comprueba que la mayor parte de sus estudiantes no tratan más que de adquirir los conocimientos necesarios para desempeñar una profesión. Por lo demás, si se exceptúa una iniciación, sin duda sumaria, en el *quadrivium* científico, se trataba de una cultura esencialmente literaria, a base de ortografía, gramática, derecho y, sobre todo, retórica, en resumidas cuentas, una cultura de escriba. La mejor expresión de esta cultura desecada es sin duda la «esquedografía», disciplina puramente técnica consistente en ampliar un determinado número de temas oratorios (los *topo*) esforzándose por utilizar el mayor número posible de palabras conocidas. La apertura del concurso de esquedografía entre las diversas escuelas de la capital y la aparición de manuales destinados a su enseñanza dan una buena prueba de que la posesión de esta

«ciencia» era indispensable para quien quisiera abrirse camino en el mundo. Se puede, como Psellos, que la enseñó en sus principios, menospreciar esta huera técnica, pero no se deben olvidar sus aspectos positivos: esta «nueva retórica» no solo contribuyó a mejorar la lengua escrita, que llegó a ser excelente a finales del siglo XI, sino que esta mediocre cultura atañe ahora a capas mucho más amplias de la población. Ahora bien, ser capaz de leer bien, de escribir bien, de expresar de una manera perfectamente clara las nociones más complejas, todo esto es esencial tanto para una buena administración (cuyas directrices tienen la oportunidad de ser convenientemente reflejadas y comprendidas desde las oficinas de la capital hasta el más modesto de los ejecutantes), como para los negociantes y los que manejan dinero o bienes, porque la claridad y la precisión de la expresión son, en sí, las garantías de un buen contrato. Estos notables instrumentos, forjados en el siglo XI, confirieron a la administración bizantina una eficacia innegable, incluso cuando el poder central empieza a tambalearse. Al hacerse más habituales, permitieron también a la nueva burguesía dar consistencia a sus posiciones sociales y llevar mejor sus negocios.

En el siglo X, en que la cultura era más escasa pero de un mejor nivel general, la propia escasez de personas cultivadas hacía que casi nadie estudiara de una manera desinteresada, pues el Estado, que tenía una gran necesidad de ellos, aseguraba una casi segura promoción a las personas instruidas. En el siglo siguiente, en que se dispone de un vasto vivero provisto de una cultura elemental, es solo la vocación personal la que impulsa a determinadas personas a querer acceder a una cultura verdaderamente superior. Esta élite, que pudo estar necesitada en su juventud —como es el caso tanto de Mavropus como de Psellos —, se lanza, una vez tiene su fortuna asegurada, generalmente por el ejercicio de cargos del Estado, a una profundización de la cultura antigua que no puede compararse con lo que había

conocido el siglo precedente. Se explica así una vuelta real a la filosofía antigua, y sobre todo platónica, que Focio había hecho compatible con la religión cristiana al precio del sacrificio de su sentimiento profundo. Psellos, aunque siguió siendo sin duda un cristiano auténtico y sincero, aunque tendió a ver a Platón a través de los neoplatónicos, Plotino, Porfirio, Jamblico y, sobre todo, Proclo, llegó a tener una real complicidad con el espíritu de la filosofía antigua. Al actuar así, corría el riesgo de hacer de nuevo sensible la incompatibilidad de este último con la doctrina cristiana. Se perfila, pues, una crisis en el horizonte, en el mismo momento en que la Iglesia tiende a definir, para sus miembros, una cultura cada vez más específica. A mediados del siglo XI se organiza, por primera vez en Bizancio, una verdadera enseñanza eclesiástica que se fundamenta en las «tres didascalias» (Salterio, Hechos de los Apóstoles, Evangelios) y solo se admiten, como textos filosóficos, los libros de Aristóteles, los más compatibles con el cristianismo. Es evidente que a lo largo de esta crisis los sucesores de Psellos no pudieron influir nunca en una opinión pública poco preocupada por los problemas especulativos y siempre dispuesta a alinearse tras la autoridad eclesiástica.

Una Iglesia segura de sí misma

Aunque, en su conjunto, la Iglesia del siglo XI apenas experimenta ninguna renovación, ni en su papel político ni en su doctrina, existe sin embargo una evolución, aún subterránea, en su seno. Su preocupación esencial es la de preservar y aumentar su patrimonio, lo que no puede hacer más que adoptando una actitud generalmente sumisa respecto al poder imperial. Los patriarcas son, la mayoría de las veces, personalidades mediocres y, cuando se trata de personajes prestigiosos, son siempre antiguos altos funcionarios, como Constantino Licudis o Juan Xifilin. No hay que esperar, pues, a ver a estos pontífices disociarse del poder establecido, aunque fuese solo en nombre de la

moral. El silencio de Xifilin, cuando Romano Diógenes es traidoramente capturado y cegado en 1071, es muy elocuente a este respecto. Miguel Cerulario, patriarca de 1042 a 1058 es, de hecho, la excepción que confirma la regla: este ambicioso incontenible, que abrazó el estado religioso a raíz de una conspiración fallida, desempeñó efectivamente un papel político a menudo determinante, a veces incluso, como en 1054, en contradicción con los intereses del imperio, pero no consiguió jamás reunir tras él al conjunto de la Iglesia, y el pueblo no vio nunca en él la encarnación de esta última; por esta razón fue destituido por Isaac Comneno en 1058, sin que se esbozara siquiera un movimiento en su favor.

Además, la teología sigue siendo muy tradicional: los patriarcas, cuando no son juristas, como Licudis o Xifilin, son pietistas sin relieve, como Alejo el Estudita. La observación es importante cuando se aborda la historia del presunto cisma de 1054. Insistamos en que, en esta fecha, Roma y Bizancio están tan poco dispuestas a romper que se dedican a organizar una alianza antinormanda para la defensa de la Italia del sur. Precisamente es esta alianza con Roma la que Cerulario no quiere a ningún precio, pues supone concesiones al papa y le impedirá obtener aquello con lo que sueña desde siempre: el reconocimiento de la igualdad de las dos sedes, la de Roma y la de Constantinopla. Es, pues, del círculo de Cerulario de donde proceden, sin duda alguna, los textos que, de una manera completamente inesperada, relanzan, a partir de 1053, la vieja discordia entre las dos Iglesias que, por otra parte, se sitúa en el plano ritual (ácimos, ayuno del sábado, y sobre todo celibato de los sacerdotes). Esta provocación tiene sin duda como objeto recordar hasta qué punto se había hecho profunda la zanja entre la ortodoxia y la romanidad, pero los gestos dramáticos del 15 y 20 de julio de 1054, la bula de excomunión pontificial fulminada por los legados y el anatema lanzado después por Cerula-

rio contra sus redactores, no comprometen verdaderamente el destino de sus relaciones. No solo estos gestos no tenían valor, ya que León IX había muerto en esta fecha, sino que los contemporáneos no vieron en ellos muchos más que una peripecia. Mientras que las fuentes bizantinas guardan silencio, Roma no pierde nunca la esperanza de lograr un acuerdo. Aún en 1058, el papa Esteban IX enviaba a Desiderio de Monte Casino en misión a Bizancio, aunque por un mero oportunismo político el gran abad, enterado de la muerte del papa, renuncia a dirigirse a Constantinopla. Por otra parte, se sabe que el propio Gregorio VII creyó durante mucho tiempo en la posibilidad de un acuerdo con Bizancio. A finales del siglo XI, las dos cristiandades se miran sin duda con ojos cada vez más recelosos, pero nadie pronuncia la palabra cisma.

Lo que ocurre en los extremos de las dos cristiandades es lo que muestra mejor que, a los ojos de los contemporáneos, no son esencialmente diferentes. El caso de la Italia del sur es bien conocido. Se sabe que los monjes griegos, como Nilo de Rossano, son recibidos y honrados por los príncipes y los clérigos latinos. El mismo Nilo canta el oficio en griego en Monte Casino y mantiene excelentes relaciones con Roma, donde proliferan los monjes griegos. Los problemas de obediencia, que emponzoñan las relaciones entre el papa y el patriarca, solo tienen un eco muy apagado en esta zona de población mixta donde los dos ritos coexisten y saben respetarse. En el otro extremo de la cristiandad, en Rusia, se observa un fenómeno de coexistencia. Sabemos ahora que la conversión de los rusos había sido emprendida por un clérigo latino procedente de Europa central, de Escandinavia y de Alemania, que estaba, sin duda, en Kiev hacia 987, y que el príncipe Vladimir recibió el bautismo. Su matrimonio con la porfirogénita Anna en 989 no puede ser considerado como una «conversión a la ortodoxia», aunque fuera seguido, como era normal, por la progresiva implanta-

ción de un clero griego. El vigor del clero local, de tradición occidental, está, por otra parte, atestado por la lentitud con la que la iglesia rusa se desliza en el marco de la iglesia bizantina: hasta 1037 no es enviado a Kiev un obispo griego y esta sede no es considerada como metrópolis dependiente de Constantinopla más que en una reseña que data de la época del reinado de Alejo Comneno (1081-1118). Por lo demás, como se recordará, aunque su destino religioso debía ser exactamente inverso, Hungría da, en ese mismo momento, otro testimonio del carácter aún poco diferenciado de las dos iglesias: Esteban I, paladín de Roma, favoreció sin embargo, durante todo su mandato, los monasterios establecidos antiguamente, de entre los que destacaba el de Veszpremvölgy; más tarde se crearon otros, sobre todo bajo el reinado de Andrés I, y el monaquismo griego no desapareció del país hasta el siglo XIII.

La iglesia bizantina del siglo XI es, en el fondo, un fiel reflejo del imperio, al igual que la cultura e incluso la economía de Bizancio: a través de la ausencia de agresividad y la lentitud de los cambios, debido a la pretensión de alcanzar en todo el justo medio, se desprende una impresión de éxito y de misión cumplida que tardará mucho tiempo en disiparse.

El arte en su plenitud

El período «macedonio» no ocupa el primer lugar en la obra artística de Bizancio porque nos legará más manuscritos o mosaicos que cualquier otra. Florece allí una expresión artística que ha alcanzado su madurez. Tal vez como una justificación de la tormenta iconoclasta. Haciendo tabla rasa, o casi, de lo antiguo, los emperadores del siglo VIII abrieron el camino al sincretismo que frenó bruscamente la inmutable reverencia de los artistas para con la inspiración antigua que, sin embargo, no desapareció por completo: el helenismo surge en los drapeados de los vestidos, la musculatura de los atletas, el gusto por la perspectiva y el empleo de símbolos. Pero aunque las experien-

cias artísticas del siglo x hunden sus raíces tan lejos, tienen ahora influencia, tanto en el propio Estado como, por otra parte, en Armenia, Capadocia y el mundo búlgaro. A algunos cables de su naufragio, nace un arte verdaderamente original. Y como en el mismo momento se ponen de relieve en Occidente los primeros lineamientos de lo que será la «novela», la división entre las dos partes del mundo cristiano no es más que una división política.

No es la arquitectura, decididamente punto flaco del arte de Oriente, quien atrae nuestra mirada: las pequeñas iglesias trazadas sobre perfectas cruces griegas, que crecen en el siglo XI por todo el imperio, hacen un modesto papel al lado de los gigantes del siglo VI. Al menos permiten al fiel abarcar de una ojeada todo el programa iconográfico del edificio, e incluso se ha llegado a pensar que este era sin duda el objeto de este «concentrado» doctrinal: presentar toda la jerarquía celeste y su doblete humano en un solo ciclo donde no desentonara ya la propia figura imperial. Vemos así al Cristo Pantocrátor, terrible pero bendiciendo, que domina en la cúpula central, o la Virgen consoladora en la bóveda del ábside. Sobre los fondos de oro de los mosaicos de la Nea Moni de Quíos, de Dafni, de San Lucas de Fócida, las figuras se destacan con un poder expansivo y una virtuosidad de los tonos escogidos que sobrepasan el estereotipo de Ravena o de Santa Sofía. Los artistas búlgaros o rusos, los de Palermo o Torcello de los siglos posteriores, no tuvieron más que tomar de allí la expresión de la majestad y de la serenidad.

La sociedad monástica o urbana está ávida de obras de lujo. Los talleres de pintura de la capital o los menos célebres del Athos, del monte Olimpo de Bitinia o de Patmos nos han dejado manuscritos ilustrados que pueden situarse entre las obras maestras del arte: figurillas animadas y llenas de detalles de los tratados de medicina o de agronomía, suntuosas páginas llenas

de los evangelios, escenas de las colecciones de sermones de Crisóstomo o de Gregorio Nacianceno, de los salterios o de los sacramentarios donde el artista utilizó una técnica de degradado en los colores, matices imperceptibles en los tonos claros, el rosa, el *beige*, aplicados en tan finas pinceladas que se ha podido decir que el impresionismo nació en Bizancio entre 1020 y 1080.

Naturalmente estas obras excepcionales están reservadas para el uso de la élite. No obstante, cuesta trabajo creer, a la vista del esmero y la calidad de la ornamentación en los escritos de uso cotidiano, que no hubiera podido haber una comente común a todas las capas sociales. Tal vez el historiador que sabe que está cerca de la desgracia, podría conmoverse hasta tal punto por este último resplandor que tendría ganas de exclamar: «¡Demasiado tarde!»; sin embargo, hay que celebrar esta última lección dada por Bizancio al borde de su ruina.

Primera parte

PRIMACÍA DE LA PEQUEÑA EUROPA

(siglo XII — mediados del siglo XIII)

Capítulo 6

LA PRIMERA EXPANSIÓN EUROPEA

El impulso creador ya se ha iniciado: los oyentes de Yves de Chartres, los constructores de Cluny, los conquistadores de Toledo, los cruzados que se aventuran a ir a Tierra Santa, todos los hombres que viven entre 1075 y 1100 son herederos; herederos de quienes en el año mil llevaron a cabo una esforzada tarea, los primeros europeos. Porque ahora Europa ya existe; no estamos solo ante islotes, escuelas o cortes guerreras, pobres hábitats dispersos, intercalados entre armazones de ruinas antiguas y abrumados por el poder y el prestigio de las gentes del Sur (Bizancio o el Islam); también, junto a esta realidad, divisamos otra, la de aldeanos y mercaderes, caballeros, «burgueses» que se sacuden la vieja tutela mediterránea. Cambio radical y de primera importancia, que poco a poco da la primacía a las regiones habitadas por celtas y germanos. No hay que ver en ello una derrota de España, de Italia o de las tierras de la Europa eslava; en efecto, hacia 1260 o 1270 se encuentran hombres venidos de Occidente en El Cairo, China, Bagdad, Caffa, el Rif o en plena Rusia, y no se trata forzosamente de franceses o alemanes. Pero ahí reside precisamente la articulación capital: Buenaventura es italiano, Raimon Llull ibérico, Roger Bacon inglés, Alberto Magno alemán, Adam de la Halle francés; Marco Polo es veneciano, Jean Boinebroke es de Douai, Alfonso el Sabio reina en Castilla, san Luis en Francia, pero Carlos de Anjou en Nápoles y los Courtenay en Constantinopla. Esta expansión fuera de Europa y, en su interior, esta mezcolanza de todos los grupos aislados hasta entonces son los factores que dan fe de que se ha producido un cambio decisivo. Entre 1080 y 1280, entre las obras para la construcción de la basílica de Vézélay y las de la catedral de Colonia, entre los frescos de Saint-Savin y los de Giotto, entre san Anselmo y santo Tomás de Aquino, en-

tre la *Chanson de Roland* y Rutebeuf, entre un *fuero* catalán y un *weistum* silesio, entre la guilda de Saint-Omer y los estatutos florentinos del Arte della Lana, entre los mancusos catalanes y los ducados venecianos, no hay un cambio cualitativo, sino cuantitativo. Durante estos dos siglos ha tenido lugar el arranque económico y político de Europa, su *take off*, como preferiría llamarlo un afecto al economicismo. Y, a pesar de lo artificial que resulta una presentación desarticulada de lo que se hallaba unido, deberemos examinar sucesivamente los aspectos principales de este impulso europeo, aunque en determinados momentos volvamos a remontarnos, para una mejor comprensión, hasta sus raíces del año mil.

Se ocupan tierras vírgenes, grupos enteros se establecen en ultramar, hay pueblo y aldeas que crecen y se desdoblan, ciudades que deben construir nuevos y más amplios perímetros amurallados. Estos fenómenos no se compensan con fenómenos contrarios, son concomitantes y no pueden tener más que un factor común: un incremento de la población, prolongado, regular, cuyos efectos son atribuibles mucho más a su duración que a su violencia, el más largo y potente que conoció Europa antes de finales del siglo XVIII. El problema de este *boom* (y pocas veces este americanismo se habrá aplicado con menos propiedad que aquí) se halla lejos de poder considerarse resuelto, y es el primero que abordaremos.

Cada vez más hombres

La demografía medieval para los años anteriores a 1350 o 1400 tiene mala reputación; quienes se ocupan de estadísticas actuales sonríen sarcásticamente, los «modernistas» adoptan aires de descontento; solo se dispone para este o aquel momento y este o aquel lugar de un leve vislumbre, de un dato suelto,

de una «estimación». Y, sin embargo, nada se puede hacer sin contar los hombres. Lo cierto es que existen más medios de evaluación de lo que generalmente se cree: composición de las familias en una biografía del siglo XII, listas de testigos en todos los siglos, superficie de las ciudades, extensión de los terrenos de labranza, y, para el siglo XIII, inventarios de censos (*censiers*) y de tierras (*terriers*), registros de la talla en que se enumera a los ocupantes de las tenencias. Un *roman courtois*, un cantar de gesta, un *coutumier* desvelarán el trasfondo individual que incluso las fuentes más tardías ignoran a menudo: la edad de casamiento, la fecundidad, la sexualidad, la longevidad. Y si las necrópolis de esta época no tienen la riqueza de las necrópolis de la alta Edad Media, porque en muchos casos estos muertos se mezclan aún con los de los siglos de sedentarización, por lo menos las herramientas, los muebles y la iconografía constituyen un importante substitutivo.

Contar

Así pues, hay que agrupar los resultados. Los historiadores norteamericanos son los únicos que se han atrevido a aventurar cifras globales para el conjunto de Europa, si bien difieren unos de otros: Russell calcula unos 23 millones de habitantes en 950, 32 millones hacia 1100 y más de 50 millones antes de 1300; Bennett, mucho más preciso, 42 millones en el año 1000, 46 millones en 1050, 48 millones en 1100, 50 millones en 1150, 61 millones en 1200, 69 millones en 1250. En cuanto a los totales regionales, existen muchas suposiciones y un dato seguro, relativo a Inglaterra, el cual, junto al carácter precoz de las cuentas de administración, tanto reales como manoriales, explica el lugar privilegiado que ocupa este país en los estudios económicos medievales, lugar que ninguna otra razón justificaría. Se trata de la encuesta pueblo por pueblo que ordenó llevar a cabo, poco antes de su muerte, Guillermo de Normandía, conquistador de la isla; la Información reunida se reveló tan

precisa y solemne que recibió, casi desde el primer momento, el nombre con que todavía hoy es conocida: *The Domesday Book*, «El libro del juicio final». Este arroja una cifra de 1.300 000 ingleses, normandos, daneses y bretones en el año 1085 para un territorio que comprende la casi totalidad de Inglaterra *stricto sensu*. A decir verdad, esta cifra representa el único punto firme de nuestra documentación regional, y solo mediante extrapolaciones y suposiciones puede el historiador italiano Cario Cipolla atribuir, en el mismo momento, 5 millones de habitantes a la península, y el alemán Wilhelm Abel 6.200 000 al reino de Francia.

Desgraciadamente, para volver a encontrar datos valederos a una escala semejante hay que penetrar ya en el siglo XIV. Pero sin punto de llegada resultaría imposible lograr una aproximación de la cuestión principal: el ritmo y el volumen de crecimiento de la población. Para antes de 1350 se han podido hacer evaluaciones basadas en documentos globales como el *État des feux*, referido a parte del reino de Francia en 1328, o bien a partir de informaciones que afectan a áreas geográficamente más reducidas, como por ejemplo a este o aquel *contado* italiano, o en textos redactados para una finalidad específica —generalmente de naturaleza fiscal— en Inglaterra. España, Francia; dichas estimaciones permiten suponer una población de 3. 500 000 habitantes en el archipiélago británico, entre 12 y 16 millones en el reino de Francia, y entre 8 y 10 millones en Italia. En realidad, lo que verdaderamente importa es la diferencia que aparece en dos siglos, en tres si consideramos que los comienzos del movimiento se sitúan en el año 1000, como es muy probable: en estos doscientos o trescientos años, una comparación de los comportamientos demográficos de las distintas zonas da como resultado que la población de Italia se multiplicó aproximadamente por dos, la de Francia por dos y medio y la de Inglaterra por tres, y los escasos datos dispersos de los que

disponemos para Alemania o los países eslavos parecen indicar que los aumentos más substanciales se produjeron en las áreas más alejadas del Mediterráneo. Poco importa que, en un primer tiempo, el número de hombres fuese inferior en estas regiones, o que más tarde la fecundidad alcanzara allí cotas más altas; el resultado que hemos consignado más arriba es clamoroso: el norte de Europa colma su retraso demográfico y cobra ventaja con respecto al sur. El hecho es tanto más inapelable cuanto que, examinando de cerca las variaciones microcronológicas, el crecimiento de la población prosigue en Alemania o Escandinavia hasta mucho después de 1250, mientras que más al oeste y al sur de estas zonas parece haberse detenido hacia esta fecha.

Aún es posible circunscribir más rigurosamente la realidad; por ejemplo, contando, a través de documentos de tipo judicial —meticulosamente seleccionados, seriados, criticados—, el número medio de hijos por pareja, la proporción de parejas estériles, o de parejas cuyos hijos han muerto, o bien la proporción de personas solteras. Las cifras suministradas por Russell para toda Europa del noroeste parecen excesivamente altas; atengámonos más bien a las estimaciones de Slicher van Bath, de W. Abel, de L. Génicot, de R. Fossier y de A. Chédeville para el territorio comprendido entre los ríos Loira y Rin, que arrojan las siguientes gamas de valores en lo concerniente al número medio de hijos por pareja fecunda:

1050-1100	1100-1150	1150-1200	1200-1250	1250-1300
4,2-5,7	4,8-5,3	4,3-5,2	5,3-5,4	5,2-5,75

Si evaluamos en un tercio escaso de la población la masa de hombres y mujeres sin descendencia, el ritmo medio de crecimiento demográfico anual, sin hacer distinción entre clases so-

ciales —lo cual plantea ciertamente un problema—, queda fijado, para el siglo XII, en un 0,46 por 100 para Inglaterra, un 0,48 por 100 para Alemania del oeste, un 0,44 por 100 para las regiones bañadas por el Mosa, un 0,34 por 100 para Picardía; como se puede observar, se trata de un incremento muy inferior, por término medio, al de extensas áreas del tercer mundo actual, pero su excepcional duración hizo que, en dos siglos o algo más, el número de los hombres se doblara o, en algunos casos, se triplicara.

Queda un último campo, y no el menos importante, en el que es posible realizar una estimación cifrada: el de la longevidad. Russell, sirviéndose de criterios de «esperanza de vida», cuya poca relación con la realidad es notoria, señala —y no deja de ser significativo— que aquella debió pasar de 22 a 35 años entre 1100 y 1275. Dado que nuestros conocimientos acerca de la edad de defunción de los grandes de este mundo durante el mismo lapso temporal revelan una gran regularidad en los casos de muerte natural —entre 48 y 56 años para los monarcas, más aún para los hombres de la Iglesia—, y dado asimismo que hay pocas razones para pensar que no ocurriera lo mismo en las demás clases sociales, solo un fenómeno parece capaz de explicar dicho aumento: el retroceso de la mortalidad. Por un lado, la de los niños menores de 10 años, que todavía en pleno siglo XII suponen del 20 al 40 por 100 de los esqueletos en los cementerios de Suecia, Polonia y Hungría; por el otro, la de las parturientas, más difícil de captar si no es a través de las genealogías nobiliarias, pero que, en cambio, podemos rastrear mejor siguiendo los pasos de los médicos y estudiosos que exploran el saber de los especialistas en obstetricia árabes o antiguos, en Salerno, en Palermo o en Valencia, desde antes del 1100.

Esta última alusión nos encamina hacia una dirección fundamental de investigación, una vía apenas esbozada y para la que no estamos pertrechados: la mortalidad femenina adulta, más

cuantiosa que la masculina —fenómeno típico de una sociedad sin profilaxis—, compensa tal vez una mayor mortalidad masculina en la edad infantil, fenómeno propio de cualquier época, al menos en Europa. Ahora bien, la relación de edad entre los cónyuges, o simplemente la relación numérica entre los dos sexos en el momento del matrimonio, es un rasgo capital de toda sociedad: las mujeres jóvenes, más numerosas que los hombres, se casarán a edad tempranísima, apenas núbiles, y las desdeñadas poblarán los monasterios; los hombres, en número más escaso mientras no se produzca un retroceso de la mortalidad puerperal —es decir, durante todo el período aquí considerado—, esperan y escogen; existe un nutrido contingente de solteros no asentados todavía, *juvenes* de casi treinta años, guerreros, artesanos o mozos de labranza, poco importa, los cuales forman, tanto en la ciudad como en el campo, una verdadera «clase», impaciente, emancipada, sin lazos y sin freno. Pero cuando finalmente se deciden a «sentar cabeza», no es raro que tengan diez o quince años más que la elegida para esposa. Este «modelo» matrimonial origina multitud de consecuencias sociales, afectivas e incluso económicas, de temas literarios, religiosos o jurídicos. Resulta imposible no percatarse, e imposible también no distinguir en ello una oposición capital entre aquellos tiempos y los nuestros en lo que se refiere a relaciones entre esposos, entre los hijos y el padre, entre los hijos y el tío materno.

¿Tenemos una explicación?

En casi todas partes, el mayor aumento de la población se produce entre 1050 y 1250; calibrar su magnitud es difícil; determinar su origen o su causa lo resulta mucho más. ¿Por qué a partir del año mil, o un poco antes, el número de los hombres empezó a aumentar en Europa, aun cuando el primer aspecto de este fenómeno fuera el retroceso de la edad de defunción y no un *baby-boom* como pretenden algunos? Digamos, ante todo,

que en el estado actual de la investigación todas las hipótesis emitidas son serias y verosímiles, y que no se excluyen mutuamente; solo cabe rechazar la que invocaban los contemporáneos, la mano de Dios colocada sobre su pueblo. Además, estos hombres que transitan por los caminos o que se desplazan en busca de suelos vírgenes son campesinos y proceden de todas las regiones; en cuanto a la ciudad, también suministra su cupo de pioneros, y hay que renunciar a buscar una causa local. El mejor estado de los esqueletos, el progreso indiscutible del utillaje y el incremento del volumen de cereales dan fe de que en el siglo XII se verificó un retroceso de la escasez permanente de siglos anteriores. Y se ha querido atribuir una causa técnica a la mejora de la situación alimentaria, a la nueva potencia genética. Pero ¿y en los primeros tiempos?, ¿y las etapas de este proceso?, ¿y el motor del mismo?

Por otra parte, no debemos dejarnos llevar por el optimismo. En 1005-1006, 1031-1033, 1050 y 1090 toda Europa conoció graves crisis de subsistencias. Tras las señales de alerta de la primera mitad del siglo XI, el hambre no hace más que aflojar su presión: 1123-1125, 1144, 1160, 1172, 1195-1197, 1202-1204, 1221-1224, 1232-1234, 1240, 1246-1248, 1256 y 1272 son temporadas malas, sin que se puedan calificar de catastróficas; pero como la penuria solo afecta a regiones aisladas, esta lúgubre letanía prueba solo la persistencia de una eficaz compartimentación del mundo rural, sin reservas negociables, sin contrapesos.

También se ha invocado la interrupción de la serie de convulsiones y asaltos violentos que desde el siglo III al X trastornaron a Europa; exceptuando la efímera alarma mongola del siglo XIII y la posterior expansión turca, cuyos límites geográficos son bien conocidos, habrá que esperar hasta nuestro tiempo para volver a ver a Europa inundada, de manera lenta y pacífica, por mediterráneos del noroeste y africanos. Esta *pax*

christiana pudo crear un contexto favorable; pero entonces, ¿por qué tuvo lugar el hundimiento del siglo XIV, mucho antes de que dejaran sentir sus efectos las «calamidades» tradicionales? ¿Habrá que imputarlo a las estructuras? La organización y la explotación de los hombres en el marco señorial es contemporáneo del impulso demográfico, ¿debemos pensar que constituye la causa del mismo?, ¿el efecto, tal vez? ¿O acaso, simplemente, debemos pensar que el destino de los hombres está ligado a los caprichos del astro que nos arrastra con él a través del infinito, atravesando zonas donde se desarrollan elementos de actividad cuya naturaleza puede llegar a influir muy directamente en la vida terrestre, en la temperatura, la higrometría, la proliferación de los seres vivos? En medio de este amplio espectro de posibilidades, de las cuales la última al menos escapa actualmente a toda estimación razonable, algunos historiadores, más modestos, han establecido —sin atribuirles más que un papel complementario— ciertos datos concretos que merecen nuestra atención.

Uno de ellos es la pomposamente denominada «revolución de las nodrizas», perceptible ya en el siglo XIII, y tal, vez antes: al confiar a un pecho mercenario —el de una madre cuyo hijo ha muerto poco después de nacer— el propio niño lactante, y sirviéndose a continuación de medios diversos para cortarse la leche, muchas mujeres se hallaron en condiciones de ser fecundadas de nuevo sin tener que esperar el largo intervalo que suponía una crianza prolongada, en ocasiones, hasta 18 meses; con ello, aumentaron las posibilidades de nacimientos más cercanos en el tiempo.

El segundo se refiere al infanticidio o a los simples procedimientos contraceptivos o abortivos, cuya historia no tiene cabida en estas páginas, pero cuyo retroceso en el siglo XIII es notorio; en particular, disminuyó notablemente el infanticidio de niñas, y se ha llegado a afirmar que en dicho factor residía una

de las causas del estancamiento demográfico de la alta Edad Media. Al innegable papel que desempeñó la Iglesia en la extinción de esta práctica hay que añadir, sin duda, una valorización del sexo femenino del que más adelante destacaremos numerosos otros ejemplos. En estas circunstancias, las segundas nupcias de los viudos, que a partir de finales del siglo XII atestan multitud de genealogías nobles, permitían procreaciones más abundantes gracias a uniones sucesivas, aunque estas fueran cada vez menos armoniosas.

Una movilidad desconcertante

Hace 40 años Marc Bloch ya percibió el «movimiento browniano» que animaba a esta masa de hombres, y que nosotros, hombres de una época inquieta, podemos comprender y admitir mejor que nuestros padres, raza de «estables» desde el «Renacimiento». Las causas de esta incesante agitación no son más claras que las de la expansión numérica: la incertidumbre del mañana, el miedo a la penuria, la inseguridad de todos los estados y situaciones, de la que no están a salvo ni los guerreros provistos de un feudo, siempre con la amenaza de la confiscación del mismo (*commissio* o *commissum*) pendiendo sobre sus cabezas, son factores que hay que añadir a las deficientes condiciones de vida, al hambre, a la fragilidad de los apegos a la tierra, al sentimiento de un simple «tránsito» por este mundo antes de la verdadera vida, la que vendrá una vez concluido el juicio final. Pero más recientemente se ha puesto de relieve —aunque con referencia a períodos más tardíos— hasta qué punto el sistema señorial trituraba a los más débiles, eliminaba y lanzaba a los caminos a los marginados, los pobres, los «proscritos», y que, en buena parte, esta movilidad era inherente a la estructura misma de la sociedad o de la familia. Sobre lo que no cabe ninguna duda es respecto a los efectos que se derivaron de este «sistema», el cual favoreció, segregó los dos venenos que le harían perecer: una proletarización de gentes sin ataduras y sin

especialidad, y una circulación de numerario que substituiría el servicio por el mercado.

Por las vías de comunicación romanas, más o menos degradadas pero que aún se utilizaban, por la caprichosa red de caminos cuyos itinerarios datan a veces de la más remota antigüedad, se cruzaban sin cesar segundones de la nobleza en busca de aventuras, bandas de jóvenes guerreros que acudían a un torneo, caravanas de mercaderes, monjes escapados del convento, estudiantes rumbo a sus escuelas, príncipes con sus séquitos agotados por los viajes a que les constreñía la obligación de ser vistos y oídos, errantes y peregrinos, misioneros y dignatarios de la Iglesia en marcha hacia los sectores en que la fe está en peligro o hacia las sedes que les esperan a cien leguas de su país natal. Son estampas que encontramos en toda Europa, y pocos son los poemas, novelas, «gestas», crónicas y miniaturas de la época que no lo testifiquen. Pero al historiador le cuesta más captar lo esencial: el desplazamiento de pueblo en pueblo. En este o aquel lugar, una lista de testigos revelará de dónde proceden los «extranjeros», los «huéspedes», los «forasteros», los «foráneos», es decir, simplemente, los venidos de cualquier otra parte, aunque solo sea de una distancia de una legua. Y es este movimiento interno el que resulta fundamental y explica en gran parte lo que va a seguir: la ocupación completa de los intersticios cultivables, la ampliación de los claros destinados a la agricultura, el contacto entre los grupos aldeanos hasta entonces aislados entre sí. Pero estos desplazamientos de cinco, diez, treinta kilómetros se efectúan individualmente, a lo largo de senderos, trochas, caminos vecinales, acaso no de manera inmediata y definitiva, y sin que en ningún caso sea posible aventurar cifras globales. En 1247, en una aldea de la región inglesa de Fens, de un total de 47 vecinos (cabezas de familia), 3 han llegado recientemente de lugares situados a más de 10 kilómetros; en cuanto a los hijos de sexo masculino de estas 47

familias, 12 han ingresado en el seno de la Iglesia, 7 han partido rumbo a la ciudad, 24 se han alejado de la aldea para buscar fortuna y solo 23 se han quedado, esperando el momento de casarse; respecto a las hijas, 27 se han casado con hombres no pertenecientes a la aldea y se han ido con ellos. Cifras creíbles, parecidas a las que para épocas algo más tardías se podrían señalar en Picardía o Beauvaisis.

CADA VEZ MENOS SUELOS IMPRODUCTIVOS

La dominación del suelo por parte del hombre, iniciada con fuerza alrededor d el año mil si no antes, alcanza su fase culminante entre 1100-1125 y 1250-1275 para la mayor parte del noroeste europeo, prosigue hasta 1300 en los territorios de allende el Rin, disminuye a partir de 1200 en el área mediterránea. Nueva dificultad para la investigación: si bien no nos faltan «documentos de roturación» (uno de cada tres que se conservan para Picardía entre 1150 y 1180 lo es), las formas más frecuentes de la misma, así como, al parecer, las más precoces y también las más tardías, consistieron en iniciativas individuales, o, por lo menos, en operaciones modestas para las que no se precisaba un documento escrito. Así pues, hay que recurrir a la toponimia, a aquella toponimia indiscutiblemente ligada a la lucha contra la vegetación o el agua —*ried, rod, schlag* germánicos, *hurst, shot* sajones, *sart* y *rupt* de lengua de oil, *artiga* de lengua de oc, etcétera—, o bien, pese a la eventual existencia de un período ulterior de lucha contra el bosque, al examen de los suelos o de la vegetación degradada de los terrenos limítrofes con zonas forestales, que hace medio siglo ya llamó la atención de Gaston Roupnel. Por último, se pueden fundar razonables esperanzas en las aportaciones de la palinología, que mediante el estudio de la proporción de los pólenes procedentes de árbo-

les, hierbas o cereales ha permitido llegar a conclusiones indiscutibles en las turberas de Hesse, las Ardenas, Lüneburg, Kent o el Valais. Pero, a pesar de tales esperanzas y certidumbres, hemos de reconocer que prácticamente para ninguna zona estamos en condiciones de proporcionar la cifra que exprese la ganancia global de nuevos suelos entre 1100 y 1250: ¿quizá entre un 10 por 100 en las zonas ya muy ocupadas de la Europa celta o en las regiones mediterráneas, con abundancia de suelos inutilizables, y un 40 por 100 o más en las áreas germánica o escandinava, gracias a los terrenos arrebatados a los extensos bosques nórdicos? Se trata de una «impresión» y nada más. También será discutible el significado del aumento, en nuestros fondos archivísticos, de los tipos de documentos de mejora del patrimonio que son los intercambios de tierras.

El hombre y la tierra virgen

Ante todo, hay que comprender bien en qué consiste la contradicción, durante mucho tiempo combatida con diversos paliativos, pero inherente al sistema productivo medieval. La tierra «vana», como se la llama, la que rodea al conjunto de los labrantíos más o menos dominados por el hombre, no solo constituye una frontera, una zona pública (*haya*) eventualmente transformada en refugio, sino que también es un elemento de base de la economía: allí pacen los ganados bovino y porcino, los hombres cazan —todos, aunque a distintos niveles y con distintos medios—, recogen frutos silvestres, arrancan las raíces comestibles o las bayas y las hojas, y se proveen de madera, materia prima fundamental de la época. Hacer retroceder el bosque ante el arado significa destruir estos recursos naturales para ganar trigo; pero el caso es que la presión demográfica precisa tanto de aquellos como de este. Por esta razón, durante los dos o tres siglos de mayor expansión, la economía medieval guardó un equilibrio precario, y por otra parte geográficamente desigual. Mientras fue posible conciliar la *necessitas*, las exi-

gencias alimentarias mínimas de los habitantes, y las exigencias suplementarias del señor, como contrapartida de su protección, su justicia y su poder «noble», el sistema, mal que bien, funcionó; la ruptura de dicho equilibrio es precisamente lo que marca el término de la fase cronológica que examinamos.

El hambre de tierra fue el primer factor que dejó marcas positivas. No hace falta insistir en las informaciones que nos aportan los contratos relativos a bienes raíces del siglo XI: que en regiones totalmente dispares (Cataluña, Lombardía, Sabina, Baviera, Flandes, Auvernia, Provenza) veamos cómo se reorganizan sobre bases más rentables —y, a veces, incluso geográficamente distintas— los patrimonios de la Iglesia y los raros bienes laicos que se dejan entrever, no bastaría sin duda como prueba de una ganancia de nuevos suelos, ya que puede interpretarse como un ansia de lucro de la cual no sabemos si considerarla como una causa o como un efecto. Pero el hecho de que el número de pequeñas propiedades campesinas libres, los «alodios», crezca en los documentos a medida que nos acercamos al año 1100 constituye una señal de que se crean nuevas parcelas, puesto que, desde un punto de vista social, nos encontramos precisamente en una fase de creciente sujeción de todos los hombres en los viejos labrantíos. Cuando no se trata de alodios, se trata, como en Italia, de condiciones de tenencia bastante liberales, o en todo caso estipuladas para largos plazos, como el *livello*, de 30 años. Estas señales que nos dejan ver los textos son casi todas de la primera fase de conquista, todavía tímida, a veces individual, y los sedimentos polínicos anteriores a 1100 parecen indicar, en efecto, el retroceso forestal en beneficio de los cereales.

Pero la certidumbre y la precisión nacen a partir de 1100, porque los documentos escritos aportan entonces nociones suficientes para arrojar luz sobre este movimiento: litigios entre señores acerca de la percepción de un diezmo sobre el rendi-

miento de un suelo improductivo hasta entonces (*diezmo «noval»*) en Francia, en la Alemania renana; disminución del número de animales que pacen en el bosque en la Inglaterra del *Domesday book*; reivindicaciones referentes a usos consuetudinarios por parte de campesinos privados de *boscs* que se han convertido en *plains*, confines, ahora cultivados, de las tierras parceladas en Italia central; por último, y en todas partes, aunque en momentos distintos, contratos de roturación o de desecación de terrenos pantanosos permiten esbozar la fisonomía de la lucha. El asalto a los suelos grasos, hasta entonces abandonados a menudo a los árboles por falta de instrumentos capaces de removerlos, constituye el hecho esencial, por cuanto estos limos arcillosos sobre plataforma calcárea, estas margas, constituyen hoy en día nuestras mejores tierras. Pero la relativa precocidad del asalto, tal vez anterior a la aparición de los progresos técnicos necesarios, ha sugerido a los historiadores que quizá una fase previa de busca de zonas pastoriles fértiles precedió a la siembra. ¿Hay que esperar, entonces, hasta 1140 o 1160 para que retrocedan las malezas y luego el monte bajo más espeso de las regiones de Brioude o de Thouars, de la Bouconne tolosana, de las *silvae* del Perche, de Picardía, del Harz, de la Alemania renana? Se siembra trigo, pero en Baviera se plantará la vid, y en las regiones inglesas de Weald o Sussex los *dens* abiertos siguen siendo, en buena parte, terrenos dedicados a la ganadería. Esta mezcla de una conquista agrícola y un margen de reserva pastoril es ventajosa para las zonas desecadas: así entramos en la fase esencial de la contención de las aguas, *turcies* del Loira entre 1160 y 1270, diques de Aunis, de Brière; canalizaciones de desagüe, *waterstraat* desde la Charente hasta Frisia, así como en la región de Fens, en el este de Inglaterra, en las inmediaciones de Ely o en Marshland. Se arremete contra el curso bajo del Ródano en la Camarga, en las lagunas del Languedoc, entre 1080 y 1160, y contra las zonas pantanosas a orillas

del Po algo más tarde. Demasiado a menudo se pasa por alto la ingrata, interminable, agotadora conquista de los valles y las pendientes, obra típicamente mediterránea de acondicionamiento de pedregales irregularmente empapados por la lluvia y de laderas abruptas y quebradas: los *bonifachi* de la llanura lombarda, los *gradoni* de Umbría, los *orts* de Provenza, las *huertas* ibéricas, obras todas ellas prácticamente imposibles de datar pero «titánicas», en las que fue preciso llevar la tierra en cuévanos y sacar las piedras una a una. Una conquista que aprovechó más al olivo a la vid o a los castaños que al trigo, cuyas endebles raíces no habrían podido fijar el suelo.

Aspectos y efectos de la conquista

En un mismo lugar nada se hizo en una sola década o de una sola manera. Si consideráramos de poco peso los azares y caprichos de nuestras fuentes —postulado, por otra parte, bien poco creíble—, observaríamos que las zonas meridionales fueron las primeras en animarse, a veces incluso antes del año mil, en todo caso antes de 1040, en el valle del Po, Cataluña, Provenza, Auvernia; habría que esperar hasta mediados de siglo o hasta 1100 para Poitou. Aquitania, Normandía, Flandes. El siglo XII sería el de la llanura parisiense. Baviera, la zona lorenesa, Inglaterra central; a finales del siglo XII y en el XIII llegaría el momento de las Midlands, Sajonia y Franconia. En todas partes el avance parece hacerse en dos oleadas separadas por tres o cuatro décadas, necesarias sin duda para la reorganización exigida por el primer esfuerzo; cada una de estas oleadas tiene una duración de dos o tres generaciones. ¿Es posible que en algunos lugares fueran precedidas por un esfuerzo individual de pioneros, aislados o excluidos del grupo y de los que no ha quedado ningún recuerdo en los textos, y que en otros fueran seguidas de una tenaz y prolongada rapiña de lo que quedaba del bosque señorial, como parece inferirse de la profusión de procesos del siglo XIII? Es posible y aun probable, pero en ambos casos nues-

tras fuentes son mudas. Como las regiones que parecen ser las últimas en animarse constituyen hoy en día las mejores tierras productoras de trigo y, ya en la época, eran zonas con una Importante densidad de población, hay que admitir que el ataque a los encinares o al monte bajo, que exigía hombres y medios, solo tuvo lugar cuando estuvo bien asegurado el dominio de los antiguos claros.

En definitiva, pues, lo que parece más importante en este esfuerzo de conquista de nuevos suelos no es tanto su volumen como sus efectos sociales, que resulta imprescindible examinar. En primer lugar, ya fuera por su iniciativa ilegal o bien porque se les hubiera requerido para esta tarea, los *sartores*, los *essarteurs* (rozadores), los leñadores, los «huéspedes» como se les llamará en numerosas regiones, enfrentados a una larga y dura labor que, razonablemente, no produciría frutos —ni, por lo tanto, originaría censo alguno— antes de tres, cinco o incluso diez años, gozaron de tipos de contrato ventajosos, concedidos por los señores o impuestos por aquellos como condición previa; consecuencia de ello fue que no pudo evitarse el contagio de estas nuevas condiciones a los viejos labrantíos: reducción o desaparición de los días de «servicio», con o sin animales de labor, desarrollo de las tenencias cuya renta consistía en una parte de la cosecha —*champan* (*campi pars*), *terrage* (*terraticum*), *agrière* (*agrarium*)—, sin que ello signifique que la aparcería, en sentido estricto, esto es, la tarifa de una mitad de la cosecha (*ad medietatem, mezzadria*) sea la más corriente; incluso en las zonas como Italia o Aquitania, donde se halla implantada con bastante fuerza, lo está menos que la estipulación de un cuarto, o incluso un sexto, de la cosecha para el señor. Este sistema debió parecer, antes de 1200, ventajoso a ambas partes, puesto que en pocas generaciones nació y se propagó por todo Occidente; no es de extrañar, por lo tanto, que en casi todas las regiones se acompañara de la libertad individual, y de nuevo debemos

constatar que las «manumisiones» colectivas otorgadas por los señores a aquellos de sus hombres que todavía eran siervos son sincrónicas de sus proyectos de roturación.

Porque, evidentemente, es a los señores a quienes vemos en los documentos; hay que esperar hasta mediados del siglo XIII —un poco antes en Inglaterra— para disponer de documentos referentes a tierras de labranza que permiten, si no medir con exactitud la parte ocupada por los más humildes en la extensión del suelo arable, entrever al menos los efectos en el fortalecimiento de la pequeña explotación campesina. Nos encontramos aquí en la frontera de lo económico y lo social. Las condiciones prácticas del desbrozo o del drenaje, en los lugares donde un «contrato» nos las deja entrever, ponen al descubierto dos fenómenos capitales. Ante todo, una división del trabajo, no según la especialización —fenómeno urbano, sobre todo—, sino según la responsabilidad y los provechos obtenidos: proveedor de fondos —demasiado a menudo es la Iglesia, para la cual solamente disponemos, o casi, de fuentes eclesiásticas— que percibe el diezmo; arrendador (*locator*) laico, cuya figura va del señor y amo del *ban* local hasta el campesino enriquecido, y que percibe las cargas de justicia y a menudo, directamente, las rentas del suelo; tenente que conserva lo esencial de la cosecha; peón cuyas prestaciones se remuneran mediante un salario, rasgo este por el que vemos la intrusión del dinero en la aldea. De este modo pueden formarse, en los bordes de las viejas tierras de labranza, y con mayor motivo en medio de los eriales o de los bosques, explotaciones de talla media reunidas en lotes, a menudo cultivadas directamente o por medio de jornaleros, unidades de producción que no tardan en ser imitadas en las viejas tierras. Naturalmente, estos nuevos *mas,* estos *albergues,* como se les llamaba en territorio de oc, estos *hébergements* o *heriberg,* según su denominación al norte del Loira, estos *maneria,* estos *censes* normandos o picardos, estas *bercariae* o

vaccariae de las zonas costeras arrebatadas al mar, pueden ser islotes señoriales: cistercienses y premostratenses, por ejemplo, se aislaron de propósito, llegando incluso a incomunicarse. Pero también puede tratarse de tierras campesinas más modestas: así, en el Lacio, se ha demostrado que a finales del siglo XII las parcelas de extensión mediana limitan con otros labrantíos cuyos tenentes o propietarios hacen fructificar explotaciones de dimensiones comparables. No solo los intersticios han dejado de existir y el espacio está cerrado, sino que la estructura parcelaria muestra la multiplicación de las pequeñas porciones de tierra en manos de los campesinos. Este fenómeno explica que durante años se haya esperado —particularmente en Alemania— que un estudio de las dimensiones y la forma de las parcelas permitiría localizar las tierras nuevas y cifrar su extensión total; de hecho, la *Siedlungsgeschichte* no ha aportado, para épocas anteriores a 1200 o 1250, más que resultados referentes al hábitat, sobre los cuales volveremos más adelante.

Los límites

Movidos por el empeño de hacer retroceder en lo más posible en el tiempo las primeras manifestaciones de lo que —bien deberían saberlo ellos— estuvo en constante movimiento, los eruditos han encontrado, para antes de 1100, señales de una oposición a las roturaciones: protección de los robles, procesos contra abusos, reservas de caza son indicios que aparecen desde el Poitou al Lacio. En realidad, esta reacción contra los excesos debe ser imputada, más que nada, al afán de organizar las tierras de cultivo, afán del que hablaremos en breve. Son otros indicios mucho más tardíos los que nos revelan los límites del movimiento. Pasemos por alto los procesos que oponen a las comunidades de habitantes al amo de un bosque que se inquieta por el uso abusivo del mismo: las limitaciones de los derechos de pasto, recolección de frutos o recogida de ramas muertas podrían ser debidas más a la fiscalidad señorial que a la pro-

tección de los arbolados; aun así, cabe destacar el súbito incremento de dichos procesos en nuestras fuentes a partir de 1225-1230, coincidiendo tal vez con el momento en que el desbrozo individual a escondidas substituyó poco a poco a la empresa colectiva. En cambio, existen otros tres indicios más netos; el primero lo constituye la lenta pero indiscutible alza del precio de la tierra arable, perceptible desde principios del siglo XIII. En Alemania, pese a lo tardíamente que empezaron las roturaciones y a la abundancia del suelo disponible, el coste de la tierra pasa, entre 1200 y 1250, del índice 100 al 175; en el norte de Francia, el precio del *journal* progresa de 2 a 4,5 libras; en Inglaterra, el *quartier* se tasa en 2,5 sueldos en 1200 y en 4,5 sueldos en 1230. La desvalorización de la moneda de cuenta en que están expresados estos precios deforma, evidentemente, el encarecimiento real de la tierra; si lo tradujéramos en términos de plata, el alza media habida en Europa del noroeste se acercaría mucho más al índice alemán. Pero hay que incorporar un elemento de apreciación suplementario: las tierras reclamadas se van a destinar a menudo a la viña, a praderas o a plantas tintóreas; así pues, lo que nos resulta más sorprendente es el alza del precio del trigo, más rápida que la del coste de la tierra, lo cual indica la existencia de una necesidad, debida a las exigencias alimentarias vitales o a la búsqueda de un provecho comercial; se ha podido establecer para Inglaterra, y esta vez en términos de plata, un crecimiento caracterizado por una gran lentitud en un primer tiempo, con un ligero retroceso incluso entre 1220 y 1240, al que sigue un brusco estirón:

1180-1199	1200-1219	1220-1239	1240-1259	1260-1279
100	108	104	114	190

Así pues, hay que situar entre 1240 y 1280 el tránsito de una situación de búsqueda de tierras agrícolas a otra de rentabilidad de las mismas.

El tercer indicio parece imputable, de entrada, a una voluntad de organización: la *mise en défens,* el acotamiento, la *aforestatio,* que en zona mediterránea afecta también a la aureola de cultivos de forrajes y hortalizas (*ferragina*) y que consiste en prohibir a los animales y a los hombres ciertas zonas, reservándolas para un solo uso; los motivos pueden no ser exclusivamente ecológicos; en Thiérache, por ejemplo, así como en numerosos bosques señoriales de Champaña hacia 1245-1250, en Francia central más tarde o en el patrimonio forestal del rey en torno a 1290, esta medida obedece al deseo de facilitar la regeneración de las especies y poner orden en las talas. Los cistercienses dieron a menudo el ejemplo en este campo, y se les debe el origen de los primeros reglamentos forestales, que los monarcas franceses adoptarán a su vez en 1317. En cambio, la prohibición de penetrar en cotos reservados para la caza mayor (*à la grosse bête*) del señor, o para sus ejercicios deportivos o guerreros, resulta más difícil de justificar. Hacia 1270, el consumo de carne aumenta en las ciudades; afectar que se prefiere la carne de venado a la de las reses domésticas y, basándose en ello, cerrar los propios bosques al ganado bovino es una reacción de clase, que indiscutiblemente perjudica al campesinado, por cuanto lo obliga a transportar sus animales a los yermos. Cuando no se trata de acotar los bosques para la caza, como en aquellos casos en que el propietario es la Iglesia, se trata de hacerlo para obtener beneficios de la venta de madera o de las multas a los cazadores furtivos: entre 1240 y 1280, en la abadía de Saint-Denis, los ingresos provenientes del aprovechamiento de los bosques pasaron del 5 por 100 del total al 9 por 100. Es más, no solo se puede prohibir la tala de árboles en el bosque y la recogida de leña, e incluso bloquear a veces la actividad ga-

nadera, sino que el amo puede intentar una contraofensiva para retirar a la agricultura tierras ya ocupadas por ella, tierras *en gagnage*, como expresivamente se dice en Lorena. A mediados del siglo XIII este problema no hace sino empezar; numerosos señores habían tolerado, y hasta fomentado, el desarrollo de *communia* —que, en aras a la simplicidad, si no a la exactitud, traduciremos por «terrenos comunales»—, generalmente en los linderos de los labrantíos, claros poco extensos al principio, suelos cedidos a la comunidad o a la cofradía del lugar. Muchas de las cartas de franquicia redactadas en Picardía, en Hainaut, en Lorena, en Franconia, entre 1210 y 1240 revelan la preocupación de dejar bien precisados los derechos de las partes. Y es que estos derechos se contestan ya; a los procesos hay que añadir las coacciones señoriales mediante la violencia: en 1235, en Merton, el rey de Inglaterra debe promulgar una orden proscribiendo la incautación de los *communia* por parte de los señores y, con mayor motivo, su vallado; esta decisión constituye, por así decirlo, la partida de nacimiento de este problema crucial en el archipiélago.

Todos estos elementos dispersos permiten distinguir un rasgo característico: la fragilidad del sistema agropecuario medieval que ya mencionábamos en páginas anteriores; con todo, dicho sistema, estructurado antes de 1100, no empieza a flaquear hasta pasado 1240. La causa reside en que, durante este lapso de tiempo, diversos paliativos han compensado esta fragilidad: mejor organización interna de las estructuras productivas, incremento de esta producción, apertura de un sector de intercambios. Pero antes de examinar estos puntos que hacen del siglo XII el «gran» siglo medieval, hay que hacer entrever otra solución, en definitiva mucho más simple y adoptada en todas las épocas: la de ir a tomar a casa del vecino lo que no se tiene en la propia.

El primer núcleo de Europa —Francia, Germania, Italia nórdica y central— se constituyó gracias a la conquista, acompañada de una cristianización más o menos brutal. A su alrededor, permanecían como ajenas a esta construcción tanto la Italia griega como al-Andalus, los archipiélagos celta y sajón, los núcleos eslavos aún dispersos o el magma escandinavo. Cuando comienza el siglo XII, ya las cosas han cambiado en buena parte: la cristianización de Polonia y Hungría, las relaciones políticas y comerciales que unen estas regiones al Imperio bizantino, las han incluido en el mundo europeo, lo cual no se puede decir de los territorios rusos o lituanos, donde a veces ni siquiera pueden llegar los misioneros cristianos. Al norte, los pueblos escandinavos desempeñan una función idéntica, desde Islandia hasta Novgorod o Kiev, y una vez relativamente estabilizado su destino político, se integran en la Europa cristiana. Sobre todo, hecho capital, la conquista de Inglaterra por el normando Guillermo amarra la isla al continente, al tiempo que las de Sicilia y el sur de Italia por los normandos que acompañan a Roberto Guiscardo y su hermano Roger desgajan de Oriente estos pontones antiguos. Por último, en España la suerte se ha pronunciado de manera durable en favor de los cristianos, y las líneas del Tajo y del Ebro resisten con solidez el renovado embate de los magrebíes. Europa central y del norte, meseta ibérica, *mezzogiorno* italiano: zonas donde puede encontrar tierras quien está de más en la aldea, si no teme a la aventura.

«Drang nach Oslen»

Desde hace mil años, germanos y eslavos se enfrentan por la posesión de los limos trigueros de Sajonia, de Silesia, de Bohemia, de Posnania, por las costas y la pesca del Báltico, la madera y las pieles de Pomerania y Prusia, las rutas que llevan al Danubio y al mar Negro. Toda la fase anterior a 1100 se ha limitado

a una cristianización, menos ardua a fin de cuentas que la de los sajones de antaño, y a un vaivén de avances y conquistas alternos. El principal efecto de dichos avances consiste, por una parte, en el surgir, hacia el año mil, de la conciencia unitaria polaca, que llevará a sus reyes, como Boleslao Chrobri, hasta el Elba o frente a Praga alrededor de 1005, y, por la otra, en la constitución, en el lado alemán, de un sólido cojinete de «marcas», territorios militares sin fronteras en el este, en los que todas las posibilidades se ofrecen a los guerreros y a los pioneros: Nordmark o marca de Billungs, marca Soraba, Nordgau frente a Bohemia, Ostmark en la región donde más tarde nacerá Austria. Esta situación es tanto más inestable cuanto que, según ha revelado en los últimos 30 años la arqueología polaca, en pleno auge, los grupos polacos se hallaban en un período de gran vitalidad urbana, artesanal y militar, y decididos a no dejarse llevar sin luchar más allá del estadio de occidentalización que suponen el cristianismo y la redacción en latín de las actas de los príncipes.

El ataque decisivo se inicia a principios del siglo XII. Durará dos siglos, pero su primera mitad es la más espectacular. En primer lugar porque se trata prácticamente del único ejemplo de racismo patente que se manifiesta en la Edad Media. No solo, y ya a partir de 1100, se atrae al eventual inmigrante alemán, flamenco o frisón mediante la promesa de una substancial ganancia en tierras y en dinero gracias a la expoliación de los «paganos» —los cuales, sin embargo, habían sido cristianizados—, sino que se le incita al desprecio y al odio describiendo a tales paganos, y particularmente a los polacos, como «bestias repugnantes». ¿Propaganda excesiva? Más que eso, pues san Bernardo no vacila en prometer el cielo a quien libre al Imperio de estos odiosos vecinos. En segundo lugar, porque los campesinos gozan de apoyo militar, lo cual conduce a una extensión política del Imperio y a relegar más al este a los grupos eslavos.

Y finalmente, porque toda la actividad comercial y artesanal de las llanuras del Oder o del Vístula, desviada ahora hacia el Báltico y el Elba, servirá de *hinterland* para que lo explote la Hansa de los puertos germánicos del norte, con lo que resultarán muy mermadas las relaciones entre los mundos bizantino y mediterráneo en general y el norte del continente.

Podemos seguir con bastante facilidad la progresión alemana, regular e irresistible a lo largo de todo el siglo XII, apoyada en príncipes llenos de ambición y de codicia: Alberto el Oso, que se instala en el Brandeburgo hacia 1130-1135; Enrique el León, que funda la ciudad de Lübeck en el norte (1143-1161) y ocupa Lusacia en el sur (1158); posteriormente, son absorbidas Silesia (1160) y Pomerania (1180). Si la autoridad de los príncipes polacos se mantiene, con mayor o menor dificultad, alrededor de Poznan o de Cracovia, el derecho de las ciudades alemanas invade toda la Gran Polonia y, en el siglo XIII, se extiende hasta Mazovia y Galizia. Prosiguen la labor de germanización los monjes soldados, caballeros teutónicos y caballeros portaespadas, que privan a Polonia de sus accesos al mar al iniciar su expansión armada, a partir de 1208 y sobre todo de 1231, por la región de Gdansk (Danzig), Prusia, Curlandia y Estonia hasta el lago Peipus, donde en 1242 fueron frenados por el príncipe de Novgorod, Alejandro Nevski.

Más difícil resulta representarse las condiciones materiales del despojo de que fueron víctimas los polacos. Para atraer a campesinos alemanes se concedieron diversas reducciones de las cargas con las que normalmente eran gravados en Alemania central: las parcelas distribuidas eran vastas, los cánones se fijaban en gran parte en términos de dinero y no de porción de la cosecha, las comunidades disfrutaban de una considerable autonomía, el derecho y la protección estaban más garantizados que en el oeste; y la toponimia muestra la multiplicación de lugares habitados surgidos con los recién llegados, o rebautizados

en alemán. Esto plantea un problema de difícil solución: la coherencia y el notable nivel técnico alcanzado por las poblaciones polacas hacen poco admisible la idea de una asimilación rápida y pacífica, pero los textos no se refieren para nada a violencias. La presencia de *Kietze*, especie de reservas o zonas de reagrupamiento en Lusacia y Brandeburgo, así como la persistencia de términos eslavos, e incluso de la lengua polaca en Silesia, ilustran sin duda la subsistencia de una parte de la población local, evacuada y reagrupada; pero el resto probablemente desapareció, masacrado o expulsado hacia el este.

Hacia el círculo polar

La aventura escandinava, de la que ya nos hemos ocupado ampliamente, es, sin lugar a dudas, uno de los hechos más espectaculares de los siglos IX, X y XI. Desde Groenlandia hasta Siria del norte, desde Londres hasta Palermo, los normandos desempeñaron un papel capital en los más variados campos: contactos comerciales, rutas fluviales y marítimas, técnicas de navegación, expulsión de los griegos hacia el este, vinculación de la zona báltica y del archipiélago sajón al mundo franco. Sin embargo, en 1100 lo esencial de esta epopeya ha terminado ya. Lo que queda por hacer no es, empero, menos importante: implantarse, explotar.

Aquí, la situación es fundamentalmente distinta: nadie vive en los hielos, las morrenas, las cenizas volcánicas o en medio de los bosques de Groenlandia, Islandia y Escandinavia del norte; unos cuantos lapones a la altura de las islas Lofoten, los primeros esquimales instalados entre la Tierra de Baffin y el norte de Groenlandia, ni un alma en Islandia cuando desembarcan los noruegos en el siglo X; en la misma Escandinavia no hay —salvo en Dinamarca y sus inmediaciones, con mayor densidad de población— más que grupos dispersos de pescadores y cazadores alrededor de los fiordos y en las islas cercanas a la costa noruega, asentamientos más compactos alrededor de Birka y

Uppsala, en Suecia, pero ningún grupo humano, o casi, más allá de los 65º de latitud norte, la latitud de Islandia; tampoco la cristianización, por otra parte, ha llegado más lejos. Es en los siglos XII y XIII cuando, ávido de tierra o de minerales, un excedente demográfico penetra en los bosques interiores y avanza hacia el norte, viviendo en aldeas estacionales en un primer tiempo y más tarde en grupos autónomos asentados en pueblos; allí, la fuerza de las obligaciones colectivas no tiene parangón con ningún otro lugar del continente: los peligros del mar y los incendios forestales son elementos de cohesión local lo suficientemente poderosos como para que los poderes de Estado se limitaran a los servicios guerreros, los cuales, por otra parte, fueron esencialmente defensivos a partir de 1100.

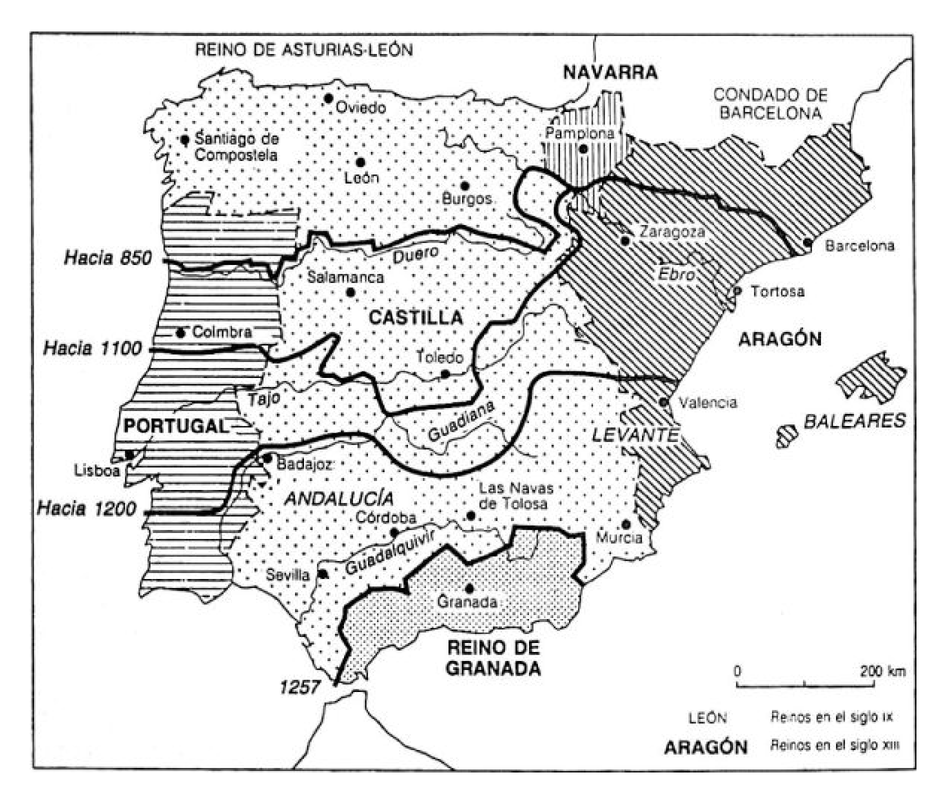
Es casi imposible señalar etapas en esta conquista: las «sagas» narran los viajes lejanos, no la lucha cotidiana, hacha en mano; una estela rúnica del siglo XIII en la costa oeste de Groenlandia, a 72º de latitud norte, constituye el testimonio más septentrional del avance escandinavo en el norte del Atlántico; en Islandia, hacia 1200, hay unos 40 000 habitantes, y la agricultura se ha apoderado de todas las franjas de aluviones arables; en Escandinavia, incluso la costa sur de Finlandia, está poblada de suecos a partir de 1150, al igual que las riberas del lago Ladoga; una serie de implantaciones eclesiásticas al norte de Oslo y en la región de Jämtland, al norte de Uppsala, atestiguan una penetración interior muy lenta y sumamente tenue. Pero da la impresión de que ni las orillas del golfo de Botnia ni las del norte de Noruega tuvieron pobladores permanentes antes del siglo XV. Por otro lado, las servidumbres tan particulares que implicaba el asentamiento humano en aquellas condiciones geográficas tampoco hacían posible la absorción de una masa considerable de inmigrantes. Este es uno de los argumentos que gustan de emplear los historiadores ingleses para quienes la implantación danesa del siglo XI en el nordeste de

Gran Bretaña —aun sin sobreestimar sus vestigios toponímicos y onomásticos— constituye una forma de expansión demográfica, al igual que lo será, un poco más tarde, la oleada posterior de los guerreros normandos, que afectará una vez más a Inglaterra, así como a Sicilia. Pero todo esto son realidades del siglo XI. De 1100 en adelante, solo a Italia meridional y a Sicilia llegan unos pocos colonos normandos en tiempos del «rey» Roger II y se les instala en torno a Catania y Amalfi. Minucias: aparte de los jefes, en este sector del Mediterráneo no hay más que latinos, griegos, lombardos y beréberes.

La Reconquista

Los polacos son masacrados o expulsados, los escandinavos no encuentran alma viviente en las glaciales desolaciones que exploran, pero hay un tercer tipo de expansión cuyo modelo lo ofrece la península ibérica. Porque si la Reconquista va acompañada de una repoblación que se nutre tanto de inmigrantes venidos de allende los Pirineos como de los excedentes demográficos asturiano o catalán, ello no significa que haya aquí tierras vacías o una población diezmada. Es de extrañar que una obra tan duraderamente juiciosa, humana, e incluso liberal, de fusión entre distintas etnias y confesiones, una obra que tanto honra a los hombres del medioevo español y portugués, haya sido presentada de manera persistente por la historiografía ibérica como una expulsión vengadora o como una reconversión del todo natural, y que haya sido preciso esperar hasta las últimas décadas para que los eruditos españoles y portugueses sigan —al menos en su mayoría— los caminos trazados por historiadores extranjeros, esencialmente franceses, desde hace medio siglo: sí, la Reconquista es también una victoria de la Cruz, así como una realización política, «nacional», pero es ante todo una obra de compenetración y de síntesis que aún hoy, pese a los errores de los siglos XVI y XVII, confiere a la península el sello de la originalidad.

En el momento que nos ocupa, las bases de partida, abruptos desfiladeros pirenaicos y refugios cantábricos, ya han sido dejadas muy atrás: Santarem, Toledo, Guadalajara, Zaragoza y Tarragona señalan, hacia 1118-1128, los límites territoriales extremos de las cuatro coronas: la de Portugal, que en 1147 toma por capital a Lisboa; la de Castilla y León, que puede escoger entre las ciudades «reales» de León, Burgos, Salamanca, Valladolid o Toledo; la de Aragón y Cataluña, fruto de una reciente unión dinástica; la de Navarra, privada ya de todo contacto con el Islam. En el siglo XIII tiene lugar el embate decisivo, después de que una nueva acometida magribí, la de los almohades, amenazara con poner fin a la progresión de los reinos cristianos: la batalla de Las Navas de Tolosa, en 1212, deja expedito el camino de Andalucía, y en una generación son conquistadas la Mancha y Levante, los valles del Guadiana y el Guadalquivir, el Algarbe y las Baleares. Mallorca y Badajoz caen en 1230, Córdoba en 1236, Valencia en 1238, Murcia en 1243, Sevilla en 1248, Cádiz en 1265. En la banda costera meridional, alrededor de Almería, Málaga y Granada, un reino musulmán residual, feudatario de Castilla, empieza a expirar lentamente.



La Reconquista

Este ritmo rápido y decisivo que era preciso evocar aquí coloca al historiador ante múltiples problemas de difícil solución. No cabe duda que durante mucho tiempo se ha minimizado la solidez del *hinterland* pirenaico y cantábrico: sus recursos en madera, hierro, carne, cereales, la fuerte cohesión de las comunidades montañesas y guerreras, fáciles de congregar para conducirlas a la conquista del botín, así como el contacto, que hacia el fin del milenio se hace cada vez más intenso, con el numerario musulmán, elementos todos que constituyeron una solidísima plataforma sobre la que erigir una construcción más ambiciosa. Pero fueron necesarios hombres venidos de otras tierras, y en los siglos XI y XII se ven llegar contingentes desde Borgoña, Languedoc y Aquitania, que contribuyen a reforzar tanto el empuje económico frente al Islam como la autonomía de los grupos de campesinos conquistadores. No puede deberse

simplemente al azar de las fuentes el que en España aparezcan, antes que en ninguna otra región, los privilegios, las franquicias, los fueros concedidos a ciudades y pueblos, que encomiendan a los habitantes la defensa armada de sus casas, a veces incluso a caballo aunque se trate de campesinos (el fenómeno de la llamada caballería villana es un ejemplo único en todo el Occidente medieval); las zonas ocupadas, entre tanto, se iban equipando de molinos y de forjas. Tal vez en una primera fase, en el siglo XI, las tierras «reconquistadas» formaban una «frontera», permeable a los mercaderes y a los rebaños trashumantes, y cuyo aprovechamiento exigía una aportación demográfica; algunos historiadores españoles siguen convencidos de que había ahí una zona vacía de hombres.

En cambio, el avance posterior a 1150, que no fue acompañado de ninguna masacre ni de expulsiones, no se efectuó por terreno deshabitado; ciudades y pueblos eran ricos y tenían una nutrida población; tras la ocupación siguieron creciendo, sin que ello perturbara una reconquista que tan rápidamente progresaba. Fue así porque se produjo una lenta amalgama: los príncipes, y también la nobleza, tuvieron la sensatez, incluso cuando agrupaban las diversas confesiones en barrios o en pueblos diferentes, de no forzar las conciencias y dejar subsistir los derechos y justicias precedentes. Esta actitud ha movido a algunos a creer que durante la fase de dominación musulmana la «arabización» de España fue muy superficial, y que hubo en todo momento una fuerte proporción de cristianos mozárabes en los territorios sometidos al Islam. Ahora bien, aparte de la escasa verosimilitud de que cinco siglos de poder musulmán (¡más de lo que duró el dominio de Roma sobre la Galia!) no dejaran más huella que una simple pátina, está el hecho de que la yuxtaposición, en la ciudad, de los barrios francos, mudéjares, judíos o ibéricos, así como la toponimia en el campo, muestra la variedad de la población que coexistía en dichos lugares y el tiento

que se precisó para evitar rebeliones entre los vencidos. Todavía quedan muchos estudios por hacer para examinar si realmente las condiciones de tenencia eran más favorables en las aldeas cristianas que en las alquerías musulmanas.

En total, se puede estimar que en el espacio de dos siglos —los correspondientes al gran impulso demográfico de Europa—, la superficie ganada por el Occidente cristiano, ya a la naturaleza hasta entonces virgen, ya a expensas, total o parcialmente, de pueblos situados en sus márgenes o fuera de ellos, debió de suponer un aumento en tierras cultivables del 15 al 40 por 100 en el interior del núcleo original, y una ampliación que *grosso modo* alcanza el millón de kilómetros cuadrados, al norte, al sur y al este de dicho núcleo, lo cual equivale a doblar su extensión. Con todo, este prodigioso ensanchamiento territorial se revela insuficiente para absorber toda la vitalidad que Europa irradia desde el siglo XI, ya que a esta dilatación por el continente se añade la expansión hacia ultramar.

La conquista del mar

La abundancia en peces de los grandes ríos de Europa septentrional y un relieve sin obstáculos notables a lo largo del gran creciente fértil que va desde el País Vasco hasta Prusia hicieron de la mayor parte de los germanos y celtas hombres de tierra firme, que vivían de espaldas al mar. Hace falta la aspereza de los suelos hercinianos o caledonianos para empujar a la pesca de altura y al cabotaje, en rías y fiordos, a las poblaciones de Armórica, Gales o Escandinavia. Pero aunque el estaño de Cornualles, las riquezas de Thule y el ámbar del Báltico extrañaban a los hombres de la antigüedad, y aunque la flota de los vénetos de Bretaña había puesto en aprietos a Julio César, lo cierto es que los mares fríos no juegan en el noroeste de Euro-

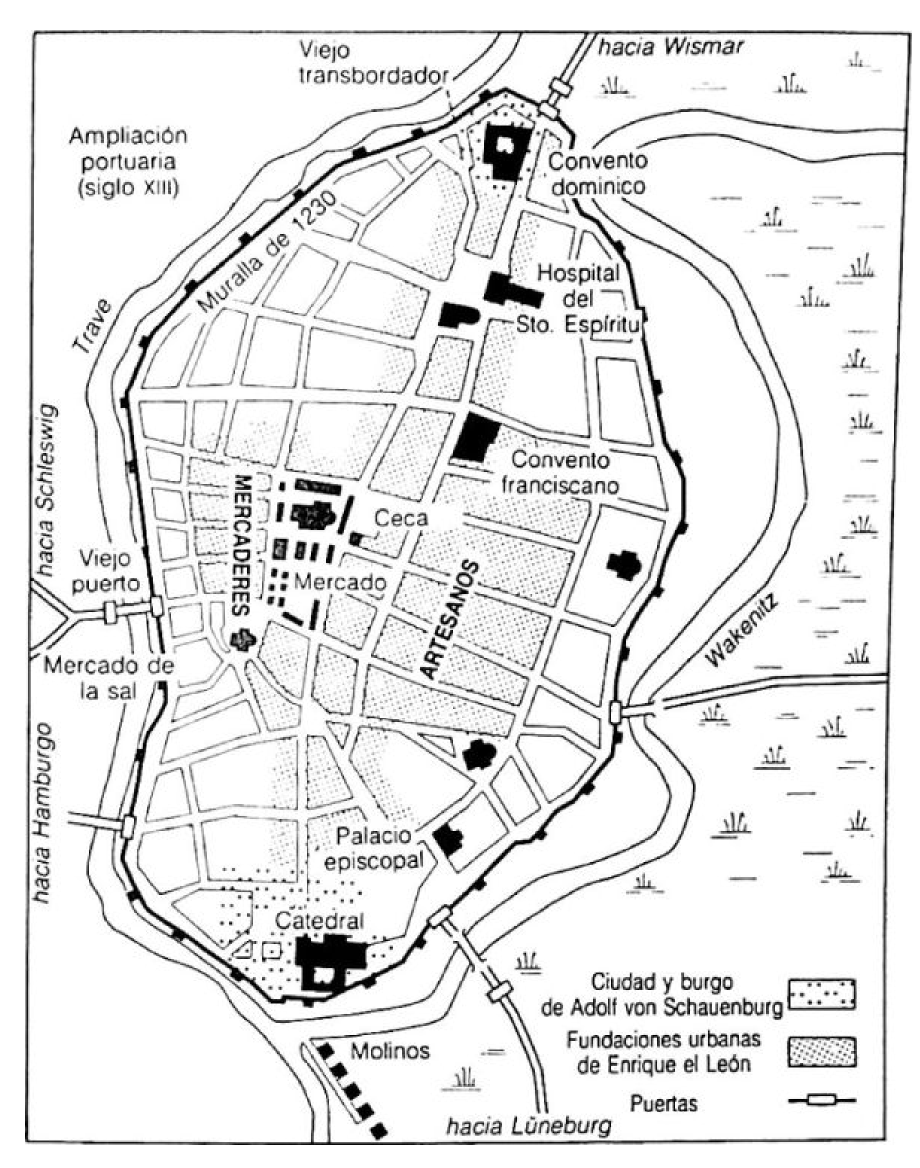
pa el mismo papel que el «mar latino» al sur; en este último sector, ciudades y poblaciones costeras solo viven de él, y de él dependen también el comercio y los desplazamientos humanos. Rechazada hacia el interior y «sin poder hacer flotar siquiera una tabla», según se burlaban en Ifrîqiya, la cristiandad se hallaba privada de su base tradicional de riqueza, condenada al azadón y al pastoreo. Bizancio, como hemos tenido ocasión de ver, había podido superar en parte esta situación, recuperar hasta cierto punto el dominio de la ruta desde Bari hasta Chipre, o incluso hasta Antioquía; pero más al oeste, los sarracenos de La Garde-Freinet, del delta del Ebro, de las Baleares y de todas las demás islas, «trepan como cabras» por el Apenino, los Alpes, y a veces hasta por los Pirineos; y Henri Pirenne, como es sabido, veía en este fenómeno una decisiva ruptura con la Antigüedad.

La vida en los mares fríos

Al oeste, el océano: una extensión ilimitada, de potente oleaje, barrida por lluvias y borrascas que nadie afrontará antes de que pase mucho tiempo. Porque si bien los mancusos ibéricos encontrados en Inglaterra o los marineros vascos de cuya presencia en Irlanda, por ejemplo, nos han llegado noticias, indican travesías desde la península hasta las islas británicas cortando por el golfo de Gascuña, difícilmente se puede calificar a tales viajes como de alta mar. Asimismo, los pescadores de Asturias, de Oporto, de Bayona, y con mayor razón aún los de Bretaña, se abstenían de alejarse de las costas. En cuanto al comercio, tanto el de la sal de Bourgneuf, que los mercaderes vienen a buscar desde Alemania, como el del vino de La Rochela a partir de 1115, o de Burdeos a partir de 1172, con dirección a Inglaterra, se realizan con barcos que practican la navegación de cabotaje.

Como es habitual en este campo, solo los escandinavos afrontan los peligros atlánticos y, a partir del siglo IX, lanzan un

ataque en la costa marroquí, cerca del *wadi* Sebou, y cruzan el estrecho de Gibraltar; más tarde, los que se dirigirán a Sicilia tomarán el mismo camino, y también los que en 1147 contribuirán a expulsar a los musulmanes de Lisboa. Pero se ignora la ruta exacta que siguieron y, de todos modos, antes del establecimiento de una línea Italia-Flandes, ya muy entrado el siglo XIII, no puede hablarse más que de casos aislados. El Atlántico sigue siendo una zona que repele.



Plano de Lübeck

El centro de la ciudad comprende el mercado, enteramente en manos de los mercaderes, tiendas y calles ocupadas por comerciantes y artesanos especializados. En esta ciudad de reciente colonización, desprovista de monasterios antiguos, franciscanos y dominicos se instalaron tempranamente, a partir de 1225.

Por el contrario, sus mares anejos se convirtieron, antes incluso de 1100, en zonas familiares del ámbito marino. Los frisones de los *terpen*, desde hacía tal vez mil años o más, los yutos

y los sajones, y sobre todo los escandinavos, surcaban el canal de la Mancha, el mar del Norte y el de Irlanda, el Báltico y el Ártico hasta donde estaba libre de hielos. Las fuertes desigualdades de temperatura, de color, de salinidad que presentan las aguas marinas en estas regiones, así como, durante mucho tiempo, la ausencia de hostilidad por parte de las poblaciones ribereñas, posibilitaron la lenta maduración de una técnica para la navegación de altura y la pesca lejana, junto con un arte de la construcción naval, elementos que hacen de esta parte del mundo uno de los principales focos de interés de la historia de la marina, en el que hay que buscar el origen de los progresos náuticos realizados por la Europa medieval. Los especialistas señalan la importancia del desdoblamiento del modelo de barco nórdico en tipos distintos, fenómeno que sitúan en torno a 1100. El *knörr* sueco, la *snekkja* danesa, largas embarcaciones de veinte remeros por banda, podían afrontar sin duda los grandes espacios vacíos de los mares del norte: son los navíos de los normandos, aquellos cuyas hazañas aparecen en las sagas, los que fueron a conquistar Islandia, que echaron el ancla en Groenlandia, que llevaron a sus tripulaciones hasta Labrador. Pero al ser navíos de combate o de pesca, sin puente y más rápidos que estables, resultaban poco aptos para el transporte de la sal de Vendée, del vino gascón o del trigo y la madera polacos; permitían, todo lo más, el de pieles, arenques o porciones de ballena, que, en efecto, a partir del siglo X acarreaban desde Ruán hasta Pomerania. Poco a poco, reemplazan a las anteriores unas embarcaciones de un nuevo tipo, semejantes a grandes barcas, casi tan altas como largas, con un arqueo de 300 a 500 toneladas, provistas de un castillo de popa y un puesto de vigía, y capaces de recorrer, a vela, de 180 a 200 kilómetros por día; es la *hogge* o *kogge* báltica, el navío mercantil por excelencia, antecesor de la nave y de la posterior carabela. Cuando, a principios del siglo XI, el danés Knut el Grande y el noruego Olaf el

Santo dirimen en una batalla naval su rivalidad marítima (1026), el único modelo de embarcación de que disponen es la *snekkja*, caso asimismo de Guillermo el Conquistador en el momento de su ataque a Inglaterra (1066). La destrucción de la factoría danesa de Hedeby por los alemanes ese mismo año es como una señal de que, en los mares nórdicos, la superioridad ha cambiado de campo; y serán los *koggen* los bastimentos de que se van a servir los mercaderes alemanes desde principios del siglo XII, cuando hacen acto de presencia en Bergen, en Lund, cerca de Sigtuna (1104-1110). A partir de entonces, el Báltico empieza a ser zona alemana, como también, poco más tarde, lo será el mar del Norte.

Obviamente, no fue una empresa que se lograra en un día. Resulta cómodo, y es sin duda bastante justo, conceder una importancia simbólica a la fundación de Lübeck, entre 1158 y 1161, gracias a los esfuerzos, primero rivales y más tarde conjuntos, de los dos «grandes marqueses» de la germanización al este del Elba, el León Enrique de Sajonia y el Oso Alberto de Brandeburgo. La creación de la Hansa universal de los mercaderes alemanes, desde Gdansk hasta Bremen, y la libre travesía de los estrechos daneses hicieron posible un control de los *Österlingen* en todo el espacio comprendido entre la desembocadura del Támesis y Riga (1200), e incluso Novgorod. El comercio del arenque salado y los productos lácteos, la pez y los cereales, llevados hacia Flandes y Londres a partir de 1210, y, en sentido contrario, el de la lana, el estaño y el vino, transportados hacia los países eslavos, pasaron a manos de los mercaderes de Hamburgo y de Lübeck, y más tarde, a partir de 1236, lo asumieron en Lituania los caballeros teutónicos, aquellos templarios de la Europa oriental cuyo tiempos se repartía hábilmente entre los negocios y la conversión por la espada. En este aspecto, solo se puede hablar de expansión o de evolución en un campo de actividad existente desde tiempo inmemoriales.

Han hecho falta los excesos del siglo XX para que los bancos de arenques del mar del Norte lleguen a agotarse; en la Edad Media, sin embargo, constituyeron un artículo que sustentó la vida cotidiana de una parte de Europa, y aunque su pesca goce de un prestigio menor al del comercio de las especias, yo la tengo por más interesante.

Contraataque en el Mediterráneo occidental

La intolerable presión ejercida por los musulmanes en el flanco sur de la Europa cristiana no era, ciertamente, un fenómeno reciente a fines del primer milenio; el contrabando de madera, esclavos o armas realizado por venecianos y catalanes pese a las tajantes condenas pontificales de 970, 992 y 1005, o el ligero comercio establecido desde 992, con algunas ventajas aduaneras, entre Bizancio y Venecia, no podían bastar para dar curso libre al tráfico de los productos europeos hacia el sur o el este, o siquiera facilitarlo en grado apreciable. Por lo que se refiere al este, la vía danubiana, abierta de nuevo hacia el año mil gracias a la conversión de los húngaros al cristianismo, habría podido servir de paliativo, y en efecto, un puñado de mercaderes alemanes se servía de ella. Pero según el testimonio de los judíos radanitas y comerciantes bizantinos, se trataba de un itinerario penoso, incierto y peligroso, tanto en el río mismo como en las orillas. Además, la hostilidad de los búlgaros en el tramo final y en la parte más delicada del trayecto, en las Puertas de Hierro y los Balcanes, complicaba el esfuerzo del mercader, cuando no le ponía fin; sin contar el inconveniente suplementario que representaron, pasado 1050, las incursiones de los pechenegos en las zonas subdanubianas. Añádase a todo ello que, para un provenzal o un italiano, este camino parecía inaccesible. De modo que no podía caber duda alguna: era preciso abrir una ventana y abrirla en el sur.

Ahora bien, la realización de este empeño implica superar dos obstáculos capitales. Por un lado, los progresos del arte de

navegar son, en el Mediterráneo, todavía mediocres. Se siguen construyendo, según técnicas antiguas, rápidas galeras de dos palos, más aptas para la piratería que para el comercio, y *dromon* con dos hileras de 25 remeros, de 40 a 50 metros de longitud, que si bien pueden servir como embarcaciones de carga adaptadas al oleaje poco embravecido del Mediterráneo, resultan lentos y tienen un aforo reducido (apenas 300 toneladas de arqueo). En este campo, no se ha efectuado ningún avance con respecto a la época romana; más bien cabría indicar un retroceso. Por otra parte, los barcos de Bizancio y los del Islam magribí u oriental son idénticos, sin que los occidentales gocen de ninguna superioridad, muy al contrario, puesto que los astilleros —Barcelona, Saint-Gilles, Génova, Gaeta…— están bajo la perpetua amenaza de un golpe de mano venido de Córcega, las Baleares o Sicilia. Solo los venecianos en el Adriático y los griegos en Barí logran trabajar sin demasiado peligro; los piratas eslavos de la costa iliria o albanesa son menos temibles que los sarracenos. El segundo obstáculo se debe a la dispersión, hasta finales del siglo XI, de los puntos de partida de un posible contraataque cristiano. Las potencias políticas y militares parecen enfrascadas en otros asuntos, o, por lo menos, partidarias de otros métodos. En 975, el emperador sajón ayuda a destruir el nido de víboras que desde hacía varias décadas suponía para la cristiandad el enclave musulmán de Le Freinet, en el sur de Francia, pero en cambio fracasa en Italia, e incluso sufre un serio revés junto al cabo Colonna (982); en lo sucesivo se guarda de toda tentación marítima, en tanto que el emperador de Bizancio se limita a conservar sus cabezas de puente de Nápoles y Tarento. En Provenza, en Languedoc, en Lombardía, nada; en Cataluña, el conde de Barcelona desarrolla sus actividades —que son a escala modesta— por tierra firme. Hay en Valencia una potencia marítima semicristiana, la de Rodrigo Díaz de Vivar, pero el Cid está al servicio de los musulmanes cuando no

trabaja en su propio beneficio. Alfonso VI de Castilla lo reducirá a la obediencia hacia 1092, pero atacándolo desde el interior. En tales condiciones, el contraataque cristiano solo puede provenir de iniciativas individuales y urbanas, y, en un primer tiempo, debe ceñirse a combatir la piratería.

La reconquista del mar Tirreno es un acontecimiento capital de la historia de la Europa medieval y, al mismo tiempo, uno de los peor conocidos y de los menos estudiados. Los puntos de referencia no faltan, pero los motivos, los métodos y la evolución siguen, en gran parte, en la sombra. Lo que mejor se distingue es el marco casi institucional de los acontecimientos: tras las invasiones hilâlíes en Ifrîqiya en 1045 y 1058, y pese a algunos esfuerzos por coordinar sus acciones los zîríes de Qayrawân y de Mahdya dieron rienda suelta a los jefes locales de Sicilia y Cerdeña, y desencadenaron asimismo una serie de incursiones piadosas con bases en los *ribats* fortificados de la costa norte, cerca de Bujía; pasado 1014, los hammûdíes de Tâhart están más ocupados en su proyecto de penetración en el Sahara que en fomentar la piratería. Simultáneamente, la fragmentación, en 1031, del califato cordobés en una quincena de reinos de taifas rivales anula el peligro de los musulmanes ibéricos en el mar, con la excepción del que sigue representando la taifa de las Baleares, dominada por la estirpe de los Banu Muchahid. Y estos hechos coinciden con el momento en que tiene lugar el despertar de las comunidades urbanas de Italia, no solo las de zonas bizantinas como Amalfi, Salerno o Gaeta, que siempre habían tenido contacto con las rutas de Oriente, sino las del norte, Pisa, Génova, Luca. Con todo, no distinguimos una organización coherente de los poderes locales hasta después de 1035, lo que deja suponer que las primeras manifestaciones agresivas venidas de dichas ciudades debieron de ser obra de corsarios que actuaban por su cuenta. Los pisanos fueron los primeros en manifestarse, y hacia 1013-1015 se les encuentra

ya en Córcega y en Cerdeña, y en Bona en 1034; siguen los genoveses, que empiezan a establecerse a lo largo de toda la costa ligur. Pero el esfuerzo principal no llega hasta la segunda mitad del siglo XI, y cuando se produce resulta grandemente favorecido por la aventura de aquellos normandos que, según hemos visto en páginas precedentes, habían desembarcado de manera fortuita en Salerno en 1016 y cuyo número se había ido incrementando en Italia meridional entre 1016 y 1030. Estos peregrinos, convertidos primero en mercenarios y más tarde en conquistadores en beneficio propio, eliminaron poco a poco a los capitanes griegos y a los potentados locales de Aversa (1038), Apulia (1042-1060), Calabria y Campania (1060-1070), Gaeta (1073) y Salerno (1077), y se hicieron con el control indirecto de Amalfi y Nápoles antes de proceder a su anexión (1127-1130). Un paso decisivo ha sido dado entre tanto: la reincorporación al mundo cristiano de Sicilia, cerrojo del Mediterráneo. Conquista difícil, tanto a causa del escaso número de guerreros normandos e italianos que ayudan a Roger y Roberto Guiscardo en su empresa como por la viva resistencia que oponen los fuertemente islamizados cabecillas locales: Messina cae en 1061, Palermo en 1072, Trápani en 1078, Siracusa en 1086. Malta es conquistada en 1090. La muerte del Cid, el incendio en 1087 del gran puerto tunecino de Mahdya, debido a un audaz golpe de mano de los genoveses, y el desbaratamiento momentáneo en 1114 de la dominación musulmana en las Baleares gracias a los esfuerzos conjuntos de pisanos, genoveses, catalanes y provenzales (operación que habrá que acometer de nuevo en 1229, por cuanto la llegada de los almorávides en 1115 devuelve el archipiélago al Islam) son diversas etapas de un movimiento por el que, en menos de cien años, se derrumba una superioridad naval musulmana que duraba desde hacía cuatro siglos. Es más: la situación se invierte, puesto que el normando Roger II, ahora «rey» de Sicilia, lanza a sus hom-

bres al ataque contra las mismas tierras islámicas y allí las mantiene durante varios años, en Sfax, Djerba y Trípoli en 1148, en Mahdya en 1156, cortando así la ruta marítima Almería-Damiette, eje del comercio musulmán en Occidente. El mundo islámico ha perdido uno de sus triunfos esenciales: el dominio del mar en el oeste mediterráneo.

El tránsito hacia el Este

El mar Tirreno, convertido de nuevo en un lago cristiano cuyas puertas, desde Malta hasta Otranto, están ahora exclusivamente en manos occidentales, resulta insuficiente para una Europa en expansión. Es cierto que el oro de África negra, el coral y los aceites del Magrib, y la lana y las pieles de al-Andalus han dejado de ser espejismos inaccesibles. Pero la demanda de la aristocracia, a la que pronto se suma la de las diversas burguesías, exige un acceso a Oriente. Ello supone una aventura de magnitud mucho mayor, ya que el cabotaje resulta más difícil a lo largo de riberas hostiles y que el alejamiento multiplica los riesgos; y, por último, porque ni Bizancio, ni los fâtimíes de Egipto, ni los hamdâníes y más tarde los seldjûqíes de Siria y Anatolia son adversarios que carezcan de fuerzas, organización y experiencia. Es necesario obrar con tiento.

Los peregrinos nunca habían dejado de acudir a los santos lugares, y al no poder utilizar la vía marítima desde el siglo X en adelante, hacían el viaje en barcos griegos o, en el mejor de los casos, venecianos. Por el camino, santuarios como los de Monte Cassino, San Miguel de Gargano o San Nicolás de Bari retenían las limosnas. A excepción de un breve período, a principios del siglo XI, marcado por el fanatismo de Al-Hakim, quien destruyó el Santo Sepulcro, los peregrinos viajaban solos y gozaban de cierta seguridad, pero sobre todo, al parecer, cuando pertenecían a las clases pudientes de la sociedad. El rebrote de piedad que precedió a la reforma de la Iglesia fomentó la peregrinación a Jerusalén —y todas las demás peregrinaciones—, y

las que tuvieron lugar en 1033, con motivo del milésimo aniversario de la Pasión, llevaron a Oriente a verdaderas multitudes de ambos sexos y de todas las condiciones, lo cual constituía una ganga para quienes habían hecho una profesión del transporte de peregrinos. En efecto, los que fletaban navíos expresamente para efectuar esta travesía, como los normandos que se detuvieron en Campania, constituían una excepción. La tradición historiográfica occidental hace mucho caso de las pretendidas trabas que oponían a este viaje los seldjûqíes, una vez consolidado su dominio sobre el Cercano Oriente. Durante mucho tiempo se ha visto en su actitud la chispa que debía inflamar la fe armada de los cristianos, pero se trata de un factor totalmente inventado: como mucho, los seldjûqíes hicieron a los viajeros víctimas de molestias administrativas, o tal vez de una exacción fiscal, vejámenes abultados a su regreso por viajeros descontentos como Pedro el Ermitaño; de hecho, la ocupación de Jerusalén por los turcos fue de corta duración (1070-1089), y la gran atracción que por dicha ciudad sentían los europeos era muy anterior, e iba a sobrevivir al transitorio dominio de los seldjûqíes.

Una dificultad particular provenía, evidentemente, de la presencia bizantina en el camino, y aún complicaba la situación el aserto del Imperio según el cual Bizancio conservaba derechos históricos sobre las tierras de Oriente perdidas desde el siglo VII. En el Oeste predominaba la opinión de que correspondía a los «romanos» —es decir, a los griegos— proteger a los peregrinos, y de que a ellos incumbía asimismo la misión de hacerse de nuevo con el control de Oriente. Ni los emperadores sajones del siglo X ni la dinastía Salía de la centuria siguiente les disputaron esta función de escudo y espada de la cristiandad. Ni siquiera cuando, en 1054, se consumó la ruptura oficial entre las sedes de Roma y de Constantinopla, la Iglesia occidental invocó el cisma para despojar a los griegos de esta mi-

sión; lo más que se puede afirmar es que la ignorancia mutua y el sentimiento creciente de una gran disparidad de nivel económico y de conceptos morales entre las dos partes de la antigua *Romanía* no creaban precisamente las mejores condiciones para lograr una aproximación frente a un enemigo común, al que, por otra parte, unos y otros juzgaban de manera muy distinta. El brusco retroceso de los griegos hasta los estrechos por obra de los embates turcos y el asalto imprevisto de los pechenegos por el norte no causaron un gran revuelo en Occidente. Solo los normandos de Sicilia y de Apulia vieron en ello una ocasión de la que aprovecharse: en 1071 Roberto Guiscardo arma una flota en el Adriático, y solo el matrimonio de su hija con un vástago del *basileus* Miguel IV le hace mantenerse a la expectativa. Pero en cuanto desaparece su consuegro, y creyendo oportuno para actuar el momento en que la dinastía de los Comneno se instala con dificultades en el trono, Roberto Guiscardo desembarca en Durazzo con la bendición del papa (1084), avanza por Epiro y llega hasta Tesalia. Pero la resistencia local, la comparecencia de Alejo Comneno en la zona y las amenazas de los venecianos, interesados en el mantenimiento del *statu quo* desde la firma de su nuevo tratado con Bizancio (1082), le obligan a regresar a sus bases. Por este lado, pues, parece muy dudoso que el emperador griego solicitara una ayuda que, además, hacia 1090 ya no le sirve para nada y solo puede acarrearle problemas; Occidente, por su parte, parecía poco sensibilizado a los infortunios de Bizancio.

Es preciso, por consiguiente, enfocar la vista en otras direcciones. No cabe duda que, desde el siglo X, hay comerciantes italianos que enlazan Europa del oeste con Oriente. A partir de 980 se encuentran numerosos venecianos en Constantinopla y amalfitanos en El Cairo y Alejandría. Sabemos que obtuvieron, aquí y allá, desgravaciones fiscales y en algunos casos una lonja propia; la fortuna de los célebres Pantaleone de Amalfi, que en

torno a 1060-1070 fundan un hospicio en Jerusalén y practican un comercio triangular entre Italia, el Egeo y el delta del Nilo, da fe de la relativa seguridad de los transportes, así como de un lento pero seguro renacer de la vía comercial marítima, tanto tiempo inutilizada, entre el Cercano Oriente musulmán y el Occidente cristiano. Además, las manipulaciones monetarias a las que Alexis Comneno se vio obligado a partir de 1088-1090 y que provocaron una devaluación del *nomisma* equivalente a los dos tercios de su valor precedente redundaron, a la larga, en beneficio de Occidente, por cuanto hacían más accesibles —y, por ende, más tentadores— los productos orientales. Como, además, la fiscalidad imperial se resignó a eximir total o parcialmente del pago de derechos el *kommerkion*, los artículos vendidos a un extranjero, exonerado a su vez, se puede decir que, a finales del siglo XI, un potente fenómeno de atracción económica lleva hacia el este a los negociantes de Europa. La reanudación de los contactos se revela como un fin cada vez más deseable y posible. Pero, por supuesto, nadie ignora que el mantenimiento del *statu quo* político, del que los venecianos son los adalides, constituye la condición básica de esta reapertura, de este desbloqueo. En el sector levantino del Mediterráneo, la piratería no es, como en el occidental, un mal endémico, y por otra parte, los convoyes venidos de Europa del oeste, en especial los *muda* venecianos, van escoltados por galeras de guerra, práctica que, si bien no está documentada hasta 1100, es sin duda más antigua. Así pues, todo hace esperar una evolución positiva; lenta pero, en cualquier caso, pacífica. Tal opinan los peregrinos, los mercaderes, y también los griegos y los musulmanes. Y bruscamente, como en un estallido, ocurre todo lo contrario.

La aventura en Tierra Santa

Aún hoy la cruzada no ha cesado de tener existencia en los sueños de los cristianos y en las pesadillas de los musulmanes.

Esta gran aventura que, durante dos siglos, sirvió como decorado de fondo a los fantasmas de Europa ha dejado en nuestra memoria colectiva un abundante poso de recuerdos, lamentables o gloriosos, de anécdotas pintorescas, y también de esperanzas, más o menos confesables. Un espíritu realista estigmatizará de un plumazo el fracaso final, en casi todos los campos, de esta penetración europea en pleno corazón del Islam; se ha llegado a escribir incluso, en son de burla, que en cuanto a resultados, las cruzadas aportaron bien poco más que la introducción del albaricoque en Europa. Y, en definitiva, una vez quebrantado el comercio, perdidas las «escalas», dispersadas las misiones, lo que Europa obtuvo del contacto con el Islam parece haberle llegado más por el conducto de España o del Magrib que a través de Irak o de Egipto. Pero poco importa la realidad de cuanto antecede: pese a todo ello, y por encima del indiscutible derroche de vidas humanas, de esfuerzos y de dinero que provocó, la cruzada fue un gran momento de la historia, al menos psicológica, de Europa, y legó un gran recuerdo a las generaciones futuras; con toda seguridad, san Luis, al morir en Túnez, no fue el único caso del agonizante que, como postrera palabra, pronunció: «Jerusalén».

La investigación histórica, tras haber rechazado por simplista la explicación tradicional de la fórmula «Dios lo quiere», que supuestamente habría provocado una avalancha de pobres, desharrapados y descalzos, en dirección a los santos lugares, ha fracasado en su búsqueda de causas susceptibles de satisfacer a los eruditos, y el caso es que, como he señalado poco más arriba, la expedición armada a Oriente no tenía ninguna razón de ser. Hoy en día, nos vemos reducidos a repetir, con los historiadores de 1920, que la cruzada es una pulsión inexplicable y sin justificación. De las investigaciones fallidas sobre el tema subsiste, por lo menos, una lección: un esfuerzo de dos siglos no puede atribuirse únicamente a la prédica vehemente de un

pontífice —y un pontífice, por si fuera poco, contestado a la sazón por media Europa—. La noción de guerra santa, o, más exactamente, de propagación de la fe mediante el uso de la fuerza, que tan destacado lugar ocupa en el pensamiento musulmán, no es ajena al psiquismo cristiano: dicha noción está subyacente, por ejemplo, en las numerosas conversiones efectuadas a sangre y fuego en la época carolingia, y sirvió asimismo para proporcionar a los alemanes el pretexto que necesitaban y que esgrimieron al incautarse de las apetecibles tierras polacas y lituanas. En cierta medida, por consiguiente, cabría esperar que el mismo espíritu animara a la Reconquista ibérica. Pero ya he dicho más arriba que el combate por el que los cristianos de la península fueron desalojando y rechazando hacia el sur a los musulmanes, sin estar exento de un hálito religioso, recibe su impulso de las preocupaciones económicas tanto como de la devoción; lo prueba con creces la actitud hacia los vencidos de los príncipes españoles desprovista de rigor antes de los años 1250-1300. Esta falta de intolerancia recuerda, evidentemente, la que también caracterizaba a los bizantinos al otro extremo del Mediterráneo; así, la vecindad parece empujar a la comprensión. Subrayemos que este tipo de visión no era forzosamente compartido por los restantes pueblos del mundo cristiano. Los barones borgoñones o languedocianos que entre 1063 y 1085 encontramos en Barbastro o en Toledo al servicio de los aragoneses o los castellanos se indignan de la clemencia de estos y claman por un mayor ensañamiento; al fin y al cabo, los papas Alejandro 11 y, tras él, Gregorio VII les han prometido gracias especiales y el estatuto de protegidos de san Pedro si combaten por la Cruz; ¿acaso no son, por excelencia, combatientes, *bellatores*, caballeros, *milites, milites Christi*?

En este aspecto reside la explicación fundamental. Si para salvarse bastara con ir a Palestina en barco y, en el caso del guerrero, con «hacer entrar la espada en el vientre de los infieles

tanto como quepa», según las caritativas palabras de san Luis, lo cual puede hacerse, por ejemplo, en Sicilia o en España, la cruzada —es decir, la explosión armada de gentes de todas las condiciones— no tendría ninguna razón de ser. Tuvo que intervenir, más allá de las ventajas prometidas al cruzado, una presión psicológica general que constituye uno de los elementos de toma de conciencia de la Europa románica. El simultáneo despertar de la piedad y de la producción se acompaña del agrupamiento de los hombres en el señorío y la fijación, al menos teórica, de una sociedad regulada por Dios. El más claro testimonio de esto lo ofrecen al historiador actual los «movimientos de paz»; no se puede dejar al Dios de los ejércitos, al Dios vengador en cuyas manos está el castigo, toda la tarea de defender a su pueblo y guiarlo hacia la salvación. Puesto que los reyes incumplen esta misión —ninguno irá a Jerusalén, porque todos están, por entonces, o excomulgados u ocupados en otra parte—, serán los mismos fieles quienes se ocupen personalmente de su propia salvación; los guerreros, por descontado, mediante el ejercicio de las armas; los clérigos mediante sus rezos; los trabajadores, mediante su sudor. Se concibe la «paz» como el mantenimiento, por la fuerza si es preciso, del reino de Dios; y entre las «instituciones de paz», la peregrinación armada ocupa un lugar destacado. Esto no lo había previsto Urbano II en 1095, cuando en Clermont incitó a los barones occitanos a cumplir su deber con las armas en la mano. El papa contaba con lograr la formación de un cuerpo expedicionario tolosano o provenzal, que tal vez, de paso, le salvara de las garras del emperador Enrique IV (pero se suele correr un tupido velo sobre las probables segundas intenciones del pontífice que no tuvieron ocasión de revelarse). En cambio, lo que se produce es un levantamiento general que escapa por completo a su control. De todas partes —Normandía, Flandes, Île-de-France, Renania, Borgoña, Aquitania, Lombardía, Sicilia—, excitados por

ermitaños, acuden iluminados y aventureros, sin que falten los ambiciosos, los marginados ni los segundones; hombres de guerra y campesinos que creen comprender que se les ofrece una vía privilegiada hacia el juicio final, la paz y la salvación mediante el sudor y la sangre, y ello bajo la atónita mirada de los mercaderes y los clérigos, por no hablar de los judíos, que fueron los primeros en pagar por la sencilla razón de que estaban a mano, a lo largo del Rin y del Danubio, y de los habitantes del Este, que poco esperaban un movimiento de tales proporciones.

Durante tiempo se habló de 100 000 hombres; las estimaciones actuales giran más bien en torno a los 4000 o 5000 caballeros y unos 60 000 infantes, con las mujeres y los niños. Estas cifras, que pueden parecer modestas a nuestros ojos, llenaron de asombro y de temor a los contemporáneos, temor al que contribuían sobre todo ciertas bandas campesinas con una sólida reputación de dedicarse al pillaje por el camino. No me corresponde aquí seguir a los cruzados en su marcha y en sus acciones, desde la partida de los primeros en la primavera de 1096 hasta la sangrienta toma de Jerusalén el 15 de julio de 1099. Pero sí que importa, para la historia de Occidente, señalar varios puntos. Tres de ellos, antes incluso de 1099, saltan a la vista de inmediato: en primer lugar, la imposibilidad de obtener un movimiento compacto dotado de un único impulsor. La autoridad del legado Aimar de Monteil pronto es rebasada; el jefe teórico, Raimundo de Toulouse, es contestado; el más alto barón, Godofredo de Bouillon, duque de la baja Lorena, no da la talla; la actitud de los cruzados frente al emperador griego resulta incoherente; se siguen caminos distintos; y lo que es peor, las motivaciones políticas inconfesadas de cada dirigente estallan a las primeras de cambio. Para los normandos de Sicilia, Bohemundo de Tarento y Tancredo, ha llegado la ocasión de reanudar los proyectos de Roberto Guiscardo en los Balca-

nes; para Balduino de Boulogne o Raimundo de Saint-Gilles, la de hacerse con feudos en Tierra Santa. Así pues, desde el primer momento, el trasfondo político y su imbricación con las ambiciones dinásticas de Europa vician la razón de ser de la empresa. En segundo lugar, inmediatamente resultó evidente la imposibilidad de confiar una tarea de esta índole a quienes no fuesen guerreros de profesión: ni siquiera estos tardaron mucho tiempo en sentir los sufrimientos causados por un clima, unas tácticas de combate, unas costumbres y unos hábitos alimentarios que les eran extraños. El calor, la sed, la lepra, el hostigamiento de arqueros fuera de su alcance pronto hicieron más estragos que los asedios o las cargas. En cuanto a los combatientes de a pie, el primer contacto con los turcos al otro lado del Bósforo significó su masacre. En estas condiciones, cabe distinguir dos hilos conductores cuyas diferencias no suelen destacarse con la suficiente nitidez: por un lado, «las cruzadas», las que llevan a cabo los príncipes cuando un acontecimiento capital exige un esfuerzo militar de excepción; y por el otro, «la» cruzada, las idas y venidas anuales que efectúan peregrinos, mercaderes y aventureros en las estaciones propicias para embarcarse. Porque la tercera observación enlaza con la que precede: la vía terrestre, la que corre paralela al Danubio y que tomaron la infantería de 10 %, los refuerzos de 1100 y, más tarde, príncipes como Luis VII, Conrado III y por último Federico Barbarroja, se reveló como un camino tan largo y peligroso que el principal efecto de las expediciones consistió en asignar al mar un papel prioritario en el transporte de los hombres, los animales y el material. En este aspecto, la aventura de Tierra Santa constituye una etapa fundamental en la reconquista del Mediterráneo oriental por parte de los cristianos.

Europa y la cruzada en el siglo XII

Notable por el continuo esfuerzo militar que exigió, la primera cruzada resulta todavía más sorprendente por sus pro-

longados efectos. Como es sabido, en dos décadas logró arrebatar al Islam todos sus accesos al mar, desde Cilicia hasta el delta del Nilo, e incluso permitió que, entre 1153 y 1169, el valle del bajo Nilo quedara sometido al control de los griegos y los francos. Si se considera, además, que hasta 1146 los cristianos —armenios y francos— conservaron, gracias a la posesión de Edessa, el dominio sobre los pasos del Taurus y el alto Éufrates, y que hasta 1185 ejercieron una supremacía absoluta en el golfo de Akaba —zona de tránsito de las peregrinaciones a la Meca—, se tendrá una visión del extraordinario peligro corrido por el Islam. Pero, como contrapartida, hay que tener en cuenta otros dos hechos: en primer lugar, que los «Estados» agrupados alrededor del rey de Jerusalén nunca llegaron a enseñorearse de la ruta interior del Creciente fértil (Mosul-Alepo-Damasco-Petra), lo cual equivalía en la práctica, con la sola excepción de Jerusalén, a confinarse en la costa; en segundo lugar, que estos «Estados» plantearon problemas de intendencia de índole muy «colonial». Una vez tomada la ciudad santa, y cuando los cruzados hubieron regresado a sus tierras de origen, los «reyes» y príncipes francos de Tierra Santa se quedaron con un número de combatientes que no pasaba de los dos mil, presencia que exigía un constante ir y venir de caballos de remonta, armaduras y refuerzos, incluso tras la creación de las órdenes de monjes soldados que se instalaron allí (templarios, hospitalarios a partir de 1110 o 1120) o la erección de enormes fortalezas para refugio, los *kraks,* que aún hoy en día causan la admiración de los arquitectos. Esta necesidad que vinculaba las «escalas» a Occidente solo disponía de una solución de recambio: la fusión con los sirios o los armenios que poblaban aquellos territorios, ancha puerta del mestizaje que hubiera podido dejar paso a la asimilación. Dicho recurso provoca discordancias e incomprensión entre los cristianos instalados en Antioquía o en san Juan de Acre, casados con nativas, acostumbrados al atuendo

local y deseosos de mantener buenas relaciones con la población autóctona, y el peregrino entusiasta que llega con la intención de matar infieles y acaba volviendo a su punto de partida (si es que puede) lleno de indignación y con la bolsa saqueada.

Así, se puede decir que el efecto indirecto de la creación de los Estados francos benefició sobre todo a los italianos, armadores de navíos de transporte o mercaderes. Los genoveses fueron los primeros en comprender las ventajas que podían reportarles las cruzadas, ya que tenían un pie en Siria desde 1065. Prestaron los navíos y, en 1097, se hicieron conceder muelles, lonjas y recaudaciones aduaneras en Antioquía, Arsuf, Cesárea, Acre y Trípoli. Pisa, que en un primer tiempo se vio adelantada por su rival, no tardó en recuperarse; en 1099 consiguió colocar un patriarca en Jerusalén, se asentó en Jaffa y en Latakia y mantuvo sus antiguas relaciones con Egipto. Los venecianos, ganados por la mano, se adaptaron, como siempre: entre 1101 y 1110 obtuvieron una tercera parte de las ciudades de Haifa, Sidón, Tiro y Beirut, con las rentas correspondientes. Pero siguieron llegando nuevos competidores, de Marsella, Montpellier, Saint-Gilles, Barcelona antes de 1136, cuando los normandos de Sicilia atacaron Túnez. En su conjunto, esta densa trama de enlaces que pone en manos de los occidentales el comercio marítimo levantino precisa de la neutralidad o el apoyo de los griegos, y corresponde a los emperadores de la dinastía Comneno el mérito de haberlo comprendido así. Por mediación del control que ejercen sobre Antioquía, aceptan dar cabida a factorías italianas en su misma capital: Venecia ya está instalada en ella desde el siglo XI; Pisa y Génova obtienen idénticas ventajas, en 1111 la primera y en 1155 la república ligur. La complicidad entre griegos e italianos explica la penetración en Egipto de mediados del siglo XII. Esta connivencia resulta afectada por tormentas pasajeras. Por una parte, los peregrinos que van y vienen censuran cada vez con mayor dureza las caracte-

rísticas de esta colusión, denuncian el envilecimiento de la Tierra Santa y la duplicidad de los griegos. Por la otra, de vez en cuando se producen acontecimientos que deterioran las relaciones; así, por ejemplo, cuando tras la pérdida de Edessa —al fin y al cabo no tan importante—, el miedo empieza a cundir en Occidente a partir de 1147; escuchando la llamada de san Bernardo, el rey francés Luis Vil y el emperador germánico Conrado III toman la cruz; rechazan, tras haber estado a punto de aceptarlas, las hipócritas proposiciones del normando Roger II de Sicilia, que sueña con ocupar Bizancio, y se ponen en marcha. Esta segunda cruzada se embarca lastimosamente en una sucesión de errores militares y psicológicos; por su lado, Roger tiene que evacuar la isla de Corfú y la región de Beocia después de haber logrado ocuparlas durante un breve lapso de tiempo (1148-1149), pero en el oeste estos hechos crean animadversión hacia los griegos. Se produce una nueva alerta cuando el tercer Comneno, Manuel, acaricia la posibilidad de llevar el poder bizantino hasta Italia y desembarca en Ancona (1155). Es un acto que equivale a inquietar a Occidente para nada. Y, para complicar el cuadro, el Islam, abrumado e impotente hasta entonces, parece despertar de su letargo: el curdo Salâh ad-Din (Saladino) destruye el cisma fâtimí y se apodera de Egipto, con lo que en 1171 las premisas políticas de la situación quedan bruscamente alteradas en las tierras orientales, en el mismo momento en que, al oeste, los almohades fundan un imperio que se extiende desde el Senegal hasta el Tajo.

A partir de entonces, en Oriente, la atención se concentra o bien en el sur —Egipto—, o bien en el norte —Bizancio—. En efecto, toda la actividad relativa a los intercambios, bloqueada en Mesopotamia y más allá de ella, se desvía ahora hacia El Cairo, Alejandría y Damiette, cambio que ya había empezado a perfilarse desde 1150; para los italianos resulta en adelante mucho más ventajoso ir a los nuevos emporios en busca de plantas

aromáticas, alumbre, especias o piedras preciosas. A partir de 1154, y más tarde en 1172-1173, se abren factorías para mercaderes de Pisa, Génova, Salerno y Palermo, y Venecia pacta una *pax firmissima* con Saladino, el hombre que domina las rutas del Chad, de Abisinia, del océano índico y del golfo Pérsico. Las relaciones son buenas, aun cuando todos los navíos cristianos deben ser desarbolados al entrar en el puerto; se habla de 3000 mercaderes latinos en Alejandría. ¿Por qué inquietarse demasiado por una obra de reconquista piadosa con Palestina como objetivo? Cuando Saladino, después de haber desalojado de cristianos el mar Rojo y la ruta de las peregrinaciones, captura al ejército franco en Hattîn y recupera Jerusalén para el Islam (1187), la emoción no sobrecoge a Italia. Más al norte, la noticia causa mayor impresión. La tercera cruzada, que resulta de ello y cuyo objetivo se cifra en redimir de nuevo el Sepulcro, constituye una expedición prestigiosa, en la que participan el emperador Federico Barbarroja, el rey de Francia Felipe Augusto y el de Inglaterra Ricardo, de la casa Plantagenêt, quien ganará frente a los musulmanes su sobrenombre de Corazón de León. Pero sus frutos son irrisorios; Federico se ahoga por el camino (1190), Felipe se limita a consolidar Acre y, acto seguido, reembarca para volver a su reino, y Ricardo avanza sin convicción hacia la ciudad santa y, al llegar a sus proximidades, evita atacarla. Cuando también él emprende el regreso (1192-1193), los francos tienen en su poder una línea continua de ciudades costeras que prácticamente se encuentran en manos de los italianos, con un vano título de «rey» en San Juan de Acre, título que se disputan alemanes y franceses. La situación resulta clara: la «cruzada» solo puede ser un asunto de mercaderes.

Poca ha sido la ayuda que han proporcionado los griegos, y para la psicología occidental su política sutil es, lisa y llanamente, traición. En realidad el Imperio, que debe hacer frente a nuevas convulsiones en Asia Menor, pierde terreno paulatina-

mente: tan pronto multiplica las concesiones como la represión, deja que la piratería italiana se instale en el Egeo, pero excita a la multitud contra los latinos de la capital, cuyo número se eleva a 50 000 según Eustaquio de Tesalónica. A los celos y la desconfianza de los occidentales responde el odio de los griegos, confinados en el mediocre comercio local por los exorbitantes privilegios concedidos a los italianos, heridos en su orgullo por las incesantes embajadas latinas, hambrientos y víctimas de psicosis de asedio. Con lo que se suceden los accesos de violencia: en 1171 tiene lugar el encarcelamiento de los venecianos, y en 1182 la masacre de todos los latinos de Constantinopla; en 1185, los normandos emprenden un ataque contra las islas del Adriático y a continuación toman e incendian Tesalónica. La desaparición de la dinastía de los Comneno crea una situación de anarquía, y el emperador germánico Enrique VI. hijo de Federico Barbarroja, da a entender que no puede permitirse que el caos se prolongue.

¿Pero dónde están «las llaves de Jerusalén»? ¿En El Cairo o en Bizancio? ¿Obran en poder de los descendientes de Saladino, moderados amigos de los italianos pero infieles? ¿O acaso se encuentran en aquella tierra cristiana de Oriente de donde, durante tanto tiempo, vino la ley?

El atasco y el hundimiento

Cuando el papa Inocencio III clama por que se efectúe un nuevo esfuerzo dirigido hacia Oriente, la ambigüedad de los proyectos occidentales se hace manifiesta; los soberanos declinan la responsabilidad, alegando que apenas acaban de volver de aquellas tierras; algunos príncipes, como Balduino de Flandes o el conde de Champaña, aceptan, pero dan largas. En cuanto a los italianos, la idea de atacar Egipto, o incluso la Palestina ayyûbí, les tienta poco: preferirían que se despejaran de peligros las rutas de Asia Menor, del mar Negro o del norte de Mesopotamia, que no logran controlar pese a sus implantacio-

nes en Creta, Chipre y Cilicia. ¿Contenía la petición de ayuda por parte del futuro y efímero Alejo IV, hijo del *basileus* destronado, una súplica expresa para que los latinos efectuaran una larga estancia en Constantinopla? Tal es el argumento que esgrimen los venecianos que alquilan sus barcos; ¿puede hablarse de «cambio de ruta»? Al fin y al cabo, la reafirmación del orden veneciano en Zara y en el Adriático podía legitimarse; además, si el objetivo primero es Anatolia, la escala en Bizancio se impone. Lo que sigue es sobradamente conocido. Con un fondo de total incomprensión, de circunstancias e intereses oportunos, y de una gran desigualdad de medios, los incidentes que oponen a griegos y latinos degeneran. El 13 de abril de 1204 los cruzados emprenden el asalto final contra Constantinopla y, por primera vez en su historia, la ciudad es tomada. Los italianos dirigen, de la manera más conveniente para ellos, un saqueo completo y que resulta prodigiosamente lucrativo: solo para Venecia, cinco toneladas de oro. El crimen es patente, y los agresores hubieran podido contentarse con él, pero van más lejos: proclaman la desaparición del Imperio griego, coronan como emperador latino de Constantinopla al conde de Flandes y reparten los territorios y las islas entre los venecianos y los cruzados franceses.

Era una solución, pero la peor de todas, ya que significaba doblar los refuerzos que habría que enviar periódicamente al Egeo, agudizaba las rivalidades entre italianos (Génova, sobre todo, consideraba lesionados sus intereses), no aportaba ninguna solución al problema de Anatolia y, por si fuera poco, pecaba de incompleta, dado que quedaba un Imperio griego replegado sobre Nicea, otro en Trebisonda y un «despotado» en Epiro, y que las poblaciones de Acaya, Tesalia y Tracia se mostraban poco acordes con el yugo que les era impuesto. Añadamos a ello el empuje de los búlgaros al norte y la presión de los egipcios en un mar donde ya no navegaban barcos griegos, y tendremos el

cuadro completo de la increíble calamidad que representó la «solución bizantina».

¿Podía haber sido más provechosa la «solución egipcia»? Tal es la carta que Inocencio III, en su decepción, pretende jugar. Pero nadie le secunda; los italianos se muestran francamente hostiles a esta idea; el resto de los occidentales se declaran fatigados; es preciso recurrir a los cristianos de Oriente. La expedición que el legado Pelago y Juan de Brienne, «rey de Jerusalén», dirigen hacia el delta del Nilo se resuelve en un fiasco (1215-1219). Se prueban, entonces, las vías de la negociación: el emperador Federico II, más atento al mundo musulmán que los restantes príncipes de su tiempo, y seducido, según él mismo decía, «por la llamada del almuecín en la noche», transige con el sultán de Egipto. Un sorprendente tratado firmado por ambos, en 1229, estipula la retrocesión formal de Jerusalén a la cristiandad; Federico visitará la ciudad santa —en un momento en que, por otra parte, está excomulgado— y se hará coronar «rey» de la misma gracias a un subterfugio dinástico poco confesable. Desafortunadamente, esta solución era precaria por cuanto estaba supeditada al mantenimiento del *statu quo* oriental; los trastornos que la presión mongola provocó en este determinaron una nueva evacuación cristiana en 1244. De nuevo la expedición armada constituyó la única solución que se podía plantear; y, quizá por primera vez, hubo un pensamiento preciso y una voluntad directora para coordinar el esfuerzo. Luis IX, arrastrado por su piedad, pero captando al mismo tiempo el espasmo militar que agita por entonces al mundo de los humildes, los errantes, los «niños», los «zagales» en busca de una nueva vía que les lleve a la salvación, dirige una segunda expedición contra Egipto (1249), que concluye en un fracaso más, con dos consecuencias de signo totalmente distinto. Por una parte, un golpe de estado militar entrega Egipto a la ambición agresiva de los guardias mamelucos, lo cual hace mucho más

aleatorio cualquier intento futuro de intervención; por la otra, la «pasión» del rey, durante su breve cautiverio, erige uno de los pilares de su futura «santidad». Vista la dificultad que presenta un desembarco, tal vez se podría llegar hasta el delta del Nilo desde Túnez. San Luis se deja convencer de que vale la pena intentar esta locura por su hermano Carlos, quien ha substituido en Nápoles y Sicilia a los antiguos amos alemanes (los cuales, a su vez, habían sucedido a los normandos), y a quien por ello le interesa un Mediterráneo central inaccesible para los musulmanes. El lúgubre desenlace de este último empeño, con el rey muriendo frente a Túnez, víctima de la peste y corroído por la duda (1270), es un episodio célebre. Después de esto, el asunto ya está zanjado; solo queda a los mamelucos el quehacer de irse apoderando de las ciudades y fortalezas de Palestina y el Líbano, al que ponen fin en 1291 con la toma de Acre. Cuando esto ocurre, hace ya 30 años que Constantinopla, defendida exclusivamente por Venecia, ha vuelto a manos de los griegos. Los occidentales, sin embargo, conservan sus puestos avanzados en el mar Negro, en el Egeo, en Creta. Chipre, Morea. Ni en las «escalas» de Levante ni en el mismo Egipto, sus derechos sufren menoscabo alguno. En resumen, siguen teniendo el dominio del mar, pero toda idea de reconquistar la costa pertenece ya al ámbito de las esperanzas quiméricas, si bien estas pervivirán aún durante más de 100 años, como un tenaz recuerdo, una creencia nunca sofocada en la posibilidad de volver a ver una Jerusalén cristiana.

Hubo un momento —y por muy terrenal que sea, esta solución debe ser mencionada aquí— en que se encaró en Europa la eventualidad de una más amplia política: sorprender al Islam oriental por la espalda. Probablemente, la constitución del gran Imperio mongol en Asia no fue ni conocida ni comprendida en el oeste hasta bastante más tarde de que se produjera. Pero los relatos transmitidos por los peregrinos que volvían de Tierra

Santa y por los escasos mercaderes que se aventuraban hasta las cercanías del desierto de Gobi, así como determinados hechos precisos —por ejemplo, las incursiones antimusulmanas realizadas por los mongoles en los años 1220-1223 en Irán, Georgia y Ucrania—, hicieron surgir la idea de una posible colusión con los khanes tártaros. Se contaba que los nestorianos desempeñaban un papel esencial en Karakorum, la capital de los mongoles, y se citaban casos de príncipes bautizados. ¿Acaso no podía pensarse que se trataba de las tropas del «preste Juan», que acudiría en socorro de la Cruz? Los franciscanos se convencieron de ello con mayor rapidez que los mercaderes, quienes habían oído rumores de otro tipo, sobre las abominables e imparciales matanzas perpetradas por las hordas. También san Luis creyó, sin duda, aquella versión, y a partir de 1232 o 1235 empezaron a partir misiones hacia Asia. Sin embargo, pronto se evidenció el error. La gran incursión de 1238-1239 contra los principados rusos, que llevó a los mongoles hasta Iaroslav en el norte y hasta Kiev en el sur, ponía de manifiesto su total indiferencia hacia las consideraciones religiosas. Más aún, en 1241-1242, los jinetes de la Horda de oro saquean Cracovia, Olmütz y la región de Servia antes de regresar a sus bases; el rey de Hungría, Bela IV, vencido, aterrorizado, advierte de la llegada de un nuevo peligro huno. Pero el rey de Francia se obstina. ¿No acaban de someter los mongoles a los turcos de Anatolia (1242)? Más tarde saquean Bagdad, destruyen el viejo califato ʻabbâsí (1258), avanzan por Siria (1256) y contienen a los mamelucos (1260). El monarca Capeto les delega nuevos misioneros, Juan de Plano Carpino (1245-1247) y Guillermo de Rubruck (1252-1255); fortalece sus esperanzas la relativa facilidad con que se efectúan los viajes mercantiles en la vasta área comercial reconstituida por los mongoles desde Asia Menor hasta China. Hasta nosotros ha llegado vivo el recuerdo de los largos periplos realizados por los tres Polo, los hermanos Niccolò y Ma-

neo y el hijo del primero, Marco, que durante más de 30 años (1260-1295) recorrieron las tierras de Asia, Pero el soberano francés se ilusiona en vano: los mongoles no comprenden en absoluto los deseos de los europeos ni su mentalidad. Son nómadas que viven del producto de sus incursiones, dan poca importancia a la religión de Estado y no tienen inconveniente en adoptar, sobre un fondo de animismo, cualquier creencia. En cuanto a la alianza, para ellos esta solo tiene el sentido de una sumisión. Por otra parte, y sin internarnos en el campo de lo hipotético, cuesta imaginar qué ayuda efectiva habrían podido aportar los mongoles en zonas tan alejadas de sus bases y tan poco propicias, por su clima o sus costumbres, a dejarse imponer una sólida sujeción.

El episodio de las cruzadas marcó profundamente la psicología de la Europa medieval, polarizó numerosas corrientes milenaristas y transfirió el fenómeno del peregrinaje al plano del martirio; pero todos estos son efectos morales que, de momento, vamos a dejar de lado. En cambio, es importante darse cuenta de que tuvo profundas repercusiones —positivas en un primer tiempo— en la Iglesia cristiana. Durante por lo menos 100 años, el papado y la jerarquía secular, aunque no siempre lograran arrastrar tras de sí a todos cuantos hubieran deseado atraerse, ejercieron una considerable influencia sobre los poderes laicos y absorbieron en gran parte, empleándola a su servicio, la fuerza guerrera de la aristocracia. Mucho episodios fratricidas de la vida política europea debieron a la cruzada la atenuación de su virulencia, y a veces hasta su desvanecimiento, y es indudable que el prestigio de la sede de Roma aumentó con ello, al menos hasta 1204. Por otro lado, las expediciones armadas o simplemente el traslado de los peregrinos implicaban gastos que llevaron a una verdadera transferencia de riquezas cuyo beneficiario fue la Iglesia: la pignoración, para procurarse liquidez, de bienes raíces que después no pudieron ser recupe-

rados enriqueció al mundo eclesiástico, pero en esta ocasión sobre todo al clero regular, los frailes, bastante ajenos a la organización de las expediciones, pero únicos poseedores del indispensable numerario. Sin embargo, a estos aspectos positivos para la Iglesia hay que contraponer los negativos, que no cesaron de incrementarse a lo largo del siglo XIII: la colusión de los intereses materiales o políticos del papado con los de los príncipes redundó en un relativo descrédito de las acciones militares emprendidas por la cristiandad en Oriente. A partir, sobre todo, de los años 1245-1250, resultó manifiesto que la ambición de los príncipes angevinos de Sicilia o las presiones ejercidas sobre los pontífices tan pronto por Génova como por Venecia no guardaban relación alguna con los intereses de la fe. A este respecto, el punto culminante se produjo cuando el emperador Federico II, pese a hallarse excomulgado por sus rencillas con Gregorio IX en Italia, no tuvo empacho en entrar en Jerusalén (1229), circunstancia que obligó al papa a decretar el interdicto contra Tierra Santa. A este tipo de absurdos se sumaba, por la misma época, la tenaz impresión de que se había producido un enriquecimiento anormal de la Iglesia. Fue ganando terreno la idea de que esta se dedicaba más a sus préstamos y a la acumulación de bienes terrenales que a la acción y al socorro de los menesterosos, y llegaría un momento en que los templarios pagaran con su vida este desajuste.

La aristocracia guerrera regó en abundancia con su sangre los campos de batalla de Oriente; sin que se pueda decir que quedó diezmada, tampoco cabe subestimar las pérdidas, por muerte o por cautividades que serían perpetuas, sufridas por la juventud de Francia, sobre todo, en el siglo XII, y por la de Alemania, de manera especial, en el siglo XIII. También los simples peregrinos armados, que aprovechaban su viaje a Oriente para combatir, dejaron a menudo su vida en el empeño. La temeridad y la falta de experiencia tuvieron en las cruzadas un papel

del que carecían en los enfrentamientos entre adversarios europeos. Evidentemente, ninguna estimación cifrada resulta posible, pero el estudio de las genealogías nobiliarias da fe de una mortandad sin equivalentes en los combates del Oeste. En agosto de 1119, en Brémule, donde los oponentes son nada menos que los reyes de Francia e Inglaterra, Luis VI y Enrique I, solo perecen cinco combatientes, mientras que dos meses antes más de 500 normandos habían perecido a poca distancia de Alepo, en el *Ager sanguinis*. Parece poco probable, en cambio, que se produjera un trasiego de población. Varios linajes establecieron a uno de sus segundones en Tierra Santa, pero hay que excluir por completo la idea de una «colonia de población». Esta aristocracia, castigada en las personas y las vidas de sus miembros, lo fue también, y con una dureza por lo menos igual, en su fortuna. Aparte de las cesiones de bienes, que de provisionales se convirtieron en definitivas, disponemos de abundantes pruebas de lo muy dispendioso que resultaba el viaje a Oriente. Las sumas variaban, por supuesto, según el rango del peregrino y la distancia que debía recorrer; a principios del siglo XIII estaban comprendidas entre unos valores mínimo y máximo de 20 y de 200 libras tornesas (equivalentes al coste de 10 y 100 hectáreas de buena tierra), lo cual supone, en el caso del viaje más barato, un precio muy superior al capital representado por la superficie agrícola necesaria para proporcionar el mínimo vital a una pareja de campesinos de la época, superficie generalmente estimada entre 3 y 5 hectáreas.

En cambio, no cabe ninguna duda de que el movimiento de la cruzada, aun cuando resultó un fracaso territorial y militar, dio un impulso económico capital a Occidente. He hablado sobre todo de los italianos, pero si este estudio se prolongara hasta principios del siglo XIV veríamos surgir junto a ellos a provenzales y catalanes. Y, de todo modos, lo esencial no reside en los protagonistas del comercio que se reanudó con Oriente,

sino en el contenido del mismo. Contemplando el panorama de 1150, y con mayor claridad aún el de 1200, podemos ver que el doble freno que bloqueaba la expansión económica europea ha dejado de actuar: la piratería musulmana ya no existe, y las trabas arancelarias bizantinas han desaparecido. Es inútil interrogarse sobre cómo habría sido el «despegue» de Europa si la situación hubiese evolucionado en otro sentido. Se ha llegado a sostener que la expansión nórdica no debe nada a este proceso, que al fin y al cabo la rica Europa del siglo XVI solo domina a medias el mar latino. Poco importa eso: la reconquista de dicho mar se inscribe como un elemento fundamental de la expansión, y es la expansión misma lo que de inmediato debemos escrutar más de cerca.

Capítulo 7
EL SALTO HACIA ADELANTE

El progresivo asentamiento de un nuevo marco en el que transcurre la existencia de los hombres justifica tal vez que sigamos sus etapas a lo largo de las décadas. Cada etapa anuncia y justifica el progreso que caracteriza a la siguiente. Cuando llega el momento en que el árbol va a dar sus frutos, habría que poder ver cómo todos surgen a un tiempo, pues todos salen de un mismo tronco; pero el ojo es tan incapaz de esta hazaña como la pluma de la de describirlos a la vez. Por consiguiente, me veo forzado a una dislocación racional, impuesta por la necesidad de ordenar los datos pero que encubre la unidad, a un desglose por sectores de lo que solo tiene sentido dentro del conjunto. No queda otro remedio que proceder así, y el orden adoptado no se debe más que a la comodidad de presentación. Es evidente que la penetración de los hombres en zonas por desbrozar, el peligro afrontado en el mar, el incremento demográfico y la evolución de las conciencias, la expansión de la producción de alimentos o el crecimiento urbano son hechos que solo se explican unos en relación con otros. Ahora bien, todos ellos —y esta es la síntesis que el lector debería ser capaz de realizar— progresan de manera concertada en una misma dirección: el crecimiento. Durante un siglo y medio, Europa, por fin provista de sus medios de acción, se desvió del destino al que su pasado parecía impulsarla; para expresarlo en la terminología de los economistas actuales, Europa «despegó», y este gran «salto hacia adelante» constituye la principal etapa de su historia medieval.

EL «BOOM» DE LOS PRODUCTOS ALIMENTARIOS

La escasez de los documentos de detalle cuando se produce un fenómeno de este tipo es una de las paradojas a las que el medievalista debe hacer frente de continuo, y ya hemos tenido ocasión de comprobarlo al tratar sobre el incremento demográfico. Ahora, lo que escapa a nuestro saber son los progresos realizados en la producción de comestibles: deplorable laguna en un momento en que una serie de indicios no solo nos permiten discernir los efectos plausibles de tales progresos, sino que nos dan la certidumbre de que estos fueron una realidad. Uno de dichos indicios lo tenemos en el interés que los responsables empiezan a mostrar por el aprovechamiento y explotación de los suelos. A mediados del siglo XII, san Bernardo aconseja fundar una abadía «allí donde el grano rinde a razón de ciento por uno», lo cual, tomado al pie de la letra, equivaldría a aplazar todo proyecto de esta índole hasta un tiempo todavía por venir. Suger busca y encuentra buenas vigas para la armazón de Saint-Denis; vemos a propietarios alemanes que atraen a los hombres necesarios para roturar sus tierras agrestes en Silesia mediante el señuelo de pingües cosechas y con la promesa, además, de la salvación eterna; Felipe de Alsacia, conde de Flandes, vigila la construcción de Gravelines, y las remontas del *sire* de Rollan se convierten en un próspero negocio en una época en que los guerreros montan buenos caballos. Otro indicio, aunque algo más tardío, lo ofrece el hecho de que se empiecen a redactar manuales de agricultura, y como la mayoría de ellos son ingleses (la *Fleta* de Walter of Henley, la *Housebondrie*), se suele dar crédito a la idea, totalmente imaginaria, de que el archipiélago está más adelantado que el continente en este campo. Pero no existen cifras para períodos anteriores a mediados del siglo XIII, solo unos pocos datos sueltos referentes a Cluny, a Flandes, a Ramsey o Winchester en Inglaterra, a Baviera y a regiones cercanas al Mediterráneo pero cuyas condiciones naturales son poco representativas. Es preciso extraer

las informaciones de los documentos de venta, las limosnas, los primeros inventarios de censos que detallan los cánones y permiten, a veces, efectuar un primer cálculo de los rendimientos. En cuanto a la arqueología, tan prometedora en lo que respecta a la alta Edad Media, enmudece de repente, mientras que la iconografía, por su parte, no cesa de copiar. Y sin embargo, el trigo, que en el siglo IX producía dos granos por uno sembrado en las tierras del patrimonio real de Annapes, produce cuatro por uno en 1155 en Cluny, siete por uno hacia 1225 en Picardía, y cien años después, en Artois, se llegará a once por uno, muy poco menos que en la Francia de 1900. Y todos los hechos van a la par: hombres, superficie y producción se extienden y aumentan. Es «el siglo del gran progreso», que abarca el período 1090-1220. Pese a la satisfacción que representan para el historiador estas palmarias constataciones arrancadas de los archivos manoriales de Inglaterra o de otras partes, no puede ignorar una serie de embarazosos interrogantes que siguen en pie. Aventurémonos a plantearlos.

Dominar las fuerzas naturales

Procurarse una mayor cantidad de grano cuando hay un número mayor de hombres podría ser un problema de espacio; y, en efecto, como ya hemos visto más arriba, la superficie cultivada se dilata. ¿Pero no se corre entonces el peligro de que los animales se queden sin bosque? Por otra parte, se trata más de un problema de rendimiento que de un problema de volumen. Arrinconemos entre las antiguallas de los siglos XVIII y xix la idea de un gran esfuerzo cristiano realizado gracias al piadoso celo de los fieles. El fervor de los creyentes no alarga las horas del día, y levantar el corazón no siempre da más fuerza en los lomos. Dejemos también en la categoría de pruebas eventuales, cuya certidumbre solo podrá aportamos el futuro, la de un clima óptimo que hubiera fertilizado el suelo y vigorizado las es-

pecies vivientes. Y, por el momento, contentémonos con examinar los progresos de las técnicas.

Partir de las técnicas no es una solución obvia ni convincente. En primer lugar porque se puede aducir con toda la razón que, como prueban las sucesivas guerras, los inventos son más a menudo consecuencias que causas de los fenómenos; en segundo lugar porque una técnica solo es operativa dentro de un modo particular de producción, y puede que ni siquiera siempre. Así, tenemos el molino de agua descrito en las páginas de Virgilio y el arado de vertedera en las de Plinio, pero el sistema esclavista prestó bien poca atención al uno y al otro. El caballo es, sin ninguna duda, mejor que el buey para labrar la tierra, porque su musculatura de animal saltador le permite, en las tierras grasas, hacer avanzar la reja del arado cuando se embarranca; pero en cambio es nervioso, frágil y caro. Para utilizar la fuerza de dos o cuatro caballos a la vez hace falta disponer de estos animales en abundancia, con lo cual Inglaterra, Baviera y Borgoña, por ejemplo, permanecerán fieles al buey hasta 1225 o 1250, tal vez incluso 1275. Si a ello añadimos que los escribanos medievales traducen al latín como pueden los términos usuales en la lengua hablada, o que a veces se empeñan en hacer gala de un estilo florido, se comprenderá fácilmente que el historiador, desconcertado, avance con una prudencia extrema. Sin embargo, existe una certeza: con la excepción de algunos mecanismos como el árbol de levas y el tornillo sin fin, de los cuales no hallamos mención en el mundo antiguo —aunque tal vez por falta de fuentes—, todo lo que contribuyó al esfuerzo de la producción medieval proviene del mundo grecorromano o de Extremo Oriente, India sobre todo, China tal vez. En primer lugar porque del primero proceden los tratados técnicos de Vitrubio, Catón, Columela y Plinio; en segundo, porque los ávaros, los moravos o los jazares de Europa oriental parecen haber transmitido al Oeste métodos y procedimientos que,

probablemente, ellos habían aprendido de sus vecinos asiáticos. No es un desdoro para la Edad Media despojarla del prestigio de la investigación fundamental y de primera línea, puesto que le corresponde, como contrapartida, otro mucho más útil para la especie humana, el de la adaptación práctica y la vulgarización. La Europa del noroeste, mundo de la madera, del agua abundante y del hierro, se hallaba en condiciones idóneas para traducir de la teoría a la realización concreta los «inventos» de Heráclito o de Arquímedes en tres campos:

—substituir el esfuerzo de un esclavo que trata de economizar sus bríos por el trabajo de un animal domesticado es una idea que se remonta al neolítico. Pero cuando los esclavos comienzan a escasear, como ocurre en Europa a partir del año 1000, no queda otro recurso que el de utilizar al máximo la fuerza de los animales. Cierto que en las tarifas fijadas para los peajes en el siglo XIII seguimos encontrando a hombres cargados con sacos o cuévanos, sosteniendo unas parihuelas o empujando una carretilla, pero el resto de los transportes se efectúa en carros, enganchados a los bueyes mediante el yugo frontal y a los mulos y caballos mediante la collera; los animales están siempre dispuestos en fila para sumar las fuerzas de tracción y llevan herraduras para protegerles las pezuñas y dar mayor vigor a sus patas. Esto último es probable en Escandinavia y en Tréveris en el siglo X, en Grenoble, en Épinal y también en los países eslavos cincuenta años después, pero era ya una realidad, asimismo, en las caravanas que atravesaban el desierto de Gobi y en los tratados de Plinio el Viejo. ¿Cuándo se generalizó la costumbre? ¿Por qué conductos? Seguimos en la ignorancia. En Inglaterra, en tiempos de Guillermo el Conquistador, un condado ha de forjar 120 herraduras por año, lo cual es bastante poco, y un peaje angevino de 1082 estipula tarifa doble para los caballos herrados. Pero hacia 1175 la evolución parece haber llegado ya a su fin;

—substituir el animal por la máquina representa un adelanto considerable, tanto que Marx vio en ello el surgimiento de un nuevo modo de producción, a causa de las muy distintas relaciones que a partir de este hecho se establecían entre los hombres. El esquema es simple y conocido: la fuerza motriz del agua, o eventualmente la del viento, puede ser captada por el hombre para mover una maquinaria sin que sus músculos ni los de sus animales tengan que fatigarse. También este descubrimiento lo habían hecho ya los antiguos; Vitrubio conoce a la perfección el mecanismo del molino instalado en un curso de agua controlado, del mismo modo que en el Asia Menor bizantina o en Persia no se ignoraba el de los molinos de viento. Pero la irregularidad de estas fuerzas naturales en el área mediterránea, junto con la abundancia de esclavos en unos sectores y de camellos o bóvidos en otros, relegaron la captura de esta energía al estado de simple prototipo y al ámbito de la reflexión teórica. Como había ocurrido con los arreos de los animales de tiro y de labranza, la Edad Media recuperó y generalizó este saber; a diferencia del Islam y, en algunos aspectos, de todo el flanco sur de Europa, que guardaron una fidelidad arcaica a los viejos procedimientos, porque desde España hasta Siria las norias, triturado de los granos con los pies de los hombres o de animales y las corveas de agua o de molienda manual bloqueaban todo progreso —y en algunos casos la situación se ha prolongado hasta nuestros días—, la Europa del noroeste, zona con abundancia de ríos, se equipó de molinos de agua instalados en las corrientes rápidas, bajo los arcos de los puentes, en tramos donde se habían dispuesto compuertas. La conversión de la rotación en plano vertical provocada por el caudal del río o por el viento en un movimiento de rotación en plano horizontal permitía la molienda de cereales, cortezas, nueces o aceitunas, pero también podía dar lugar a un movimiento de vaivén que posibilitaba su acoplamiento a una sierra para madera o piedra, a

un mazo para trabajar el hierro o abatanar los paños, o que facilitaba el vertido del agua a un canal de riego. Imposible no ver la extraordinaria variedad de utilización de los molinos, variedad que ha dado pie a la afirmación, sobradamente justificada, de que el primer mecanismo de la historia es medieval y habrá que esperar hasta la aparición de la caldera de vapor para que venga otro a reemplazarlo. Tenemos indicios, escasos pero indiscutibles, de la existencia de tales máquinas en el siglo IX y a mediados del X, pero es a partir de 1125 cuando se erigen en Picardía, Poitou, Berry, en Inglaterra, en las regiones renanas, y lo mismo en la ciudad (como los cuarenta molinos de Tolosa) que en el campo. No está al alcance de todos la adquisición de los troncos de roble y de olmo necesarios para el eje y las aspas, el plomo para los engranajes, los bloques de piedra para las muelas y el hierro para las llantas, sin contar con el salario de los montadores, la posesión del agua y los gastos de transporte. Se trata de una obra que solo pueden acometer los ricos. Cuando el precio de un molino ha llegado hasta nosotros, como ocurre con uno de Amiens alrededor de 1200, constatamos que equivale al de veinte hectáreas de buena tierra. ¿Quién hay susceptible de emprender una aventura tal sino el señor del lugar? ¿Y cómo evitar que trate de resarcirse del gasto atrayendo a los posibles usuarios con el señuelo del ahorro de tiempo y de esfuerzo que representa? Por descontado, la utilización del molino cuesta dinero a los campesinos, pero solo de 1175 o 1200 en adelante los señores toman el partido de declararla obligatoria, hasta llegar al extremo de excluir del grupo de los hombres dignos de este nombre a quienes no puedan pagar la tarifa establecida por el molinero, execrable agente del señor. Nos hallamos, con toda evidencia, frente a una modificación no menos social que económica;

— la historia de los hombres empezó cuando estos dominaron el fuego y, a continuación, aprendieron a trabajar los meta-

les con su ayuda. Pero las cualidades del arma, la herramienta o el adorno dependen de las del metal o del fraguado. En este aspecto, el caso del hierro resulta fundamental; ya se ha mencionado la superioridad de los filones metálicos de Germania y de Bretaña, la cual explica a la vez la calidad de las armas «bárbaras» y la excelencia de su fraguado, y quizá también —así lo afirmaba E. Salín— el desplazamiento de la superioridad militar, y más tarde artesanal, del Sur al Norte. Pero en este campo no hay ninguna certeza absoluta para antes de mediados del siglo X, cuando de repente la metalurgia irrumpe con fuerza en Europa entre 950 y 1075. En Cataluña, cerca del Harz, en los alrededores de Milán, en las Ardenas, en Yorkshire, en Baviera, y tal vez aún antes en Bohemia y en Moravia, se abren filones, se instalan forjas junto a los bosques, en las proximidades de los ríos, y poco después también en los pueblos y en las ciudades. Mutación técnica esencial sin la que no se podrían comprender ni las roturaciones ni los molinos. El hombre que trabaja con el fuego, aun habiendo perdido parcialmente la mágica aureola de su antepasado de la época de los nibelungos, sigue siendo el eje de la comunidad; a su forja acuden tanto los aldeanos como el señor, para consultar al herrero, al *fevre*, al *fabre*, al *ferrario*, o, como le ha llamado G. Duby, al «mecánico», a llevarle un arma para que la enderece, un hacha para que la trabaje a martillazos, una rueda para que la calce a un carro o un caballo para que lo hierre. Este personaje no es objeto de rencores como el molinero; junto con el cura, el *maréchal ferrant* será, hasta principios del siglo XX, el cabecilla del pueblo. Cuando a la forja se añade el molino para batir el hierro, no constituye un abuso de lenguaje hablar de un equipo preindustrial, existente ya a principios del siglo XI en Alemania central, y a principios del XII en la vasta zona comprendida entre Le Mans y los Pirineos, así como la llanura padana, desde Asti hasta Verona. Entre 1030 y 1160, las tarifas impositivas para las mercancías proporcionan al his-

toriador los preciosos índices de los progresos de estos bienes de equipo: los ve extenderse a Cambrai, a Poitiers, a León o a Visé, en la región bañada por el Mosa; comprueba la producción de barras de hierro en el siglo XI, de herramientas aún poco pulidas en el XII, y observa que en el siglo XIII ya se venden en el mercado cuchillos, clavos y abrazaderas de metal.

Sin embargo, este sector primordial sigue marcado por una circunstancia básica: la exigüidad del mercado. En el preciso momento en que la Europa cristiana parece haber alcanzado el nivel de una artesanía de orden superior, los textos musulmanes dejan de evocar el prestigio de las armas «francas», y la arqueología no nos revela, de este período, más que restos inservibles. La razón estriba en que la producción se concentra ahora por entero en las necesidades locales, que apenas consigue satisfacer, sin que pueda plantearse siquiera la exportación. En otras palabras, el paso de una producción de lujo a una producción para el consumo utilitario —cambio que aparece, a nuestros ojos, cargado de futuro— provoca, como efecto inicial, una contracción de la fabricación y el empleo al ámbito local. Solo a partir de 1250 se podrá encontrar *achier engloe* (acero inglés) en Arrás o armas milanesas en Colonia; de momento, el metal fabricado en determinado lugar no sale de él, o todo lo más circula por la región circundante, y los que lo trabajan no se hallan muy lejos, en la ciudad, de verse dominados por quien les emplea, como lo está, en la aldea, el campesino que lleva su grano a moler.

No obstante, en este retablo de alienación puede señalarse una excepción. La orden cisterciense, que medra al margen de la sociedad establecida, en la orgullosa soledad de los «desiertos», dentro o fuera de los bosques, no tardó en especializarse en el trabajo del metal. Tal vez la abundancia de documentos legados por los frailes del hábito blanco induzca a error, pero entre 1140 y 1190 tiene lugar una verdadera multiplicación de

las forjas en los dominios de Citeaux, desde el Languedoc hasta Renania y desde Yorkshire hasta Borgoña, y la venta de esta producción en las ferias señala indiscutiblemente el comienzo de una comercialización con un extenso radio de acción.

Servir al suelo

He dicho, unas páginas más arriba, que no resulta fácil encontrar pruebas de una teoría de la agricultura anterior a los manuales ingleses del siglo XIII. Pero esta interesante meditación de ricos siguió siendo, sin duda, inaccesible para el labrador. A este le cuadran más el empirismo y la experiencia. Una de las más útiles observaciones que ha permitido el estudio de la conquista de los suelos —aun el más tradicional, textos en mano— reside en haber puesto de manifiesto el nexo entre las posibilidades del campesino y sus esperanzas. Antes de 1250, son pocas las roturaciones intentadas en un suelo mediocre, pocos los cultivos no apropiados a las exigencias de la tierra, y pocas las iniciativas aleatorias para dedicarse a monocultivos con riesgo de quedarse sin salida. El campesino «siente» el suelo, y lo sirve. Le hemos visto esforzándose, en una obra titánica y agotadora, por adaptar el suelo a sus necesidades. Durante dos siglos, el labriego intentó modelarlo con su esfuerzo.

No cabe duda que se suele conceder demasiada poca importancia al trabajo de la tierra en sí mismo. Sin embargo, las agriculturas todavía rudimentarias que el etnólogo del siglo XX encuentra en diversos lugares muestran que en dicho trabajo radica, la mayoría de las veces, el éxito o el fracaso en la lucha por la dominación del suelo. Ahora bien, a través de las corveas exigidas por los señores, pero también con el examen de modestas representaciones iconográficas, o, mejor aún, mediante el estudio de los suelos fósiles —como en Wharram Percy, en Inglaterra—, se logran detectar los progresos realizados en el abono y mulla de los labrantíos: el verbo *tertiare*, que significa remover la tierra por tercera vez después de haber cavado y binado, apa-

rece a partir de 1120 o 1130 aplicado a las tierras grasas que por entonces se disputan al bosque; sabemos que en Artois, algo más de cien años después, incluso se realizaba una cuarta labor antes de proceder a la siembra.

Resulta asombroso que hayan transcurrido más de cuarenta años entre el momento en que Marc Bloch formuló sus hipótesis acerca de las condiciones de la labranza y el reciente resurgir de los estudios sobre este fundamental tema de la investigación histórica. Cierto que dificultan la tarea numerosos escollos: las palabras imprecisas y el silencio, o tal vez la ignorancia, del escribano eclesiástico. Se trata, pese a todo, de un problema capital, puesto que de su resolución depende sin duda —al menos en parte— el desciframiento de los irritantes enigmas del plano parcelario. Los especialistas se convencen cada vez más de que las antiguas labores «cruzadas», es decir, con surcos perpendiculares unos a otros cuadriculando el campo, tan propicias al surgimiento de parcelas compactas —*quaderni* de Italia, *atole* de las regiones occitanas—, dejaron paso progresivamente a la labor «en tablas», con largos surcos paralelos. ¿Cabe imputar el cambio al tipo de arado utilizado, como creía Marc Bloch? En parte quizá sí cuando se trabaja con arado de vertedera, pero sin duda mayor responsabilidad incumbe al animal, porque el buey, lento y pesado, con el que se puede arar transversalmente un terreno ya removido, es substituido por el caballo, más difícil de guiar en estas circunstancias. ¿Puede pensarse también que el cambio se debe al modo de reparto de las tierras? Pero en tal caso, ¿por qué haberlas repartido de manera que los campos adquieran una incómoda forma longitudinal? ¿Se trata tal vez de individualismo? Pero si así fuera, se cercarían las parcelas compactas, lo cual no ocurre, o por lo menos no en todas partes. Nos encontramos, en definitiva, frente a uno de los problemas todavía no resueltos de la historia agraria.

Las certidumbres son apenas mayores cuando nos planteamos la cuestión de la herramienta de labranza. ¿*Aratrum* antiguo, simple cono de madera guarnecido de hierro, que se puede inclinar, como recomendaba Plinio, pero sin más perspectivas que la de arañar el suelo? ¿Arado con reja disimétrica y vertedera para voltear la tierra levantada por aquella, tanto más efectiva cuanto que una cuchilla le abre camino? Dos herramientas con cualidades absolutamente distintas y no intercambiables, porque el arado de vertedera es ineficaz en los suelos pulverulentos del Sur, donde no produciría ningún efecto. En consonancia con ello, su origen parece ser germánico, o tal vez eslavo a juzgar por las más antiguas rejas exhumadas, de los siglos IX o X. Puede ocurrir también que los dos instrumentos coexistan, como en Poitou y Lombardía hasta 1130. También en este campo la pedantería de un escribano para quien todo lo que ara se llama *aratrum*, o la imprecisión de otro que llama *carruca* (arado de vertedera, *charrue*) a una carretilla, impiden llegar a conclusiones inequívocas. Solo a partir de 1125-1150, y no antes, salimos de dudas: el arado de vertedera triunfa sobre el *aratrum* al norte del Loira y del Danubio; a veces lleva ruedas para poderlo guiar más fácilmente y otras no, pero este detalle importa poco. Tiran de él seis u ocho bueyes, o bien dos o cuatro caballos, según las usanzas del lugar, y permite romper los suelos densos y húmedos recién ganados al bosque. Las servidumbres que ocasiona un aparato pesado y completo, con el que resulta difícil dar la vuelta, que precisa al menos dos hombres para gobernarlo, y cuya pérdida representa una catástrofe, son compensadas por una profunda penetración de la simiente en la tierra, que así la protege de las heladas y de la putrefacción. Esta tierra bien removida no recibe, por supuesto, ningún abono químico, pero al menos las prácticas del enmargado, el encalado obligatorio y el esparcimiento del estiércol doméstico a intervalos regulares están expresamente mencionadas a partir

de 1210 o 1220 en los contratos de arriendo de Île-de-France y Flandes. Y en los suelos de Wharram Percy se han hallado vestigios de basuras cuidadosamente diseminadas por encinta de la tierra labrada. Todas estas prácticas son probables también en la Beauce, en Picardía y en la llanura de Londres a partir de los años 1170-1180.

A este enriquecimiento del suelo se debe sin duda la multiplicación, todavía lenta, de las siembras tupidas, que serían imposibles de efectuar en una tierra que se agotara demasiado de prisa. Por lo que podemos apreciar, en el siglo IX los trigos blancos se sembraban en cantidades muy inferiores a los 0,7 hectolitros por hectárea; en cambio, las estimaciones basadas en la contabilidad cluniacense desde finales del siglo XII en adelante y en los estados de cuentas del siglo XIII de los *manors* o señoríos de Inglaterra. Île-de-France o Picardía, elevan el número de hectolitros por hectárea a 2-2.5 para los territorios al norte del Somme. 3-3,6 en Winchester, 4 en los alrededores de París, hacia finales del siglo XIII.

En principio, es natural imaginar que, sin los medios modernos para regenerar los elementos químicos que garantizan la fertilidad del humus, las prácticas agrícolas medievales habían de extenuar la tierra, especialmente si se cultivaba trigo u otros cereales que agotan con rapidez sus posibilidades. Por tal motivo, un último elemento se fue imponiendo poco a poco: el descanso regular del suelo. Insisto en el adjetivo, porque aparte de la costumbre de los cultivos itinerantes, impuesta en los tiempos antiguos por el agotamiento de suelos tratados sin cuidado alguno, y que no podemos incluir en la categoría de los usos racionales, tampoco admito que se considere como un ejemplo de planificación hecha a conciencia la práctica de las dobles siembras que atestiguan los documentos carolingios, propia de ricos y llevada a cabo sin regularidad. El descanso de la tierra durante períodos duraderos preconizado por Varón o Columela, solo

existe realmente, en un ciclo agrícola bien controlado, cuando se combina una siembra de invierno, otra de primavera, y un barbecho arado y abonado con estiércol; o, como mínimo, la siembra de invierno y el barbecho. Ello implica una repartición del terreno agrícola en dos o tres porciones —compactas o fragmentadas, no importa— y una rotación regular entre ellas. Todo lo que difiera de este esquema es empirismo gratuito. Hoy en día distinguimos claramente que el metódico control del suelo que supone tal proceder no tiene nada que ver con los balbuceos del siglo IX; la rotación de los cultivos se impuso con lentitud, solo a mediados del siglo XII aparecen los primeros tanteos en Picardía o alrededor de Cluny, pero las primeras adopciones sistemáticas que conocemos del esquema —aunque no afectan a la totalidad del suelo agrícola— tienen lugar en Île-de-France entre 1248 y 1255 (Vaulerent, Tremblay); siguen Picardía y Flandes, dos décadas más tarde como mínimo.

Así pues, de 1100 a 1250, y aun después de esta última fecha, todo el período del «salto hacia delante» está apuntalado por una acumulación de esfuerzos repetidos. ¿Puede decirse que estos trajeron sus frutos? La pregunta plantea el difícil problema del rendimiento. Difícil, en primer lugar, porque las fuentes de que disponemos solo excepcionalmente permiten establecer una relación entre la siembra y la cosecha; solo la Inglaterra del siglo XIII, en los alrededores de Ely, Winchester, Ramsey, Glastonbury, etcétera, proporciona certezas anteriores a 1250. De las demás zonas de Europa. Baviera, Artois, «Francia», región de Toulouse, Mâconnais o Lombardía, solo tenemos algunas vislumbres ocasionales. Difícil, en segundo lugar, porque a menudo ignoramos las superficies exactas que fueron sembradas, o bien la calidad de la espiga, lo cual hace que toda comparación con los quintales por hectárea de hoy resulte aleatoria. Por ello, se suele expresar el rendimiento mediante la relación entre cosecha y sementera, es decir, calculando el número de gra-

nos obtenidos por cada grano sembrado. A reserva de las inevitables diferencias regionales, podemos trazar una curva de conjunto ascendente. De los increíblemente bajos rendimientos de la época carolingia —dos por uno, tres por uno—, que incluso en los países más atrasados de hoy en día representarían una calamidad, y la aparición de un hambre crónica, se pasa, a mediados del siglo XII, a cuatro o cinco por uno, proporción muy mediocre que según algunos historiadores constituye el promedio de los años 1175 a 1200 con el que se aleja el fantasma de la carestía. Pero en las tierras limosas de las llanuras suabia, parisiense y londinense, esta proporción es mayor, de siete u ocho por uno; a finales del siglo XIII y a principios del XIV, en Île-de-France, en Picardía o en Brabante se alcanzan valores de once y doce por uno, cercanos al nivel de rendimiento de la Francia rural de 1900. Por supuesto, solo logran relaciones tan proficuas zonas excepcionalmente favorecidas; con las precauciones ya mencionadas, podemos estimar en ellas un rendimiento plausible de trece a quince quintales por hectárea. En regiones menos afortunadas, es decir, en casi toda Europa, es más prudente atenernos a una proporción de seis a siete por uno en el momento del auge de la producción cerealista medieval. Dicho promedio significaría, para nuestras especies actuales de trigo blanco, que una hectárea permitiría obtener 600 kilos de harina. Si contamos que de este volumen hay que restar la parte del señor, el diezmo, la cantidad que es preciso vender a fin de procurarse el numerario indispensable para hacer frente a diversos gastos, y, claro está, la simiente del próximo año, estos 600 kilos quedan reducidos a la mitad. Tomando como base una ración diaria de pan de 400 gramos, una cosecha de una hectárea, teóricamente, daría de comer a un campesino durante tres años. Pero bastará con que nuestro hombre esté casado y con, por ejemplo, tres hijos para que necesite explotar anualmente, como mínimo, una hectárea y media; menos, equivale a pasar

hambre; y explotar una hectárea y media supone disponer de una superficie aproximadamente tres veces mayor, para no agotar la tierra, poder entenderse con sus vecinos para la rotación de cultivos, y mantener unas cuantas reses. Si la extensión de sus tierras es menor, tendrá que recurrir a la recolección de productos silvestres, o bien deberá optar por plantas más prolíficas pero menos nutritivas.

La recolección de alimentos

Aunque hiciéramos el esfuerzo de inventariar y reunir todos los testimonios, todavía visibles cerca de nosotros, de una producción «tradicional» de vegetales alimenticios, como dicen los geógrafos sin comprometerse, seguiría faltándonos un elemento fundamental del sistema de producción medieval, y aun antiguo; la asociación a partes iguales del bosque y el campo, del *bosc* y el *plain*, de la «montaña» y la «llanura», del *saltus* y el *ager*, del *outfield* y el *intfield*, como se ha dicho según los tiempos, los lugares y las lenguas. Economía bipolar de la que nos resulta difícil hacernos una idea. Primero, porque en nuestros días ya nadie se tropieza con ganado pastando en un bosque para alimentarse de brotes, hayucos y bellotas. Segundo, porque los más pobres de entre nosotros no pueden albergar muchas esperanzas de llegar a vivir con la recolección de bayas, frutos sin dueño o legumbre silvestres (acaso sí, excepcionalmente, con castañas, moras o avellanas). Y por último, porque hoy la caza está reglamentada, incluso en sus modalidades con reclamo o con red. En cambio, el hombre del siglo XII podía recurrir a todos estos expedientes, y no solo cuando las circunstancias le obligaban a buscar refugio en el bosque. También en este aspecto las espesuras del norte, sus hayedos, castañares y encinares favorecían al hombre de los climas septentrionales en mayor medida que a los de latitudes mediterráneas sus carrascales y su monte bajo, tal vez formaciones residuales de una explotación inconsiderada en tiempos más antiguos. Únicamente

las coníferas, que matan cualquier otro tipo de vegetación, daban albergue solo a leñadores; pero habrá que esperar hasta el siglo XIV para que el señuelo del lucro en la ciudad provoque su multiplicación por regiones en donde hoy su presencia es ostensible, desde el Lacio hasta los Vosgos; la irrupción de estos intrusos que han llegado a parecernos aborígenes —pinos, abetos— expulsará a hombres y animales del bosque, lugar antaño nutricio. Como hemos indicado más arriba, en ningún momento de la Edad Media central es posible determinar la extensión del *outfield*, pero este se halla en todas partes, como un círculo en torno al calvero en que está situada la aldea, como un erial en espera de ser utilizado, bosque para aprovechar en beneficio del hombre, gran reserva de materias primas, cada vez menos temido, cada vez objeto de mayores apetencias. Y no hay acta consuetudinaria de los siglos XII y XIII que no describa con asombrosa minuciosidad las condiciones establecidas para su utilización, ya que a fin de cuentas es el recurso menos incierto que ofrece la naturaleza a los grupos humanos todavía medrosos y mal equipados.

Así pues, no hay que extrañarse del desarrollo paralelo de dos iniciativas a primera vista contradictorias: el asalto a la espesura y la protección de la misma. Ya a principios del siglo XII se manifiestan señales evidentes de un empeño por preservar el bosque de talas abusivas, punto sobre el que ya he dicho dos palabras. A partir de 1135-1180, macizos franceses tan importantes con los de Orleans, Marchenoir, Lyons e Yvelines son «acotados» provisionalmente, queda «proscrita su explotación» y se llega a declararlos zona prohibida al tiempo que se levantan cercados a su alrededor; se trata de propiciar una regeneración de las especies vegetales y animales, pero también de no perder el control de esta riqueza de reserva, en la que eventualmente se podrán otorgar concesiones a quienes se hayan distinguido por sus servicios. En este campo, el máximo

exponente lo constituye el *king's forest* inglés: varios millones de hectáreas retirados del circuito económico, bosques, cotos de caza y landas que el monarca se reserva para sí, donde ejerce su justicia. Los abusos, en forma de expropiaciones o, lisa y llanamente, de expoliaciones, deterioraron de manera grave el clima social, ya que en la isla, al igual que en el continente, el libre acceso a los bosques es una de las reivindicaciones más encarnizadamente repetidas del campesinado. El cuidado de hacer vigilar las zonas vedadas —los *breuils,* los *plouys,* los *plessis* del norte y oeste de Francia— por los *forestarii, custodes, gruarii,* etcétera, no se generalizó hasta bastante tarde; no antes de 1300 o 1320, por ejemplo, en el patrimonio real de los Capetos. Por otra parte, hay que hacer una distinción entre la política de miras estrechas de muchos señores preocupados por conservar intacto un patrimonio que no hacen nada por mantener en buen estado, y la dictada por un legítimo deseo de regenerar y seleccionar los vegetales, esbozo de una futura legislación forestal. Antes de mediados del siglo XIII, los cistercienses fueron prácticamente los únicos que concibieron y aplicaron una política de este segundo tipo, con talas cada cinco o siete años, limpia de la maleza y replantaciones; pero su economía, hábil y próspera, estaba celosamente cerrada sobre sí misma y no suscitó imitaciones.

Regresemos ahora al terreno cultivado. De nuevo habrá que prescindir de demasiados matices regionales, porque cabe señalar dos rasgos comunes a toda Europa, aun cuando se muestren de un modo más acusado en unas zonas que en otras.

a) En primer lugar, los cultivos cerealistas predominan sobre todos los demás, debido a que los glúcidos —pan, gachas, bizcocho, sopas de harina— constituyen la base de la alimentación; el resto no es más que acompañamiento, el *companaticum.* Las raciones, que oscilan entre 400 gramos y 1 o 2 kilos por persona y día que conocíamos para el siglo IX, tanto entre los

monjes como entre sus servidores, se mantienen en plena mitad del siglo XIII, cuando reaparecen algunos datos alimentarios. El pan, por sí solo, aportará de 1800 a 2400 calorías, total excesivamente alto y no compensado por una consumición de prótidos, pero respecto al cual es conveniente recordar que se mantuvo en Francia hasta 1900, y que aún se observa en Sicilia, por no decir en toda Italia. Aparte de esta característica referente al consumo, tan contraria a la costumbre francesa actual, costaría descubrir oposiciones notables entre esta época y el siglo XX en cuanto a la cobertura cerealista.

Toda la gama de granos que conocemos hoy ya está presente, aunque es probable que haya habido variaciones botánicas; no el arroz, ni tampoco el maíz, ambos de aclimatación más reciente, pero sí todos los cereales «panificables» incluidos en el término genérico *bladum*, que designa a todas las espigas: el trigo de cascarilla fina, que desde Cataluña hasta Namur elimina poco a poco, entre 1100 y 1150, a los trigos blancos de tipo antiguo —escanda, *triticum*—, con cascarilla gruesa y tallo corto, más rústicos y apenas más prolíficos. Sin lugar a dudas, el cereal rey, el que proporciona la harina más blanca, más fina, más nutritiva, no crece en cualquier sitio, y sobre todo es reacio a los suelos poco nitrogenados o demasiado secos. Pero contrariamente a lo que pretende una tradición poco fundada, no es privativo de la mesa señorial gracias a su supuesta total absorción por los cobros en especie: en el mercado del pueblo, el trigo siempre hallará comprador, y el campesino no lo siembra con la exclusiva finalidad de dar satisfacción a su señor. Para su propio consumo guardará el cereal del pobre, el rústico centeno, que echa raíces en cualquier parte, en los suelos áridos de Italia, Castilla o el Poitou, en las tierras frías de Auvernia, Bretaña o Renania, en las morrenas de Baviera, pero también crece al lado del trigo, a veces mezclado con él. Su paja es corta, su harina amarga, y en ocasiones puede transmitir el cornezuelo,

su hongo parásito, que a partir de 1090 provoca fulminantes crisis alucinógenas en lodo el sur de Europa, pero a cambio de ello tiene un elevado rendimiento y una conservación garantizada. En lo que respecta a la cebada, el trigo del faraón, el cereal del mundo antiguo, Italia le permanece fiel, pero en las demás regiones de Europa se tiende a reservarla a los animales más que a las personas. La principal diferencia en relación con épocas anteriores estriba en el cultivo de la avena, poco apreciada por los antiguos. La primera razón hay que buscarla en el hecho de que se reveló como el mejor alimento para el caballo, con lo que su expansión al norte de la línea La Rochela-Venecia es paralela, entre 1040 y 1150, al incremento de la cría caballar. La segunda, en que como cereal de primavera cunde más que la cebada en la siembra de «marzo», elemento primordial de la rotación de cultivos. Y no debe olvidarse que también la consumen los hombres, en gachas o en sopa —el *porridge* sajón, el *gaumel* picardo—, ni que se emplea para fabricar la *cervoise*. cerveza celta preferida durante mucho tiempo a la *goudale* hecha con cebada. Su introducción en las regiones donde se practicaba la rotación de cultivos, y por lo tanto la siembra de primavera, es incuestionable ya antes de 1200, e incluso hay ejemplos en Baviera de labrantíos que le dedican las dos terceras partes de su superficie.

b) Sin embargo, esta importancia de los cereales no debe encubrir la otra faz de una agricultura que, hasta el siglo XIV, estuvo más preocupada por la subsistencia que por el comercio: la de un policultivo sistemático, con la finalidad de llegar a un estado de autarquía alimentaria, sin necesidad de intercambios con el exterior, ideal de las sociedades aisladas o medrosas. Aun en el período de su gran expansión del siglo XIII, Europa no pudo eludir esta tendencia.

En primer lugar, hace falta un complemento al trigo, sobre todo a orillas del Mediterráneo, donde crece poco y mal. Dicho

complemento lo suministran otras gramíneas, como el mijo o el sorgo, detectados en Castilla, en Sicilia, en Toscana, en Rouergue y hasta en la región de Orleans antes de 1190, pero también habas, algarrobas, guisantes y lentejas, cuyos zarcillos se agarran a los tallos de los cereales o, más raramente, a los rodrigones expresamente dispuestos para ello en un huerto. Estos feculentos, pienso para el ganado y «potajes» para los hombres, son ricos en calorías, y proporcionan un buen ejemplo de los apuros de la agricultura medieval: esta carece de un lugar especial que asignarles, y en consecuencia es preciso sembrarlos en el mismo campo en que ya se ha sembrado un cereal; para preservarlos, en el momento de la siega, hay que cortar muy arriba las cañas en que se apoyan. De este modo, habrá que esperar a la segunda siega, después de la cosecha de guisantes, para esparcir la paja en el establo o cambiar la de los tejados; entre tanto, habrán retoñado unas cuantas espigas, abandonadas a los pobres de la aldea. Técnicas y necesidades, fines utilitarios y fines sociales se asocian íntimamente.

Este policultivo modeló en gran manera la fisonomía de los campos, y aún es perceptible: como los frutos y raíces ya no se van a buscar al bosque, como los guisantes, habas o lentejas exigen cuidados específicos, y como las coles, cebollas, puerros y demás verduras son imposibles de obtener de la naturaleza silvestre en cantidades suficientes, se hace indispensable reservar una parte del suelo para estos cultivos complementarios. Pero, por un lado, su recolección es un trabajo de mujeres, y por el otro, el terreno que ocupan constituye una zona que hay que abonar más que otras con las deyecciones de las palomas del señor o con excremento humano. Solo en superficies reducidas, cerca de las casas, en pleno pueblo —o incluso en la ciudad—, se reunirán las condiciones idóneas; *ferraginalia* y *orticelli* de Italia, *rivages y viridaria* del Langucdoc, *horts* de Provenza, *huertas* del Levante español, *hardines* y *hortillons* del norte de Fran-

cia, todas estas tierras fértiles, las primeras en ser irrigadas, objeto de una severa vigilancia, a veces sometidas a un gravamen fiscal, forman una aureola, un *pourpris*, en torno a la aglomeración. Su surgimiento es, sin duda alguna, anterior a 1080 o 1100 en Europa meridional, y un poco más tardío en el norte.

Y llegamos a la vid. Ningún producto de la tierra ha suscitado una literatura histórica tan abundante, y tampoco ninguno ha sido presentado con tanto énfasis imprudente. El prestigio del vino, especialmente en la Europa cristiana, es imputable, sin duda, a su condición de especie eucarística, pero también a su superioridad con respecto a aguas contaminadas, a una cerveza acre e indigesta y a sidras y peradas agrias y sin la debida fermentación. Sin embargo, después de la síntesis realizada por Roger Dion, demasiados historiadores persiguen la quimera de una producción y un comercio de vino superiores en volumen a los de cualquier otro producto relacionado con la alimentación. En realidad, el cultivo de la vid es un trabajo pesado, aleatorio, plagado de desilusiones; la implantación de la vid, todavía en el siglo XIII, en latitudes aberrantes como el norte de Inglaterra y Dinamarca, hace suponer una recolección de mediocre calidad. El vino medieval apenas aguanta un año sin avinagrarse, y si las mujeres y los frailes tanto como los campesinos beben dos litros por día, ello se debe, sin duda, a su baja graduación alcohólica. Por otra parte, es patente que antes de los «vinos fuertes» del siglo XIV no se buscó convertir la vid en un cultivo rentable: se plantaban cepas hasta en los *gastes*, junto a las murallas de las ciudades o los castillos, cerca de un curso de agua que facilitara el transporte de los toneles, pero sin preocuparse de escoger buenos suelos o condiciones óptimas de soleamiento. Beber el propio vino constituye un honor, y si la viña no es demasiado vasta, producirlo es un trabajo individual. Pero yo me inclino por pensar que el éxito de la vid en la Edad Media, advenido a partir de 1020-1050 en Europa meridional y

hacia 1150-1180 más al norte, proviene de las condiciones de su cultivo. Casi en todas partes, la vid se encuentra en *complantatio* o en *promiscua*, es decir, combinada con otra producción, en especial con el olivo mediterráneo, *oylata* de Provenza o del Languedoc, y suele ocupar entre el 10 y 20 por 100 del suelo, a veces la tercera parte en Cataluña. Y ocurre que el contrato de *complantatio*, que implica un largo período inicial libre de cánones mientras se trabaja sin fruto y que llega hasta establecer el reparto de la propiedad del suelo entre el amo y el arrendatario el día del vencimiento, tentó a muchos campesinos deseosos de hacerse con una tierra libre, aunque hubieran de esperar treinta años. Así, la *complantatio* es con frecuencia uno de los aspectos esenciales de la obtención de nuevas tierras o del renuevo de la antigua distribución parcelaria del terreno.

Animales y campos

La falta de proteínas animales en la alimentación provoca carencias en los tejidos musculares y nerviosos y altera el equilibrio de la composición de la sangre. Si bien el hombre es omnívoro, al principio fue, y sigue siendo, por excelencia, carnívoro. Solo que procurarse la carne necesaria no resulta tan sencillo.

Los problemas planteados por la ganadería —mejor conocidos, como es habitual, para finales del período— se nos presentan a través de textos, curiosamente, muy preciosos: cantidad de cerdos que puede alimentar determinado bosque, impuestos según el número de bovinos, tarifas de peaje graduadas según el animal de tiro de un carruaje y, en el mejor de los casos, hasta el total de reses criadas en un *manor* inglés. Sobre el animal, su alimentación y el uso que se le da, nada, o casi nada, como si, al igual que en las anárquicas reseñas del *Domesday Book* inglés, se concediera poca importancia a estas cuestiones. Sin embargo, sabemos que ya en 1130 san Bernardo andaba a vueltas con el cruce de razas, que en Rosellón, el Perche y el Vendômois había

remontas, y que el *site* de Rohan iba a España para adquirir a peso de oro sementales ligeros. Si la arqueología, al exhumar abundantes esqueletos de animales domésticos o salvajes en los emplazamientos de aldeas alemanas junto al mar Báltico, ha proyectado una luz sobre la alimentación, esta luz afecta a períodos anteriores al que estudiamos aquí. Tratemos, por el momento, de enumerar algunos puntos esenciales.

El prestigio del guerrero que combate a caballo y las cualidades que se atribuyen a este cuadrúpedo parecen asignarle el primer puesto como montura, como animal de labor en Europa del norte y como animal de tiro un poco por doquier. En realidad, no sabemos gran cosa acerca de las razas, las posibilidades y la utilización del caballo. El único dato seguro, pero esencial, consiste en el creciente valor que se le atribuye, según nos consta por las tarifas comerciales y los precios de venta. Si a partir de los años 1100-1125 las *razzias* y los tributos pagaderos en caballos se hacen algo más raros es, sin duda, porque a estas alturas ya escasean menos tales animales. Con todo, en Inglaterra —algo reacia a admitirlos, también es verdad— se cuentan siete bóvidos por cada caballo en 1197. En Picardía, en la región de Chartres, en Baviera, los caballos abundan a partir de 1180, y no es excepcional encontrar cuatro en un modesto establo. Sin embargo, entre esta fecha y 1250 su precio se triplica y alcanza la suma de cinco a seis libras, equivalente al coste de una hectárea de buena tierra. Pero, probablemente, se produce entonces una neta diferenciación entre el rocín o el perdieron, para tirar o cargar con albardas, y el caballo de guerra, mucho mejor cuidado; también el hecho de llevar o no herraduras puede constituir un elemento de desigualdad de valor. El caballo sin herrar se cansa y se echa a perder mucho antes; una vez convertido en un animal inútil, ¿qué se obtiene de él, aparte del cuero? Pese a una tenaz y casi mística afirmación de lo con-

trario, la arqueología ha probado que se consumía su carne, al menos en el noroeste de Europa.

Las certidumbres no son mayores en lo que respecta al ganado vacuno, todavía lo bastante numeroso en Sajonia, Escocia y el Bessin hacia 1125 para servir de objeto de trueque, pero que también parece orientarse hacia especializaciones distintas según las regiones: obtención de leche y derivados en los suelos hercinianos y en los macizos de los Alpes, y tiro en las restantes zonas. La ganadería especulativa del siglo XIV, no obstante, aún está muy lejos. Por otra parte, bueyes y vacas todavía proporcionan poca carne, y su valor no crece al mismo ritmo que el del caballo: el precio de una res bovina se dobla entre 1180 y 1250, pero en términos absolutos solo es de seis a diez sueldos. El animal que, con su carne y su grasa, contribuye a la alimentación de todos es el cerdo. Dejados sueltos en los bosques, donde las hembras se aparean a veces con jabalíes, su aspecto, probablemente, difiere bastante del que nosotros conocemos. Ya en el siglo XIII surgen reglamentaciones minuciosas relativas a su pacedura, pero nada sabemos en cuanto al número de dichos animales. Sí vemos, en cambio, que en diciembre se les degüella y sala, y que uno solo basta para alimentar a un hogar durante toda la estación fría.

Diez ovejas por cada buey en Inglaterra, veinte en Poitou, treinta y cinco en el Languedoc… El ganado lanar, cuya carne no se come, compone la cabaña más abundante. Pero no juega ningún papel en la alimentación, y son más bien las particulares condiciones de su cría las que lo hacen figurar aquí. El paso de un rebaño de ovejas —al que se suman unas cuantas cabras— representa una calamidad para la vegetación, y por ello se les prohíbe el acceso a los bosques; al pastar en un suelo antes de la siembra, las ovejas ayudan, no cabe duda, a fertilizarlo, pero es preciso desplazarlas sin cesar, porque su glotonería deja cualquier lugar limpio de hierbas con una celeridad pasmosa. Las

landas y el monte bajo tampoco bastan para alimentarlas, así que se imponen los desplazamientos para, cuando llega el buen tiempo, ir en busca de pastos frescos. Con ello, la trashumancia —incluso en sus formas modestas, como los simples traslados de uno a otro pastizal de montaña— se convierte en un problema que afecta a la agricultura, porque los rebaños vagan por los cultivos y estacionan en cualquier parte, y porque los pastores itinerantes son hombres de espacios libres y sin leyes, que no respetan a los campesinos. Las *manades* o *bacades,* como se las llama desde los Pirineos hasta Provenza, siguen, en principio, itinerarios fijos: *drailles* de Gascuña, *cañadas* de la península ibérica, *tratturi* de Lombardía. Pero cualquier tierra donde crezca hierba les sirve: *frosts, herms, causses* de Francia central, que a menudo son tierras comunales de los sedentarios. Las reglamentaciones son precoces: a partir de los años 1090-1120 en Saboya, el Delfinado y Apulia, más tarde en España, donde se desarrollan paralelamente a los progresos de la Reconquista; también los conflictos debieron presentarse pronto, si bien los archivos son poco prolijos a este respecto. Pero cuando los ganaderos se agrupan en asociaciones con poderosos apoyos políticos, como la Mesta castellana entre 1254 y 1273 o los *escarterons* del Briançonnais, y los campesinos responden cerrando el paso a los rebaños en las cañadas y maltratando a los animales, renace una rivalidad bien conocida en el mundo antiguo y que se había aplacado en los últimos siglos.

Para el ganado mayor, que en un primer tiempo vemos trashumar con las ovejas, había otras posibilidades, y hubo que recurrir a ellas, dada la progresiva merma de los pastos forestales. Desde hacía tiempo existían los prados junto a los cursos de agua, en suelos que no admitían cereales; a partir de 1125 se levantan cercos alrededor de los mismos, y su coste se incrementa. Pero darles mayor extensión significaría exponerse a hacerlo en menoscabo de los cultivos. Este peligro empieza a ser una

realidad hacia 1225 en las regiones de Brie, Bresse y Maine, hacia 1235 en Inglaterra, hacia 1240 en el Beaujolais, y poco más tarde en la llanura de París; frente a ello, los príncipes se ven obligados a limitar estos «parques» arrebatados a suelos agrícolas, aunque no son insensibles al aliciente de una ganadería fuera de los bosques, en pastizales vigilados. Los cistercienses, y en primer lugar los de Inglaterra, dan el ejemplo —pero esta vez el malo— a partir de 1260 o 1280. Durante un tiempo, las *vaccariae*, las *bercariae* de los grandes poseedores de espacio parecen no perjudicar en nada al ecosistema alimentario; estas explotaciones regias o condales están situadas en las dunas, en la orilla del mar, en cotos de caza, en matorrales pedregosos. Pero la tentación de dedicar a pastizales la propia tierra agrícola es poderosa. La dehesa y su cercado se ciernen como una amenaza sobre la aldea.

El remedio de la estabulación —la *stabbiatura* italiana— no resultaba apropiado ni para el ganado lanar ni para el vacuno; en cambio, el encierro de los cerdos en la pocilga, además de las repercusiones que tuvo en la especie misma, modificó notablemente el paisaje forestal y la economía doméstica. Su engorde a domicilio se hizo con los residuos alimentarios de los hombres, más el salvado y la montanera de septiembre. En adelante, el signo de desahogo económico será tener un cerdo en casa; ello supone que se podrá pasar el invierno sin sufrir el asalto del hambre.

Transformar y diversificar

Si hubiera encabezado las páginas que van a seguir con el título «Nacimiento de la artesanía», habría escandalizado, probablemente, a más de uno. Pero se trata de una simple cuestión de palabras, como ocurría con la rotación de cultivos unas pá-

ginas más atrás. Llamo «artesanía» al estadio de producción de un objeto transformado según técnicas, reglas y un ritmo que dan a este sector económico una vida autónoma, una actividad sin interrupciones y una salida al mercado. Por consiguiente, excluyo el encargo ocasional, en un marco doméstico, y efectuado por un no especialista, es decir, precisamente, toda forma de fabricación durante el período esclavista. Cierto que las joyas, los barcos o los vestidos antiguos resisten la comparación con sus homólogos medievales, pero no surgieron de un sector obrero, y aun en el caso de un porvenir de un importante taller público, dicho taller no da salida en el mercado a un excedente trabajado. En cambio, esto es lo que va surgiendo poco a poco en la Europa medieval, y más concretamente en la época de que me ocupo.

Del «fondo de cabaña» al taller

Con una gran generosidad de vocabulario, los textos carolingios multiplican las alusiones a las dependencias del señorío donde trabajan mujeres y esclavos; las palabras con que son designadas no parecen utilizarse de manera caprichosa, y dan la impresión de referirse a un obrador de hilado en tal caso, un lagar o una pequeña forja en tal o cual otro. Pero, aferrándonos al plano ideal de Saint-Gall, nosotros imaginábamos estos anexos bien ordenados, especializados, «funcionales», formando «calles» en las que vivían los obreros de determinado oficio, como Hariulf cuando describe el Saint-Riquier del siglo IX. También en este campo la arqueología ha disipado un espejismo: tanto en lugares insignes y palacios imperiales —Tilleda o Werra, por ejemplo— como, lo que es más importante, en modestos pueblos de Inglaterra, Renania o Turingia, ha puesto al descubierto la estructura de los *genicia, spicaria* y *camerae* de que hablaban los textos. Su apariencia y lo profundamente que se hundían en el suelo han valido a estas construcciones de una decena de metros cuadrados en las que se trabajaba la designación de «fon-

dos de cabaña» por parte de los arqueólogos; el mobiliario prueba una gran polivalencia de empleo de estas chozas, y una ocupación bastante breve, uno o dos siglos. La disposición de los locales no guarda ningún orden, pero todos se hallan en el interior del cercado que rodea la residencia del señor; su origen de apéndice de la hacienda y el destino de su producción resultan claros. Se trata de una artesanía puramente doméstica.

Sin embargo, estos mismos textos permanecen mudos en lo referente a ciertos tipos de actividad, como el trabajo del metal o, en el ámbito relacionado con la alimentación, la molienda. Por supuesto, se podría argumentar que ciertas actividades están supeditadas a circunstancias externas: cercanía del combustible, del yacimiento de metal, del río. Pero una caldera para la elaboración de cerveza también está supeditada a circunstancias parecidas, y casi nunca falta en los inventarios. Así pues, determinadas actividades escapan (¿pero desde cuándo?) al control del señor; el hombre que fabrica un producto fuera de este mundo dominado goza, por este hecho, de una reputación que sin duda se debe más a su libertad que a su arte. Este es el caso del forjador de armas, cuya destreza parece relacionarse con la magia, inseparable del fuego; las espadas que para los héroes labra en su fragua no pueden provenir de manos serviles. ¿Puede tratarse del recuerdo —realidad aún en Venecia o en el Milán del siglo X— de un control público sobre ciertos oficios considerados esenciales —fabricación de armas, panadería, acuñación de moneda— que el Estado antiguo se negaba a abandonar a los grandes propietarios? De ser así, un sector del trabajo artesano libre habría tomado el relevo de un servicio público.

De este modo, a lo largo de los siglos X y XI coexisten dos formas de trabajo de la materia prima. La primera, doméstica o de subsistencia, provee a las necesidades del señor o de los aldeanos; como muestran las escasas excavaciones referidas al si-

glo XI, siempre se ejerce en apéndices del señorío o de la casa campesina; a veces, en este último caso, al aire libre. La otra es asunto de artesanos aislados —o, a lo sumo, de pequeños grupos—, dueños de sus herramientas y dedicados siempre a un mismo tipo de trabajo. A menudo viven en los bosques, o por lo menos lejos de las aglomeraciones. Por ello, hay que ver en el fuerte movimiento «eremítico» del siglo XI, como en Bizancio, el desarrollo de una artesanía «salvaje», rival de la que se lleva a cabo en el dominio y destinada a la venta: cestería, carpintería, cristalería, productos de la forja y alfarería. Que dicho movimiento tenga también una dimensión moral de rechazo del mundo no modifica su aspecto económico.

Como siempre, el viraje decisivo queda oculto. Algunos indicios arrojan una pálida luz sobre el problema. En primer lugar, la Iglesia deja de denigrar el trabajo manual; mantiene en pie la exigencia del *sacrum otium* reservado para las almas de élite, pero ello no impide que los cistercienses, los cartujos y hasta parte del clero regular empuñen con sus propias manos las herramientas entre 1080 y 1120. ¿Se trata acaso de «recuperar» los movimientos de eremitas trabajadores? ¿De impedir el paso a la contestación o a la herejía, que tan fácilmente brotan entre los miserables? ¿O bien, simplemente, es que la desaparición de la esclavitud pone fin a la ecuación trabajar = envilecerse? El mundo laico parece haber experimentado la misma evolución: en el oeste de Francia, antes de 1100, algunas actividades, como las inherentes a forjas y tejares, eran consideradas como poco dignas, aun ejercidas en el interior de la «casa» de un señor. La arqueología tiende a confirmar estas observaciones, puesto que los «fondos de cabaña» se hacen cada vez más raros y acaban desapareciendo a finales del siglo XI. Es el momento en que los hombres se juntan, y se ha observado en Italia y en el Languedoc que se forma un primer núcleo sedentario de artesanos inmigrados alrededor de un montículo o en una *rocca*; y el mismo

fenómeno se produce entre 1070 y 1100 en los caminos de la reconquista ibérica.

El siglo XII, en consecuencia, será el de la implantación de los artesanos en la aldea. Subsistirán muchas reliquias del antiguo estado de cosas: en el bosque, los «carboneros» y los alfareros prosiguen su labor, pero tienen mala fama y se les reputa de herejes. A la inversa, en el castillo, las mujeres hilan y bordan para la *familia* del señor; este todavía exige algunas prestaciones consistentes en objetos como estacas, rodrigones o mantas de lana de tosca calidad, las *keutes* del norte de Francia, pero solo excepcionalmente dispone ya de trabajadores domésticos. En la misma aldea se instalan actividades específicas, cuyos materiales de base compran los artesanos en la ciudad o a mercaderes de paso: «haces» de hierros —mencionados en las tarifas de peaje—, leña, lingotes de plomo, madejas de lana hilada, etcétera. Si la instauración del señorío dominante o el elevado coste de las máquinas no los hubieran convertido en exclusiva del señor —que pronto se hará con el monopolio de los mismos—, no cabe duda que también el molino y la prensa habrían ido a parar a manos de hombres de la aldea. Quienes ponen herraduras a los animales, reparan carros, sierran tablas de madera o tejen rústicos mantos son gente de la aldea; también trabajan la tierra como campesinos, pero compaginan ambas actividades. Se les localiza sobre todo en las listas de testigos de los documentos posteriores a 1100, que permiten observar cómo poco a poco ascienden en la escala social, pisan los talones al párroco y al caballero y toman la palabra en nombre de los demás. Ya he dicho que, en este aspecto, el herrero está en primera fila, ya que ha heredado el prestigio de los hombres que tratan con el fuego. Pero los destinos tanto del herrero como del carpintero, el almadreñero, el tejedor y hasta el carnicero, que ahúma, sala y corta la carne, están vinculados a los progresos de las técnicas. La aparición de tales personajes coincide con los avances

técnicos realizados entre 1070 y 1140 en la mayor parte del noroeste de Europa, con los matices que, como veremos, solo la ciudad permite introducir en esta cronología aproximada.

Esta fase capital del equipamiento económico contribuyó, de un modo natural, a la concentración y fijación de los hombres del campo mencionados en el párrafo anterior, y no excluye la prolongación de una actividad paralela en el marco del señorío, en particular en aquellos sectores en los que el trabajo precisa una diversificación en múltiples tareas sucesivas, susceptibles de ser repartidas por el señor entre el personal doméstico de su *mesnie*; a ello se presta, más que ninguna otra, la actividad textil, y en efecto, existen pruebas de que en Alemania y en Champaña, hasta los años 1130-1150, la producción de paños o telas de lana o de lino se lleva a cabo, en gran parte, en los dominios señoriales, y después de todo, el célebre cuadro en el que Yvain encuentra el obrador donde hilan cien doncellas tiene un castillo por escenario. Cabe estimar que esta forma de actividad, raramente acompañada de venta al exterior, declinó a lo largo del siglo XII, no solo como consecuencia de la contracción general de la «casa» del señor, sino porque la calidad del trabajo efectuado en el taller de la aldea, así como su bajo precio, hicieron superflua la dedicación del castillo a estas tareas. Este momento llegó cuando el artesano rural se entregó por entero a su trabajo de transformación, contrató a un ayudante, perfeccionó su instrumental y amplió la gama de productos fabricados. También en esta fase las listas de testigos tienen para nosotros un valor inestimable, ya que nos muestran que a partir de mediados de siglo un número cada vez mayor de herreros, alfareros o carniceros de aldea son forasteros, ajenos a la población local en el momento de instalarse. ¿Origen urbano, lo cual constituiría el primer signo de una inversión del antiguo estado de cosas en que el campo sostenía a la ciudad? ¿O bien especialistas formados en una región bien equipada y que se afincaban en otra

para probar fortuna? Sea cual fuere la respuesta, tanto en uno como en otro caso, para procurarse la materia prima o contratar a un ayudante, el mercado urbano juega un papel esencial. Por consiguiente, fijemos nuestra atención en la ciudad.

La organización del trabajo

En un primer estadio y, si se me permite decirlo, casi por definición, la situación es distinta en las ciudades. No desde un punto de vista cualitativo, o por lo menos no solamente; cierto que en la ciudad uno puede adquirir el objeto raro y costoso que nunca llegará a la aldea, ya sea cuero repujado, sederías, oro labrado con cincel o maderas exóticas. Pero la mayor parte de estas mercancías vienen de lejos, incumben al comercio, no al trabajo artesanal realizado en la ciudad misma. Aparte de este sector, la artesanía urbana presenta notables similitudes con la rural: trabajo en el marco señorial en torno a las figuras del obispo o del conde, y en una fase posterior, apertura de talleres propios a los que el cliente acude para hacer sus encargos y vigilar la realización de los mismos. Pero pronto dos rasgos singularizaron a la ciudad. En primer lugar, la afluencia de hombres nuevos adoptó a menudo el aspecto de una agrupación de parientes o vecinos respaldándose unos a otros y con tendencia a darse trabajo mutuamente. Ello dio lugar a cierta homogeneidad del tejido profesional urbano, en función, por un lado, del lugar de implantación inicial de cada oficio —cerca del agua los curtidores, de las murallas los carniceros, de los palacios los orfebres…—, y por el otro, de la puerta por la que entraron en la ciudad los primeros en llegar de cada grupo, que a continuación incitaron a parientes y vecinos de su lugar de origen a reunirse con ellos. Fisonomía bien conocida, no siempre respetada, es verdad, pero de la que aún quedan reminiscencias en nuestras metrópolis mecanizadas. De este modo, en tal calle no se encontrará a un herrero, un tejedor o un jubonero, sino a varios. Este hecho no implica en absoluto un clima de competen-

cia que vaya a redundar en beneficio o en detrimento del cliente: el prurito de fabricar «buena mercancía», cuyo ambiguo origen ya ha sido tratado, mantiene, al menos en los precios, una igualdad que anula las posibles consecuencias de esta proximidad. En cambio, la presencia de artesanos, que además emplean a varios asalariados, hace surgir entre ellos una necesidad de acercamiento, de asociación, de ayuda mutua, sin ningún equivalente en la zona rural.

Más adelante me referiré de nuevo a este aspecto esencial del tejido social. Pero es preciso evocar sin dilación algunos de sus rasgos. Antes que nada se impone, por descontado, asignar a estos hombres un lugar y un papel definidos en la sociedad urbana. Los hombres de los gremios tienen una importancia nada desdeñable en los movimientos urbanos de los siglos XI y XII, y no solo porque son económicamente necesarios: su influencia sobre el poder local o la casta aristocrática condiciona a menudo la evolución de la ciudad administrada o su orientación política. Sin embargo, ya he dicho más arriba que también el herrero de la aldea, aunque esté aislado, desempeña un papel que no es el de los labradores. Pero en el seno del taller urbano se esboza el fenómeno de la división del trabajo, que constituye el motor esencial de la evolución en un modo de producción. Como siempre, nos faltan referencias precisas para antes de 1080. ¿Cuándo se instauró el tipo de organización patrono-obreros? ¿Cuándo empieza a darse la contratación temporal? ¿En qué momento aparecen los aprendices? ¿Cuándo se establece una barrera entre el trabajador de un gremio y el patrono que le emplea? Solo disponemos de unos pocos, dispersos e imprecisos elementos de respuesta a estos interrogantes sobre un tema fundamental: los textos más antiguos que regulan las relaciones sociales en los gremios —llamados *métiers* en Francia, *arti* en Italia, *Handwerk* o *Geselle* en Alemania— datan de los últimos años del siglo XI o principios del XIII. En ellos, los gremios toda-

vía presentan el aspecto de reuniones de caridad o de peñas de amigos, con banquete anual, la *potacio,* y cotización para cubrir los gastos; pero aparece ya una élite formada por los propietarios de locales y una masa compuesta por quienes alquilan sus servicios. Estos últimos pueden ser simples operarios sin ninguna especialización, contratados para realizar trabajos que no exigen competencias específicas, o, por el contrario, individuos que dominan determinada técnica y poseen sus propias herramientas, con el suficiente prestigio como para que los patronos soliciten sus servicios y pacten con ellos la cuestión del salario. Si están inscritos en un gremio, el contrato durará lo que dure el trabajo encargado, pero una vez terminado este, se renovará; de este modo, el patrono no tiene ya que ir a la place de Grève en París, al Ponte Vecchio en Florencia, o enfrente de San Marcos en Venecia, a buscar trabajadores. Solo recurrirá a este expediente cuando tenga necesidad de refuerzos, y en tal caso escogerá entre los numerosos candidatos, mal pertrechados y no muy de fiar, que esperan su oportunidad, y cuyos descontento e inquietud no requieren comentarios. ¿Sistema «precapitalista»? No, porque una vez contratado, el mozo (*Knecht, puer, serviens*) recibe alojamiento y comida de su patrono, quien le paga a menudo en especie y le proporciona la materia prima para trabajar, pero no las herramientas, que el obrero posee ya. Este, si logra ahorrar, y con el acuerdo de los patronos, podrá presentar, a la larga, una «obra maestra» de su oficio y así elevarse hasta la categoría de maestro, lo cual le permitirá instalarse por su cuenta como un nuevo patrono. Pero no hay huellas de este tipo de posible promoción antes del siglo XIII. En cambio, la presencia de adolescentes, niños a veces de edades comprendidas entre los seis y los catorce años, colocados en el taller de un patrono para aprender el oficio, no es sin duda un fenómeno nuevo; al menos, eso sugiere el sentido común; los padres pagan al patrono para que acepte tomar al muchacho como aprendiz, y

cuando hay acuerdo, aquel se sirve de este como chico para todo. La relación que se establece está siempre impregnada de un efluvio hogareño, máxime si el aprendiz es hijo del maestro y su probable sucesor.

Esta organización conservadora y bastante rígida es anterior a los textos que la mencionan. Cuando los obreros, los mozos, se unen a los mendigos de Milán hacia 1045-1050, o se manifiestan en Toulouse paseando una lanzadera gigante por la ciudad, podemos pensar que ya tienen tras ellos una «historia social». En tales condiciones, resulta plausible admitir un último rasgo específico del artesanado urbano. Contrariamente a lo que por esas mismas fechas ocurre en la aldea, donde el herrero o el almadreñero disponen de entera libertad para decidir acerca de qué fabrica, en qué cantidades y para quién, en la ciudad existe el «reglamento» de cada oficio, que fija las condiciones materiales del trabajo y también de la producción: su volumen, su calidad y su coste están previstos de antemano, y la autoridad, que vela por el orden público, se preocupará de hacerlos respetar, aunque para ello haya que entregar al fuego un paño demasiado corto o arrojar al río el pan mal cocido.

Así pues, las condiciones laborales solo experimentarán tres modificaciones posibles a lo largo del período relativamente estable que tratamos aquí: efectos demográficos sobre la contratación de trabajadores, variaciones de los costes de fabricación y estado del mercado. El alcance del primer problema se capta sin dificultad. La constante afluencia a la ciudad de nuevos inmigrantes sin especialización alguna, salvo en algunas actividades de tipo rural como el trabajo de la madera, la confección de tejidos o diversas tareas agropecuarias, encauza hacia el mercado de trabajo a una mano de obra barata que, además, se suma al excedente natural que produce el crecimiento demográfico propio de la ciudad misma. De 1100 a 1250 esta conjunción de causalidades persiste y hace el caldo gordo a los pa-

tronos, que pueden, por un lado, aumentar el precio exigido para formar parte de un gremio, especialmente si es un gremio «jurado» —es decir, provisto de garantías de contratación y fabricación (aproximadamente uno de cada tres en París hacia 1255)—, con lo cual incrementan el sector de trabajadores no gremiales y carentes de toda seguridad, y por el otro, al mismo tiempo, negarse a conceder fuertes aumentos salariales. Con respecto a este último punto, nuestras fuentes, incluso para épocas posteriores a 1200, son aleatorias, ya que, en su mayoría, ignoramos la índole exacta de provechos en especie que obtenía el trabajador y también las divergencias atribuibles a su mayor o menor especialización técnica. Calculando entre ocho y doce dineros al día el abanico de salarios de los años 1140-1150, podemos observar que estas cifras tardarán más de un siglo en multiplicarse por dos; por otra parte, el salario de un obrero especializado es el doble del que cobra un simple mozo, es decir, uno de esos hombres mal pertrechados y de escasa competencia que se contratan como personal suplementario.

Si esta continua demanda de trabajo por parte de una masa laboral en aumento llega a ser satisfecha casi por completo, ello se debe a que los costes de fabricación no se han incrementado ostensiblemente. Allí donde el producto que hay que transformar no llega en cantidades suficientes, ya sea debido a perturbaciones coyunturales, ya a una inesperada ampliación de la demanda —como, por ejemplo, en los momentos de los grandes suministros para la cruzada—, e incluso allí donde cunde el temor de que esto ocurra, la ciudad no tarda en decidirse a obtener por cualquier medio el género que necesita. Cuando Venecia se implanta en «tierra firme» en el siglo XI, cuando Arras disminuye las tarifas de peaje que pagan ciertos productos en el XII, o cuando Siena emprende una serie de *razzias* contra su *contado* en el XIII, lo hacen para controlar la llegada de la made-

ra, el hierro, la sal o la lana, y también, como todas las ciudades, toman medidas equivalentes en época de carestía, para resistir hasta la próxima buena cosecha. En tales condiciones, los precios no suelen experimentar las bruscas convulsiones que más tarde caracterizarán a una economía efervescente. Evidentemente, solo vemos a las clases más acomodadas: la Iglesia que reincorpora al circuito comercial el dinero obtenido con la venta de los bienes pignorados y no recuperados por sus propietarios, la aristocracia a la que en el siglo XIII las apremiantes modas de diferenciación social obligan a derrochar para comportarse de acuerdo con su rango, y la élite urbana, mercantil o intelectual, que empieza a imitar a la nobleza. En ello reside sin duda la divergencia, todavía ligera, que se manifiesta entre el ritmo de incremento de los precios y el de los salarios.

Bienes de equipo y diversificación

Hay pocas actividades artesanales cuyos progresos, tanto en el volumen de producción como en el perfeccionamiento de las técnicas, no hayan acusado, en cualquier época, los efectos de una mayor diversificación de los bienes de equipo o de una multiplicación de las fuentes de abastecimiento de materias primas. Examinar esta diversificación y esta multiplicación constituye, pues, el medio más indicado para distinguir las etapas del progreso preindustrial. Desafortunadamente, solo la ciudad es permeable a nuestra mirada, cuando sabemos que, en buena parte, las primeras novedades se implantan en las zonas rurales.

Así ocurre, por descontado, con todas aquellas que precisan de combustible para su funcionamiento. Y hablar de combustible significa, evidentemente, hablar de madera, porque si bien entre 1177 y 1206 encontramos en Yorkshire, Languedoc y Hainaut las primeras menciones de utilización de la hulla, hay que rechazar toda tentación de ver en este hecho ni siquiera el despuntar de una competencia; los hornos de las alfarerías y los

tejares, así como las primeras forjas, están situados en los linderos de los bosques o en la vertiente más suave de una loma. A este respecto, la arqueología nos ha revelado en la Alemania renana, en Cataluña, en Borgoña, en Saintonge, verdaderas baterías de hornos, que podemos datar como de principios del siglo XI. Pero, más allá de las menciones formales de derechos de peaje, la certidumbre de vender se encuentra en la ciudad: Paderborn, Mersebourg, Colonia, Lieja, Barcelona, Milán, Brescia, Bérgamo. Y lo mismo se puede decir con respecto al metal. Por descontado, los yacimientos están en el campo; por descontado, son textos de origen rural (y eclesiástico) los que en fechas como 1120 o 1135 hablan de galerías derruidas y mineros sepultados bajo los escombros en el Delfinado, en Suabia o en las Ardenas, pero de la ciudad provienen los primeros indicios llegados hasta nosotros de una organización de la extracción y del comercio, en forma de «códigos mineros», los más célebres y completos de los cuales —aunque no los primeros— son los de Massa Marítima en Italia e Iglau en Alemania del sur, de mediados del siglo XIII.

Más arriba, he tratado de la expansión de los molinos. Esta vez la competencia es reñida: el molino, que hasta finales del siglo XII es molino de agua, puede estar en la ciudad o en un bosque. El problema consiste en averiguar cuándo y dónde se adapta su mecanismo a una diversificación del trabajo. El sistema biela-manivela y el árbol de levas, gracias a los cuales se logra un movimiento de vaivén, horizontal en el caso del telar y vertical en el del martillo pilón para triturar, consta en documentos de hacia 1080 o 1100. Cuando se ve la multiplicidad de los aparatos descritos y dibujados a finales del siglo XII por Herrade de Landsberg en su *Hortus deliciarum,* especie de gran enciclopedia de la época, cabe suponer que ciertas técnicas estaban muy difundidas: sabemos de la existencia de molinos para batir el hierro en Alemania, tal vez ya entre 987 y 1010, y en Le

Mans en 1085, pero sobre todo lo vemos aparecer a partir del siglo XII (1104 en Cataluña, 1116 en Issoudun), y, algo más tarde, propagarse por Champaña, Auvernia, Delfinado y a orillas del Rin entre 1203 y 1237; los testimonios sobre molinos para triturar la corteza de encina —que, una vez pulverizada, se usa para curtir pieles— son a menudo anteriores (hacia 1140-1160 en Lombardía, Île-de-France y Normandía); en cuanto a los batanes, para enfurtir paños, los primeros podrían remontarse al siglo XI, y en cualquier caso son, con certeza, anteriores a 1170. Este último ejemplo es el más interesante, porque el trabajo de un batán equivale al de cuarenta hombres, cuarenta trabajadores sin especialización alguna cuyo cometido consistía únicamente en pisar la lana tejida dentro de una cuba llena de mordiente. ¿Qué harán, en adelante, estos hombres? ¿Emigrar a la ciudad, o, si ya están en ella, dada su nula especialización, buscar un patrono que acepte tomarlos a su servicio a bajo precio y engrosar la masa de los marginados urbanos? ¿O bien, como en Inglaterra a partir de 1235-1240, organizarse en bandas y destruir los batanes, exponiéndose a sanciones y a multas imposibles de pagar? Lo mismo sucede en otras fases del trabajo de fabricación de los paños: no existe ninguna certidumbre acerca de la utilización del torno para hilar en Picardía antes de 1280 o 1285; en cambio, los telares de pedal, que permiten fabricar paños de quince metros de longitud, surgen probablemente a principios del siglo XIII. Pero lo que nos interesa no es la importancia de la producción, sino que con ello aumenta la descalificación de la mano de obra vulgar. Es cierto que el torno para hilar ata a la mujer a su casa y, en cierto modo, representa para ella una alienación, pero como consecuencia de este hecho, las labores campestres en las que participaba, siega del heno y espigueo, serán ahora exclusivamente realizadas por los pobres, los incapaces o los miembros de la familia que no han podido encontrar otra actividad, y se convertirán en tareas humillan-

tes. También es cierto que la aparición del telar, aunque generó paro, permitió una extraordinaria diversificación de los tipos y calidades de paños presentes en los diversos mercados, fenómeno perceptible a partir de 1150: *brunetes, écarlates, roussetes, vairs, bruels, hauberges, volins* se distinguen unos de otros por el tinte y la trama, así como por la finura y el precio (de dos a dieciocho libras el paño de dos metros por diez en Génova hacia 1200).

Todos estos ejemplos son tomados de la pañería porque, como he indicado, es la única modalidad un poco «industrial» del trabajo medieval, y el primer ámbito en el que son discernibles las tensiones sociales. Pero resultaría fácil encontrar fenómenos idénticos en otros campos, como por ejemplo en el del trabajo de la madera. La sierra hidráulica, conocida en el Jura hacia 1268, facilita el quehacer de cortar en pedazos los troncos. Se ha relacionado este perfeccionamiento con el de las construcciones navales, y, en efecto, antes de 1300, tanto en el Mediterráneo como en el Báltico, aumenta el número de barcos, si bien los arqueos permanecen invariables. Cuando se piensa que la construcción de una galera de 400 toneladas capaz de navegar durante ocho o diez años exigía la tala de veinte robles, cuarenta hayas y veinte pinos para los diversos elementos de la carena, el puente, los palos o los remos, se echa de ver el peso que tuvieron los sucesivos perfeccionamientos técnicos en el «despegue» europeo.

Los cuatro polos de Europa

Este somero análisis sería incompleto si no mencionáramos —y poco importa considerar la causa o efecto— el fenómeno de la concentración regional que, en una centuria, la comprendida entre 1125 y 1225 aproximadamente, trazó en el mapa económico de Europa el contorno de una serie de zonas de producción y otras de evacuación de los productos, fenómeno que resulta indispensable determinar antes de estudiar las co-

rrientes de intercambios. Hasta cierto punto, esta concentración regional sirve también de base para el desarrollo urbano, e incluso apuntala los designios políticos.

Resulta prácticamente incontestable que el primero de estos conglomerados regionales es el que se extiende por ambos lados del paso de Calais: planicie de Londres, Picardía, Flandes, cuenca del Mosa, Lorena, Renania central. Esta zona engloba regiones de gran productividad agrícola, superior, no cabe duda, a las del resto de la Europa medieval. En ella se encuentran materias primas fundamentales: hierro en Der, en Argonne, en Bessin y en el macizo del Harz, cobre en las Ardenas, estaño en Cornualles, sal en Picardía y en Lorena; la madera abunda, y también los cueros y la lana de calidad; el lino y el cáñamo crecen en todas partes con facilidad; las pesquerías inglesas y normandas son las más activas de los mares fríos. Por si fuera poco, esta zona tiene una industria textil de primer orden, gracias a las lanas, finas o bastas, de Inglaterra y Picardía, a los telares de Flandes, Artois y Reims, al glasto de Picardía y a la ceniza de las Ardenas. Nada tiene de sorprendente, pues, que la densidad urbana sea elevada y la población numerosa, y que el movimiento de emancipación de los hombres empiece antes aquí que en otras regiones. Pero esta zona se halla dividida entre potencias políticas rivales, las cuales fácilmente disputarán entre sí por la primacía. Además, pese a un relieve que en conjunto no presenta grandes dificultades para los desplazamientos, los ejes naturales de circulación —los ríos Rin, Escalda, Mosa y Somme— siguen todos una trayectoria sur-norte o sudeste-noroeste, lo cual obliga a cargar y descargar varias veces, con la pérdida de tiempo y el aumento de costes consiguientes, los productos que viajan en otras direcciones. Por último, esta zona cuantiosamente poblada y aprovechada, con 20 de las 65 ciudades que probablemente contaban con más de 10 000 habitantes en la Europa de antes de 1300, es totalmente capaz, por

un lado, de consumir la mayor parte de cuanto produce, y por el otro, de autoabastecerse sin necesidad de recurrir al exterior para procurarse productos alimenticios o de otro tipo, excepto unos pocos, de todos modos relativamente secundarios: aceite, seda, pieles o condimentos. La ceniza substituye al alumbre; el vino de producción propia es mediocre pero se puede beber, y si no, está la cerveza; la cerámica es rudimentaria, pero se puede suplir con hierro o con madera. Así pues, llegamos a una conclusión fundamental y que a menudo no se destaca lo suficiente, sobre todo a partir de que, en el siglo XIII, empieza el florecimiento de París: pocas cosas de las producidas en Europa del noroeste salen fuera de ella. Unas cuantas telas y paños que toman el camino del sur, pero en cantidades mucho menores de lo que evidenciaban Saint-Gilles o Génova hacia 1125, hierros trabajados, un poco de sal. Son las otras regiones las que llevan artículos a esta.

También en el norte, aunque bastante lejos, encontramos hacia 1250 una segunda zona importante: el litoral sur del Báltico, con Hamburgo al oeste y Novgorod al este, una larga franja costera que durante tiempo fue el frente de contacto entre los escandinavos de los siglos IX y X y la Alemania naciente. Aquí la situación es muy distinta a la de la desembocadura del Escalda. Se trata, simplemente, de un territorio de tránsito, una especie de ribera colonial, con «escalas» al estilo de las levantinas, modestas, dotadas de barrios bien diferenciados, pero de las que quizá solo una, Lübeck, tiene más de 10 000 habitantes. Las demás no son más que puntos donde se concentran los productos del interior, los cientos de miles de pieles de zorro, de ardilla, de marta cebellina, de armiño y de visón procedentes de Rusia, la pesca y las maderas resinosas de Escandinavia, el lino y la pez de Pomerania, el trigo de Polonia. Todo está en manos de los alemanes. Son los dóminos de la Hansa germánica o de los caballeros teutónicos de Prusia. Imposible, en este sector, vivir

de la propia producción. Hay que exportar, en dirección a Londres, Brujas, Ruán, Duisburg o, también, a los principados eslavos de Europa central, y traer de vuelta sal y vino del Poitou, o paños para revenderlos a los rusos; tráfico intenso, vital, frágil.

En el sur, Italia del norte es el área que inmediatamente atrae la atención. Ofrece evidentes analogías con el noroeste de Europa pero, al mismo tiempo, hay una serie de disparidades manifiestas entre una y otra. Por un lado, el mismo dinamismo, la misma diversidad y la misma densidad demográfica, acompañada, en el caso italiano, de una antigua tradición urbana que se traduce en más de 20 ciudades de 10 000 almas entre el Amo y la región de Friuli. Por el otro, sin embargo, tampoco aquí el autoconsumo es viable: la madera de Istria, Iliria o los Alpes, así como el hierro de Novara o de la isla de Elba, se dan en cantidades suficientes, y la piedra es buena, pero falta cuero y escasea la lana. La sal del Lacio o de Venecia, el vino, el aceite, y en último extremo incluso los productos lácteos, podrían alcanzar para las necesidades, pero la penuria de cereales es trágicamente endémica y había constituido ya uno de los grandes problemas «romanos»; la mayoría de las ciudades no disponen siquiera, en su *contado*, de víveres para seis meses, a pesar de un envidiable desarrollo técnico. Además, una gran cadena de montañas, sumamente fastidiosa, separa las dos regiones contiguas de Lombardía y Toscana y agrava los problemas. Así, la naturaleza impulsa a los italianos a tomar el camino del mar o el de los desfiladeros, para vender lo que ahora ellos, y solo ellos, pueden comprar en Oriente (seda, alumbre, azúcar, algodón) y asimismo sus excedentes de aceite y de paños ligeros, pero reteniendo en su poder el trigo que transita por sus circuitos comerciales. En el siglo XII irán a pie hasta Champaña, y en el XIII en barco hasta Flandes, para adquirir, a cambio de las riquezas musulmanas y griegas (lana bruta o paños burdos), la sal y las pieles de que carecen. De ahí a establecer agentes fijos en di-

chos lugares y a progresar en las técnicas de la asociación comercial media un paso, que los italianos supieron dar y que les permitió obtener cierto avance técnico con respecto a los restantes europeos.

No hay, en Italia del norte, otro poder político real ni otra preocupación económica que los de las ciudades, poseedoras todas ellas de su territorio rural propio, sin exceptuar a Venecia, que tiene su «tierra firme» tras ella. De este modo, en Italia del norte, el Estado es la ciudad. Al oeste de los Alpes, el decorado vuelve a cambiar, y nos hallamos ante la cuarta de las grandes zonas económicas, con su originalidad peculiar, más difusa, más sutil. Abarca el valle del Ródano, Provenza inferior, las regiones de Velay y les Causses, Languedoc y Cataluña, un conjunto semicostero y semicontinental, una extensión políticamente fragmentada, en la que gobiernan una decena de príncipes, sin soberanos descollantes, sin ciudades esenciales (menos de diez que superen los 10 000 habitantes), y cuyas características podríamos considerar a medio camino entre las de Italia del norte y las del noroeste de Europa. Como esta última, goza de una moderada autosuficiencia en cuanto a materias primas y productos alimentarios: la madera de las montañas, el hierro de los Pirineos, la sal de Languedoc y Provenza, la lana y las pieles del ganado mayor trashumante, glasto, azafrán, vino, aceite, cereales. Pero en cambio, al igual que Italia, tiene el inconveniente de malas comunicaciones y siente la tentación del comercio: coral, brocados y cueros españoles, oro y lana africanos, y también la ruta de Oriente, para la que no resulta apta una parte de sus poco hospitalarias costas, pero que pueden emprender ciudades portuarias como Barcelona, Aigues-Mortes o Marsella.

No cabe duda que existen otras áreas importantes de la economía europea del siglo XIII; por ejemplo, Poitou y la región de Burdeos, donde la pesca, la sal, el vino y la plata son riquezas

que se dan a poca distancia unas de otras; o Alemania central y Bohemia, con sus telas, su cristalería, sus maderas preciosas y sus minas de hierro y de plata. Pero todas estas regiones y otras que se podrían mencionar no presentan una concentración de hombres, de bienes y de actividad comparables a las de los cuatro polos principales. Lo cual implica diversas observaciones: ¿hasta qué punto se puede considerar que la falta de una base económica de esa magnitud constituyó una traba para las construcciones políticas y que la existencia y solidez de la misma las potenció? Es importante observar que el frágil agregado territorial de los Plantagenêt se redujo a mediados del siglo XIII hasta no comprender sino Inglaterra y la región de Burdeos, es decir, las dos únicas zonas activas de entre las que lo integraban. Por otra parte, ¿acaso, a partir de 1250, no periclitó por el mismo motivo el Imperio Germánico, dividida su atención entre la orilla del Báltico, la franja del Rin y el espejismo italiano, pero económicamente débil en su centro? Y esta decadencia coincide, precisamente, con el momento en que Milán, Venecia, Génova, el conde de Barcelona y rey de Aragón, el monarca Capelo, el conde de Tolosa y los príncipes de los Países Bajos no cesan de medrar. Y este desplazamiento de las principales zonas de actividad, productoras o consumidoras, provocó —sea cual sea la importancia que se atribuya a la voluntad humana en dicho fenómeno— una evidente ruptura con los tiempos antiguos: la división en compartimientos estancos solo atravesados por algún que otro buhonero o trotamundos ya no puede mantenerse. Se puede decir, por consiguiente, que si la evolución interna de la célula señorial orientaba a la sociedad hacia una economía de mercado, al advenimiento de esta fue acelerado por la fragmentación económica de Europa.

El mercado

La historiografía burguesa de finales del siglo XIX, afecta a las libertades urbanas, escrutó laboriosamente el resurgir de los intercambios comerciales, considerados como un signo general de progreso. Más tarde se pasó a la investigación sobre las causas, y desde que Pirenne emitió sus hipótesis, hace más de cincuenta años, los historiadores glosan el tema sin descanso, a favor o en contra del origen extranjero de los mercaderes, los «pies polvorientos» (*pieds poudreux*) del erudito belga, o bien intentan delimitar las etapas y los itinerarios de los intercambios internacionales con la ayuda de los tesoros monetarios conservados, las tumbas de jefes o las alusiones de los viajeros judíos o árabes. De este modo, se ha logrado esbozar, para el siglo X y principios del XI, un cuadro de la situación que distingue una serie de matices: en el norte de Europa, una gran corriente de intercambios dominada por los escandinavos y cuyos puntos extremos son Irlanda y el mar Caspio; en el sur, un Mediterráneo infestado por la piratería pero, ya en la primera mitad del siglo XI, y posiblemente antes en Cataluña, tráficos comerciales terrestres y marítimos al sur del Ebro, o a través de Sicilia, Alejandría, Bizancio; unas cuantas plazas célebres, como Amalfi, admirada en 977 por Ibn Hawqal; mercaderes alemanes que se aventuran en Praga, en Cracovia o incluso en Kiev. Pero en definitiva, entre los dos brazos de esta vasta elipse, nada. Solo buhoneros, trotamundos y agentes de los poderosos de la ciudad. En cambio, los caminos y los ríos, y más tarde el mar, empiezan a animarse de 1060-1080 en adelante, se intensifica el tránsito de mercancías, se reactiva el comercio, el numerario circula; pasado 1100, en Europa se practican ya, no solo transacciones interregionales, sino también internacionales. Tal es el panorama clásico, que sin embargo se nos antoja ilógico.

Nuestros contemporáneos, y antes que ellos nuestros padres, absortos en las cifras o imbuidos de visiones sintéticas, cometieron, al trazar el fresco que antecede, el mismo error de mé-

todo que Pirenne: ver el comercio a través de la circulación de las especias y de su venta en la ciudad, sin preocuparse por la cesta de huevos que un miércoles cualquiera una campesina ofrece a los posibles compradores a la puerta de una iglesia rural, operación tan comercial como la anterior. Por supuesto, es fácil explicar esta omisión: el historiador encuentra poco que decir acerca del comercio más humilde porque, a menudo, ni siquiera está reglamentado, y porque no posee estimaciones cifradas a su respecto. No obstante, constituye la base de todas las demás actividades.

Ante todo, circular

Todo el mundo atribuye a los romanos el mérito de haber dotado las zonas de Europa sometidas a su poder de una importante red de vías de circulación pavimentadas con piedras; a continuación, se suele lamentar su degradación ulterior, en la que se distingue uno de los rasgos propios de la barbarie medieval. Para empezar, pasemos por alto los sufrimientos que hubieron de sorportar galos, iberos o bretones para construir, para el uso exclusivo de sus amos, estas «obras de romanos». Luego, conviene rectificar el prejuicio según el cual dichas vías quedaron fuera de uso con el fin del Imperio de Occidente, pues aún se conservan en el siglo VII, y los escribanos posteriores se equivocan raramente al referirse a una de ellas; las palabras con que la designan son muy distintas a las habitualmente utilizadas para los otros caminos: *via publica, ferrala, calceaw, strata*. Por otra parte, la mayoría de los grandes enfrentamientos militares, forzosamente precedidos de considerables convoyes, tienen lugar junto a una de tales vías, circunstancia que se verifica en Cassel, en Legnano, en Bouvines, en Crécy, en Poitiers; también siguen hollándolas muchos de quienes emprenden largos viajes, incluso en fechas tan tardías como el siglo XIV. Dicho esto, no cabe negar que el conjunto de la red se disloca y, en buena parte, desaparece; el motivo radica en que ha-

bía sido concebido con intenciones muy precisas. Se trataba, ante todo, de unir los puntos estratégicos o las ciudades siguiendo una línea lo más recta posible, lo cual significa, en Europa del oeste, atenerse sobre todo a dos orientaciones ortogonales que un geógrafo calificaría de herciniana y varisca: Italia-Bretaña y *limes* renano-Mediterráneo. Cuando, durante la Edad Media, en determinadas zonas estas direcciones coincidieron con las de un tráfico particularmente intenso, las vías fueron conservadas; de lo contrario, ¿para qué conservarlas en buen estado? Hay que considerar, además, que para los romanos estas «calzadas» no tenían ninguna función económica; sus trazados, sus desniveles y sus revestimientos no las hacían apropiadas ni para el transporte mercantil ni para los viajes regulares; resultaban prácticas para peatones o jinetes, es decir, para mensajeros o soldados, pero no para los campesinos o vendedores ambulantes. De ahí mi observación precedente: durante la Edad Media prevalece la aldea, no la ciudad, y la tracción cobra nuevo impulso, con lo que resulta casi imposible servirse de las antiguas vías romanas, excepto, precisamente, para los ejércitos. Así pues, dejemos de lado esas reliquias inadaptadas a las necesidades de la época y mencionemos simplemente que los hombres del siglo XII tienen una mentalidad lo bastante práctica como para evitar los tramos inútiles y utilizar las «calzadas» solo en los lugares donde seguirlas significa aprovechar un vado o un puente, o bien en aquellas zonas montañosas donde la construcción de las vías fue objeto de un esmero especial; a veces, su única utilidad consiste en servir de línea de demarcación entre dos parroquias contiguas.

En muchos casos, los ingenieros romanos habían utilizado itinerarios anteriores y construido sus vías sobre los mismos o paralelamente a ellos. Tales caminos antiguos son los que resurgen ahora, junto con todos los que irradian de cada aldea tras la concentración de los labrantíos. Esta vez, se trata de una

red verdaderamente adaptada al objetivo esencial y preciso que es la comunicación de cada núcleo habitado con sus campos y de los diversos claros cultivados entre sí, a través de los espacios agrestes. En su mayoría, estas vías de tránsito son todavía las nuestras, y la obra de la Edad Media en este sentido es fundamental. Resulta imposible determinar cuándo y cómo fueron apareciendo tales caminos, y por otra parte, allí donde se han realizado estudios sobre esta cuestión ha podido comprobarse que raramente había un trazado fijo, sino que se trataba, más bien, de un conjunto de sendas que seguían la misma dirección; según el estado del suelo, la índole del convoy, el interés de cada viajero o el empeño en eludir el pago de un peaje, se pasaría por una o por otra. Este entrecruzamiento de lugares de paso ofrecía sin duda un aspecto tan errátil que, por ejemplo, en Flandes, en el siglo XIV, tras la primera maduración de los granos, se invitaba a los campesinos cuyos labrantíos lindaban con los senderos a vallarlos para evitar que sufrieran daños, igual que se hacía en otras zonas de Europa para prevenir los desperfectos del ganado trashumante. Por descontado, en ciertos puntos, el relieve o la hidrografía obligaban a tomar un camino único. Pero da la impresión de que incluso en tales casos la construcción de un puente fijo en lugar de una balsa transbordadora o de un puente móvil de barcas no suele producirse inmediatamente; tales puentes, por otra parte, fueron de madera durante mucho tiempo, lo cual se traducía en frecuentes incendios (el de Angers ardió seis veces entre 1032 y 1206). Los puentes de piedra suponían un esfuerzo y un gasto de tal magnitud que los grandes ríos tardaron mucho en tener algunos; el de Le Mans, construido en 1034, parece ser uno de los más antiguos, pero la mayoría de los demás son bastante posteriores, y en el oeste y el sur de Francia no es raro que daten de entre 1130 y 1170. La empresa podía deberse a cofradías de voluntarios, como los «pontífices» o «constructores de puentes»

(*pontifes*) de Aviñón, de Pont-Saint-Esprit o de Cavaillon. En según que sitios, la construcción requería los servicios de eminentes ingenieros. Así, la del San Gotardo, en 1237, tiene una importancia comparable a la de la apertura de los túneles que en épocas posteriores han atravesado los Alpes: el efecto fue comercialmente idéntico. En cuanto a los vados, mucho más abundantes que en nuestros días, en que a menudo el curso de los ríos ha sido encorsetado, ofrecían, en no pocas ocasiones, la posibilidad de elegir por dónde cruzar.

Indiscutiblemente, la mediocridad de las «carreteras» medievales ha velado en parte los progresos técnicos efectuados por el transporte durante la Edad Media. Las tarifas de peaje que se suceden desde 982 hasta más allá del siglo XIII permiten forjarse ideas bastante precisas acerca de las condiciones de circulación, aunque no hay que perder de vista la posibilidad, en algunos casos, de simple transcripción mecánica de los términos de la tarifa anterior. Sabemos que el transporte a cuestas (*à col*), es decir, en alforjas o en un balancín de tipo asiático, es el más frecuente; el cuévano, las parihuelas y la carretilla constan en los documentos desde antes de 1200 o 1220; los animales con albardas se emplean también, como se han empleado siempre. Pero lo que nos importa es el tipo de carro, de uno o dos ejes, sin duda ya conocido por los antiguos (*biga, quadriga*), pero cuya eficacia resulta aumentada gracias a los perfeccionamientos de los aparejos de tiro: varales para sujetar al primer animal, una barra transversal y cuerdas más fuertes para enganchar a los animales en fila, con lo que se suman las fuerzas de tracción en lugar de dispersarse como en el antiguo enganche de frente (esta innovación, sin embargo, no es anterior a 1275). Asimismo, la collera rígida para el caballo y el yugo frontal para el buey, colocado en la parte superior de la cabeza y no en el cuello, lo cual limitaría su capacidad de arrastre, aparecen tal vez ya en el siglo X en Renania, y hacia 1100 en Espa-

ña y Normandía, a juzgar por el tapiz de Gerona y el de Bayeux; el juego delantero móvil que permite un manejo más cómodo del carro es una novedad de finales del siglo XIII; por último, la Edad Media ve el nacimiento de la famosa herradura, sobre la cual, como hemos visto más arriba, los eruditos no se ponen de acuerdo.

Lo esencial consiste en hacer una estimación de los resultados. Se han calculado las ventajas que podía representar, para la rapidez y la eficacia del transporte, la substitución del buey, el asno o el hombre por el caballo. Cuatro caballos, herrados y correctamente dispuestos en fila, podían tirar de un carro cargado con treinta «sacos» de lana inglesa —equivalentes a cuatro toneladas y media— a una velocidad de cinco kilómetros por hora. Para lograr lo mismo, habrían hecho falta 8 bueyes, 16 asnos o 130 hombres; por otra parte, enganchados como en la alta Edad Media, los animales solo habrían podido mover la sexta parte de esta carga. Por lo tanto, nos encontramos ante una verdadera revolución del transporte.

Con todo, parece ser que las vías fluviales seguían gozando de la preferencia de muchos viajeros, pese a su mayor lentitud y a la necesidad de que las embarcaciones fueran remolcadas por caballos o bueyes, operación que el aspecto incierto de las orillas dificultaba a menudo. Añadamos que resultaba más fácil acechar el paso de una barca e imponerle un derecho de peaje que hacer lo propio con un carro, y que por añadidura los obstáculos —hierbas, molinos o transbordadores funiculares— implicaban pérdidas de tiempo u obligaban a efectuar un rodeo. Por ello, esta preferencia por las vías fluviales solo puede imputarse a dos factores: el primero, la seguridad del trasporte, porque el terreno presenta menos peligros que por vía terrestre (desfiladeros, bosques), y también porque el traqueteo de los carros en caminos llenos de baches hace que ciertos productos como el vino, la sal o el aceite, se salgan de los toneles por entre

las duelas mal unidas o resquebrajadas. El segundo factor estriba en la cantidad de mercancías que se pueden transportar en un solo viaje. Cierto que las *sandalae*, las almadías (*barges*), los *lambi* o los *chalani* que sabemos navegaban por el Sena, el Rin o el Tíber por lo menos desde el siglo XI no tenían un arqueo superior a las 30 o, como mucho, 50 salmas, pero es una capacidad mucho mayor que la de cualquier carro. De este modo, a partir de los años 1095-1100 se multiplican los muelles y desembarcaderos que facilitan la carga y descarga, en la ciudad, o en los puntos de encuentro, de un itinerario fluvial con otro terrestre. Determinadas ferias y grandes mercados surgieron alrededor de estas encrucijadas. En Flandes, hasta se llegaron a construir esclusas provistas de varios compartimientos estancos en cursos de agua un poco rápidos, perfeccionamiento que parece ser bastante excepcional (1150-1190).

Quedaba el mar. Ya he señalado en páginas anteriores los progresos, esencialmente nórdicos, realizados antes de 1250 en la navegación de altura. Es evidente que solo se podía recurrir a este medio de transporte en ocasiones extraordinarias; la vía marítima no atañe para nada al comercio local, ni siquiera en zonas como Italia, donde el cabotaje habría podido paliar la mediocridad de las comunicaciones terrestres. Aunque la carga de un navío medieval nos parezca hoy en día insignificante (se ha calculado que hacia 1300 el aforo total de la flota veneciana no llegaba a las 100 000 salinas, lo que corresponde a un pequeño petrolero actual), sobrepasaba ampliamente la actividad de una región. El tráfico marítimo precisa productos que hayan de recorrer grandes distancias, muy pesados o muy costosos, de los que se ocupa en exclusiva el «gran comercio»; intentar la aventura implicaba riesgos, los llamados «peligros del mar», tempestades y piratería, lo que a la postre dejaba este tipo de negocio fuera de las posibilidades de la casi totalidad de los mercaderes, aun de los italianos. Cierto que se podía transpor-

tar en un día un cargamento de 300 salmas a 180 kilómetros de distancia, cuando por tierra ello hubiera requerido el empleo de 100 carros y un tiempo de dos meses, a un ritmo de desplazamiento, normal para la época, de 20 a 25 kilómetros por día. Pero esta extraordinaria diferencia que deslumbra a tantos medievalistas no debe ofuscarnos: no todos los barcos llegan a su destino, y aun en el caso de que lo hicieran, en mi opinión el volumen total de los artículos que viajan en ellos es muy inferior al de los que transportan los miles de carros, de mulos y de porteadores que recorren los caminos terrestres.

Vender y comprar en la propia región

La parte que el señor reclama a sus hombres sobre el producto de su trabajo y que constituye el motor principal del «feudalismo» y la justificación de la protección y la justicia del señor es objeto de estimaciones muy diversas según los historiadores, tanto en lo que se refiere a las entregas en especie como a los pagos en metálico. Más adelante nos ocuparemos de estas divergencias; por ahora, baste con subrayar que, tras el surgimiento y consolidación de las células señoriales, en este acopio de recursos tiene su origen la economía de mercado. Una vez que ha satisfecho sus necesidades y distribuido sus dones, el señor da salida al remanente. Huelga decir que, según el número de allegados y servidores que tenga en casa, la índole de sus gustos y su nivel social le sobrará vino, grano, aves de corral o reses en cantidades variables; pero no cabe duda sobre el mecanismo, atestiguado ya en relatos hagiográficos del siglo X en las Ardenas, codificado en el reino de León en el siglo XI, generalizado en el siglo XII. El señor hace proceder a la venta en la aldea, o incluso en el mismo *baile*, el patio interior de su castillo. La del vino tiene la prioridad, pero casi siempre la acompaña la de los productos agrarios. Es el *mercadal* español, que por lo general tiene lugar una vez por semana. Según las cuentas del obispado de Winchester, en todo el año 1208 el

prelado dio salida de este modo al 48,5 por 100 del trigo, el 28 por 100 de la cebada y el 17 por 100 de la avena total de que disponía entre las cosechas de sus tierras y lo obtenido a través de sus rentas indirectas. Si se piensa en que una pareja de campesinos, una vez, separadas las partes correspondientes a su consumo, al grano para la próxima siembra, a la talla, a los alquileres y a las eventuales multas, necesitaba poder cultivar un mínimo de entre cuatro y seis hectáreas de buena tierra para conseguir un remanente negociable, y si se piensa asimismo en que, por lo que podemos calcular, no más de una tercera parte de la población campesina se hallaba en este caso, se puede comprobar que la «pompa» de los intercambios la inicia esencialmente, en el siglo XII, el señor. Una serie de documentos ibéricos nos informan de que a menudo son los animales vivos lo primero que se vende, antes que los víveres y el utillaje, e indican unas proporciones de 44, 23 y 12 por 100 respectivamente para estos tres «capítulos», lo cual constituye un interesante testimonio sobre las bases de la riqueza. En este sector económico hay que destacar el papel muy particular que desempeñaron los cistercienses, que ofrecían la imagen de un tipo de explotación directa, sin punción señorial. En su caso, se trataba pues de vender el excedente de producción. Al no estar limitados por las usanzas que yugulaban en parte la arbitrariedad de los laicos, los monjes blancos, que no debían rendir cuentas a nadie en este campo de su actividad, se encontraron a menudo en la situación de desempeñar un papel determinante en los mercados locales y de influir en los precios almacenando determinados géneros o, por el contrario, inundando la plaza con ellos; así ocurrió a menudo con los tres productos esenciales que controlaban: la lana, el vino y el hierro.

El dinero que podían gastar los campesinos nunca era muy abundante, a no ser que ellos mismos acabaran de vender algo. De modo que, en el mercado de aldea, las transacciones alcan-

zan un volumen poco considerable, y sus protagonistas son los diversos especímenes de las clases acomodadas o bien sus agentes. En cambio, la ciudad vecina, además de tener sus propias necesidades en materia de alimentación, era el lugar donde el señor, una vez vendido el vino o los animales que le sobraban, podía con mayor seguridad encontrar lo que buscaba y comprarlo: vestiduras caras, adornos, un caballo bien adiestrado o, simplemente, un artesano especializado a quien confiar, mediante retribución, un trabajo determinado. En tales condiciones, el *foro* urbano está íntimamente vinculado al *mercadal* campesino. Es posible que, en un primer tiempo, los mercaderes de la ciudad se desplazaran hasta la aldea, pero parece que, antes de 1250, debían limitarse a ofrecer cuatro baratijas a los campesinos. Los asuntos serios se tratan en los centros urbanos. De manera que, por una progresión natural, muchos campesinos, no demasiado distantes de la ciudad, irán directamente a ella para vender sus remanentes. El célebre fresco de Lorenzetti en Siena, aunque de fecha más tardía, muestra como un símbolo del «buen gobierno» esta afluencia de rústicos a la ciudad, cargados de huevos, cabras, telas, leña o leche. Porque la ciudad carece de todo, y, salvo en Italia, donde su control económico y sus requisiciones se extienden por el *contado* que depende de ella, se ve obligada a efectuar compras al por menor o a recurrir a los revendedores profesionales de carne o de cereales.

El mercado urbano, por otra parte, no se parece en nada a los nuestros. Tiene lugar en una plaza, a veces formada por el simple cruce de dos calles, o en un espacio cerrado (*foro cluso*) vigilado por la milicia urbana, con un emplazamiento reservado para las transacciones, una balanza pública y una oficina para dirimir los litigios que puedan surgir. Pero en la mayoría de los casos la venta se efectúa en tiendas, en los bajos de las casas en las que campea un rótulo; desde la calle, las existencias o el

obrero entregado al trabajo son visibles para el cliente; las mismas planchas de madera que sirven para cerrar la tienda se utilizan, durante las horas de apertura, unas como mesa para exponer las mercancías en el exterior, otras como tejadillo para resguardarlas, a la manera de un toldo. Parece probable que, hasta mediados del siglo XIII, se produjera, al igual que en las ciudades del mundo musulmán, cierta especialización por calles de un mismo tipo de comercios, fruto a la vez del acercamiento topográfico de «cofrades» dedicados a negociar con el mismo género —sin hacerse la competencia en lo referente a los precios, ya que está prohibido— y de la presencia en determinado lugar de las condiciones indispensables para la fabricación de lo que se quiere vender o para el acarreo de materias primas pesadas; así, curtidores y zurradores tenderán a agruparse en sitios donde abunde el agua, y almadreñeros y ebanistas en las proximidades de arenales donde resulte fácil descargar la madera transportada por vía fluvial. Nuestras calles y barrios actuales han guardado a menudo en el nombre el recuerdo de esta antigua especialización, sin que no siempre sea posible adquirir la certeza de que esta denominación fuera debida a un verdadero monopolio. Además, el establecimiento de esa trama mercantil interna es difícil de situar en el tiempo. En Italia, se conoce la especialización de los burgos suburbanos desde 1080 o 1100, y también la localización de las calles comerciales dentro del recinto amurallado, *merceria* de Venecia, *inferno* de Milán para la quincalla y la armería; las fechas son algo más tardías para las *rues* que describe Hariulf en Saint-Riquier (1125) o los alrededores de las plazas-mercados de Europa central, «Grosse Ring» de Lübeck, o «Rynek» de Cracovia.

La feria, emblema de la Edad Media

El campesino que lleva su grano o el revendedor que encamina a la ciudad un rebaño para entregarlo a los carniceros son «mercaderes»; sin embargo, cuando se alude a este tipo social,

se suele pensar en aquellos que circulan por los caminos o navegan por los ríos, en los «pies polvorientos» portadores de alforjas o caballeros a lomos de un mulo, y también en los negociantes más ricos que acompañan, a caballo, una hilera de carros. Estos se dirigen a otra parte: a la feria; y este lugar privilegiado de contactos comerciales en la Edad Media merece que detengamos en él nuestra atención.

La organización de encuentros de revendedores que ofrecen productos de procedencias lejanas, menos a los habitantes del lugar que a otros revendedores, es una forma del «gran comercio» que prácticamente se encontraría en cualquier época. Sin embargo, Occidente la perfeccionó. Respecto al origen de estas *feriae,* de estas *nundinae* periódicas, carecemos de certezas absolutas; la elección de los lugares donde se celebran ¿tiene tal vez un fundamento religioso, como las fiestas de san Juan en el caso de la feria llamada «de Lendit», celebrada frente a la abadía de Saint-Denis desde, por lo menos, el siglo x, o como las de la Semana Santa en Pavía? ¿Se trata, simplemente, de una contingencia geográfica, del hecho de que el lugar escogido constituye un punto obligado de transbordo de la carga, como los *portus* o los *wiks* poscarolingios de la zona del Mosa o de la Europa nórdica, o bien una encrucijada de itinerarios, como Chappes en Champaña y Visé, Thurout o Huy en el área belga? ¿O acaso se debe a una iniciativa de un príncipe que, con miras a los beneficios fiscales, ofrece facilidades a los mercaderes de paso, caso del duque de Brabante o del obispo de Lieja en los territorios ribereños del Mosa? En ocasiones, disponemos de documentos que prueban que esta voluntad se impuso a una geografía refractaria; así, los *tractoria* o los *conductus* expedidos a partir de 1137 por los condes de Champaña a los mercaderes deseosos de dirigirse a una ciudad-mercado, a quienes hacían escoltar por hombres armados, pudieron provocar o favorecer una convergencia que nada permitía prever hasta entonces.

El principio de la feria medieval consiste en organizar, fuera de la ciudad, pero bajo la responsabilidad y la «custodia» de esta, una concentración de hombres y mercancías por un largo período de tiempo, generalmente entre dos y cinco semanas, durante el cual se garantiza la protección de los bienes y la seguridad de las operaciones. La reunión tiene lugar en tiendas, o más raramente en grandes recintos cubiertos, junto a una oficina o un *châtelet* ocupados por los vigilantes encargados de velar por que, una vez finalizada la feria, se liquiden todas las cuentas pendientes. Porque durante todo el tiempo que dura la feria, se trata más de exposición que de venta, y lo que sobre todo se lleva a cabo son promesas de transacciones recíprocas antes del *clearing* final. No es de extrañar que, poco a poco, los comerciantes más ricos consigan el derecho de tener mansión y almacenes en la ciudad, ni tampoco que la prohibición, por parte del concejo municipal, de vender ciertos productos en las tiendas en período de feria induzca a la población urbana a acudir a las *nundinae*. Sin embargo, ninguno de los elementos inherentes a las ferias —proclamación o «pregón» (*cri*) del valor de las monedas que se van a usar, reglamentación de la venta de bebidas, examen de la calidad de los productos— se impuso de inmediato; durante mucho tiempo la situación fue precaria: en 1127, en Brujas, el anuncio del asesinato de Charles, conde de Flandes, hace que los mercaderes recojan sus cosas y emprendan la huida. La progresión es lenta y, a veces, va acompañada de una especialización: la lana en Inglaterra (Northampton, Winchester, Stamford, Saint-Yves. Boston); el paño en Flandes (Ypres, Thurout, Messines); el ganado en Languedoc (Montpellier) o en España (Medina del Campo); los metales en Milán, Francfort, Novara y Nuremberg; las telas ligeras y la quincalla en Saint-Denis, Reims, Pavía y Saint-Gilles. Así, entre la aparición de la feria de Visé (982) y los primeros años del siglo XII surgen diversos centros animados por la presencia de mercaderes y no

siempre idénticamente frecuentados, ya que en algunos casos —como Metz, Toul, Lieja, Verdón, Colonia o Génova, entre 1010 y 1080—, resulta difícil distinguir el mercado urbano, fluvial o marítimo, de una verdadera feria.

El caso de las ferias de Champaña es excepcional, por cuanto, como ya se ha dicho más arriba, el camino más lógico para unir el norte de Italia y la zona de los mares fríos consistiría en seguir el curso del Rin o bien en llegar al Saona por el Mosa o por el Oise y el Yonne, pero de ninguna manera en cortar por la región de Champaña, que bien poco tiene que ofrecer. Se han conservado vestigios de intercambios habidos en Provins a partir de 999, y en Troyes a partir de 1100; pero los italianos que encontramos al norte de los Alpes, en Brujas en 1127, en París en 1140, vienen de otras partes, y solo hacia 1170 se constata su presencia regular en Champaña. A estas alturas, ya los condes han favorecido la apertura de ferias en Troyes, Provins, Lagny y Barsur-Aube, entre 1145 y 1160. La originalidad de estas reuniones mercantiles de Champaña reside en que, con una cadencia de dos por año en cada ciudad —una «feria fría» y una «feria cálida»—, se establece un ciclo ininterrumpido de encuentros comerciales en un área poco extensa y permanentemente protegida. Esta circunstancia, que nunca se había producido hasta entonces, debía atraer, de un modo bastante artificial, los itinerarios hacia el sur y el suroeste de Champaña, y debía asimismo incitar a los mercaderes de origen lejano a pensar en una implantación fija y regular, con agentes y cónsules, con graneros para las reservas, con el desarrollo de procedimientos contables más refinados y menos aleatorios que el pago en efectivo. Dicho estadio no sería alcanzado por los sieneses, placentinos o catalanes hasta los años 1245-1270, pero hay que subrayar el papel motor que, por este conducto, pudieron desempeñar las ferias de Champaña en el comercio del dinero.

En cambio, mayores dificultades presenta la determinación, para la fase posterior a 1200, del efecto que tuvieron las ferias sobre el desarrollo de los mercados urbanos tradicionales. La celebración regular de aquellas grandes reuniones mercantiles, especialmente en las regiones con una producción local no desdeñable, tuvo sin lugar a dudas, como primera consecuencia, la de incrementar los ingresos fiscales del príncipe o de la ciudad que les daba asilo: los impuestos percibidos sobre los hombres y las cosas, y en particular las cantidades cobradas en concepto de salvoconductos que garantizaban la protección de personas y bienes durante el período de la feria, dieron lugar a un bloqueo de la actividad mercantil en las épocas feriales. En Italia incluso se llegó al *divieto,* es decir, a la prohibición, por lo menos formal, de exportar al *contado,* en tiempos de feria, los productos de fabricación local. Por consiguiente, es probable que muchos mercados urbanos de origen más modesto se ampliaran hasta convertirse en ferias, aunque tuvieran que celebrarse en el interior del recinto amurallado, donde se aislaban con una empalizada o por cualquier otro medio, como en Lieja. A partir de dicho momento, la multiplicación, en la propia ciudad, de cobertizos o *fundaco* reservados a este o aquel grupo extranjero, tiende a modificar el tejido urbano, y al final del período que estudiamos el hecho es del todo evidente, especialmente en lo que se refiere a los comerciantes alemanes de la Hansa, tanto en Londres como en Venecia, pero también a comerciantes de otras procedencias en lugares tan diversos como Lübeck, Ginebra, Douai, Barcelona, Lérida, Montpellier, Metz, y hasta en las propias ciudades de Champaña, lo mismo en Troyes que en Provins.

La aparición del mercader

El concepto de una «burguesía en ascenso», cuya interminable progresión se observa tanto en el mundo griego antiguo como en el siglo XIX, es una idea trillada pero imposible de des-

arraigar. En cambio, el personaje del mercader profesional es una figura poco perceptible en la Antigüedad y, por el contrario, muy característica de la Edad Media; aludo al mercader integrado en la sociedad local, elemento de la comunidad, engranaje permanente de la economía, y no al *syrius* del siglo VII o al *mercator* errante del IX, y ni siquiera al *pied poudreux* del xi, buhonero sin raíces, perseguido o explotado. Este tipo social es el primero que se encuentra antes del gran impulso del siglo XI, y ello por dos razones: ante todo, porque el comercio de productos lejanos (cueros de Córdoba, seda de Oriente, cristalería checa, perfumes, púrpura…) tiene un volumen y una clientela limitados, razón por la cual los grandes de este mundo tienen que tratar con esta categoría modesta cuyas visitas son esperadas con ansia; y en segundo lugar porque tales extranjeros, aunque a veces se les designe con el título de *amicus*, como hace en 1021 el conde de Bérgamo, se hallan sin defensa, con lo que se les puede amenazar, atropellar y expulsar sin correr grandes riesgos, como hacen los obispos o arzobispos de Turín, Cremona, Cambrai, Worms y Colonia entre 900 y 1010. Este pequeño grupo de extranjeros sin raíces sólidas, ni siquiera en lugares lejanos, subsistirá en épocas posteriores. Después de 1150, apenas se les mencionará ya; en Génova, el último «extranjero» dedicado el comercio es un sirio. Ribaldo di Saraphia, que muere en 1175.

Para entonces, ya hace más de cien años que se ha perfilado el tipo social del mercader urbano. ¿Puede tratarse de individuos que eran, en un primer tiempo, agentes del obispo o del conde, o bien representantes, afincados en la ciudad, de los grandes señores rurales, en particular eclesiásticos? Probablemente. Tal vez entre ellos haya también inmigrantes, como Godrich de Finchal y otros a quienes Pirenne atribuía un papel político primordial.

Podemos seguir bastante bien las fases de la formación del grupo «socioprofesional», en vocabulario de nuestros días, que componen. Muchos se han instalado en los barrios nuevos de las ciudades, los *burgi* que empiezan a extenderse fuera de las murallas a partir de 1010-1040, o en nuevos emplazamientos, *portas o wiks* del norte de Europa. Pero sus principales características consisten, en primer lugar, en que son los primeros que sienten el impulso de agruparse, de asociarse entre sí, sin duda porque saben que su tipo de actividad hace de ellos una categoría especialmente amenazada. Las primeras asociaciones no exclusivamente piadosas de las que tenemos noticias las forman los mercaderes: *carités, fraternae, keures, compagna* en Europa del norte o en Italia, en Tiel, Saint-Omer, Aire, Colonia, Wurtzburgo, Londres, Barcelona, Génova, Venecia y Plasencia entre 1027 y 1090. No se trata, bien es verdad, más que de asociaciones de socorro mutuo. Pero otras surgen simultáneamente, ya con finalidades económicas. Ya se trate de una práctica tomada del Islam —lo cual, sin embargo, es dudoso antes de 1100— o, más posiblemente, de una imitación de usos bizantinos, a partir de 950-980 en Venecia y bastante más tarde en Toscana, o incluso en Italia meridional y en la Sicilia normanda, comienzan a proliferar los contratos de asociación en que intervienen los intereses de varios mercaderes: *rogata,* simple pacto, quizás meramente verbal, de ayuda recíproca con ocasión de viajes realizados en común; *fraterna* o *societas,* que conservan un regusto familiar pero consisten en aunar los esfuerzos y el dinero; *colleganza* y *commanda,* más precisas, que establecen la proporción de beneficios (o de pérdidas) que toca a cada participante, o bien a prorrateo del capital aportado, o bien tomando en cuenta también los riesgos corridos por unos y otros. Por regla general, uno de los asociados, el que solo ha podido aportar una cantidad modesta, afrontará los peligros del viaje, mientras que el otro, el comanditario principal, se quedará en su casa, pero se

embolsará los dos tercios o los tres cuartos de las ganancias. ¿Contrato leonino? Tal vez, pero no hay que olvidar que armar un barco o equipar una recua de mulos para un largo desplazamiento supone una inversión considerable, cuya pérdida constituye un enorme riesgo que legitima, como contrapartida, la perspectiva de sustanciosos beneficios si la operación se realiza con éxito. Y, a la inversa, un posesor de escasos bienes vegetaría como asalariado si no pudiera entrar en un sistema de esta índole. Con razón, Yves Renouard veía en esta práctica, notable por su flexibilidad, la base y la justificación de la perdurable supremacía económica italiana.

Todavía queda otro paso por dar. A partir de 1109 en Venecia y de 1143 en Génova, las *societates maris* se convierten en «compañías», término antiguo que designaba las agrupaciones encargadas de equipar una flota cada año, como, por ejemplo, sucedía en Génova desde 1090. Esta vez, el contrato, que tiene una dimensión familiar y una duración fija (de uno a seis años, si bien es renovable), consiste en reunir el capital de base, el *corpo* familiar, cuyo aporte convierte a cada participante —*consors*— en corresponsable de la empresa en todas sus facetas. Pero también se admite un *sopracorpo*, aportes individuales de «accionistas» que participan así en la empresa (se les concede un *locum*) y obtendrán un provecho, pagado con los beneficios, que normalmente oscila entre un 8 y un 12 por 100, lo cual representa una inversión bastante lucrativa, superior al rendimiento medio del capital transformado en bienes raíces y equivalente a la percepción de un diezmo, algo que no está a la disposición de cualquiera.

Todas estas prácticas tardaron mucho en extenderse a Europa del norte, donde se prefirió recurrir a la ayuda recíproca en el extranjero y al socorro mutuo en la ciudad de origen: las «guildas» sajonas y normandas, de las que se formaba parte mediante el pago de una cuota (el término *geld* —dinero— es la

etimología probable de esta palabra escandinava), y más tarde las «hansas» germánicas y de los países latinos del continente no superan el estadio de las cofradías profanas, con cotización, banquete, caja común, cónsules para ocuparse de los miembros en apuros, dimensión moral de caridad recíproca, control de los mercados y del monopolio de venta. Y aun así no se difunden por Londres, Lincoln, Winchester, Lieja, Huy, Colonia, Ruán, y París hasta pasado 1140 o 1160, al mismo tiempo que se constituyen agrupaciones de tipo casi «nacional», como la gran hansa báltica a finales del siglo XII, o la hansa «de las dieciocho ciudades», que controla la venta de los paños de los Países Bajos en las ferias de Champaña.

Cada vez es mayor el convencimiento, por parte de los historiadores, de que estas asociaciones espontáneas son anteriores a la intervención de los mercaderes en la vida pública, cuando durante mucho tiempo se creyó que el *jus mercatorum*, el *Kaufleutegerichte*, había provocado, por voluntad del príncipe —especialmente en Alemania—, dicho fenómeno. En realidad, no tenemos pruebas definitivas de que existiera una protección reglamentaria específica para los mercaderes o un derecho, privado o público, aplicable a ellos en exclusiva, antes del período 1135-1165; al menos, las persecuciones de que aún fueron víctimas a finales del siglo XI dan fe de la ineficacia de una eventual legislación particular. Las exenciones del pago de ciertos derechos, como en Gante o en Tours hacia 1045 o 1050, al igual que la concesión de salvoconductos a lo largo del Mosa, alrededor de Arrás, en Pisa hacia 1130, son ventajas o facilidades revocables, que dependen de la voluntad del príncipe. En cambio, cuando el siglo XII entra en su segunda mitad, la influencia del grupo mercantil en la ciudad parece un hecho indiscutible, aun cuando su acción, en muchos casos, se manifiesta sobre todo fuera de los muros de la misma, en los burgos o allí donde se celebra la feria. Los mercaderes suelen estar representados en

los cabildos municipales que se constituyen en esa época, si bien, como veremos más adelante, el peso de esta representación varía según la coyuntura local. Tienen, de todos modos, su propia organización: cónsules cuya misión específica estriba en velar por sus asuntos o un preboste en quien la autoridad pública —en Flandes o en Cataluña el conde; en Lieja, en Milán o en Colonia el obispo; en París y en Londres el mismo rey— ha delegado la administración de la justicia comercial (entre otros ejemplos, tenemos los de Arrás en 1111, Génova en 1122, Pisa en 1161 y Milán en 1185). Todavía no ha llegado el momento en que la figura del *capitaine royal* tome bajo su protección a todos los mercaderes de Francia, pero cuando así ocurra, a partir de 1288, ello no será sino el coronamiento lógico de una evolución.

Por supuesto, este creciente influjo del grupo mercantil resultaría difícil de explicar si no añadiéramos que si bien los riesgos comerciales, y en especial los marítimos, son ingentes, también los beneficios pueden ser cuantiosos. Las fortunas erigidas gracias al comercio asombran a los contemporáneos por su magnitud y por la rapidez con que han sido amasadas: ya en el siglo XI, los Pantaleone, de Amalfi, pueden ofrecer puertas de bronce con adornos a la catedral de su ciudad, así como a la basílica de San Pablo Extramuros en Roma y a la iglesia de San Miguel del monte Gargano; en el siglo XII, el genovés Iñigo della Volta y el veneciano Romano Mairano, cada uno por su lado, logran multiplicar por cuatro sus capitales iniciales en sendos lapsos de cinco años, lo cual no obsta para que tanto el uno como el otro hagan bancarrota poco tiempo después; en el siglo XIII, los prestamistas y hombres de negocios florentinos, como los Bardi o los Peruzzi, alcanzan un volumen de negocios anual de varios cientos de miles de florines. Se trata, por otro lado, de realizar una gestión hábil, y nuestros datos acerca de la distribución de los capitales evidencian una prudente diversificación

de las inversiones. Así, cuando en 1268 muere Ziano, dux de Venecia, el 48 por 100 de la fortuna que deja se halla invertido en contratos marítimos o de armamento naval —con participación nada menos que en 132 negocios—, el 25 por 100 en inmuebles y el 18 por 100 en préstamos a interés; solo el 8 por 100 lo lega en efectivo.

El poder y los negocios

¿Persecución o protección? ¿Elemento de progreso o simple objeto de imposición fiscal? ¿Cabe afirmar que el mercader, personaje sobrante en el esquema de una sociedad en la que imperaba la ideología de los tres órdenes, logró ajustar sus relaciones con el poder, garante de una repartición social de origen divino? No puede darse a este problema una respuesta única y valedera para un período de dos siglos; hubo, evidentemente, una evolución que, como se habrá adivinado por algunas de las observaciones hechas hasta aquí, redundó en beneficio del mercader. Pero fue un proceso lento.

En primer lugar, porque lo frenó un obstáculo formidable: la Iglesia, basándose en los libros santos, no podía dar su aprobación a la actividad mercantil. Tanto si la ganancia consistía en la cantidad suplementaria que, además del precio inicial más los gastos, se hacía pagar al indefenso comprador con el pretexto del esfuerzo realizado por el comerciante para procurarse el artículo, como —y con mayor motivo— si consistía en el cobro de intereses por un préstamo, dicha ganancia tenía su fundamento en el transcurso del tiempo, que es algo divino por esencia; podía tolerarse que el marino, puesto que parte para afrontar un riesgo, realizara cierto beneficio, pero no que hiciera lo propio el mercader que no se ha movido de su domicilio. No se trata de examinar aquí las causas —por otra parte bastante fáciles de adivinar en su conjunto— de la progresiva evolución de la Iglesia hacia posturas más comprensivas. Ya en 1074 el papa Gregorio VII dirige sus protestas al rey de Francia Felipe I por

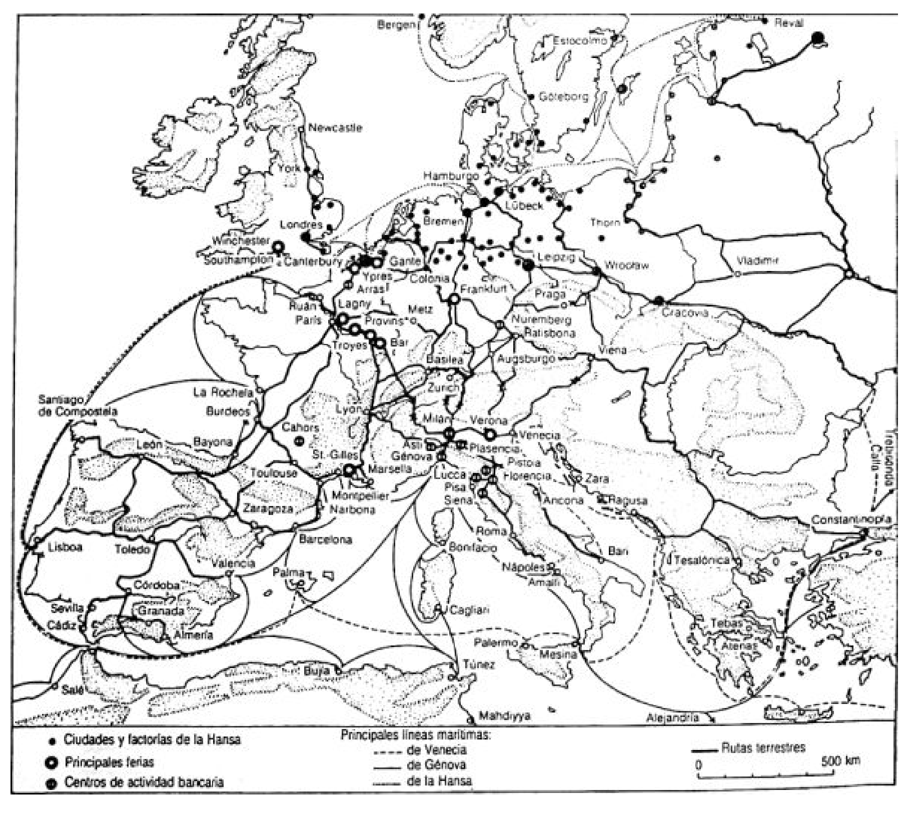
haber permitido que se expoliara a unos mercaderes; en 1110, según el autor de los Hechos de los obispos de Cambrai, el mercader Werimbold, que ha multiplicado las obras pías, muere en dicha ciudad en medio de la aflicción general. Además, está el hecho de que los legados a la Iglesia efectuados en el lecho de muerte o las tomas de hábitos *in extremis*, aunque demuestran la existencia de un sentimiento de culpabilidad en el mercader, constituían un factor susceptible de atemperar la hostilidad de una jerarquía que no desdeñaba —y menos aún lo desdeñaban los frailes— dedicarse a los negocios. Cuando, en 1198 se canonice a *Homo bonus*, anónimo mercader de Cremona, se habrá dado un paso decisivo.

Este sentimiento de hallarse, pese a todo, al margen de la verdadera sociedad cristiana, pudo mover a los mercaderes a establecer una solidaridad entre ellos y a organizarse para mejor resistir a las presiones de quienes encarnaban la autoridad oficial; los medios para ello fueron, evidentemente, las asociaciones más arriba citadas, pero también lo lograron preparándose para ejercer sus actividades sin fiarlo todo al método empírico. En este aspecto, la aparición de escuelas comerciales reservadas para los hijos de familias de mercaderes representa no solo un momento capital en la historia de la enseñanza, sino también un signo de la voluntad de progreso y emancipación que animaba a los mercaderes. Entre dichas escuelas, podemos citar las de Gante y Brujas, surgidas durante la primera mitad del siglo XIII, y las de Lübeck, Breslau y Erfurt fundadas algo más tarde, de 1252 a 1269.

Al esbozar, unas páginas más atrás, cómo en la Edad Media central se perfilaban en Europa diversas zonas económicas esenciales, he dejado entrever cuáles eran los grandes itinerarios recorridos por el comercio a largas distancias; solo recordaré aquí los principales. Entre los marítimos, hay que destacar tres grandes orientaciones. La primera parte de Venecia, Génova,

Pisa, Marsella, Palermo hacia Levante, Egipto o el mar Negro; es la ruta de la madera, las armas, el hierro y los paños en el viaje de ida, y del alumbre, la seda, el algodón, el trigo, el azúcar y las especias en el de vuelta; entre 1113 y 1153, las ciudades de Liguria, mediante pactos comerciales, se adueñaron de toda la costa del Tirreno hasta Narbona, con lo que pudieron, por un lado, obtener en esta región los productos necesarios para llevar a Levante, y por el otro, aprovisionarla de los que traían de allí. Además, en esta misma zona se encontraba el punto extremo de la segunda ruta, la que unía el Magrib con las Baleares, Barcelona, Montpellier, Nápoles y Sicilia, y en la que el comercio se efectuaba casi exclusivamente en sentido único; esta es la ruta de las pieles y el oro, artículos a los que se añadían, a su paso por España, el cuero, la lana y el coral; en este flanco marítimo, era necesario un intermediario —generalmente los judíos— para los contactos comerciales entre el Islam y la cristiandad. Un punto difícil de determinar es el que se refiere a los géneros que los europeos podían ofrecer a cambio de los que importaban: azafrán, telas ligeras, cristalería, tal vez plata. El tercer itinerario marítimo enlaza Burdeos con Riga a través del canal de la Mancha y el Báltico; por él circula el vino (700 000 hectolitros anuales en dirección a Inglaterra en el siglo XIII, pero asimismo otros 200 000 con destino a las riberas del Báltico en 1255) y también sal, pescados y más tarde paños transportados hasta Novgorod; en sentido inverso, las *koggen* navegan cargadas de madera (el primer barco que volvió con madera de Noruega llegó a Grimsby en 1230), pieles, grano y de nuevo, sal (en 1205, la ciudad alemana de Lüneburg extrae anualmente 500 000 quintales de sus salinas); los alemanes controlan el Báltico desde 1104-1110 y el mar del Norte desde 1165-1170. En realidad, existe aún otro itinerario marítimo, pero sumamente corto, que une las dos costas del canal de la Mancha y por el que el continente se abastece de lana inglesa (30 000 «sacos» de

más de 160 kilos cada uno hacia 1220), acero, estaño y pescados, y envía a Inglaterra glasto, hierro, paños y cobre.



Los movimientos comerciales en Europa del siglo XI al XIII

En cuanto a los itinerarios terrestres o fluviales, se pueden señalar cuatro especialmente importantes, cada uno de ellos con diversas ramificaciones. El primero es el del Mosa, que penetra luego en Alemania hasta Paderborn y Leipzig, ruta del cobre, los paños y la sal en una dirección, y del hierro, la plata y el trigo en la contraria. El segundo es el que atraviesa la Champaña y tiene sus extremos norte y sur, respectivamente, en el Somme y el Mont-Cenis o el Simplón: por él se acarrean, sobre todo, telas y artículos primorosos. El tercero es el de Baviera, que pasa por el Brenner o el San Gotardo y permite llevar hasta Alemania los productos de Oriente, el hierro italiano y los paños, para ser cambiados por plata, objetos de cristal o pieles.

Por último, el cuarto itinerario, el occidental, sigue parcialmente el curso del Loira, bordea el Poitou y, a continuación, un ramal toma la llamada *voie regordane* hasta el Languedoc y desde allí penetra en España, mientras que otro apunta directamente a los Pirineos y entra en la península por el oeste; es el «camino francés», que comunica Roncesvalles con Santiago de Compostela o Le Perthus con Valencia, ruta de peregrinaciones, pero también del comercio de telas, encajes, paños y sal en dirección al sur, y del de cobre, pescados, vino y tal vez oro en dirección al norte.

Esta esquemática reseña tiene por objeto mostrar cuáles son los ejes en los que se oponen el comercio de gran radio de acción, obligado a seguir determinadas vías para unir las zonas de producción de un artículo con las zonas necesitadas del mismo, y el poder político, deseoso, no de prohibirlo, sino de captar para sí los beneficios a que da lugar. A menudo se ha insistido en que los impuestos medievales resultaban onerosos y paralizantes y tenían un efecto disuasorio para el afianzamiento de una mentalidad emprendedora. Sin embargo, aun en los momentos en que la fiscalidad de los príncipes se hace más gravosa, a principios del siglo XIV, esta raramente supera el 13 por 100 del precio de fabricación del producto, lo cual la sitúa en los mismos niveles que nuestro actual impuesto al valor añadido. Pero los hombres de los siglos XI, XII y XIII, poco acostumbrados a la noción del impuesto, se dejan llevar fácilmente por la tendencia a protestar contra los diversos peajes —*tonlieux, vinages, rouages, portages, montages...*— que en las encrucijadas, en los puntos de descarga, en los vados, puentes y puertos de montaña, les exigía el amo de un castillo o el agente de un príncipe, con el pretexto de brindarles escolta (*conduit*) o protección (*sauvement*). Es difícil calcular el número de dichos lugares de pago, y prácticamente solo conocemos aquellos cuyas tarifas han llegado hasta nosotros, proporcionándonos con ello una

fuente inestimable para el conocimiento de los tráficos medievales, pese a los inevitables arcaísmos y, en no pocas ocasiones, a la ignorancia en que nos dejan acerca del total anual de las sumas así recaudadas. Sea como fuere, este entramado de puestos donde se efectúa el control y la cobranza del impuesto de pasaje existe desde la formación de las células señoriales. Conocemos numerosos de ellos anteriores al período 1035-1080 y situados a lo largo del Mosela, el Po, el Ródano, o de diversos itinerarios de Flandes, Picardía y Poitou. Parece que a partir de 1150 y hasta 1200-1210 debió de producirse un reajuste —es decir, por supuesto, un alza— de las tarifas; disponemos de los nuevos baremos que, en dicho lapso de tiempo, entraron en aplicación en Carcassonne, Nîmes, Montpellier, Bapaume, Arrás y Saint-Omer, así como en Milán, Novara y Bérgamo. La importancia de los peajes, a la vez financiera y, sin ninguna duda, también política —control de la circulación, tanto de hombres como de mercancías—, se puede apreciar si consideramos el interés que rápidamente mostraron por ellos los poderes territoriales, en especial las ciudades-Estado de Italia y, fuera de ella, los soberanos del siglo XIII. En este sentido, llanta la atención el hecho de que, según se va extendiendo el dominio real, en Normandía, Picardía o Anjou, el monarca francés Felipe Augusto se apresura tanto en apropiarse de estos puntos de recaudación como de las fortalezas. Por su lado, en 1205, el inglés Juan sin Tierra, de la casa Plantagenet, para hacer frente a sus apuros financieros, pretendió imponer una fiscalidad general sobre el importante comercio de la lana, especialmente en los puertos donde esta era embarcada —Hull, Southampton, Ipswich. Dover—, empeño en el que no tuvo demasiado éxito. Pero la idea de que la lana constituía una fuente de ingresos mucho más segura que las ayudas ocasionales, los diezmos exigidos a la Iglesia —difíciles de percibir— o las entradas procedentes del

dominio real, se fue abriendo camino. Así, en la actividad comercial se encuentran los cimientos de la fiscalidad pública.

Sin embargo, los mercaderes hicieron todo lo posible por eludirla. Mediante exenciones y privilegios, sobre todo en el mundo mediterráneo, pero también mediante el fraude. Evidentemente, para el comercio marítimo este resultaba menos asequible, aunque tenemos pruebas de desembarcos clandestinos y contrabando con las poblaciones costeras en Bretaña, en el País Vasco, en Pomerania, en Picardía. En cambio, la circulación terrestre ofrecía mejores condiciones; ya se ha señalado más arriba la imprecisión del trazado de las vías, que siempre hace posible tratar de desplazarse por otro itinerario, dar un rodeo para evitar un peaje o buscar un vado sin vigilancia. Ahora bien, un río como el Ródano no se cruza así como así en un punto cualquiera de su curso, y lo mismo ocurre con los Alpes, e incluso con los taludes de la meseta borgoñona; además, hay que contar con la existencia de cuadrillas montadas que patrullan una vasta zona alrededor del puesto aduanero para descubrir a los eventuales infractores. Siempre ignoraremos el número de los afortunados que lograron pasar a través de las mallas.

El oro y la plata

Por escaso que sea el numerario, y aunque no resulte fácil controlar su acuñación, es inseparable de una economía de mercado como la que está tomando cuerpo en Europa durante la segunda mitad del siglo XII, y más de una vez hemos visto ya aparecer la moneda en el presente estudio. A lo largo de la alta Edad Media, la principal deficiencia del Occidente cristiano con respecto a los mundos bizantino y musulmán parece haber sido la falta del instrumento monetario, que motivó una econo-

mía limitada al trueque y al atesoramiento, formas, desde luego, poco apropiadas para promover y sustentar un mayor desarrollo. De este modo, los esfuerzos de los carolingios, tan a menudo invocados, se nos presentan más como un intento de clarificación y de adaptación a los sistemas vecinos que como una etapa en el camino hacia un progreso cuantitativo; con todo, hay que reconocerles el mérito de haber creado dos elementos fundamentales, todavía vigentes en el siglo XII, el monometalismo de la plata y una escala de cuenta, producto conjugado de las usanzas romana, lombarda y tal vez anglosajona, por la que una libra de 491 gramos de metal se subdividía en 20 sueldos, y cada sueldo en 12 dineros; solo estos últimos fueron realmente acuñados como piezas de moneda, las únicas que la modestia de los intercambios permitía usar. Por otra parte, se considera que esta relación 1 libra = 20 sueldos = 240 dineros no se impuso definitivamente hasta bastante tarde —tal vez, por ejemplo, hacia 1015 en Alemania— y que, una vez generalizada, se prefirió como unidad para la talla de la moneda, no ya la libra, sino su mitad, el marco. Todos los autores están de acuerdo hoy en día en que el problema del numerario y las soluciones que se le buscaron constituyen un elemento crucial del impulso de la economía europea. Maurice Lombard llegó a hablar, incluso, de una «inyección de oro musulmán» en Europa para explicar el arranque del progreso. Aunque hoy ya no se admite esta teoría, salvo para algunas zonas limítrofes con el Islam —Cataluña, por ejemplo, pero no Campania— y sin efectos exteriores, al menos los historiadores convienen en que romper el cerco monetario del dirham, el besante y el dinar era una condición primordial para la reactivación comercial.

El despertar de la plata

Al principio, en torno a los años 1010-1050, cuando se perciben los primeros síntomas de reanimación, la situación está lejos de ser brillante. En primer lugar, Europa no se halla sino

mediocremente provista de filones argentíferos: Asturias, macizo del Canigó, región de Melle, Normandía, y sobre todo Rammelsberg y el Harz en Alemania, y el rendimiento no supera los 400 gramos de plata por tonelada de mineral. Así, se puede decir que solo los progresos técnicos, prospección sistemática y perfeccionamiento de los métodos de extracción, permitieron vencer este obstáculo. Ahora bien, dichos progresos fueron tardíos; se realizaron entre 1130 y 1170, época en que los filones de Carintia y Estiria, y también los de Escocia, alcanzan un rendimiento de un kilogramo de plata por tonelada de mineral. Cierto que se necesitan 500 metros cúbicos de leña para separar la ganga y obtener una tonelada de plata de calidad aceptable, pero, con todo, el adelanto es capital: mientras que hacia 1050-1080 se acuñaban en Pavía alrededor de 25 000 dineros, equivalentes a unos 30 kilogramos de plata, un siglo más tarde la abadía de Cluny puede exigir a sus hombres cerca de 400 000, y en Inglaterra se baten treinta toneladas de moneda de plata.

Hay un segundo factor que frena el progreso en este campo. Los carolingios habían reafirmado el monopolio real, en lo referente a la acuñación de moneda, pero ellos mismos habían iniciado un proceso de delegación de este derecho en otras manos y de abandono de sus prerrogativas, que, hacia 1020, se traducía en la existencia de centenares de centros de acuñación (por ejemplo, 20 en Picardía, 14 en Berry, etcétera), tanto reales como condales, episcopales, abaciales, municipales y señoriales. El desorden se extendió al peso atribuido al marco de base, que oscila entre 230 y 255 gramos, e incluso a las escalas monetarias de referencia, puesto que, según la calidad de las piezas emitidas, se adopta el uso de, por ejemplo, aceptar la moneda anglo-hanseática —la esterlina, palabra tal vez derivada de **Österlingen**, gente del Este— por un valor de cuatro veces el de la

moneda de Tours, esta por 4/5 del valor de la moneda de París pero, en cambio, 5/4 del de la acuñada en Vienne, etcétera.

A la competencia que de este modo se establece entre las diferentes monedas va unida una necesidad cada vez mayor de disponer de numerario: para las compras al exterior de productos cuya penuria se hace sentir, como vino o grano, y asimismo, con mayor motivo, para la adquisición de artículos de lujo, pero también para abastecerse de máquinas —hay que comprar los materiales y pagar los salarios de los trabajadores—, para efectuar peregrinajes, proveerse de avíos para la guerra o la agricultura, pagar los rescates y sufragar las construcciones militares, civiles o religiosas. Este último capítulo de gastos parece especialmente abrumador; en 1187, absorbe nada menos que el 32 por 100 de las cantidades desembolsadas por el conde de Flandes. Por otra parte, las enajenaciones de los bienes raíces, el paso de propiedades territoriales de unas a otras manos —fenómeno vinculado al de la creación de las estructuras señoriales— suponen desembolsos de sumas considerables en compras y transacciones: 1000 libras en 20 años para Cluny y 4000 en 50 para Saint-Amand a mediados del siglo XII. Evidentemente, la demanda proviene sobre todo de los señores y de las corporaciones municipales de las ciudades. Unos y otras proceden a aumentar sus exigencias fiscales, ofrecen redenciones de corveas mediante el pago de cierta cantidad y tratan de encarecer el precio del alquiler de la tierra. Ahora bien, para hacer frente a estas nuevas exigencias, a estas novedades —*noveltés*— que consideran escandalosas, malos usos —*malae consuetudines*—, tanto los campesinos como los habitantes de las ciudades deben disponer, a su vez, de dinero, un dinero que mal les pueden aportar sus exiguas ventas en el mercado local. Para romper este círculo vicioso, existen tres vías: el aumento de la extracción, ya mencionado más arriba, la puesta en circulación por parte de la Iglesia o de los particulares del metal precioso todavía in-

movilizado en los tesoros privados, y la intensificación del comercio con los países donde abundan el oro y la plata. De ello resulta tanto el fenómeno de la oleada germánica hacia territorio eslavo, con el consiguiente pillaje de los tesoros polacos y la apropiación de las minas de Bohemia y Silesia, como el de la expansión por el Báltico, que da acceso a los tesoros acumulados por los vikingos, el de las incursiones ibéricas en zona musulmana, que proporcionan sustanciosos botines y rescates o bien dan lugar al pago de tributo —las *parias*— con objeto de evitarlas, y el de la reconquista del mar, desde Génova o Gaeta hasta Palermo o Mahdya en un primer tiempo, y en el Mediterráneo oriental a continuación. Todos estos efectos están relacionados entre sí, y podemos datar aproximadamente cada uno de ellos.

El oro de las parias, pagado en moneda musulmana o en lingotes, afluye a Castilla, a partir de 970-980 a un ritmo de cerca de 40 kilos por año, gracias a lo cual el rey Alfonso VI podrá satisfacer a Cluny una renta de 1000 dinares anuales, más tarde convertidos en 2000. Las operaciones en el Mediterráneo, como ya hemos visto, son algo más tardías: 1040-1090 en lo que al mar Tirreno respecta y 1100-1150 para la parte oriental; en dicho momento, los alemanes ya han ocupado el Báltico y llegado por tierra hasta el Oder. Por otra parte, se pueden observar estas etapas «en negativo», es decir, fijándonos en la penetración del numerario en las clases inferiores: A partir de 1040, y sobre todo de 1100, en los cánones debidos por los campesinos de Picardía, la parte que han de pagar en metálico supera a la que han de saldar en especie. De este modo, en 1080 Cluny recauda 200 libras de sus campesinos, y, como ya hemos visto más arriba, 2000 en 1155. En 1020, Farfa, en Italia, percibe en efectivo el 20 por 100 de sus ingresos totales; dos generaciones más tarde, el 60 por 100. En Cataluña, las transacciones en metálico —aquí, el metal es el oro— suponen un 30 por 100 del to-

tal en el año 1000, y saltan a un 53 por 100 en 1030 y a un 77 por 100 en 1080. La situación es idéntica en la ciudad, ya se trate del pago de los impuestos mercantiles o de un gravamen extraordinario en razón de un armamento o una construcción imprevistos. Así, la contrata de los derechos derivados del comercio en Lincoln pasa de 30 libras en 1060 a 100 en 1090, 140 en 1130 y 180 en 1180; en Venecia, se abandona en 1139 el sistema de los empréstitos en especie —*annonario*— por el de los empréstitos —*imprestedi*— en numerario, que en principio son reembolsables; lo mismo harán Pisa en 1162, Siena en 1168 y Luca en 1182.

No cabe duda que en la segunda mitad y sobre todo en el último cuarto del siglo XII se ha entrado en una nueva etapa. La importancia de las disponibilidades, atestiguada ya por los préstamos concedidos a los cruzados, se manifiesta en el volumen de los negocios tratados y pagados al contado en una plaza de comercio (6000 libras llevadas a Génova por los pañeros de Arrás hacia 1180; 30 000 reunidas por los milaneses para armarse antes de la batalla de Legnano en 1176), o en el de las cantidades satisfechas por los tenentes rurales, como las 2000 libras de Cluny en 1155, citadas en el párrafo anterior.

De la plata al oro

Es fácil imaginar que las grandes alteraciones habidas en la economía en el curso de cien años no solo tuvieron efectos positivos. A la sed de plata se podía responder utilizando los medios más arriba indicados. También cabía la posibilidad de adentrarse, acaso involuntariamente, en la vía de la devaluación intrínseca de la moneda. Para la época anterior a 1200 el fenómeno nos es poco conocido, en primer lugar porque carecemos del suficiente número de monedas para proceder a una estimación fiable de su peso y ley, y en segundo lugar porque la multiplicidad de los sistemas y el hecho de que en una misma área geográfica circularan simultáneamente piezas de distinta acu-

ñación impiden, cuando no disponemos de una voluntad claramente expresada por el príncipe en este sentido, emitir juicios seguros sobre los efectos o las causas de una manipulación. Por ello, nos vemos obligados a juzgar la situación partiendo de determinados casos de los que tenemos mayor conocimiento: cuando en Roma se acuñan dineros de Provins, cuya calidad está justificada por el auge de las ferias de Champaña, ello significa que los dineros de Pavía solo se consideran apropiados para servir de moneda fraccionaria, lo cual introduce un sistema de doble circulación: los dineros valiosos, que son los nuevos, y los febles, que corresponden a los antiguos, llamados *brunetti* por la alta proporción de metal innoble que contiene. De 1180 en adelante, asistimos en Italia central a una progresiva desaparición de las mejores acuñaciones, que son atesoradas, lo cual constituye un esbozo precoz de los principios de Gresham: la mala moneda provoca el eclipsamiento de la buena. Fenómenos comparables se dan asimismo en otras zonas: en Languedoc, los *brunos,* las *nigras* de Mauguio resisten al *raymondin* de Toulouse, que solo se recuperará tras sufrir una alteración. Cuando ha llegado hasta nosotros la suficiente cantidad de monedas, podemos seguir más de cerca el ritmo de desvalorización de las mismas; así, la ceca real de París emite dineros de 1,36 gramos de peso hacia 1100, de 1,28 gramos en 1170, de 1,17 gramos en 1192 y de 1,02 gramos en 1220. Se puede alegar, por supuesto, que una pérdida intrínseca de aproximadamente el 20 por 100 en 50 años no representa una «devaluación» desmesurada. Con lodo, prueba un crecimiento de la demanda y muestra la necesidad de revisar el antiguo sistema.

La iniciativa partió, evidentemente, de Italia. No es difícil discernir que el pago de sumas cada vez mayores con monedas de un valor insignificante paralizaba los intercambios. Cuando, por ejemplo, un caballo de guerra costaba 5 libras, abonar este importe suponía entregar 1200 piezas de un dinero; natural-

mente, y sobre todo en los estados de Levante, adquirir el preciado cargamento de una caravana presentaba enormes dificultades. En 1192, el dux Enrico Dándolo, que acababa de doblar el cabo Matapán, en Morea, bautizó con este mismo nombre, matapán, la pieza cuya emisión se decidió entonces y que debía equivaler a 2 sueldos, es decir, a 24 dineros venecianos. Este ejemplo, seguido por Verona en 1203, no tuvo más imitadores en los años inmediatos. Pero unas décadas más tarde, Florencia en 1237, Luca en 1242 y casi todo el resto de Italia entre 1250 y 1260 emitieron *grossi,* de un valor de 12 dineros o, lo que es lo mismo, 1 sueldo. Este movimiento llegó al otro lado de los Alpes con cierto retraso; en 1266, Luis IX hizo acuñar gruesos torneses —*gros tournois*— de 4,22 gramos, el peso —aunque en plata— del sueldo de oro de Constantino o del besante teórico. El éxito alcanzado por esta moneda fue considerable, hasta tal punto que hizo desaparecer los *grossi* italianos e infligió un severo golpe a las cecas señoriales, a las que se prohibió batirla; se ha observado que, hacia 1295, el 40 por 100 de los cánones satisfechos a la Santa Sede lo fueron en gruesos torneses. Imitaron al monarca francés el rey de Aragón con el *croat,* acuñado en Montpellier en 1273 y en Barcelona a partir de 1285; el conde de Flandes con el *groat* (1275); el rey de Inglaterra con el *great* (1279); Wenceslao de Bohemia (1278) y Polonia (1300) con el *groschen*; y hasta las cecas imperiales con el *grossen* (1285). Una innovación particularmente digna de atención fue el *gros royal,* cuya corona exterior la formaban doce flores de lis, intento de reintroducir una noción de valor cifrado en la pieza, compromiso o esperanza de disponer, para en adelante, de un múltiplo monetario estable y fiable. Este desbloqueo de la moneda va acompañado de la fijación de los tipos y de la progresiva eliminación de las emisiones marginales, pero hasta 1310 o 1315 no se puede hablar de resultados efectivos en este campo.

Aún quedaba una puerta abierta para la expansión de los intercambios y el pago de las adquisiciones muy onerosas: el recurso al oro, cuyo valor oscilaba entre siete y doce veces el de la plata, según los lugares, en las zonas de bimetalismo como el Islam. También en lo que al metal amarillo respecta la situación de Europa era, de buenas a primeras, poco brillante. El viejo continente carecía casi por entero de filones o de arenas auríferas, y hacía ya siglos que, durante la baja Edad Media, se había amonedado la mayor parte del oro conservado en forma de objetos artísticos tras los pillajes romanos en Oriente. Como mucho, llegaba un poco de oro suplementario gracias a las transacciones comerciales sin cargamento de vuelta realizadas, por ejemplo, en zona escandinava, en Italia del sur o entre Inglaterra y España, o bien por vía de incautación forzosa. Se sabe de la acuñación de algunas piezas de oro en Inglaterra hacia 1016, y en Sicilia y Nápoles en el momento de la llegada de los normandos; consta la presencia y circulación de besantes griegos en Florencia, Hainaut y Coire (Suiza)'antes de 1100. España, lógicamente, constituye un área natural de circulación de este metal precioso, y ya hemos señalado, a este respecto, el efecto de las parias, pagadas en dinares desde alrededor del año 1000. Dichos dinares circulan en los estados cristianos de la península, y el movimiento se extiende a las costas del Tirreno. A principios del siglo XII, y sobre todo unas décadas más tarde, bajo el reinado de Roger II. los normandos de Sicilia acuñan *tarinos*, imitación de los *taris* musulmanes batidos en Kufa; de manera semejante, en 1139 en Portugal y en 1175 en Castilla —durante el reinado de Alfonso VIII—, surgen los maravedíes de oro o *morabetines* (denominación que tal vez evoca a los almorávides, dueños del Magrib y de la España musulmana hasta mediados del siglo XII), de los que se encuentran ejemplares en el condado de Provenza a partir de 1160 y en Marsella hacia 1220. Por otra parte, los estados francos de Siria, situados en plena zona de

circulación del oro, también habían tenido que acuñar besantes, como hicieron entre 1135 y 1150 en Ascalón. Antioquía y Jaffa, hecho que causó tales trastornos al Imperio Bizantino que los Comnenos, imposibilitados de prohibir el curso de dichas piezas, hubieron de resignarse a desvalorizar la ley del sueldo de Bizancio y fijarlo en 18 quilates de oro, es decir, 75 por 100 de pureza. La hostilidad, por no decir más, entre griegos y latinos, que no cesa de aumentar a partir de 1170, se debe en gran parte a esta lenta asfixia del comercio griego. Así, el saqueo de Constantinopla de 1204 se inscribe perfectamente en el contexto de la «guerra monetaria» instaurada en Oriente. Al llevarse a su ciudad 60 000 marcos de oro —unas quince toneladas—, los venecianos se resarcían de golpe de un siglo de déficit comercial en su comercio con Bizancio y podían prever la acuñación de varios millones de besantes.

Sin embargo, todo lo que antecede no son más que paliativos o aprovechamientos de una coyuntura favorable. En el interior de la cristiandad de Occidente, el oro propiamente cristiano ni abunda ni es acuñado. Hasta la época que tratamos, las posibles fuentes de un abastecimiento regular eran los filones de Etiopía —el «oro de Saba»— o las pepitas senegalesas del país de Bambuk, en tierra de los soninké, cerca de Bamako —el «oro de Ghana»—. El acceso directo por el Nilo, así como el que pasaba antes por el Chad, se hallaba en manos de Egipto, y la larga fase de hostilidad que enfrentó a este país con los cristianos, desde Saladino hasta 1250 y aun más tarde, cerraba esta vía. En cambio, por el Oeste, las caravanas beréberes, como las de los hermanos Makkari, que iban del Senegal a Aoudaghost y de ahí a Sidjilmasa, desde donde llegaban hasta Marruecos y España, podían ser esperadas en sus puntos de destino; tal vez el objetivo de los golpes de mano del normando Roger II en la costa magribí fuera, precisamente, apoderarse de los cargamentos de dichas caravanas. Por su parte, los judíos de Argelia, Ceuta, Al-

mería, Barcelona, las Baleares o Palermo podían muy bien actuar como «pasadores». Cuando se constituyó el Imperio Almorávide a finales del siglo XI, y sobre todo cuando lo reemplazó el de los almohades 50 años más tarde, toda la zona de África occidental y del Magrib, desde Gao hasta Bujía, incluyendo Marruecos y la mitad meridional de España, quedó unificada bajo un mismo poder, circunstancia que dio un nuevo impulso a los comercios del oro y de la sal: para finales del siglo XIII se calcula en 30 toneladas la cantidad de oro que llegaba anualmente a las orillas del Mediterráneo. Con o sin la mediación de los judíos de Mallorca, se podía ir a comprarlo a territorio musulmán, y tenemos pruebas de que así se hacía, a partir de 1120, en Mers-el-Kebir. La escasez de plata implicaba, en Marruecos, una valoración mucho mayor de este metal, con lo que resultaba relativamente accesible y ventajoso viajar hasta allí para efectuar el trueque; así, en Palma se encuentra oro senegalés desde 1225, y en Palermo desde 1232, año en el que Federico II sella con hermosas medallas conocidas como augustales o bulas de oro algunas actas, a la manera de un *basileus*. En 1226 Marsella obtuvo el derecho de acuñar oro, pero al parecer no se decidió a correr el riesgo. De nuevo tuvo que ser Italia la que empezara: Luca en 1246, con un *grosso* de oro; Génova en 1252, con el *genovino*, equivalente a 240 dineros, es decir, a una libra. El *fiorino d'oro* de Florencia apareció en 1254, con un peso de 3,56 gramos, una ley de 24 quilates (o sea, una pureza de un 100 por 100), un valor de 240 dineros de plata, al igual que el *genovino*, y una relación plata-oro de 1 a 9,2 o 9,5, entonces corriente en el mundo occidental. Este florín sería imitado por el *ambrosino* de Milán en 1265, el *saneso* de Siena en años posteriores y por el *ducato* de Venecia en 1284, fecha curiosamente tardía; este último, acuñado en la *zecca* de Rialto, se popularizó a la larga con el nombre de *zecchino* o cequí. Como ya había ocurrido con los «gruesos» de plata, el movimiento tardó en propagarse

al otro lado de los Alpes: el penique de oro inglés de 1257 y el escudo de Luis IX, creado en 1266, no tuvieron éxito y pronto fueron retirados de la circulación ante los progresos del florín. Hay que esperar a los años 1290-1310 antes de que las acuñaciones de monedas de oro —la *couronne* o el *royal* en Francia, el *noble* en Inglaterra, la *chaise* en el Imperio, el *real* en Castilla— den fe de la vulgarización del bimetalismo. Sin embargo, es fácil comprender que el nuevo sistema, como contrapartida a la comodidad que representaba, también imponía ciertas exigencias, que al hacerse cada vez más perentorias y no poder ser afrontadas puntualmente dieron lugar a las dificultades que empezaron a anunciarse hacia 1270-1280: para mantener el valor de las monedas de plata y oro así como una relación constante entre los dos metales hacía falta, por un lado, un aprovisionamiento regular de los mismos que respondiera a una demanda creciente, y, por el otro, una estabilidad económica y social en la que los individuos no se viesen agobiados de impuestos y los poderes públicos se abstuvieran de gastos por encima de sus posibilidades. Así pues, la etapa del bimetalismo estable duró poco, no más de medio siglo —de 1240 a 1290—, antes de que las llegadas del oro africano comenzaran a hacerse raras, debido a las rivalidades tribales en Mali o a la captación por los mamelucos de Egipto de parte del tráfico que antes se dirigía al norte, y de que el mismo afianzamiento de la autoridad real o municipal desviara una gran masa de numerario hacia la población asalariada urbana, los gastos de administración y la fiscalidad señorial. En el mercado, el precio del marco de oro no para de crecer; el del marco de plata, fijado en 54 sueldos torneses en 1266, sube a 55,5 en 1285, 58 en 1289 y 61 en 1295. El contrabando de plata se instala en Languedoc y en Venecia, donde se aprovecha la fuerte demanda de Oriente, que procede de los mongoles e incluso de los mamelucos. Nuestras fuentes nos hablan de 400 000 marcos de plata «evaporados» por tal

motivo en Beaucaire en 1310. En cuanto al oro, pese a los esfuerzos de los venecianos y lombardos que se encuentran en Alejandría entre 1305 y 1311, donde lo compran a un precio asequible, su alza es aún más pronunciada: el marco pasa de 28 libras en 1285 —lo cual arroja una relación oro/plata de 9 a 1— a cerca de 40 libras hacia 1295, con una relación de más de 12 a 1 entre los dos metales nobles. Tenemos, pues, que en 1290 vuelve a manifestarse en Europa el «hambre» monetaria, pero ahora no existen ya los paliativos de cien años atrás. Habrá que manipular la moneda o desencadenar guerras con la esperanza de que resulten fructuosas… o bien ir a Asia o a África a buscar el metal directamente donde se encuentra.

Los efectos del crecimiento

Mientras la situación se encamina hacia el estrangulamiento, el efecto conjugado de las necesidades y de cierta estrechez del mercado explica que en nuestras fuentes surjan con toda claridad los problemas de sociedad disimulados hasta entonces por la atonía de los intercambios. Ante todo, un alza de los precios de la que solo podemos apreciar el valor nominal por cuanto ignoramos las características exactas de las monedas con que se efectuaban los pagos. Inglaterra es el país que nos proporciona más datos sobre este problema y el que nos servirá de modelo para el esquema de conjunto, sin perder de vista que otras zonas revelarían, inevitablemente, ciertos contrates e incluso oposiciones. Tanto si el problema estriba en la abundancia de numerario como en su degradación o en la escasez de lo producido en relación con las necesidades, se inicia una tendencia al alza a partir de 1140, momento de indiscutible auge general; el precio de un acre de tierra, para la que sigue habiendo demanda, aumenta en un 30 por 100 durante el medio siglo siguiente y en un 50 por 100 a lo largo de los 50 años posteriores. En cambio, queda estancado a continuación, fenómeno que en el continente no se da hasta bastante más tarde, hacia

1260-1280. Los costes del grano, el ganado y la lana, por su parte, no parecen variar mucho hasta finales del siglo XII, pero a partir de entonces empieza la subida, que alcanza el 75 por 100 entre 1180 y 1230; ulteriormente, cabe distinguir entre los productos alimentarios, cuyos precios se incrementan en un 60 por 100 hasta 1300, y las materias primas, que en el mismo lapso de tiempo solo se encarecen un 25 por 100. Observamos, pues, que entre 1180 y 1230 se manifiesta un primer movimiento ascendente de los precios, más acusado y más regular que el segundo, iniciado en 1270, pero que el ritmo general, si se considera la totalidad del período, no deja de ser modesto, entre 200 y 265 por 100 de aumento, según los productos, en un siglo y medio. No puede calificarse de alza vertiginosa la que indican estos porcentajes, ni siquiera tomando en consideración las mutaciones monetarias habidas entre tanto.

Tampoco hay que olvidar que estas impresiones globales solo adquieren sentido si se las compara con los medios de que disponen los compradores. La población asalariada constituye el «termómetro» que nos es más accesible. Pero la relación salarial está aún en sus comienzos. Son numerosos los *cottiers* ingleses, los *manouvriers* franceses y los pequeños *livellarii* italianos que buscan un complemento a sus ingresos participando en trabajos campestres estacionales,‘como el serrado, la siega del heno o la vendimia, y, evidentemente, no podemos fundarnos en lo que no constituye sino una ganancia adicional para ellos. Tampoco la ciudad nos deparará una información mucho mayor, ya que los beneficios en especie que recibe el obrero —alojamiento y comida en casa del amo, préstamo de las herramientas, etcétera— dificultan una estimación exacta del nivel de vida. Digamos, simplemente, que el alza de los salarios es indudable: en Flandes, un obrero no especializado, por ejemplo, un peón que trabaje en una carpintería o en un batán, tiene un remuneración de 12 dineros por día en 1210, 24 en 1240 y 36

en 1300; en el campo inglés, un segador percibe 3 dineros en 1230, 6 en 1260 y 9 en 1290, progresión semejante a la anterior. Destaca, por supuesto, la gran diferencia de salarios entre la ciudad y el campo, que actúa como potente incentivo de la inmigración rural hacia los centros urbanos. No obstante, si bien a primera vista el alza de los salarios parece compensar la de los precios, esta visión optimista debe ser corregida con datos que la matizan: se ha calculado que cuando una familia vive, en esta época, con un salario de 36 dineros por día, la mitad de esta suma tiene que ser destinada a gastos de alimentación, lo cual deja muy poco margen para destinar una parte de los ingresos a la adquisición, por ejemplo, de los enseres domésticos o de un herramental de calidad para el trabajo. Los asalariados, exceptuando la pequeña franja de quienes poseen sus propias herramientas y son contratados por su dominio de una especialidad (orfebres, tejedores, ebanistas), siguen siendo físicamente hombres ajenos a la ciudad; y en el campo, como la retribución salarial solo constituye un complemento a ingresos de otra índole, continúan estando supeditados a los altibajos de la producción y sometidos a la fiscalidad señorial, aun en los casos de individuos especializados en determinadas actividades —labores de la viña, serrado…— y que, por ello, pueden esperar que les encomienden trabajos de larga duración.

Porque la contrapartida de este acrecentamiento de los ingresos es el paralelo acrecentamiento, que ya hemos mencionado, de las exigencias fiscales del señor, la ciudad o el príncipe. En el campo, donde no se produjeron aumentos sustanciales en los alquileres de la tierra, la presión fiscal se tradujo en el establecimiento de onerosos derechos de transmisión; en el siglo XIII, los obispos de Ely fijan el importe de los mismos en un 20 por 100 del valor de los bienes transmitidos, y después de 1265 Alphonse de Poiters asienta el principio de la amortización, cantidad que deberá abonarse al señor territorial cuando

un bien pase a manos de la Iglesia. Otra forma de imposición fiscal que surge son los derechos de justicia que inevitablemente deben satisfacer las comunidades campesinas con ocasión de sus reivindicaciones. En cuanto a la ciudad, se orientó más bien hacia los impuestos a los individuos. Las sumas obtenidas parecen enormes: la recaudación total pasó, en Pisa, de 2400 libras en 1230 a 40 000 en 1280, y las colectas de la *taille* —talla o derrama— en París alcanzaban a finales del siglo XIII cerca de un millón de libras. Un detalle a través del cual podemos advertir este renovado peso de la fiscalidad es el gran número de ciudades francesas que de 1256 en adelante tuvieron que renunciar a su autogestión financiera por un excesivo endeudamiento.

Por consiguiente, la «prosperidad» acaba desembocando, de manera natural, en el comercio del dinero. La extrema variedad de las monedas ya contenía en sí misma la necesidad de manipular los cambios en las diversas plazas comerciales. Así, el «cambista» se convierte en un elemento inseparable de la economía medieval. Se trata de una actividad bastante mal considerada, que no se puede ejercer sin antes depositar una cuantiosa fianza (5000 libras en Lila hacia 1300) y cuya práctica no es, en sí misma, sino mediocremente lucrativa, puesto que la comisión asciende tan solo, según se ha estimado, a un 4 o un 5 por 100. En su *bancho, tavola, taula, loggia* o *casana,* según los términos utilizados, antes que en ninguna otra parte, en las costas del mar Tirreno, el profesional del cambio no es, durante mucho tiempo, más que un manipulador de monedas, o en el mejor de los casos un agente, un corredor que opera por cuenta de terceros, como Fremault de Tenremonde en Flandes o Thibaud de Heu en Metz a principios del siglo XIII. Por otra parte, en 1206, en las ferias de Champaña se fija en 12 000 libras el importe total de las operaciones que cada uno de ellos está autorizado a realizar. Pero, como muestran los libros del notario Scriba, ya a mediados de ese siglo se pasa del simple cambio

manual a la redacción de cartas de pago (*lettere di pagamento*) acompañadas de un contrato de cambio (*instrumentum camba*). En adelante, el cambista podrá recibir sumas, que conservará mientras espera poder cambiarlas con la obtención de cierta ventaja: se convierte en un *banchiero*, como ocurre en Génova.

En lo sucesivo, este personaje se dedica más y más a la especulación. En efecto, el depósito de sumas destinadas a fructificar, principio ya incluido en los contratos mercantiles, puede desbordar los límites del comercio puro: a partir de 1260, los Arrighi en Siena, los Tolomei en Génova y a veces fuera de su ciudad, así como diversos hombres de negocios de Plasencia instalados en Champaña, reciben cantidades de dinero destinadas no solo a saldar operaciones mercantiles, sino a ser «invertidas». La ganancia puede llegar a situarse entre el 9 y el 17 por 100 para quienes confían su dinero a los Peruzzi y a los Alberti de Florencia, y los también florentinos Frescobaldi, en un momento dado, tienen en sus manos 122 000 libras de capitales ajenos. Estos «bancos», generalmente concentrados en un determinado barrio de la ciudad, la Halle de L'Eau en Brujas, Or-San-Michele en Florencia, Rialto en Venecia o la piazza Bianchi en Génova, no actúan aisladamente. Todos ellos están estrechamente vinculados a las operaciones de cambio, ya que ofrecen a sus clientes ocuparse por su cuenta de operaciones en otras plazas y en otras monedas, primera condición de la futura letra de cambio. También asumen el papel de comanditarios de viajes comerciales a largas distancias; y, por último, se dedican a la concesión de créditos.

En efecto, el endeudamiento es la otra cara de la expansión económica. A unos, esta alza del nivel de vida de la que hemos hablado hasta aquí no les llega; a otros, les emborracha. No es fácil determinar la frontera entre la pobreza y el relativo desahogo económico; para el campo, se ha señalado como límite por debajo del cual empieza la penuria la explotación de entre

cuatro y seis hectáreas de terreno por familia, pero se da la circunstancia de que, hacia 1300, las dos terceras partes de los campesinos que viven en las proximidades de Saint-Bertin disponen de una superficie inferior a esta. Para la población urbana, la divisoria se sitúa en torno a unos ingresos de 2 sueldos por día, más de lo que gana el 70 por 100 de los obreros parisienses. ¿Hemos de pensar, entonces, que viven sumidos en la miseria? Tal vez no, si recurren a actividades suplementarias, como la recolección de vegetales silvestres o la caza furtiva en la zona rural circundante, o como el trabajo clandestino en la ciudad misma. Sin embargo, muchos se ven reducidos a pedir prestado, igual que, por otra parte, hacen los señores cuando deben hacer frente a un gasto imprevisto. Así, también el préstamo se convierte en un oficio, para disgusto de una Iglesia que truena contra dicha ocupación pero que nunca se decide a descargar sus rayos contra quienes la ejercen. Puede tratarse de préstamos sobre el mobiliario o, para los más ricos, con la garantía de sus tierras; como prestamistas actúan judíos —que suelen operar a corto plazo, con devolución al cabo de una o varias semanas—, italianos de Asti, del Piamonte, Susa o Lombardía, franceses del Sudoeste —los *Cahorsins*— y también cambistas como Colín le Gronnais en Metz o Guillaume Cade en Arras antes de 1200. Los banqueros, a partir de 1250, preferirán fijar como garantía de los créditos que conceden la cosecha futura de la tierra del solicitante, o bien la percepción de determinado impuesto cuando se trata de un préstamo a los poderes públicos; de este modo, en ciertas épocas encontramos a banqueros de Plasencia embolsándose las recaudaciones de los peajes ingleses, o a colegas suyos alemanes percibiendo en Colonia, Nuremberg y Lübeck los impuestos que dichas ciudades les han cedido. Por lo general, el cobro de los intereses se efectúa por vías indirectas, con el fin de evitar las sanciones de la Iglesia. Por ejemplo, el tipo de préstamo llamado *mort-gage*,

todavía condenado en 1163 por el papa Alejandro III, estipula la restitución exacta de la cantidad suministrada, pero el lucro consiste en que, entre tanto, la persona que ha adelantado la suma se apropia de los productos y rentas de la tierra empeñada como garantía. La venta *a remere* es una argucia gracias a la cual la posterior recompra, a un precio superior, del terreno ficticiamente enajenado permite disimular el interés. Otro subterfugio, especialmente habitual cuando se trata de préstamos sobre piezas de mobiliario, consiste en tasar el objeto dejado en prenda muy por debajo de su valor real —los dos tercios o, a veces, tan solo el cuarto—, lo que deja un sustancioso margen de beneficio en caso de que el cliente no acuda a desempeñarlo. Todas estas prácticas empiezan muy temprano, en el mismo momento en que el despertar económico plantea a muchos la necesidad de un anticipo de dinero para invertirlo en herramientas, en simiente o en construcción. El 30 por 100 de los testamentos catalanes anteriores a 1025 y el 60 por 100 de los redactados a 10 largo de los siguientes 25 años mencionan préstamos cuya cobranza se encomienda a los herederos. El movimiento aún se desarrolló más durante el siglo XII, con las cruzadas, y se extendió a la aristocracia. En el siglo XIII. los mismos monarcas están endeudados hasta tal punto que prácticamente no les queda ninguna esperanza de poder recuperar las parcelas fiscales abandonadas a los prestamistas: Enrique 11 Plantagenêt recibe prestadas 12 000 libras de Aaron de Lincoln, y otras 6000 de Guillermo Cade en 1185; san Luis debe 100 000 libras a los sieneses, y su hermano Carlos de Anjou 250 000; Felipe III, a su vez, contraerá deudas por valor de 200 000 libras en 1276. Estas sumas exceden a los medios ordinarios de los soberanos: los provechos que arrojan los prebostazgos reales no superan las 100 000 libras en 1250. Por lo tanto, los únicos recursos posibles en esta coyuntura son la manipulación monetaria, la expoliación o la guerra.

El siglo XIII, iniciado bajo la euforia de un «despegue» económico incontestable y considerado durante mucho tiempo como un «momento privilegiado» de la época medieval, se revela lleno de sombras y de peligros. Es el siglo de las catedrales y de las universidades, pero las primeras no se acaban y las segundas se dividen. Los «buenos tiempos del señor san Luis» que más tarde evocarán, enternecidos, los contemporáneos de los últimos Capetas o de los Valois, nos presentan un semblante engañoso; no es un vano juego de palabras calificar este período de «*belle époque*».

Capítulo 8

LAS FORMAS DE VIDA DE LOS HOMBRES Y MUJERES

En varias ocasiones y al margen incluso de esta obra, he denunciado el tópico, viejo pero muy resistente, de la anarquía medieval. Sin embargo, pocos períodos como este, y concretamente los siglos a los que nos estamos refiriendo, han multiplicado tanto los vínculos entre los hombres. La característica esencial de los siglos XII y xiii, es que a las antiguas y siempre sólidas dependencias, que ponen en práctica entre sí los fuertes y los débiles, se añade ahora, como para rematar el tejido social de la Europa adolescente, una trama horizontal de obligaciones mutuas. Una trama que afecta a todos los niveles, sea cual sea la edad, el oficio o el marco habitual de la vida cotidiana o del pensamiento. Pero, aunque haya que dar prioridad en este «encelulamiento» a los motivos dirimentes, tales como la necesidad de protección, de ayuda mutua y de subsistencia que exige una sociedad dura y mal equipada, o más aún al miedo de estar solo en el ámbito de unas estructuras sociales que no reservan un lugar al individuo aislado y no dan oportunidades al destino solitario, o a un oneroso conservadurismo, no se puede pasar por alto la vigorosa aspiración mental que arrastra a los hombres, unos hacia otros, en una *koiné*, un conjunto, cuyos elementos de unidad se perciben perfectamente. La dimensión espiritual, sobre todo la que inspira el deseo de salvación, sustenta estos empeños pues, como dice el poeta de *Garin le Lorrain*: «El corazón de un hombre vale todo el oro del mundo».

La familia y el hogar

En la formación social de la Europa medieval se encuentran las poderosas corrientes procedentes de las costumbres tribales, familiares y de linaje de los mundos greco-romano, céltico, germánico y escandinavo; en unos lugares se fusionaron y en otros se opusieron. Ahora bien, la familia es el marco principal, fundamental, donde se refugian los individuos, donde se confrontan los sexos donde se sientan las bases de la actividad económica primaria. Es, pues, importante seguir sus profundas modificaciones, precisamente típicas de la Edad Media «clásica», cuando se consuma la síntesis entre las tendencias divergentes y las cargas comunes que la atormentaban hasta entonces.

La regresión del linaje

Como se sabe, nada hay más impreciso que la *familia* medieval, el grupo de gente de la misma sangre, los *cognati,* los «primos», que se hace extensivo a los que pueden invocar a un mismo antepasado, los *cognati,* pero también a los próximos (*proximi*), los amigos llamados «carnales» para subrayar la existencia de un lazo físico, todos los que frecuentaban la casa familiar, la *mesnie*, los «familiares», los *vicini*, vasto magma en los inciertos límites que pueden ir de la tribu (i*Sippe* en alemán) al linaje más auténticamente emparentado (*Geschlecht*), y al restringido grupo de los que gravitan en torno a la pareja (*Haas*). Y aun así el derecho romano o las leyes «bárbaras», glosadores juristas y notarios de las costumbres introdujeron en estos parentescos, desde el siglo XI, los esquemas teóricos de la ascendencia patriarcal (agnáticos) o de obligaciones colaterales (cognáticos), confundiendo los rastros so pretexto de iluminarlos.

Es una trivialidad recordar que una estructura familiar es el reflejo de una situación de la sociedad o de una fase económica; y también lo es, aunque menos evidentemente, recordar la desigualdad de la evolución de los grupos sociales en función del papel que desempeñan en la producción y en la autoridad. Lo

más sensato es admitir que la fragmentación de los enormes dominios de la alta Edad Media, la disolución de las viejas unidades de explotación en común, mansos u otras, la instalación de pioneros en zonas roturadas o los progresos de unos aperos que permiten una superpoblación de las viejas tierras favorecieron el retroceso de las interdependencias familiares, como consecuencia de la rigidez del grupo de linaje. Pero, por otro lado, estos fenómenos se repiten con un reagrupamiento de los hombres en la aldea, por las buenas o por las malas, según los lugares o los tiempos, e incluso con las trabas que se oponen a las uniones matrimoniales lejanas. Los dueños de la tierra y de los hombres, por su parte, solo consiguieron su libertad de acción reaccionando contra la tutela de un padre o un hermano; pero a menos que intenten la aventura en Oriente —lo que hacen muchos, en efecto— necesitaban tierra. Ahora bien, dividir la tierra es minar el poder; más vale, pues, estrechar los lazos del linaje que se quisieran aflojar y no prever más que un único heredero para evitar las particiones, aunque a riesgo, igualmente adverso, de perderlo por accidente y acabar de golpe con el linaje. Estas observaciones persiguen dos objetivos: subrayar que la historia de la familia no se limita, en ninguna época, a un esquema simple de evolución y que está cargada de paradas, vueltas atrás y contrastes, lo que no facilita la tarea del historiador; y, en segundo lugar, hacer comprender que la puesta a punto de las células señoriales en el siglo XI, paralela al desarrollo urbano y a la fijación aldeana, acontecimientos que establecen un nueva estructura de vida, edificó e hizo más decisivas las oposiciones a las que se veían abocados los linajes.

A primera vista, es válido pensar que la casi totalidad de la evolución económica o social impulsaba a la disolución de la familia «amplia», y lo que se sabe de los movimientos de la población, a los que me he referido brevemente, concierne a los individuos aislados o en pareja. El procedimiento metodológi-

co utilizado con más frecuencia para juzgar la regresión de las manifestaciones del linaje se funda en las prácticas jurídicas, constantes en el siglo XII, de la *laudatio parentum,* es decir, de la aprobación, inmediata o después de una indemnización, lo que importa aquí, por parte de los descendientes, ascendientes o colaterales, de una operación inmobiliaria, por ejemplo, una donación o una venta a la Iglesia. Ya que es precisamente este tipo de documento el que hemos conservado sobre todo, nuestro equipaje no es demasiado ligero; es cierto que se refiere a los poseedores de bienes y no a los más humildes; pero es entre los ricos, entre los amos, donde la resistencia del linaje tenía oportunidad de ser fuerte. La evolución apenas admite discusión; el porcentaje de las aprobaciones o de las impugnaciones y de los procesos —ambos, según nuestras investigaciones, testimonios de la sensibilidad del grupo— descienden claramente. En el curso de los siglos XI y Xii, en el Lacio, pasa, cada 50 años, entre 1000 y 1200, del 46 por 100 al 25 por 100, 20 por 100 y 15 por 100; en Picardía del 36 por 100 al 21 por 100, 23 por 100 y 15 por 100; en la zona de Mácom del 49 por 100 al 70 por 100, 50 por 100 y 25 por 100. Pueden observarse oposiciones debidas a diferentes ritmos de reagrupamiento de hombres o de tierras, y resultados igualmente variables; pero esta apreciación pertenece al terreno de la erudición. La tendencia es clara: después de 1150-1180, y aún con más claridad en el siglo XIII (8 por 100 y 2 por 100 en Picardía, 3 familias de cada 47 en el área de Namur en 1247, y además un 45 por 100 en torno a Saint-Bavon de Gante en 1212), el *consorzio familiare,* el *large house hold,* de la alta Edad Media se bate en retirada.

Pero no zanjemos tan pronto el problema. En primer lugar, nuestra base de razonamiento no toma en cuenta, ya que finalmente no dejaron rastros en los documentos, las donaciones o ventas sin efecto, especialmente aquellas que el «derecho de recuperación», entonces en plena vigencia, permitía a la familia

hacer anular en nombre del interés patrimonial del grupo. Asimismo, hay que exceptuar determinadas tierras que, dada su naturaleza, no eran susceptibles de ser amputadas o divididas: los *honores*, como se seguía diciendo desde el siglo XI, los ducados, los condados, etcétera, que solo pueden ser poseídos *una manu*. Esta costumbre, sensible desde 1100 en Anjou, pero sobre todo entre los normandos o en Tierra Santa, se convierte en regla imperial en tiempos de Barbarroja, hacia 1153-1159; si bien es cierto que en este caso prevalecía el interés del príncipe sobre el de la familia. De todas formas, solo nos referimos aquí, por supuesto, a una minoría. En cambio, tres polos de resistencia impiden el naufragio total de la noción de linaje.

En primer lugar, en el siglo XII se individualiza la noción de nobleza, de caballería, mientras se desarrolla la de vasallaje, como vimos más arriba. Este movimiento suscitó en la aristocracia una religión de la familia, del tronco familiar, de la *stirps*. ¿Se trataba de una imitación de la tendencia de los reyes del siglo XII a buscar su legitimidad remontándose hasta los desaparecidos carolingios, o de una reacción «nobiliaria» de la pureza de sangre, que justificaba la dominación sobre los demás? ¿O incluso de una reverencia más pronunciada por los antepasados y su necrópolis familiar? Sea lo que fuere, se desarrolla una muy poderosa corriente literaria y política para demostrar la antigüedad, la pureza y la gloria de las familias dominantes. De esta «literatura genealógica» que redactan capellanes a sueldo (como Lamberto de Ardres o Anselmo de Bisato, a finales del siglo XII), anónimos o príncipes (por ejemplo, el mismo Foulques le Rechin, conde de Anjou) se desprenden muchos hechos instructivos. En primer lugar, la imposibilidad de remontarse en la memoria familiar más allá de un cierto umbral, 875-925 según el nivel social, que demuestra que es en este momento, sin duda, cuando se deshizo el marco tribal de donde surgieron los linajes. En segundo término, la voluntad, con la ayuda de

invenciones y leyendas, de valorizar a través de un tótem mágico, animalista o heroico, una ascendencia carólida o «troyana», la intervención de una hada como Melusina, o cualquier otro origen fabuloso, la época familiar, cuyos últimos eslabones santifica, en el mismo momento, el santuario donde reposan los miembros del linaje. A esta misma preocupación responde sin duda la práctica del sobrenombre, del apodo que caracteriza a los miembros del grupo y se transmite, «Plantagenêt» después de «Capeto», en lo alto del orden social, y muchos otros, hasta los más modestos, como «Campos de avena» o «Despierta perro». Es cierto que todo este movimiento se limita al grupo dominante, que tiene muchos otros motivos para desear caracterizar y consolidar el tronco y sus ramas —reyes, condes de Flandes o Anjou, señores de Amboise o de Guiñes— y probablemente también a otros más modestos, que fundan colegiatas con la esperanza de que les digan misas de aniversario tanto a ellos como a sus antepasados.

En cambio, una segunda característica no se reduce a esta élite. La referente al desarrollo, paralelo al retroceso general de los grupos amplios, de prácticas inversas pero vinculadas a determinadas coyunturas concretas: en primer lugar, el interés común que producirá acercamientos de tipo económico (trashumancias, empresas de desecación o de roturación) o militar (vigilancia de los puertos de montaña, defensa de las fronteras) de los miembros de familias aristocráticas y a veces más modestas. Aparecen así las *faides* flamencas, los bandos de Vizcaya, las hermandades castellanas o las *parçonneries* de la Francia central. Posteriormente, la evolución de las herencias implicó, esta vez en diversas clases de la sociedad, posesiones en indiviso, *frairie, fraterne,* y ahora sobre varias generaciones, si es posible, el principio de una explotación en común de los patrimonios. Una solución, por otra parte, execrable en razón de las inevitables rivalidades desencadenadas en el grupo entre muje-

res o hijos de hermanos, siendo la red de parentesco la única forma aparentemente viable de estos acercamientos de linaje, red que tendía —esta vez solo para la aristocracia— sobre amplias regiones estrechos lazos de parentesco: de esta forma, hacia 1215-1220, cinco linajes dominan más de 80 señoríos en Picardía.

La tercera característica del linaje tiene una importancia muy diferente, que volveremos a encontrar más tarde, al menos en la ciudad: se trata del progresivo deslizamiento de los vínculos de sangre o de amistad al más humilde nivel de los vínculos de clientela. Sin duda, estos últimos habían existido siempre pero estaban cubiertos con el velo del afecto recíproco. En esta ocasión, la *familia* no es más que un grupo de agradecidos en torno a una o varias ramas de la misma sangre. Es difícil fechar el momento en que se distienden los lazos afectivos en la *mesnie*; probablemente ocurrió antes de 1150. Tras el asesinato del conde Carlos de Flandes en 1127 se acosa a más de 260 miembros de la *familia* de los Erlembaut, los homicidas; son ya, en parte, sin duda, simples clientes. Estos *parentes minores*, como se dice en España, estos *seguiti* italianos, *Dienstmannen* alemanes, o los llamados portadores de *liveries and badges* en Inglaterra, tienen más de servidores que de primos sin dinero. Pero se valen de la recomendación de la familia que los emplea y los alimenta: no son *Doria* sino *degli Doria*; esto supone una forma degradada del parentesco amplio, al que finalmente, a falta de pedirle afecto o dinero, se le exigirá un homicidio o la percepción de una talla.

La instalación de la pareja

«Y el hombre dejará a su padre y a su madre para hacer con la mujer una sola carne». ¿Puede realizarse al fin la vieja prescripción bíblica? Sobre esta fundamental cuestión de la estructura social los historiadores siguen divididos; no sobre la poligamia poco a poco eliminada desde el siglo X, ni sobre la exis-

tencia de parejas que viven aparentemente fuera del control de los padres, en este caso desde la alta Edad Media, sino sobre las etapas y condiciones de instalación del «modelo conyugal» como célula esencial de la vida de los hombres. No se trata, en efecto, de la simple imagen negativa de las observaciones precedentes: el problema del matrimonio continúa planteado. A principios del siglo XII, hacia 1125-1150, en la época en que Hildebert de Lavardin, san Bernardo, el canonista Graciano o el papa Alejandro III lanzan una ofensiva general en favor de la sacralización del matrimonio, la situación parece ser insoluble:

— por un lado, a la vez reliquia de una sociedad tribal, garantía de una transmisión pura y segura de los bienes materiales, y más lance amoroso que de razón, unas uniones consanguíneas, «endogámicas», al menos hasta los límites de los tabúes incestuosos, inquebrantables desde la prehistoria, padre-hija, hermano-hermana; una unión que exige una negociación entre los padres, garantías financieras o inmobiliarias, fiestas que pongan de manifiesto el carácter solemne y público de la unión que liga a las familias, y cuyo objetivo es la procreación. La voluntad de los futuros esposos no cuenta, y la esterilidad conlleva el repudio del contrato;

— por otro, la idea de un *consensus*, de una *dilectio* espontáneos, de un compromiso bajo juramento ante testigos, un sacerdote si es preciso, pero sin publicidad ni contrato; sin que sea tampoco necesaria la cópula, ya que esta última no se considera más que un remedio para salir al paso de la lujuria. La única exigencia es la ausencia de cualquier parentesco hasta el séptimo grado canónico; la unión es indisoluble;

— en frente, la negación de todo compromiso, público o no; el vivo movimiento antimatrimonial del siglo XI se alimenta, por lo demás, ya sea desdeñando la carne con sus resabios heréticos, ya sea, por el contrario, con los placeres de la unión li-

bre acompañada de contracepción; ambas actitudes coinciden en un cierto desprecio del mundo presente y futuro.

Es evidente que la aristocracia, preocupada por perdurar y estrechar filas, está a favor de la primera opción, que la Iglesia se inclina por la segunda y que la tercera no conduce a ninguna parte. El vulgo sigue la costumbre local más corriente, la *mos patriae*, la *consuetudo civitatis*, sin preocuparse mucho de los principios: aquí, con un notario que consigna por escrito una dote a la romana y una *donatio propter nuptias*, forma romanizada en el ocaso de la vida del *Morgengab* germánico, primer paso de la futura viudedad; allí, con el intercambio de palabras, de beso y de anillos ante algunos parientes; en otras partes, sin preocupación por las formas o el derecho, hasta llegar a la generalización del concubinato, como en Normandía, *more danico*, «a la danesa». La Iglesia acabó venciendo, no sin concesiones, pero este viraje decisivo en la historia de los hombres es fundamental, hasta el punto de que aún hoy día sigue ejerciendo influencia.

Sin duda, fueron los gregorianos del siglo XI quienes iniciaron el movimiento, por ejemplo valorizando el aspecto de *societas* del matrimonio con intercambio de fórmulas rituales, a menudo de origen pagano, pero cuya ruptura se asimilaba al falso juramento (1096), Sin embargo, la segunda mitad del siglo XII y el principio del XIII marcarán la etapa primordial, entre el *Decreto* de Graciano y la obra de Gregorio IX (1145-1235).

El *consensus* es necesario, lo que limita las posibilidades de repudio; y asimismo la copulación, a fin de salir al paso de la tendencia antiprocreativa del siglo XI que reanudarán los cátaros. La publicación del matrimonio («amonestaciones») es indispensable con el objeto de denunciar los vínculos de parentesco, aunque la prohibición por consanguinidad solo llega en 1214 al cuarto grado (primos segundos). Las segundas nupcias pueden tener lugar tras la muerte de uno de los cónyuges. La

presencia de un sacerdote es deseable, pero los esposos siguen siendo los ministros de su mutuo sacramento, razón por la cual la Iglesia lo sitúa lejos, tras el bautismo, la penitencia o la confirmación. Al adoptar así una solución de compromiso, pero favoreciendo a los individuos en detrimento del grupo, la Iglesia obró positivamente y asestó un golpe decisivo a la tutela del clan, no sin innumerables y repetidos conflictos con la aristocracia, sin duda. Por esta razón, la guerra de los esposos ha sido considerada algunas veces como un simple episodio de la lucha de influencias en el seno de la clase dominante, al desquitarse la Iglesia de los guerreros que la habían domesticado en el siglo X. Por lo demás, no se cambian por una decretal siglos de costumbre: el consentimiento de los padres siguió siendo necesario en la región de Tolosa y en Provenza. La exclusión de toda herencia de las hijas dotadas, iniciada en Normandía, acabó, hacia 1180-1190, por extenderse incluso en tierras de derecho romano. Es decir, que solo tuvo un impulso: pero fue decisivo.

Además, reforzó una estructura matrimonial bastante diferente de la nuestra. El «modelo» puesto de manifiesto por los demógrafos antes del siglo XIV estaba fundado, en efecto, en la célula conyugal que unía a una muchacha, «colocada» tan pronto como era posible, aunque fuese por debajo de su condición social, a fin de favorecer numerosas maternidades —modelo «natalista» que se considera a menudo como una de las causas del crecimiento de la población de estos siglos—, y a un hombre a la espera de una «posición», soltero a veces hasta los 30 años, lo que evidentemente plantea los problemas de los reguladores sociales y fisiológicos de la prostitución, el adulterio o la homosexualidad. En todo caso, una pareja sacramental, pero cuyos cónyuges tienen al menos diez años de diferencia de edad, una menguada duración de la unión (20 años como mucho), maternidades rápidas y repetidas, una viudez muy precoz y difícil de abandonar, la ausencia de abuelos por el lado pa-

terno, el papel, desde entonces, del tío materno, de una edad más apropiada que la del padre en las relaciones afectivas con sus sobrinos, y por último, en torno a la joven esposa, cansada de un vejacón, la ronda codiciosa y tentadora de los *juvenes* aún no casados.

Si a esta estructura conyugal tan diferente de nuestra concepción, como de los tipos de afectividad que nos son familiares, se añaden los tres componentes suplementarios de una gran mortalidad infantil, amenazante hasta la edad de 5 o 6 años, de la precoz entrada en la vida activa —nubilidad muy temprana en el caso de la muchacha, la edad de 14 o 15 años como adecuada para convertirse en guerrero, oficial de taller o mozo de labranza—, y, por último, la casi general ausencia de abuelos, se obtiene como conclusión la reducción de la «infancia» a una corta franja de diez años. Demasiado poco tiempo para que la personalidad juvenil pueda desarrollarse, o intervenir en la célula matrimonial, entre el momento en que escapa de las garras de la muerte y aquel en que, siendo aún adolescente, es atrapado por la actividad de los adultos. Además, como hemos visto, la palabra *juvenis* no hace ninguna alusión a la edad, sino solamente a un valor social, el del individuo aún no «establecido». El reducido espacio dejado así a la juventud del hombre en el sentido moderno, y la desaparición de la generación-árbitro superior le amputan, evidentemente, a la vida familiar dos elementos fundamentales de su equilibrio natural: las relaciones entre esposos y entre adultos y adolescentes solo podrán ser duras, ásperas y breves. La Iglesia consigue poner las bases de la célula que nos sirve aún de marco afectivo, aunque con muchos aspectos diferentes.

El reino de la mujer

Casada a los 16 años con un hombre de 30 que casi podría ser su padre y que a menudo actúa como tal, no cesando de amamantar más que para tener un nuevo parto, «comprada» en

el mundo de la aristocracia por la familia de su futuro marido (o consintiendo, pero sin estar en posesión de todo su juicio en los otros casos), condenada al convento o a la humillación si actúa por su cuenta, amenazada con ver su dote dilapidada durante su matrimonio y su viudedad impugnada por sus propios hijos cuando queda viuda, perseguida por la Iglesia con mayor rigor que el hombre si cae en el adulterio o la homosexualidad, apartada de las funciones religiosas, estrictamente mantenida a raya si alcanza una responsabilidad política, maltratada siendo niña, empujada lo antes posible al matrimonio, amenazada si está viuda o soltera por la lubricidad masculina, sin poder o no atreviéndose a expresar por medio del arte o la pluma su sexualidad, sus fantasmas, su afectividad, su dinamismo, la mujer de estos tiempos, ¿forma parte activa de la sociedad? Puede ponerse en duda tras la enumeración precedente, que no es en absoluto exhaustiva ya que no hemos hecho alusión a la opinión de los clérigos para quienes la mujer, responsable de la caída, es el tabernáculo del mal, el compendio de las tentaciones de la carne y del dinero que envilecen a la criatura; es débil, envidiosa, desobediente, pendenciera, cruel, manirrota y símbolo de la lujuria, el trato con ella no es más que fuente de pecados y supone un muy lamentable «error» de la Creación.

Estatuas yacentes de piedra que se cogen de la mano, vírgenes sonrientes con el niño en brazos en el entrepaño de las catedrales, caballeros lanzados a inverosímiles proezas deportivas o ascéticas a cambio de un beso, *trobadors* que dan vía libre a su sentimiento para conseguir *gézir sons la couverture, lais* de María de Francia, canciones de telar, salas de damas en el castillo, reinas madres o reinantes, y condesas de férrea autoridad, mujeres de banqueros que llevan las cuentas, segadoras, hilanderas, bordadoras, vendimiadoras de los campos y ciudades, matronas que pegan a sus maridos, jóvenes esposas que les engañan con ardor; objetos femeninos que atestiguan los depósitos

de las excavaciones, esqueletos de los dos sexos mezclados en las necrópolis, transmisión *per ventrem* tanto de la nobleza como de la servidumbre, invasión de nombres del linaje materno; no, decididamente la mujer no es ni un objeto ni una mártir. Es a mujeres a quienes Jesús se muestra primero, una vez resucitado: a la Samaritana, a la Magdalena y a María a quien habló mucho tiempo; y la cohorte de mujeres fuertes de la Biblia borra la desafiante misoginia de san Pablo.

Desde hace casi cien años, con mayor razón desde hace una generación, la posición social o moral de la mujer en los siglos pasados preocupa a los historiadores, que aportan hoy la pasión de sus reacciones modernas. Sin embargo, la *Frauenfrage* puede recibir en los siglos XII y XIII respuestas claras, sea cual sea la interpretación que se quiera dar. En primer lugar, es preciso hacer dos observaciones generales: considerar el progreso o el hundimiento de un grupo social solo tiene sentido en comparación con otro contexto; el interés que por un problema de esta naturaleza mostraron quienes fueron sus contemporáneos, manifiesta una toma de conciencia que hace evolucionar la cuestión. La duda sobre el primer punto apenas parece lícita: la mujer de 1220 no tiene ni los derechos ni el papel de la de 1980; no obstante, su situación es no solamente muy superior a la de los siglos medievales anteriores, sino también a la que tendrá desde el siglo XV y hasta 1900, sea cual sea su clase social. En cuanto al segundo punto, además de la posibilidad que tienen las mujeres de expresarse, lo que apenas había ocurrido hasta entonces, de Herrade de Landsberg a Eloísa o María de Francia, se observa un notable florecimiento de tomas de postura radicales sobre el lugar y el papel de la mujer, corriente «feminista» que alimentan Robert de Blois, Rupert de Dentz, san Bernardo o Felipe de Novara, o bien la misoginia de la Iglesia o del clero, la de Abelardo, Beaumanoir o Jacques de Vitry.

En mi opinión, tres ámbitos dan prueba de lo que yo no dudo en calificar de fase matriarcal en la historia de Europa. El primero es de naturaleza jurídica. Las garantías ofrecidas a la mujer por las nuevas condiciones del matrimonio, al que acabamos de referirnos, por el habitual reasentamiento de las viudedades mermadas (para las que la Iglesia dicta una regla en el siglo XIII), por la protección que se normaliza y se refuerza respecto a su parte de herencia (la «parte reservada» asciende, de 1140-1145 a mediados del siglo XIII, hasta el tercio, la *tercia* italiana), por la persistencia de sus derechos de curatela sobre sus hijos, y por último, por la solidez del linaje femenino en las genealogías ya que la mujer, conquistada en el matrimonio por un solo hombre menos afortunado, es muy a menudo el origen de una promoción social, y a veces de un ascenso a la nobleza, que conviene aprovechar. Se opondrá, sin duda, a todo este arsenal normativo —como a cualquier otro, por lo demás— su carácter teórico e intencional. O bien se subrayará que la preponderancia masculina en el gobierno de los bienes del hogar, máxime en la transmisión de dignidades de carácter militar, tiene muchas oportunidades de recortar estas garantías. Sin embargo, no se podrá negar la construcción de una muralla jurídica, cuyo franqueo, siempre posible pero desde ahora ilícito, expone a sanciones no solamente morales de la Iglesia, sino a la de las justicia pública, e incluso a la venganza del linaje perjudicado.

La posición económica y social de la mujer, más difícil de delimitar pero, en cambio, mucho más cerca de la realidad, parece mejorar. Ya hemos dicho que el hombre sigue siendo el señor del hogar. Añadiremos ahora que las actividades que ocupan mayor lugar en nuestros documentos de archivos son masculinas por tradición o por necesidad: la guerra, los trabajos agrarios o artesanales pesados, los largos viajes. Pero además, la evidencia de sectores en su mayoría femeninos desde este momento (el textil, el espigueo, la horticultura), tal como testimo-

nian la arqueología, la iconografía y la literatura hagiográfica o novelesca —desde obras escritas por la monja Roswitha hasta las hilanderas de «Yvain», que se quejan de sus bajos salarios—, hace pensar, a pesar de una tradición, ya antigua, de denigración, en el lugar esencial de los trabajos domésticos en una sociedad donde alimentar al grupo es el centro de toda actividad. No hay nada de servil ni de humillante en ser la «señora» de la casa, el núcleo de esta célula primitiva de la sociedad. Dejemos de menospreciar, como los burgueses del siglo XIX y principios del XX, el horno y la fresquera. Por otra parte, no hagamos intervenir en este asunto, ya que su estudio exhaustivo no se ha abordado aún, la propiedad del suelo, la transmisión del feudo, los títulos aristocráticos e incluso la toponimia, donde se ve la importancia de la *manus* femenina.

En mi opinión, el tercer ámbito, aunque lo reduzca a algunas frases, es más revelador aún. Sospechosa a los ojos de la Iglesia de ser más accesible que el hombre a las tentaciones de la carne, e incitada a conservar la castidad o, al menos, una continencia decente, la mujer es arrastrada en los siglos XII y XIII por un torbellino de liberación sexual que el historiador tiene mucha dificultad en seguir y explicar. En primer lugar, le ensordecen las vociferaciones de los clérigos que fustigan y condenan; y más tarde, el súbito silencio de la Iglesia, que se limita a recordar algunos límites que no deben ser franqueados, le asombra aún más. Ahora bien, para enfrentarnos a este delicado ámbito, velado por el pudor, la legislación penitencial y la preocupación por la paz social, no tenemos antes de 1300 más que algunas obras literarias o normativas. Pero al menos son bastante numerosas y concordantes como para permitirnos hacer algunas observaciones. Entre la larga lista de desviaciones o excesos sexuales redactada por el obispo de Worms, Burchard, a principios del siglo XI, y el éxito de las traducciones de Ovidio, del *Liber Gomorrhinos* o simplemente de las proezas amorosas de

Lancelot, ¡cuánto camino recorrido! Las relaciones sexuales siguen estando sin duda reservadas en principio a la procreación. Pero desde mediados del siglo XII Pedro Lombardo y Graciano enumeran las prácticas y posiciones que se utilizaban para evitarla; las condenan, aunque sin duda en vano, ya que a partir de 1220 y 1265 se introducen por Montpellier y Salerno los tratados musulmanes sobre la anticoncepción, el aborto provocado y las prácticas onanistas. Alberto Magno y Raimundo de Peñafort se limitan (estamos en 1250, aproximadamente) a considerar motivos de salud, de pobreza o de violencia sufrida, no para admitirlos sino para explicarlos. Estos doctos pensadores, y Tomás de Aquino con ellos, se ven obligados a aconsejar, no una heroica templanza como predicaba san Bernardo cien años antes, sino posturas o precauciones destinadas a matar el placer, al menos en el caso de la mujer. Y, si se desencadena a pesar de lodo, será preciso confesarse y purificarse. Tal vez la toma de conciencia de una sexualidad que trastoca las costumbres, y asimismo de un erotismo —masculino en todo caso— del que la iconografía pintada o esculpida da cuenta en el mismo momento, sea el origen de una indiscutible complacencia hacia la prostitución. La multiplicación en las ciudades del siglo XIII de *prostibula publica, bordelages,* «salas de niñas», «castillos alegres», etcétera, incluso próximos a edificios religiosos, no es fortuita: las «mezquinas», las meretrices, que la Iglesia, pasado un tiempo, recuperará como criadas, enfermeras e incluso monjas, tienen un papel social y regulador que aporta el «modelo matrimonial», sobre todo el de limitar las violaciones cometidas por bandas, signo externo y masculino de la pulsión sexual de la época. Pero no solo existen las manifestaciones, aunque fueran abusivamente repetidas, de las uniones sexuales regulares o mercenarias. El siglo XII parece disputarse con los últimos años del siglo XIX el dudoso prestigio de ser el campeón del adulterio: en esta ocasión también la estructura conyugal

tiene su parte de responsabilidad. Pero lo más sorprendente es el extraordinario florecimiento de escritos novelados o líricos que, de los *trobadors* de Oc a las narraciones de la Mesa Redonda, exaltan la conquista, nada menos que platónica, no lo olvidemos, de la mujer casada; la «cortesía» puede darse aires de vasallaje al servicio del sexo, pero besar y acariciar no bastan desde luego al *juvenis* o al caballero errante para alcanzar la *joy*. Y, por un Perceval o un Tristán, ¡cuántos Lancelots y Jaufré Rudel hay! Ahora bien, la Iglesia continúa muda ante esta apología del adulterio: ¿se muestra indulgente como Jesús con la pecadora o la Magdalena? ¿Pero, por qué solamente en los siglos XII y xiii?

Los castigos materiales pertenecen más bien al ámbito de la humillación pública, excepto en casos graves como el de las nueras del rey Felipe el Bello; asimismo, hay penitencias prolongadas. Pero se tiene la impresión de que la Iglesia, desbordada y enfrentada además a la ascesis herética de los cátaros, abrió la mano. Eva perdió a la especie tentando al hombre; la «nueva Eva», María, salvará la obra del Creador, decía san Bernardo, entre dos sermones sobre el cuerpo femenino.

¿Dónde se vive?

Mientras el hábitat, esencialmente rural, seguía siendo inestable e incluso itinerante, la arqueología podía instruirnos, gracias a los fondos de cabaña, vertederos o grandes «hangares» exhumados, sobre la vida cotidiana o la estructura del grupo. Y de nuevo pudo hacerlo cuando, del siglo XIV al XVI, fueron abandonados numerosos parajes, dejando las ruinas o los cimientos lejos de las aldeas reforzadas. Desgraciadamente, nos encontramos entre ambos puntos, sin inventario de ajuar, sin herramientas recuperables, sin iconografía realista y, tanto en la ciudad como en el campo, ante viviendas que datan como mucho de los siglos XIV y XV, levantadas sobre las que nos interesan y que se derribaron, cuando convino. Evidentemente, po-

dríamos, como hacen tantos manuales, conformarnos con el castillo, la morada del señor: es un hábitat de naturaleza colectiva, pero indiscutiblemente esencial en el paisaje edificado, y que nos dejó muchas y expresivas muestras. Pero es un edificio igualmente militar con funciones concretas, cuya disposición obedece a obligaciones que provienen de sus múltiples papeles y de su continente. Nos referiremos a él brevemente aunque sin comprometernos en un estudio técnico de los elementos defensivos, lo cual no es mi intención. En primer lugar, fue un alojamiento antes de ser un instrumento de guerra: su implantación es a menudo poco razonable desde este punto de vista. Es el *símbolo, signum,* de poder, judicial más que militar, económico más que político. La famosa descripción del castillo de Ardres es un testimonio de lo que decimos: sótanos, bodegas, silos, cilleros y cocinas ciegas enterradas en un bloque de tierra y guijarral; encima, la sala, el *aula,* el *solier,* a veces de casi 200 m^2, como en Loches, lugar de reunión de la familia donde duermen, sobre jergones, los primos, los criados y los vasallos *en estage*; la *camera,* la habitación por excelencia, en donde duerme la pareja, donde se perpetúa el linaje y donde está, bajo el lecho con cortina, el baúl en que se conservan los trajes guarnecidos, los pergaminos, los adornos, los sacos de dinero; al lado, el *secretarium,* donde hay fuego, porque es ahí donde reposan los niños o los enfermos, donde las damas pueden retirarse a hilar, escuchar la zanfoña y el salterio, e incluso al trovero de paso o, si se les admite, a los antiguos combatientes, vejetes inofensivos que, como Joinville, acuden allí a referir sus hazañas pasadas. Accesible a través de escaleras de madera que se cortarán en caso de asalto, está el *solarium,* la planta que contiene el dormitorio común de los muchachos, y las habitaciones de las chicas, riqueza esencial que es preciso, por el contrario, emparedar y vigilar; más arriba aún está la guarnición y, si no se ha instalado aparte, la capilla. Como puede verse se trata de una casa, pro-

longada por los elementos necesarios para la vida del grupo que se concentra en el interior de una muralla más lejana, en el corral, el *baile*: algunas casas de artesanos o criados, sótanos reservados que continuamos llamando «mazmorras», caballerizas, un huerto y un vivero si es posible, o si es obligado como en Tierra Santa.

Todos los especialistas en arquitectura militar han observado la progresiva evolución a lo largo de dos siglos de la casa señorial hacia una complejidad que se vincula más a las actividades civiles que a la acción guerrera. Pasado 1100 o 1120 estas casas de señor son de piedra; se encaminan de la forma cuadrada a la circular (de Loches, Colchester, Londres o Laugeais a Dover, Gisors, Houdan, Etampes o Conisborough), pero sobre todo se extienden en superficie para absorber la totalidad de las estructuras anexas. A finales del siglo XII, al igual que en Tierra Santa, donde la concentración de las poblaciones aldeanas se llevaba a cabo forzosamente en el momento de un golpe de mano musulmán, una doble muralla flanqueada de torres cierra el conjunto, y la parte de vivienda parece agruparse en torno a un patio interior, a fin de dar un paso adelante en cuanto a iluminación y comodidad. Este era ya el caso del Château-Gaillard hacia 1195, de Angers, de La Fère y de Carcasona antes de 1240, y más tarde de construcciones marcadas por las costumbres locales como Castel del Monte en Apulia y Conway o Herlech en Inglaterra. Se llegó así al tipo de «palacio fortificado», como lo era sin duda el primer Louvre en París y lo es aún el castillo condal de Gante, de estilo austero y, sobre todo, Yèvre, Coucy o Bothwell (1230 a 1280), todas ellas construcciones que marcan el apogeo de la concepción de una casa para la residencia principesca adornada con tapicerías y artesonados, muy compleja en sus subdivisiones internas, pero cuyo papel militar, en definitiva, no debe engañar si se juzga por la relativa facilidad con

la que tantas de ellas fueron sorprendidas o tomadas en el curso de las guerras baroniales del siglo XIII.

Pero dejemos el castillo, que es la clara excepción, en provecho de las casas en las que habita la gran mayoría, en grupos más o menos compactos. ¿Qué puede decirse de ellas a pesar de la escasez de nuestros documentos? En primer lugar que entre la ciudad y el campo se produce paulatinamente una divergencia de estructura que nos parece hoy día natural, pero que solo se remonta a esta época; y esto mismo ocurre en las zonas mediterráneas, en que la aldea de piedra con casas unidas por los bordes parece imitar la cercana ciudad. Si dirigimos la mirada en primer lugar al campo, a la aldea, no es solo porque allí vive la mayor parte de los hombres, sino también porque las novedades son allí clamorosas. El agrupamiento en torno a la iglesia o el castillo que señala la fase capital de la toma de posesión del suelo en Occidente asestó un golpe fatal a los tipos de hábitat de la alta Edad Media: los últimos fondos de cabaña de Hodenrode son de los albores del siglo XII, al igual que las chozas redondas de Pen-er-Malo en Morbihan. Todavía pueden observarse en determinados parajes ingleses como Chalton o Hangleton, e incluso en Hausmeer en Alemania, grandes «hangares» de madera, sustentados por pilares que los dividen en naves; pero estas estructuras, testigos de una fase familiar y social superada, no son más que reliquias. Desde ahora la casa rural aparece reducida, tiene como mucho unos 50 m^2, y fija: en Wharram Percy, yacimiento inglés modelo, se superponen ocho viviendas, de orientación o cimientos ligeramente diferentes, sobre los mismos lugares de implantación entre 1150 y 1500. En conjunto, se generaliza la evolución hacia una subdivisión interna del hábitat campesino: se ha podido observar tanto en Inglaterra como en Rougiers, en el Var. Por una parte, la separación entre sala y establo es a partir de ahora casi total, pues desde el momento en que el hogar vuelve a la casa, el calor

animal ya no es necesario. La sala es el lugar de cocción, de reunión, de velada, el lugar donde se exponen los muertos, donde se amamanta a los recién nacidos y donde se montan los caballetes y los bancos. Sin embargo, no existen pruebas, antes del siglo XIII y en Borgoña, de un hogar cubierto con una campana de chimenea, muestra de un fuego a base de leños, más eficaz y menos humeante. Las bodegas y silos dan a la sala, ya que por lo general no hay cimientos bajo el suelo en tierra apisonada: unas cuantas losas delimitan el contorno del hogar. El piso aparece a mediados del siglo XIII ocupado por las habitaciones y algunas valiosas reservas: el grano o los vestidos de fiesta. Pero el mobiliario se reduce a baúles trasteros, la cama constituye de por sí un objeto de mucho valor dado que acoge a veces a tres o cuatro durmientes, algunos niños, y es preciso acumular pieles y mantas, aunque no es seguro que las camas cerradas con cortinas y paneles de madera sean de esta época.

El tipo de materiales empleados plantea más de un problema. Sin duda, su elección está muy en función de las posibilidades locales: se ha calculado que hacia 1250 en Inglaterra (concretamente en el condado de York), en el precio de construcción de una casa de piedra, el coste de los materiales representaba el 60 por 100 del conjunto. Por el contrario, en otras partes, sobre todo en el área mediterránea, el escaso desarrollo de las especies arbóreas liará preferir la piedra seca sin mortero. Sin embargo, la impresión general es la de una preponderancia de la madera: a este respecto, los notables progresos técnicos de la trabazón con espigas y muescas o a tingladillo, en parte tal vez tomados de la construcción naval, no pudieron más que fomentar la *Stabbau,* la *Holzbau,* la edificación a base de tablones, e incluso de palos enclavijados o apilados. Los riesgos de incendio eran evidentes, pero el aislamiento térmico era notable. A pesar de todo, el uso del adobe (paja y barro) o del tapial (gravilla, barro y serrín), sostenido el conjunto con encañados y en-

tramados que descansan sobre una «solería» de piedra a lo largo del perímetro de la casa, compite en gran medida con la madera. Por el contrario, la piedra solo se impone muy lentamente y, más bien, al norte del continente al menos, como signo de desahogo, a la vista de su precio. En Wharram Percy se tiene también la prueba de que se renunció a este procedimiento a finales del siglo XIII en algunas cosas. En cambio, la cubierta apenas se modifica: caña, y si falta este material, tejas o «lauzes»; los ejemplos de tablillas son más escasos. Por otra parte, sea cual sea el material utilizado o la ligereza de la techumbre, sorprende la rareza y la estrechez de los huecos, puertas y ventanas. ¿Dificultad para cerrarlas? ¿Precaución para preservarse de las variaciones térmicas exteriores?, o ¿mayor importancia concedida a la vida al aire libre? La respuesta no es fácil. Se observará que, aunque se lleva a cabo un capital progreso en el campo de la fijación de un hábitat campesino en torno a un «hogar» o, como dicen los textos de la época, al «hogar y al puchero», la disposición material del hábitat no ha cubierto aún las etapas, ni mucho menos, que le separan de eso que los geógrafos llaman la «casa rural tradicional».

En cambio, los progresos parecen más claros en la ciudad. Sin duda, la tradición urbana aquí o el menor peso de las antiguas estructuras sociales allí permitieron una rápida evolución. Ciertamente, la casa del siglo XIII en la ciudad no es la nuestra; pero lo esencial de su estructura sí. Así sucede, en primer lugar, respecto a su carácter colectivo. Existen, sin duda alguna, «palacetes» que pertenecen a un solo hombre, aunque aloja a servidores o inquilinos además de su familia. Desde este punto de vista, el cálculo del «hogar» urbano, en el momento en que aparecen los documentos fiscales, plantea al historiador problemas más fáciles de solucionar en el campo. Por esto, la disposición interna de la casa urbana presenta mayor rigidez. Ocupa una superficie por lo general rectangular, uno de cuyos lados más

cortos corresponde a la calle, de un centenar de metros cuadrados como máximo, abierta a la calzada y consta de sala en la planta baja, taller, cuarto trastero y tienda que ilumina un vano cuyos postigos se levantan como un tejadillo y se bajan para formar un puesto; en la planta superior, o mejor dicho, las plantas, pues a menudo son dos, hay una sala y dormitorios. El hogar calienta la planta baja, pero el conducto atraviesa los pisos, en cuyas paredes se cuelgan, si es posible, tejidos de lana o tapices aislantes. Existen techos sobre las vigas sostenidas por los pilares de la sala inferior, de manera que el proscrito, condenado al «derribo de la casa», puede presenciar, si se cortan, el derrumbamiento de su morada. Antes del siglo XIV no hay cristales ni vidrieras. Se cuenta con cubetas para lavarse, si el agua de los pozos no está demasiado lejos; las letrinas son externas, de cara al patio, a la calle… o a la casa vecina; en la parte posterior existe un espacio vacío u ocupado por hortalizas y cercado de dependencias, dos elementos que a veces representan la mitad de la parcela. Los materiales empleados, al igual que en el campo, son la madera, el tapial y el adobe. Pero aquí, los riesgos de incendio son tan grandes (Ruán ardió seis veces en el siglo XIII) que el uso de la piedra se difunde con más rapidez que en la aldea: en todo caso, es la regla en Italia a partir del siglo X. Al mismo tiempo, a fin de ganar superficie en altura, y dado que los materiales se pandean, las casas son barrigudas y necesitan a veces una hilera de pilares externos para sostener los pisos, pero sin llegar, salvo alguna excepción, a la tradicional imagen de las casas frente a frente que, oscureciendo la calle, se tocan por arriba. Una imagen muy «tradicional» que necesita ser revisada: cuando comenzamos a disponer de un mínimo de documentos fiscales urbanos, la diferenciación de calidad, contenido y continente de estas casas salta a la vista; lo que explica, entre otras causas, el florecimiento de monografías urbanas sobre los siglos XIV y XV. Por supuesto que, entre una casa tasada en

10 libras y un palacete burgués de 130 libras, se encuentra el mobiliario, baldosas barnizadas o útiles domésticos con los que justificar y acrecentar las diferencias ya introducidas por la construcción: casas de piedra con ajimeces, pórtico esculpido y pilares decorados del palacete, y a su lado, una casucha con enseña. A este respecto, las casas construidas sobre los puentes, unas sesenta en el puente de Notre-Dame de París, son las más sórdidas y las menos sólidas; pero cada cosa tiene su ventaja: ¡la evacuación de desperdicios de todo tipo no plantea ningún problema!

Así pues, en tanto que en la aldea la mole del castillo es el más evidente signo de diferenciación social, y cuando se ha podido calcular que el valor de las casas campesinas se mantenía, hacia 1300, entre 1 y 5, la ciudad ofrece ya las oposiciones de estructura y de valor comercial que conocemos. En este marco de agrupamiento, las oposiciones socioprofesionales pudieron madurar fácilmente, y nacer las luchas sociales, como pronto veremos.

La aldea y el barrio urbano

La casa es la célula económica de base. En el campo la producción sigue siendo «familiar», aun cuando cabría dar a este término un sentido más amplio. Sin duda, es preciso ver ahí una de las razones de la ausencia de especialización del trabajo, característica de la economía de subsistencia, una vez aislados, evidentemente, los contrastes de edad y de sexo. En la ciudad, las cosas suceden de otra manera ya que las etapas del artesanado se suceden hasta el final de la transformación de un producto y que es necesario, por tanto, insertarse en un determinado nivel de la escala de producción. No obstante, el taller conserva una dimensión «familiar» de la misma forma que la casa co-

mercial: ¿no se dice acaso «compañero», «compañía», «cofrade»? El primer marco de agrupamiento es, pues, la familia y el hogar. Pero las condiciones materiales de la vida cotidiana, incómodas y mediocres, incluso para el señor o el burgués de alto copete, dejan lugar a otras formas de vida social, de convivialidad, que toman cuerpo precisamente en el momento al que me estoy refiriendo, y que no han desaparecido aún totalmente de nuestra vista.

¿Dónde reunirse en la aldea?

Es natural buscar los primeros lugares de sociabilidad aldeana en las cercanías de los puntos de anclaje de la sedentariedad campesina. No me referiré a estos lugares, al menos directamente, bajo el aspecto más evidente, y en el papel que es su razón de ser: la liturgia parroquial y sus oficios en el caso de la iglesia, los ritos funerarios en el del cementerio, los trabajos y las tareas de defensa en el del castillo, sino que me situaré en el segundo plano de estas actividades, bien fáciles de comprender cuando se desarrollan allí otras formas de vida en común.

Es cierto que la misa dominical —si es seguida, cosa de la que muchos predicadores dudan— y las procesiones litúrgicas son caminos de encuentro. Pero la iglesia, por lo demás en algunos casos fortificada como en Auvernia, Lorena y los Alpes, es también sala comunal, lugar de reunión para las decisiones importantes de la vida agraria, centro de la «paz» de la aldea desde el siglo XI y, por tanto, lugar donde se presta el juramento aldeano ante los *paziers,* los *judices pacis,* como se dice a partir de 1170 o 1200 en Rouergue y en el Languedoc. La desaparición de las grandes parroquias de la alta Edad Media, las *plebes,* rodeadas de *oracula* o de *cellae,* dando origen a una red con mallas más densas, preservó de aldea en aldea un vínculo de devoción común y a veces un mismo santo patrón cuya fiesta reúne en cortejos y festejos comunes a los campesinos de un territorio más amplio. Sin duda, la fe parece ser la base de estos acer-

camientos. Pero cuando se ven, a mediados del siglo XII en Picardía y en Alemania, las armas tomadas y mantenidas por los habitantes de aldeas colocadas bajo un mismo patrocinio, o la misma «paz» imperial (*Landfrieden*), extenderse a grupos campesinos dispersos, se ha de percibir una dimensión profana más allá del ritual.

El cementerio participa de los mismos papeles, pero está en relación más concretamente con el más allá. Además, su fijación —la arqueología se esfuerza en multiplicar pruebas de ello — precedió a la erección de la iglesia: los muertos obligan a los vivos a establecerse. Pero, al llamarles así en torno a ellos, les tienen más estrechamente ligados a su recuerdo, a su influencia totémica, a su eventual retorno. En esta ocasión la religión cristiana cede paso a los intermediarios paganos: fantasmas, vampiros, duendes que se aparecen en las necrópolis, y que saben consultar los adivinos, los idiotas o las brujas. El mundo sobrenatural de los difuntos es el doble de la aldea de los vivos, y el *atrium*, el *aître*, es el lugar de encuentro de ambos. En Alemania, en Italia y en las tierras célticas, el cementerio no es solo la noche, el dominio de los espíritus y los aparecidos, sino el día, la tierra de silo y de reunión donde se mantendrá trato y conversación con el señor, uno de esos raros lugares en que los dos sexos pueden encontrarse públicamente, en igualdad.

En los fosos del castillo que hay que limpiar o en las cuadrillas de acecho que patrullan los linderos del bosque, conducidas por un sargento desengañado que no cree en su eficacia, se encuentran hombres solos. Lo mismo ocurre respecto a las mujeres que hacen cola ante el molino del señor, obligadas a oír las hermosas palabras de algún hermano mendicante enviado por su orden a edificar a las comadres, método de predicación forzada vivamente recomendado a partir de 1250. En ambos casos, son las recriminaciones, sin duda, las que crean un vínculo entre los participantes. Pero la presencia del poder señorial no

solo suscita este aspecto negativo y hostil. La justicia administrada por el señor es otra ocasión de agrupación. Se sabe que la forma característica de la implantación de su poder es la erección de una gran pila de tierra y piedras, la *mota*, el *dunio*, al menos hasta alrededor de 1180, fecha a partir de la cual la pulverización de la autoridad judicial a un modesto nivel redujo la *firmitas*, la *munitio* y el *Hauptburg* al nivel de una simple «casa fortificada». Estos centros de mando, cuya relación detallada está en marcha, poseen una característica que interesa aquí: ya fuera levantado a través de corveas o a través de un salario, la «mota» representa el centro de la autoridad señorial. Es construida aun cuando una aspereza natural (*pech, podium, colli, rocca*, como se dice en el área mediterránea) podría dispensar al señor de ello. Desempeña, por tanto, un papel tan simbólico como militar. En efecto, aún en el siglo XVIII podrá verse al señor de una casa neoclásica subir a lo alto de una «mota» descoronada por sus antepasados para pronunciar una sentencia, ya que es el emblema de la justicia. Estas «motas» son abundantes: se han contabilizado 300 en Suabia, un centenar en la región de Caux o alrededor de Agen por poner ejemplos dispersos, y de todos los tamaños. Es allí donde el señor reúne su *placitum* y resuelve litigios, sentado en una piedra, su «escalinata». La justicia señorial es particularmente mal conocida ya que no daba lugar, fuera de Italia o España, a la redacción de un texto. Pero se puede considerar como probable que estas reuniones de todos los hombres de la aldea, con el herrero y el cura a la cabeza, representan uno de los más sólidos hitos en la historia de las comunidades campesinas; allí, aunque se va luego a prestar juramento al cementerio, se establece el acuerdo de los derechos y deberes de cada uno.

Oraciones en común, fantasmas, cotilleos, sentencias, he ahí unos motivos para reunirse que pueden parecer bastante austeros. Pero no faltan ejemplos más risueños, a pesar de que los ri-

tos lúdicos del campo permanecen tan profundamente anclados en un pasado pagano que la Iglesia desconfía de ellos o denuncia sus restos de magia. En el siglo XIII, los predicadores itinerantes, muchos de ellos dominicos, como Esteban de Borbón, redactaron el edificante catálogo de las «desviaciones» que trataban de recuperar. Sería salirme demasiado de nuestro tema detenerme aquí, particularmente descifrando su significado mágico, pero, al menos, es menester recordar que la fiesta participa de la vida comunitaria, que es la expresión de la unidad del cuerpo social, que las danzas que se ejecutan tienen el valor de comunión física, que los hogares encendidos purifican a todo el grupo y afirman su seguridad y fecundidad. Ya se tratase de *mais*, símbolo del rebrote del campo, con sus cortejos de jóvenes disfrazados de dioses silvestres, sus nuevas plantaciones, sus imprecaciones y sus aspersiones de los campos de las que la Iglesia extrae el rito de las rogativas, o de antorchas destinadas a expulsar a los malos espíritus, las hogueras de san Juan, de Pascua, de otoño o el hecho de saltar sobre brasas, todos son signos de desacralización. Y los corros en la era donde se trillará es un rito de fecundación que a menudo va acompañado, en efecto, de copulaciones ilícitas; todas estas irreprimibles manifestaciones, que desbordan a la Iglesia o la obligan a transigir, ¿no son al mismo tiempo el signo de un persistente dinamismo rural y la ocasión de una comunión?

Estas prácticas, que la etnología contemporánea o el estudio serio —¡ya era hora!— del folklore nos hacen conocer cada vez mejor, no parecen tener en absoluto en cuenta niveles sociales o particularidades de la situación jurídica de los que se entregan a ellas; solo la edad y el sexo están en juego. Sin embargo, existen ocasiones de encuentro propias de determinados grupos: conocemos bien aquellas en las que participan los guerreros, sobre todo los *juvenes*. Son los *torneamenta*, esos «torneos» de los que la Francia del noroeste parece haber sido cuna, y

donde, por equipos, pagados en función de las presas que hacen, los jóvenes guerreros, puestos bajo el mando de un paladín, se enfrentan a las cuadrillas adversarias llevando a cabo auténticas «maniobras», de castillo en castillo, durante la primavera. Los torneos dan pie a buenos golpes y capturas ventajosas, ejercicios de iniciación a la guerra, distracciones en que la mujer y el dinero ocupan el primer lugar, donde también corre la sangre, lo que explica las condenas categóricas pero inútiles de la Iglesia (concilio de Letrán, 1179). Son asimismo motivo de borracheras, de desbordamientos sexuales, de violencias, que apenas autoriza la lúgubre *estage* del vasallo durante varias semanas en el castillo de su señor. ¡Y qué fuente de ingresos para el hombre hábil! Guillermo el Mariscal, figura de renombre, pudo así, a mediados del siglo XII, contar en tres meses con 203 presas y 1000 libras de beneficio.

Sería interesante saber otro tanto sobre las entretelas de la aldea, las que no se recogen en ningún tipo de texto: los pastores que llevan los rebaños a la montaña en verano, aislados en los pastos, donde reproducen la estructura social y la jerarquía aldeanas, o los habitantes de las aldeas subterráneas, ese desdoblamiento que apenas empieza a descubrirse de las casas en la superficie con una serie de galerías, cavidades y reservados donde se desarrolla una parte de la vida campesina, hasta el siglo XI con toda seguridad, y cuya prospección arqueológica muestra que su reputación de refugio ocasional no basta para justificar la abundancia de huellas de ocupación permanente que se encuentran.

¿Y en la ciudad?

A pesar de los anacronismos y de la contaminación del puro espectáculo sobre su significante, muchas ciudades, sobre todo de Italia pero también del mundo germánico, nos ofrecen aún hoy la visión de desfiles y festejos populares; reflejo empañado de una parte esencial de la sociabilidad urbana, mejor conocida,

por supuesto, a través de los documentos urbanos de los siglos XIV y XV, aunque también muy antigua ya que Gregorio de Tours nos dejó su recuerdo en el siglo VI. Esta relativa abundancia documental permite a la vez un estudio más lógico de los fenómenos de reagrupamiento y un examen más profundo que autoriza apreciaciones sociológicas que siguen siendo vagas en lo referente al campo.

En primer lugar, dejemos de lado el papel de la iglesia, sea o no catedral. Volveríamos a encontrar allí una imagen rural ampliada: edificios capaces de contener más de la población entera de la ciudad, que abruman por su mole, como en Chartres, Reims, o Beauvais, lugar de reunión y también de espectáculos que ofrecen los propios clérigos en las fiestas «recuperadas», con danzas y pantomimas bastante alejadas de lo que cabría esperar de dignos canónigos. Dejemos también los «palacios» y las «torres» donde mil cubiertos, como en Florencia en 1268, aguardan a los invitados a las festividades del linaje, matrimonios, entierros o fiestas totémicas, y donde el despliegue insolente de banderolas, de colgaduras de colores en las ventanas, de arreos de animales o de literas y de cabalgatas en las calles suscitaron en la Italia del siglo XIV medidas de restricción suntuaria; son estos fenómenos familiares que volveremos a encontrar más adelante. En contraposición, pero descendiendo bastante en la escala social, hay dos centros de reunión: en primer lugar la taberna donde, por lo demás, se juega a los dados más que se bebe, punto de encuentro masculino en el que se contratan hombres de acción, se reúnen los mendigos y los parados y se relata con qué agriar todos los disgustos. Una zona peligrosa por la que los ediles se preocupan y cuyo número crece: en el siglo XIV se contabilizarán más de 200 en Londres, y en Francia san Luis habrá de dictar ordenanzas contra los juegos de dinero, origen de riñas, y para hacer desalojar las tabernas si se producen alborotos. Se sabe poco sobre los baños antes de 1330 o 1350.

Sin embargo, constituyen un rasgo muy original de la ciudad medieval que ignora, o casi, los cuidados del cuerpo en el propio hogar. Respecto a si tienen o no relación con las termas antiguas, probablemente no; en todo caso son, como ellas, lugar de reunión y de discusión a falta de ejercicios deportivos. Estos baños públicos, en que la promiscuidad de los sexos podía ser motivo de cotilleos, tuvieron en seguida mala reputación: se les asimiló —y en Aviñón, en efecto, contarán con más camas que tinas— a casas de citas, «abadías» y demás burdeles que pululan no lejos de allí, al borde de los muelles, cerca de los puentes o los lavaderos. A este respecto es menester subrayar que el «modelo matrimonial», al que me refiero más arriba, hace de la prostitución un regulador social, lo que explica la elevada cifra de «mujeres comunes» (1,5 por 100 de la población de Dijon en el siglo XV), la protección municipal de la que gozan, y la resignada complacencia de la Iglesia que, con la esperanza de una «recuperación» siempre posible en el plazo de unos años, no duda en adquirir, reagrupar y vigilar las casas de citas. Aunque no sorprende este rasgo social, propio de todas las civilizaciones, merece figurar en medio de estas observaciones porque —como en la Antigüedad, la griega al menos e, incluso, más cerca de nosotros en el tiempo, la «Belle Époque»— se encuentra allí una jerarquía del placer tarifado, que eleva al nivel del «salón» y de «cortesanas de lujo» a algunos de estos lugares de placer.

Pero es la plaza o la calle las que, incluso allí donde el rigor del clima podría desanimar al ciudadano, ofrecen el escenario natural de los encuentros urbanos. Se ha dicho que la «cultura popular» nació allí y volveremos sobre este tema más tarde. Los juegos que tienen lugar allí, así como los cortejos y los desfiles que las llenan, son de una asombrosa variedad: en 1210-1225 aparecen en el norte de Francia y la Lotaringia espectáculos de inspiración religiosa, cuadros animados sacados de los libros santos o de la hagiografía, antepasados de los

«misterios» del siglo XV, y que Inocencio IV intentará reglamentar en 1264. Esta rudimentaria forma de teatro, urbano como en la Antigüedad, se desarrolla ante la iglesia, a veces en el interior o en el atrio vecino. Pero los sainetes bufos, los *behourds* burgueses de Flandes en que se remedan los torneos nobles, las justas o la *soule*, esa especie de fútbol medieval, tienen necesidad de espacio: se instalan entonces en los *prata*, la zona *non aedificandi* que, en principio, separa la muralla, en Londres, Salerno, Pisa o París. Por otra parte, no es difícil distinguir bajo estas distracciones colectivas las rivalidades entre barrios o entre parroquianos, raíz asimismo de posturas políticas. En cambio, las calles son de todos y los espectáculos que se ofrecen allí las recorren, mezclados o alternándose los diferentes barrios. Se trata de los *Mais* o las rogativas trasladadas a la ciudad, y también del *grand hutin*, ese carnaval, hoy día debilitado, frenado bruscamente por la Iglesia la víspera de Cuaresma, y que es como el eco de las antiguas saturnales: liberación sexual y alteración pasajera del orden social. Motivos de preocupación para los clérigos y los regidores inquietos ya por las danzas populares, las lúbricas «moriscas» y las rondas báquicas, o los *plays*, como se dice en York, es decir, desfiles de «locos», jóvenes disfrazados, encaramados en carros que se burlan de los poderes de la época. Cuántas ocasiones de regocijo, aun cuando la cosa fuese ruinosa, representaban las «entradas» principescas, ocasión de borracheras, de costosos decorados, de generosas limosnas, pero donde, al menos, se conjugan nobles motivos: sumisión a la autoridad, a veces a la hospitalidad a la antigua y acción de gracias al orden establecido.

Nacimiento de la comunidad aldeana

Los historiadores del siglo XIX y muchos del XX, con la vista fija en la ciudad, creyendo encontrar en las comunidades urbanas las raíces de la democracia, olvidan el movimiento de emancipación campesino; en el mejor de los casos ven en él un

reflejo del de las ciudades, una imitación. No se tienen en cuenta las diferencias cronológicas ni, sobre todo, la diferente naturaleza de los fenómenos: aunque pacífica, la «comuna» es insurreccional, pues se define bruscamente y contra la situación preexistente. Da una personalidad moral a un cuerpo social hasta entonces excluido de los esquemas de los intelectuales. Por el contrario, las magistraturas rurales siguen inscritas en el marco señorial; es el fruto de una evolución lenta y larga. Y si, en efecto, aquí y allí se ha aceptado un texto urbano que considera al rústico como «burgués», es al mismo tiempo porque no hay necesidad de escribir otra cosa si las ventajas deseadas son comparables, y porque las oposiciones entre la ciudad y el campo no aparecen tan evidentes a los hombres de la época como a nosotros. Por el contrario, los historiadores marxistas descubren de buen grado en la puesta en marcha de estos agrupamientos una articulación importante en la oposición entre dominantes y dominados y, más que en las oligarquías de sangre o de dinero que reinan sobre las comunas, observan ahí un capital progreso social.

La dificultad —¿pero, no será tal vez la causa de un amplio desinterés?— proviene de una incómoda aproximación documental. Las deliberaciones de los grupos aldeanos, y con mayor razón su contabilidad, no aparecen, por ejemplo en Hainaut, más que muy al final del siglo XIII. Las «leyes», las *assises*, las cartas de franquicias, o simplemente, las enumeraciones de derechos respectivos establecidos con el señor local, «registros de costumbres» del Mosa, «relaciones de derechos» loreneses, *Weistümer* germánicos, *firma burgui* de las aldeas normandas o del Maine, etcétera, son bastante abundantes entre 1160 y 1220, pero atañen al estado consumado de la emancipación, no a casos comunes. Estos últimos, en tanto que primeras etapas de estos procesos, y al igual que sucede en otras partes, permanecen en la sombra, por lo que es más el sentido común que la

prueba lo que puedo aportar aquí. Intentemos extraer lo esencial.

El acercamiento de los campesinos, una vez alcanzado el nivel de sedentarización, pasa evidentemente por la parroquia: la casa de Dios, el atrio que la acompaña, es el lugar de reunión y también de fiesta, como acabamos de decir y volveremos a decirlo. En cambio, conviene sin duda insistir sobre la toma de conciencia, exclusivamente profana, de una residencia fija, de la completa pertenencia al grupo aldeano. El *manant*, el *villanus* es la parte de un todo por excelencia, y este vínculo excluye ya al extranjero, el que está de paso, pero en absoluto al párroco, al artesano o incluso al señor. Materialmente se puede relacionar el nacimiento de este sentimiento con el que en la ciudad vincula a las gentes de un mismo barrio, de una misma calle: los agrupamientos de casas, *linea, row* o *coron* según las regiones, ibérica, sajona, picarda, no son tal vez de un tejido tan sólido como una *consorteria* urbana, pero su personalidad aparece, por ejemplo en Inglaterra, con motivo de las investigaciones que lleva a cabo en la aldea el administrador del «manor», el *reeve*. Desde este punto de vista, el establecimiento de un cercado, simple empalizada (*etter*). más allá de la cual son rechazados los «huéspedes», o en algunos casos un muro o un dique de tierra, aumenta la impresión de unidad. En las regiones mediterráneas, donde el fenómeno del agrupamiento de los siglos X y XI va acompañado frecuentemente de un hábitat encaramado sobre una montaña, el *castro* es ceñido por un muro de piedra (*circuitus castri*) al que se adosan las casas.

No se sabe a ciencia cierta hasta qué punto este primer esfuerzo, en conjunto anterior a 1020 o 1050, recibió un nuevo empuje en el momento de la gran fase de expansión de los lugares habitados o de transformación de su entramado que acompaña las roturaciones y la ampliación de las tierras: las nuevas aldeas en un claro del bosque, incluso de estructura filiforme

(Strassendorf, Waldhufendorf), las *sauvetés* gasconas o las *villafranca* italianas edificadas según una planta geométrica, circular o cuadrada, pero siempre amuralladas, y las aldeas cristianas de Castilla representan conjuntos coherentes a los que la concesión de privilegios no debía plantear más problemas que en la ciudad. Es en esta fase, de 1075 a 1160 en término generales, cuando se introducen matices por lo general importantes y duraderos. El más sobresaliente es la marcada oposición entre la aldea nueva y la vieja, cuya concentración se lleva a cabo bajo el control de un castillo que suele constituir un núcleo rival del de la iglesia y el del cementerio. Estos burgos cástrales de todo el oeste francés, los *castelnaus* del sudoeste, tienen sus réplicas en toda Europa: los *castro* flanqueados de una *rocca* fortificada en la Italia central y del norte, el *castilion* del sur de Italia, el *qala'at* de las tierras ibéricas reconquistadas, el *burgo* de Aragón, el *opole* polaco, el *Hofburg* alemán, el *burh o borough* anglosajón. Siempre existe algo de autoritario en el desarrollo de este tipo aldeano, un aspecto más militar que jurídico: el terruño, el *destret*, el *salvament*, es concebido más bien como una zona protegida que como una zona explotada. En estas condiciones, el peso del señor es extremo y el desarrollo de los elementos comunitarios reducido: ahora bien, la proporción correspondiente a estos pueblos es grande en numerosas regiones, de un 65 a un 70 por 100 en Normandía, en el Maine y en Inglaterra, más o menos de la mitad en Poitou, Gasconia, oeste de Alemania e Italia peninsular. Si, por añadidura, se considera que se está en zona de repoblación, el señor *bastidor* puede alegar la absoluta necesidad de una muralla y una guarnición que sean suyas, como en el caso de las *bastidas* construidas abundantemente a partir de 1200 e incluso en 1250 en los límites de las tierras de los Capetos y de las de los Plantagenct de Aquitania.

En cambio, los burgos solamente «rurales» y la mayoría de los centros más antiguos parecen menos coaccionados: el sim-

ple *Dorf* o *Wohnburg* alemán, las poblaciones de Castilla la Vieja, las *aldeas* cristianas y *alquerías* mozárabes de la Mancha, de Levante, de Castilla la Nueva, el *pazo* asturiano y el *castro*, «ciudad» del norte y este de Francia, todos tienen como característica el haber tendido lentamente hacia una actividad artesanal y de intercambios diversificados cuando la acción productora en el primer grupo parecía esencialmente dirigida a la satisfacción de las necesidades del castillo. Aquí, los carpinteros, los herreros, los carniceros, los carreteros y los merceros tienen básicamente como clientes a los campesinos; incluso en el siglo XIII se podrán ver, en Namur y en Hainaut, *mercatores bladorum*, vendedores de grano, intermediarios urbanos. Lo que hemos dicho más arriba del *mercadal* local, del mercado semanal, se aplica particularmente a estos pueblos: se encuentran allí pieles, ovillos de lino, lana cardada y calderería. Es cierto que su radio de acción no sobrepasa como mucho algunos kilómetros; pero el dinero que circula ofrecerá a los hombres con qué redimir ante el señor, si procede, muchas cargas. Parece, pues, bastante normal que se desarrollen allí preferentemente elementos de reagrupamiento de naturaleza económica: equipos encargados de asegurar en Escandinavia o en la Alemania herciniana la vigilancia de los bosques y la detección del fuego, o en Flandes y Frisia, *wateringen* que controlan el estado de los diques. Las regiones pastoriles, tanto las de simples trashumancias estacionales en la montaña (Navarra o Saboya), como las de trashumancias más amplias (Delfinado, alta Provenza, meseta ibérica, Bearn y Causses) estuvieron especialmente impulsadas hacia los reagrupamientos que imponía evidentemente el interés de una concentración en *bacades, manades*, etcétera, de todos los rebaños: los *escarterons* de Briançon, los *fruitières* del Jura y más tarde la *mesta* castellana representan formas evolucionadas de una organización de pastores. En la medida en que el peso del señor es menos gravoso, le reemplaza una cierta actividad mili-

tar autónoma: aquí y allí se autoriza la tenencia de armas, en Picardía o en Renania hacia 1145 o 1155, evidentemente so capa de milicias de paz. En los Apeninos, donde las estructuras familiares amplias son muy sólidas, en la Garfargnana por ejemplo, se tienen noticias de verdaderas asociaciones de grupos campesinos armados, *commune militum*, aunque a las órdenes de nobles.

Dos elementos consolidaron también las bases de una autogestión aldeana. Uno es, de entrada, de naturaleza espiritual: nos referimos a las agrupaciones piadosas, las «cofradías», asociación de devoción y de ayuda mutua, pero progresivamente, a través de las cotizaciones de sus miembros inscritos en un registro, una matrícula (*matriculari* = mayordomos), al frente de capitales que les permitían la compra de tierras comunes, *terrae francorum, Allmende, communia*, y de aperos de labranza que podían prestar o alquilar. Sin duda, a partir de 1250 y tal vez antes, los más destacados de los aldeanos son los que, por este medio, habían llegado a ejercer un control económico, por no decir una tutela, sobre los cofrades menos afortunados, e incluso sobre los campesinos no inscritos, alquilándoles las herramientas muy caras y demasiado tarde. Pero no es la historia de esta ruptura en la clase campesina lo que nos importa aquí. Lo que cuenta en el momento en que nacen estas cofradías (¿cuándo?, ¿principio o final del siglo XI?), es que dotaron a la población de un bien común, las «tierras del Santo Salvador», del «Cuerpo de Cristo», etcétera, es decir, de una personalidad económica, y que, al apartar en primer lugar al señor y más tarde a los extranjeros, los «huéspedes», los *Gaste*, los *Landsassen* y otros «foráneos», probablemente también los hombres no libres, la cofradía se convirtió en la «cosa» de los aldeanos, en el marco de encuentro de los campesinos. Es sorprendente, a este respecto, que en las aldeas de intensa actividad agrícola y en regiones de *openfield*/, la cofradía fuera el primer organismo don-

de se desarrollaron las nociones de responsabilidad colectiva sobre el terruño, es decir, la preocupación por no dejar parcelas en situación de desherencia o que cayeran en manos de extranjeros (*adjectio sterlium*, como se decía en la Antigüedad cuando la atribución, entonces autoritaria, de las parcelas sin cultivar constituía un fermento de unión muy poderoso); por otra parte, el mutuo acuerdo de los labradores a fin de establecer una coherente y aceptada rotación de los cultivos del terruño, al principio solo referido a los *communia*, fue adoptado igualmente por la cofradía. No obstante, de los primeros de estos hechos no tenemos datos fiables hasta bastante tarde, 1162-1193, en Picardía por ejemplo, y de los segundos más tarde aún, la segunda mitad del siglo XIII.

El segundo elemento nos pone ya frente a un rudimento de organización interna: se refiere, en efecto, a la justicia delegada, lo que implica llegar a un acuerdo con el señor. No se sabe con seguridad el origen de estos derechos a juzgar otorgados a los *meliores* y *prudentes homines*, hombres buenos, notables. ¿Se trata de una prolongación de las audiencias «dominicales», lo que podría hacer creer en los primeros tiempos la presencia del agente del señor, al frente de ellas (*dinge* en los Países Bajos, *Hofrat* en Alemania) y la limitación de las competencias en los asuntos relativos a las haciendas, *cognitio fundi*, como dicen los juristas? ¿O bien es una delegación «banal», es decir, un abandono negociado de la justicia pública, reservándose el señor solo las causas importantes? En esta ocasión también, los términos de *écoutètes* (*scultetus*) y *échevins* (*scabini*) que designan a los campesinos que celebran sesiones, y asimismo las tarifas de multas por pequeños delitos penales, golpes, injurias, hurtos, pueden hacer pensar en ello. De todas maneras, esta etapa es esencial: 1120, 1130 en el norte de Francia y el oeste de Alemania, apenas antes, 1160-1185, en Europa central y ¿tal vez, por

el contrario, mucho antes en las zonas pirenaicas e ibéricas (1070-1100) en Bearn y en Aragón?

El paso al nivel superior, es decir, al reconocimiento oficial por el señor de una organización propia de la aldea, comienza por lo general después de 1130; no hemos conservado ningún *fuero* campesino ibérico anterior a esta época, aunque posiblemente los hubiera; a partir de 1120 algunas «leyes» son concedidas en el norte de Francia y el este de los Países Bajos (Florennes, 1121; Brogne, 1131; Cavron, 1141, etcétera). Algunos textos que enumeraban más concretamente las ventajas o las cargas de los habitantes gozaron de un éxito que sobrepasaba la localidad a la que se referían: así, la de Lorris-en-Gâtinais dada por Luis VII (1155), y que adoptaron 90 localidades, la del conde de Hainaut para Prisches (1158), y sobre todo la carta del arzobispo de Reims, Guillermo, dirigida a Beaumont-en-Argonne (1182) que inspiró a cerca de 500 comunidades en la antigua Lotaringia. En el conjunto de toda esta zona, la fase esencial de expansión de los municipios rurales con justicia tarifada, usos confirmados, limitación de tributos, rescate de prestaciones personales y supresión de las exigencias arbitrarias —por referirnos solo a lo esencial— tuvo lugar entre 1170 y 1220 con un contingente muy grande de copia de cartas urbanas contemporáneas. Por otra parte, es muy probable que la casi totalidad de los señoríos delegaran así un cierto margen de poder en los campesinos, no siempre, sin duda, a través de la redacción de documentos, sino a cambio de dinero: tanto las ciudades *batiches* de Hainaut, como los *bans* de Lorena o las *universités* de Normandía y de Berry se contentaron con privilegios jurídicos. Pero hubo bastantes intentos de ir más allá: así, los agrupamientos en ligas, hacia 1174, de las «comunas» aldeanas del Laonnois; o entre 1219 y 1229, en Picardía, intentos de acciones armadas. En todos los casos, la aristocracia militar acabó con estas veleidades. No tenía intención de ir más allá de con-

cesiones menores a cambio de dinero: conservar el control militar, el de la alta justicia y el de las máquinas, era fundamental; y en el campo no tenía nada que temer de un enfrentamiento violento: los campesinos descontentos de Ponthieu. Bray o Normandía que blandieron sus hachas y sus horquillas en 1226, 1249 y 1256, por citar algunos ejemplos, no estaban animados por el espíritu revolucionario de sus antepasados del siglo XI; y no eran milicias urbanas capaces de derrotar en combate a la caballería.

El caso del área mediterránea de Europa, a excepción de la España de los fueros, presenta un menor interés; la anemia del movimiento campesino, o más bien su atrofia a nivel de las preocupaciones económicas —ya nos hemos referido a las agrupaciones de pastores— se explica bastante mal, a causa de la paralela deficiencia de la autoridad señorial al final del siglo XII, y de la ausencia del Estado. Por otra parte, aunque en Italia, e incluso en Provenza o en Languedoc, el control urbano sobre el *contado* podía yugular las veleidades campesinas, esta observación no es válida en el caso de la Francia central o Aquitania. En mi opinión, este hecho hay que atribuirlo a un menor dinamismo campesino a causa de cultivos dominantes de carácter más «individualista», viñas, olivares, *ferragina*, etcétera, y tal vez también a la escasez de pueblos de mediana dimensión, pues se ven, en efecto, pocos ejemplos de aldeas compactas que no sean pequeñas ciudades después del *incastellamento*. La concesión de textos, de *statuti*, en Italia, en el Vivarais, Tolosa y Lyon es, por lo general, bastante tardía, entrado el siglo XIII, y en algunos casos muy rápidamente puesta en cuestión, a partir del siglo XIV; el término de regidor es aquí sustituido por el de «síndico», y este rasgo semántico tiene su importancia ya que elude en gran medida la responsabilidad judicial en favor de una simple representación de los intereses económicos. Entre 1247 y 1252 tuvo lugar, sobre todo en el valle

del Ródano, un movimiento por ir más allá y obtener, entre otras concesiones, la de la tenencia de armas; pero este esfuerzo es más bien artificial en la medida en que posee una dimensión absolutamente coyuntural, el deseo del emperador Federico II de crear una diversión «social» por el lado capeto, mientras que él está en dificultades en Italia; por otra parte, el movimiento se extinguió por sí mismo sin producir frutos.

Aspectos de la ciudad

Al iniciar mi relato en los últimos decenios del siglo XI me encuentro en gran parte aliviado del irritante problema de la continuidad urbana en Europa a partir de la Antigüedad; pues, pasado con creces el año mil, la reanudación de la actividad urbana no admite discusión, aunque no se inscriba fácilmente en los esquemas soñados por los intelectuales. No obstante, es necesario, para captar mejor las etapas y la variedad de las formas de agrupamiento en la ciudad, intentar hacer una clasificación en el momento del «despegue».

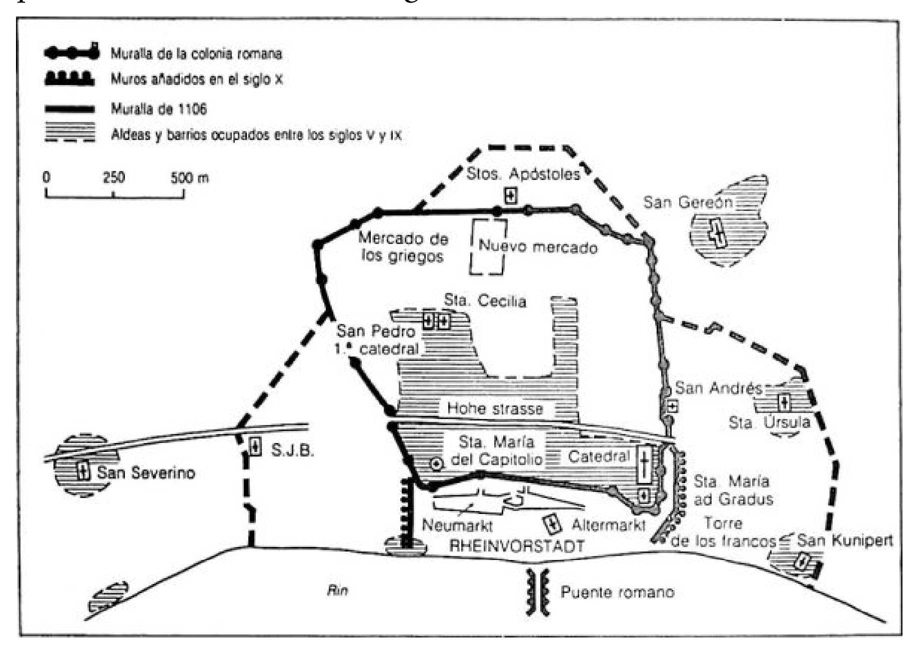
El primer hecho esencial es la inmigración hacia los centros urbanos antiguos o recientes. En la actualidad está suficientemente avanzado el estudio prosopográfico de la ciudad como para descubrir la procedencia y los vínculos preservados con el campo de muchas familias «burguesas»; en efecto, el crecimiento demográfico natural del núcleo de oficiales o de artesanos de ascendencia muy antigua y que rodea al obispo o al conde no puede bastar para dar cuenta del desarrollo. Fue precisa una aportación externa: trabajadores de la tierra cuyas ligazones cortó la fragmentación del viejo sistema dominical o, sin duda, jóvenes campesinos que habían abandonado a su tolerante familia, a partir de 1200, menos seguros que antaño de encontrar parcelas para hacerlas fructificar, pero también, gentes que confían en obtener en la ciudad un estatuto jurídico o un nivel social mejor que en el campo. Como el señor perjudicado tenía la posibilidad de ir a ella a recuperar un siervo fugi-

tivo, al menos en un cierto plazo (un año, por lo general), la ciudad tal vez no fue ese atractivo hogar de libertad que encarna la célebre frase alemana: *Stadtsluft macht frei* ('el aire de la ciudad hace libre'); no al menos antes del siglo XIII; y aún en este momento, en Italia, en Asís, por ejemplo, en 1210 y en Bolonia en 1257 a los no-libres acogidos en la ciudad se les fijan elevados impuestos. Sin embargo, las ilusiones son tenaces y es posible que el derecho urbano, el *Stadtgerichte*, se considerara como una garantía; solo la España de la Reconquista, tema al que volveré a referirme, vistas las circunstancias, no se mostraba demasiado estricta respecto al pasado de los recién llegados. Los campesinos que llegaban a la ciudad, generalmente jóvenes, sin herramientas, sin especialización, lo hacían desde lugares cercanos: en Arras se ha podido calcular que, hacia 1150, el 72 por 100 llegaban de distancias no superiores a los 10 kilómetros. Un radio de acción tan corto explica probablemente la solidez de los vínculos que se mantienen entre el nuevo ciudadano y su aldea de origen. Si sale adelante, el inmigrado no dejará de extender sus inversiones a su lugar de procedencia familiar. Esto explica la relativa facilidad que existe en el siglo XIV para la vuelta al campo de la propiedad «burguesa»: los Hucquedieu, Louchard o Wagón de Arras tienen muchas posesiones, a partir de 1220, en las aldeas de donde partieron sus antepasados. Y con mayor razón si el linaje, de aristocracia terrateniente, conserva a una considerable parte de su grupo en el *distretto*, es decir en el territorio próximo a la ciudad: en Venecia los Foscari, los Contarini, los Orseolo, los Ziani o los Morosini extraen básicamente su fortuna de sus dominios en Tierra Firme, como los Guidi o los Alberti en Florencia, los Fieschi y los Grimaldi, dueños de una parte de Génova suelen estar implantados en los Apeninos; y es habitual encontrar a los Orsini, los Colonna, los Frangipani o los Caetani más en sus *castelli* del Lacio que en Roma. Por otra parte, es conveniente subrayar que debía trans-

currir un tiempo previo de estancia más allá de las murallas antes de ser admitido en la ciudad, y a veces la espera duró siglos: los serranos que bajaban de la montaña pirenaica al Ebro, los indigentes (*panosi, pattari*) atraídos hacia Milán o Novara a mediados del siglo XI por la esperanza de un trabajo pagado se apiñaban en los márgenes de las ciudades, una masa totalmente presta para los movimientos revolucionarios del siglo XI.

Conviene, no obstante, introducir ante todo una distinción muy clara entre al menos dos tipos de ciudades cuyas reacciones de cara a los agrupamientos urbanos fueron muy diferentes. Unas, las de la antigua *Romania*, tenían un pasado a veces lejano, que se mantuvo intacto o revitalizado en los períodos anteriores al año mil. Su núcleo, el palacio condal y la sede episcopal, por regla general, forma la *cité*, ceñida por murallas que datan en su mayoría de las refacciones del siglo X; los habitantes son fundamentalmente agentes, *ministeriales* del poder público o religioso, representantes de las familias aristocráticas, artesanos y soldados de guarnición; se jactan, generalmente sin motivo alguno, de una antigua ascendencia, hacen alarde de antiguos títulos, *cives, curiales, quirites* y aparentan respetar lo que queda de la antigua vida municipal, un modelo revisado en la época carolingia: *palazzo*, tribunal público, asamblea de los habitantes, etc. Aunque la discontinuidad con respecto a los tiempos antiguos es evidente, como en Provenza o en el Languedoc, la coloración parece más «feudal»; las familias se llaman «caballerescas», *boni homines, castellani*, pero el espíritu es el mismo: un rechazo de los recién llegados. De forma que es junto a las murallas, y a veces lejos de ellas, donde nacen las protuberancias que acogerán a los inmigrados: *borghi* italianos, *barri* del Languedoc, *bordaria* de Aquitania, *barrios* ibéricos, *bourgs* de Poitiers o de la cuenca parisiense y *burgum* renano; la aparición de este fenómeno (980-1060, por lo general) se efectúa en torno a un monasterio suburbano, de una encrucijada o de una

torre de defensa. Este movimiento afecta tanto a Colonia y Ratisbona como a Soissons, Cambrai y Chartres, Poitiers, Tolosa o Narbona, Barcelona, Segovia o Sepúlveda, Florencia, Génova o Milán. Una parte esencial de su importancia se debe a la instalación concomitante de elementos mercantiles en esas aglomeraciones satélites; por lo general, es menester esperar a mediados del siglo XII para que las viejas ciudades absorban a las nuevas células en una muralla común: 1132 en Pisa, 1152 en Génova, 1176 en Florencia, 1145 en Tolosa, 1157 en Aviñón, 1180 en Beauvais, 1192 en Amiens, 1200 en París o Lieja, 1175 en Ratisbona y 1180 en Colonia. En ese momento llevaron a cabo una unidad que el segundo tipo urbano había, en principio, alcanzado desde sus orígenes.



Plano de Colonia

Se trata, en efecto, de creaciones que presentan, una vez más, una variedad y una amplitud que no se valora demasiado en Europa, con riesgo de extasiarse con las del Islam. O bien, se trata de antiguas aglomeraciones, privadas de su población, vo-

luntariamente o no, y repobladas de forma autoritaria: este caso de *repoblación* acompañado de un reparto de lotes entre los ocupantes («repartimiento de suertes») es típico de la España de la Reconquista; algunas ciudades eran antiguas como Salamanca, Tarragona, Valencia, Córdoba, Sevilla y otras formadas en la alta Edad Media: Úbeda, Jaén y Baeza. O bien se trata de creaciones reales (Burgos, Oviedo, Vic, León) o eclesiásticas (Jaca, Urgell, Lérida, Estella, Sahagún) si nos referimos al norte de España. En ambos casos, la implantación en medio de un territorio agrario, calculado en función de una superficie suficiente para la alimentación de los habitantes, el *alfoz*, va acompañada de la atribución de barrios especiales, ya sea por su contenido étnico y religioso (judíos, mudéjares), o por su actividad mercantil (francos, genoveses); además, los barrios de los *caballeros*. se oponen a los de los *peones*; estas prácticas autoritarias persistieron hasta el final de la Reconquista en Murcia, Sevilla y Valencia, por ejemplo, entre 1232 y 1243. Si me detengo tanto en el caso ibérico es porque ofrece un ejemplo particularmente claro de ciudades que experimentaron un intenso control público, el cual, aunque concediese algunas franquicias momentáneas, tuvo sumo cuidado en conservar su vigilancia sobre ellas. Una situación bastante similar, después de todo, a la de las aldeas de la zona mediterránea.

Esta situación de población y repoblación no es monopolio de España, pues en la zona germánica de Polonia se encuentran ejemplos de la misma naturaleza: después de todo, las ciudades hanseáticas como Lübeck (1158-1161) presentan idéntica estructura. Sin embargo, la situación es más compleja sobre todo en el flanco norte de Europa. Por una parte, a partir de la época del gran comercio eslavo-escandinavo de los siglos IX y X, aparecen factorías cercadas, armadas, enquistadas al principio en un tejido étnico diferente, *wik, hampton* o *gorod*, y más tarde *portus* y *emporium* como Hedeby (Haithabu), Birka, Bardowik,

Quentovic y Duurtede. La desaparición de la actividad escandinava implicó, por lo general, la total ruina de estos núcleos. No obstante, una segunda generación prosiguió este cometido, a veces en un emplazamiento a algunas decenas de kilómetros, pero bajo el control alemán, flamenco o lotaringio, como Hamburgo, Lübeck, Bremen, Brujas, Huy, Tiel, Maastricht y Lila, e incluso en emplazamientos de ocupación más antigua, como Amberes, Bruselas, Caen, Gante y Douai. Este florecimiento tiene lugar en el siglo X o principios del XI, y no excluye en absoluto el desarrollo de «burgos» adventicios, como en Gante o Douai, aunque estas ciudades presentan una homogeneidad de contenido social ligada a su origen casi exclusivamente comercial. Por el contrario, en el interior del continente, en la parte no romanizada del Imperio, al otro lado del Rin y del Danubio, se trata de creaciones voluntaristas, como en España, pero por otros motivos: los soberanos sajones, y después los salios a partir de los siglos X y XI, deseosos de sustentar su autoridad en la Iglesia secular (*Kirchensystem*) y en su propiedad (*Reichsgut*), crearon ciudades de nueva planta: en teoría, y según clasificaciones a las que los historiadores alemanes son muy aficionados. 40 ciudades de obispos, 20 ciudades de monasterios, 12 ciudades palatinas y 48 ciudades principescas. Estas fundaciones solo fueron posibles con una llamada sistemática a la inmigración, una designación de emplazamiento y facilidades jurídicas. Pero no existió el rigor de la organización española. En cambio, tanto en estas ciudades como en las que provenían de una factoría mercantil, el término de *burgenses,* en rigor *viri hereditarii,* predominó antes de alcanzar los viejos núcleos romanos como Colonia a partir del final del siglo XI.

La acogida en la ciudad

Esta visión de conjunto encierra alguna imprudencia: en tanto que destinada a subrayar la variedad de las estructuras urbanas, desmiente de antemano, por lo menos, en principio,

las observaciones que siguen y que quieren ser generales. El lector juzgará, así lo espero, que sigan siendo válidas.

En efecto, sea cual sea su origen, la ciudad de los siglos XII y XIII vive abocada hacia el exterior, como la de la Antigüedad. Lo que he dicho más arriba respecto a las condiciones del hábitat lo explica ya. Tenemos una cierta dificultad en medir la importancia de esta vida al aire libre, en medio de nuestras ciudades mecanizadas donde la calle no es más que un eje de circulación; sin embargo, en el flanco sur de Europa, España más que Italia, nos ofrece, cuando cede el calor, un espectáculo medieval, un espectáculo que se dan a sí mismos los ciudadanos; en Francia, hay que ir a un burgo para encontrar en las placitas provenzales o del Languedoc un poco de esta vida exterior; baste con recordar los espectáculos de todo tipo que tenían en la calle medieval su marco normal. A este respecto, es menester señalar, por otra parte, que antes de la apertura, en el siglo XIV por lo general, de plazas geométricas, esas *piazza magiore, grosse Ring, grand place, plaza mayor,* situadas ante el edificio de la «señoría», el ayuntamiento o el Rathaus, fue necesaria una cierta constancia de nuestros antepasados para acomodarse al estado de las calles urbanas: generalmente, se trataba de un camino de tierra hendido por un reguero en el centro, lleno de baches por el paso de los carruajes, salpicado de restos de herramientas, de basuras, de animales reventados, amenazado por el vertido de las letrinas privadas, entorpecido por aves de corral, toneles vacíos, haces de leña y, sobre todo, bandadas de cerdos, que se supone harían desaparecer todo lo que de comestible apareciera a su paso, motivo de cientos de anécdotas como la que se cuenta del accidente mortal sufrido en París por el hijo mayor de Luis VI el Gordo. Los ediles multiplican las invitaciones en relación al vecindario; Felipe Augusto se siente asqueado por la hediondez de las calles de la ciudad y hace pavimentar algunos centenares de metros, según se dice; un ejemplo seguido por algunas

ciudades del norte, Ypres, Calais, y por algunas del este, Troyes, Reims, Colonia y Nuremberg antes de 1270, pero bastante ampliamente practicado en Italia, donde la vialidad romana dejó muchos modelos y tramos. En lo que se refiere al alcantarillado, habrá que esperar.

Sin embargo, la calle no es solo el lugar de encuentros, discursos o espectáculos. Reúne a los hombres de un mismo oficio. Al menos así sucede hasta el final del siglo XII, durante la fase principal de la afluencia a la ciudad, que atrae normalmente al inmigrado que se dirige a la casa de un compatriota que tal vez le pueda encontrar trabajo a su lado. Más tarde, una transformación de la estructura profesional de las calles perjudicó esta relativa unidad, cuyo recuerdo conservan aún hoy día las ciudades musulmanas o algunos nombres de calles en nuestras ciudades. Al hablar más arriba del artesanado, nos referimos al origen y el desarrollo de las agrupaciones profesionales. Como en el caso de las concentraciones campesinas, se han buscado las primeras etapas de estas estructuras de convivialidad: se ha recordado el papel de las cofradías, particularmente la importancia de los *convivia*, las *potaciones* o los *drykkia*, dicho de otra forma, de las reuniones para beber, que provoca la vuelta de la fiesta del santo patrón del oficio; el lugar de reunión, a menudo un sótano en la calle donde están los artesanos (*Keller, Stube*), puede convertirse así en un local común y, hacia 1150, contamos, en efecto, con ejemplos de *Morgensprach*, reuniones profesionales que tienen lugar allí. No poseemos, salvo en el caso especial de los comerciantes, textos sobre este tema anteriores a 1127-1130 (Wurtzburgo, Estrasburgo), aunque luego son más abundantes (Zaragoza, Colonia, Oxford, Winchester, Ruán, Tolosa). No obstante, se considera que la mayoría de estas agrupaciones existen desde 1030 o 1060 en Italia, una cincuentena de años más tarde en el norte de la península. Es posible que el progresivo endurecimiento de la organización interna del arte-

sanado fuera el origen de su fragmentación geográfica. Al elevar el derecho de entrada en el gremio, especialmente para aquellos cuya creación era tardía (no antes de 1212 en Génova en el caso de los carniceros y 1244 en el de los laneros; en absoluto antes de 1181 en Tolosa), o al reducir el número de aprendices, sobre todo haciendo más difícil la obra maestra que abre paso hacia la maestría, los responsables de los gremios no hicieron más que seguir la política tradicional de anticompetencia y de conservadurismo que les parecía indispensable para mantener el orden social; su acción tuvo dos efectos importantes para el estudio de los agolpamientos de los hombres en la ciudad: por una parte, eliminaron una notable proporción de mano de obra cualificada, empujándola hacia el trabajo sumergido, a domicilio, o conduciéndola al paro, lo que originó profundos disturbios que sacudieron violentamente las ciudades a partir de 1245-1250; por otra parte, implicaron una creciente especialización urbana a través de la evicción de aquellas fabricaciones que no tenían salida en el lugar: en Inglaterra se trabajaron más las pieles y la tela que la lana o el metal, en la Alemania renana el cuero y el hierro más que los paños, y en Italia, el paño, la piel y los productos de Oriente más que el metal o el vidrio. Esta «especialización» apenas nos choca, y no era perjudicial, en principio, para el acercamiento de los hombres; pero socialmente hablando incrementaba, en cualquier ciudad, la masa de los trabajadores que solo tenían un reducido número de salidas profesionales, y a falta de poder proporcionarles un empleo, pues la economía medieval no tenía la soltura necesaria, les condujo a reunirse en formaciones clandestinas y de oposición, proscritas y perseguidas, *compagnonnages* o *consortia*, cuyos primeros ejemplos localizados aparecen en 1255-1260 en el valle del Ródano, que constituyen una nueva fisura en el cuerpo social urbano.

Las ciudades medievales son pequeñas. Como ya dije, hacia 1300 no se contaba, sin duda, con muchas más de 60 que hubieran sobrepasado los 10 000 habitantes, y tan solo cinco o seis habrían alcanzado los 50 000 (París, Milán, Florencia, Génova. Venecia y Palermo), aunque estas cifras aún son motivo de discusión. No obstante, a pesar de su modestia, vivían con mucha más intensidad que nosotros el marco del «barrio». Más sin duda que la calle, el barrio ofrece un sólido marco para una toma de conciencia de grupo. Ciertamente, muchos de ellos, las *consorterie* italianas o los *paraiges* de Lorena, obtienen su unidad más bien de su pertenencia a una *maison*, una casa, un *albergo* que posee allí casas, que le ha dotado de una iglesia gentilicia y ha levantado allí un palacio familiar. Pero, aun bajo esta tutela mercantil o nobiliaria, la unidad se lleva a cabo: los clientes o agradecidos a la familia y los *sicarii* armados para defender las «torres» nobles que dominan el barrio son solidarios entre sí; además, la homogeneidad social es allí viva: se ha observado, en efecto, que a causa, sin duda, del deseo de tener a mano un máximo número de artesanos o de simples «burgueses», los linajes mantuvieron bajos los alquileres de la mayor parte de las casas, apenas un 3 o un 6 por 100 del salario de un obrero parisiense a principios del siglo XIV; esta política tal vez alcanzó el objetivo deseado, pero, como puede comprobarse aún hoy día, la caída o el estancamiento del valor del arrendamiento implica, más o menos rápidamente, una desvaloración, en primer lugar de la calidad material del inmueble y, más tarde, de su contenido social. Es preciso confesar que no tenemos noticias de este tipo de deslizamientos sociológicos antes de 1300; pero no es arriesgado suponerlos. Otras agrupaciones deben su unidad a una actividad profesional preponderante: la *Socherie* (fábrica de zuecos) de Metz, la *Merceria* de Venecia, el *Mezel* (carnicería) de Chambéry, el *Inferno* (talleres metalúrgicos) de Milán, la *Fusterie* (carpintería) de Ginebra, etc. Lo importante en estos diversos

casos es que la elección del oficio dominante está vinculada a menudo a obligaciones materiales impuestas por la técnica: agua para la curtiduría, la peletería, el enfurtido, acceso a la materia prima de procedencia fluvial para la madera, aislamiento de los mataderos de animales, etc. Estas contingencias se complicaron con las que la potencial clientela pudo añadir: el palacio atrajo hacia sí a los orfebres y los legistas, los conventos célebres o los claustros catedralicios a los escolares, los vendedores de piel o los taberneros, lo que contribuye a mezclar gentes de actividades diversas. Para volver a encontrar la homogeneidad es preciso dirigirse a los barrios «reservados» a los que me referí en el caso de España, y especialmente a las juderías.

Este reparto por manzanas de casas que no cuadran con la red parroquial urbana se traduce materialmente en signos externos muy visibles: cadenas que interceptan las calles, emblemas del oficio o de la familia preponderantes o agrupamientos de los centinelas a las órdenes de un capitán burgués. Los nombres con los que se designará a estos conjuntos humanos, por ejemplo con motivo de un desfile o una procesión, recubren la totalidad o parte de estos papeles: «*bannières*» (París), «*gonfalonieri*» (Florencia), «*enseignes*» (Lyon), «*connetablies*» (Países Bajos, Alemania), etc. Es una realidad social, pero igualmente política: la tumultuosa vida interior de las ciudades italianas lo mostrará claramente en los siglos XIV y XV. Pero, en el momento en que me detengo, no ha cuajado aún ninguna organización oficial, *quartiers* (París), *terciers* (Génova) o *sestieri* (Venecia).

Dejaríamos incompleto este rápido examen de los lugares o formas de encuentro de la ciudad si no hiciéramos mención de la muralla. En primer lugar, porque es, financieramente hablando, el gran problema de la ciudad, el que concierne a todo el mundo y puede absorber, en el caso de que haya que rehacerla, las finanzas de varios años; además, porque es el símbolo de

la ciudad, el cercado de su mundo particular; y, por último, dado que es su defensa, la de las puertas esencialmente, ya que son muy vulnerables, es un asunto propio de los «ciudadanos». La guarnición, de haberla, se ocupa del castillo; es el burgués el que asegura la custodia del lado de muralla que linda con su calle, y esta carga no parece haber provocado protestas. Pero la muralla y sus inmediaciones es también un microcosmos de la ciudad, donde se concentran como en una caricatura las aguas contaminadas, la suciedad de las calles, las letrinas públicas, los truhanes, las rameras, las tabernas, los exhibidores de osos y los malabaristas; es allí donde se llevan a cabo fiestas y juegos; y en sus proximidades se instalará la feria. Algunas aldeas también tienen murallas, es cierto, al sur de Europa; pero este cercado no es a menudo más que la parte de atrás amurallada de una casa: se ríen de él en la ciudad. Pues el hombre de la ciudad, que sin duda no ha cambiado, desprecia al del campo: es su talante el que le hace diferente. San Agustín lo había sentido así, en el siglo V, cuando afirmaba que lo que caracterizaba a la ciudad no era la muralla sino la mentalidad: *non muri sed mentes*. Muy recientemente un historiador inglés acaba de aportar al *dossier* de este viejo conflicto la comparación entre las criminalidades rural y urbana a partir de 1250 en Inglaterra a través de los registros de los tribunales, cosa imposible de hacer hasta cien años más tarde en el continente. Se observa que si bien los delitos de agresión ocasional son más numerosos en la ciudad, lo que ocurre en todas las épocas, el asesinato no es allí más temible, y que sus móviles se deben más bien a nociones de honor que se ha de vengar que de codicia, a atentados solitarios que a complots, y que en lo tocante a los insultos, el hombre del campo desea manifestar el rechazo de un miembro fuera del grupo tratándole de «pagano», «judío» o «sarraceno», en tanto que en la ciudad es el deseo de humillar en el interior del grupo más que el de excluir el que se lleva la palma, a través de injurias que

ponen de manifiesto una «fijación anal» o una «obsesión sexual» de las que el vocabulario de nuestros contemporáneos nos puede ofrecer un exacto reflejo.

Hacia el municipio

«Comuna, palabra nueva y detestable», exclama hacia 1125 Guiberto de Nogent, canónigo de Laon, testigo de los violentos acontecimientos de los que su ciudad acababa de ser escenario. Conviene desconfiar de los testigos oculares: por lo general, no han comprendido nada. Guiberto no es la excepción, aunque su prestigio ha seguido siendo tan grande, hasta este siglo que comienza a olvidarlo, que el movimiento comunal se ve aún como él lo vio, con el obispo de Laon asesinado en un tonel. Además de que este prelado bien lo merecía, es casi el único episodio sangriento de todo este período. Como ya he dicho, la emancipación urbana fue insurreccional. Lo que no quiere decir explosiva y violenta; fue, sobre todo, extremadamente versátil en sus manifestaciones, y la explicación proviene de la situación de los elementos activos de la ciudad, variables en su poder y determinación según los lugares. Conviene pues, examinarlos.

La aristocracia terrateniente, e incluso la aristocracia surgida de las funciones ejercidas en la ciudad en torno al conde o el obispo, representa el primer elemento ya que es, antes de 1100 e incluso en 1150, la más rica y la más fuerte. Se trata de los *magnati*, los «ricos hombres» o los *hommes héritables*, como se dice en Italia, España o los Países Bajos; a esta fracción —y solo a ella— se le podría aplicar la poco afortunada expresión de «patricios», sacada de la Antigüedad y que, al hacer referencia a una *gens*, a una familia, no es adecuada para los banqueros. Esta herencia «pirenniana» debe ser rechazada. En sí mismos, estos hombres no son muy numerosos y, al citar a las familias italianas, indiqué que residen a menudo en el campo. Pero sus *case*, sus *albergi* se prolongan en la ciudad donde tienen sus clientes, sus amigos, sus parientes; las cifras son en este caso importan-

tes: 300 Degli Doria y 400 Degli Spinola en Génova; en Pisa, según un censo de 1228, hay 2250 individuos de un total de 4270 que dependen de las *consorlerie, consorzio familiare,* como se les llama, sobre todo en Italia; pero, en otros lugares también: en Lieja, a partir del siglo XI, la *familia* del obispo contaba con 4000 personas; en Metz, los *paraiges* reúnen de 1500 a 2000 y en Burdeos, los *oustaus,* algunos centenares. Estas familias poseen el suelo urbano: ¿restos del erario público usurpados con motivo de una función pública olvidada? ¿Porción de temporales eclesiásticos apropiada en el siglo X bajo pretexto de procuraduría laica (*avouerie*) o de abaciado laico? ¿O simples compras? Por lo general, en tanto que «señores», pretenden exigir impuestos y confiscan eventualmente las partes no edificadas del suelo urbano; además, su formación militar les proporciona, casi por derecho, el castillo y la guarnición, ya se trate de una auténtica delegación como vizcondes —así sucede en el caso de los ilustres Visconti, de los Buonsignori en Siena, los Este en Ferrara y los Malaspina en Parma—, o de una confiscación —los Embriaci en Génova, los Guidi en Florencia, los Utenhove en Gante, los Zoru en Estrasburgo, los Luskirchen en Colonia, etc. A menudo nombran a los párrocos de sus parroquias gentilicias, e incluso a los canónigos: en York, Southampton, Colonia y Lübeck, en Laon o en Jaca. Materialmente, su peso en la ciudad se mide por las torres que se elevan sobre sus casas, como signo más de poder que de peligro. Se han calculado 135 en Florencia hacia 1180, 300 en Aviñón en 1226 y 80 en Ratisbona; existen testimonios de ellas en todas partes, Basilea, Frankfurt, Tréveris, Metz, e incluso en lugares donde apenas queda algo de ellas como en Bolonia o en San Gimignano. O bien se hacen dueños de puntos claves como la muralla de Tolosa o los antiguos anfiteatros de Nîmes y Arles. Las preocupaciones de esta aristocracia son simples: desea conservar el control militar y judicial de la ciudad; el resto no le importa; es,

en efecto, dueña de tierras en el campo, tiene vasallos, domina *rocce* o pueblos, está infiltrada en las cofradías y presta a participar en una expansión económica que nutrirá con la venta de los productos de sus dominios. Esto es sin duda lo que explica el carácter decididamente abierto de esta clase: hasta mediados del siglo XIII aceptará la ascensión a su nivel, por ejemplo, a través del matrimonio, de recién llegados de origen rústico o ministerial, como los Dándolo y Barbarigo en Venecia, los Spinola y los Doria en Génova y los Albizzi y los Pazzi en Florencia. El «libro de oro» de las *case, vecchie e nuove* no se cerrará en Venecia hasta 1286; y los agrupamientos afianzan la influencia «noble»: 180 familias en Venecia, 46 en Lübeck. 95 en Arles y 25 en Barcelona hacia 1230. Así pues, su presión se ejerce sobre el *contado,* e incluso el *distreno* más estrecho que rodea la ciudad, la *pourchainte* como se dice en el norte de Francia, o también la *quintaine,* la *septaine,* es decir, el número de leguas de radio de esta zona; y a través de *capitanei* o miembros asociados del *consorzio* vigilan lo esencial de la ciudad, sin perjuicio de su influencia sobre determinadas actividades de control, notariado o investigaciones contables.

La situación de la aristocracia religiosa es muy diferente. Aunque los vínculos familiares entre los linajes guerreros y el episcopado alcanzaran en el siglo XI una densidad tal, por ejemplo en el Languedoc y Provenza, que fue necesaria una larga lucha para romperlos, la Iglesia no posee los medios de acción de la nobleza terrateniente. Sus dominios son, sin duda, tan vastos como los de esta última; dispone, por añadidura, y sobre todo en las viejas ciudades romanas, de derechos condales o su equivalente. En Pisa, Milán, Pavía y Colonia, el prelado posee, además, una gran parte del suelo; reúne en torno a él hombres armados, como sucede en Narbona, Cremona, Milán y Lieja, los llamados *milites majores* en contraposición a los *milites castri* de la nobleza local. Pero estos medios son frecuentemente contra-

rrestados, e incluso combatidos, en el momento de la fase de las «paces de Dios», por los de la nobleza: los *vicomtes* languedocianos, los *gastaldi* o los *capitanei* de Lombardía, los *advocad* o los *Vogt* de Lotaringia y de Alemania se le escapan a la Iglesia. A principios del siglo XII la situación de los obispos en la ciudad es precaria, y la de los monasterios en los burgos es compartimentada por los progresos de los gremios y los comerciantes. Ahora bien, para conservar un control material sobre los hombres, la Iglesia se ve obligada a rechazar toda concesión en materia administrativa y judicial; los problemas militares se le van de las manos, y la economía es una simple zona de encuentro. Si la reivindicación popular afecta a aquellos sensibles ámbitos, no puede más que rechazarla y actuar con rigor, resintiéndose con ello su papel pastoral.

Lo popular en cuestión, *minores, popolo minuto, populares, commun peuple,* está constituido por los demás, la mayoría evidentemente; una mayoría dividida, en primer lugar entre señores y criados, luego entre trabajadores de los gremios y obreros no inscritos, más tarde entre gremios con buena renta (o sea, los de clientela rica como los de la lana, la seda, el oro, la plata) y el resto, y finalmente entre artesanos y comerciantes, estos últimos marginales, dinámicos, pronto agrupados, peligrosos. La masa popular tiene algunos derechos: los de participar en grandes reuniones regulares, *Banding, balia, arengo, mallas,* donde manifiesta con gritos una opinión que apenas importa a quienes le «consultan»; solo existe a través de las asociaciones caritativas, de barrio o de oficio a las que ya hice referencia, todas con finalidades limitadas, y en principio sin medios fijos de acción.

A veces, en Renania, por ejemplo, en el siglo XI, o en Colonia, en 1103, las parroquias tienen un *Burmeister* que se puede poner el frente de un cuerpo de tropa; en 1066 en Huy, el obispo de Lieja confía el *castrum* al cuidado de los *burguenses*; en 1063

en Palermo, se les pide a los habitantes participar en la campaña militar, y en España, por supuesto, parece ser un hecho muy natural. Esta masa que se denomina *cives* en zona romana, y *burguenses* en otros lugares, no está totalmente desorganizada: desde 1014 se nos habla en Florencia de *capitanei plebium*, en Pavía en 1020 de *universitas civium*, y asimismo en Luca y en Cremona; con mayor razón en España donde la «caballería» y los «peones» forman, en el momento de las expediciones militares, una *communa*.

Esta palabra se pone de moda y se mantiene durante mucho tiempo con diferente sentido: *communa militum* de los aldeanos de los Apeninos (principios del siglo XII), *communa commercialis* de los comerciantes de Cardona en Cataluña (1102), *communio* de los campesinos rebeldes en torno a Le Mans (1070) o *compagna communis* de los armadores genoveses (1099). Una palabra que simplemente significa «unión», aunque pronto encarnó la idea de una agrupación urbana. Y es allí donde se conjugan los esfuerzos de los diferentes elementos a los que me he referido más arriba. En mi opinión, será más oportuno hacer un examen general de la situación desde el punto de vista geográfico que una síntesis falaz; pero también conviene subrayar, en el umbral del camino, que al seguir las etapas de esta puesta en marcha de los municipios salta a la vista en seguida un rasgo común, durante mucho tiempo desdeñado por los historiadores en nombre de las «democracias urbanas»: la aristocracia es la clave del movimiento; fue ella quien lo inició, de una manera desigual sin duda, pero en todas partes; estamos lejos de los «pies polvorientos» de Pirenne, y lejos también, creo yo, del núcleo de *cives* clientes del obispo o de aldeanos inmigrados que nos han presentado y que aún se nos presentan como motor principal de la emancipación.

Los consulados...

Italia ilustra claramente esta observación. Son las *consorterie* de linaje, interesadas por la expansión marítima o el control del campo, las que tomarán la iniciativa: el acercamiento de todos los *curiales* y *boni homines* de sus clientelas a un puñado de oficiales episcopales que abandonan la causa de su señor es el origen de la aparición de los tribunales de justicia dominados por ellos y que dirigen *consules primores* en Cremona (1030), Venecia (1035), Milán (1045), Plasencia (1070), Verona, Parma o Pisa (1080), Génova (1099) y Bolonia (1105). Es cierto que este movimiento provocó, aquí y allá, una reagrupación de naturaleza económica, e incluso comercial en el caso de las ciudades marítimas. Así, la *compagna communis* genovesa de 1100 es una prolongación del consulado del año precedente, pero sus conductores son los mismos jefes de *consorterie* convertidos en armadores. En determinados casos, como en Venecia, evidentemente excepcional como de ordinario, la evicción de todo poder local hereditario o permanente, el del dux en este caso, hizo desaparecer cualquier otra fuerza que no fuera la de los *magnati*. La influencia sobre los diversos órganos de presión política o de organización económica siguió a esta primera etapa, acompañada a menudo, como en el caso de Génova en 1156 o Pisa en 1162, de privilegios imperiales que ratificaban el hecho consumado: consejo consular que constituía la verdadera «señoría» y elementos artesanales o mercantiles de las *arti*, de los gremios principales, de las «artes mayores», a las que hicimos referencia, representados por los delegados, conocidos por el nombre de *priores* en Florencia.

Por otro lado, distribuido por barrios, que representan los *gonfalonieri*, abanderados, está el pueblo y su «capitán», que conserva en principio un derecho de fiscalización sobre la cooptación de los priores o los cónsules, que se reúne en asamblea general, la *balia*, que grita mucho y regresa a su casa. ¿Dónde está aquí la «democracia»? Solo hay un intento aunque, evi-

dentemente, abortado: en Roma, aprovechando la ausencia de los papas y de los alemanes, la «dictadura popular» de Arnaldo de Brescia, que soñaba con devolver a la ciudad su antiguo esplendor, volviendo a poner en pie un Senado, lanzando sobre los palacios de los nobles al *popolo* de los *rione*, de los barrios de la ciudad (1144-1145). El tribuno iluminado tuvo su momento de triunfo, pero la versatilidad del *populus romanus*, la acción de los nobles bajo mano y, más tarde, la llegada de Barbarroja restablecieron el antiguo orden; Arnaldo fue capturado y ejecutado (1155). La organización municipal tardó mucho tiempo, en realidad, en consumarse en algunas ciudades dinámicas, desgarradas por intereses a menudo divergentes y sin control superior a partir de la desaparición imperial del siglo XIII. Este período, de una inverosímil confusión en la historia de la península, estuvo marcado sobre todo por las guerras intestinas que oponían frente a frente a los linajes, los unos de antiguo origen terrateniente y los otros edificados sobre la fortuna naval; no vale la pena detallar los sobresaltos; recordemos dos características: por una parte, una fase de recurso al control y al arbitraje de un agente exterior, teórico representante del Imperio, el *podestat*, por lo general extraño a la ciudad, incluso a Italia, que tiene su palacio y su guarnición aunque se mantiene más bien al margen. Los escasos ejemplos de dominio dictatorial, los de Boccanegra en Génova (1256-1262), Della Torre en Milán (1266) o Ugolino Della Gheradesca en Pisa (1282-1284), se vinieron abajo en medio de una revuelta. La segunda característica proviene de la máscara política con la que rápidamente se cubren las facciones de los linajes al enfrentarse por el control de la economía. Unos se dicen adversarios de los alemanes y se unen al papa o a los príncipes del sur de Italia: son los «güelfos» (viejo recuerdo de los Welf de Baviera que, en el siglo XI, lucharon contra los teutones); otros, en consecuencia, se llamarán «gibelinos» (de Weibelingen, un dominio patrimonial de los

emperadores suabos). Por lo general, no aspiran más que a un poco más de orden, pero la preferencia por los alemanes les pierde: todo el mundo se autodenominará güelfo a partir de 1250. Estos conflictos existen en todas partes, desde 1216 en Florencia, desde 1217 en Génova; sus repercusiones no solo son políticas, pues los sobresaltos llevan poco a poco a la ampliación de la representación de los gremios y a la desposesión de las familias más antiguas; los motines de 1223, 1237 y 1250 en Florencia, de 1217, 1241 y 1262 en Génova, de 1254 y 1270 en Pisa y de 1214, 1266 y 1277 en Milán preparan un movimiento de acceso de las «artes menores» donde no se encuentran comerciantes ni aristócratas al rango de los «priores», e incluso de los «cónsules». Florencia tomará una decisión en 1293: las «ordenanzas de justicia» que se adoptan allí excluyen a 147 antiguas familias, Guidi, Alberti, etcétera, obligan a todos los habitantes a inscribirse en un oficio (¡Dante escogerá el de abacero!) y dan acceso a la señoría a 21 oficios. Este empuje, por otra parte reducido aquí a un muy burdo esquema, es general en la península: Siena, Viterbo y Bolonia ya en 1281, más tarde Génova, en 1309 y Milán en 1311 toman el mismo camino. Todo esto no concluirá en la anarquía sino, por el contrario, en la búsqueda, penosa y confusa, de un nivel capital en la historia urbana tal como la «ciudad antigua» lo había intentado alcanzar antaño: el de la ciudad-Estado, señora de su *contado*, de su economía, libre de toda soberanía. El siglo XV tratará de hacer realidad este sueño, pero a través de la persona de un príncipe urbano, lo que no es lo mismo. Tampoco existe más impotencia que anarquía: en primer lugar, es la gran fase del enriquecimiento italiano; posteriormente, estos «burgueses» —que cuentan en gran medida con guerreros— son soldados. Barbarroja, que había padecido ya, como sus predecesores, la obstinación de los romanos por defender su ciudad, se dio cuenta en Legnano (1176) que las milicias de las ciudades lom-

bardas no tenían nada que ver con los zafios peones de más acá de los Alpes: allí fue vencido su ejército de jinetes teutones.

La historia de las ciudades italianas de la Edad Media es cautivadora y sorprendente: se encuentran en ellas, como en una especie de laboratorio, los gérmenes de los partidos políticos, del papel de la opinión, de las interferencias de «la mercancía» sobre el «público», un problema obrero y los riesgos del régimen representativo. El fértil ingenio italiano, diestro en los malabarismos del derecho y la libertad de la que goza un país tan codiciado que las ambiciones extranjeras se anulan allí, explican esta particularidad. Pues es solo una: en otras partes las cosas son más simples, por lo que seré breve. El litoral tirreno tiene su originalidad. En primer término, el desorden político y la impotencia económica lo mantuvieron en la postración hasta el año mil y aun más allá; posteriormente, el control de las ciudades mercantiles italianas y la implantación de poderes señoriales localmente enérgicos con una vigorosa exigencia en la ciudad de tributos o de albergue frenaron la evolución. En cambio, una parte de la aristocracia, aquí de tipo más militar que terrateniente, es, como en Italia, sólidamente dueña de las fuerzas armadas y del suelo: por otra parte, la penetración de las costumbres escritas, desde Turín, Génova o Lombardía lleva a imitar a la península: los notarios, los *causidici* y los *jurisperti* se introducen a partir de 1085 o 1060 en Provenza, en Languedoc e incluso en Poitou; desarrollan los centros jurídicos cuya aparición es casi siempre sincrónica con la de los órganos administrativos: 1192 en Montpellier, 1138 en Arles, 1175 en Tolosa y 1190 en Limoges. Estos órganos se ponen en acción más rápidamente que allende los Alpes, pero también menos libremente: los condes o vizcondes locales conservaron un cierto control sobre los *milites*, los *cabalarii* instalados en la ciudad; por otra parte, los comerciantes, a menudo judíos o italianos, son más activos que los artesanos (ya he observado el retraso del

desarrollo de los gremios): su *communitas*, como se dice en Montpellier desde 1110, está absolutamente dispuesta a un arreglo amistoso. El electo de esta situación más simple es que la aparición de los «consulados» meridionales se nos presenta tardía y equilibrada: un número a menudo igual de cónsules nobles y «populares», comerciantes en su mayoría, un control público, por lo general no discutido, y fechas tardías, 1129 (Aviñón), 1138 (Arles), 1141 (Montpellier), 1144 (Nîmes), 1152 (Tolosa), 1178 (Marsella) y 1189 (Agen). Las dos principales ciudades del Languedoc, aquellas sobre las que la autoridad condal era más intensa, ya fuese la casa de Saint-Gilles o la de Barcelona, persisten en intentar dos veces sus pretensiones, sobre todo militares, siendo muy rápidamente anuladas, de manera que a las fechas precedentes cabría añadir: Tolosa (1189) y Montpellier (1204). En cambio, a falta de una dimensión armada a la manera lombarda, las ciudades de Oc obtuvieron un control no desdeñable sobre su *contado*, por ejemplo la extensión de la legislación comercial urbana (Tolosa, 1182-1189). La poca resistencia de las comunidades aldeanas allí lo explica sin duda. También se puede deducir del mismo hecho el origen de una cierta atonía en la vida interna de las ciudades: mientras que Italia es agitada por incesantes sobresaltos, el Languedoc, a excepción de breves manifestaciones de obreros del textil en Montpellier hacia 1175, solo es testigo de una rebelión en 1248 en Tolosa, el resto se sitúan en el primer tercio del siglo XIV. Es cierto que aquí el fenómeno cátaro y la larga represión que siguió a su fracaso (de 1215 a 1270 aproximadamente) mantuvo un severo control extranjero sobre esta zona progresivamente convertida en real.

Pasados los Pirineos se revelan los mismos rasgos pero las fechas se remontan en el tiempo. Aquí se está en guerra permanentemente, el oro circula, los inmigrados van y vienen. La aristocracia militar está en manos del conde o del rey, tras algu-

nos intentos de emancipación anteriores a 1070 o 1080. Por otra parte, en el campo se es también caballero; aquí no existe una distinción tan categórica como en otras partes. Además, en una ciudad vuelta a tomar es preciso concretar en seguida su estatuto. Los *fueros* otorgados por el príncipe ofrecen a este respecto tanto disposiciones de orden privado como de organización administrativa; los *usatges* de Barcelona, cuyo núcleo original tal vez se remonta a 1064 o 1077, inspiraron un gran número de estas cartas; Jaca desde 1080 (?), Cardona (1102), Sepúlveda (1104), Compostela (1136), Tortosa (1149) y Teruel (1179) son dotadas de *concejos* que designan los jueces (*alcaldes*) y organizan las milicias. La participación de los diferentes elementos sociales varía pero, como más tarde al norte, la proporción de los nobles es allí, por lo general, igual a la del «pueblo». ¿Es motivo de atonía la mano de hierro que domina las ciudades, algo parecido a lo que sucedió en el Languedoc? Parece ser que al contrario, esta etapa corresponde más bien a la fase de expansión económica que acompaña a la Reconquista. De forma que es menester esperar a que esta se detenga a los pies de la sierra de Granada hacia 1260-1265 para que se anime el clima social ibérico. Pero entonces lo hará violentamente. La insurrección de Berenguer Ollier en Barcelona el año 1285 y la terrible represión que la siguió ponen de manifiesto, como ocurrirá en el siglo XIV, el carácter demasiado largamente contenido de las exigencias sociales catalanas. En su perpetua agitación, y casi en el mismo momento, Florencia supo evitar esta adversidad.

... y los comunas

Es realmente un mundo muy diferente al del norte del Loira y los Alpes: una tierra con una fuerte implantación aldeana, de tradición urbana más ligera, con soberanos más próximos si no más poderosos y una actividad artesanal sólidamente anclada en la producción local. La aristocracia está allí más acostum-

brada a transigir, a compartir: Venecia no es posible aquí. Los comerciantes son extranjeros, gente modesta, un poco al margen durante mucho tiempo: tampoco es Génova. Por el contrario, la Iglesia es fuerte, afianzada por el apoyo real, aferrada a sus escasas armas jurídicas: tampoco es Milán. Pero esto no implica la uniformidad o el sincronismo, y tres conjuntos aparecen bastante perfilados.

En primer lugar, la «cuna» de las comunas se sitúa entre el Sena y el Rin con su gran núcleo, en el centro, de ciudades nuevas o antiguas instaladas sobre tierras ricas, zonas del Artois, de Flandes, del Mosa y de Amiens a Lieja. Es aquí donde se manifiestan más precozmente las asociaciones profesionales; en cambio, la relativa debilidad de los marcos de vecindad revela una implantación de los linajes más débil que en el sur de Europa. Allí también la aparición de los burgos, de los *portus* y la concentración de un elemento mercantil en su seno son las más densas, las más regulares. Ahora bien, las eventuales reivindicaciones de estos elementos sociales no pueden realmente perjudicar el orden público: no existen exigencias militares, ni incluso judiciales, sino la aspiración a simples garantías de protección y de libertades económicas. El movimiento será, pues, lento, pero comenzará pronto, en resumidas cuentas a partir del desarrollo de los burgos o la concesión de los primeros textos de cofradías o de gremios: nuestra investigación llega hasta el siglo X, e incluso el principio del XI, en Lieja (1002), Gante (1013), Saint-Omer (1027) y Bruselas (1047). Una oligarquía de *burgenses* apoyada en una aristocracia que permanece en el campo emprende negociaciones a fin de obtener un derecho de fiscalización sobre la tasación, sobre los mercados. Estas demandas se ponen de manifiesto en el marco parroquial en Worms en 1073, en Colonia en 1074 y en Cambrai en 1077. Pero como son prematuras, fracasan. En primer lugar, porque están dirigidas a obispos, y si bien el de Lieja accede a confiar el

castrum de Huy a los burgueses (1066), es debido a que este asunto no le perjudica; en cambio, el de Cambrai no puede admitir que se le imponga un «consejo»: solo abandona la ciudad para volver a ella en pie de guerra. En segundo lugar, porque algunos de los elementos populares más radicales participan en el movimiento, desean despertar en uno de sus hogares de antaño el soplo revolucionario anterior a 1050 y cometen abusos que provocan el celo de los bien situados. El fracaso da lugar a la idea de una unión más estrecha de los *burgenses*: un conjuramento de ayuda mutua, una *conjurado*; evidentemente, esto supone una inadmisible iniciativa a los ojos de la Iglesia para la que todo juramento está bajo su control, y es además religioso y sagrado (*sacramentum*, juramento). Desde entonces, el esquema es simple: juramento de los *burgenses* y de la aristocracia local, negociación (o compra) de las condiciones de autogestión y, tal vez, redacción de un texto. Los habitantes tendrán materialmente su palacio, su *hotel*, su torre como los nobles, el *beffroi*, su campana como la Iglesia y su sello; jurídicamente «designarán» —los notables evidentemente— regidores (*scabini*) y un alcalde (*maior*), mezcla evidente de términos jurídicos y señoriales, encargados de las obras públicas, de la derrama de los impuestos y de la justicia baja y media. Por lo general, las fuerzas armadas y el castillo pertenecen todavía al señor junto con la justicia de sangre y diversas tasas. Esto es para él lo esencial ya que es un hombre de campo, más aún que en Italia; y si llega a confiar la protección de las murallas y el derecho de patrulla y de milicia a los burgueses es porque no le representa un grave peligro; antes del siglo XIV los que iban a pie desempeñaron un modesto papel en las líneas de combate. Si el señor es príncipe territorial el asunto se zanja muy rápidamente: Saint-Quentin (1090), Arras (1108), Valenciennes (1114), Amiens (1119), Gante (1124), Brujas (1128), etc. Si es el rey, personaje casi sagrado, se mantiene más bien a un nivel de franquicias vigiladas; el Cape-

to alienta la emancipación en el seno del vecino, no en el suyo, y París conserva un preboste real careciendo de comuna. Si el príncipe lo es de la Iglesia pero de gran poder, actúa de la misma manera, conservando el control de lo esencial, en Lieja, en Reims y en Metz. Pero si se trata de un obispo más modesto tienen lugar reticencias, marrullerías, demoras (Estrasburgo, 1105; Noyon, 1109; Colonia, 1112; Worms, 1115; Beauvais, 1125) y a veces el drama (Laon, 1112).

Lo que sin duda sorprenderá en una lista que dista mucho de ser exhaustiva es el muy breve espacio de tiempo en que se produce este desarrollo, 1090-1130, apenas más de una generación, mucho menos que en Italia o en el país de Oc; pero, como espero se haya comprendido, esta «explosión» es en realidad el resultado de los anteriores reagrupamientos. Así se explica que la ulterior historia de estas ciudades, sin llegar a la complejidad, sobre todo institucional, de las ciudades italianas, sea tan rica en movimientos jurídicos o sociales. Las rivalidades de linajes se ven mal allí porque, como ya he dicho, la influencia aristocrática es más ligera, y se tiene la sensación de que hasta el principio del siglo XIV son siempre un poco las mismas familias las que se reparten la autoridad y los beneficios. Por otra parte, la etapa de la podestaría no existe, pero en cierta medida la autoridad real puede suplirla. Las intervenciones de los Capetos, particularmente en materia de derecho privado o comercial, se multiplican a partir de 1224-1239: ordenanzas sobre el orden público, la venta de bebidas o las obligaciones de vigilancia; revisión de los estatutos de los gremios, como hace Esteban Boileau en París en 1246; reducción a causa de un fraude, en París sobre todo, de los privilegios de exenciones, etc. Incluso en 1256, en un cierto número de ciudades del dominio real, Luis IX impondrá un control de las finanzas urbanas por el baile local, lo que reducía gravemente la autonomía de las comunas. La primera mitad del siglo XIII es, además, el momento en que, co-

mo en todas partes, las dificultades económicas y las tensiones en el seno mismo de las clases sociales hacen nacer reivindicaciones que tienen por blanco las alzas de precios, que llegan a ser sensibles, la subida de los derechos de entrada en los gremios, las dificultades de contratación, etc., y lo que hoy día llamaríamos las «cadencias». Las regiones septentrionales son esencialmente el escenario de esta situación, como Arras en 1225, 1253 y 1260, y Lieja sobre todo, donde, en 1253-1255, un cabecilla popular, *ductor populi*, Enrique de Dinant, preconiza la incautación de los bienes nobles de la Iglesia según una consigna que volverá a tomar en Brujas el año 1302 el flamenco Pedro De Koninc: «Todos deben tener, tanto unos como otros». El episodio de Lieja es sangriento como, aquí y allá, las explosiones menores (el alcalde de Pontoise asesinado en 1267), aunque hasta 1280 y, sobre todo, 1302 las reivindicaciones no estallaron en todas partes. Pero esto es, como en el caso de Italia, otra parte de la historia urbana.

Pasado el Rin se tiene un poco la sensación experimentada, hace un instante, al pasar los Pirineos: el aspecto voluntarista, público, del movimiento se distingue bien, y las ventajas otorgadas son menores. El emperador y los príncipes tienden cada vez más a reintegrar las ciudades. A mediados del siglo XII es lo que hace Barbarroja, así como los Zahringen de Suabia, los Wittenberg de Baviera o los Babenberg de Austria. Únicamente, tal vez, las ciudades bálticas se libran de esta fuerte presencia. Por otra parte, el desarrollo de las nuevas ciudades, con sus barrios determinados y sus centros de reagrupamiento, el *Dom*, el *Markt*, el *Ring*, el *Pfalz* y su control sobre el *Burg* o el *Münz*, es decir, la catedral, el barrio comercial, la plaza mayor, el palacio del príncipe, la fortaleza y el taller monetario, va acompañado normal y pacíficamente de la concesión de órganos de autogestión, aunque casi exclusivamente económicos, control de peajes, exenciones, salvoconductos de los comerciantes, e incluso

jurídicos, derecho de los comerciantes y libertad a los recién llegados. Toda una jerarquía contribuye a cuajar los derechos y los deberes, los del príncipe, los del conde o los de un procurador laico (*Vogt*), los de los señores de los barrios (*Burmeister, Schultheiss*), los de los *burgenses*, es decir, los descendientes de los oficiales del tribunal local, los comerciantes y los maestros de los gremios, pues el pueblo, la *pestilens multitudo*, los *Muntmannen* son mantenidos al margen. Se pone en marcha un *Rat*, esto es, un consejo, pero sin *conjuratio*, formado por los prebostes que representan a grupos topográficos más que profesionales. El movimiento, como suele ocurrir en Alemania, se retrasa en el tiempo, excepto en Friburgo (1120), hasta después de mediado el siglo: Ratisbona (1156), Augsburgo (1157), Lübeck (1159) y Hamburgo (1189). En tales condiciones no hay ninguna conmoción social a la vista antes del siglo XIV, por no decir más tarde; pero sí, en cambio, una ordenación, siempre un poco formal, según el grado de emancipación concedida: cuanto más al oeste, hacia la zona de las comunas, la ciudad es más «libre». Así, a lo largo del Rin, a lo largo de la *Pfaffensirasse*, la calle de los sacerdotes, Colonia, Maguncia, Worms, Espira, Aix, Frankfurt, Estrasburgo, Basilea y Constanza se consideran como «ciudades libres», autoadministradas. Pero ¡ojo!, prestan juramento al emperador, cosa a la que Estrasburgo intentó en vano negarse en 1273, y deben pagar el *Heerfahrt*, el servicio de guerra, y el impuesto de albergue, *Steuer*. El resto no serán más que «ciudades del imperio», es decir, sometidas a la presencia de un conde o de un jefe de guarnición, como es el caso de Ratisbona, Nuremberg, Augsburgo, Lübeck y Goslar.

Estas ventajas parecen moderadas al lado de las de las comunas. Sin embargo, ¡cuánto satisfarían a los burgueses de Inglaterra, Normandía y Aquitania! Hay aquí un vacío si no sorprendente al menos inquietante, pues confirma el retraso económico de la costa atlántica y desempeña su papel en el fracaso de la

construcción de los Plantagenêt. Lo que sorprende no es el caso anglo-normando. En lo que a él concierne, además de la conmoción de la conquista de 1066 en la isla, nos las tenemos que ver con los más vigorosos de los poderes reales de la Europa del norte; los *sheriffs* o los vizcondes se instalan en las ciudades, por otra parte pequeñas y escasas; la voluntad del príncipe de apoyar las agrupaciones de oficio es cierta, la de los angevinos fundamentalmente, y las *ghildas* inglesas son prósperas. Pero el rey-duque juzga inoportuna la concesión de ventajas jurídicas u otras que pudieran causar un mal efecto sobre las ciudades lejanas de un imperio frágil y abigarrado. Incluso cuando, a la vista de las circunstancias políticas, Ricardo Corazón de León conceda a Ruán (¡en 1195!) unos *Établissements*, no se alcanza ni siquiera el mismo nivel que el de las ciudades de franquicias capetas. Sorprende aún más el retraso aquitano, zona que estuvo durante mucho tiempo sin demasiada autoridad pública, ¿un signo, tal vez, de la anemia económica? No obstante, la sal, el vino y, por otra parte, el paso de los peregrinos o de los caballeros que iban a España, debieron permitir una gran implantación mercantil; algunas ciudades, como Poitiers o Burdeos, poseían una tradición urbana. Sin embargo, algo despuntó: aplicación de los «Établissements de Ruán» a Burdeos (1206) y a La Rochelle (1214); escasa cosecha, confirmada por la ulterior historia de las ciudades, que sirve de ejemplo, casi inexplicable, para mostrar la futilidad de una visión sintética de la ciudad medieval.

Los poderosos y los débiles

Al ir de la aldea a la ciudad o viceversa el historiador de la «Edad Media clásica» se encuentra con estructuras en las formas de vida, con contactos sociales que le llevan de nuevo, más

allá de todos los matices posibles, a esta noción de base: el «señorío» es el marco de las relaciones humanas; él pone frente a frente a dominantes y dominados, poderosos y débiles. Los historiadores de ortodoxia marxista utilizan el término de «feudalismo» —que yo me obstino en rechazar como poco afortunado, e incluso erróneo— para caracterizar la naturaleza de las relaciones de interdependencia típica del período comprendido entre los siglos X y XV. Intentemos caracterizar los diferentes grupos sociales.

Riqueza

Para dominar a los hombres se requiere poseer una esencia excepcional y disponer de indiscutibles medios materiales; los demás elementos del poder, el derecho y la fuerza, no son nada sin esto y de ellos se derivan. Por otra parte, se trata aquí de un ámbito fundamental de la investigación histórica. En lo que concierne a la riqueza, son pocas las discordias o las oscuridades: ya se trate de un patrimonio heredado, de una tierra recibida como feudo, de compras o de diversos bienes gananciales obtenidos a través del matrimonio o de un buen negocio, esta riqueza es en primer lugar inmobiliaria, suelo e inmuebles. Ya me he referido ampliamente al desarrollo de las fortunas fundadas en la fructificación de capitales no inmobiliarios en la Italia de finales del siglo XIII. Todos ellos son casos excepcionales, urbanos, mercantiles y minoritarios. La maximización o, si se prefiere, las concentraciones de tierras en manos de las familias de la aristocracia guerrera o de la Iglesia pasaron por fases cronológicas bastante caracterizadas: la primera mitad del siglo XI, en el momento de las agrupaciones de hombres, de la transformación del hábitat y de la instalación de la célula señorial; el período comprendido entre 1125 y 1175, que coincide con el de la penetración masiva del dinero en el campo y con una fase de extensión de los suelos arables o de expansión de la cristiandad, parece constituir otra etapa: aquella en que en nuestra do-

cumentación la proporción de documentos de naturaleza venal, intercambios y ventas alcanzan del 35 al 40 por 100; además, la materia de estos contratos, molinos, derechos de uso, pesquerías, herrerías, peajes, da prueba del creciente interés por las operaciones que podríamos calificar de «rentables»; en cuanto a las tierras, no es extraño que la transacción se refiera a superficies de gran extensión, 100 a 150 hectáreas, por ejemplo. La tercera etapa, hacia 1220-1230 y hasta 1270 o 1280, presenta otro aspecto: o bien se trata de recuperación de tenencias por un retorno a la explotación directa, como en Lorena o en el norte de Francia, «reacción señorial» en respuesta a la mediocridad del alquiler de la tierra; o bien se trata de embargos operados sobre las tierras de pastoreo (en España, por ejemplo, hacia 1240 en el momento en que los Sidonia o los Sotomayor comienzan a sentar las bases de ese vasto monopolio de la trashumancia que será la Mesta en 1273), o sobre las tierras «comunes», que en Inglaterra se esfuerza en prohibir el estatuto de Merton (1235), primer hito de una larga serie de medidas contra los «cercados». Las numerosas adquisiciones de la Iglesia, sobre todo a raíz de las hipotecas de tierras para partir a la cruzada, pueden incluirse dentro de esta misma fase. Uno de los efectos fiscales consiste, como dije más arriba, en conducir a los príncipes a poner en pie un sistema de imposiciones globales sobre la mutación, la *amortización* (1265), generalizada en Francia en tiempos de Felipe el Hermoso, que va acompañada de una lista obligatoria de las adquisiciones recientes (1295-1300), pan bendito para el historiador de los bienes temporales de la Iglesia.

No tenemos ningún medio para estimar, antes de 1300, la superficie de la propiedad de los ricos, sean o no clérigos. Los pocos ejemplos dispersos que los inventarios laicos de censos y de tierras podrían aportar están en relación con una muy amplia «horquilla» de 100 a 4000 o 5000 hectáreas. En un término

de unas 2000 a 3000 hectáreas se tiene la sensación de que alrededor de un tercio del suelo pertenece al señor directamente; frecuentemente este tercio corresponde a los bosques, las aguas, los cotos y los cercados, a partir del momento en que casi no se puede ya disponer, a través de corveas, de mano de obra gratuita. Por otra parte, la estructura interna o el equilibrio de estos grandes dominios no son siempre comparables entre sí. En unos lugares, la dispersión de las parcelas o de los lotes entorpece la concesión en arrendamiento; en otros, las rentas no pueden reunirse a causa de la distancia; y en un tercer caso, al estar los gastos apenas compensados por los ingresos, las reinversiones se hacen inviables, y se carece de liquidez, lo que paraliza la tesorería. Estas dificultades del régimen señorial no son ni generales ni evidentes en el momento en que interrumpo mi relato. Pero son perceptibles y fundamentales para explicar los períodos siguientes.

Es cierto que el sueño del historiador de esta época consiste en intentar una aproximación a la valoración de la «detracción feudal», es decir, de la punción impuesta a sus hombres por el señor. Un sueño, en efecto, ya que carecemos de la otra hoja del díptico: la producción campesina. Intentemos situar algunos jalones. Pongámonos en el lugar, frecuente si no «clásico», de un *dominus* provisto de derechos públicos, que ejerce solo sobre un señorío de unas 4000 hectáreas ocupadas por unos sesenta «fuegos», lo que puede suponer una aldea de unas 250 a 300 almas, una cifra habitual. La parte de terreno que posee, que sus antepasados más bien poseyeron, y que él ha «dado a censo», no tiene ya en el siglo XIII un interés económico considerable. El *cens*, el alquiler de la tierra, bloqueado por la costumbre, se desvaloriza con el alza de los precios; se ha calculado que el rendimiento de las tenencias debió debilitarse, a partir de 1210 a 1220, hasta alcanzar un coeficiente muy mediocre, un 5 a un 7 por 100; la interrupción bastante brutal de las restituciones

de diezmos a las iglesias muestra que se considera que estas últimas (con una renta del 9 al 12 por 100 como mínimo) obtienen un mejor rendimiento; en Italia el desarrollo y el éxito de los *loca* a un 8 por 100 en los negocios comerciales puede situarse en el mismo orden de cosas. Evidentemente, los ingresos producidos por esta vía están en función de la superficie dada a censo del territorio, pero en Saint-Denis, en 1230, el total no alcanza más que un 1 por 100 de todos los ingresos; en otros lugares, pueden obtenerse proporciones del 6 al 10 o 12 por 100, lo que sigue siendo muy poco. En cambio, es posible contar con los derechos de mutación, un *quinto* para los suelos dados en feudo (1239), *laudemio* para los suelos dados en tenencia, con un valor del 8,33 por 100 en Île-de-France, un 12,5 por 100 en el área de Burdeos y hasta un 25 por 100 en el área de Lyon. En conjunto, la media de la «desposesión-posesión» sube por valor de un sueldo o un sueldo y medio por parcela hacia 1225-1230. No obstante, el aumento es tan fuerte que se repiten las protestas del siglo XI contra estas *noveltés*, contra estos nuevos «malsusos», como se dice en Castilla. Jacques de Vitry echa pestes desde el púlpito contra «los lobos devoradores». Pero estas indignaciones son excesivas: en primer lugar, a partir de 1225-1230, al haberse convertido la «tenencia a censo» en consuetudinariamente hereditaria, la evasión fiscal es enorme, y más tarde, las ocasiones de percepción no son tan frecuentes; a pesar de todo, las estimaciones llevan fácilmente los simples derechos de mutación al nivel de los ingresos por las tenencias, de un 8 a un 13 por 100. Como, por otra parte, los productos del dominio directo, al menos lo que no es consumido sino vendido, cereales, vino, aves de corral, madera, no parece que sobrepasen el mismo nivel, puede verse que lo esencial de las ganancias señoriales se encuentra en tres elementos que son, por otra parte, la razón de ser de su superioridad: los derechos de protección o de justicia y el control de la producción.

El primero se resume en el importe de una tasa exigida, en principio, a cambio del papel de garante de la paz que es, por excelencia, la tarea del guerrero: *questa, tolla, tallia, tonsio, bede, Steuer*, el vocabulario es inmenso. Lo fundamental es observar que uno de los principales aspectos de la formación de las comunidades aldeanas es obtener una fijación de esta talla, movimiento general entre 1150 y 1180 en todo el noroeste de Europa, un poco más tardío en el sur, y a veces, en el siglo XIII, solamente en las zonas de intensa servidumbre (Île-de-France y Champaña hacia 1220-1250). Además, el importe de este impuesto presenta desgraciadamente enormes variantes: 40 sueldos por hombre en Cluny a mediados del siglo XII, de 5 a 8 sueldos en Poitou hacia 1200, la mitad en Picardía a mediados de siglo, y una cantidad insignificante en Italia. El resultado es, en el caso tipo recordado más arriba, una renta regular de al menos 15 a 20 libras al año, y para el campesinado de cuatro a cinco veces su censo. En lo que se refiere a la justicia, *magnum emolumentum*, pero muy estricta obligación moral para el señor, ¿quién no vería que es evidentemente la puerta de la riqueza? Pues si la costumbre bloquea el censo, si un acuerdo fija la talla, las multas pueden proliferar. Un gran señor inglés obtenía hacia 1270, 4300 libras al año, el valor de 70 000 jornadas de trabajo; el obispo de Ely, su contemporáneo, consiguió en un siglo hacer pasar de un 28 a un 62 por 100 el total de sus ingresos. Todavía hemos de añadir las tasas exigidas por el molino, por el horno, como reembolso de corveas «banales» o del derecho de albergue, todos ellos derechos señoriales que en el norte de Francia hacia 1277 se pueden cifrar en una cantidad que oscila entre los 6 y los 24 dineros en el caso de las corveas, varios sueldos para el resto, es decir, una renta de alrededor de un 15 a un 20 por 100 de todas las del señor.

Estas observaciones nos llevan a dos conclusiones: las exigencias señoriales son múltiples; solo son abrumadoras para el

campesino mal equipado, y con mayor razón para el que ha sido excluido de los acuerdos aldeanos; se está pues en situación de descubrir en la masa campesina una cesura, económica en un primer momento, pero que podría llegar a ser jurídica, entre un grupo susceptible de hacer frente a la punción señorial, y otra cuya pauperización es amenazante. Por otro lado, el equilibrio de la riqueza señorial solo estará asegurado, y fundamentalmente para el más rico, a través de una creciente presión en el ámbito de las exigencias jurídicas y «banales». Si ya solo puede contar con ellas, en el mismo momento en que el papel que estas justifican, controlar y juzgar, pasa poco a poco a manos del rey, cabe temer, más para el hidalgüelo que para el gran señor, un rechazo por parte de un campesinado que podrá considerar el «contrato feudal» roto.

Nobleza

Ahora bien, el señor debe no solamente vivir, sino vivir bien, derrochar, gastar, aparentar y distribuir, so pena de no completar el otro aspecto de su papel: llevar una «vida noble». Tanto en la ciudad como en el campo, la opinión pública asimila ambas nociones: los *rikes homes*, los *divites*, los ricos hombres, los *viri hereditarii* son al mismo tiempo los *magnati*, los *proceres*, los *nobiles*, los *optimates*.

A principios del siglo XII la confusa situación de los orígenes se aclara, como ya apuntamos: la nobleza no es siempre una categoría jurídica bien determinada, sino una clase social cuya riqueza es el denominador común y donde convergen las diversas corrientes sobre cuya anterioridad se enfrentan entre sí los historiadores. La libertad, la herencia de sangre, la pertenencia a un linaje excepcional, el derecho «banal» y el valor militar, todo esto aparece mezclado, lo que justifica la poderosa corriente de investigaciones genealógicas. Sin duda, esta fusión no acaba en todas partes en el mismo momento: caballería y nobleza son aún cosas distintas hacia 1170-1180 en Picardía,

Brabanté y Namurois, y con mayor razón en el caso de los caballeros-siervos de Alemania, hacia 1250-1260, en Île-de-France o en Aragón, mientras que la confusión existe al sur, desde 1100 como mucho en Italia, y más pronto, tal vez, en la región de Oc. Por esta razón, el abandono del apodo en favor de un nombre de alodio o de castillo se convierte en moda y más tarde en regla. La transmisión de esta dignidad, que sigue siendo abstracta y eminente, tiende igualmente a ser masculina, siempre a causa de la creciente preponderancia de las actividades militares en el grupo.

No obstante, un problema continúa estando poco claro. El de la relación con los vínculos feudo-vasalláticos. Nadie duda, evidentemente, de la extrema proximidad de los dos tipos de estructuras. Aunque no están mezcladas de derecho. Personalmente yo sigo estando convencido de que el mundo propiamente feudal, es decir, el que está sometido a todas esas reglas, a todos esos ritos de los que se ha hablado más arriba, solo representa a una minoría de ricos, a una fracción de la nobleza, a los «propietarios de alodios» ya que son los más numerosos. Es cierto que en nuestra documentación el número de casos, o incluso simplemente el empleo del vocabulario feudal, aumenta indiscutiblemente: incluso en una región durante mucho tiempo rebelde a las costumbres feudales como Picardía, el porcentaje pasa de un 4 por 100 entre 1050 y 1100 a un 9 y más tarde un 12,5 por 100 en la primera y segunda mitad respectivamente del siglo XII, para descender ligeramente después; hacia 1100-1125 en la Canche, de un total de 100 documentos, solo el 25 por 100 se refieren a feudos frente a un 35 por 100 referidos a alodios, y se trata de una zona feudalizada en gran medida. A principios del siglo XIII o finales del XII, hay 60 vasallos en 500 km^2 en torno a Ailly, en Picardía; 2800 en 30 000 km^2 en Normandía; 2000 en 10 000 km^2 en Champaña y 20 000 en los 500 000 km^2 del imperio; el conde de Flandes, que promete una

ayuda feudal de 100 vasallos, no puede reunir más que 50, etc. Todas estas cifras no son reducibles a una misma fracción, es cierto. Tan pronto la cifra es baja (Alemania 4 en 100 km^2), como es media, de 9 a 12 a lo largo de la Mancha, o elevada, en el caso de Champaña. Pero en todos estos casos me parece que estamos por debajo de la proporción de «nobles» estimada ordinariamente como plausible antes de 1200, poco más o menos el 4 o 5 por 100 de la población. Es cierto, en cambio, que la evolución del mundo feudal ofrece en gran medida la posibilidad de acceder a la nobleza a quien no es auténticamente noble hasta llegar a convertirla en un hecho normal: por una parte, a causa de la multiplicación de tipos de feudos sin tierra, y por tanto sin servicios, sobre todo familiares, que prestar. Se trata de los «feudos-rentas» aparecidos en Fulda en 1048, en Inglaterra después de la conquista, a partir de 1079, y en Normandía y Flandes en 1087, que tienen importancia, sin duda, para los miembros de la guarnición, pero también para los hombres de la ciudad, *Burgmannen*, que no tienen la intención de tomar un arma. Por otra parte, se ofrece entonces a los auténticos feudales la comodidad de descargarse de los pesados gastos del servicio armado (hacia 1135 un equipo militar sale por 20 libras, ¡el valor de 150 hectáreas de tierra!) a cambio del pago de una tasa, *adjutorium, adoha, écuage*, pagable anualmente, con la que los reyes, pues son ellos quienes darán ejemplo, sobre todo los Plantagenêt después de 1153, cuentan servirse para mantener mercenarios también eficaces y más manejables. A finales del siglo XII la práctica llega a hacerse habitual: aparece el *rocín*, caballo de albarda, llevado en cabeza, equipado y cargado, en lugar del combatiente hasta la hueste señorial. Es fácil de imaginar también el peligro de una progresión de las costumbres de los homenajes múltiples (de los que se encuentran ejemplos en el área de Vendôme hacia 1046, en Cataluña en 1077, y hasta inverosímiles casos en Alemania, como el de un señor que, en

1229, rinde ¡48 homenajes!). Barbarroja intentó en Roncaglía el año 1154 controlar el conjunto a través de un homenaje «ligio» preferencial a su persona, pero no dio resultado ni siquiera en Alemania.

A lo largo del siglo XIII la nobleza experimentó un fenómeno de retracción y readaptación debido a diversas causas: una parte de los linajes resistieron mal las condiciones económicas de las que he hablado más arriba; un cierto número de elementos que marcaban su superioridad social fueron alterados, e incluso abandonados, por ejemplo la vivienda en el castillo, sustituido entonces por un sencillo *manor*; los gastos de la ceremonia de armar caballero, en primer lugar reducidos a un solo hijo, el mayor, y que más tarde llegaron a estar fuera de su alcance, obligaron al noble a contentarse con la situación de *escudero*; en el propio seno del grupo feudalizado las exigencias financieras impuestas cada vez más por el señor, e incluso el soberano, llegaron a ser insoportables: en 1133 en Normandía, y después en otras partes, la fijación de los «casos» de tasación por el señor, la *ayuda*, esto es, casamiento de la hija, armadura del hijo, rescate y partida a la cruzada, experimentaron la introducción del caso de compra de tierras, sin contar el ruinoso *Romfahrt* reservado a los vasallos germánicos y que se intentó tan claramente eludir que, para no bajar solo a Italia, el emperador Barbarroja tuvo que modificarlo (1156). Sobre todo las cargas del *relief* (=cambio del posesor del feudo) resultaron abrumadoras: la tradición fijaba el *Verlief*, el *koop* como se decía en Alemania y en los Países Bajos, al valor de un año de rentas del feudo que había que confirmar; pero a esto se añadió el precio de los castillos susceptibles de ser devueltos (1170), o bien se fijó el importe al capricho del señor si la sucesión al feudo era discutible y codiciada. A este respecto, Felipe Augusto llenó sus arcas con 50 000 marcos impuestos a Balduino de Hainaut, pretendiente de Flandes (1192), y sobre todo los 20 000 marcos esterlinos

arrancados a Juan sin Tierra, discutido heredero de su hermano Ricardo Corazón de León (1200). Es cierto que para recuperarse, Juan sin Tierra convirtió en fijo el *heriot*, en Inglaterra, entre dos límites, de 100 a 250 libras esterlinas, en 1214. Debe añadirse también que la desastrosa política «malthusiana» practicada por la nobleza en materia matrimonial, un solo heredero casado, contribuyó también, sin duda, a la extinción biológica de numerosas ramas: hacia 1230-1240 en Picardía, alrededor del 30 por 100 de los linajes son nuevos.

Esta renovación fue acompañada de concentraciones y, por tanto, de una reducción en número. Así se ha podido calcular que los 120 linajes de Westfalia de 1150 no son ya más que 98 en 1200 y 64 en 1250, siendo las cifras alcanzadas en Picardía, en las mismas fechas, de 100, 98 y 42. La caída económica, el propio naufragio de determinados linajes o la ascensión, por el contrario, a veces por nuevas vías (ennoblecimientos reales a partir de 1250), contribuyeron a introducir distinciones y una jerarquía no relacionada ya con el origen sino con el nivel social. El imperio se complació en una exagerada preocupación teórica: ya en el siglo XII el *Heerschild*, así como los «espejos» (*especula*) redactados por los juristas o por mentes sistemáticas, como Wolfram von Eichenbach y su «Espejo de los Sajones» (*Sachsenspiegel* de 1225), determinaron grados, desde los príncipes del imperio hasta los caballeros siervos, los *Dienstmannen*, algunos de los cuales hicieron, por lo demás, una brillante carrera. El ejemplo fue imitado, por ejemplo en Francia, por Felipe de Novara. Pero más que categorías, es en realidad el *état*, el «brazo», como se dice en España, del noble lo que le separa de los demás: unos son caballeros, otros escuderos; unos son *domini*, señores, otros *domicelli*, donceles; unos son «tenentes principales», vasallos directos, otros «valvasores», *vassi vassorum*; unos son «pares» en los Países Bajos, otros simplemente «hombres». En sí misma, esta pulverización no es fun-

damental; sin embargo, se apoya en un elemento esencial: la posesión del poder sobre los demás.

El poder

El ejercicio de la autoridad, a pesar de oposiciones que parecen evidentes, no es en los siglos XII y XIII diferente en el fondo del que nosotros conocemos: sus instrumentos predilectos son siempre el derecho, la fuerza y la clientela; sus bases materiales son económicas, aun cuando los ingresos son durante mucho tiempo partida personal del príncipe. No ocurre lo mismo en el caso del aura o carisma que acompañan al rey sagrado de los que no encontramos huellas hoy día. Dicho esto, no negaré las diferencias: en primer lugar, en la época en la que nos situamos, la noción misma de cosa pública, de «Estado», está en período de gestación; la *res publica* es, como lo quiere la etimología, el «bien común», especie de consentimiento colectivo respecto al orden, concepción eminentemente conservadora. Además, los reyes sacan sus ejemplos con mayor gusto de la Biblia que de la Antigüedad, comprendido el que se hace llamar César. Hay pues una curiosa mezcla de preocupación religiosa —llevar a la salvación, mantener el reino de Dios a través de la *professio* real pronunciada en el momento de la «consagración» sobre los santos objetos— y preocupación pública por una función, un *ministerium* que hay que desempeñar. Por esta razón, la influencia real tendrá dos facetas: ya que el rey pertenece al cuerpo de los ministros de la divinidad, todo lo que sostienen su autoridad, la integridad de su persona, los símbolos de su poder, lo que se llaman las *regalia*, son intocables; y dado que ha de conducir al pueblo cristiano, ha de dictar leyes y dotarse de los medios necesarios para vigilar la obediencia a su palabra, *verbum regis*. En estas condiciones, el sueño de un *dominium mundi*, el empleo de la fuerza para constreñir a la Iglesia y a su jefe romano exceden los límites del papel que le corresponde al rey: ni los canonistas, ni incluso los juristas romanos podían admitir

esta visión; los soberanos alemanes se las ingeniaron de muchas maneras para imponer este punto de vista, pero todos fracasaron.

No se trata de bosquejar un cuadro de las especificidades monárquicas de la Europa de los siglos XII y XIII ni, con mayor razón, de narrar los episodios de su historia política. Pero el poder real, como otros muchos elementos sociales, se adapta a la coyuntura, y me parece necesario dar una ojeada sobre sus diversos aspectos. El poder real es en primer lugar un grupo familiar, una «casa», un linaje, una *stirps*, como cualquier otra formación nobiliaria. Es el más noble de los nobles, sin más. Sin embargo, la vida de su clan, el uso que puede hacer de sus miembros para extender su autoridad es, evidentemente, más importante. Conocemos bastante mal a los soberanos medievales; no podemos juzgarlos a través de los biógrafos oficiales, ni aun a través del examen de sus actos que, a veces, en su mismo fracaso, podrían mostrar la amplitud de sus propósitos. Los siglos XII y xiii no vieron personalidades de una dimensión que excediera la normal. Algunos, por lo que se sabe de su carácter, de su sentido político, honraron su clan, aunque por lo general alguna que otra sombra se proyectara sobre su recuerdo: el capeto Felipe Augusto, el Plantagenêt Enrique II, el suabo Federico Barbarroja, los tres coetáneos; antes de ellos, el normando Roger II de Sicilia, después de ellos, el castellano Alfonso X, el emperador Federico II y Felipe el Hermoso, al final de este período. Pero Luis VIII o Enrique VI de Alemania vivieron muy poco, y Enrique V y san Luis demasiado. Sin duda, es más importante valorar la siguiente característica: estos príncipes contaron con sus esposas, sus hermanos y sus hijos para ayudarles a durar; no dudaron en divorciarse, como Luis VII, con la esperanza de tener un heredero varón, en distribuir peligrosamente «infantazgos» a sus hermanos, como Luis IX, o en asociar a su hijo mayor al poder, como hicieron la mayoría; pero entre to-

dos estos clanes solo uno consigue sus objetivos sin dramas, el de los Capetos; mientras que los Plantagenêt se desgarran en interminables disputas —marido que encarcela a su mujer, hijos rebelados contra el padre, hermanos enemigos, tíos asesinos—, en la familia de Francia reina una calma completa que le permite incluso sufrir dos minorías de edad sin conmoción dinástica. Cuestión de suerte, sin duda, con hijos mayores dispuestos a reinar sin enredos, activos regentes y obedientes tíos. En este nivel, sin embargo, no se trata ya de azar, sino de habilidad.

Para reinar, el rey necesita la Iglesia. Allí encuentra al mismo tiempo su garantía y su relevo: el Capeto, una vez rechazada la tentación de traficar con sedes episcopales, puede contar con 26 obispos sumisos y 67 monasterios reales; cobra derechos de «regalía» de las sedes vacantes, protege a los clérigos, puede obtener una ayuda pecuniaria, las «décimas», y se rodea de prelados y más tarde de los franciscanos. Aun cuando lleve una vida privada discutible que le valga excomuniones, Roma confía en él, y los pontífices expulsados se acercan a él para solicitarle apoyo y refugio. Al mismo tiempo, el normando primero y el Plantagenêt después dan prueba de gran fuerza multiplicando las agresiones contra los prelados juzgados indóciles, rebeldes al impuesto. Para dominarlos, Enrique II les impone a su amigo Thomas Becket, que cambia en seguida su postura. Las consecuencias de este gesto son conocidas, exilio en Francia, perdón, vuelta, asesinato, penitencia pública, conmoción del orden real (1159-1172). El caso del imperio es diferente: el soberano hace mucho caso de la Iglesia; incluso practica, como se dice, el *Kirchensystem*, el apoyo en las sedes donde nombra sólidos aliados; perder este soporte es perderse a sí mismo en el atolladero principesco de la enorme Germania, de donde procede la obstinación de los emperadores salios en rechazar toda intervención del papa en las nominaciones, en las «*investiduras*»; cuando En-

rique V debe transigir en Worms en 1122, los alemanes no han renunciado, y Barbarroja proseguirá la misma política atacando a la Iglesia frontalmente para hacerla ceder; es vencido, por otra parte, más por las milicias lombardas que por el papa Alejandro III al que, sin embargo, en Venecia (1177) ayuda humildemente. Para triunfar allí donde su abuelo había fracasado, Federico II habría necesitado tiempo, dinero y amigos, pero tuvo lugar un nuevo fracaso.

¿Se podría contar con los «fieles», los amigos y los vasallos, en caso de que la Iglesia, cuyos puntos de vista son a veces extraños, se mantuviera al margen? En el siglo XII, en su comienzo al menos, esta visión «feudal» se mantiene. Los príncipes territoriales son delegados del soberano; su mentalidad vasallática les retiene en el camino de la traición y, en efecto, no hubo nadie que pensara en sustituir al monarca; luchan contra él porque consideran sinceramente haber sido engañados. Las situaciones son, sin embargo, delicadas. En Francia se puede contar con el flamenco, el de Champaña, el borgoñés, el tolosano y personajes menores. Evidentemente, se producen algunas oposiciones, sucesiones discutidas en Flandes (1071, 1127 y 1191), discordias familiares en Champaña y, más tarde, la aventura albigense que arrastra, un poco a su pesar, al rey y a sus hermanos a inmiscuirse en el Languedoc. Pero prácticamente, hacia 1270, la situación es de las más seguras, salvo en el oeste, una zona aparte tal vez, aunque representa una buena mitad del reino. Ya el normando Guillermo, y más tarde su hijo Enrique, duques en el reino y reyes en Inglaterra hostigaban un poco; sin embargo, no son más que escaramuzas, pues se puede contar con Flandes, Anjou y la masa aquitana. Pero cuando el mismo hombre, Enrique Plantagenêt, reúne el archipiélago, el ducado, el valle del Loira, Bretaña y todo el sudoeste, de Poitiers a Bearn (1151-1154), ya que por añadidura es rey y está poco dispuesto al vasallaje, todo cambia. Lo que salvó, o más bien lo

que preservó al rey (pues los angevinos no quisieron nunca reemplazarlo aunque habrían podido hacerlo) fueron, sin duda, las discordias de los príncipes, la abulia de Juan sin Tierra, el fracaso de sus aliados en Boubines (1214), las rebeliones inglesas, la audacia de Felipe Augusto y la moderación de san Luis, pero también la extrema fragilidad del «imperio» Plantagenêt y la incompatibilidad entre una Inglaterra fuerte y posesiones continentales indefendibles. Paralizada en 1259, la situación se degradará de nuevo pero ¿se trata de una rivalidad entre el rey y el príncipe?

Esto es lo que ocurre en el imperio, en cambio, donde una evolución más lenta que en otras partes había labrado grandes «ducados», *Stämme,* a la vez étnicos, consuetudinarios y fiscales, en Sajonia, Baviera, Lotaringia, Franconia, Alemania y Suabia, y «marcas» creadas al este durante la germanización. Brandenburgo, Lusacia, Misnia y Austria. La política alemana siguió dos vías divergentes. La primera consistió en unir estrechamente los *Reichsfiirsten,* los principales *potentes,* a la persona o a la familia del rey de Germania, llegando si era preciso hasta consolidar heredades o ceder *regalia*: Barbarroja pensaba aún afianzar así la jerarquía feudal. Desgraciadamente las dinastías imperiales duran poco; es preciso rehacer sin cesar las promesas, las investiduras; por otra parte, algunos príncipes, en lugar de quedarse en su ducado, se dispersan y tienden tentáculos por todas partes, el de Lorena hasta en Italia, así como los Welfs de Baviera en el siglo XI, el sajón Enrique el León de Lübeck a Leipzig, en Alsacia y en Suiza. Por tanto, se necesita otra política, vencerlos por la fuerza, lo que Barbarroja realiza contra el León, no sin esfuerzo, y que, Federico II, muy a menudo en Italia, no conseguirá realizar.

Decididamente, más vale rodearse de servidores a sueldo. El gobierno familiar, la jerarquía feudal son positivos, los agentes y consejos de expertos también. En esta ocasión es Inglaterra la

que proporciona el modelo. Guillermo generalizo el sistema de los *sheriffs* (*shirereeve*, intendente del condado) sajones; en torno a él se esboza, y los angevinos lo proseguirán, el agrupamiento de una *curia*, tal vez imitada de círculos flamencos, formada por vasallos directos y clérigos, con un servicio contable (el *echiquier*) y un canciller (1129); desde 1106 un «justiciero» deambula por el reino y un *vice-rey* se encarga de suplir al príncipe del lado del mar, donde él está ausente. Pero esto no basta, es preciso legislar y calcular. Desde 1130 la realeza cuenta con una relación de gastos e ingresos; a partir de entonces reúne *assises* de feudales y clérigos, en Claredon (1166), en Northampton (1176), *assises* de las armas y del bosque (1181, 1184); desde la *curia* se expiden las órdenes reales, los *writs*. Todo esto requiere hasta 2000 personas en 1177. Sin embargo, este tipo de gobierno tiene demasiada tendencia a contar con técnicos del derecho o de las finanzas, como Ramnulf Glenville y Gautier Map, a menudo continentales. Cuando las exigencias fiscales se incrementan, la pequeña nobleza —no hay príncipes aquí— pide ser consultada; inmediatamente después de sus desengaños en 1214 Juan sin Tierra debe resignarse a ello. La «Carta Magna» de 1215 prevé que los barones y los clérigos sean convocados cuando sea preciso recaudar un impuesto; tendrán un *parlamentum*. La sinceridad del rey no es forzosamente hereditaria: Enrique III orienta más bien el «parlamento» hacia un papel de justicia del que se cuidan sus oficiales; él mismo se constituye un consejo personal, el «guardarropa». Igual política produce iguales efectos: algunos abusos fiscales, la preponderancia de los extranjeros, los provenzales que rodean a su mujer, fracasos militares y una nueva rebelión en 1258, muy grave, ya que posee un cabecilla, Simón de Montfort, conde de Leicester, nieto del vencedor de Tolosa. Se piden consejos, un control por parte de la pequeña nobleza, el desarrollo de tribunales condales y una severa depuración. Enrique III cede, se retracta,

consulta a Luis IX que está de acuerdo con él (1264) y, con esta garantía, se dedica al violento aplastamiento de los barones, a matar y despedazar en trozos al jefe rebelde. Simón había sido expeditivo, demasiado, pero el impulso estaba dado, el Parlamento se reunió, los expedientes subsistieron. Inglaterra poseyó una sólida administración.

En ese momento es la única, pues la Francia capeta no ofrece más que un pálido reflejo de estas innovaciones: la *curia* existe, así como el *hotel*, heredero del «palacio» carolingio. Los príncipes solo parecen preocuparse de su propio dominio patrimonial. Es Felipe Augusto quien, tras haber dejado sin titular los dos cargos palatinos a su juicio más peligrosos, el de canciller (1187) y el de senescal (1191), desarrolla el principio de los jueces itinerantes, más tarde fijos, los *bailes* pagados con un sueldo y cuyo papel generalizará Luis IX a partir de 1254. Pero la especialización de la *curia*, de donde arranca un germen de tribunal de apelación hacia 1257, el *parlamento*, y más tarde una sección contable, está lejos de igualar la de la *curia* inglesa. Prácticamente será menester esperar a Felipe el Hermoso para que el más rico y más poderoso de los reinos de Occidente ya no se gobierne con un puñado de clérigos y pequeños nobles. Desde luego que no faltan las agitaciones, pero los movimientos «baroniales» de la minoría de Luis IX (1229-1243) son epifenómenos epidérmicos. En estas demandas de la nobleza, egoístas y puntuales, no había ningún proyecto. En otros lugares, o bien triunfa el arcaísmo, como en Alemania, donde Federico II no solo no consigue imponer la organización feudal ni el establecimiento de agentes ministeriales, sino ni siquiera logra la reunión de un *Reichstag*, concebido entre 1235 y 1242; o bien, por el contrario, se hace todo de golpe, pero en un clima de guerra e influencias extranjeras, como en España, donde los reyes restablecen una *curia* y un fisco a partir del siglo XII y, sobre todo, como en la Sicilia de Roger II que, poderoso en todas partes,

pone en pie durante veinte años oficinas fiscales dirigidas por un «logoteta», tribunales presididos por un «arconte» y un ejército a las órdenes de un «emir».

El fracaso de los alemanes, el éxito de los ingleses y la resistencia de los Capetos tienen un mismo origen. El poder medieval tiene, en efecto, una base primordial: las rentas. Si estas faltan, cualquier esfuerzo que cuente con los hombres, clérigos, parientes, príncipes, agentes, corre el riesgo de ser en vano; ahora bien, estas rentas apenas pueden ser el impuesto, pues hace mucho tiempo que Europa está deshabituada a él; cuando Federico II lo intentó en la ciudad en 1232 fracasó totalmente. No, la riqueza es el dominio, lo que permite al rey «vivir de lo suyo», prevenir. Sin embargo, el alemán no tiene esta base. Existe el *Reichsgut*. Al advenimiento de Barbarroja representa 14 palacios. 35 castillos, 50 explotaciones rurales y bienes o derechos en 1400 localidades; a esto se añaden los ingresos de la familia que reina. Pero es del todo insuficiente. Ahora bien, la práctica de la reinfeudación automática (*Leihezwang*) impuesta a los salios prohíbe confiar en las desherencias: hay que limitarse a un poco. Por el contrario, en Francia el Capeto dispone, además, del fisco carolingio, compra, cambia, hereda y se abre camino. No es seguro que en 1179 el dominio directo del rey le proporcionara 228 000 libras y 438 000 en 1223, como refiere Conon de Lausana, sino que, en todo caso, en 1125 hay 24 «prebostazgos», es decir, centros de justicia y de fiscalidad del Estado, 56 en 1202 y 106 al final del siglo XIII. La estructura del dominio inglés es un poco diferente pues su origen es la confiscación, al apropiarse Guillermo de un 16 a un 18 por 100, aproximadamente, del suelo de la isla, esencialmente las zonas sin poblar, las tierras de paso, lo que se llamará el «bosque» sin que este término implique una extensión de arbolado. Más tarde, hacia 1180, Enrique II y luego Enrique III, aumentan la superficie por medio de un *writ* fechado en 1244; aquí no se trata

tanto de procurarse ingresos, a causa de la naturaleza del bosque, como de constituir una reserva de tierras para infeudar, o un elemento de separación entre dos dominios señoriales convertidos en peligrosos; en este mismo orden de cosas cabe decir que el dominio sirve al Plantagenêt para gobernar y al Capeto para comer. ¿No son estas, por lo demás, las dos direcciones por las que avanzan los poderosos?

¿Existe una libertad jurídica?

Entre los débiles se introduce una preocupación suplementaria, la de la libertad. Y, en primer lugar, de la libertad jurídica, la que se define no solamente por el derecho de ir y de venir, de tomar esposa o de legar, sino también de ocupar un escaño en la asamblea dominical, de disponer de sus herramientas, de ser llamado para combatir, de pagar la talla, símbolo de la protección que solo se otorga a los hombres dignos de este nombre. Tal vez no se hace bastante hincapié sobre el aspecto moral y psicológico, quizás más sentido entonces: no ser azotado en público, rehusado en su solicitud de matrimonio, rechazado por la Iglesia o atrapado por los perros. Para ocultar estas humillaciones, muchos hombres no dudaron en abandonarlo todo para dirigirse a un lugar donde su «mácula», la que su madre les transmitió, no fuera conocida.

El problema de la importancia de la no-libertad suscitó interminables debates que permanecen abiertos. No obstante, hay un primer punto de acuerdo, algo marginal: la esclavitud sin límite, la de la Antigüedad, no desapareció de Europa; en las franjas norte y sur del continente la trata floreció siempre, con destino al Islam en el caso de irlandeses o noruegos, para uso de los cristianos cuando se trata del Tirreno, especialmente de España y Provenza. Entre 1240 y 1280, el precio de los esclavos, de los negros sobre todo, asciende en Barcelona de 3 a 10 libras, mucho más que los musulmanes empleados por las órdenes religiosas de Aragón. Marsella parece ser que fue otro

centro, aunque se desarrollará más tarde. Es este un fenómeno secundario, evidentemente, digno de interés, sin embargo. El segundo punto de acuerdo es más importante: la vieja teoría de Marc Bloch, que causa estupor leer aún hoy día en los manuales, casi 50 años después, y según la cual, todos los campesinos son siervos, es abandonada; es muy lamentable que muchos historiadores occidentales utilicen esta expresión, al igual que la de feudalismo, a la manera marxista, sin haber concretado lo que sin embargo saben bien, que se trata de un abuso de sentido, ya que se sobreentiende alienación económica, mientras que no es esta la cuestión en la Edad Media, antes de, al menos, 1300, sino la de la alienación jurídica, y nada más.

Admitidas estas nociones, surgen algunas divergencias. ¿Existen «cargas específicas» de la servidumbre? En el norte y este de Francia, en el imperio, el embargo de una gran parte de la herencia de un «hombre de cuerpo», de un «hombre propio», de un *quotidianus, Tageschalk, Leibeigen*, no se puede negar aún a mediados del siglo XIII. El «mejor animal», el *Besthaupt* o el *Buteil* consiste en mobiliario, ganado, dinero y muebles. Pero estas prácticas se aplican algunas veces a determinados hombres que no presentan otros signos de servidumbre, en Champaña o en Berry. Solo el embargo total de la herencia, el *echoite*, podría significar la alienación; además de su rareza se ve su peligro, que hace retroceder a más de un señor: ¿para qué trabajar si todo se pierde luego? Por eso se procede al olvido de tales exigencias. Hacia 1250, la Iglesia consiguió introducir en el derecho consuetudinario la idea de una parte transmisible, por ejemplo un tercio de los muebles, un quinto del terreno. La traba a la libertad del matrimonio (*for-mariage*) se presenta también como un impuesto que pagan los hombres libres, por ejemplo en Artois. Solo queda la capitación, el *chevage* o la guerra del sur tolosano, aún considerable hacia 1210-1220, «a discreción» (= «à merci») incluso en el norte de Francia, o *questa*

limitada en España, y que sería un reconocimiento de servidumbre. Sin embargo, se ha valorado que su importe inicial de 4 dineros por cabeza se parecía mucho a la tasa de manumisión de la Antigüedad. Tampoco faltan categorías de hombres cuya situación particularmente deprimida inclina a alinearlos con los siervos, los *censuales* de Alemania por ejemplo, o todavía más, la mayoría de los *villeins* ingleses. Pero, al menos, estos últimos aparecen en el tribunal del señor y son sujetos de la *common law*\ en mi opinión, es un error llamarlos siervos. Personalmente me inclino a considerar que la servidumbre es extremadamente residual, siempre desigual en sus manifestaciones y da más pruebas de arcaísmo que de estatus. Las muy numerosas «manumisiones» individuales o colectivas que aparecen en Île-de-France y en el dominio real a partir de 1230 y, sobre todo, a 1250, concurrieron sin duda a relegar la servidumbre jurídica a áreas de poca extensión, Berry, Nivernais, Franco-Condado, Flandes, Thiérache, Vermandois y Languedoc, limitándonos al reino de Francia, es decir, apenas un 8 o un 9 por 100 de la población.

Otro problema erudito apasionadamente debatido es si la libertad se refiere a los hombres o a las tierras. El *alodio,* la tierra sin otro dueño que el que la explota, sobre la que no pesan impuestos ni servicios, puede ser noble o campesino. El primero, probablemente muy difundido antes del año mil, fue ampliamente mermado por las costumbres feudales: su «conversión» en feudo se generaliza en toda Europa. En cuanto al segundo, podía pensarse naturalmente en el mismo mecanismo, la conversión en tenencia. El problema consiste en seguir los destinos de las tierras y de los *alodiales*, sus dueños, que resistieron a esta evolución. La investigación es, por definición, difícil ya que se trata precisamente de tierras que permanecieron al margen ya sea de la Iglesia o de los feudales, fuentes de nuestra documentación. No obstante, cada vez más prevalece la opinión de que

subsistieron muchos más alodios de lo que durante mucho tiempo se creyó. Tras la importante reducción del siglo XI, las creaciones de calveros fruto de las roturaciones, las fundaciones de pueblos nuevos y la desaparición de determinados poderes señoriales debió implicar una recuperación. A principios del siglo XII, el número de documentos que mencionan esta categoría de tierra libre o sus propietarios desciende en Picardía del 17 al 3 por 100, pero en Champaña, hacia 1150, se mantiene en una proporción de 1/6 y en el país de Chartres en una de 1/3; la cifra sube un poco antes de 1200, pero parece ser de que disminuye después. Sin embargo, el final del período es testigo de la multiplicación de signos de resistencia. Jurídicamente, el derecho romano los favoreció en la Europa meridional; al igual que, por otra parte, ciertos tipos de contratos, la *aprisio* catalana, por ejemplo, que prevé la transferencia del derecho eminente al labrador al término del contrato; en el plano judicial, en Hainaut y Alemania, algunos «tribunales de alodiales» y asambleas condales donde se hallan los *Gemeienfreien*, ponen de manifiesto la realidad de este grupo social. No hay muchas posibilidades de medir su influencia; pero es muy importante que un sector de explotación libre, aunque atacado por todas partes, pudiera mantenerse hasta la víspera de los trastornos de la propiedad al final de la Edad Media, particularmente al nivel de la explotación campesina.

¿Y la libertad económica?

En realidad, lo que más importa, sin duda alguna, a los hombres de la época es saber en qué medida pueden disponer de su producción. Y se puede sostener, en efecto, que las formas de vida señoriales y las contribuciones pagadas al señor representan obligaciones que excluyen la idea de «libertad»; pero esto no es más que un juego de palabras pues, en este caso, nadie es libre excepto el errante por el bosque.

Ni que decir tiene que los elementos que permiten decir de un campesino que es «libre» económicamente, una vez instalado el decorado «señorial», presentan matices, ya que no todos pueden ufanarse de poseerlos por completo. En cambio, se comprende, creo yo, que los siervos auténticos puedan ser libres, en este caso. Las condiciones de la tenencia desempeñan, en primer lugar, un papel esencial. Durante mucho tiempo se pensó que el censo, a causa de su origen consuetudinario que le pone a cubierto de un alza, salvo que haya un «aumento de censo» escandaloso, debía estar bien considerado por los campesinos; su importe no es elevado, es cierto, pero las irregularidades son extraordinarias y difíciles de explicar: en Île-de-France, hacia 1260, de 2 a 12 dineros el arpente de campo y de 4 a 60 el de viña. Y los intentos de uniformización en relación a la superficie, como en Chaource, en Champaña, el año 1276, un sueldo o una medida de avena por «huerto», apenas tuvieron éxito. Se puede admitir, pues, muy bien, sobre todo en las tierras nuevas, que el «terrage», a parte proporcional de la cosecha, desde el momento que preserva a ambas partes de toda sorpresa, buena o mala, haya tentado a más de uno: *agrière* y *tasca* de Oc referidos a la cuarta o quinta parte del producto de la tierra, *canon* y *mezzadria* italianas que llegaban hasta la mitad y *champan* del norte de Francia que podía descender hasta la octava parte. Lo que sorprende sobre todo, una vez alcanzado 1220 o 1230, es la búsqueda de contratos a varias vidas o de arrendamientos rústicos. Se han estudiado sus inicios en Île-de-France, Inglaterra y Flandes entre 1235 y 1260; el interés de los dos arrendadores, en un principio al menos, parece cierto, pero la empresa exigía una cierta resistencia campesina; se puede, pues, decir que el arrendamiento rústico corría peligro de incrementar la diferencia de libertad económica entre el arrendatario y el aparcero, e incluso el posesor de una tenencia a

censo. Antes del final del siglo XIII apenas había signos de hostilidad en el campo a este respecto, pero la distorsión es segura.

La desaparición de las corveas en la reserva señorial, con la consiguiente pérdida de tiempo y fatiga en los malos momentos y sin provecho importante para el señor, es evidentemente un elemento de esta libertad. En términos generales, su retroceso bajo forma de rescate es evidente: hacia 1234 se reducen a la siega del heno, dos días al año, en Picardía; en Provenza pasan de seis a tres y más tarde desaparecen, entre 1198, 1260 y 1277. En realidad, existe paralelamente una corriente señorial contraria: algunos señores, a menudo eclesiásticos, desean revalorizar el trabajo manual en su beneficio e intentan exigir jornadas «libres», por ejemplo los de Saint-Bavon de Gante hacia 1210 y los de Saint-Denis hacia 1240; en las áreas de Lyon, Burdeos, Sologne y Champaña, en Île-de-France, no cabe duda que tiene lugar un recrudecimiento; y también en Inglaterra, donde el obispo de Ely los incrementa entre 1221 y 1251. Esta resistencia señorial se topa con la inercia en unos casos y en otros con la mala voluntad. Entre 1250 y 1257 en Saint-Denis y en Peronne, las corveas son saboteadas deliberadamente. La famosa queja de los campesinos de Verson en Normandía, que pertenece a esta época, muestra a las claras la acritud de las relaciones entre los sujetos a prestación personal y los intendentes. De manera que, pasada la década de 1250-1260, hacia 1251-1256 en los Países Bajos y 1280 en Luxemburgo, se generalizan los rescates de corveas. Los campesinos, al menos los más ricos, los únicos capaces de invertir grandes sumas compensatorias, ganaron tiempo, más preciado que el dinero.

Se comprende que, allí donde se pudieron aumentar las ventajas, la constitución de explotaciones campesinas masivas fuera perceptible. Sobre todo hacia 1300 es posible, a través de los inventarios señoriales, intentar examinar esta repartición; no obstante, antes incluso de esta fecha, se constituyen arriendos o

tierras a censo de 100 a 150 hectáreas en manos de los «labriegos» en Toscana, Sabina, Baviera, Cataluña, Picardía y cerca de Winchester o de Ely. La relativa descompresión del mercado de la tierra puede ser la causa de ello, pero igualmente puede serlo la ruptura en la masa campesina que arroja y acumula en exiguas e insuficientes parcelas a las personas que quedan al margen del progreso, en tanto que unos cuantos acaparan a los demás. El ejemplo de la zona de Namur o el de la cercana Picardía, hacia 1259 o 1280, puede servir de espejo: es posible observar que de un 35 a un 60 por 100 de los labradores (excepto aquellos que no poseen otras parcelas en un terreno próximo) explota menos de 1,5 a 2 hectáreas, una cifra cercana a menos de la mitad de lo que se considera como un mínimo vital en las tierras buenas; de un 25 a un 40 por 100 explota de 3 a 10 hectáreas, situando la cota de la supervivencia más o menos en medio del grupo; el resto explota más de 10 hectáreas y hasta 60 hectáreas. De manera que, simplificando, podría repetir, como lo hice un poco más arriba, que, en consideración a las exigencias del señor, cuatro de cada diez campesinos están en apuros o en la miseria, cuatro viven modestamente, pero con una cierta seguridad, y dos gozan de una buena posición.

Los excluidos

Hay más desgraciados. No obstante, no es solo la miseria material lo que excluye a un hombre, sino la idea de que no forma parte del grupo, de que está aislado, de que es vulnerable; la debilidad es sentida más jurídica que económicamente. Sin duda, los mendigos no faltan y su situación se ve degradada a partir del momento en que desaparece la noción de hospitalidad debida al que, tal vez, Dios envía. En las porterías de las abadías se siguen distribuyendo panes, anguilas y cerveza, y un monasterio de Cambrai dedica aún, hacia 1275, del 6 al 8 por 100 de sus gastos a este fin. Pero los mendigos se convierten cada vez más en «profesionales»; en Italia son los *immatriculati*, inscritos

en un registro; en Nantes, París y Lila, a finales del siglo XIII, algunos son considerados practicantes de un «gremio», con derecho de entrada, signos de reconocimiento y emplazamientos reservados. O bien se les reúne en las casas de Dios, conocidas en el sudeste de Francia e Italia desde el siglo X, y que se multiplican a partir de 1171-1185, como en la diócesis de París donde su número pasa de 4 en 1150 a 29 en 1200 y a 83 en 1250. En efecto, cuando son errantes son rápidamente sospechosos de propagar la herejía; y es cierto que muchos siguen a algún iluminado, como el «maestro de Hungría», o los «pastoureaux» que llenaron los campos entre 1235 y 1250, sin que se pueda saber bien si eran o no portadores de un mensaje social. Por otra parte aparecen fácilmente mezclados pobres voluntarios, como los *umiliati* lombardos, tras las prédicas de Pedro Valdo hacia 1170, o los discípulos de Pedro de Verana a partir de 1245 y los *laudesi* de Florencia que cantan y mendigan; ¿no era este, por otra parte, el ideal franciscano? Cuando su presión crece demasiado se les encierra en un barrio o se les enrola a la fuerza en las obras de construcción, como sucede en Poitiers. Sería deseable poder evaluar su número: se nos dice que había 3000 en Toledo, 6000 en Milán y en Montpellier y 5000 en Gante entre 1239 y 1265, pero los *pannosi,* los pordioseros excluidos de los oficios y de la tierra, ¿no serían más bien parados, braceros eventuales, e incluso como en Languedoc, campesinos de reciente inmigración, que no habían sido admitidos en la ciudad, gentes de la *tosca,* del monte bajo, los *tuchins* del siglo XIV?

Al ser rechazados, muchos se hacen salteadores. Se encuentran con los «carboneros» refugiados en el bosque, siervos fugitivos, ciudadanos desterrados o mercenarios desmovilizados; se ponen entonces en condiciones de exclusión jurídica. Los *coquillards, houliers, ribots* y *caymans* forman bandas de truhanes, que se les encierra por la noche en la ciudad en un barrio luego

vigilado, que se buscan en el campo y se cuelgan sin proceso a la primera ocasión. Antes de 1300 no son más que algunas bandas sin demasiada importancia que, en cada «espanto» (*ieffroi*), en cada «emoción», revientan como pompas fétidas en la superficie de la sobresaltada sociedad. Pero si se les alista o se les engatusa esta franja social puede convertirse en una «clase peligrosa».

No es este el caso de los «muertos-vivientes», esos leprosos sustraídos del contacto con los demás y cuyo número crece en el siglo XIII en inquietantes proporciones —en la diócesis de París hay 8 leproserías (la primera data de 1106) en 1150, 20 en 1200 y 53 en 1250—, tan inquietantes que incluso son sospechosas: se habla, con toda seguridad, del contacto con Oriente donde la enfermedad es endémica. Pero la presencia de innumerables leprosos testimoniando y siendo consultados, puede hacer pensar en formas de lesiones epidérmicas no contagiosas como eczema o impétigo, que bastaron para dar crédito a la idea de la lepra.

A posteriori, la brusca desaparición de la plaga —en Francia la última mención es de 1317— podía justificar esta visión, pues la profilaxis no existe, y la tuberculosis, que sustituye a la lepra, no comienza su reinado hasta después de 1350.

Apartados de la gente por su enfermedad o por su acción, el leproso o el truhán viven una exclusión voluntaria. Los demás no cuentan, ya que son simplemente «los otros». Son los locos, los idiotas, los inocentes, a través de quienes Dios puede expresarse, y se es lo suficientemente clarividente como para no encerrarlos. Pero están también los «mudéjares», esos musulmanes enquistados en tierra cristiana, clavados al suelo (los «exáricos» de España), puestos aparte (Teruel, 1176), sin duda no maltratados pero irremediablemente separados por su fe, cuando incluso podrían probar una ascendencia goda o ibera; ahora bien, en el siglo XII, son muy numerosos incluso en las tierras

ocupadas desde hacía tiempo al Islam, según nos dicen eran un 35 por 100 en el norte del Ebro en 1125.

Irreductibles, numerosos, apartados sin esperanza por su raza, su fe, su derecho y sus costumbres, los judíos acumulan todos los inconvenientes; y también, en cierto sentido, todas las ventajas, pues solo dependen del príncipe («mis judíos», dice Felipe Augusto), son elementos del fisco y están protegidos como él; sin duda, pagan esta «libertad» con el desprecio con el que, en principio, los cristianos los agobian, pero quién pensaría, independientemente de su utilidad material, en proscribir al pueblo deicida cuya presencia en el centro del Nuevo Testamento declara a favor del Antiguo, y ofrece la imagen del réprobo que conforta al creyente en su fe. Las comunidades judías, una antigua herencia, se implantan sobre todo a orillas del Tirreno: en el siglo XI se calculó que había 500 familias en Nápoles; Benjamín de Tudela encontró más de 400 en Narbona, Lunel y Montpellier; en el momento de la reconquista de Toledo en 1085, Alfonso VI de Castilla tuvo 3000 a su lado; pero hay noticias sobre ellos en Arles, Viena, Lyon, Macón, Maguncia e incluso en Bruselas o Ratisbona. La historiografía tradicional los presenta como prestamistas o médicos. Antes de 1150 aran, vendimian, riegan los campos y combaten; en el Languedoc controlan el comercio de la sal, del cuero y de los esclavos; en Baleares, sirven de enlace con el África del oro o Sicilia. Su situación es muy estable: aunque mezclados con los cristianos, son gobernados por su rabino, son juzgados según su ley y practican abiertamente su culto; entre 1090 y 1140, en España, en la zona de Tolosa y en el Languedoc se tienen noticias de sus recaudadores de contribuciones, tesoreros, castellanos e incluso un visir (en Valencia está comprobado). Como proporcionan a los príncipes muy abundantes y regulares fuentes de ingresos, a partir de todas sus operaciones económicas, no se les persigue; en las fiestas agrarias o urbanas se les insulta

o se les hacen burlas y todos los domingos el sacerdote fustiga a los «pérfidos judíos», pero estos intermediarios natos soportan sin duda estas miserias, pues no se les ve huir ni apostatar. A través de ellos el pensamiento antiguo o el del Islam, el oro de África o las hierbas de Oriente llegan a Salerno. Barcelona. Palermo o Montpellier. Se les mantiene apartados de toda fusión, sea familiar o económica, es cierto, pero una tolerancia de seis a siete siglos parece protegerles.

Desgraciadamente, la intransigencia religiosa que acompaña a la renovada fe cristiana a partir de los gregorianos señalaba a los judíos para una inextinguible venganza. Algunos ignorantes iluminados, como Pedro el Ermitaño, lanzan a las bandas rústicas contra los judíos. En 1095 en Colonia y Maguncia (pero no en Worms ni en Frankfurt), se les quema en sus sinagogas. En el mismo momento —¿es acaso un efecto de esta acción?— una paralela rigidez dogmática petrifica al mundo rabínico: a los sefardíes de España se oponen los askhenazi de Alemania, rigoristas y devotos. Los judíos se recogen en sí mismos, se concentran, y se les ayuda en este proceso, en barrios reservados, los *ghettos* que se cercan (*chancel* de los judíos, cerca de la Bretonnerie en París, Giudecca de Venecia, etc.). En la iconografía cristiana el tipo físico del judío se resalta y se caricaturiza: estatura reducida, nariz aguileña, barba en papillote, ojos negros. A los judíos se les excluye del ejército, incluso de la «caballería villana» española; se les quitan las tierras, se les niega el acceso a los oficios, no dejándoles, pero solo a partir de 1130 o 1150, más que una vía, la del comercio de dinero y préstamos, origen del odio que les tienen los humildes. Una primera ola de expulsiones o de expoliaciones caracteriza el período comprendido entre 1144 y 1145 en Francia y en Inglaterra, y más tarde, el de 1175 a 1182 en toda Europa occidental, incluso en Castilla. En este momento, muchas de las comunidades retroceden hacia la Europa central, Pomerania, Silesia, o los extremos del mundo

cristiano, como Venecia, Sicilia o Levante. En 1215 el concilio de Letrán confirma las prohibiciones y les obliga a ostentar el bonete y la «rodela», así como el signo de la estrella de David en la ropa; el culto solo podrá ser clandestino. En 1237, san Luis, llevado por su devoto celo, deja asesinar a los judíos en París, generaliza el infamante traje, hace destruir el Talmud, provoca «milagros», solicita vigorosamente las conversiones y expolia y expulsa a los rebeldes en 1240 y 1244, postura imitada por el débil Enrique III de Inglaterra. Se constituye así en el Languedoc y en Italia el curioso grupo de los «marranos», judíos que hacen alarde de una conversión que les permite ejercer la medicina, la farmacopea o la astrología, pero que continúan practicando su fe en secreto, no sin riesgo de subir a la hoguera. Solo España sigue siendo un hogar de asilo; las nuevas expoliaciones y expulsiones de 1290 y 1306 hicieron que afluyeran allí muchos grupos de exiliados, particularmente a Andalucía y Levante, que se convierten, junto con Polonia, en una tierra prometida.

Como se ha subrayado, la primera mitad del siglo XIII, en la mayoría de los sectores recorridos, representa una pausa, y a veces un repliegue: se adquieren técnicas, se conquistan mercados y se asientan estructuras. La expansión territorial o comercial llega a su fin, el mar y el tiempo son conquistados. Sin embargo, es también el momento en que las perspectivas cambian. Los fracasos parecen posibles, y algunos son evidentes. El papel disolvente del dinero socava poco a poco un sistema productivo que se ahoga, en el momento en que el Estado, por el contrario, y la ciudad, por necesidad, parecen dispuestos a hacerse cargo, a volver a hacerse cargo de la dirección de un mundo desde hacía nueve siglos profundamente rural. Pero lo que más sorprende al observador es una ruptura en el orden social. Las formas de convivencia o solamente las costumbres introducen ya una inmensa distancia entre dominantes y dominados; los

que podían franquearla, los comerciantes con espuelas y los burgueses que beben su vino solo son admitidos confundiendo sus intereses con los de la «nobleza», en tanto que el poder de esta última aparece cada vez menos como el prestigio del juez o del guerrero, y cada vez más como el abuso de la fuerza o de la fiscalidad. Incluso en la masa de los trabajadores aparecen rupturas: maestros contra oficiales, oficiales contra parados, comerciantes contra maestros y labradores contra braceros, tallables con su talla fijada o a discreción. Estas tensiones siguen siendo aún disimuladas bajo la prosecución del crecimiento de la población, el enriquecimiento general, la dignidad restaurada de los reyes y el triunfo de la ortodoxia. La primera mitad del siglo XIII es una época importante de la historia de Europa. La comunidad de espíritu, de fe y de expresión aún en alza, tiende el manto de Noé. Es ahora en esta *koiné* en la que hay que entrar. Hemos hablado de Europa; hablemos ahora de cristiandad. Luego será necesario examinar las heridas.

Capítulo 9
UNA SEVERA NORMALIZACIÓN

Los siglos X y XI habían sido para la cristiandad occidental una época de efervescencia, de discusión y de innovación. En medio de los sufrimientos y las lágrimas había nacido una nueva organización de los poderes: la sociedad feudal. La Iglesia romana se había propuesto liberarse de la tutela del imperio y se había puesto a la cabeza de un movimiento de reforma que trataba de sustraer lo espiritual de la influencia de lo temporal. En los siglos XII y XIII, esta impetuosa oleada tiende a calmarse. No es que esta época fuera menos agitada que la precedente, sino que las cosas evolucionaban en todos los terrenos hacia una cierta estabilización y los acontecimientos que se producen señalan el final o la prolongación de opciones decisivas tomadas antes de 1120.

LA JERARQUÍA RESTAURADA

Esto es particularmente evidente para la Iglesia que, como hemos visto, concierta una serie de pactos con los poderes civiles a principios del siglo XII con objeto de poner término a los conflictos que la enfrentaban a estos últimos desde hacía varios decenios, y que al alargarse amenazaban con poner en cuestión los fundamentos del orden social y favorecer las tendencias anárquicas. Ahora bien, los clérigos más vinculados a los principios gregorianos y a los ideales reformadores no eran menos hostiles a todo lo que podía turbar, en mayor o menor medida, el orden establecido. En ellos, como en la mayor parte de los hombres de su época, predominaba el sentimiento muy intenso de que existía un orden fijado por la Providencia divina, tanto en la sociedad como en el universo físico, y que cada individuo

pertenecía a un grupo estable, que tenía sus derechos y sus deberes, situado en una estructura jerarquizada que no debía cuestionar. ¿Socavar la sociedad terrena no era, según decía Guillermo de Auvernia (muerto en 1248), atacar al propio cielo? La invocación de modelos trascendentes obró por lo general, en la Edad Media, en el sentido del inmovilismo. A diferencia de nuestra sociedad, orientada hacia el cambio y encaminada hacia un futuro que se espera mejor, la de los siglos XII y XIII exaltaba la estabilidad y consideraba la mutabilidad de las cosas humanas como una consecuencia del pecado. El tema de la Rueda de la Fortuna, tan frecuentemente representado en la iconografía de esta época, no ilustra la fecundidad del devenir histórico sino la debilidad de los hombres, juguetes de sus pasiones y de sus ambiciones. El único progreso posible, a los ojos de los clérigos de este tiempo, consistía en restaurar en la Iglesia y la sociedad cristiana la perfección primitiva, ese antiguo esplendor de los orígenes cuya nostalgia había aguijoneado a tantos reformadores.

El orden y la ley de Dios

Pero una vez solucionados, al menos al nivel más elemental, los grandes problemas que habían sido el origen de la querella de las investiduras, la Iglesia no podía más que unirse a los poderes contra los que acababa de rebelarse. Esta tendencia fue más o menos marcada según los países. Con el imperio, que no había renunciado a sus pretensiones universalistas, las relaciones continuaron siendo durante mucho tiempo bastante difíciles y tuvieron lugar nuevos enfrentamientos durante los reinados de Federico Barbarroja y Federico II. Sin embargo, las cosas sucedieron de muy distinto modo en el caso de las relaciones con las monarquías nacionales, como se ve en Francia, donde el abad de Saint-Denis, Suger, fue el principal consejero de Luis VI y Luis VII. En todas partes los reyes se rodean de prelados y monjes, que son sus más fieles colaboradores y a veces

sus historiógrafos más entusiastas. A pesar de conflictos locales, como el que en Inglaterra condujo al asesinato del arzobispo de Canterbury, Thomas Becket (muerto en 1170), la tendencia que triunfa es la de una asociación cada vez más estrecha del trono y del altar por la que Yves de Chartres, hacia 1100, había ya formulado votos y que sería uno de los rasgos característicos de la sociedad del Antiguo Régimen.

Una de las causas de este acercamiento entre las dos jerarquías, aún más sensible a nivel local, fue sin duda alguna el temor de ver a las masas cuestionar su situación de dependencia y de subordinación frente a las clases dirigentes. Desde los primeros decenios del siglo XII, la Iglesia prohibió a los laicos erigirse en jueces de sus pastores. Si algunos sacerdotes se comportan de una manera indigna de su condición, es a los obispos y solo a ellos a quienes corresponderá a partir de ahora castigarlos. En contra de las tesis que habían prevalecido en tiempos de Gregorio VII y que habían sido retomadas y amplificadas por algunos movimientos religiosos populares, se afirma solemnemente que la validez de los sacramentos no está vinculada a la integridad moral de quienes los celebran, a partir del momento en que estos han sido ordenados y consagrados legítimamente. El clero, inquieto por el éxito alcanzado por predicadores heterodoxos como Pedro de Bruys o Eon de l'Étoile, cierra las filas y se une a la aristocracia señorial, cuyo favor y generosidad le son indispensables.

En numerosas regiones, y particularmente en la Francia del norte y en Italia, comienza el movimiento comunal, que muy a menudo se afirma en detrimento del poder de los obispos. Se conocen las invectivas del monje Guibert de Nogent, en el momento de la insurrección de Laon, contra las «conjuraciones» populares y las acciones de los comerciantes y artesanos urbanos. Ahora bien, estos movimientos subsistían: tanto en las ciudades como en los campos se desarrolla una aspiración a la li-

bertad que a menudo va acompañada de una hostilidad muy marcada respecto a un clero dominador y poco edificante. Este momento crucial es más patente en Roma que en ningún otro lugar; allí, el papa Eugenio 111 es expulsado en 1146 por una revuelta que trataba de asegurar la autonomía de la ciudad en relación a la Santa Sede. Es un clérigo, Arnaldo de Brescia, quien se pone a la cabeza del movimiento y logra un gran éxito al pedir que la Iglesia renuncie en todas partes al poder temporal y a la riqueza. El papado recurre contra él al nuevo emperador Federico Barbarroja, que reprime el movimiento comunal romano y provoca la huida, y más tarde la muerte del tribuno reformador. Una significativa alianza entre dos poderes —el papado y el imperio— que se enfrentarán a continuación a lo largo de varias décadas, pero que oponen un frente común a la escalada de la subversión.

Sin embargo, la Iglesia, aunque atenúa algunas de sus demandas y se muestra más complaciente respecto al poder civil, no rompe con el espíritu de la reforma gregoriana. En el siglo XI había luchado por recobrar su libertad y desembarazarse, al menos a sus niveles superiores, de la influencia de los laicos. En los siglos XII y XIII, puso más bien el acento en la preponderancia de lo espiritual en relación a lo temporal y trató de reforzar su influencia en la sociedad. En efecto, desde Gregorio VII, el objetivo que perseguían los clérigos más conscientes no era ya tanto la constitución de algunas comunidades fervientes que aseguraran con sus oraciones la salvación de sus bienhechores como la realización *hic et nunc* de una sociedad cristiana, verdadera anticipación del reino de Dios sobre la tierra. Ciertamente, el monaquismo permaneció a todo lo largo del siglo XII activo y floreciente, como lo prueba el espectacular desarrollo de la orden cisterciense que en algunos decenios se propagó por todo el Occidente bajo el impulso de san Bernardo. Pero la nueva característica del período es el renacimiento

de la Iglesia secular, en conexión con la nueva concepción de la vida religiosa. Para plagiar —adaptándola— una fórmula célebre, diríamos que no se trataba de interpretar el mundo sino de transformarlo. La acción gana por la mano a la contemplación aunque, por supuesto, sin eliminarla. En esta perspectiva, el monaquismo no es ya el único modelo de la vida religiosa. Volviendo a sus orígenes, este último se va distanciando cada vez más, en sus formas renovadas, de la sociedad. Los cenobitas, instalados a partir de ahora en el «desierto», es decir, en el corazón de bosques y ciénagas, le dan mayor importancia a la ascesis personal y a la huida del mundo que a la acción pastoral. Esta es llevada a cabo progresivamente por los canónigos regulares, cuya expansión fue favorecida por Urbano II y sus sucesores, y sobre todo por el episcopado que, librado de sus elementos más dudosos, vuelve al primer plano tras un largo eclipse. Entre los concilios de Letrán I (1123) y Letrán II (1215), la Iglesia latina cambia de rostro. Tras la muerte de san Bernardo en 1153, los monjes dejan de desempeñar un papel protagonista, en tanto que se concretan y refuerzan las prerrogativas de los obispos. La jerarquía diocesana, dislocada en muchas regiones por el proceso de feudalización, empieza a encontrar una cierta coherencia gracias al movimiento de restitución de iglesias y de diezmos por parte de los laicos. Un poco por todas partes, a partir de 1150, se establecen estructuras ambientales más sólidas que permiten al clero controlar mejor la vida religiosa de los fieles.

Esta renovación de las estructuras e instituciones eclesiásticas es particularmente sensible en la cúspide de la jerarquía. La reforma gregoriana había conducido a la exaltación de las funciones y prerrogativas del papa. Provisto de las insignias del poder en el momento de su coronación, en que recibe la tiara (dos, y más tarde tres coronas superpuestas que simbolizan la dominación sobre la Iglesia y sobre el mundo), el papa actúa ca-

da vez más como un soberano a la vez temporal y espiritual. El papado, vinculando su causa a la de la reforma, se convierte verdaderamente, según las propias palabras de Gregorio VII, en «la cabeza y el eje» de la Iglesia universal. Sus legados tienen precedencia sobre los arzobispos; pueden reunir y presidir los concilios regionales o nacionales, obligar a los obispos a dimitir y excomulgar a los soberanos cuyo comportamiento moral no responda a sus leyes.

En efecto, la Iglesia se provee en esta época de códigos normativos cada vez más precisos, que tienen un alcance universal. Entre 1125 y 1140, un monje de Bolonia, Graciano, elabora una colección canónica, es decir, una recopilación sistemática del derecho de la Iglesia, conocida bajo el nombre de *Decreto*, que impondrá rápidamente su autoridad. Este texto, que se sitúa en la línea del derecho del movimiento gregoriano, define a los clérigos como seres a la vez separados de la masa de los fieles y superiores a ellos a causa de su misión sobrenatural. Además, hace hincapié en la autonomía de la justicia de la Iglesia —es la época en que se desarrollan en las diócesis los tribunales de provisorato, que juzgan a los clérigos y a los laicos por delitos de orden moral o religioso— y su poder coercitivo por la vía de sanciones canónicas (negativa de sepultura cristiana, excomunión e interdicto). Su concepción de la Iglesia es la de una monarquía centralizada en la que los obispos están sometidos al papa y donde los metropolitanos u otros primados no gozan más que de poderes limitados de presidencia y control. En esta obra se ha podido ver con razón la síntesis del antiguo derecho (los cánones de los grandes concilios del primer milenario) y del nuevo derecho, constituido por las decisiones de los sumos pontífices más recientes. Esta evolución se intensifica bajo el pontificado del papa Alejandro III, un jurista formado en Bolonia que da fuerza de ley a las decretales pontificias, es decir, a las decisiones tomadas por él mismo y sus predecesores inme-

diatos respecto a un problema concreto que se les había planteado. Estos textos, reunidos en colecciones oficiales a partir de 1234 por iniciativa de Gregorio IX, tuvieron en lo sucesivo autoridad, y el nuevo derecho, emanación de la voluntad del papa, prevaleció sobre las tradiciones y las costumbres locales, que los canonistas se esforzaron por desacreditar. Así, mucho antes que la sociedad civil, la Iglesia se dota de un derecho unificado puesto que ya no habrá en su seno más que una única autoridad que legisle en última instancia y que tenga el poder de conceder exenciones a las reglas que ella misma haya fijado.

En la práctica, las pretensiones de los papas a la autoridad universal se enfrentaron, sin embargo, a serias resistencias. Aunque los clérigos en conjunto se sometieron bastante rápidamente al nuevo derecho que incrementaba sus prerrogativas, los emperadores germánicos y sus partidarios en Alemania e Italia se opusieron con todas sus fuerzas al establecimiento de este poder teocrático. Federico Barbarroja (1153-1190) y sobre todo Federico II (1208-1250) trataron también de reforzar los fundamentos ideológicos de su autoridad volviendo a tomar por su cuenta las concepciones universalistas del derecho romano, que exaltaba el papel del príncipe como fuente de toda legislación. Además, otros poderes como los municipios en Italia, o las monarquías nacionales en otros lugares, no deseaban someterse en todo a la voluntad del pontífice. Esta actitud se puso de manifiesto en 1201 cuando Inocencio III intentó intervenir, a través de la decretal *Novit,* en el conflicto que enfrentaba a Felipe Augusto con su adversario, el rey de Inglaterra y duque de Normandía, Juan sin Tierra. Mientras que el sumo pontífice afirmaba su derecho de intervenir en los asuntos de los príncipes «a causa del pecado», el rey de Francia rechazó esta pretensión y afirmó su autonomía absoluta en el dominio temporal. Pero los fracasos de la política pontificia no deben velarnos la influencia que la Santa Sede ejerció al nivel de las formas

de gobierno. Desde el primer tercio del siglo XII, el papa se rodeó de una auténtica corte, la curia, y tuvo a su disposición servicios perfeccionados como la Cancillería o la Cámara apostólica (finanzas), cuya eficacia fue pronto temida. Esta evolución de la Iglesia romana tan solo comenzaba en el siglo XII, pero estaba ya lo suficientemente avanzada como para suscitar las críticas de un hombre tan respetuoso de las instituciones eclesiásticas como san Bernardo, quien, en un tratado dirigido a su antiguo discípulo el papa Eugenio III. se indignaba, en la década de los cincuenta del siglo XII, al ver al sucesor de Pedro vivir como un soberano rodado de administradores y cortesanos. Anticipándose a la mayoría de los Estados, el reino de Sicilia y tal vez Inglaterra, la Iglesia les proporcionó un modelo, el de una monarquía administrativa centralizada, que intentaron luego imitar.

Una cultura común a los dominantes

Frente a la presión de los clérigos, que acentúan su avance en el dominio de la cultura intelectual y el derecho, el otro grupo dirigente, la aristocracia laica, reaccionó dotándose de un sistema de valores y de representaciones homogéneo que se vio aparecer en las últimas décadas del siglo XI y que se desarrolló entre 1100 y 1250, aproximadamente, extendiéndose a la casi totalidad de la cristiandad. Esta evolución no fue obra de los soberanos, ni de los príncipes influyentes. Las cortes reales, como las de Hohenstaufen o los Capetos, por ejemplo, siguieron siendo focos de cultura tradicional con una preponderante influencia de la Iglesia. Se desarrollan allí actividades de orden litúrgico y musical, en el marco de la capilla real, así como los géneros literarios eruditos: hagiografía, historiografía, poesía latina, etc. De hecho, las iniciativas innovadoras proceden de la base, es decir, del mundo de los *milites* (caballeros) y de los vasallos, que constituyen el grupo más numeroso en el seno de la aristocracia, pero cuya situación seguirá siendo precaria duran-

te mucho tiempo. Pues, contrariamente a lo que creyó Marc Bloch, sabemos ahora que, salvo en casos excepcionales como el de Normandía o el de Inglaterra después de 1066, la vieja nobleza carolingia no desapareció durante el «siglo de hierro» que enmarca el año mil. Las familias ducales o condales que en el siglo XI estaban en posesión del poder no se confundían con el grupo de los vasallos militares, esos hombres libres que tenían los medios para combatir a caballo, ni con los aventureros que, por su excelencia en el oficio de las armas y una hábil política matrimonial, habían conseguido asegurar su dominio sobre una torre que dominaba una o varias aldeas. Pero, a medida que su poder de hecho se hacía hereditario y que la concesión de feudos por los poderosos a cambio de su fidelidad incrementaba su poder, estos caballeros tendían a fundirse en el grupo aristocrático. Se crea una clase señorial que trata de distinguirse de los restantes grupos sociales estableciendo barreras que hagan imposible tanto la degradación que hubiera supuesto una vuelta a la tierra y al trabajo manual como la entrada en la clase dominante de nuevos elementos: nuevos ricos y burgueses, «hombres armados» saqueadores y soldados mercenarios. A lo largo del siglo XII se establece una nueva nobleza a la que no se puede pertenecer más que si se practica un género de vida caracterizado por un cierto número de ritos y signos distintivos que son el fundamento de la ideología caballeresca.

Esta cultura común está constituida por un doble proceso. El primero es la extensión al conjunto de la clase señorial de costumbres y concepciones que eran al principio las de una reducida minoría. Así, el «modelo real», que los príncipes alemanes o franceses habían hecho suyo en el siglo X, continúa luego difundiéndose en las capas inferiores de la aristocracia: el sentimiento dinástico, el sentido de la sucesión o la veneración que se profesaba a los antepasados varones eran característicos, alrededor del año mil, más que de un número muy limitado de

grandes familias. En el siglo XII, estas concepciones se vulgarizan y marcan profundamente todos los clanes señoriales, que tratan de organizarse sobre una base dinástica a medida que se intensifica el proceso de «descenso» de la autoridad hasta el nivel más bajo: el del señorío territorial. A partir de entonces se puede definir como nobles al conjunto de hombres que comparten los privilegios y las costumbres propias del rey algunos siglos antes.

Pero la evolución no se efectúa solamente de arriba a abajo. Se puede comprobar, por ejemplo, a propósito de la difusión de la ceremonia de armar caballero. Este rito de paso que señalaba simplemente la entrada en la edad adulta era habitual entre los *milites*, pero la alta aristocracia parece ser que lo ignoró durante mucho tiempo. Por el contrario, hacia mediados del siglo XII, casi no hay hijo de príncipe o incluso de rey que no se haga armar, pues esta ceremonia se había convertido en un atributo de nobleza y en un codiciado honor. De hecho, la nueva cultura aristocrática se constituye en torno a los valores guerreros particularmente apreciados por los caballeros. Esta cultura se pone de manifiesto sobre todo con motivo de las grandes concentraciones humanas a que dan lugar las fiestas y los torneos. A medida que la paz de Dios limita las posibilidades de las guerras privadas, estos encuentros extremadamente sangrientos, en que unos campeones se enfrentan en un palenque ante un público de entendidos, fueron cada vez más apreciados. Lo mismo se puede decir respecto de las reuniones de la corte señorial en que se creaban figuras ejemplares que respondían a las aspiraciones de los caballeros, particularmente de los «jóvenes», es decir de los «bachilleres» y jinetes solteros que tascaban el freno bajo la autoridad de un padre o un hermano mayor y que esperaban de la aventura un ascenso.

Aunque el marco en el que nació la nueva literatura aristocrática en lengua vulgar fue casi el mismo en todas partes, sus

expresiones variarán sensiblemente según las regiones. En la Francia del norte, de Normandía a Anjou y a Champaña, son sobre todo clérigos que viven con los castellanos los que elaboran los poemas que son luego recitados por los «juglares» ante públicos atentos, e incluso apasionados, pero pasivos. Los cantares de gesta o las novelas de caballería abordan problemas muy expresivos para la audiencia, como los casos de conciencia suscitados por la pluralidad de los compromisos de los vasallos o la venganza frente a la felonía. Al término de un proceso de sublimación basado en la evocación de un pasado más o menos mítico (la época de Carlomagno) y de un espacio real, a menudo mediterráneo (de Roncesvalles a los Alyscampos, pasando por Narbona y Orange), la exaltación de la función militar desemboca en el servicio del Señor Dios. En cambio, en el Mediodía, es decir, al sur del Loira, la nueva literatura se encarna más en lo concreto de la existencia, pues el contexto cultural de la creación y de la representación es bastante diferente. Los autores de cantares en lengua vulgar son sobre todo laicos, que hablan de ellos mismos en primera persona e intervienen igualmente al nivel de la ejecución de sus obras. El auditorio, más limitado y del que están excluidos los clérigos, no permanece inactivo, sino que cada uno de sus miembros interviene sucesivamente para desempeñar un papel creador y expresar directamente si no una sensibilidad original, al menos una auténtica cultura. Los textos meridionales son, pues, más cortos, menos militares, más líricos, y se apoyan en una métrica refinada y una melodía compleja. Se canta sobre todo al amor, al *fin amor*, aunque la guerra y la aventura no están ausentes. En la poesía de los *trobadors* se expresa una aristocracia más civil, urbana y profana que la del norte. La diferencia se debe al pasado de estos conjuntos de regiones, pero sobre todo a las relaciones que mantienen allí los clérigos y los laicos. En las tierras que van de Lemosín a Provenza, la reforma gregoriana se había traducido,

sobre todo, en un renacimiento del monaquismo, y el clero regular, poco afectado por el movimiento, apenas trató, según parece, de actuar sobre la sociedad en la que vivía para cristianizarla. De lo que se derivó una separación más clara que en otras partes entre lo sagrado, identificado con la huida del mundo, y lo profano, dominio de la alegría de vivir y la fiesta.

El mensaje que se desprende de los cantares en lengua de oc es, en efecto, muy evidente. Los hombres aparecen como iguales ante el amor (al menos en el seno del grupo de los caballeros), pero la nobleza de espíritu se encuentra entre los pequeños señores y los «jóvenes» que solo viven de esperanza, más que entre los ricos y los poderosos que cultivan de buen grado la avaricia y se contentan con un amor puramente sensual —unión conyugal en el marco del matrimonio legítimo o ayuntamientos ancilares— que no implica ninguna búsqueda del mérito. El amor cortés no excluye la posesión, pero los que la celebran saben que es muy difícil de llevar a la práctica. Apiñados en la corte del señor, los caballeros codician sin duda a sus hijas o sueñan en cometer adulterio con su *domina*. Pero los pretendientes, a los que los *trobadors* llaman los *lauzengiers*, son tan numerosos que se hacen daño mutuamente y ninguno de ellos, por afortunado que sea, puede pretender reinar exclusivamente en el corazón de su dama. Lo que el hombre cortés puede esperar conseguir de su amor y de los esfuerzos realizados es, ante todo, el honor. Ahora bien, este es otorgado por las mujeres, que pueden así elevar por encima de su rango a un pobre caballero o a un joven jinete valeroso.

Se han hecho muchas preguntas sobre los orígenes de la poesía cortesana. Algunos han descubierto influencias cristianas (el culto a la dama sería el reflejo laicizado de la devoción mariana), árabes o latinas. Ninguna de estas hipótesis se ha de excluir, pues es cierto que la poesía latina, con el redescubrimiento de Ovidio, produjo en el siglo XII obras en que se expre-

sa una concepción del amor bastante próxima en algunos aspectos a la de los trovadores. Pero esto no es lo esencial. Como bien se ha señalado, el nacimiento de esta literatura profana en el país de Oc y el éxito que experimentó a continuación en Francia, Italia y en el mundo germánico, no son ajenos al estado de tensión permanente entre la baja nobleza y la alta feudalidad en su vida común en la corte, y a la necesidad histórica de neutralizar por un ideal común las divergencias reinantes en el plano existencial entre los intereses de los grupos. ¿La paradoja amorosa que está en la base del sistema cortés —renunciar al goce inmediato para adquirir más mérito a los ojos de la dama que se quiere conquistar—, no es la proyección sublimada de las aspiraciones de los pequeños vasallos que, al no disponer de feudos ni de dinero, tratan de afirmarse a través del valor y la seducción?

Cabe preguntarse por qué esta literatura, que se había formado en el medio social de los pequeños señores occitanos, fue tenida en cuenta por los más grandes, como el duque de Aquitania, Guillermo IX, el más antiguo poeta cortesano conocido y uno de los más originales. ¿Qué interés tenía la alta nobleza en hacer suyas las aspiraciones y los fantasmas de un grupo de advenedizos o, en todo caso, de inferiores? Sin duda, había comprendido que era necesario reforzar la fidelidad debida por el vasallo, a causa de su compromiso personal, a través de otros vínculos más sutiles. El amor y la lealtad figuraban entre los valores caballerescos. ¿No era oportuno exaltarlos para que se convirtieran en los fundamentos de un consenso ideológico en el seno de la aristocracia? Se ha señalado con mucha razón que la gran época de la literatura de los trovadores correspondió a la segunda época feudal: aquella en que los vínculos reales pierden su preponderancia en las relaciones feudo-vasalláticas y en que las relaciones en el seno de la aristocracia se fundan sobre todo en contratos personales. El señor ya no tiene sin duda tie-

rras que ofrecer. Pero al mantener en su corte a los hijos de sus vasallos, al reforzar por la convivencia y los frecuentes regalos los tenues lazos que les unían a estos últimos y, finalmente, al exaltar los valores de la camaradería, contribuía a establecer un orden original, fundado a la vez en el «amor» y en el respeto de las distancias, que constituía un poderoso factor de integración social. Así, en la *cançó*, las tensiones internas de la aristocracia se trocan en tensiones estéticas, y la alegría de la forma bella hace olvidar las decepciones de la existencia, así como el carácter irreversible de la evolución que profundiza cada día más la zanja que separa a los grandes y los pequeños señores. Tanto en el norte como en el sur, el contenido temático de la obras cortesanas se hace pronto convencional: al final del siglo XII, el rey de Francia no trataba ya a sus vasallos como el rey Arturo a sus comensales, los caballeros de la Mesa Redonda. Al sur del Loira, bajo la influencia del derecho romano, el contrato del vasallo llega a ser cada vez más exigente y el juramento sustituye a la palabra dada. En cuanto a la «aventura» exaltada por Chrétien de Troyes bajo los rasgos de Lancelot, Perceval o Yvain, se revela cada vez más ilusoria o decepcionante. Pero la boga de la literatura cortesana no disminuye sin embargo, y durante mucho tiempo aún la caballería quedará fascinada por estas obras que la consuelan de la dureza de la época, recreando un mundo imaginario en el que la comunidad entre las diversas capas de la nobleza parece aún realizable.

La emergencia de esta literatura aristocrática es un acontecimiento importante en la historia del Occidente medieval. Por primera vez se constituye una cultura en lengua vulgar fundada en un rechazo de los valores religiosos y morales del cristianismo. Al matrimonio monogámico e indisoluble, que el alto clero y los monjes tratan de hacer prevalecer entre los laicos a partir del final del siglo XI, la nobleza opone su propia concepción del amor fundada en una poligamia de hecho y en el desprecio del

vínculo matrimonial. Al culto mariano, entonces en su apogeo, responde con la devoción por la dama, objeto y centro de una verdadera liturgia. Junto a la concepción tradicional de la mujer procreadora y respetable en tanto que madre, es decir, origen de un linaje, se afirma la idea de que el verdadero envite de la relación entre el hombre y la mujer es el placer.

Se trataba sin duda de un juego y tal vez hay que ver ahí la simple inversión de una realidad infinitamente menos bella. No obstante, al tomárselo en serio toda una sociedad, se reconoce en esta visión idealizada y se complace en sus expresiones artísticas. La literatura cortesana se convirtió pronto en un verdadero código de comportamiento para todas las minorías selectas de la cristiandad occidental. Alrededor del año 1200, el hijo de un rico comerciante de Asís que aspiraba a vivir como un caballero, san Francisco, ¿no cantaba poemas de amor en francés? E incluso después de haberse consagrado al servicio de la Dama Pobreza, ¿no continuó sintiendo una gran estima por valores aristocráticos como la liberalidad y la magnanimidad? Vivir cortesanamente era también una manera de distanciarse respecto a los grupos sociales inferiores, burgueses y campesinos, incapaces de alejarse del deseo y del dinero. Pues, más allá de todas las divergencias internas del grupo señorial, la cortesía se presenta ante todo como un rechazo de todas las formas de *vilennie*, es decir, en definitiva, de la cultura y del comportamiento de las clases subalternas.

Triunfo de lo escrito, extinción de otras culturas

En el plano lingüístico, el hecho más destacado de los siglos XII y XIII es la entrada en escena de las lenguas vulgares y su ascenso a la dignidad de vehículos de una cultura literaria escrita. El fenómeno, más precoz en los países germánicos y complicado en Inglaterra por los traumatismos que siguieron a la conquista normanda, se verifica sobre todo en Francia, y más tardíamente en Italia, Cataluña y España. La Iglesia pierde su

monopolio cultural, y el latín, aunque conservando fuertes posiciones, apenas será ya, después de 1250, más que la lengua técnica del pensamiento abstracto (teología, filosofía, derecho). No es seguro, sin embargo, que se pueda hablar de una promoción generalizada de la cultura de los laicos. En una sociedad tan compartimentada como la de la Edad Media, estos estaban lejos de constituir un grupo homogéneo. Aunque los caballeros se mostraban preocupados por liberarse de la tutela de los clérigos, sufrían no obstante su influencia y se sentían más próximos a ellos que a los campesinos o los artesanos. Además, a partir del final del siglo XI, en muchas de las regiones de Occidente la aristocracia laica tuvo el cuidado de hacer dar a sus hijos, o al menos a algunos de ellos, un mínimo de instrucción, como lo muestran los ejemplos de Aberlado o de Guibert de Nogent. Por lo que pronlo se ve a la nobleza sobrepasar la simple búsqueda de la proeza física y de la hazaña guerrera para aspirar a la «probidad», es decir, a un equilibrio entre la valentía y una cierta sabiduría aprendida en los libros o al menos en los textos leídos. Esta evolución contribuyó a alejarlos progresivamente de lo que se ha acordado llamar la cultura folklórica, que siguió siendo atributo de los rústicos.

Esta cultura profana esencialmente campesina había sido combatida y neutralizada por la Iglesia desde la alta Edad Media, época en la que apenas tenemos noticias de ella más que a través de condenas conciliares, de penitenciales o de relatos hagiográficos de origen clerical. Aun cuando algunos autores transmiten algunas de sus facetas, lo hacen casi siempre desnaturalizando sus elementos constitutivos para hacerlos inofensivos. A partir del siglo XI, las manipulaciones de este folklore llegan a ser más frecuentes o, más exactamente, la presión que ejercía sobre la cultura intelectual se hace sentir más, como queda bien de manifiesto en los desarrollos que experimentaron entonces el culto a los muertos, la multiplicación de las fór-

mulas de bendición y de maldición y el uso generalizado de las ordalías.

La literatura caballeresca hizo en el siglo XII un cierto número de préstamos a estas tradiciones orales, en particular en Alemania y en Inglaterra, antes de que el éxito del género cortés llegara a sumergir estas supervivencias y a unificar en función de su temática propia las expresiones de la cultura aristocrática. Así, en los *Nibelungos*, un poema épico alemán puesto por escrito al final del siglo XII por clérigos bávaros, reina una atmósfera de violencia sanguinaria y de profundo pesimismo que se relaciona con las tradiciones heroicas primitivas de los pueblos germánicos y de la mitología escandinava. En estos relatos, inspirados en las rivalidades familiares entre los merovingios y en las vicisitudes del reino burgundio de Worms, aparecen algunas concepciones paganas: el carácter inextinguible de la venganza, la superioridad de la mujer sobre el hombre, o la ausencia de toda sentimentalidad son rasgos que atestiguan la supervivencia en plena Edad Media de una psicología y una escala de valores completamente ajenas al cristianismo. Lo mismo, o casi, se podría decir a propósito de la *Materia de Bretaña*, ese conjunto de fábulas y de relatos de origen céltico donde prolifera todo un maravilloso folklore del que los autores de novelas de caballería del siglo XII se sirvieron ampliamente. Se ha puesto de relieve el papel de Melusina, el hada que proporciona a la caballería tierras, castillos y linaje, y que acaba por convertirse en la encarnación simbólica y mágica de sus ambiciones. El estudio de *Yvain o el caballero del león* de Chrétien de Troyes (hacia 1180) muestra igualmente la importancia, en esta obra que obtuvo tanto éxito, del tema del bosque, ese mundo de la marginalidad y el desorden donde proliferan seres extraños, fantasmas y hombres salvajes, encarnaciones de la creencia popular en una continuidad entre el hombre y el reino animal, incluso vegetal, que la Iglesia combate oponiéndole la idea del hombre

hecho a imagen y semejanza de Dios. ¿En su *Vida de Merlín*, el clérigo inglés Geoffroy de Monmouth no presenta al hombre salvaje como el fruto de la unión entre un mortal y un demonio íncubo? Otros autores anglosajones del siglo XII, como Gervais de Tilbury o Gautier Map, se hicieron igualmente eco de tradiciones populares que la Iglesia no había aún ocultado y que continuaban una vida subterránea. Pero también a este nivel el desarrollo de la cultura cortesana fue, a fin de cuentas, más perjudicial que benéfica para la de las clases subalternas. Al dar nacimiento a una cultura escrita, contribuyó a sumir en la oscuridad y en la marginalidad todo un conjunto de tradiciones orales que no volvieron a surgir ya más que en la boca de las víctimas de la Inquisición. Otro tanto puede decirse con respecto al nacimiento de una literatura «burguesa» que empieza a desarrollarse a finales del siglo XII en las grandes ciudades del norte de Francia, particularmente en Atrás, y de la Italia centroseptentrional. Aunque la sátira de los clérigos no está ausente y aunque el mundo de los señores es objeto de parodias más o menos irrespetuosas, es aún el campesino tonto y grosero quien constituye el blanco favorito de estos autores tanto más preocupados por desmarcarse de los gañanes en cuanto que a menudo ellos mismos acaban de salir del mundo rural.

No obstante, siguen existiendo puentes entre los diferentes medios que hemos distinguido, y el paisaje cultural, en la realidad vivida, estaba menos compartimentado de lo que llegará a estarlo más tarde. En ciertos terrenos, se puede incluso volver a encontrar un fondo común de actitudes mentales que trascienden las divergencias socioculturales. Así, entre los clérigos de la época, se manifiesta por ejemplo un sentido de lo concreto y una credulidad que no difieren mucho de las del pueblo. A todos los niveles, solo se cree lo que se ve o se vive: pero se cree todo lo que se ve, y la actitud de la Iglesia respecto al milagro evoluciona muy lentamente y únicamente en las esferas supe-

riores. Las abstracciones apenas hacen mella en los espíritus. Así, la santidad, antes de ser concebida como un conjunto de cualidades morales, es generalmente percibida como un poder eficaz y una influencia benéfica. La propia literalidad impregna tanto el ideal ascético de los ermitaños o la aspiración a la pobreza de los movimientos evangélicos como los esfuerzos de los gramáticos por hallar las realidades que están detrás de las palabras a través de sus etimologías y sus radicales. Además, algunos grupos intermediarios garantizan una relación entre el mundo de las escuelas y el de las calles y los bosques. Así, los goliardos, un grupo mal definido de poetas no conformistas, logran fundir en sus obras poéticas elementos de la cultura antigua, la herencia de su formación clerical y tradiciones aldeanas como el mito de Jauja, donde el placer de los sentidos, la abundancia y la juventud son eternos, versión pagana de la edad de oro. Incluso es posible que el redescubrimiento del paganismo antiguo, ya sea directamente o por intermedio de los árabes, condujera a algunos ilustrados a una mejor comprensión de la cultura folklórica, como parece atestiguar el éxito de los bestiarios, lapidarios y tratados de astrología. Pero es sobre todo en los dominios donde la Iglesia no había definido aún claramente su doctrina donde las concepciones tradicionales continúan aflorando. La principal es la de las postrimerías. La imprecisión del dogma a este respecto, que se prolongará hasta el siglo XIV, favoreció la manifestación de creencias y de comportamientos que, so capa de textos sagrados como el Apocalipsis y doctas especulaciones sobre el fin del mundo, expresan la supervivencia de los sueños milenaristas y de las aspiraciones mesiánicas. Los mismos problemas se plantean a propósito del más allá, ese mundo oscuro poblado de espectros que el pueblo cree que vuelven a apesadumbrar a los vivos y que pronto habrá que encerrar en el purgatorio. Y, por último, está la cuestión de la existencia de los demonios, que los clérigos

evocan tan a menudo en el marco de su combate contra la usura y todas las formas de inmoralidad, pero con los que numerosos laicos no vacilan en concertar pactos, con riesgo, como en el caso de Teófilo, de comprometer la salvación de su alma.

Sin embargo, las mayores tensiones entre clérigos y laicos a nivel cultural tuvieron lugar en el ámbito religioso. Un bloqueo particularmente tenaz se había establecido en torno a las Escrituras, y el clero, lejos de favorecer su divulgación, velaba celosamente por este tesoro, que consideraba como su patrimonio. Las traducciones de la Biblia en lengua vernácula estaban prohibidas, por temor a que los laicos interpretaran incorrectamente los pasajes difíciles de los textos sagrados y se deslizaran hacia la herejía. El riesgo no era imaginario, como lo muestra, al final del siglo XII, el éxito alcanzado por los perfectos cátaros, que dan al evangelio una interpretación dualista y gnóstica. De esta situación se derivó una dicotomía entre la reflexión teológica, patrimonio de un pequeño número de especialistas surgido de los medios universitarios, y las expresiones espontáneas del sentimiento religioso popular, que se hacen cada vez más numerosas a medida que se avanza en el siglo XIII. De Flandes a Lieja y de Renania a Sajonia nace entonces la literatura mística, obra de mujeres, a menudo procedentes de medios modestos, que exploran las vías de unión con Dios empleando las palabras de la vida cotidiana. En 1232-1233 la monja cisterciense Beatriz de Nazareth compone en lengua ciosia, el flamenco de la Edad Media, una autobiografía como colofón de un pequeño tratado. *De los siete grados del amor,* primer escrito místico femenino en lengua vulgar. Algunos años más tarde, una beguina de Amberes, Hadewych, compone en su idioma nativo una obra muy variada que alcanza las más altas cotas de la poesía lírica religiosa. Este movimiento que se amplifica, sobre todo en los países germánicos, no deja de suscitar la inquietud del clero, que ve con malos ojos esta escalada del misticismo popu-

lar que apenas controla. Este es el sentimiento que expresa muy claramente un franciscano alemán, Lamprecht de Ratisbona, cuando escribe:

> Este arte nació ayer
> entre las mujeres de Brabante y Baviera.
> ¿Qué arte es este, Dios mío,
> en que una mujer destaca más
> que un hombre docto y sabio?

Además, la Iglesia procuró limitar la difusión de estos textos y los sometió a la censura de los clérigos, antes de condenar a las beguinas, a principios del siglo XIV, con el pretexto de que estaban contaminadas por las influencias heréticas. Se extinguía así una de las más fecundas e innovadoras corrientes de la cultura medieval ya que concernía sobre todo a los laicos y las mujeres.

Progreso del derecho erudito

Desde la alta Edad Media, Occidente no tema una legislación civil que se impusiera uniformemente a todos los súbditos de un príncipe. Tras las invasiones bárbaras prevaleció el sistema de la personalidad de las leyes, que variaban según la pertenencia étnica y el rango social de las personas. Luego, con la desaparición de toda justicia estatal y centralizada, la diversidad se incrementó. Una vez establecido el orden señorial y feudal, la noción de ley desaparece y cede el lugar a la costumbre, por lo general no escrita. «Había casi tantas leyes como casas», dirá un jurista boloñés del siglo XII al evocar el período inmediatamente anterior. Y sin embargo, Italia era sin duda en toda la cristiandad el foco donde la noción de derecho había sido menos olvidada. Las ciudades continuaban siendo, más que otros lugares, los centros administrativos de las regiones vecinas, y de los jueces que dictaban sentencias según el derecho lombardo, muy impregnado de influencias romanas. Además, en el si-

glo XI, las regiones septentrionales y centrales de la península pertenecían al imperio y, a pesar de las dificultades que experimentaban los soberanos germánicos para hacerse obedecer, la idea de una autoridad pública superior sobrevivía allí mejor que en otras partes. Lo mismo ocurría en Roma, donde el poder pontificio seguía siendo indiscutible. Esto es lo que explica la existencia, atestiguada muy pronto en estas regiones, de notarios que levantaban actas en virtud de la autoridad imperial o pontificia, y ante los cuales se debían registra las escrituras para que fueran válidas. Para formar a estos escribanos funcionaban escuelas de notariado, bien atestiguadas en Parma y en Rávena, donde se podían adquirir algunas nociones jurídicas. A partir de este modesto substrato tiene lugar, desde finales del siglo XI y sobre todo en el siglo XII, un renacimiento del derecho civil y de los estudios jurídicos cuyo centro fue la ciudad de Bolonia. Su principal artífice fue un maestro de escuela de esta ciudad, Irnerio, cuyo mérito esencial fue hacer del derecho civil una disciplina autónoma, distinta del orden de las artes liberales y dotada de técnicas propias, en particular la glosa. Bajo su influencia y la de sus alumnos se operó, en el curso del siglo XII, un notable renacimiento de los estudios jurídicos que se pone de manifiesto por un redescubrimiento progresivo de textos auténticos del derecho romano imperial, en particular el *Digesto* de Justiniano, que solo se conocía a través de compilaciones fragmentarias y cargadas de interpolaciones posteriores.

Conviene preguntarse sobre las razones de este recurso a fuentes dispersas u olvidadas. Se debe sin duda, por una parte, a la voluntad de retorno a la Antigüedad y a tradiciones más fiables que caracterizan, en todos los ámbitos, al siglo XII. Pero es sobre todo el renacimiento, más precoz en Italia que en otras partes, de la actividad económica de los intercambios y de las ciudades lo que favoreció la búsqueda de un derecho, particularmente en materia de contratos, que sobrepasará los particu-

larismos locales y la diversidad de las costumbres. A esto se añade la voluntad de un cierto número de intelectuales idealistas, apasionados de la lógica, que aspiraban a una autoridad única haciendo aplicar una ley común. Hacia mediados del siglo XII, los profesores de derecho de Bolonia creen haber encontrado su paladín en la persona de Federico Barbarroja, que procuraba a la sazón restablecer en Italia la autoridad imperial. A cambio del apoyo que prestaron a sus pretensiones al afirmar que la ley no tiene otra fuente que la voluntad del príncipe, recibieron de él en 1158 numerosos privilegios que contribuyeron a reforzar su prestigio y su influencia. Pero este tardío redescubrimento del derecho romano no podía desembocar en un puro y simple retorno a la legislación de Justiniano. No se podían olvidar los siglos de historia trascurridos y, por lo demás, las vicisitudes dei reinado de Barbarroja, en particular su fracaso final contra las ciudades de la liga lombarda, bastaban para ilustrar el carácter anacrónico de esta restauración. Con la paz de Constanza, en 1183, las comunidades italianas ven reconocer su derecho a hacer por sí mismas sus leyes, y un poco más tarde comienza la redacción de estatutos comunales cuyo contenido difería sensiblemente de una a otra ciudad. El derecho romano conserva todo su prestigio y está por encima de otros derechos, aunque no consigue eliminarlos. Hasta el final de la Edad Media, la situación jurídica de Italia se caracterizará por la coexistencia del derecho común (*ius commune*) con el derecho de las diversas comunidades (*ius propium*). Pero hay que subrayar que los estatutos comunales como los que fueron puestos por escrito en el siglo XIII no son simples reglas prácticas o empíricas, como podían serlo las costumbres de un señorío incluso cuando eran consignadas por escrito, sino una verdadera legislación municipal sancionada y ratificada por los organismos políticos.

La difusión del derecho romano fue igualmente muy precoz y rápida en la Francia meridional. En estas regiones, el derecho consuetudinario había permanecido bastante vigente y el uso del acta escrita no había desaparecido nunca. Toulouse y Montpellier acogieron desde la década de los cuarenta del siglo XII escuelas de derecho donde se formaron «legistas» influyentes en los consulados y en las cortes de los señores más poderosos. Fueron ellos los que, con gran escándalo de los *trobadors*, introdujeron al sur del Loira la práctica del juramento prestado sobre los Evangelios o sobre reliquias, que sustituyó a la antigua promesa en las relaciones feudo-vasalláticas y las costumbres judiciales: ¿no debían ser creídos los nobles por su palabra y sus relaciones reguladas por la *convenientia*? Jurar o dar pruebas solo era oportuno para los comerciantes o los campesinos. Pero, a pesar de las recriminaciones de un Peire Cardenal, los vínculos contractuales se transforman a todos los niveles y se rodean de garantías jurídicas. De manera indirecta y difusa, el derecho romano influencia las costumbres locales y las hace evolucionar en un sentido más racional, volviendo a valorar nociones olvidadas como la de la equidad. En Italia, su huella se hace sentir incluso en los numerosos *libri feudorum* que fueron entonces redactados. Más que un conjunto de textos se trata de una herramienta conceptual que permite un nuevo enfoque de los problemas jurídicos y sociales y de un lenguaje que pronto se convertiría en patrimonio de una categoría de escribanos.

En el norte de Francia, el derecho romano no experimentó la misma fortuna. Los Capetos, que veían con desconfianza estos textos que exaltaban la preponderancia del emperador, prohibieron su enseñanza en París, lo que no impidió que se estudiara en Orleans a partir del final del siglo XII. Pero las regiones septentrionales no quedaron al margen del movimiento de renacimiento jurídico. La redacción de las costumbres orales se inicia primeramente en el oeste (*Coutumes normandes* de Ram-

nulf, *Assises* del conde Geoffroy de Bretaña), y luego se extiende al centro de Francia (*Usages d'Amiens*, 1249; *Enseignements* de Pedro de Fontaine, 1254; *Libro de justicia*, 1265). En Alemania, el movimiento es idéntico cuando Eike von Repgow compila el *Sachsenspiegel* (El espejo de los sajones), hacia 1221-1224. Como en el caso de Flandes, se ve aparecer entonces en estas regiones un derecho penal de un nuevo tipo que tendía a quitar a los delitos criminales el carácter privado que teman en el derecho germánico y feudal. Para legitimar la intervención activa de las autoridades públicas en los asuntos de sangre, los clérigos del círculo condal debieron volver a poner en vigor la noción de un orden público del que el poder era el garante. De este modo, los crímenes se convertían en principio en transgresiones de la autoridad condal, que estaba habilitada para castigarlos, y la represión en un servicio público. Los municipios hicieron lo mismo por su parte. La paz jurada entre los burgueses prohibía las *faides* o venganzas privadas y los litigios debían someterse al obligatorio arbitraje de los *faideurs* municipales, lo que los convertía en delitos de derecho público. El proceso deja de ser progresivamente un combate entre particulares, en que las autoridades solo desempeñan el papel de testigos, para transformarse en debates entre un individuo y un representante de los poderes públicos, que se ponen en el lugar de la parte perjudicada. Asimismo, el antiguo procedimiento acusatorio es reemplazado al final del siglo XII y principios del XIII por un procedimiento inquisitorio. Una querella privada basta para poner en marcha las diligencias de oficio por parte del baile condal, asistido más tarde por las cortes feudales de derecho común. La aparición de este «ministerio público» anticipadamente, encargado de entablar diligencias por su propia iniciativa contra los criminales, es una de las creaciones maestras de la Edad Media. Y lo mismo se puede decir de la evolución del sistema de las pruebas. Al sistema germánico de las ordalías por el

fuego, el agua o el duelo judicial, reemplaza en la segunda mitad del siglo XII un sistema más racional y objetivo en el que los jueces desempeñan un papel activo ya que es a una comisión de regidores a quien corresponde investigar y escuchar a los testigos capaces de aportar la prueba legal. Lo mismo ocurre en la Iglesia, donde el recurso a las ordalías es prohibido en 1215 por el IV Concilio de Letrán. Todo este movimiento de racionalización de la justicia y de desarrollo del derecho dará sus frutos sobre todo en el siglo XIII. Directa o indirectamente, procede de la creciente influencia ejercida por el derecho erudito —derecho romano y derecho canónico que, por otra parte, hace numerosos préstamos al primero.

Sus repercusiones sobre la ética política no son menos importantes, en la medida en que contribuye al renacimiento de la idea de *res publica*. Para Juan de Salisbury, un gran letrado inglés convertido en obispo de Chartres, que desarrolla una reflexión sobre los problemas políticos de su tiempo, el príncipe es «persona pública y poder público». En Francia y en Inglaterra se empieza a emplear la expresión «la corona», que implica una continuidad trascendente más allá de la sucesión de los soberanos. El rey pasa a ser del justiciero que era ante todo, a legislador. En Francia es san Luis quien innovará, tras una interrupción de varios siglos, legislando a través de ordenanzas válidas para todo el reino. El marco sigue siendo feudal y el soberano no decide nada sin haber pedido consejo a sus pares. Pero el orden monárquico se perfila en el horizonte y no transcurrirá mucho tiempo antes de que los legistas de los Capetos afirmen que «el rey de Francia es emperador en su reino».

Las desviaciones aplastadas

A partir de 1120, se multiplican en Occidente movimientos religiosos populares que ponen en cuestión el poder y la riqueza de la Iglesia. Esta, en efecto, había salido reforzada y enriquecida de la querella de las investiduras. Los señores, grandes y pequeños, conmovidos por las amenazas y las sanciones económicas, comenzaron a restituir las porciones de los bienes temporales eclesiásticos de los que se habían apoderado en los siglos precedentes: iglesias, diezmos y diversas prestaciones volvieron poco a poco a manos del clero y, en particular, de los monjes, que son los principales beneficiarios de las generosidades otorgadas, frecuentemente, *in articulo mortis*.

Movimientos populares entre la oposición y la herejía

Ahora bien, en la misma época los mejores cristianos, tanto clérigos como laicos, experimentan la influencia del ideal de la vida apostólica, caracterizado por el deseo de una vuelta a la vida en común y por la renuncia a la propiedad privada. Para realizar plenamente estas aspiraciones, algunos laicos se asocian a los religiosos según diversas modalidades, como los campesinos del sur de Alemania que, si hemos de creer a Bernold de Constanza, acudieron en gran número a ponerse a las órdenes de los monjes de Hirsau y se asociaron como conversos, es decir, como servidores y labradores, a sus comunidades. Pero muchos, que tenían pocas esperanzas en la institución eclesiástica y estaban convencidos de que nunca cambiaría, se apartaron de ella y entablaron violentas polémicas contra el clero, incitando a los fieles a no pagar el diezmo y a rechazar los sacramentos, en particular el bautismo y el matrimonio. Con Pedro de Bruys y Enrique de Lausanne, se llega a la negación de la propia Iglesia y de sus ritos, manteniéndose como única exigencia una fe puramente espiritual.

Aun sin llegar a estos extremos, muchos fieles esperan que la Iglesia se acomode, hasta en su apariencia externa, a la pobreza de Cristo y sus apóstoles. En nombre de este ideal, Arnaldo de

Brescia pide a la Iglesia romana que renuncie a su poder temporal y a sus riquezas (1151-1155). Su fracaso y su trágico fin refuerzan a sus partidarios en la idea de que la jerarquía obstaculiza la difusión del Evangelio. Además, numerosos laicos, dado el tipo de vida pobre y ascético que adoptan, se consideran habilitados para ejercer libremente la función de la predicación. Pero la Iglesia hace de ella una tarea reservada únicamente a los clérigos.

Por todas estas razones, el clima de entendimiento y de colaboración que se había creado en el siglo XI entre la minoría reformadora del clero, agrupada en torno al papado, y los movimientos religiosos populares no es más que un recuerdo a mediados del siglo XII. Reforzando los privilegios de los clérigos y acentuando su separación del mundo profano, los gregorianos habían preparado a sus sucesores un difícil futuro. Se colocan toda una serie de obstáculos entre una Iglesia que desarrollaba sus estructuras y reforzaba su armadura jurídica y las corrientes evangélicas que tendían a deslizarse hacia un espiritualismo exacerbado. Son precisamente estas tensiones las que pone en evidencia la historia de Valdo y los valdenses.

Según las fuentes contemporáneas y los manuales de la Inquisición del siglo XIII, la secta de los valdenses, o Pobres de Lyon, había sido creada por un rico ciudadano lionés llamado Valdo. Este, una vez convertido, abandonó todos sus bienes y se propuso observar la pobreza y la perfección evangélica, a la manera de los apóstoles. Se hizo traducir en lengua vulgar los Evangelios, algunos libros del Antiguo Testamento y algunos pasajes de los Padres de la Iglesia. Habiendo adquirido así un conocimiento directo de la palabra de Dios, se puso a predicar en las calles y las plazas públicas, arrastrando tras de sí a muchos hombres y mujeres que envió a su vez en misión a las ciudades y pueblos. El episodio inicial se ha de situar alrededor de 1170-1176. En marzo de 1179, una delegación de la pequeña

comunidad se dirige a Roma, conducida por el propio Valdo, que quería que el papa Alejandro III y el III Concilio de Letrán aprobaran su género de vida. A partir de entonces, tienen problemas con el clero lionés que les exige respetar la regla canónica que prohíbe la predicación a los laicos, sobre todo cuando no tenían, como en su caso, residencia fija. Tenemos la suerte de haber conservado la reacción de un curialista inglés, Gautier Map, que asistía al cardenal penitenciario encargado de examinar su demanda:

> Hemos visto —nos dice— a los valdenses, gentes sencillas e iletradas, así llamados a partir del nombre de su jefe, un ciudadano de Lyon-sur-le-Rhône… Pedían insistentemente que se les confirmara la autorización para predicar, pues se consideraban instruidos, mientras que apenas eran mínimamente cultos … ¿No sería como echar margaritas a los puercos, dar la Palabra a unos simples que estamos seguros que son incapaces de recibirla y aún más de transmitir lo que han recibido? Es inviable y hay que impedirlo … Estas gentes no tienen domicilio fijo en ningún sitio; van de dos en dos, descalzos, visten ropas de lana y no poseen nada siguiendo en todo el ejemplo de los Apóstoles; siguen desnudos al Cristo desnudo. Comienzan muy humildemente, porque aún no se han asentado. Si los dejamos actuar, nos echarán a nosotros.

Es una actitud característica la de este clérigo cargado de altivez y suficiencia, que humilla con su desprecio la incultura de los laicos y se siente amenazado en su monopolio como intermediario obligado entre la palabra de Dios y los hombres.

Sin embargo, en un primer momento, la reacción del papa Alejandro III fue más clarividente que la de sus colaboradores: Valdo recibió una confirmación oral del tipo de vida religiosa que se proponía observar, así como una autorización, tal vez simplemente personal, para predicar siempre que estuviera de acuerdo con ello el párroco del lugar. Pero no tardaron en producirse dificultades en la práctica. El nuevo arzobispo de Lyon, Juan de Bellesmains, trató sin duda de poner el movimiento bajo su control. Al no conseguirlo, retiró a Valdo y a sus compañeros el permiso para predicar. Estos últimos no se sometieron y le respondieron que «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres». Lo que no significaba que los valdenses rechazaran

la jerarquía o la consideraran inútil: simplemente juzgaban imposible renunciar a su misión, que consistía en anunciar a los hombres el Evangelio. Por esta razón fueron expulsados de Lyon y excomulgados, primero por el arzobispo en 1182-1183, y luego por el papa Lucio III en 1184. Esto no impidió, sino todo lo contrario, la difusión del movimiento que se extendió en una primera etapa al Languedoc y Lombardía, y más tarde a otras regiones de Francia y de Italia en los últimos años del siglo XII. Por lo demás, es menester no sobreestimar el alcance de la excomunión de 1184. Incluso allí donde se conoció, muchos clérigos y laicos continuaron teniendo a los valdenses por buenos cristianos: ¿acaso no vivían pobremente, según el Evangelio, y no predicaban una doctrina ortodoxa? Además, compartían con la Iglesia católica su adversión frente al catarismo, contra el que no polemizaban menos airadamente que los apologistas católicos. Los discípulos de Valdo pertenecían en su mayoría a la burguesía y las clases populares. Estaban pues raramente en contacto con la jerarquía eclesiástica y continuaban frecuentando las iglesias, en tanto que no se les expulsaba de las comunidades parroquiales. Esta situación pudo verse en Metz el año 1199, en que el papa Inocencio III debió intervenir, a petición del obispo, para condenar las maniobras de grupos de valdenses que incitaban a los fieles contra un clero al que reprochaban sus insuficiencias: «Algunos de ellos —dice el papa — solo sienten desprecio por la sencillez de sus sacerdotes; cuando estos les ofrecen la palabra de salvación, murmuran en secreto que encuentran en los libros una doctrina mejor y que son capaces de formularla mejor que ellos». Como puede verse, el debate gira siempre en torno a los mismos problemas: los laicos, a causa de su inferioridad cultural, real o supuesta, ¿no debían tener contacto con la palabra de Dios más que a través de los clérigos debidamente delegados por la jerarquía? En todo caso, la Iglesia afirma que, aunque los sacerdotes no estén a la

altura de su tarea, los fieles no han de juzgarlos ni constituir sectas o conventículos clandestinos que destruirían la unidad de la parroquia. Por último, estaba prohibido que los laicos se arrogaran el derecho a predicar, ya que era una función específica de los laicos en la Iglesia.

En la misma época, en esa Lombardía que era a la vez el dominio predilecto de los comunes y el «receptáculo de todas las herejías», por utilizar la expresión de un autor ortodoxo, se desarrolla el movimiento de los humillados. Estos aparecen en Milán hacia 1175 y se dispersan rápidamente por todas las grandes ciudades de la llanura del Po. La *Crónica de Laon* (hacia 1220) los presenta como «ciudadanos que, aunque permanecían en sus hogares con sus familias, habían escogido una cierta forma de vida religiosa: evitaban la mentira y el juicio, se contentaban con un vestido sencillo y se comprometían a luchar por la fe católica». Pero este texto, por interesante que sea, no nos informa sobre los orígenes del movimiento, que debió nacer en los medios artesanos deseosos de acceder a la práctica de la vida evangélica. Como los valdenses, rechazaban el juramento y, sobre todo, reclamaban el derecho a la predicación. De entrada, en efecto, se ponen a anunciar la palabra de dios en la plaza pública, en el estilo directo propio de las asambleas urbanas. Esta audacia les valió ser englobados en la condena que, en 1184, afectó a todos los movimientos religiosos populares, a causa de su negativa a someterse a la autoridad de la jerarquía. El carácter específico de los humillados radica en su modo de vida y en la importancia que atribuyen al trabajo. Muchos de los que se les unían estaban casados. Los esposos se prometían continencia y algunos de ellos se reagrupaban en casas donde coexistían comunidades distintas de hombres y mujeres entregados al trabajo y la oración, mientras que otros permanecían en sus casas. Originariamente, el trabajo manual era una necesidad, pues la mayoría de los adeptos del movimiento pertene-

cían a medios modestos. Como puede verse, no existía nada herético en sus prácticas; pero la afirmación de que los laicos podían, aun permaneciendo cu la sociedad, llevar una existencia religiosa y dar un testimonio evangélico les parecía escandaloso a los clérigos, inclinados a englobar en una reprobación común todos los movimientos populares.

Un peligro mortal: el catarismo

Mucho más peligrosa para la Iglesia que estos movimientos espiritualistas, que se fijaban a sus estructuras sin poner en cuestión lo esencial de la doctrina, fue la oleada del catarismo. Durante mucho tiempo se ha discutido sin saber si este conjunto de creencias fue introducido en Occidente por orientales o tenían un origen indígena. El debate ya no apasiona hoy día a los historiadores: aunque está prácticamente establecido que algunos bogomilos, es decir, maniqueos procedentes de la actual Yugoslavia, participaron en la primera reunión que concentró en 1164, en San Félix de Caraman, a los responsables de las comunidades cataras occitanas, es cierto, por otra parte, que el transplante no hubiera arraigado si las mentalidades no hubieran estado dispuestas a recibir el mensaje. Ahora bien, este último se presentaba como un esfuerzo por alcanzar la realización plena y total de la vida cristiana tal como se desprende del Nuevo Testamento. La Iglesia católica es acusada de haber disimulado la verdad revolucionaria del Evangelio, que reside en el siguiente dualismo: Dios, asimilado al Bien y al Espíritu, opuesto desde siempre a Satanás, príncipe del Mal y señor de la Materia. El Diablo, en el que la teología oficial no veía más que un ángel caído, peligroso y falaz sin duda, pero no al creador del mundo material, se convierte entre los cátaros en una potencia divina. Entre estas dos realidades antitéticas se libra un combate cuyo desenlace es incierto y que cada uno vive en sí mismo, pues los hombres no son otra cosa que parcelas de espíritu ensarzadas en la materia. Consecuentemente, el objeto de la vida

religiosa pasa a ser un ascenso, un esfuerzo del hombre para liberarse de la corrupción bajo todas sus formas: vida carnal, sociedad e instituciones, trabajo, etc. Para conseguirlo, es menester seguir el ejemplo de Cristo, que no es para los cátaros una persona de la Trinidad, sino el mayor de los ángeles —o el mejor de los humanos— del que Dios ha hecho su hijo. Todo lo que dice de él la Iglesia es falso: su cuerpo y su muerte no fueron más que apariencias y no es su Pasión lo que salva sino su enseñanza tal como se puede encontrar en los Evangelios y, sobre todo, en san Juan. Ciertamente, en el seno del catarismo existían muchas tendencias y, junto al dualismo absoluto que acabamos de presentar, se halla también un dualismo mitigado, que insiste más en el papel de Jesús-ángel enviado por Dios para revelar al hombre lo que hay de recto en él y ofrecerle una posibilidad de salvación a través de la ascesis y de un ritual de unión con Dios, la imposición de manos o *consolamentum* efectuado en el umbral de la muerte. En cambio, para los dualistas absolutos, la liberación de los vínculos de la materia no podrá consumarse más que al cabo de un proceso de reencarnación, cuando el alma de los que hicieron el bien cuando estaban vivos pase por metempsicosis a las especies superiores.

No es cierto que los adeptos del catarismo, que pronto fueron muy numerosos en el sudoeste de Francia y en Italia, conocieran y comprendieran todas las sutilezas del dogma cátaro. La fuerza de este último consistía en presentarse como un sincretismo cuyos aspectos gnósticos satisfacían a los espíritus exigentes o sutiles. Su obsesión por la carne se relacionaba con viejas tradiciones de la cultura folklórica mediterránea. Sobre todo, era percibido como un movimiento evangélico ya que rechazaba por completo el Antiguo Testamento, obra del Dios malvado, y exaltaba los valores espirituales. Su moral era rigorista, pero la distinción entre los «perfectos», cuyo ascetismo provocaba la admiración de las muchedumbres, y los simples

creyentes, que no estaban obligados a renunciar a la vida sexual y al trabajo, permitía a todos adherirse a diferente escala. Finalmente, el catarismo era portador de un virulento anticlericalismo que agradaba a muchos laicos. En una época en que la Iglesia les imponía a los caballeros una apremiante moral sexual, en que los comerciantes eran objeto de sanciones económicas en materia de usura y en que las mujeres no podían esperar desempeñar un papel activo en las comunidades cristianas, se comprende que un movimiento que rechazaba la mediación del sacerdocio institucional fuera acogido con simpatía en amplios círculos sociales. Liturgia, iglesia, diezmos, todo esto no valía para otra cosa que para mantener a un clero católico sin prestigio, retoño corrompido de una comunidad inicialmente pura cuya doctrina era falsa y sus sacramentos desprovistos de eficacia.

Por primera vez en la historia de la Edad Media se constituye en ciertas regiones de Occidente, como la Francia meridional o las grandes ciudades de Lombardía y Toscana, una verdadera Iglesia al margen de la Iglesia oficial, con su jerarquía y sus estructuras. De Tolosa a Cremona y de Béziers a Florencia, los cátaros o sus simpatizantes están en el candelero y no dudan en desafiar a los católicos con motivo de controversias públicas en que no faltan argumentos para denunciar las insuficiencias del clero y su ignorancia, así como la riqueza de los monjes y de los prelados, oponiéndoles el riguroso ascetismo y la santidad de la vida de los perfectos. En el propio seno de la cristiandad nace una contra-sociedad que se desarrolla hasta el punto de poner en cuestión los fundamentos del orden existente e incluso la base del dogma, la Encarnación.

La Iglesia católica fue conducida a tomar conciencia de esta situación. Durante mucho tiempo, los cátaros, cuya doctrina era en parte secreta, no se distinguieron claramente de otros movimientos religiosos disidentes que pululaban a la sazón.

Fue preciso esperar los últimos decenios del siglo XII para ver aparecer tratados (llamados generalmente *manifestatio*) que ponían en evidencia, para uso de sacerdotes y fieles, los aspectos de sus creencias más opuestos a la doctrina católica, y hay que esperar hasta el siglo XIII para que algunos clérigos comiencen a refutarlos sistemáticamente. La única fuerza que la jerarquía encontró para enfrentarse a ellos, en un primer momento, provino de los cistercienses que se establecieron cerca de las ciudades (en el norte de Italia) a donde acudían a predicar, como san Bernardo lo hizo algunas décadas antes contra los «maniqueos» de Aquitania. Pero la eficacia de estas misiones fue limitada, pues los monjes procedentes del mundo rural apenas estaban preparados para enfrentarse a auditorios urbanos y contradictores tan belicosos como sutiles. Las primeras condenas de las sectas heréticas falladas en 1184, en Verona, por el papa Lucio III, fueron poco eficaces. Además, manifiestan un mediocre conocimiento de los fenómenos heréticos pues iban dirigidas indistintamente a varios movimientos conocidos, como los valdenses o los humillados, cuya doctrina no difería en lo esencial de la de la Iglesia, y otros, como los cataros, que no tenían gran cosa que ver con el cristianismo.

Recuperación

Frente a esta situación que se degradaba rápidamente y ponía en tela de juicio el dominio ideológico de la Iglesia sobre la cristiandad occidental, el papa Inocencio III (1190-1216), una de las más sólidas personalidades de su época, opuso una doble reacción: por un lado, se esforzó por reintegrar al seno del catolicismo los movimientos religiosos populares que no ponían en entredicho los fundamentos doctrinales del cristianismo; por otro, emprendió una encarnizada lucha contra los cátaros, a la que se esforzó por adherir a los poderes públicos para conferirle el máximo de eficacia.

Inocencio III tuvo pues la inteligencia de discernir lo que podía haber de válido y de positivo en las aspiraciones religiosas de numerosos agrupamientos laicos que los obispos o los sacerdotes tendían a menudo a confundir con los cátaros y a perseguir indiscriminadamente. En 1201 reconoció la legitimidad de los humillados de Lombardía concediéndoles una regla que consagraba la mayoría de las costumbres que practicaban desde hacía algunas décadas, integrándolos en un orden canónico tradicional. La fraternidad primitiva dio origen a tres órdenes religiosas: la primera estaba formada por hermanos y hermanas consagrados a Dios, que llevaban una vida conventual, y la segunda por laicos, hombres y mujeres, que vivían en comunidades dobles. La tercera, con mucho la más original, reunía a los que continuaban viviendo en sus casas en familia, según una regla de vida, o *propositum*, centrada en la penitencia y el trabajo. Para incorporar a la Iglesia a los humillados, Inocencio III debió ceder sobre dos puntos: por una parte, reconoció la legitimidad del rechazo del juramento, al que estaban muy apegados. Y, sobre todo, les concedió el derecho de predicar en cualquier lugar, excepto en las iglesias. Sus homilías debían, no obstante, limitarse al ámbito moral y no inmiscuirse en la predicación dogmática, reservada al clero. Esta distinción se basa en la idea de que en las Sagradas Escrituras existen dos tipos de textos: por un lado los *aperta*, consigna de vida y de acción directamente comprensibles por todos; y, por otro, los *profunda*, es decir, los pasajes que necesitan una exégesis que solo pueden hacerla los clérigos con una cultura y formación teológicas. Al actuar de este modo, el papa desbloqueaba una situación que se hacía explosiva y abría el camino a nuevas experiencias como la de san Francisco y sus compañeros. Los humillados no tardaron en sacar partido de las posibilidades ofrecidas. El cardenal Jacques de Vitry, de paso por Milán el año 1216, escribía a este respecto: «Estos, que han abandonado to-

do por Cristo, se reúnen en diversos lugares, viven del trabajo de sus manos, predican frecuentemente la palabra de Dios y la escuchan de buen grado. Su fe es tan profunda como sólida y su acción eficaz».

Esta política de apertura del papado, que se esforzaba por reintegrar a su seno los elementos heterodoxos de los movimientos religiosos populares, tuvo menos éxito en el caso de los valdenses. En 1207, al final de un «coloquio» mantenido en Pamiers en presencia del obispo castellano Diego de Osma y probablemente de santo Domingo, uno de los dirigentes del movimiento valdense, Duran de Huesca, se convirtió con unos cuantos de sus discípulos. Inocencio III les recibió en Roma en 1208 y los puso bajo su protección. Bajo el nombre de Pobres Católicos, continuaron su existencia de predicadores itinerantes, polemizando contra los cátalos y predicando el Evangelio. También a ellos se les otorgó el derecho de practicar el ministerio de la predicación y de vivir en el pobreza. En cambio, se sometían a la autoridad de la jerarquía eclesiástica local y de la Iglesia romana. El alcance de estas adhesiones fue, no obstante, limitado: la mayoría de los valdenses no siguieron el ejemplo de Duran, al no estar realmente convencidos de que la Iglesia católica reconocería su vocación apostólica y respetaría su derecho a la predicación. Razón por la que se organizaron para resistir. Con éxito, ya que, a pesar de las persecuciones que se abatieron sobre ella a lo largo de los siglos, la Iglesia valdense existe aún hoy día, sobre todo en Italia.

El pobre de Asís

Mucho más cargada de consecuencias estuvo la aprobación dada por Inocencio III a un grupo de penitentes de Asís conducidos por el hijo de un comerciante, Francisco, que fue a verlo a Roma en 1210. Esta hermandad no tenía aún muchos miembros. Pero llamaban la atención de sus contemporáneos por su deseo de vivir el Evangelio al pie de la letra. Esta aspiración ha-

bía ya animado en el siglo XII diversas corrientes religiosas, que acabaron en la disidencia o en la herejía. Sin embargo, Inocencio III supo discernir la profunda ortodoxia de san Francisco, su voluntad de someterse a la Iglesia, y en particular a la de Roma, así como su celo por la salvación de las almas. Asimismo tuvo confianza en él y aprobó oralmente la regla —simple colección de perícopas evangélicas— que se le presentó. Algunos años más tarde, en 1223, su sucesor Honorio III aprobó solemnemente una nueva regla que regiría lo que se había convertido entretanto en la orden de los hermanos menores.

Resulta sorprendente, tanto como lo fue para sus contemporáneos, la originalidad de esta organización de un nuevo tipo. Incluso el nombre escogido por el fundador era significativo: *minores* (menores) designa en los textos de la época las categorías sociales más bajas, en particular el pueblo humilde de las ciudades, el mundo de los trabajadores explotados y apartados del ejercicio del poder. Al referirse a un grupo social deprimido y a la virtud de la humildad en la denominación de la nueva comunidad, san Francisco rompía ya, sin estrépito pero en profundidad, el vínculo existente entre el estado religioso y la condición señorial. Los monjes de su tiempo, incluso los que como los cistercienses se declaraban deseosos de huir del mundo, eran, en efecto, grandes propietarios de tierras. Los monasterios constituían una especie de señoríos colectivos que administraban, defendían e incrementaban un patrimonio mobiliario e inmobiliario considerable. A los ojos de los laicos y sobre todo de los humildes, pertenecían al mundo aristocrático, aun cuando se encontraran entre ellos individuos de una gran santidad que practicaban en gran medida la pobreza o al menos lo intentaban.

La orden franciscana se caracterizaba, por el contrario, siguiendo la línea trazada por su fundador, por un completo rechazo de la riqueza e incluso de cualquier forma de posesión.

San Francisco detestaba el dinero, y su comportamiento respecto a los bienes materiales estuvo siempre impregnado de desconfianza y de repulsa. Asimismo, prohibía a sus compañeros y a sus discípulos poseerlos; los hermanos menores debían estar en un pie de igualdad con los hombres más pobres: como los miserables y, a semejanza de Cristo, «que no tenía donde descansar ja cabeza», no debían tener reservas ni provisiones y permanecer completamente al margen del mundo de la compra y de la venta. Para procurarse su sustento, tanto él como sus primeros compañeros confiaban en la Providencia y trabajaban con las manos; el recurso a la mendicidad no se consideraba más que como un complemento, en el caso de que fuera imposible poder vivir de una actividad laboriosa. En la misma perspectiva, el *poverello* impedía que pudieran poseer alguna cosa, no solo individualmente —lo que estaba ya prohibido a los monjes— sino incluso colectivamente. En efecto, toda apropiación implicaba a su entender una negativa a compartir y exponía al hombre al pecado de avaricia. Por otra parte, era consciente del hecho de que las comunidades religiosas que aceptaban bienes entraban en seguida en el engranaje de la violencia: «Si poseyéramos bienes, tendríamos que defenderlos», le respondió un día al obispo de Asís que se asombraba de su indigencia. La idea de propiedad era, a sus ojos, el origen de discordias y odios. Quien deseaba vivir conforme al Evangelio debía pues rechazarla.

La nueva hermandad se distinguía igualmente de las órdenes religiosas anteriores por sus estructuras y por su modo de vida. Los primeros hermanos menores se presentaban como predicadores, sin domicilio, y no vivían en conventos o monasterios. Cuando se detenían en un lugar, vivían en simples cabañas o en casas modestas puestas a su disposición por clérigos o laicos para su estancia entre dos campañas de evangelización. Incluso cuando comenzaron a establecerse, por ejemplo en Bolonia en

1220, en residencias permanentes, salían a menudo para ir a predicar o mendigar al exterior y no llevaban una existencia enclaustrada.

Más revolucionario aún para la época era el hecho de que en el seno de la orden se hallaban reunidos, en un pie de igualdad, clérigos y laicos. Esta concepción rompía claramente con las formas de organización monásticas, muy marcadas por el espíritu jerárquico feudal: entre los cistercienses, por ejemplo, monjes y conversos vivían en el mismo monasterio pero constituían dos grupos distintos, cada uno con su vida propia, los primeros consagrados al oficio divino, y los segundos a las tareas materiales. La barrera que los separaba era de orden cultural y social: los monjes de coro, procedentes de la aristocracia, sabían leer el latín; los conversos, reclutados por lo general entre los campesinos, eran incultos. San Francisco quiso superar estas separaciones dando a todos los miembros de la hermandad los mismos derechos y los mismos deberes ya que, a su entender, lo esencial era la práctica común y sin límites de la pobreza. Él mismo, por razones de orden canónico, debió someterse a la tonsura qué hizo de él un clérigo. Pero procuró hacérsela lo más pequeña posible para no distinguirse de los simples hermanos y no recibió nunca más que las órdenes menores. En efecto, tenía una gran preocupación por abolir en el seno de la orden todo tipo de distinción fundada en la cultura o en el rango social. La única diferencia que admitía entre los clérigos y los laicos era que los primeros debían leer cada día el oficio, en tanto que los segundos se contentaban con recitar el *Raler*. Muy promo, el éxito de esta fórmula de vida fue inmenso y, desde 1230, la orden contaba con varios millares de miembros y algunos centenares de establecimientos. Algunas décadas más tarde, se había implantado sólidamente en toda la cristiandad, ejerciendo una considerable influencia en todos los medios.

En la misma época, pero en un contexto muy distinto, nació y se desarrolló otra orden religiosa en la que el papado se apoyaría mucho en su lucha contra la herejía y la reconquista de la sociedad: la de los hermanos predicadores, instituida en 1216 por santo Domingo, un canónigo español. Esta vez no se trataba de un grupo de laicos sino de sacerdotes, o más exactamente de canónigos regulares, como los existentes desde finales del siglo XI. Pero la novedad de la fundación de santo Domingo reside en sus objetivos apostólicos: a diferencia de los canónigos o de los monjes, los nuevos religiosos no se encerrarán en los claustros. Aunque llevan una vida conventual, tratan sobre todo de llegar a los hombres circulando y desplazándose para ir a anunciar la palabra de Dios. Santo Domingo y sus compañeros se establecieron en primer lugar en Languedoc y trataron de combatir a los cátaros en su propio terreno. Asimismo, decidieron vivir pobremente y no poseer nada colectivamente, contrariamente a las órdenes monásticas. En tanto hombres poseedores de una doctrina, no dudaron en enfrentarse a sus adversarios en controversias públicas, para las que se necesitaba un sólido conocimiento de las Sagradas Escrituras, y consiguieron algunos éxitos. Pero esta confrontación pacífica apenas tuvo tiempo de desarrollarse en Languedoc, pues Inocencio III, desesperado por el asesinato de su legado, Pedro de Castelnau, emprendió en estas regiones la cruzada llamada de los «albigenses».

La naciente orden se replegó entonces en los principales centros universitarios de la época. París y Bolonia, donde consiguió numerosas adhesiones. Su fundador había comprendido que la ignorancia del clero en materia religiosa era una de las causas del éxito de las herejías. Asimismo, puso el acento en la formación teológica para dotar a la Iglesia de un cuerpo de predicadores especializados de alto nivel. Esta iniciativa respondía plenamente a los deseos del papado, que apoyó sus esfuerzos. A

partir de 1220, la orden de los hermanos predicadores comienza a implantarse sólidamente en las grandes ciudades, y en primer lugar en Italia, proporcionando a la Iglesia un valioso apoyo en la defensa de la ortodoxia.

Represión

El otro aspecto de la política religiosa de Inocencio III, así como de sus sucesores, fue la lucha armada contra la herejía que simultaneó con la «recuperación» de los movimientos religiosos populares. Persuadido de que no obtendría nada del conde de Tolosa o de los señores del Mediodía, muchos de los cuales eran abierta o secretamente cátaros, se decidió por la vía de la cruzada en 1208. Esta elección tendría graves consecuencias. Implicaba, en efecto, que regiones enteras de la cristiandad habían llegado a ser tan ajenas a la fe como las tierras de paganos o de musulmanes. Pero el papa no dudó, convencido de que era preciso destruir la «contra-iglesia» de los cátaros antes de que pudiera más que la otra. Para conseguir sus objetivos en Languedoc, se apoyó en los señores del Norte, como Simón de Montfort o el duque de Borgoña, atraídos al Mediodía nada menos que por motivos religiosos. La «cruzada de los albigenses» tuvo muy mala prensa. Es indiscutible que las despiadadas matanzas perpetradas por los barones de Oíl en el país de Oc, en Béziers. Carcasona y Tolosa en 1209 a 1212, y más tarde el aplastamiento en Muret el año 1213 del rey de Aragón, Pedro II, también él tentado por otros conductos, enfrentaron a las gentes del sur contra las del norte, y supusieron un duro golpe para la originalidad de las estructuras y la cultura occitana. Sin embargo, la intervención de los Capetos tras la muerte de Simón (1218) facilitó una transición que les valió la adhesión de una gran parte de la aristocracia y de los burgueses; y sería excesivo no ver aquí más que una manifestación de conquista e imperialismo real haciendo avanzar su poder hasta el Mediterráneo. En 1229, el conde de Tolosa debió ceder y prometer co-

operar lealmente en la extirpación de la herejía. Los últimos castillos cátaros, como el de Montsegur, fueron reducidos bajo el reinado de san Luis. Pero poco se había conseguido ya que esta herejía conservaba localmente intactas sus redes y sus apoyos. A través de una eficaz política de intimidación y de sanciones, los tribunales de la Inquisición (1233), en los que los dominicos desempeñaron un papel muy activo, acorralaron pacientemente a los *faydits*, y al final del siglo XIII el catarismo solo subsistirá ya en alejados valles rodeados de montañas y bajo formas populares en que los mitos dualistas se asociaban a creencias folklóricas, como se puede comprobar en Montaillou a principios del siglo XIV.

En Italia, la represión revistió otras formas, teniendo en cuenta que el contexto político y social era diferente. La autonomía de la que gozaban los municipios hacía ineficaces las medidas generales, como las constituciones imperiales contra la herejía que Federico II promulgó en 1224 a petición de la Santa Sede. Además, los conflictos de poder y competencia que existían en numerosas ciudades entre las autoridades municipales y los obispos creaban un clima favorable para los heréticos, que disfrutaban por añadidura de la protección de los gibelinos, hostiles al poder temporal de la Iglesia. El papado procuró, pues, hacer incluir estas constituciones, ciudad por ciudad, en la legislación. Para conseguirlo se valió de las órdenes mendicantes. Su extrema popularidad les supuso que, en ciertas regiones, se les confiaran plenos poderes para reformar los estatutos municipales en un sentido hostil a los heréticos. Así ocurrió en Bolonia y en Verana en 1233, donde el dominico Juan de Vicence hizo quemar a numerosos cátaros una vez dotado de plenos poderes, o incluso en Lombardía, donde los franciscanos actuaron del mismo modo. Pero estos episodios no tuvieron continuidad y la popularidad de estos religiosos-divos no tardó en venirse abajo al cabo de unos meses. Las órdenes

mendicantes se propusieron entonces, con el apoyo del papado, crear agrupaciones de laicos piadosos, a la vez asociaciones católicas y milicias clericales, que no solo harían frente a los partidarios de la herejía y a los gibelinos, sino que tratarían de conquistar el poder en el plano municipal para que la represión se hiciera efectiva. El ejemplo más significativo a este respecto es el del dominico san Pedro Mártir, gran predicador e inquisidor, que creó en 1247 en Florencia la Sociedad de la Fe y acabó siendo asesinado por los que había combatido. Al canonizarlo en 1253, un año después de su muerte, el papado señalaba claramente el sentido en el que debía ejercerse la acción de los defensores de la fe, tanto clérigos como laicos. El resultado de todos estos esfuerzos fue satisfactorio. Tras la caída de Federico II en 1250 y la eliminación de sus descendientes, el triunfo político del papa fue acompañado de una liquidación completa y definitiva de la herejía, que sucumbió bajo el peso de una Inquisición de la que los malpensantes no podrían librarse en lo sucesivo.

HACIA EL CONFORMISMO

A partir del último tercio del siglo XII, la Iglesia romana, una vez que hizo reconocer su primacía, se pudo entregar a la realización del segundo punto de su programa de reforma, que trataba de asegurar el triunfo de la religión no solamente en la cumbre de la pirámide social sino en la base, en cada uno de sus elementos. Efectivamente, las condiciones habían cambiado mucho desde el siglo XI y no bastaba con que el pueblo fuera gobernado por jefes cristianos y obligado a pagar el diezmo al clero. Las masas comenzaban a salir de su pasividad en todos los terrenos como atestigua el éxito alcanzado por los movimientos heréticos. En el corazón mismo de la cristiandad se

abre un frente pionero: el de la reconquista interior, cuyo primer testigo y animador fue san Bernardo. Este combate pasó pronto a primer plano y requirió más energías y medios que la lucha armada contra los infieles. Los progresos del catarismo en particular obligaron al papado a reaccionar rápidamente, so pena de una subversión generalizada. En consecuencia, se hizo un gran esfuerzo, iniciado en el III Concilio de Letrán (1179) y que alcanzó su apogeo en el IV (1215), para conformar las creencias y las prácticas de los fieles con las exigencias de la Iglesia.

La ofensiva de los pastores

Este decisivo viraje pastoral, que conduce a los clérigos a interesarse más atún por la vida religiosa, no se puede reducir, como se ha hecho a menudo, a una simple reorganización de las estructuras eclesiásticas. Se trata más bien de una mutación fundamental de la catequesis fundada en la valoración de la palabra como instrumento de mediación y seducción. Más que adherir a los laicos a su cultura escrita, la Iglesia prefirió adaptarse a su cultura esencialmente oral. De lo que se derivó un extraordinario desarrollo de la predicación. Esto puede parecer trivial para un hombre del siglo XX habituado a ver el sermón asociado al culto. Pero era, de hecho, un profundo cambio pues, a lo largo de la alta Edad Media, la religión vivida y practicada por la inmensa mayoría de los bautizados se reducía a un conjunto de signos y de gestos rituales. La lengua litúrgica, incluso en las regiones de lengua romance, se había hecho ininteligible para los fieles. Los obispos por su parte tenían otras preocupaciones aparte de su manera de hablar de Dios. Aun cuando se tomaban la molestia de predicar, no siempre eran comprendidos por sus fíeles, que les pedían sobre todo que les protegiera del hambre en caso de carestía y que realizaran exorcismos o milagros. Pero, poco a poco, se incrementaban las exigencias religiosas de las masas. El clero secular no había estado nunca

capacitado para satisfacer sus expectativas, lo que explica, entre otras cosas, el éxito de los movimientos heterodoxos. La jerarquía y los clérigos más conscientes de los problemas de su tiempo comprendieron que, para volverlos a ganar, era preciso hablar un lenguaje adaptado a su situación concreta. Ahora bien, entre los campesinos, que constituían la mayor parte de la población de Occidente, subsistían, como hemos visto, importantes restos de una cultura «folklórica» que la Iglesia no había conseguido eliminar. Algunos religiosos, en particular cistercienses y monjes mendicantes, lo comprendieron muy bien e intentaron «amansar» a su público utilizando en sus sermones temas o relatos profanos. De ahí proviene la boga de los *exempla*, breves relatos llenos de imágenes tomadas de los cuentos o las leyendas que desembocaban en una «moraleja», que no tenían implícita, pero que el predicador se las arreglaba para que así fuera. Por otra parte, los clérigos que se preocupaban por catequizar a los medios urbanos tomaron conciencia del hecho de que el «pueblo cristiano», como se decía entonces, no era ya uno de la misma manera que la sociedad no era tripartita. La vieja distinción entre los guerreros, los hombres entregados a la oración y los trabajadores no correspondía ya a la realidad social, mucho más diversificada. Era menester, pues, si se quería llegar al conjunto de los grupos y de los medios sociales, acercarse a ellos en sus centros de interés específicos. Con este objeto, la Iglesia introdujo, a finales del siglo XII, una pastoral de estados de vida, o más exactamente, extendió al mundo de los trabajadores el esfuerzo de adaptación que había emprendido desde hacía casi un siglo con respecto a la clase caballeresca. Junto a los santos militares, exaltados por la predicación y la iconografía religiosa del siglo XII, hicieron su aparición santos artesanos o comerciantes, protectores de los «oficios», que se multiplicaban en las ciudades. Inocencio III ratificó esta evolución llevando a los altares en 1199 a san Home-

bon, un pañero de Cremona muerto dos años antes. Y en 1261 el arzobispo de Pisa, Federico Visconti, no dudó en decir en un sermón pronunciado para la asociación de comerciantes: «¡Debería ser grato para los comerciantes saber que su colega san Francisco fue también un comerciante que se santificó en nuestro tiempo!». La misma tendencia a privilegiar el oficio y la condición de las personas se encuentra en los manuales de los confesores que florecieron en esta época y en los cuales se pone de manifiesto un gran esfuerzo por cristianizar la noción de trabajo y la ética profesional.

Estos intentos por acercar la religión a la vida no fueron coronados siempre por el éxito a causa de la incompatibilidad existente entre la cultura clerical y la de los laicos. Aun cuando no poseían más que un barniz de cultura latina, los sacerdotes y los religiosos estaban convencidos de su superioridad con respecto a los fieles. Incluso al predicar en el idioma local, el mensaje que transmitían conservaba un talante abrumador. Evidentemente, sus oyentes, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad, no disponían de los instrumentos necesarios para remontarse a las fuentes de esta enseñanza y controlarla. Asimismo, los discursos de los clérigos, cargados de referencias bíblicas o literarias, suscitaban menos la adhesión de los espíritus que reacciones apasionadas que iban, según el caso, del entusiasmo delirante a las protestas vehementes. Del mismo modo, la atención manifestada por los clérigos respecto a los problemas de la vida social responde frecuentemente más a razones estratégicas que a un cambio de actitud con relación a las realidades profanas y del trabajo. La cultura eclesiástica continúa privilegiando fundamentalmente los valores rurales, e incluso, a mediados del siglo XIII, un gran predicador dominico como Humberto de Romans opondrá aún los campesinos, que por su condición se encuentran excluidos del universo de la violencia y del dinero y redimen sus faltas a través del trabajo manual, a los burgueses y

a los artesanos de las ciudades, que tienen muchas probabilidades de ser corrompidos, pues no viven de los productos naturales sino del intercambio de bienes y riquezas.

Para comprender al mismo tiempo la amplitud y los limites de la ofensiva pastoral del siglo XIII, conviene interrogarse sobre los objetivos que trataba de alcanzar. El fin perseguido por las órdenes mendicantes y por los clérigos que se consagraban al cuidado de las almas, a la *cura animarum*, no era tanto la lucha contra la incredulidad, entonces excepcional y limitada a algunos espíritus fuertes, como la erradicación de las falsas creencias. En suma, se trataba sobre todo de hacer creer y actuar correctamente. Numerosos fíeles habían experimentado la influencia de los movimientos heterodoxos; y otros seguían apegados a prácticas que los clérigos procedentes de escuelas o universidades calificaban fácilmente como mágicas o diabólicas. Entre la herejía y la superstición, los predicadores trataron de definir para uso de sus oyentes un camino intermedio, transmitiéndoles algunas nociones doctrinales esenciales y, sobre todo, imponiéndoles prácticas de devoción y de piedad idénticas en todas partes. Entre estas últimas, la Iglesia privilegió la práctica sacramental y especialmente la confesión. De donde procede la importancia del famoso canon XXI del IV Concilio de Letrán (1215) que obligaba a todos los fieles a confesarse y comulgar al menos una vez al año. De hecho, la mayoría de los sermones de la época que iban dirigidos al pueblo eran pronunciados durante la cuaresma, que era el tiempo más apropiado a la vez para la predicación y la penitencia. Se blandían terribles amenazas contra los que eludían sus deberes religiosos y ya se sabe todo el partido que la iconografía medieval sacó del tema de la muerte de los pecadores no arrepentidos, de los avaros y de los lujuriosos, frecuentemente representados en la estatuaria de las catedrales.

Los efectos de esta insistente orquestación fueron a la larga excelentes. La práctica religiosa se uniformizó. La devoción a la Virgen y a la humanidad de Cristo se convirtió en el lenguaje universal de la cristiandad romana. La propia liturgia ganó en homogeneidad, pues las nuevas órdenes difundieron por toda Europa las costumbres y el calendario de la curia romana. Hasta que surgió el problema de las últimas penas que se convirtió, bajo el efecto de la nueva catequesis, en una de las principales preocupaciones de todos los fieles. Desde el siglo XII, algunos clérigos habían afirmado la existencia de un lugar donde las penas corporales debidas al pecado serían expiadas después de la muerte. Es sabida la importancia que no tardaría en alcanzar, tanto en los sermones como en la conciencia occidental, el tema del purgatorio, que tendría su ilustración literaria con Dante en la *Divina Comedia*.

Intentar medir la eficacia de este esfuerzo de fijación y de homogeneización de las creencias religiosas es una difícil empresa. Para apreciar el impacto de la nueva catequesis, sería absolutamente erróneo fiarse tanto de las lamentaciones que abundan en los textos normativos de la época como en las manifestaciones de notable vitalidad espiritual que se observan en determinados grupos fervientes de penitentes o de beguinas. No obstante, se debe advertir que en el siglo XIII comenzó a constituirse, a través de las hermandades y las órdenes terceras, una minoría devota no reclutada únicamente entre las filas de la alta aristocracia. Algunos laicos, entre los que las mujeres eran las más numerosas, se mostraron capaces de sostener no solo un diálogo de igual a igual con los clérigos, sino incluso de imponérseles espiritualmente, como se ve en el caso de una santa, Isabel de Hungría, o de un san Luis de Francia. Pero no se trata más que de una minoría, y la masa, aparte de algunos movimientos de entusiasmo pasajeros, parece ser que se mantuvo relativamente indiferente al programa religioso que le

proponían los clérigos, que no hacía más que desfigurar las prácticas y la espiritualidad de estos últimos. Efectivamente, es como si el objetivo final de la ofensiva pastoral consistiera en la clericalización del laicado y no en su promoción. Esta inadecuación es consecuencia de una situación cultural. Los pastores, cada vez más influidos por la escolástica, pretenden ser los únicos que saben lo que es el verdadero cristianismo y tienen tendencia a considerar el espíritu de sus fieles como una cera blanda en la que les basta dejar su huella. Es la época en que la Iglesia define de manera cada vez más concreta el campo de lo creíble y en que la ignorancia comienza a ser asimilada al error. El desarrollo de la predicación es contemporáneo al de la Inquisición. A fuerza de querer imponer un modelo religioso que implicara la adhesión a una cultura y a un sistema de valores que fuera el suyo, los clérigos acabaron por marginar a una buena parte de los fieles y por provocar la desesperación de muchos otros, que no eran menos cristianos que ellos, sino que aspiraban a serlo a su manera.

Muerte de la tolerancia

El período que va desde el principio del siglo XII a mediados del siglo XIII se caracteriza igualmente por una disminución del sentido de la tolerancia y por una agravación de la suerte de las minorías étnicas y religiosas. La evolución fue sensible sobre todo en Italia, donde la conquista normanda había asociado bajo una misma dominación poblaciones de lengua y rito griegos, árabes y judíos, así como en España donde la Reconquista se desarrolla tras la victoria de Navas de Tolosa en 1212.

A decir verdad, la relativa tolerancia que reinaba en estas regiones y que, entre mediados del siglo XI y mediados del XII, hizo de ellas un crisol de culturas y de civilizaciones era un fenómeno excepcional resultante más de un equilibrio de las fuerzas existentes que de una alternativa ideológica. Así, en el sur de Italia y en Sicilia, los soberanos normandos, particularmente

Roger I y Roger II, debieron apoyarse, para imponer su autoridad, en fuerzas muy diversas y garantizar los privilegios y el respeto a las costumbres de las poblaciones locales. Además, habían comprendido todo el interés que podían obtener, con fines políticos, del apoyo del clero griego no sometido al papa e inclinado por principio a venerar el poder del monarca. En cuanto a los musulmanes, eran muy numerosos en Sicilia y había que contar con ellos. Además, su aportación en el plano cultural, así como la de los judíos, era considerable y la corte de Palermo les debía una gran parte de su brillantez.

En España, la situación era un poco diferente, pero el hecho de que numerosos cristianos mozárabes vivieran en los emiratos musulmanes del sur obligó durante mucho tiempo a los artífices de la Reconquista a tratar con tacto a aquellos de sus nuevos súbditos que seguían siendo fieles al Islam. No obstante, a partir de 1150, estos sutiles equilibrios se degradan y se multiplican las medidas vejatorias para con las minorías. Las cruzadas no son ajenas a ello. Al llevar a las masas cristianas a ver en los musulmanes los enemigos del Dios verdadero y en los judíos a los asesinos de Cristo, crearon y mantuvieron un clima de creciente hostilidad respecto a ellos. La reanudación a gran escala de las hostilidades en Tierra Santa a finales del siglo XII impresionó profundamente la conciencia de los occidentales, que no pensaban más que en «vengar el honor de Dios» y para quienes toda tolerancia de cara al Islam no era más que debilidad o traición. San Luis participó de las estrechas miras de esta nueva actitud al afirmar que no se debía discutir con esas gentes sino perseguirlas… Respecto a los cristianos que no pertenecían a la Iglesia romana, la evolución no fue más favorable. La desconfiada, por no decir hostil, acogida reservada a los cruzados por los bizantinos, particularmente en el momento de la segunda cruzada, produjo en los occidentales profundos rencores que, hábilmente explotados por los vene-

cianos, condujeron a la toma de Constantinopla en 1204. Más que en la época del cisma de 1054, se abre entonces una zanja de desconfianza, y a veces de odio, entre los latinos y los griegos que duraría siglos.

Ya anteriormente, el refuerzo de las estructuras jerárquicas en el seno de la Iglesia romana había conducido a proceder a una latinización del clero y de la liturgia. Este proceso, comenzado en Cerdeña, donde el monaquismo griego había sido importante en el siglo X, se desarrolló en el sur de Italia en la segunda mitad del siglo XII. En Sicilia se vio favorecido por una considerable inmigración de población italiana. El equilibrio entre las comunidades étnicas se rompió y durante el reinado de los últimos reyes normandos, Guillermo I y Guillermo II, griegos y musulmanes perdieron la situación relativamente favorable que tenían. Los primeros consiguieron mantenerse en algunas regiones donde eran suficientemente numerosos para formar un bloque; los segundos acabaron por rebelarse a principios del reinado de Federico II. Vencidos y diezmados, perdieron su tradicional autonomía y debieron fundirse en la masa de la población cristiana. Lo mismo sucederá en España en una época más tardía.

Este fenómeno de cierre y rechazo se vuelve a encontrar con mayor claridad aún a nivel de las relaciones entre judíos y cristianos. Ciertamente, el estatuto legal de los judíos les había puesto, desde la alta Edad Media, al margen de la sociedad. Pero aparte de determinados períodos de tensión, breves y localizados, en la época merovingia y carolingia, la situación de hecho de los judíos de Occidente no era entonces particularmente desfavorable. Puestos bajo la protección de los obispos, a los que rendían importantes servicios en el plano económico y financiero, gozaban de una cierta autonomía y podían practicar su religión sin trabas; más arriba nos hemos referido al lugar económico o político que podían pretender. Por otra parte, an-

tes del siglo XII, no todos vivían en ciudades y se les encontraba en los campos, donde algunos de ellos se dedicaban a tareas agrícolas. Pero el desarrollo del comercio y el renacimiento de los intercambios implicaron su concentración en el medio urbano. Formaron comunidades, a menudo numerosas y autónomas, gobernadas por sus propios jefes y que disponían de una o varias sinagogas así como de escuelas rabínicas, como se puede comprobar en Roma y en París o en las grandes ciudades episcopales del valle del Rin. Estaban vinculadas entre ellas a través de constantes intercambios de viajeros y correspondencia. Comerciantes y sabios judíos procedentes de la España musulmana e incluso de Oriente visitaban a menudo a sus correligionarios de Occidente y merced a estos intercambios económicos y culturales subsistieron los lazos entre las dos riberas del Mediterráneo en los siglos X y XI.

En esta época, judíos y cristianos, a pesar de ser muy diferentes, mantenían algunas relaciones. En las ciudades, el barrio judío se parecía más a una parroquia concentrada en torno a la sinagoga que a un *ghetto*. Se establecieron influencias mutuas, particularmente en el plano religioso y cultural. Además, los judíos servían de intérpretes, particularmente en las relaciones con el mundo musulmán, y los exégetas monásticos, en particular los cistercienses, no vacilaban en consultar a los rabinos para conocer el verdadero texto de la Biblia y tratar de aclarar las oscuridades de la Vulgata gracias a la *veritas hebraica*. Por otra parte, es significativo que Abelardo se considerara como un intelectual judío —encarnación de la sabiduría rabínica y del apego a la luz— en su famoso *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*, en 1140-1142. Por último, es conocida la influencia intelectual de los judíos en la transmisión a Occidente de obras de la Antigüedad y, en particular, de las de Aristóteles. Todo esto implica intercambios muy intensos, al menos a nivel de las minorías cultivadas. Pero esta situación, que sin ser idíli-

ca permitía, no obstante, a los judíos vivir en una relativa tranquilidad, no tardó en deteriorarse. Las cruzadas seguían marcando aquí un viraje decisivo y, como hemos señalado más arriba, la aparición de pogromos o de expulsiones, origen del exilio y del replegamiento de las comunidades.

Frente a estas explosiones de violencia, los poderes adoptaron una actitud no desprovista de ambigüedad. La jerarquía eclesiástica y el papado defendían a los judíos, afirmando que era a Dios, y no a los hombres, a quien correspondía, si era necesario, vengar las ofensas inflingidas a su Hijo. Los judíos, dice san Bernardo, son en medio de nosotros testigos de la pasión de Cristo y su presencia es útil para los cristianos. Pero la protección que les otorgan los obispos se hace cada vez más sospechosa. Al final del siglo XII, se intenta reducir sus contactos con los cristianos; se prohíbe su proselitismo bajo cualquier forma y, por el contrario, se toman medidas para favorecer el paso al cristianismo de quienes deseen abrazarlo. En cuanto a los poderes laicos, tratan sobre todo de aprovechar la situación, sirviéndose de la hostilidad popular para vender a alto precio su protección y dictando periódicamente medidas de expulsión contra los judíos, sobre todo en Francia a partir de Felipe Augusto, pronto seguidas de períodos de tolerancia cuya institución debía ser pagada cada vez a un precio exorbitante por los jefes de la comunidad hebraica. Pero la inseguridad seguía creciendo; en Inglaterra y más tarde en Francia comienzan a aparecer acusaciones de crímenes rituales (asesinato de un niño cristiano a manos de judíos) que, junto con las profanaciones de hostias del siglo XIII, se les atribuyen (piénsese en el milagro de Billettes, en París, en que la hostia profanada sangra); esta situación conducirá a rodear a los judíos de un halo de sospecha y a hacer de ellos las víctimas de todas las violencias, procedentes de la muchedumbre desenfrenada o de las autoridades, satisfechas por poder convertirlos en chivos expiatorios.

Entre 1100 y 1250, desaparecen progresivamente las manifestaciones de desviación y el derecho a la diferencia en el ámbito religioso. Al término de este proceso, la cristiandad romana se convierte en un espacio cultural homogéneo donde las minorías y los disidentes son obligados a vivir en la sombra. En el interior, la Inquisición acosa a la herejía en sus últimos refugios. En el exterior, el Occidente en plena expansión trata de imponer sus ritos y creencias por doquier. En Oriente, la Iglesia instaura, en tantas partes como puede, una jerarquía latina. Solo concibe, por otra parte, la unidad de los cristianos —como se advierte en el I y II Concilio de Lyon (1274)— bajo la forma de una absoluta sumisión de los «cismáticos» a todas las exigencias del papado.

Una expresión uniforme

Al cabo de mucho tiempo se ha denunciado la ficción de un siglo XIII estable, una especie de edad de oro, la «época de monseñor san Luis», la época de las universidades y de las catedrales. En primer lugar, conviene prescindir de las últimas décadas en que los signos anunciadores de una crisis de crecimiento se multiplican a porfía; por otra parte, toda la primera mitad de siglo, como vimos, está transida de centelleos y violentas agitaciones. No obstante, solo hay errores en la angélica visión de una comunidad reunida en torno a la oración y el estudio. Lo esencial de lo que ha llegado hasta nosotros del siglo cuyo centro es el año 1200, habla de paz y de luz: quedan en el olvido las guerras, la usura, la represión espiritual, quedan borrados el aplastamiento de la cultura popular, el triunfo de los ricos, el orgullo de una Iglesia cegada. Tal vez la memoria de la gente al sacar a la luz esta hez fue más justa que los historiadores de ofi-

cio; es preciso, pues, acabar presentando un panorama del universalismo cristiano, un balance de esta adolescencia madura.

La explosión escolar

Una de las grandes innovaciones del siglo XII en el plano de la cultura es el desarrollo de las escuelas urbanas. Lo que no quiere decir que las de los monasterios hubieran desaparecido súbitamente: en los países del imperio, en Inglaterra y en Italia, vivieron aún un cierto esplendor hasta la época de las universidades. Pero ya no es allí donde se elaboran las nuevas formas de un saber cuya influencia desborda el medio eclesiástico para tomar contacto con grupos sociales cada vez más amplios. Su éxito, no cabe duda, está relacionado con el desarrollo de las ciudades, cuya extensión y población están entonces en pleno auge. Y se fundamenta también en el desarrollo de los campos, que proporciona a los cabildos y a los obispos medios materiales no solo para construir hermosas catedrales, sino también para mantener algunos profesores de manera permanente. El papado alienta el movimiento con la esperanza de elevar el nivel cultural del clero. Desde 1079, se obliga a los cabildos catedralicios a abrir y tener a su cargo una escuela.

Un siglo más tarde, Alejandro 111 pide a los obispos que paguen los servicios de un maestro teólogo que pueda entregarse por completo al estudio y a la explicación de la palabra de Dios. Pues estas escuelas siguen siendo instituciones de la Iglesia. Están colocadas bajo la dirección de un canónigo del cabildo, el *scholasticus* o canciller, que a veces enseña él mismo o, lo que es más frecuente, confía esta tarea a otros, los *magistri* (maestros), que se especializan en este sentido. En los mejores centros escolares, pronto será una práctica habitual llamar a clérigos de fuera de la ciudad o la región pero famosos por su ciencia. Los alumnos gozaban del estatuto jurídico y de los privilegios de los clérigos. Había entre ellos futuros sacerdotes, pero la mayoría no aspiraban a la tonsura ni incluso a las órdenes menores.

Al considerarse la enseñanza como un ministerio de la Iglesia, los profesores estaban obligados al celibato, lo que permite comprender el rechazo de Eloísa a Abelardo cuando este propone a su alumna desposarla para reparar el daño que le ha hecho. Como ella le ama sinceramente, no quiere que el matrimonio destruya la brillante carrera que le aguarda a Abelardo. Junto a estas escuelas episcopales se desarrollan en el siglo XII las de los canónigos regulares, de entre las que destacan las de San Víctor y la de Santa Genoveva, ambas en París.

A medida que avanza el siglo XII se va aflojando el lazo que unía las escuelas a las estructuras eclesiásticas locales. La afluencia de estudiantes obligó a los *scholastici,* en los principales centros, a dar autorización para enseñar a un creciente número de maestros sobre los que apenas ejercieron algún control. La enseñanza no se laiciza sin embargo, pero los maestros gozan de más libertad de expresión, tanto mayor en cuanto que supieron utilizar hábilmente en su provecho la diversidad de las instituciones eclesiásticas. Así, en París, una buena parte de ellos se instaló en la orilla izquierda del Sena, que dependía de los canónigos de Santa Genoveva y de los monjes de Saint-Germain-des-Prés por lo que estaban exentos de la autoridad episcopal. Allí se desarrolló lo que a partir del siglo XIII se llamaría el barrio Latino.

Frente a la reticencia de algunos prelados, el papa Alejandro III reglamentó en un sentido liberal la concesión de la licencia de enseñanza (*licentia docendi*) que permitía abrir una escuela. El *scholasticus* debía otorgarla gratuitamente y no podía negársela a un clérigo que había dado pruebas de su competencia y de su aptitud para enseñar. Estas medidas permitieron multiplicar el número de maestros y hacer frente a una verdadera «explosión escolar» que al final del siglo XII afectó a todos los medios sociales. La demanda de enseñanza era en todas partes extremadamente intensa: junto a escuelas de fama uni-

versal como las de París o Bolonia, muchas ciudades medianas crearon en esta época instituciones escolares que difundieron una enseñanza de nivel elemental. En Italia y en Flandes se abren incluso escuelas independientes de la Iglesia, donde se forman los notarios y los comerciantes. El latín sigue estando en la base de la enseñanza, lo que permite comprender que laicos como Francisco de Asís fueran capaces de comprender y escribir esta lengua; pero las escuelas dan también nociones prácticas en lengua vulgar, útiles para los negociantes y los campesinos acomodados. En Inglaterra, a mediados del siglo XIII, un cierto número de «vilains» eran perfectamente capaces de llevar libros de cuentas o de redactar contratos de arrendamiento rurales.

A excepción de las pequeñas escuelas especializadas (a las que hoy día llamaríamos técnicas), cuyo funcionamiento es mal conocido, el contenido de la enseñanza y el programa de estudios eran en principio iguales en todas partes. La organización escolar, que se remontaba a la época carolingia, se inspiraba al mismo tiempo en la concepción del saber cristiano, tal como la había definido san Agustín, y en la clasificación de las siete artes liberales heredada de la Antigüedad tardía. Las materias enseñadas, consideradas como auxiliares de la *sacra doctrina* (la ciencia de las Escrituras y de la Revolución cristiana), se dividían en *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía, música) y *trivium* (gramática, retórica, dialéctica). Pero se trataba más bien de una clasificación teórica que de un programa de estudios obligatorio. Aparte de en algunos centros como Chartres o Sevilla, el estudio del *quadrivium* fue descuidado casi en todas partes. Incluso una gran mente como la de Abelardo no prestó ningún interés a las matemáticas y a las ciencias de la naturaleza. Es cierto que en la Antigüedad estas últimas tampoco habían gozado de estima y que conservaron durante mucho tiempo un aspecto fantástico, si no mágico (herbarios, lapidarios,

etc.). En el mejor de los casos, la interpretación del mundo material apenas va más allá de las teorías cosmológicas inspiradas por el Génesis o por Platón y Aristóteles, para quienes, como es sabido, la distinción moderna entre filosofía y ciencias positivas no existía. Solo algunos espíritus curiosos como los del inglés Adelardo de Bath o Daniel de Morley manifestaron un interés particular por las ciencias. Incluso abordaron el estudio de las ciencias de la naturaleza en un sentido empírico y técnico.

La cultura dispensada en las escuelas medievales fue, pues, esencialmente literaria y muy influida por los modelos antiguos. La enseñanza fue también el objeto de textos, desde el salterio donde se aprendía a leer hasta autores latinos como Cicerón, Ovidio o Boecio, o griegos traducidos al latín, como Platón o Aristóteles, que se vuelve a descubrir progresivamente en esta época. El maestro no es más que el intérprete de estas *auctoritates*, pero en el siglo XII su comentario se amplía y acaba por constituir un texto autónomo que se escribirá al margen del otro. Ya no basta con explicar las palabras difíciles. Se trata de extraer el sentido profundo del texto o su contenido doctrinal. Los maestros más osados no dudan en adoptar una actitud crítica respecto a los grandes pensadores de la Antigüedad y los doctores de la Iglesia primitiva.

Ser dueño de su «pensamiento»

Aunque la Iglesia fijara tan duramente y guardara tan celosamente los bastidores de un teatro más allá de los cuales solo había condenables tinieblas, no apartó de la escena el conocimiento y la meditación. Por el contrario, son eclesiásticos, y no poco ilustres, quienes se preocuparon por extender el conocimiento, el proveniente de los «gentiles», de los antiguos, pero también el de los musulmanes, que pueden transmitir el mensaje enriquecido de sus propias reflexiones. No honró a espíritus tan estrictamente religiosos y militantes como san Bernar-

do haber predicado, por principio, «la santa ignorancia» y vilipendiado a Pedro, el abad de Cluny, que pensó en hacer traducir el Corán. Otros imaginaban, más que evaluaban realmente, lo que ganaría la fe en una confrontación con el saber de los demás; a principios del siglo XII, la *Biblia Guiot*, reflejo parisiense de las aspiraciones de los clérigos, maldice los tiempos «horribles e insoportables» del aislamiento, y *Honorius Augustodunensis* declara: «El exilio del hombre es la ignorancia».

Hugo de San Víctor, Yves de Chartres o Pedro el Venerable, son algunos de los ilustres prelados o abades que se entregaron al nuevo estudio de Platón, de Aristóteles, de Séneca, de Pitágoras o de Ovidio; en el siglo XIII, los dominicos, siguiendo prudentemente estos ejemplos, se aseguraron con maestros laicos, pero también con heréticos, el arma decisiva de un conocimiento comparado de los dogmas y los sistemas metafísicos. Es el momento —en pleno período de «cruzadas»— en que la cristiandad se abre a las lecciones musulmanas: un raudal de tratados «árabes» llega a la Sicilia de Roger 11, a Cataluña. Languedoc y Provenza, Campania o Venecia. Se traducen, se leen las obras matemáticas de al-Khwarizmi, los tratados médicos de Avicena, de Rasis, al-Battani; a partir de 1220 o 1230 los comentarios de Averroes sobre Aristóteles o las reflexiones de Maimónides conmovieron más allá de los Pirineos. Lejos de sucumbir al desprecio o a la adulación, ambos signos de subdesarrollo, los pensadores, los médicos o los geómetras de Palermo, Salerno o Montpellier, escrutan, critican, seleccionan. La antorcha del razonamiento se aviva.

El uso de la razón, el método dialéctico, forman parte de las «artes liberales» enseñadas en las escuelas de las catedrales; a principios del siglo XII, un Guillermo de Champeaux, en París, se valía de él para criticar al «filósofo» por excelencia, Aristóteles. Pero se temía demasiado el efecto corrosivo sobre la fe y el dogma de sus escritos sobre física o metafísica, en que la mate-

ria se olvidaba de la divinidad; y en París, aún en el año 1210, su enseñanza seguía estando teóricamente prohibida. Sin embargo, hacía mucho tiempo que se había ido más lejos: el hombre de 1130 o 1150 se siente ya un artífice con plena responsabilidad en la Creación, un obrero del mundo, un *homo faber* a imagen de Dios: su curiosidad es insaciable. En sus manifestaciones enredadoras y provocadoras, los goliardos, al atacar todo orden establecido, manifiestan a su manera una aspiración a librarse de la tutela del dogma.

Algunos hombres darían más tarde ejemplo de esta rebelión del pensamiento. En Francia lo hizo Pedro Abelardo, el primer «profesor» de la Historia. Este clérigo bretón, indiferente a las inútiles sutilidades de una lectura inequívoca de las Escrituras, fue el primero en romper con la tradicional enseñanza de los claustros. En abierta rebeldía, a partir de 1120, contra el obispo de París, al llevar al «barrio Latino» discípulos subyugados, acabó mal, como se sabe, perseguido en su vida privada por los envidiosos y, en su fe, por los místicos; la hostilidad de san Bernardo le obligó a retirarse a Cluny donde, hasta su muerte acaecida en 1142, el abad Pedro le dio pruebas de su estima y caridad.

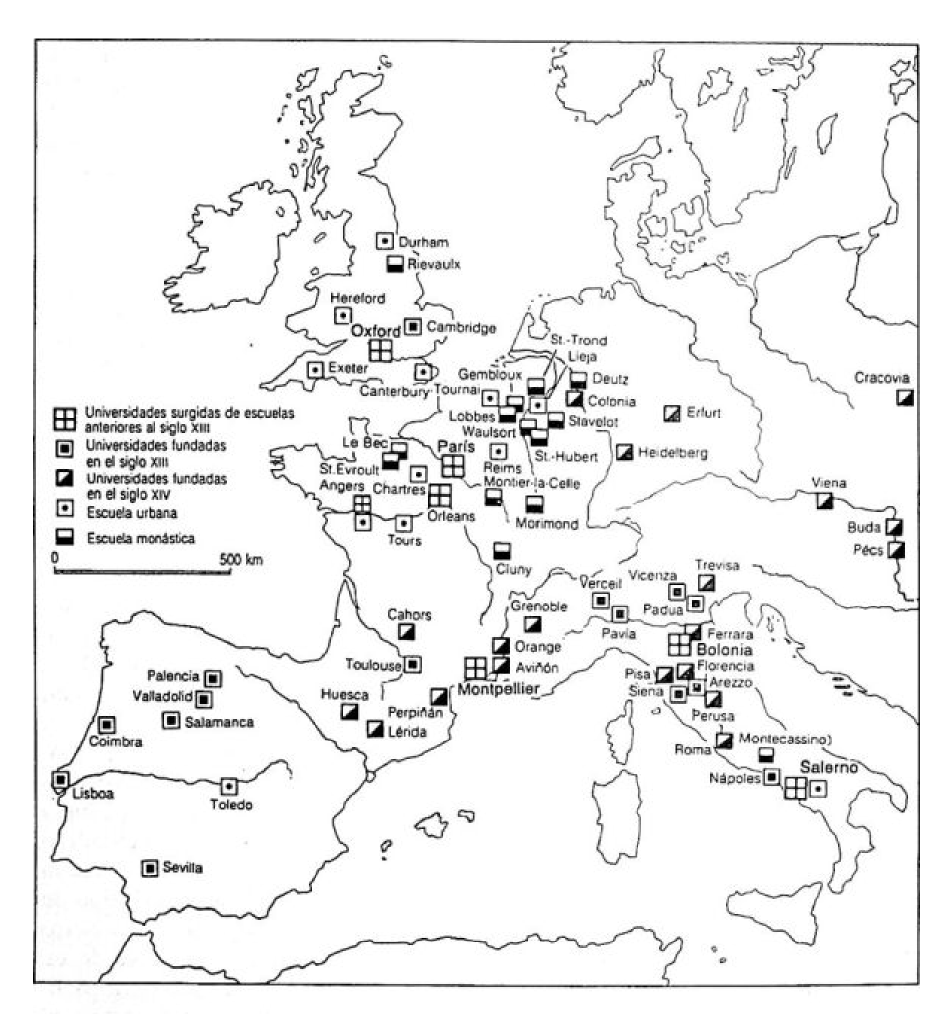
Ahora bien, en una de sus obras maestras titulada *Sic et non* («Sí y no»), Abelardo experimenta un método que permite superar las contradicciones existentes entre las autoridades. Refiriéndose a Alain de Lille, llegará a escribir que «la autoridad tiene una nariz de cera», es decir, que apenas es ya más que una referencia obligada tras la que se expresa un pensamiento original. Sin duda, entre los numerosos avances del renacimiento intelectual y cultural del siglo XII, uno de los más importantes a nivel de la cultura general y de la evolución de las mentalidades, es el desarrollo de la lógica. Mientras que la cultura monástica valoró sobre todo la retórica, arte del lenguaje y el discurso, los grandes maestros de escuela del siglo XIII hicieron

hincapié en la dialéctica, que se puede definir someramente como el arte y la manera de juzgar todo en el plano de la inteligencia y de la verdad. El primero que aplicó sistemáticamente este método fue el propio Abelardo, que no hacía más que responder a la expectativa de sus oyentes:

> Mis estudiantes pedían razones humanas y filosóficas y necesitaban explicaciones inteligibles más que afirmaciones. Decían que es inútil hablar si no hay inteligencia en las palabras, que no se puede creer si no se ha comprendido antes y que es irrisorio enseñar a los demás lo que ni uno mismo ni los que enseñan pueden comprender (*Historia de mis infortunios*, capítulo 9).

Bajo la presión de sus discípulos, el «caballero de la dialéctica» no dudó en lanzarse a una especulación racional sobre lo revelado a fin de constituir una «teología», palabra nueva que escandalizó a los tradicionalistas, como san Bernardo, que consideró una impertinencia la elaboración intelectual consistente en aplicar al mundo divino las categorías del espíritu humano. Sin embargo, sería erróneo reducir el conflicto que enfrentó al maestro parisiense y el abad de Clairvaux a una simple oposición entre racionalismo y espiritualismo. El primero nunca afirmó que sus comparaciones fueran equivalentes exactos de la realidad del dogma y pudieran agotar la profundidad del misterio de Dios. Se trataba más bien de un choque entre dos tipos de cultura: la exégesis monástica, literaria y escripturaria, orientada hacia la oración y la contemplación, y la filosofía escolástica deseosa de poner al servicio de la fe la curiosidad activa y el poder investigador de la razón. Abelardo, condenado en 1140 por el Concilio de Sens, estuvo considerado al principio como un vencido. Pero, de hecho, fue él el verdadero vencedor pues su método, liberado de su optimismo a veces pretencioso, será la base de la cultura escolástica medieval. Con él aparece además un nuevo tipo de hombre culto: el intelectual, que pronto se podrá llamar universitario. Es cierto que las épocas anteriores habían tenido hombres de letras y pensadores de un alto nivel como Beda o san Anselmo, pero su actividad era ante

todo hermenéutica. En el seno de la sociedad eclesiástica su papel consistía en consagrarse al análisis de los textos sagrados, a estudiar las palabras, a buscar sus sentidos ocultos, más verdaderos que el sentido literal. Pero a pesar de sus esfuerzos, no podían esperar descubrir la clave que permite comprender y explicar la historia y la sociedad. Estos clérigos hagiógrafos, cronistas, autores de comentarios bíblicos, tenían una visión unitaria y global del saber y de la vida que trataban de transmitir sin tropiezos a las siguientes generaciones. Con Abelardo, esta visión global y esta sosegada certeza desaparecen. El campo del saber se fracciona, se introduce la especialización y la actitud crítica se convierte en la regla. París se considera la nueva Jerusalén. Los intelectuales, salidos del regazo de la Iglesia y de su visión totalizadora, se ven obligados a adoptar nuevas formas de solidaridad para poder ejercer libremente una actividad que se separa del magisterio religioso para acercarse a otras profesiones.



Centros intelectuales y religiosos

La naciente universidad: ¿un humanismo?

En algunos centros escolares más importantes que otros, llamados al principio *studium generale,* aparecen, en efecto, universidades entre 1180 y 1230. Se trata de asociaciones profesionales (la palabra *universitas* hace alusión a todo tipo de oficio organizado, en los textos latinos de la época) que agrupan a los maestros y a los estudiantes. Su formación no fue la misma en todas partes: en París, surge de iniciativas de maestros seculares, que llegaron a ser muy numerosos, y tratan de liberarse de la tutela del canciller. Asimismo, se reagrupan con sus estu-

diantes para defender sus derechos corporativos contra el poder civil y la autoridad de la Iglesia local. En Bolonia, en cambio, donde se enseñaba sobre todo derecho, son los estudiantes procedentes de todos los países para iniciarse en las nuevas disciplinas los que formarán una asociación, o guilda, dictarán la ley y negociarán con el municipio a fin de obtener para ellos y para sus profesores un estatuto privilegiado. Sus esfuerzos fueron apoyados por el emperador Federico Barbarroja, que en 1159 los puso bajo su protección. Por su parte, los universitarios parisienses recibieron el apoyo del papado, que veía en esta nueva institución un medio precisamente para superar los particularismos locales y nacionales y para formar a los clérigos, especialmente teólogos, capaces de exponer y defender la doctrina cristiana contra sus detractores. También contaron con el apoyo del rey, a quien no le disgustaba la idea de limitar el poder del obispo: concesión por Celestino III en 1194 a los maestros parisienses, aval del rey en 1200, protección personal de Inocencio III en 1205 y, por último, estatutos concedidos en 1215 por el legado Roberto de Courgon, ratificados en 1229 por la regente Blanca de Castilla. A principios del siglo XIII se crearon otras universidades en Orleans (estudios literarios, derecho civil), de 1227 a 1268, así como en Montpellier (medicina, derecho), de 1225 a 1256, y en Oxford (1214-1240).

Se trataba, en efecto, de centros especializados a donde se iba desde muy lejos para formarse. Al igual que las órdenes mendicantes, la universidad reúne hombres de todas las capas sociales y de todos los países de Occidente. Posee su legislación autónoma, sus estatutos, garantizados por las más altas autoridades civiles y religiosas, y da origen a un nuevo grupo social, la *ordo scholasticus*, que trasciende las tradicionales distinciones entre clérigos y laicos. Pues, aunque los universitarios gozan de los privilegios de los clérigos, no son tonsurados y solo una pequeña parte de ellos hace una carrera eclesiástica. La mayoría

de los que frecuentan la universidad buscan una cualificación superior que les permita acceder a altas funciones en el Estado o en la sociedad. La universidad, surgida de un agrupamiento espontáneo de trabajadores intelectuales y no solo de la voluntad de un príncipe o de un papa, tuvo de entrada una alta conciencia de sí misma. Desde el siglo XIII, circulan en París leyendas según las cuales Carlomagno habría transferido la enseñanza de alto nivel (*translatio studii*) de Roma a París, y el año 1229 se descubre en Bolonia un falso documento, tenido entonces por auténtico, según el cual la creación de sus escuelas jurídicas se remontaría a uno de los últimos emperadores romanos, Teodosio II. No eran más que patrañas, pero la universidad, que tiene conciencia de haberse formado sola, se afirma ya como un tercer poder basado en el saber y la ciencia, al lado de la Iglesia y el Estado. Por otra parte, desde el siglo XIII, los profesores de derecho de Bolonia piden ser llamados *domini* y reivindicar la caballería, alabando las ciencias que hacen de ellos, según las palabras de Ceno de Pistoia, «los padres y los hermanos de los príncipes».

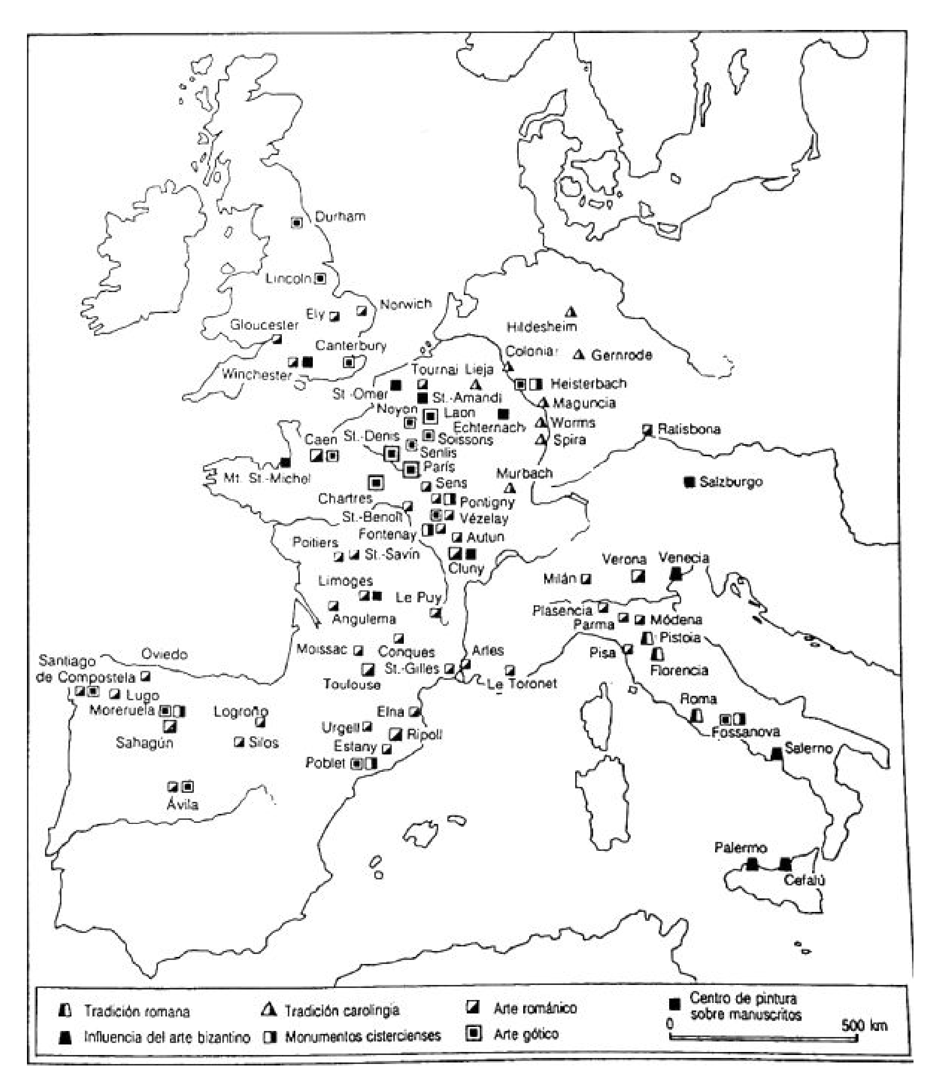
A cambio de su reconocimiento por los poderes establecidos, religiosos y laicos, los universitarios debieron aceptar una disciplina común, desde las disposiciones que reglamentaban el vestuario, las ceremonias y los ritos comunitarios hasta la organización de los estudios según un programa coherente (*ratioo studiorum*) que, en París, se fija a principios del siglo XIII. La época en que los maestros enseñaban independientemente los unos de los otros ante estudiantes que les abandonaban cuando creían que sabían suficiente ha pasado. Los profesores se agrupan en facultades (arte, teología, decreto, es decir, derecho canónico, derecho civil, medicina, etc.). Las artes constituyen una especie de propedéutica que es preciso haber seguido (¿de los 15 a los 20 años?) para acceder, llegado el caso, a otras facultades. Se prescribe una duración mínima para los estudios: ocho

años para la teología y el derecho civil, seis para el derecho canónico. Las etapas de la carrera universitaria, jalonada por una serie de grados, se concretan. Se empieza por ser bachiller antes de acceder al doctorado y a la licenciatura, lo que permite ejercer las funciones de maestro regente, es decir, de profesor. En cada ocasión, es preciso pasar exámenes y, sobre todo, demostrar capacidad para dominar un tema con motivo de una exposición oral y una «disputa» (*quaestio disputata*). En presencia de maestros de la universidad, se recurría al método dialéctico para superar las contradicciones entre los autores o las tesis que se comentaban. Desde el final del siglo XII se manifiesta la preocupación por organizar en un cuerpo doctrinal las diferentes *quaestiones* discutidas en las escuelas. Este esfuerzo conduce a obras como el *Libro de Sentencias* de Pedro Lombardo, que recorre los grandes problemas de la teología e indica las soluciones propuestas por el maestro parisiense. En el ámbito del derecho aparecen las obras maestras de los glosadores, como la glosa ordinaria sintetizada por Juan el Teutónico o la *Summa Codicis* de Azzon (hacia 1230-1240) que servirá de base a la enseñanza del derecho civil hasta el final de la Edad Media.

Bajo la influencia de estas estructuras de enseñanza y de estas «sumas» se desarrolla en las universidades una mentalidad común a todos los que la frecuentan, aunque se les clasifique por «naciones». Esta nueva cultura erudita se funda en un amplio uso de los textos, ya que la enseñanza tiene como punto de partida el comentario de autores que son autoridades en la materia de que se trate. Como los libros eran caros, los estudiantes que no tenían medios que les permitieran comprarlos los volvían a copiar página por página en la librería de la universidad donde estaba depositado el ejemplar que daba fe del original. Poco a poco el libro pierde su carácter sagrado o prestigioso para convertirse en un instrumento de trabajo. La escritura gótica corriente se hace cursiva y se uniformiza; las abreviaciones

se multiplican, se está lejos de la caligrafía suntuosa de los *scriptoria* monásticos. Los manuscritos universitarios del siglo XIII se parecen entre sí y apenas incluyen ya letras floridas delicadamente decoradas o miniaturas policromas. La propia originalidad de la enseñanza tenderá a atenuarse a partir de los años 1250-1270. La curiosidad universal y la audacia intelectual de la época precedente se debilitan; los maestros se esfuerzan sobre todo por organizar los conocimientos y sintetizarlos en sumas que presentan una visión coherente y unitaria de todo un campo del saber. Las ambiciones enciclopédicas, la aproximación intelectual y libresca a los problemas y el deseo de racionalidad son los rasgos característicos de la cultura erudita que se desarrolla en las universidades, la «escolástica», muy diferente de la que floreció en los monasterios e incluso en las escuelas de las catedrales en los siglos XI y XII.

Lo esencial de esta enseñanza no reside en una finalidad profesional, como en el caso de las otras formas contemporáneas de agrupamiento: el escolar llegará acaso a ser maestro a su vez, pero su finalidad no es esa; sencillamente, se instruye, refina su espíritu; no paga ninguna cuota; no recibe tampoco ningún salario; no hay un local concreto para la enseñanza, ni biblioteca; el escolar sigue al maestro que le atrae, allí donde le plazca comentar. Las ventajas de esta absoluta libertad saltan a la vista tanto como sus inconvenientes, pues o bien el escolar ha de ser rico, lo que establece una desgraciada selección, o bien su pobreza le lleva a mendigar un beneficio, un trabajo, una plaza en uno de los «colegios» donde le alojará un mecenas, como el de Roberto de Sorbon en París. En cuanto al maestro, también él debe pedir una remuneración y, desde 1220, la competencia de los hermanos predicadores, por definición fuera de estas necesidades seculares, amenaza con quitarle oyentes ya que al dominico no se le ha de pagar nada.



El Occidente románico y gótico

Lo que no impide que, durante las décadas que van de 1220 a 1270, la universidad aparezca como el crisol ideal de un primer «humanismo», el surgido como una síntesis frágil y delicada, de la fe y la razón. París, que se impone poco a poco como capital de la cristiandad, ve afluir maestros extranjeros deseosos de aportar su piedra al edificio: los ingleses. Alejandro de Hales (muerto en 1245) y el que fue durante un tiempo obispo de Lincoln. Robert Grossetête (muerto en 1253), defensores de la

experimentación; el italiano Buenaventura (muerto en 1274); y el alemán Alberto de Colonia (muerto en 1280), cuyas lecciones, a mediados del siglo XIII, sirvieron de fundamento a la *Summa teologica* de santo Tomás de Aquino (muerto en 1274), un italiano también y, como el precedente, dominico. Con todo, este punto culminante de la reflexión metafísica cristiana se alcanza en medio de serias dificultades, las que provoca la rivalidad entre los hermanos y los maestros seculares, la privatización de los escolares pobres o la inquietud del poder. Por esta razón se puede decir que la fase ideal de la historia de las universidades fue muy breve, lo que, por lo demás, no le quita en absoluto su valor de ejemplo. Rápidamente, bajo la influencia de los universitarios, el discurso sobre Dios tiende a hacerse ininteligible para los no especialistas. La exclamación de san Bernardo en 1140, según la cual «se discute sobre la Santísima Trinidad en todas las encrucijadas y los simples pretenden tener acceso a los misterios más secretos de la fe», apenas tendrá ya sentido un siglo más tarde pues la especulación teológica se convierte en un examen de escuela que se desarrolla en un lenguaje cifrado.

Por eso, desde principios del siglo XIII, se inicia un cambio en el seno del mundo universitario. Aunque los teólogos continúan desempeñando un papel eminente, sobre todo en París, sufren una fuerte competencia por parte de los juristas, cuya influencia se extiende no solo en la Iglesia sino en toda la sociedad. Desde el final del siglo XII en Italia, el derecho canónico, es decir, eclesiástico, se separa de la teología y recibe la influencia del derecho civil. En Bolonia, en tiempos de Bazian, el primer doctor *utriusque juris*, desde Azzon y Accursio, se forma un derecho canónico que tendrá una amplia difusión. Esta convergencia no era evidente y, del Concilio de Tours (1163) a Honorio III (1219), la Iglesia trató ampliamente de prohibir a los monjes y a los clérigos que tenían almas a su cargo, el aprendi-

zaje y la enseñanza del derecho civil. Pero los canonistas eran sensibles a la precisión del lenguaje jurídico romano e hicieron un uso generalizado de él entre 1190 y 1215. Y lo que es más, el papado encontró en él una confirmación de su derecho a promulgar leyes. En una época en que hacía del papa su emperador, la Iglesia romana no podía a la larga mostrarse insensible a los textos que presentaban al príncipe como por encima de las leyes (*legibus solutus*) y legislador soberano. Al mismo tiempo, el derecho romano se abre a la influencia de la moral cristiana y las constituciones laicas no se libran de su marca. Sabios eclesiásticos y legistas hablarán en lo sucesivo el mismo lenguaje, fundado en el *Digesto* y el Decreto de Graciano, y confluirán en la Iglesia y en el Estado.

En el siglo XIII un nuevo lenguaje, el de los juristas, se impone a todos y excluye a todos los que, ya sean fundadores, burgueses o campesinos, no penetran en sus arcanos.

Un arte del número y de la luz

No hay nada de artificial en aproximar la expresión artística al pensamiento filosófico: no son más que dos aspectos de un mismo dominio y de una misma necesidad. El arte románico, nacido casi espontáneamente en regiones diversas, entre 1060 y 1130, extrajo su poderosa originalidad de lo que es la primera forma verdaderamente independiente del sentimiento europeo. Como se ha dicho más arriba, sus principales características expresan ampliamente la afectividad del momento: vuelta a la forma humana pero conservando un segundo plano «folklórico» o mágico; majestuosos proyectos ejecutados según planes madurados; predominio de las masas, equilibradas en una especie de fuerza contenida dispuesta a elevarse al cielo. Estas aspiraciones sobrepasan la mitad del siglo XII, no solo en Provenza o en Italia, e incluso en el mundo germánico, ambas áreas todavía rebeldes, sino también en Borgoña, en Auvernia y en Poitou. Numerosos edificios, sobre todo monásticos, tales como

Vezelay, Saint-Savin o La Caridad, son acabados y decorados a partir de 1150.

En este momento ha nacido ya una nueva forma de expresión, tan absurdamente calificada de «gótica» o de «bárbara» por los neófitos de la Antigüedad renaciente. Este arte tiene una cuna, Île-de-France, por lo que se le conocerá en la Edad Media como *opus francigenum*, «trabajo francés». Es un arte real, vinculado a los comienzos del triunfo capetiano, pero concebido también como tal en Inglaterra, Castilla y la Alemania central. Es un arte urbano, tal vez porque a partir de 1175 o 1200 es en la ciudad donde se hace más intensa la necesidad de construir o de reconstruir. No demuestra particularmente su especificidad en la arquitectura, contrariamente a las innovaciones romanas: las plantas son idénticas, las dimensiones a menudo son similares. Algunas de las características que el profano distingue, los anillos de ojiva bajo las bóvedas, las tribunas o el arco apuntado eran conocidos y empleados aquí y allá desde 1100; incluso el arbotante no es más que un artificio de sostén que permite coger más arriba los empujes de la bóveda. En cambio, es precisamente la preocupación por la amplitud, evidentemente progresiva de los muros a los huecos de vidrio de la Santa Capilla o de San Urbano de Troyes, lo que corta con el románico, y no solo las cifras en sí (48 m es el récord de elevación en Beauvais; pero no era tanto comparado con los alcanzados en Oriente). Sin olvidar la preocupación por el equilibrio matemático, difícil de calcular, y por la claridad. En esta transformación del arte cristiano hay una dimensión metafísica próxima a la reflexión de los filósofos de la época.

A este mismo nivel se sitúa otra característica: las decoraciones —las esculturas que flanquean todo el exterior del edificio, pero también los frescos, las vidrieras, e incluso las miniaturas de los pergaminos— renuncian a lo fantástico o a lo simbólico tan apreciados por el arte románico; se respetan las proporcio-

nes, las figuras, humanas se encaminan hacia el naturalismo, tanto las yacentes como los rostros de escenas extraídas de las Escrituras. La sonrisa surge en las expresiones; al humor a veces vengativo y suficiente del románico sucede la escena sosegada, los temas cotidianos y profanos. En otras palabras, la gloria de Cristo, y más tarde la de la Virgen, cuyo culto se incrementa a la sazón, deben ser, sin duda, magnificados; pero también está presente el hombre con sus trabajos, sus oficios, sus devociones locales.

La época de los Capetos fue testigo de los primeros talleres de construcción, ámbito en el que el arte románico no había destacado especialmente: la iglesia abacial de Saint-Denis abre en 1135 una serie en que algunos eruditos suponen estarían Sens o Durham hacia 1128, cosa que no es demasiado importante. En círculos concéntricos al creciente radio, se elevan poco a poco los más consumados de estos edificios: Chartres, Laon y Noyon antes de 1155; París, Canterbury y Lincoln antes de 1175; Chartres de nuevo, Bourges y Le Maris hacia 1200; Amiens (1220); Reims y Beauvais (1225); Salisbury, Dijon. Estrasburgo, Angers y más tarde, lejos del área inicial. Burgos o Toledo antes de 1225; Bamberg, Magdeburgo o Naumburgo, etc. Italia sigue en la brecha, de San Marcos de Venecia y Torcello a Anagni y Espoleto. Se esboza allí una forma original que será más tarde apreciada al norte. Por el momento, este arte es tributario, según los casos, de Bizancio, el Magrib o la vieja Roma: no es en absoluto «gótico».

Tal vez nunca alcanzó la Europa cristiana un nivel de unidad comparable al que se pone de manifiesto entre 1225 y 1250; esta generación apenas experimentó la carestía, solo pequeños conflictos; la sobrecarga demográfica no la amenaza aún, pues el comercio está lleno de vitalidad y hay todavía tierras disponibles. Al sofocar pulsiones que habrían podido ser fecundas, la Iglesia mantuvo un orden social en que el lugar de uno podía

ser envidiado por otro pero sin que se considerara fruto de la injusticia o del terror. Un pensamiento, una lengua, una expresión común hacen que se reconozcan entre ellos los miembros de una Europa nacida al fin. La misma generación que vio doblegarse, retroceder, humillarse las dos orgullosas civilizaciones de Oriente que dominaban entonces la escena, y cuyo hundimiento señala un corte radical en la historia del mundo.

Tercera parte
EL ORIENTE SE ECLIPSA
(del siglo XII a mediados del siglo XIII)

Capítulo 10
EL ISLAM DESCORONADO[*]

La implantación de los fâtimíes en Egipto y en Siria a finales del siglo X había trastornado profundamente la situación del mundo musulmán en el Próximo Oriente: la división y la rivalidad sucedieron a la aparente unidad política y religiosa del califato ʻabbâsí. Además, el dominio económico de los califas de Bagdad había retrocedido ante los fâtimíes porque estos ocuparon las salidas sirias y egipcias al Mediterráneo. Considerándose los únicos herederos legítimos del Profeta por su filiación directa con Fátima y ʻAlí, los fâtimíes habían intentado eliminar al califa ʻabbâsí: la conquista momentánea de Bagdad, en 1059, fue una ocasión para conseguirlo; pero la intervención de los turcos seldjûqíes de Tugril a favor del califa invirtió la situación: el éxito de los seldjûqíes restableció al califa ʻabbâsí en Bagdad y redujo a los fâtimíes a sus bases de Siria, de donde serían desalojados poco a poco por los seldjûqíes, aunque sin expulsarlos definitivamente de Palestina.

EL ORIENTE ENFERMO Y AGREDIDO

Los combates que se sucedieron en esta región tuvieron sus consecuencias, ya que los cristianos de Occidente encontraron en ello un motivo para acudir a liberar la Tierra Santa de sus belicosos ocupantes. La llegada de los seldjûqíes al Próximo Oriente reforzaría, en el aspecto religioso, la posición del Islam sunní frente al Islam shîʻí de los fâtimíes, y acentuaría en el aspecto político la evolución del papel del califa ʻabbâsí hacia un estado de jefe espiritual de la comunidad musulmana, en detrimento de su papel de jefe temporal; esta trasposición ya se ha-

bía llevado a cabo por los visires buyíes a finales del siglo X y principios del XI.

En el campo de las relaciones internacionales, la expansión seldjûqí hacia el Oeste, orientada primero con éxito hacia Siria y después hacia Egipto, se dirigió posteriormente hacia Armenia, lo que significaba un enfrentamiento con el emperador bizantino. La batalla de Mantzikiert, en 1071, en la que el emperador bizantino fue vencido y hecho prisionero, además de iniciar un período de diez años de conflictos internos en el imperio griego, permitía a las tribus turcas el acceso al Asia Menor, hecho que algunas de ellas aprovecharían sin demora. Desde entonces el destino del Próximo Oriente se transformó y los turcos desempeñarían un papel primordial durante muchos siglos. Estas transformaciones afectaron no solo el aspecto político sino también el humano, social, religioso y económico. Del mismo modo que en el norte de África el dominio árabe ha cedido su lugar al dominio de los soberanos bereberes, en el Próximo Oriente desaparece progresivamente en beneficio de los sultanes turcos; sin embargo, la civilización árabe musulmana no desaparecerá: asimilada por los recién llegados, conocerá aún días de gloria y mostrará su dinamismo en la literatura, en las ciencias y en el arte. Y respecto a las cruzadas, que finalmente fracasaron en el aspecto político y religioso, fomentaron un desarrollo de las relaciones económicas ya establecidas anteriormente, en el que las ciudades comerciales italianas, Venecia y Génova especialmente, supieron aprovechar los éxitos y los reveses de la presencia franca en Oriente.

Dos dominios inconciliables

Al nacer el siglo XII dos potencias dominan el mundo musulmán del Próximo y del Medio Oriente: el califato fâtimí de Egipto y el sultanato seldjûqí que controla Jurâsán, Irán, Iraq, Siria, y se extiende hacia al Asia Menor. Potencias orientales por sus orígenes, por su concepto y ejercicio del poder, por sus

instituciones internas, por sus opciones religiosas y por su papel económico, se oponen ya sea directamente o bien a través de los Estados latinos de Siria y Palestina; cuando, en el siglo XII, el relevo seldjûqí de estas provincias sea tomado por los zengíes y más tarde por los ayyûbíes, se tratará aún de una continuación del empuje turco pero bajo una fachada kurda arabizada que se extenderá por Egipto y proporcionará a una parte del Próximo Oriente una cierta unidad política y religiosa.

Aunque la autoridad fâtimí fuera discutida localmente, en la primera mitad del siglo XI la dinastía, instalada desde entonces en El Cairo, controla todo el litoral mediterráneo, directa o indirectamente, desde Marruecos hasta el norte de Siria. Política y económicamente representa una fuerza considerable, pero su dominio político suscita, ya lo hemos visto, resistencias por parte de tribus bereberes del Magrib y de emires sirios hostiles a cualquier poder externo; la disparidad religiosa no atrae tampoco a favor de los fâtimíes la simpatía de la población, que a veces ha sido perseguida; y por último, el poder ejerce su autoridad por medio de un ejército en el cual los mercenarios de origen sudanés, turco, armenio, circasiano, son cada vez más numerosos y desde la segunda mitad del siglo XI tienden a desempeñar un papel político. Sin embargo, la potencia fâtimí está lejos de ser vulnerada a finales de este siglo y su posición privilegiada en la costa mediterránea le proporciona enormes ventajas económicas por ser mediadora entre los países del océano Índico y los de la Europa mediterránea.

Por otra parte, en menos de un siglo la parte principal de los territorios que constituían el dominio ʻabbâsí en Oriente pasan a ser controlados directamente por jefes seldjûqíes que toman el título de sultán, es decir, se consideran prácticamente detentores del poder temporal, dejando al califa de Bagdad únicamente la función de jefe religioso de la comunidad musulmana, y en nombre del cual, como fieles sunníes, se oponen a los fâti-

míes shî'íes. El poder que los seldjûqíes instauran en el Jurâsán, Irán, Iraq y en el Asia Menor oriental, es un herencia de las tradiciones tribales turcas, del sistema administrativo del Jurâsán y de la cultura política árabe e irania; su manifestación práctica es el *Siyâsat Nâmeh* («Libro del Gobierno») de Nizâm al-Mulk, visir de los sultanes Alp Arslân (1063-1073) y Malik Shâh (1073-1092). La llegada de los seldjûqíes y posteriormente de otras tribus turcas o turcomanas al Próximo Oriente modifica no solo la situación política de esta región, sino que además introduce un factor humano y social totalmente nuevo, un comportamiento religioso dinámico que se expresa a través de cofradías «ofensivas» como la de los gâzîs, y que afecta a toda una zona económica importante por sus producciones y por su situación de intermediaria entre Europa, India y China. El dominio de los puertos de Siria y Palestina es uno de los aspectos que están en juego en el enfrentamiento que opone a seldjûqíes y fâtimíes; pero el episodio de las cruzadas y sus consecuencias contrarrestará esta evolución por mucho tiempo.

Por su propia naturaleza el régimen fâtimí era de esencia divina y su jefe tenía que ser obligatoriamente descendiente del Profeta: era *imâm* (guía) y, al estar limitado el imanato a la familia del Profeta, cada imán era nombrado por su predecesor sin que necesariamente fuera designado como tal el hijo mayor del imán en el cargo. Esta sucesión se realizó sin ningún problema en la dinastía fâtimí hasta finales del siglo XI; tras la muerte del califa Al-Mustansir empezaron las discusiones acerca de la designación del imán, polémica originada por la familia del califa, por personajes importantes de la corte, especialmente el visir, o bien, y cada vez más, por la guardia califal, de reclutamiento heterogéneo, para la cual el símbolo sagrado del imanato no significaba nada. La incapacidad de los califas fâtimíes para unir bajo su autoridad a los musulmanes contra los cruzados o de oponerse a ellos con sus fuerzas significó un descrédito para

los califas y el califato, descrédito que se vio acentuado en la segunda mitad del siglo XII cuando los fâtimíes establecieron un pacto de alianza con el rey latino de Jerusalén y este avanzó hasta El Cairo. No es sorprendente que Saladino eliminara la dinastía, posteriormente, sin suscitar una gran oposición en Egipto.

Ya anteriormente, el poder califal había soportado fuertes ataques de los visires, que en un primer momento habían sido los ejecutores de la política de los califas; pero en la segunda mitad del siglo XI, bajo el califato de Al-Mustansir, la llegada al visirato de Badr al-Djamâlî transformó las condiciones del ejercicio de esta función. En efecto, debido a las circunstancias, Badr al-Djamâlî fue dotado de plenos poderes: de simple jefe de los ejércitos fâtimíes *(amîr al-djuyûsh)* pasó a ser jefe de la administración civil, judicial y religiosa. Los visires que le sucedieron se beneficiaron de la misma autoridad, que a menudo imponían al califa reinante a la fuerza si era preciso; pero, a consecuencia de la disolución del poder califal y de las rivalidades que se produjeron en la corte y en el seno del gobierno fâtimí, el destino de los visires fue a menudo trágico, y a medida que transcurría el siglo XII la inestabilidad de los visires prevaleció al mismo tiempo que crecía la anarquía del régimen. Hecho destacable en un Estado tan marcado en sus orígenes por el Islam, varios de los visires fueron cristianos o antiguos cristianos (particularmente armenios) convertidos al Islam. Hay que ver en esto, en los primeros años de la dinastía en Egipto, una prueba de apertura hacia categorías de la población egipcia más capaces que los musulmanes sunníes de cooperar con las autoridades gubernamentales. Estas se apoyaban en una administración muy centralizada, jerarquizada, dependiente, según los períodos, del califa o del visir, y que, rival de la administración ʻabbâsí, ha podido ser considerada como un modelo en su género. Los cristianos y los judíos estaban ampliamente represen-

tados en ella y manifestaban una gran lealtad hacia un régimen que les aportaba satisfacciones materiales y morales.

Asimismo, los califas fâtimíes recurrieron a mercenarios no árabes para constituir su guardia personal e incluso una parte de su ejército, que fue un privilegiado del Estado fâtimí. Pero, en el siglo XII, dándose cuenta de su importancia, este ejército ejerció una presión cada vez más fuerte sobre el califa, el visir o las diversas delegaciones de la administración; más tarde los diferentes elementos de este ejército (bereberes, turcos, sudaneses) se enfrentaron unos contra otros para poder asegurarse el control del régimen, que no lo resistiría.

Los seldjûqíes representan un sistema totalmente diferente. Aunque son musulmanes y aplican en su Estado los principios de la *sharî'a* (la ley musulmana), son, sobre todo, herederos de las tradiciones turcas a las que se han superpuesto elementos iranios y árabes. El rasgo dominante de la dinastía es la concentración de los poderes militares y civiles en manos de miembros de la familia: esta reconoce como jefe al primogénito, a quien corresponde el título de sultán y la labor de dirección general de los asuntos del Estado; pero atribuye las funciones importantes del ejército y de la administración civil a sus hermanos, tíos, sobrinos. Este sistema prevalecería si a la cabeza de la familia se encontraba una personalidad de envergadura que diera pruebas de autoridad y de dinamismo ofensivo: las conquistas permitían satisfacer los apetitos eventuales de los parientes próximos o lejanos concediéndoles una parcela de poder sin que la unidad del Estado se viera amenazada; se trataba de una especie de «infantazgos» (*apanages*) familiares que contenía en sí misma los gérmenes de la destrucción del Estado seldjûqí. En efecto, desde finales del siglo XI vemos cómo se multiplican los pequeños principados en el Alto Iraq, en Djazîra y en el norte de Siria. Sometidos en principio a la autoridad de un príncipe seldjûqí, están de hecho gobernados por los *âtâbegs*,

preceptores de los jóvenes príncipes, que poco a poco se van atribuyendo el poder real: la disolución del sultanato seldjûqí del Irán, Iraq y del norte de Siria sería consecuencia de este fenómeno. Sin embargo, el sultanato seldjûqí del Asia Menor se libraría de esta desintegración, aunque a finales del siglo XII el sultán Qilidj Arslân II al dividir el Estado entre sus hijos estuvo a punto de provocarla.

El Próximo Oriente partido en dos

Por otra parte, los seldjûqíes son musulmanes sunníes: los problemas teológicos apenas les preocupan, pero conciben la religión como un elemento fundamental del Estado, elemento de gobierno, elemento de orden, elemento de moralidad; solo reconocían el Islam ortodoxo y combatieron enérgicamente el shî'ismo ismâ'ílí. Su ortodoxia procede del Islam iranio, y particularmente de la «definición» de Ghazâlî, pensador, filósofo, teólogo, que supo conciliar fe y razón presentándola de modo que satisficiera a los turcos seldjûqíes. Al igual que sus vecinos y rivales fâtimíes, fueron muy tolerantes con los no musulmanes, cristianos o judíos.

Otras características diferencian a fâtimíes y seldjûqíes. El poder de los primeros, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XI, se ejerce sobre poblaciones esencialmente árabes, y secundariamente sobre minorías no árabes o no musulmanas; a partir de principios del siglo XI y sobre todo a partir de mediados de este siglo, el Magrib se les va prácticamente de las manos y pasa, en su mayor parte, a estar bajo el control de dinastías bereberes, a pesar de la invasión de unas tribus árabes, llamadas hilâlíes, procedentes de Egipto. Los seldjûqíes, al contrario, dominan diversos pueblos, turco, iranio, kurdo, árabe, y más tarde armenio y griego; estos pueblos son mayoritariamente musulmanes sunníes y por lo tanto no hay oposición entre los dirigentes y las poblaciones sunníes. Aunque existen algunos grupos no sunníes, como los nizâríes, los *hashîshiyya,* los

«asesinos», que son despiadadamente perseguidos, y cristianos, muy minoritarios, hasta el momento en el que los seldjûqíes ocupan el Asia Menor, las poblaciones musulmanas en conjunto reconocen como jefe al califa ‘abbâsí. Este, única autoridad legítima, delega oficialmente una parte de su poder en el sultán seldjûqí y por consiguiente le confiere, mediante investidura, un carácter de legitimidad que le permite ejercer una parte de poder: limitado primero a las cuestiones militares y administrativas, este poder se extiende a los aspectos jurídicos y religiosos, aprovechándose de la lucha contra los fâtimíes. La definición de las reglas seldjûqíes que aparece en el *Siyâsat Nâmeh* está basada tanto en el carácter temporal del poder seldjûqí como en su carácter religioso que le ha sido cedido por el califa. El peligro, que aparece a finales del siglo XI y más aún en el siglo XII, reside en el sistema de repartición de responsabilidades entre los seldjûqíes: este, al disminuir la autoridad del sultán, «gran seldjûqí» de Iraq, permite la aparición de otros sultanes en Asia Menor, en el Jurâsán, que, aunque reconocen de manera oficial —pero teórica— al califa ‘abbâsí como jefe religioso y al sultán de Bagdad como jefe de la familia seldjûqí, utilizan estos argumentos para mostrarse como los representantes legítimos de aquellas dos personalidades, y en consecuencia atribuirse localmente todos los poderes: político, administrativo, jurídico y religioso. También es posible que la diversidad étnica de los territorios dominados por los seldjûqíes haya facilitado una división del poder político y la creación de estos sultanatos: la unidad religiosa no era suficiente para mantener la unidad política.

Entre los fâtimíes, el hecho de que el califa no sea el jefe espiritual de la inmensa mayoría de los habitantes, y que no haya conseguido atraerse la adhesión de estos, favoreció el desarrollo de la autoridad de los visires, detentores de un poder político muy material, lejos de implicaciones religiosas. Los excesos

de ciertos visires y de sus agentes efectivos, los mercenarios, su laxismo ante los cruzados, facilitaron en el último tercio del siglo XII la recuperación del sunnismo en el plano político y religioso y la reconciliación entre la autoridad dirigente y la población. Al contrario que en el mundo seldjûqí, se asiste a una reunificación del dominio sirio-egipcio con Saladino. Pero sería por poco tiempo.

El mundo mediterráneo y el Próximo Oriente conocieron en la segunda mitad del siglo XI modificaciones comerciales importantes, cuyas causas son varias. Causas políticas: implantación de los fâtimíes en Egipto y en Siria, reconquista del norte de Siria por los bizantinos, principio de la fragmentación del califato ʻabbâsí, y trastornos que son consecuencia de la nueva presencia de los seldjûqíes y de otras tribus en las orillas del mar Negro hasta las del mar de Aral. Causas propiamente comerciales: aparición de mercaderes italianos —presentes ya en Ifrîqiya— en Egipto y pronto en las costas de Palestina y de Siria; entre fâtimíes y amalfitanos, seguidos inmediatamente por písanos, por genoveses y por venecianos, se establecen corrientes comerciales que pronto darán lugar a una presencia europea permanente en el Oriente; intensificación también del papel de los mercaderes judíos de Ifrîqiya y de Egipto, y, por último, control por parte de los fâtimíes del comercio efectuado con Sudán y el África Oriental. Causas accidentales: ruina del puerto de Sîrâf, en el golfo Pérsico, destruido por un terremoto, cuando este puerto era una escala hacia Basora y Bagdad y desempeñaba un importante papel en las relaciones marítimas entre la India e Iraq; su destrucción y la aparición de piratas en el golfo obligó, como hemos dicho anteriormente, a desviar una gran parte del tráfico comercial hacia el mar Rojo y Egipto. Los problemas en el Oriente ʻabbâsí y la instauración de un régimen fuerte y estable en Egipto también influyeron de alguna manera en estas transformaciones.

En el otro lado, en la parte septentrional del Próximo Oriente, desde el Asia Menor hasta el Jurâsán, seguían las luchas, bien internas como las de los griegos, o bien por el poder o el dominio de una región; además, la llegada de las tribus turcas y turcomanas transformó la vida cotidiana de las poblaciones locales: cambios étnicos, modificaciones parciales de las actividades económicas tradicionales, menor importancia de la capital del califato… Y todo esto repercutió en contra de la ruta del golfo Pérsico-Irán-Iraq, aun cuando una parte del comercio caravanero seguía efectuándose a través de ella.

Sin afirmarlo de un modo absoluto, es posible que los sultanes seldjûqíes hubieran previsto el restablecimiento del tráfico comercial en los territorios que ellos controlaban hasta las salidas al Mediterráneo y al mar Negro: esto explicaría, además de los motivos políticos y religiosos, sus ataques contra los fâtimíes en Siria e incluso en Palestina, y contra los bizantinos en el Asia Menor oriental. Pero la llegada de los cruzados y su establecimiento en los límites sirios y palestinos y en una parte de las tierras interiores frustraron las intenciones de los seldjûqíes.

Cuando a finales del siglo XII los cruzados, vencidos, abandonaron la mayor parte de sus posiciones, se restableció aparentemente la unidad musulmana: aunque Saladino y, posteriormente, los ayyûbíes controlaron el poder en Siria y en Egipto, Iraq y sobre todo Asia Menor se les escapan de las manos: durante medio siglo cambió la situación del Próximo Oriente musulmán hasta la irrupción de los mongoles, que de nuevo trastornó la situación. Las características de los siglos X y XI se reproducen: la zona norte y la zona sur están separadas, e incluso, a veces, en abierto conflicto, y esta situación durará hasta principios del siglo XVI, cuando los sultanes otomanos restablecerán la unidad en el Próximo Oriente musulmán.

La agresión cristiana

Cuando los cruzados llegan al Próximo Oriente bizantino y musulmán, este vive divisiones y luchas internas: en Asia Menor, la estabilidad del poder al acceder al trono Alejo I Comneno termina con la anarquía de los años 1071-1081; pero este ha tenido que permitir la instalación de tribus turcas en la meseta de Anatolia, e incluso en la región costera del mar de Mármara: de este modo los seldjûqíes de Sulaymân ibn Qutulmish, y posteriormente de Qilidj Arslân I, ocupan las principales ciudades de la ruta Nicea (Iznik)-Iconion (Qonya); los dânishmandíes, el triángulo Sivas-Kayseri-Malay; los artuqíes y los saltuqíes, el Asia Menor oriental y sudoriental.

Estas tribus llegaron tras la victoria de Alp Arslân en Mantzikiert (Malâzgird), en 1071, frente al *basileus* Romano Diógenes; por etapas van avanzando hacia el centro e incluso hacia el oeste, aprovechándose de la lucha por el trono que hace estragos entre los griegos, apoyando, como lo hacen los seldjûqíes, a uno de los candidatos, o instalando, como los dânishmandíes, su autoridad en sustitución de los griegos. Después de la toma de poder de Alejo I, estas tribus se benefician de circunstancias favorables: el *basileus* se encarga de la restauración del poder imperial, de la reorganización administrativa y militar del imperio y de la lucha contra los intentos de invasión por el oeste de los normandos del sur de Italia.

Las disputas entre los turcos contribuyen al debilitamiento de la potencia bizantina. Sulaymân ibn Qutulmish quiere asegurarse la supremacía sobre todos los seldjûqíes y lucha sin éxito contra su primo del Iraq; tras él, Qilidj Arslân renuncia a la expansión hacia el este, pero se opone violentamente a sus vecinos y rivales dânishmandíes, que, por otra parte, están en conflicto permanente con las dinastías armenias de la región del alto Éufrates. Así se comprende el hecho de que los cruzados al desembarcar en Asia Menor no encontraran una verda-

dera oposición y que su paso por Nicea, Dorilea, Qonya, hasta las Puertas de Cilicia, se efectuara en buenas condiciones.

La conquista de los cruzados de las principales ciudades de la costa siriopalestina, habiendo penetrado en Siria tras el largo cerco de Antioquía (1098), se debe también a las rivalidades que, poco antes, habían enfrentado a seldjûqíes y fâtimíes en esta región (los fâtimíes habían recuperado Jerusalén ante los turcos menos de un año antes de que los francos se apoderaran de ella), lo que de hecho impidió cualquier alianza frente a los invasores. Los fâtimíes enviaron incluso una embajada a los francos en el momento del cerco de Antioquía, y una embajada franca se presentó en El Cairo. En este sentido, se ha hablado de un proyecto que habría concedido Siria a los francos y Palestina a los fâtimíes, proyecto poco probable dado que la finalidad de los cruzados era otra y, por otra parte, que los fâtimíes acudían a suplicar y no a exigir. El éxito conseguido hasta entonces por los cruzados no les habría llevado a tal avenencia; de cualquier modo, poco después de esta embajada los fâtimíes se apoderaron de Jerusalén (agosto de 1098) e intentaron ocupar todo el norte de Palestina, con la esperanza de mantener la amenaza franca lo más lejos posible, al igual que la seldjûqí, siempre presente. Este intento fracasó ya que en julio de 1099 los cruzados se apoderaron brutalmente de Jerusalén, y un poco más tarde ocuparon los puertos de la costa hasta Jaffa, entre 1100 y 1120. La falta de unión entre los musulmanes en el Asia Menor, en Siria y en Palestina favoreció a los francos. Pero en Asia Menor encontraron también aliados, voluntarios o forzosos, en los Estados armenios de Cilicia y del Taurus, cuyos soberanos se alían o se someten a ellos: el príncipe armenio Thoros, soberano de Edesa, acude a Balduino de Boulogne para deshacerse de los turcos; pero, finalmente, quien desaparece es él y Balduino funda entonces el primer Estado cruzado de Oriente, el condado de Edesa (marzo de 1098).

Así pues, los cruzados penetran en un Próximo Oriente profundamente dividido a finales del siglo XI. Pero conviene destacar que los musulmanes, por su parte, no fueron conscientes, al iniciarse esta expedición franca, de la importancia de este tipo de invasiones: para ellos se trataba de un ataque de los cristianos del Norte, a lo que ya estaban acostumbrados sobre todo desde el siglo X, más aún cuando entre los cristianos se hallaban los bizantinos, ya sea del Asia Menor o de Antioquía. En un primer momento creyeron que era una ofensiva pasajera y limitada frente a la cual siempre se podrían concertar alianzas. Ante la perseverancia de los sitiadores en el cerco de Antioquía, y sobre todo tras la invasión de Siria y de Palestina y la posterior creación del reino de Jerusalén, descubrieron la realidad. Pero ya era muy tarde para poder alejar el peligro franco.

Sin embargo, desde los primeros años del siglo XII aparece una forma clara de resistencia cuyas consecuencias a largo tiempo son irrefutables. Primero, frente a la segunda oleada de cruzados en Asia Menor, se unen seldjûqíes y dânishmandíes para impedirles atravesar este país. De hecho, en agosto de 1101, los lombardos son vencidos cerca de Amasia, un poco más tarde las tropas del conde de Nevers son aplastadas cerca de Eregli, y lo mismo ocurre con los contingentes de Aquitania y de Baviera. La meseta central de Anatolia está defendida por los turcos, y desde entonces los refuerzos hacia Tierra Santa solo pueden llegar por mar. Simultáneamente, los *âtâbegs* de Djazîra y los seldjûqíes del Iraq se sienten menos amenazados, mientras que el conde de Edesa, contra el cual sus vecinos dânishmandíes llevan a cabo un continuo hostigamiento del que es víctima Bohemundo de Antioquía, no puede esperar otro apoyo y refuerzo que el que le den los estados cruzados de Tierra Santa. De este modo, en el Asia Menor, los turcos musulmanes han hecho un frente común contra el invasor; pero, una vez

superado este peligro, emprenden de nuevo la lucha por establecer su hegemonía en la meseta de Anatolia.

Por otra parte, en Siria, tras los primeros fracasos, los príncipes locales, seldjûqíes o *âtâbegs* de Alepo, Hamâ, Homs (Hims) y Damasco, resisten cualquier ataque de los francos. El largo cerco de Antioquía les ha demostrado que estos no eran tan invencibles como creían, y según las circunstancias, aliándose entre ellos temporalmente frente a un ataque de los cruzados o, si era preciso, estableciendo un pacto con ellos, consiguen preservar las principales ciudades del interior de Siria, proteger la ruta Alepo-Damasco-La Meca, y acudir, llegado el caso, a Mosul y a Bagdad. Sin embargo, se trata más de una política local oportunista que de un movimiento general de oposición a los cruzados: la idea de guerra santa está ausente de sus espíritus y cuando la ocasión se presenta se restablecen relaciones de carácter comercial, sobre todo, entre musulmanes y mercaderes francos.

Más al sur, los fâtimíes han perdido Jerusalén y la mayor parte de Palestina, pero finalmente se acomodan a la presencia de los latinos en esta región y a la creación de los Estados de Tierra Santa. En efecto, por una parte estos desvían la atención de los seldjûqíes, y por otra constituyen una barrera entre turcos y fâtimíes. Estos últimos lo prefieren, ya que la situación interior de Egipto se ha degradado sensiblemente y no desean en absoluto combatir con ningún adversario: de aquí el interés en mantener el statu quo con los francos. Además, al poseer una de las vías de acceso al océano índico, ofrecen a los mercaderes italianos condiciones de comercio más beneficiosas, más directas y menos aleatorias que las que pueden encontrar a través de Siria e Iraq.

La aventura de los latinos en Oriente

El episodio de la implantación latina en Palestina y en Siria sigue suscitando interés en Occidente, aunque en la historia del Islam se reduce a un «paréntesis», cuyos efectos, a largo plazo,

fueron prácticamente nulos. El interés de los historiadores europeos, más allá de todo problema teórico («la cruz contra la media luna», una primera «colonización», etc.), es debido al carácter tan original de la experiencia (imponer un tipo social a una población que lo ignora) y a la riqueza del bagaje reglamentario que procede de ella: «importada» en estado puro, la sociedad aristocrática de Occidente permaneció allí con su estructura inicial (sin las alteraciones experimentadas de un modo natural en el oeste), de manera que la naturaleza exacta de los vínculos vasalláticos, de las prerrogativas reales, de los procedimientos judiciales, se perciben mejor en el *Livre du roi*, las *Assises de Jérusalem*, la *Assise de la cour aux bourgeois*, el *Libro de Juan de Ibelín* o la *Assise sur la ligesse* que en la mayoría de libros sobre costumbres de Europa.

El primer aspecto, y el principal, concierne al número de hombres. El retorno de la mayor parte de los cruzados a sus casas, las pérdidas inevitables de la conquista hasta 1120, los fracasos de las expediciones de ayuda y también la escasa presencia de elementos femeninos cristianos hicieron difícil el dominio franco sin los paliativos que se fueron imponiendo poco a poco. En primer lugar la dificultad era de orden militar: lo que se conoce sobre los efectivos guerreros instalados en el lugar nos indica que habían 1500-2000 miembros de caballería pesada y 12 000-15 000 «sargentos». Estas tropas, efectivo irrisorio para controlar cerca de 80 000 km^2, recibían el apoyo anual de peregrinos armados que acudían en cumplimiento de su promesa, pero estos generalmente estaban poco habituados a las tácticas locales y pasaban mucha sed y calor en sus armaduras de hierro bajo el sol. El desarrollo de cuerpos asalariados de indígenas armados, los «turcoples», palió de alguna manera la «oligantropía», la escasez de hombres, pero era un sistema que estaba expuesto a las traiciones. La implantación de órdenes de monjes-soldados (hospitalarios y templarios), a partir de

1112-1120, proporcionó guerreros de élite, siempre disponibles, pero implacables hasta la obstinación y la arrogancia. El mestizaje con los armenios, los griegos e incluso los sirios solo se podía producir en las ciudades, y en Occidente pronto despreciaron a estos «poulains» (= partidarios de la coexistencia con los musulmanes) que llevaban túnica y turbante y que eran más propensos a adaptarse a las circunstancias que a cargar. En definitiva, toda esta obra se basaba en la superioridad militar: esas embestidas espantosas a las que los orientales estaban poco acostumbrados, esos soldados-caparazón a los que las flechas no herían, esas enormes fortalezas capaces de albergar, de buen o mal grado, a todos los aldeanos reunidos, y cuyas ruinas extraordinarias nos muestran aún su poder: Krak de los Caballeros. Saona, Beaufort, Montreal, Chastelblanc, etc. Aunque las remontas de caballos no fueran posibles, las cisternas estuvieran vacías, o el calor les obligara a quitarse la cota de mallas… los francos resistieron porque dominaban totalmente el mar protegiendo a su retaguardia y porque los segundones enviados a Siria para intentar la aventura se revelaron a menudo como excepcionales capitanes, como el normando Tancredo y Balduino I, antes de 1120, Foulques de Anjou y Raimundo de Trípoli más adelante.

El peligro no residía solo en el escaso número de efectivos, sino también en la agresividad de estos hombres rapaces a los que la Iglesia les aseguraba su salvación. Aunque solo fue creado un «reino» en Jerusalén, en 1100, los «príncipes» normandos de Antioquía o de Edesa, los «condes» tolosanos de Trípoli, posteriormente los de Poitiers o los de Provenza, y en el siglo XIII los alemanes o los de la Champaña, se entregaron a incesantes rivalidades que, al ser expulsados hacia la costa en el siglo XIII, transfirieron a la ciudad. Allí, en los puertos en los que las ciudades comerciales habían conseguido, como se ha dicho anteriormente, privilegios y mercados (*fundûg, fondaco*),

se trasladaron también las querellas italianas o catalanas. La intransigencia de unos y otros no solo se ejercía entre ellos mismos sino también respecto a otras minorías cristianas.

Sin embargo, hay que señalar que los francos no encontraron en las poblaciones cristianas de Siria y Palestina toda la ayuda y simpatía que esperaban; estas poblaciones eran en su mayoría de rito ortodoxo, sobre todo en el norte de Siria, y no estaban muy de acuerdo con el control sobre amplios dominios, espirituales y materiales, que ejercía la Iglesia latina. La intolerancia de prelados y señores de Occidente fomentó aún más esta antipatía y, en consecuencia, las alianzas fueron poco frecuentes, salvo con los maronitas, y tuvieron un carácter temporal o incluso simplemente individual. De cualquier manera, aunque episódicas, estas relaciones entre francos y cristianos de Oriente tuvieron para estos últimos dolorosas consecuencias, ya que, tras la partida de los francos, los dirigentes musulmanes castigaron a toda la comunidad cristiana por aquello que solo habían cometido unos cuantos.

Estos sombríos aspectos no cesarán de ampliarse. Pero no hay que negar el gran esfuerzo de aclimatación iniciado al menos en el siglo XII. Convencidos pronto de que no serían más que un puñado de jefes y, por otra parte, muy preocupados por las «costumbres» como lo estaban en sus lugares de origen, los francos se limitaron a cobrar los impuestos territoriales o públicos del régimen musulmán, el diezmo (*zakât*), las tasas de aduana (*dogana*), los alquileres de la tierra; llamaron a las aldeas «casales», pero dejaron que gobernara y juzgara el *ra'ís* y el *cadí*, como antes. Y se cree que, en el campo, sus relaciones fueron muy superficiales y por lo tanto poco agresivas con el campesinado. No intentaron nunca la conversión ni la sustitución de derechos; solo trasplantaron allí, y para su propio uso, feudo, homenaje, servicios diversos, con el rigor de las exigencias que justificaba el clima guerrero, y una jerarquía feudal a la alema-

na o a la española, como se quiera, en la que cada uno —rey, príncipe, conde, par, barón, vizconde, castellano, señor territorial— ocupaba su lugar. Situación conservadora, es verdad, pero de hecho también conservatoria. La organización solo fue profundamente alterada en la ciudad, lo que explica que en el siglo XIII el «reino de Acre», casi exclusivamente urbano, tuviera bastantes problemas. En este sentido, fueron los italianos, sobre todo, quienes introdujeron su experiencia de administración ciudadana en los establecimientos comerciales, la administración local por barrios (*ruga, vicus*), la designación de «cónsules» o de «bailes» para cada comunidad, tribunales comerciales especializados (*fonde*), etcétera.

No hay que exagerar, ya lo hemos dicho, la importancia de este injerto extranjero en el cuerpo del Islam. Ciertamente para Europa significa la seguridad de un acceso regular y prioritario al comercio oriental. Pero da la impresión de ser una simple «boca de ventilación», de que lo esencial se fragua en Egipto o en Asia Menor. Muy pronto, y bastante antes de la época de Saladino, las posesiones territoriales, que por otra parte son poco importantes para poder desempeñar un papel militar decisivo en Oriente, pasarán a ser secundarias dentro de las preocupaciones de los mercaderes. Y esta será, sobre todo, la causa del fracaso final de la conquista latina.

¿Salvó Saladino al Islam?

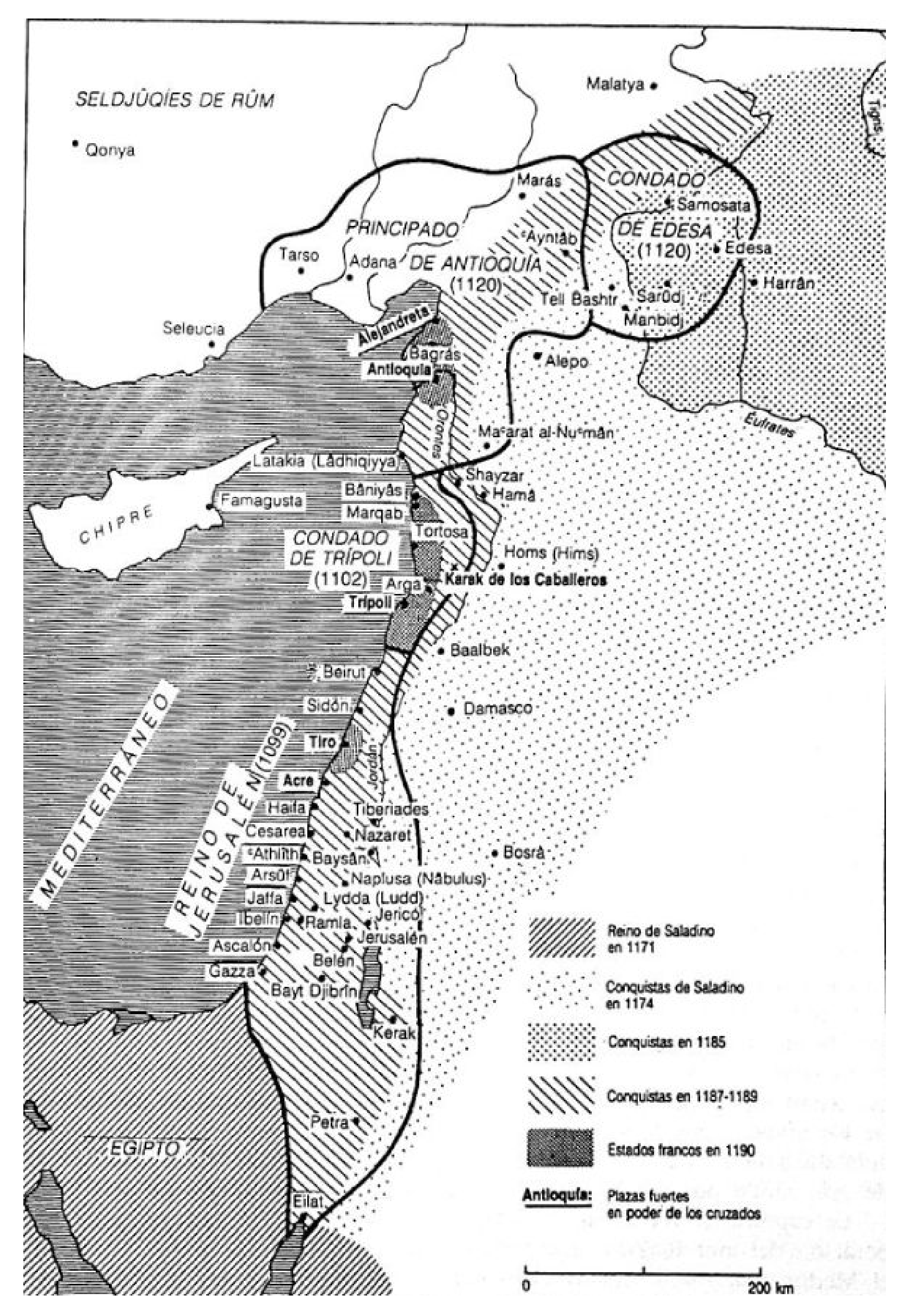
Los primeros intentos de resistencia ante la presencia de los francos en Siria son debidos a problemas locales y a rivalidades entre territorios colindantes de cristianos y musulmanes; Edesa, Antioquía, Alepo, Mosul, Mârdín y Damasco: no se trata en absoluto de guerra santa, sino de querellas entre príncipes en las que no se tiene en cuenta el origen ni la religión del eventual aliado. En los años veinte del siglo XII todo el norte de Siria fue sacudido por ataques francos contra las principales ciudades y, también, por las acciones violentas de los bâtiníes, mu-

sulmanes heterodoxos ismâʿîlíes, en Alepo y Damasco. A pesar de fracasos a veces sangrientos, como la famosa masacre del *Ager sanguinis* entre Alepo y Antioquía en 1119, los francos consiguen asegurarse el control del golfo, desde Alejandreta hasta el Sinaí: en esta península instalan bases, a lo largo del golfo de Eilat, y también en Cisjordania, como el famoso Krak de Moab. Caravanas de mercaderes o de peregrinos están siempre a su merced. Y ¿qué decir de la botadura de barcos corsarios en el mar Rojo, a partir de 1160, que llegan a atacar Djiddah, el puerto de La Meca?

El emir de Mosul, ʿImâd al-Dîn Zengî, se propuso desde 1128 una doble acción: reconquistar a los francos los territorios del norte de Siria y hacer prevalecer la ortodoxia sunní sobre el shîʿismo en esta región. Recuperando el honor de la lucha contra los enemigos de la verdadera fe, Zengî revitalizó el concepto de *djihâd* ('guerra santa'), sin que, sin embargo, este concepto haya conocido nunca, mientras él vivió, una repercusión muy clara en las conciencias musulmanas: esto es debido a que las acciones de Zengî fueron muy diversas y dispersas, y a que sus contemporáneos no pudieron descubrir en él una linea de conducta bien definida. La eliminación de los shîʿíes y de los bâtiníes de Alepo, e indirectamente de Damasco, le aseguró la adhesión de numerosos musulmanes, pero su rigor a veces excesivo le impidió aliarse a los de Damasco, que, al contrario, se acercaron más a los francos de Jerusalén. Por otra parte, la recuperación de Edesa en diciembre de 1144 fue considerada, en el mundo musulmán, como un primer paso verdaderamente importante en la lucha contra los latinos. Recíprocamente, la caída de Edesa demostró a los latinos la fragilidad de su establecimiento en Oriente, fragilidad debida a una implantación de hombres muy restringida y, también, al entorno hostil, griego o árabe, que, tras la sorpresa inicial, contraatacó enérgicamente. Era necesario un refuerzo para los cruzados de Oriente:

la Europa cristiana debía mostrar su fuerza y su voluntad. Por este motivo en la segunda cruzada predicada por san Bernardo de Clairvaux participan reyes. Al *djihâd* musulmán los cristianos responden con la guerra santa: pero esta guerra (1147-1149) no tuvo el mismo éxito que la primera cruzada y sus resultados fueron apenas destacables.

Así, una nueva situación aparece en Oriente, donde, desde entonces, los francos están a la defensiva en el norte y en el centro de Siria, y donde los musulmanes, bajo el impulso de Nûr al-Dîn, hijo y sucesor de Zengî, se unirán poco a poco desde Mosul a Damasco: tarea minuciosa en la que Nûr al-Dîn prosigue la obra de su padre, combatiendo a la vez a los heréticos musulmanes y a los cristianos latinos y obligando a los emires turcos, kurdos o árabes de Djazîra y de Siria a reconocer su autoridad. Desde 1146, fecha de su acceso al poder, hasta 1174, fecha de su muerte, Nûr al-Dîn representó al creyente musulmán por excelencia, no solo porque supo desarrollar y hacer efectivo el espíritu de *djihâd* contra los francos, sino también porque su acción contribuyó, por una parte, a aniquilar el shî'ismo en Siria y reforzar el sunnismo, sobre todo promoviendo centros de reflexión y de difusión de la ortodoxia musulmana y, por otra, a marginar y aislar a los fâtimíes de Egipto, por haber concluido una alianza con los latinos de Jerusalén. Nûr al-Dîn fue reconocido como el jefe y el protector de los musulmanes, lo que tuvo como consecuencia inmediata la unión de estos bajo su autoridad y como consecuencias más lejanas la eliminación de los fâtimíes y por tanto la reinserción de Egipto en el conjunto de los países musulmanes ortodoxos del Próximo Oriente, y, por último, la destrucción del reino franco de Jerusalén. El artífice de estas últimas empresas fue Salâh al-Dîn ben Ayyûb, el Saladillo de la historiografía occidental.



Las conquistas de Saladino

A mediados del siglo XII Egipto aparece, efectivamente, como uno de los elementos esenciales del Próximo Oriente: a las ten-

tativas, infructuosas, del visir Talâ'î contra el reino de Jerusalén suceden negociaciones con enviados de Nûr al-Dîn, del *basileus* Manuel I, del rey Balduino III. En realidad, fue la degradación de la situación política interna de Egipto lo que favoreció el proceso final: las querellas entre visires, las intervenciones anárquicas de diversos elementos del ejército, los conflictos, las revueltas en varias provincias, llevan a Nûr al-Dîn y al nuevo rey de Jerusalén Amaury I a pretender incluir Egipto en sus áreas respectivas. A dos expediciones de Amaury en 1161 y 1162, sin éxito, sigue un ataque llevado a cabo por el emir kurdo Shîrkûh en 1164, actuando en nombre de Nûr al-Dîn a petición de un antiguo visir, Shâwar, refugiado en Damasco, Este, una vez restablecido en su puesto, se niega a cumplir las promesas hechas a Nûr al-Din y pide ayuda a Amaury. Tras una primera intervención en julio de 1164, tiene lugar una segunda intervención en 1167 con ayuda de los griegos, consecuencia de la invasión de las tropas de Shîrkûh; pero, finalmente, los dos adversarios se retiran. Un nuevo ataque de Amaury en 1168 provoca la reacción de Nûr al-Din y de Shîrkûh; a pesar de una inteligente política de equilibrio y de promesas, Shâwar es eliminado en beneficio de Shîrkûh, quien anteriormente había obligado a los francos a retirarse en enero de 1169. El nuevo visir se une al califa fâtimí, pero poco después su muerte permitió a su sobrino Salâh al-Din (Saladino) el acceso al visirato y al mando del ejército. Este resistió dos ataques de Amaury y finalmente, tras la muerte del califa fâtimí Al—'Âdid, restableció en El Cairo la ortodoxia sunní y la *jutba* fue pronunciada en nombre del califa 'abbâsí en septiembre de 1171. Hasta la muerte de Nûr al-Din (1174), las relaciones entre él y Saladino, primero correctas, se enconaron ya que este último quería independizarse en Egipto y en las regiones que bordean el mar Rojo: las preocupaciones económicas le llevaron a seguir esta política.

La muerte de Nûr al-Din y las querellas sucesorias favorecen la intervención de Saladino en Siria y en Djazîra, pero hasta finales de 1180 no recibe del califa la investidura oficial y se convierte, no sin oposiciones locales, en el verdadero jefe del Próximo Oriente, consiguiendo así la unión deseada por Nûr al-Din. Por otra parte, la situación de los latinos se ha degradado profundamente: a las insubordinaciones de tal o cual belicoso «barón» se añaden la impotencia del rey de Jerusalén Balduino IV, impedido por enfermedad, las agudas envidias entre familias guerreras y el doble juego de los emperadores bizantinos, prácticamente reinstalados en Antioquía y en. Cilicia desde 1137-1159, que codician Egipto y mantienen con los armenios o los turcos sutiles intrigas, provocando a la vez a los italianos que, por sus ambiciones, están muy preocupados en Occidente. En 1187, tras derrotar en Hattîn al ejército franco, Saladino recupera Jerusalén y la costa, salvo algunos puntos como Antioquía, Tiro o Ascalón.

La unión se completa con la incorporación de Palestina al territorio ayyûbí. Una tercera cruzada (1190-1192) permite a los francos recuperar una parte de la costa palestina, desde Tiro a Jaffa, pero en realidad consagra el triunfo de Saladino, el fin prácticamente del reino de Tierra Santa y la realidad del reino ayyûbí que se extiende por la Alta Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto, que constituye una unidad política reforzada por la unidad religiosa, habiendo el sunnismo suplantado definitivamente al shî'ísmo. Esta unidad no ha sido obra de los árabes, sino de los turcos y de los kurdos, que han estado al frente del combate militar, político y religioso: el poder propiamente «árabe» desaparece de este modo por varios siglos en el Próximo Oriente.

La captura de Jerusalén, la desaparición del cisma del Islam oriental, la liberación del mar Rojo, la recuperación de las entradas de oro y esclavos por el Mediterráneo y de los vínculos

con África del Norte son un balance destacable de la acción de Saladino. Y, sin embargo, en el momento de su muerte, en 1193, se pone en duda la continuidad de estos éxitos: el califa ha roto con el sultán de Egipto, las salidas marítimas permanecen en manos de los cristianos, los turcos no se han unido, y se esbozan ya vías de tránsito desde Extremo Oriente a Europa, a través de Anatolia y el Turkestán, que marginan a Egipto.

En efecto, en un primer momento se constituye otra unidad musulmana, en el Asia Menor, en detrimento del Imperio bizantino, del emirato dânishmandí y de las tribus turcomanas, y en beneficio de los turcos seldjûqíes: el sultán Qilidj Arslân II triunfa sobre su rival dânishmandí (1164-1174) y sobre todo inflige la dura derrota de Myriokefalón al *basileus* Manuel en noviembre de 1176. Esta repetición de la batalla de Mantzikiert anula toda esperanza de reconquista de territorios en el Asia Menor por parte de los bizantinos, reafirma la autoridad del seldjûkí en toda la meseta central y consagra la instauración del poder político y religioso del sultanato seldjûqí de Qonya. La obra turca es ya una realidad hasta tal punto que un cronista de la tercera cruzada dio el nombre de «Turchia» al Asia Menor seldjûqí. De este modo, a finales del siglo XII, el Próximo Oriente musulmán conoce una evolución irreversible y consagra el desarrollo y la victoria de nuevos pueblos.

¿HAY MOTIVOS PARA ESPERAR?

El fracaso en la conquista de Bagdad y en el derrocamiento del califato ʻabbâsí tuvo consecuencias políticas y económicas directas. En principio, el califa fâtimí, Al-Mustansir, vio su autoridad fuertemente reducida y tuvo que recurrir a un hombre fuerte, el visir Badr al-Djamâlî, para restaurar el prestigio del Estado: esta medida inauguró un período en el que el poder

efectivo estaba en manos de los visires, situación comparable a la del régimen ʻabbâsí un siglo antes. Posteriormente, para poder emprender la expedición al Iraq, Al-Mustansir vació las arcas del tesoro, al mismo tiempo que el ejército soportaba querellas internas y sublevaciones entre las tropas turcas y sudanesas y que una espantosa carestía se abatía sobre Egipto durante varios años.

Un Egipto próspero, pivote del comercio oriental en el siglo XII

Badr al-Djamâlî, que además del título de visir posee el de *Amîir al-Djuyûsh* («comandante del ejército»), introduce en el Estado fâtimí nuevas ideas, en primer lugar porque la personalidad del visir suplanta a la del califa y concentra los poderes militar, civil e incluso religioso. Además, al-Djamâlî, de origen armenio y antiguo esclavo de un emir sirio, constituye para sí mismo una guardia armenia (cristiana) que le permite afirmar su autoridad, sobre todo frente a varios elementos del ejército, eliminando a los más conflictivos (sudaneses o turcos) o enviándolos de nuevo a Ifrîqiya (bereberes); mientras, el califa es prácticamente encerrado en el palacio real y no sale de él más que en ocasión de ceremonias de gran pompa.

La centralización del poder, que ya era evidente con los primeros califas fâtimíes de El Cairo, se acentúa pues con Badr al-Djamâlî y sus sucesores: los gobiernos provinciales dependen estrechamente de El Cairo, donde los *dîwâns* gestionan la vida administrativa y financiera del país desde el palacio del visir o del califa, y los agentes civiles o militares son alineados en una determinada jerarquía, cuya categoría se manifiesta en la paga, las insignias indumentarias y el lugar que ocupan en las ceremonias. Estos funcionarios, que en su mayoría residen en El Cairo, son a la vez un apoyo y un peligro interno para el gobierno fâtimí, ya que las rivalidades a veces son feroces y la aspiración a cargos importantes y bien pagados o a la protección del visir provoca envidia y conflictos. Sin embargo, tanto con

Badr al-Djamâlî como con sus sucesores Al-Afdal y Al-Ma‘mûn, la autoridad del visir no fue discutida, sino reforzada, ya que la vida social y económica conoció un período eufórico.

Si con el califa Al-Hâkim, a principios del siglo XI, y un poco más tarde bajo el visirato de Yâzûrî, los cristianos fueron objeto de vejaciones, a partir de Badr al-Djamâlî las condiciones de los no musulmanes vuelven a ser normales. Y no solo los cristianos son empleados como funcionarios del gobierno, algunos de los cuales consiguen funciones importantes (como el monje copto Abû Nadjâh que en 1129 es consejero del califa Al-Âmir, el cual había eliminado al califa Al-Ma‘mûn) y se sabe que otros visires fueron cristianos; también parece que algunos judíos nombrados visires se convirtieron al Islam. Cristianos y judíos participaron activamente en el renacer económico, y, por su parte, el gobierno, sobre todo durante los visiratos de Al-Afdal y Al-Ma‘mûn que favorecieron la celebración de fiestas religiosas e instituyeron ceremonias, consagró créditos oficiales para fiestas cristianas y para la restauración o construcción de iglesias y monasterios. Esta política liberal con los cristianos implica una lenta asimilación, y en esta época, en los siglos XI-XII, se perciben progresos sensibles en la arabización, debido a que los árabes son probablemente mayoritarios en la población, y la regresión de la lengua copta que tiende a convertirse esencialmente en una lengua litúrgica.

Si hubo, a mediados del siglo XI, una reacción anticristiana, en la época del visir Ridwân ibn Walajashî, en la que se tomaron medidas severas (expulsión de la administración, confiscación de bienes e incluso ejecuciones), esta política no fue duradera y hasta el final de la dinastía la comunidad cristiana y la comunidad judía no sufrieron directamente graves perjuicios: aunque sí hubo dificultades como consecuencia del desorden político que afectó a El Cairo y que llevó finalmente a Saladino a tomar el poder.

Aunque la situación de la vida económica de Egipto, antes de la llegada de Badr al-Djamâlî, no era muy buena, las medidas tomadas por el visir contribuyeron a mejorarla rápidamente. No solo restauró el orden, sino que también se ganó la confianza de los campesinos rebajándoles los impuestos durante tres años y pidiendo prestado a los comerciantes —no confiscando— cantidades de dinero que se comprometió a devolver. La recuperación de la seguridad favoreció a la producción y al comercio, y también al rendimiento de los impuestos y tasas, y, como consecuencia, posibilitó un gran esfuerzo de construcción y un gran esfuerzo artístico que se manifestó sobre todo en la nueva ciudad de El Cairo. Hay que señalar que la degradación política del siglo XII no perturbó sensiblemente el desarrollo económico, ni siquiera cuando circunstancias externas llevaron a la ruina a manufacturas de tejidos de Tanis y de Damieta, en el delta del Nilo, que luego fueron trasladadas a Fustât y a El Cairo. En relación al régimen de las tierras disponemos de poca documentación. Podemos, sin embargo, señalar que el régimen de los impuestos tradicionales (*jarâdj*, diezmo) de los ʻabbâsíes permaneció vigente con los fâtimíes. Es posible que las fundaciones piadosas (*waqf*) se hayan generalizado más que antes, ya que se han creado instituciones y edificios religiosos a los que se dedican los ingresos de estas fundaciones: pero estos ingresos proceden esencialmente de recursos urbanos (tiendas, mercados, baños, etc.). El régimen de la *ʻiqtâʻ* está establecido bajo un estricto control del Estado.

En el aspecto agrario, Egipto no parece haber conocido otra catástrofe natural como la de los años 1062-1069, y a partir de entonces la producción agrícola fue regular y abundante, permitiendo un abastecimiento suficiente para los habitantes y los talleres y proporcionando al gobierno, a través de los impuestos y otras exacciones, importantes recursos. Los principales productos obtenidos son el trigo, la cebada, las legumbres (so-

bre todo habas), la caña de azúcar, forraje, y, entre las plantas industriales, el lino y el algodón. La madera es escasa y de mala calidad, y por lo tanto había que importarla de Occidente por mediación de las ciudades comerciales italianas, sobre todo para poder construir navíos. Otra fuente de riqueza es el oro procedente de Nubia que los buscadores llevan a Fustât, a la casa de la moneda, que en 1122 será sustituida por la casa de la moneda de El Cairo: de este modo, la moneda egipcia ha conservado una garantía de valor que se ha mantenido con los ayyûbíes cuando Saladino activó las relaciones con Abisinia o el Chad.

El gobierno ejerce un estricto control sobre los gremios, como se hace evidente en los talleres textiles: percibe tasas importantes sobre los productos destinados a la exportación. Según Muqaddasî:

> Las tasas son especialmente gravosas en Tanis y en Damieta. Ningún copto puede tejer una pieza de tela en Shata sin que sea sellada por el gobierno, no puede ser vendida si no es por agentes reconocidos por el Estado, uno de los cuales lleva el registro de las piezas vendidas. Cada pieza es confiada a un empleado que la enrolla, otro que la sujeta con fibra de palmera, un tercero que la pone en una caja, y por último, otro que ata la caja, y cada uno de estos empleados percibe un tributo. A la salida hay que pagar otra tasa. Todas esas tasas están controladas por la firma de cada uno de estos empleados sobre la caja y son verificadas por inspectores a bordo de los navíos que están a punto de salir.

Otros productos de la industria egipcia fâtimí adquirieron una gran reputación: objetos de marfil, de cristal de roca, de alfarería, de cuero, dieron lugar a un comercio de exportación.

Los fâtimíes ya habían mantenido buenas relaciones comerciales con varios puertos y ciudades italianas cuando estaban establecidos en Ifrîqiya; estas se conservaron tras el traslado a Egipto y es muy probable que los mercaderes y artesanos judíos colaboraran en estas actividades comerciales como muestra claramente la documentación de la Genizá depositada en la sinagoga de los Palestinos de El Cairo, recientemente descubierta y estudiada. Estos documentos muestran el papel desempeñado por los judíos magrebíes introducidos desde finales del

siglo X en el comercio mediterráneo occidental de El Cairo, y también el papel desempeñado por los musulmanes magrebíes que extendieron las relaciones egipcias hacia Arabia y la India a partir del siglo XI.

Esta expansión del comercio hacia el océano Indico está en relación con la política anti'abbâsí de los fâtimíes y con la política de desarrollo agrícola e industrial que fue llevada a cabo en esta época, con la construcción de una flota destinada a recorrer el mar Rojo y las costas del África oriental. Poco a poco el comercio por el mar Rojo va sustituyendo al del golfo Pérsico, sobre todo teniendo en cuenta que el mundo 'abbâsí sufre bastantes trastornos. En 'Aydhâb y Qusayr se crean puertos comerciales, el control del Yemen permite la utilización de las facultades y de las relaciones yemeníes en materia de navegación, y, como ya lo hemos visto, Egipto se convierte en un mercado y un depósito comercial entre el mundo del océano índico y el del Mediterráneo. En el último cuarto del siglo XII aparece por primera vez el nombre de los mercaderes *karîmíes*, especialistas en el comercio por el mar Rojo y por el océano índico occidental, cuyo apogeo tiene lugar con los ayyûbíes.

Esta política de expansión comercial afecta las costas del África oriental y pronto también las del Sind, Gudejerat, Beluchistán, la India, y adquiere la forma de una política de expansión religiosa ya que algunos mercaderes musulmanes egipcios también son misioneros y propagandistas del shî'ismo o recorren los países del océano índico acompañados de misioneros shî'íes. Esta instalación de mercaderes árabes en las costas del océano índico benefició, en primer lugar, a los fâtimíes que convirtieron Egipto en la base más importante entre Oriente y Occidente: percibían por las mercancías, que generalmente son caras, gravosas tasas, tanto al entrar como al salir. La salida de productos se efectuaba sobre todo en Alejandría, desde donde los mercaderes italianos, amalfitanos, venecianos, písanos, se

encaminaban hacia Oriente: a cambio de azúcar, telas, especias, productos de África y de la India, proporcionaban madera, hierro, e incluso trigo, según la demanda. Este comercio empezó a desarrollarse en el reinado del califa Al-Mustansir y esto explica los gastos fastuosos, las construcciones que el califa promovió y que fueron la admiración de los viajeros de aquella época, sobre todo del persa Nasîr-i Jusraw.

De hecho, El Cairo y Fustât rebosan de riquezas en este momento, enriqueciendo a los califas, pero también a un gran número de funcionarios, mercaderes y artesanos de todas clases. Las construcciones se multiplican: El Cairo se convierte en una verdadera capital y eclipsa a Bagdad y las ciudades de Siria; el afán de lujo de los califas hace desarrollar todo lo que se relaciona con el arte y lo que ha sido denominado arte fâtimí se extendió por todo el mundo musulmán. La construcción de las mezquitas de Al-Hâkim y de Al-Azhar es una muestra de la particular evolución que se manifiesta tanto en el arte monumental como en la decoración. Por una parte, los fâtimíes recurrieron al arte ʻabbâsí del período de Samarra, como por ejemplo en la utilización de alminares circulares con pisos degradados. Por otra parte, también se sirvieron ampliamente del fondo artístico local, especialmente del de los coptos: a estos hay que atribuir la adopción de una iconografía figurativa, cortejos de animales, de personajes, escenas de caza, de orgías, de danzas. Los paneles de madera o de marfil, lo que se sabe de las telas, de la cerámica, de los bronces, muestran un alto desarrollo en la técnica y son, también, el símbolo de una prosperidad que admiraba a los viajeros musulmanes.

Esta abundancia de riquezas exigía un gobierno fuerte y constante en el ejercicio de su poder; pero la debilidad o la incapacidad de los califas del siglo XII y las rivalidades entre visires dieron paso a los conflictos internos, a las reivindicaciones y a las exigencias de los mercenarios. La lucha por el poder be-

neficiará a Saladino y a sus sucesores, aunque su interés por mantener la unidad no evitará que el Egipto ayyûbí se diferencie claramente de Siria y que sea una evidente continuación del Egipto fâtimí.

Egipto se detiene: los ayyûbíes en dificultad

Sucesores de los zengíes y, más remotamente, de los seldjûqíes, Saladino y los soberanos que le sucedieron en Siria y en Egipto aportaron a estos dos países sensibles cambios políticos, sociales y económicos. El principal fue, sin duda, el tipo de régimen instituido por Saladino, que introdujo un sistema hereditario, concepción familiar del poder, bajo la autoridad de uno de los miembros de esta familia reconocido como emir supremo y a veces con el título de sultán. Esta concepción podía llevar a la disgregación de los territorios unidos por Saladino; sin embargo, un sentimiento de solidaridad prevalecía y, aunque estallaron querellas de poca importancia, siempre había un miembro de la familia ayyûbí (Al-Malik al—'Âdil, Al-Malik al-Kâmil, Al-Ayyûb, por ejemplo) que restauraba la unidad familiar. Y, sin embargo, este sistema hereditario que concedió varias provincias del Estado a parientes próximos, también significó la creación de otros pequeños sistemas hereditarios de privilegios, y posteriormente, al constituirse el ejército en la fuerza de apoyo de los príncipes ayyûbíes, se concedieron *'iqtâ's* a militares. No obstante, este sistema no sería aplicado en Egipto.

Los seldjûqíes habían desarrollado especialmente la concesión de *'iqtâ's* mediante la asignación de los ingresos que produce una tierra a un concesionario (i*muqta'*), generalmente un militar. La necesidad de asegurarse la fidelidad del ejército hizo que, sobre todo a finales de la dinastía, se multiplicaran las *'iqtâ's* o incluso que aumentaran, del tal manera que era difícil distinguirlas del sistema de privilegios hereditarios; más adelante, los *zengíes*, aunque sin proclamarlo oficialmente, admitieron el derecho a la transmisión hereditaria de los ostentadores

de *'iqtâ's*, cuando en teoría solo eran concedidas a título personal y vitalicio. El sistema de la *'iqtâ'* se fue extendiendo porque la situación en Siria, a causa de la presencia de los francos, obligaba a los ayyûbíes a mantener un ejército fuerte. Sin embargo, este sistema permaneció bajo el control del *dîwân al-djuyûsh*. (oficina del ejército), tanto en lo que se refiere a las concesiones como a la percepción de los ingresos en metálico y en especie que debía el *muqta'*; unos funcionarios de este *dîwân* se encargaban expresamente del catastro necesario para determinar las *'iqtâ's*. Además, el concesionario debía mantener a cuenta de los ingresos de su *'iqtâ'*, y según su importancia, un cierto número de soldados (10, 20, 100, etc.). En Egipto este sistema, que existía ya con los fâtimíes aunque de un modo muy flexible, no tuvo la misma importancia que en Siria y fue sometido a un estricto control administrativo y financiero del Estado que, sin embargo, conservaba la propiedad de más de la mitad del territorio.

Este control exigía un considerable personal administrativo: fueron los coptos quienes ocuparon la mayoría de los cargos en todos los niveles de la jerarquía, mientras que los armenios perdían el papel preeminente que tuvieron con los fâtimíes, Los gobiernos de los príncipes ayyûbíes fueron tolerantes con las poblaciones no musulmanas, cristianas y judías, tanto en Siria como en Egipto; en esta última provincia el shî'ismo desapareció prácticamente con el último califa fâtimí y se reintegraron en la comunidad sunní. El mismo Saladillo era muy piadoso y respetuoso con las leyes musulmanas tradicionales: hizo derogar todas las disposiciones consideradas contrarias al derecho musulmán, lo que le aportó algunos problemas. Bajo su reinado y en el de sus sucesores, se fomentó el desarrollo de las madrasas, es decir de los establecimientos de enseñanza religiosa y jurídica en los que se formaba el personal jurídico-religioso y administrativo; este desarrollo fue muy importante en

Siria y en Djazîra, pero no tanto en Egipto. En cuanto al ejército, compuesto sobre todo por turcos y kurdos, carecía de unidad, lo que agravó aún más la rivalidad entre príncipes: poco a poco este ejército adquiere caracteres turcos, sobre todo en Egipto donde Al-Malik al-Kâmil realizó reclutamientos masivos de esclavos de origen turco (los *mamelucos*) que en 1249 se adueñarán del poder y colocarán a la cabeza a uno de ellos, 'Izz al-dîn Aybeg, iniciando de este modo el régimen conocido con el nombre de sultanato de los mamelucos que gobernará Egipto hasta 1517.

Esta desaparición casi accidental, o en todo caso rápida, de la dinastía es una muestra de la relativa esclerosis que afectaba Egipto a principios del siglo XIII. Ciertamente también hay que tener en cuenta las dificultades militares que concentraban la atención y los recursos de los sultanes. Ya hemos dicho anteriormente que el hecho de que las posesiones latinas se redujeran a unas cuantas escalas —aunque pronto apoyadas por Chipre y por las posesiones del Egeo— no solucionaba de una vez para siempre el problema militar de la presencia franca. Al contrario, desde entonces Egipto es el punto de mira de los occidentales. Y esto no lo ignoran en El Cairo, donde la política que prevalece es la de la condescendencia y el entendimiento. Los beneficios obtenidos del comercio, cuya importancia ya veremos más adelante, compensaban los sacrificios; las treguas y los tratados comerciales se multiplicaron en 1198, 1203, 1215. Cuando los cristianos del «rey de Jerusalén», es decir, de San Juan de Acre, Juan de Brienne, atacaron Damieta en 1217, Al-Kâmil propuso la restitución de la Ciudad Santa; pero se libró de este compromiso porque el ofuscamiento de los cruzados los lanzó al Nilo en plena crecida (1221). La oferta fue, sin embargo, aceptada en 1229 por el alemán Federico II, emperador islamófilo y arabófono por otra parte. Esta concesión exorbitante está también motivada por el constante peligro en Siria,

no solo por las querellas entre príncipes ayyûbíes o por los ataques francos, por ejemplo entre 1239-1241, sino también por la presión de las bandas jwarizmíes que piratean el litoral y saquean Jerusalén en 1244. El asalto llevado a cabo por Luis IX desde Chipre hacia el delta en 1248 amenazó más gravemente a Egipto. Sin duda, de nuevo, la imprudencia de los cruzados termina en Mansûra, en diciembre de 1249, con un fracaso agravado por la captura del rey. Es evidente que los sultanes han dejado actuar a sus mercenarios, entre ellos a Baybars, que inició una brillante carrera que le llevaría más tarde (1260) al sultanato y a la reconquista de Palestina y Antioquía. En una coyuntura de alerta constante no es extraño que los mamelucos se hicieran con el poder.

Esto no significa en absoluto que el prestigio personal de los sultanes se haya visto afectado. Siguen estando ampliamente apoyados por la opinión pública egipcia, pacifista de buen grado. Los ayyubíes fomentan el movimiento religioso *sûfí* (especialmente en Siria y en el Alto Egipto) que induce a un misticismo de aislamiento y de sumisión. Surgen numerosos conventos (*khânaqâh*), lejano eco del monaquismo oriental en sus primeros siglos. Por otra parte, el desarrollo de las madrasas prosigue: Alepo, Damasco, más que El Cairo, sustituyen a Bagdad como foco de cultura. En este sentido se continúa el movimiento ʻabbâsí, pero el arte decorativo se relaciona más con la tradición fâtimí: escenas de animales, numerosas inscripciones kúficas, proliferación de la decoración floral.

Una estabilidad económica que se mantiene

En el aspecto económico, el Egipto ayyûbí parece haber conservado ampliamente las costumbres de la época fâtimí, y quizás incluso anteriores, en lo que se refiere a la fiscalidad interna: el texto del *Minhâdj* de Al-Majzûmí es característico en este sentido. El impuesto sobre los no musulmanes (*djawâlî* o *djizya*)

distingue, según la *SharPa*, tres categorías de contribuyentes según su fortuna: ricos, medios y pobres.

En Egipto, a finales del siglo XII, la primera categoría es poco importante mientras que la mayoría de los sujetos imponibles pertenecen a la tercera; sin embargo, en El Fayyûm se hace un cálculo uniforme de dos dinares por cabeza, lo que parece excepcional. Todas las operaciones relativas a la base tributaria y a la percepción del impuesto están realizadas por funcionarios especializados (*hushshâr, adillâ', hussâb*, etc.). Cada diez días, cada mes y a finales del año se preparan relaciones detalladas.

El *zakât*, el impuesto legal pagado por los musulmanes, se aplica sobre los granos, los animales y el producto del gran comercio (importaciones y exportaciones). Sus beneficiarios son el *'âmil* (recaudador), los indigentes, los voluntarios de la guerra santa no inscritos en el *dîwân* y alguna otra categoría menor. El *jarâdj*, el impuesto territorial, es determinado según la naturaleza y el rendimiento de los cultivos (tierras inundables y no inundables), lo que supone la existencia de un catastro detallado; además, los cereales, habas, guisantes, lentejas, etc., son imponibles en especie, y los árboles frutales y algunos cultivos industriales (lino, algodón, caña) y de huerta lo son en metálico. A esto se añaden prestaciones varias, tasas… Los inmuebles del Estado, los locales de viviendas, las tiendas, etc., pagaban alquileres (*ribà*). Los impuestos abonados en metálico son cobrados por el *djahbadh*, y los que son entregados en especie son recogidos en los graneros y almacenes del Estado.

Todo este sistema fiscal es llevado por un personal numeroso y según las provincias se pueden introducir modificaciones. No tiene un carácter excepcional, sino que conserva la herencia de un pasado a veces lejano. Y, por último, aunque no es conveniente extender automáticamente a Siria estas disposiciones propias de Egipto, algunas de ellas sí las encontraremos.

No es probable que Egipto conociera un desarrollo económico en la época de los ayyûbíes: las causas de este estancamiento habría que buscarlas en las consecuencias de la presencia de los cruzados en el Próximo Oriente, en las guerras y las invasiones. Pero tampoco se trata de una decadencia, puesto que las condiciones favorables se mantienen. Las buenas relaciones con los francos favorecen la recuperación y el desarrollo de las relaciones comerciales ya no solo con los mercaderes italianos, sino también con los franceses del sur y con los catalanes, y los puertos de Alejandría, Damieta, de Latakia (Lâdhiqiyya) (salida al mar de Damasco y de Alepo) se benefician de ello. Estas buenas relaciones se mantienen hasta mediados del siglo XIII; la actividad del gran comercio internacional es innegable: el texto del *Minhâdj*, ya mencionado, muestra cómo Egipto constituye, dentro del mundo ayyûbí, el punto fuerte de este comercio. Damieta exporta lino, algodón, pieles, pescado, especias, azúcar, alumbre, granos, sal, tejidos de lujo; Tinnts exporta oro, plata, seda, telas, almáciga, madera, hierro, pez, etc. Y el hecho de que el acceso al mar Rojo esté prohibido a los francos —sobre todo a los italianos— y que los ayyûbíes controlen el Yemen contribuye a centralizar el comercio en Egipto. En esta época progresan los mercaderes *karîmíes* (nombre sobre cuyo origen se han formulado muchas hipótesis), que monopolizan prácticamente el comercio en el mar Rojo, en detrimento de los mercaderes no musulmanes (aunque hay algún judío entre ellos). Los *karîmíes* no son solo mercaderes, negociantes o armadores, son también banqueros que forman grupos comerciales, una de cuyas características es la familiaridad; controlan sobre todo el comercio de los productos procedentes de la India y de los países del océano índico, y están establecidos en Arabia, en Yemen, en Alejandría, Damieta, El Cairo, y en Siria, donde permanecen en contacto con los mercaderes francos.

Los *karîmíes* son seguramente los que mayores ingresos proporcionan a las aduanas: no tienen problemas con los ayyûbíes y sus actividades continuarán bajo el régimen de los mamelucos. Su función de intermediarios bien implantada en la ruta comercial Oriente-Occidente les hace adquirir una importancia que ellos saben utilizar, tanto en beneficio del sultán como en el suyo propio. A mediados del siglo XIII, ni la amenaza mongol ni las nuevas cruzadas ponen en peligro su hegemonía económica.

En Siria y Palestina, la implantación de colonias comerciales italianas en las ciudades de la costa y las relaciones políticas poco belicosas facilitan los intercambios comerciales: hay mercaderes italianos incluso en Alepo y Damasco. Ya que, si la vía comercial de Egipto da acceso a los países del océano índico, la de Siria pone en contacto con el Iraq, Irán y los países del Asia central. La ausencia de conflictos en el norte de Siria y en Djazîra, al menos hasta la llegada de los jwârizmíes, favorece las exportaciones de productos del Oriente Medio (seda, pieles, etc.). Hay que señalar que en el primer tercio del siglo XIII la presencia de los mercaderes francos en Oriente aumentó. Ya no solo están en Constantinopla y de allí van a los países del mar Negro, sino que además penetran en el Asia Menor seldjûqí y en la Siria y el Egipto ayyûbíes. Incluso irán más lejos: mercaderes y misioneros franciscanos y dominicos se esfuerzan por llegar al mundo mongol: lo conseguirán a finales de siglo. Pero, es probable que el período ayyûbí, así como el de los seldjûqíes de Asia Menor, haya facilitado este progreso. El advenimiento del régimen de los mamelucos en Egipto y en Siria no frenó el dinamismo occidental, del que se beneficiarían desde entonces los nuevos amos de estas regiones.

Nacimiento de «Turquía»

La fragmentación política y social que sufrieron los seldjûqíes del Irán y del Iraq no afectó, sin embargo, a los seldjûqíes

del Asia Menor, a pesar de que a finales del siglo XII atravesaron por un mal momento, en los últimos años del reinado de Qilidj Arelan II (1154-1192) y durante los primeros años posteriores a su muerte.

Esta rama de la familia seldjûqí, instalada en Asia Menor después de la batalla de Mantzikiert, lleva el nombre de seldjûqíes de Anatolia (según Anadolu, denominación turca del Asia Menor) o de Rûm (de la palabra «romano», calificativo aplicado al Imperio bizantino, que reivindicaba la herencia del antiguo Imperio romano). Estos seldjûqíes conservaron su unidad durante la mayor parte del siglo XII gracias, por una parte, a la lucha religiosa y política que les enfrentaba a los bizantinos, y, por otra parte, a la rivalidad local y a la lucha por el dominio de la meseta Anatolia que les enfrentó a los dânishmandíes. La victoria sobre estos en 1173 y sobre los bizantinos en 1176 señala el triunfo de los seldjûqíes; pero, apenas conseguido, Qilidj Arslân instaura en su Estado el sistema de privilegios familiares y concede a cada uno de sus doce hijos el mando de una región. Durante más de quince años Anatolia conoce una situación comparable a la de los otros sultanatos seljûqíes, pero finalmente Rukn al-Dîn Sulaymân (1196-1204) y Kay Jusraw I (1204-1210) restablecen la unidad de la dinastía y del poder. El primer tercio del siglo XIII es un período particularmente próspero y brillante para el Estado seldjûqí de Anatolia.

El debilitamiento de los bizantinos, momentáneamente reducidos al imperio de Nicea (que mantiene buenas relaciones con los turcos) y al imperio de Trebisonda (que se ve obligado a ceder el puerto de Sinope), facilita la consolidación del sultanato de Qonya, ciudad en la que los seldjûqíes han fijado la sede de su gobierno, tanto interiormente como en sus fronteras. En las fronteras del sur, armenios y francos de Chipre deben abandonar las fortalezas del Taurus cilicio y los puertos de Pamfilia, Antalya (Adalia) y Alanya (Alaya-Kalonoros); en el este, el terri-

torio seldjûqí se extiende hasta Erzurum, pero el Kurdistán, conquistado temporalmente, no puede ser finalmente integrado al sultanato. Estas conquistas y este refuerzo, llevados a cabo sobre todo por los sultanes KayKâ'ûs I (1210-1219) y Kayqubâdh I (1219-1237), tuvieron dos consecuencias. Una fue prohibir momentáneamente la entrada en territorio seldjûqí a las tribus turcomanas expulsadas hacia el oeste por el avance mongol; la otra fue favorecer, gracias a la paz y a la seguridad que reinaban en el sultanato seldjûqí y a la prosperidad resultante, los contactos con los mercaderes italianos, venecianos sobre todo, que desde entonces pudieron atravesar el Asia Menor sin grandes riesgos y que establecieron con los seldjûqíes acuerdos comerciales.

En el interior, de la situación también se consolida. Los seldjûqíes supieron constituir un Estado bien organizado política y administrativamente, en el cual la convivencia de los pueblos de origen y religión diversos se efectuaba sin problemas. El resultado fue un desarrollo de la vida urbana y de la vida rural importante y un notable progreso en los dominios cultural y artístico.

El sultán de Rûm afirma su autoridad sobre los miembros de su familia, a la que delega un poder teórico en las provincias, asistido estrechamente por los jefes del ejército, los *beys*, que dependen directamente de él, y por los administradores, los *wâlîs*, representantes del *sâhib-i dîwân* o visir, responsable de la administración civil que a su vez depende del sultán. Existe, pues, una cierta centralización del poder. Las influencias que habían determinado este Estado han sido discutidas: bizantinas, iranias, árabes, o incluso turcas. En realidad, aunque estas influencias tuvieron su importancia, no hay que olvidar que el sultanato seldjûqí no tiene un origen turco, sino turcomano: las tradiciones tribales se conservan, especialmente en el papel preeminente de la familia y en los vínculos personales con

otros jefes. Desde la eliminación de los dânishmandíes no hubo conflictos en Asia Menor con otros grupos turcos hasta la llegada hacia 1235-1240 de las bandas turcómanas. El Estado seldjûqí es también un Estado musulmán y, en este sentido, mantiene las reglas vigentes en un Estado musulmán, es decir la *sharî'a*, la ley coránica. Pero, debido al escaso número de funcionarios cualificados entre los turcos, los sultanes tuvieron que recurrir a los iranios y a los árabes, de aquí la importancia, en el campo administrativo, de la lengua árabe (todos los textos oficiales, todas las inscripciones están en árabe), y en el campo cultural, del árabe y del persa. Sin embargo la lengua turca no es abandonada: permanece como la lengua corriente, la lengua de comunicación cotidiana, y se expresa sobre todo en la literatura popular, aunque es una lengua esencialmente oral. También son importantes las influencias bizantinas manifestadas en forma de adaptaciones locales de la jurisdicción y en los contactos humanos y religiosos, ya que los griegos eran numerosos en el Asia Menor y constituían probablemente la mayoría de la población.

La penetración turca de finales del siglo XI se caracteriza por dos aspectos. Por una parte, el número de individuos que entraron no era muy grande, pero estaban agrupados y en cada grupo la solidaridad era la regla principal, como en cualquier grupo minoritario. Por otra parte, ya estaban presentes en algunos puntos del Asia Menor, incluso en el Asia Menor occidental, debido a las luchas que les oponían a los bizantinos y al recurso que algunos bizantinos hicieron de los turcos. Asimismo, las luchas entre bizantinos y armenios y entre los mismos armenios facilitaron la penetración y la implantación de los turcos en varias regiones centrales y orientales: por ejemplo, de dânishmandíes, saltuqíes, mangudjkíes. Podríamos decir incluso que el establecimiento de los turcos en Asia Menor se efectuó menos por su propia voluntad que por las oportunidades

que les proporcionaron los soberanos locales. El resultado fue que la población no fue sometida a trastornos políticos ni a los cambios consecuentes a las guerras. Se sabe, pues, que estas poblaciones griegas o armenias permanecieron en su lugar de origen, tanto en las ciudades como en el campo: los únicos que partieron fueron los terratenientes y algunos altos funcionarios bizantinos, civiles o religiosos, que se dirigieron a territorios del Imperio griego. Las presiones que habían ejercido sobre la población hicieron que su partida no fuera deplorada, y la fiscalidad seldjûqí no fue, seguramente, superior a la de los bizantinos. Tampoco hubo problemas religiosos: los turcos permitieron el libre ejercicio a la jerarquía religiosa ortodoxa que permaneció en su lugar, los monofisitas griegos o armenios, libres de la autoridad de los patriarcas ortodoxos, acogieron a los recién llegados, a los cuales concedieron la libertad religiosa.

La turquización y la islamización del país, muy lentas, son el resultado humano de la ocupación de las poblaciones turcas y turcomanas de una parte del país «abierto», su posterior sedentarización y relación con el campesinado indígena: los matrimonios mixtos, cuya importancia numérica es imposible de calcular, favorecieron la evolución turca y musulmana. Parece ser que en las ciudades un cierto número de cristianos griegos y armenios se convirtieron al Islam voluntariamente con la intención de conservar las ventajas que habían adquirido anteriormente o, debido a su posición social e intelectual, para ocupar los cargos administrativos. Aunque no podemos valorar la importancia de estas conversiones, que tampoco hay que exagerar, un hecho es indiscutible: a finales del siglo XII, Asia Menor posee una marcado carácter turco puesto que los occidentales que la atraviesan le dan el nombre de «Turchia» (mientras que los autores musulmanes continúan llamándola «País de Rûm»), Por lo que se refiere al carácter musulmán, aparece sobre todo en las cofradías propiamente religiosas o relacionadas

con medios específicos (artesanos, diversas corporaciones, militares), o incluso como un reflejo, en las tribus turcomanas, de una asimilación superficial del Islam a las viejas tradiciones procedentes del Asia Central y cuyos jefes espirituales o *babas* serán seguramente, en el siglo XIV, los que dirigirán los movimientos de oposición al poder oficial civil o religioso. La islamización también se manifiesta en la multiplicación de mezquitas y de otros edificios de carácter religioso: madrasas, tumbas, hospitales, algunos de los cuales son exponentes de un arte original.

La fiscalidad seldjûqí no ofrece ninguna particularidad respecto a la de los otros Estados musulmanes: quizás la *ʻiqtâʻ* estaba menos extendida y mejor controlada por el gobierno y solo en la segunda mitad del siglo XIII adquirirá mayor importancia, al disgregarse el poder central. El Estado seldjûqí mantiene bajo su directa administración una gran parte de las tierras conquistadas, cuyos impuestos, tasas e ingresos diversos son recaudados localmente por funcionarios de las finanzas dependientes del *sâhib-i dîwân*. En las ciudades los habitantes son sometidos a los impuestos tradicionales y el comercio está sujeto a derechos de entrada y salida, a impuestos de mercado, a impuestos de transacción, etc.

Las ciudades son un importante elemento de la vida social y económica del sultanato seldjûqí: primero porque en ellas conviven militares, funcionarios, religiosos y artistas turcos, funcionarios iranios o árabes (en las ciudades más importantes), comerciantes y artesanos griegos, armenios y judíos. Existen gremios en los que posiblemente, entre los artesanos, habría turcos y no turcos, aunque las informaciones en este sentido y para este período son escasas y solo podemos confirmarlo en épocas más tardías: la *futuwwa* (en turco *fütüvvet*) seguramente existe, al igual que la cofradía religiosa de los *akhîs*, muy relacionada con los artesanos, pero tanto una como otra no se ma-

nifiestan realmente hasta el siglo XIV. Entre personalidades religiosas musulmanas y cristianas se establecen relaciones y encontraremos la prueba de ello posteriormente en la repercusión de las obras del místico turco Mevlana Djalál al-Dîn Rûmî.

La vida económica, ciertamente limitada y muy compartimentada durante todo el siglo XII debido a las luchas y a los problemas que reinaban en el Asia Menor, recibe un gran impulso a partir de finales de siglo al establecerse la unidad política y una mayor seguridad. La producción local (agricultura, ganadería, madera, tapicería, miel, alumbre, plata, cobre) se desarrolla sensiblemente y sirve para la exportación favorecida por el hecho de que los seldjûqíes, en el primer cuarto del siglo XIII. controlan las salidas al mar Negro (Sínope, Samsún) y al mar Mediterráneo (Alanya, Antalya). Mercaderes italianos abordan en los puertos mediterráneos, mercaderes griegos trafican en los puertos del mar Negro, mercaderes armenios comercian con Iraq y sobre todo con Irán, los bizantinos de Nicea, en la época de Vatatzés, realizan intercambios comerciales con los turcos. El Asia Menor estaba entonces atravesada por rutas caravaneras a lo largo de las cuales había relevos de etapas, los caravanserrallos o *jans*, que también encontramos en las ciudades importantes. Las rutas principales comunicaban los puertos de Antalya y de Alanya, en el Mediterráneo, con las ciudades del interior: Qonya, Akchehir, Anqara, Aksaray, Kayseri, Sivas. Erzurum (ruta de tránsito hacia Irán). Este comercio de intercambio y de tránsito era especialmente beneficioso para los seldjûqíes que percibían derechos de aduana, peajes, impuestos de entrada y de salida.

La vida intelectual del Asia Menor seldjûqí es poco conocida, aparte de la vida religiosa y mística cuyo maestro fue Mevlana Djalâl al-Din Rûmî (1207-1273), autor de obras místicas escritas en persa y en árabe, excepcionalmente en turco, cuyo hijo, Sultán Veled, y sus discípulos fundarán en su honor y memoria

la cofradía de los derviches mevleníes o derviches «danzantes». Las obras literarias son escasas y están escritas en árabe y en persa: habrá que esperar el siglo XIV para notar un sensible progreso.

Por otra parte, la vida artística es rica y original. Los turcos llevaron a Anatolia un arte específico, de origen iranio o árabe pero adaptado a las condiciones locales geográficas y humanas, en las que las influencias bizantinas y armenias eran perceptibles (se conoce el nombre de arquitectos griegos de mezquitas seldjûqíes). Este arte se manifestó en las mezquitas (mezquita de ʻAlaʻal-Dîn en Qonya, mediados del siglo XII-principios del XIII; mezquita de ʻAlâʻ al-Dîn en Nigde en 1224; gran mezquita de Divrigi en 1229; gran mezquita de Malatya en 1247), *madrasa* o *medresés* (en Qonya, Kayseri, Erzurum), tumbas poligonales o circulares (en Divrigi, Niksar, Qonya, Kayseri, Sivas), palacios, de los que por desgracia solo se conserva su recuerdo prácticamente, y numerosos caravanserrallos, cuyos vestigios se pueden ver aún en las antiguas rutas caravaneras. Estas construcciones son el testimonio de la prosperidad del país, de la voluntad de sus promotores de asentarse en el país y no solo en el sentido religioso. Hay que añadir su sentido de la decoración, ya sea en pórticos y fachadas exteriores, con motivos geométricos, florales o epigráficos, o bien en el interior con azulejos azules, blancos y negros. No es un arte grandilocuente, pero está hecho a escala humana y expresa un gusto sencillo y directo.

Los otomanos, que más adelante continuarán y ampliarán la obra de los seldjûqíes, encontraron en ellos un modelo que supieron utilizar y desarrollar. La importancia de los turcos en el mundo musulmán del Próximo Oriente se debe más a los seldjûqíes del Asia Menor que a los del Irán o del Iraq.

El último destello de Persia

El poder que los seldjûqíes de Iraq habían establecido en el conjunto del Oriente Medio, desde Asia Menor al Jurâsán, no se libró de las luchas intestinas que llevaron a cabo los herederos del sultán Malik Shâh poco después de la muerte de este en 1092. La bella unidad familiar instaurada por los grandes seldjûqíes estalló por las envidias de los príncipes, y las de sus preceptores y gobernadores, los *âtâbegs*: cada uno intenta asegurarse el dominio de una parte del sultanato y así se forman principados, a veces muy pequeños, cuyos jefes parecen no tener otro objetivo que combatir unos contra otros. Esta fragmentación, acentuada en Siria por la llegada de los cruzados, es debida en gran parte al sistema de privilegios familiares de los seldjûqíes y a las rivalidades que surgieron en el centro mismo del Estado desde antes de la muerte de Malik Shâh. También es probable que los detentores de privilegios familiares hubieran, a su vez, multiplicado las concesiones de *'iqtâ's* para asegurarse la ayuda de los elementos militares, pero la debilidad creciente de los príncipes favoreció la transformación de estas concesiones temporales y vitalicias en bienes personales hereditarios. Por otra parte, algunos *âtâbegs* se apoyaron en las poblaciones locales, irania, árabe o kurda, según las regiones, para constituir un dominio propio. Además, algunas tribus, que hasta entonces habían soportado la autoridad seldjûqí, rechazaron esta tutela y adquirieron prácticamente su independencia.

En Bagdad el califa Al-Nâsir (que reinó de 1180 a 1245), aprovechándose de la desintegración del sultanato seldjûqí, consolidó su presencia y su papel de califa, intentando reunir a su alrededor a los diversos componentes del mundo musulmán, incluidos los shî'íes, y apoyándose en grupos políticos, gremiales, sociales o culturales, como la *futuwwa*, a la que convirtió en el soporte del califato, sobre todo en Bagdad, y la cual, desde entonces, constituye el elemento dominante de la ciudad, controlada por medios burgueses y militares adictos al califa.

En una situación política confusa y en una economía debilitada progresivamente a causa del desvío de las principales vías comerciales hacia el norte o hacia el sur de la meseta irania, sorprende ver cómo se conserva —e incluso diríamos que está en su apogeo— un refinamiento intelectual y artístico que no tiene nada que envidiar al de finales del siglo X o al del siglo XI. Pero ha habido un desplazamiento hacia el este, dejando poco a poco Bagdad, para afirmarse en Shîrâz, Ispâhân, Herât. Conforme se va produciendo esta «orientalización», las tendencias iranias, bactrianas, incluso hindúes, invaden el arte persa dándole un segundo impulso: no se trata de algo superficial ya que esta influencia se nota incluso en la planta de los edificios para el culto, en los que se introduce un patio central rodeado por cuatro *iwâns*, cuatro recámaras inmensas destinadas a la plegaria, cada una con dos alminares filiformes, nueva tipología de las mezquitas «turcas» o «hindúes», que imitaba claramente las plantas de los palacios sasánidas o aqueménidas. La influencia asiática se manifiesta también en la decoración de los siglos XII y XIII: cerámicas con decoraciones narrativas con escenas separadas, azulejos polícromos con decoración floral o fantástica, arte del que se encuentran ejemplares incluso en Extremo Oriente.

Las madrasas del siglo XI promovieron un desarrollo intelectual sin equivalencia en el oeste. Los siglos XII y XIII muestran a la vez el activo y el pasivo de la situación, Ghazâlî, muerto en 1111, representa la vertiente pesimista del pensamiento persa: su libro *Incoherencia lie los filósofos* es una aniquilación en regla de los innumerables sistemas de pensamiento heredados desde la Antigüedad hasta los primeros tiempos musulmanes. Su preocupación por recuperar una vida pura, de aislamiento y de fe, como exigían los sûfíes desde hacía cien años, nos permite considerarlo como un precursor musulmán del gran movimiento de renunciación que afectará cien años más tarde a la

cristiandad de san Francisco. Pero la esperanza de una renovación espiritual viene representada por la vertiente optimista de la filosofía persa: a Ghazâlî se opone Suhrawardî (muerto en 1191), quien, dejando a un lado las escorias de las sectas que estaban siempre en pugna, intenta formular un mensaje sincrético, casi neoplatónico, en el que predomina la idea de una sabiduría universal que asimila las aportaciones de la Antigüedad. La expresión literaria, por su parte, adquiere también el aspecto de «fin de siglo»: la «sesión», la *maqâma* que, mediante sainetes picantes, feroces o líricos, esboza la vida cotidiana, es el género de moda en el siglo XIII: nos ha proporcionado miniaturas ricas en detalles pintorescos, ejercicios de virtuosismo lingüístico, testimonios de una sociedad expectante. Pocas obras de valor universal destacan, pero en el preciso momento en que una tormenta mortal amenaza este refinamiento, es emocionante ver cómo el más ilustre de los poetas de corte y de ciudad, Sa'di de Shîrâz (muerto casi centenario en 1290), consagra sus más bellas obras a la descripción de las rosas.

De este modo, después de haber soportado violentas luchas internas entre los partidarios y los supuestos defensores del califato 'abbâsí o del califato fâtimí, tras los enfrentamientos con los francos de Palestina y de Siria, el mundo musulmán oriental recuperó una aparente unidad ya que solo había un califa, el de Bagdad, y que el sunnismo había triunfado, al haber sido vencidos o eliminados los defensores del shî'ismo o de las religiones heterodoxas. Unidad aparente, puesto que en realidad asistimos al nacimiento de nuevos estados, con el nombre de sultanatos, establecidos en regiones bien delimitadas geográfica o políticamente: Asia Menor, Siria-Palestina, Egipto, Iraq, Irán, sin contar zonas más lejanas en las que despuntan otras dinastías como la de los jwârizm-shâhs o las nuevas oleadas de turcómanos que se dirigen hacia el oeste.

Por otra parte, el poder había pasado, desde entonces, de manos árabes o persas a manos de representantes de otras etnias hasta aquel momento dominadas, los kurdos, los turcos, que adoptaron el Islam y se adaptaron más o menos a la situación del medio: aquí, mantuvieron la cultura y las tradiciones árabes sin dificultad; allí, el sustrato persa o la nueva aportación turca impusieron adaptaciones que contribuyeron a diferenciar unas y otras regiones.

Hay que destacar que a mediados del siglo XIII los Estados musulmanes del Próximo Oriente parecen haber conseguido superar sus múltiples dificultades e instaurado regímenes aparentemente sólidos y bien administrados. Por otra parte, los estrechos contactos con los francos favorecieron el desarrollo de las relaciones comerciales y de la vida económica en general, aunque, en algún lugar, las estructuras tradicionales pudieran haber sido trastornadas con la llegada de tribus nómadas o seminómadas, hecho que únicamente la disgregación del poder central, en Asia Menor, en el Irán occidental por ejemplo, colocaría en un primer plano.

La característica principal hacia 1230-1250 es, pues, la fragmentación del mundo musulmán oriental, en el que, con diferentes aspectos (religión, poder, literatura, ciencia, arte), la civilización árabe y la civilización persa siguen siendo ampliamente dominantes y unen las partes de un conjunto dispuesto a dislocarse.

La catástrofe mongola

Más allá de las bases musulmanas más orientales, al norte de la ruta de las caravanas que va de Samarcanda o de Bujâra al norte de China, la forma tradicional de vida es el nomadismo. Los clanes hunos, ávaros, turcos y magiares habían huido de este «crisol» estepario en busca de pastos verdes hacia China o hacia el Volga, e incluso el Irán. El Islam había llegado hasta la franja oeste, esencialmente blanca, la de los turcos uigures, y de

este modo había provocado en el siglo IX, si no antes, un doble movimiento: el aflujo de mercenarios hasta Iraq, el fuerte empuje seldjûqí y las infiltraciones turcomanas; y, en un sentido inverso, la penetración de mercaderes y, también, la de fugitivos, cristianos nestorianos o mazdeístas persas refugiados, hasta el lago Baikal. Un fenómeno similar se había producido en el norte de China, donde los tártaros y los kitán de raza amarilla se habían instalado en Pekín, recibiendo a cambio sinización y budismo. Los viajeros y peregrinos fueron muy duros al hablar de las tribus de pastores que seguían practicando el nomadismo entre el Gobi y la taiga siberiana. Y sin embargo, lo que se conoce de su arte funerario, de su buena organización militar, muestra un grado de evolución alentador; por otra parte, el animismo, o el simple culto de *Tengri*, el cielo, les hacía indiferentes a las religiones monoteístas de sus vecinos sedentarios.

En las últimas décadas del siglo XII, los clanes propiamente mongoles o turco-mongoles instalados entre el lago Baikal y el curso superior del Amur organizaron unas federaciones, a cuya cabeza estaba ocasionalmente un *qagan*, un gran jefe, un «*jân*» supremo. Quizás se trataba de un principio de reagrupamiento previo a un desplazamiento hacia China más bien que hacia el oeste, donde los turcos jwârizmíes (uigures) y kitai, islamizados, parecían poco dispuestos a ceder su sitio. El clan de Yesugai, procedente de los alrededores de Qaraqorum, al sudeste del lago Baikal, consiguió esbozar una de estas uniones basándose en juramentos «fraternales» y en alianzas matrimoniales. El hijo de Yesugai, Temujin, seguramente reconocido como *qagan* hacia 1195, supo dotar a su tribu de una organización militar y de una disciplina que, puesta al servicio de incursiones de saqueo, le aseguraron durante una decena de años la superioridad sobre los pueblos del este (tártaros, merkit del norte de China) y sobre los pueblos del sur (los kereit y los naimán), y

acabó finalmente, hacia 1212, con los uigures y los qarluqs instalados en tierras islámicas.

Fue entonces cuando tomó el título real de *Cingîs-qan* (Gengis-Jân) y puso en pie un sistema de organización de las tierras dominadas muy original para un imperio en el que la base era una estepa sin ciudades: reunión periódica de una dieta (*quriltai*) de jefes de tribus, jerarquía militar con un sistema regular de promoción y de atribución de funciones precisas, designación de gobernadores encargados de recaudar el tributo (*daruqachi*) en las zonas ocupadas por sedentarios… El mando general permanece en manos del Jan, pero su familia puede recibir una delegación (*ulus*) de poder en las tierras conquistadas o por conquistar. Un eficaz sistema de correos permitía a Gengis-Jân estar al corriente de cualquier eventual insubordinación de un hijo o de un «hermano», es decir de otro jefe de tribu.

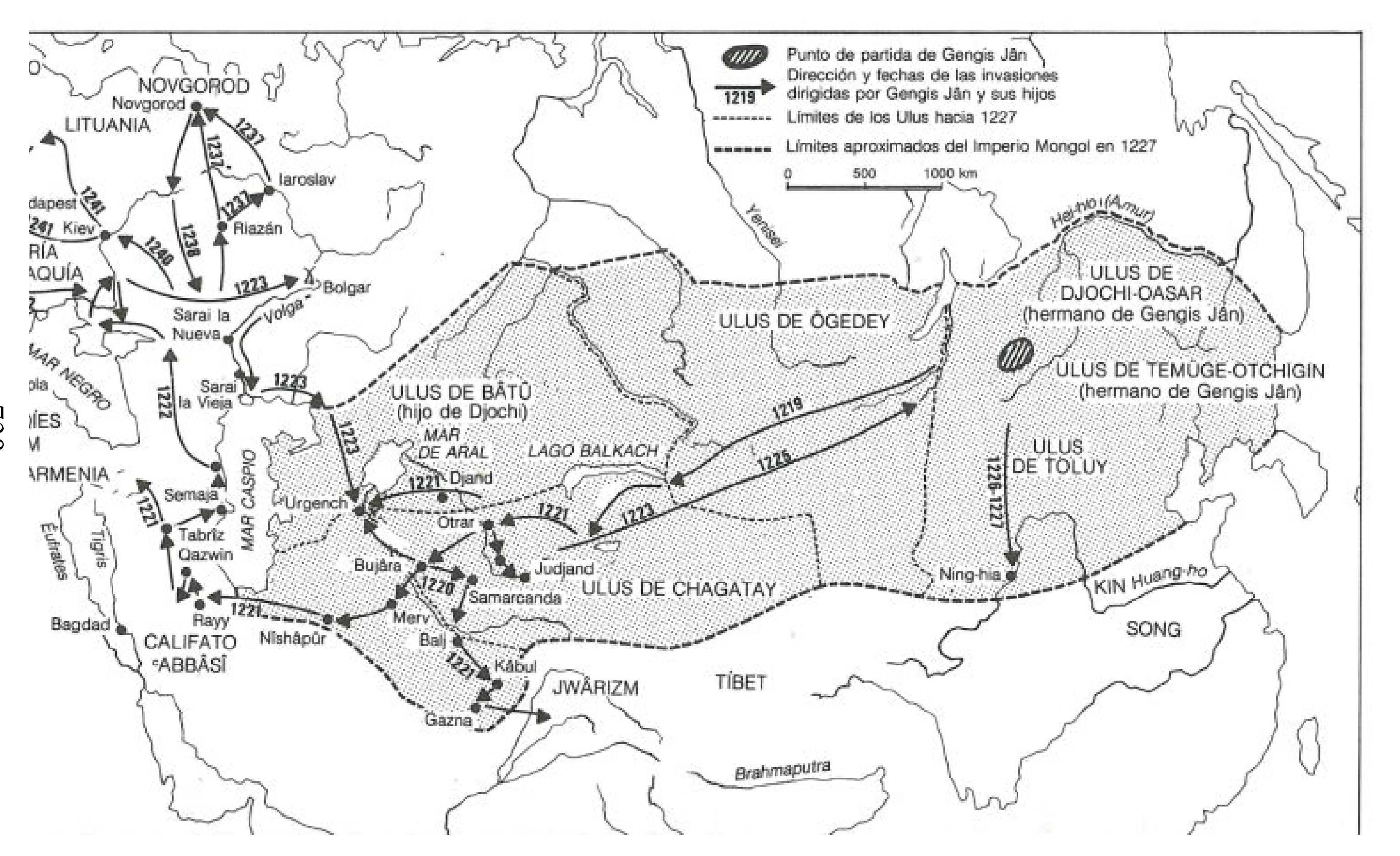
Es casi imposible conocer los motivos que llevaron al Jan, y tras su muerte, en 1227, a sus hijos Ügedei, Chagatâi, a su nieto Güyük y a su sobrino Möngke, que ocuparon el poder supremo hasta 1250 —en medio de continuos arreglos de cuentas familiares, por otra parte—, a dirigirse más allá de las zonas del nomadismo tradicional de los turcomongoles. Indiferentes ante la cuestión religiosa, sin competencias burocráticas ni fiscales durante largo tiempo, sin entender la vida urbana ni el interés por la agricultura, los mongoles de mediados del siglo XIII parecen haber actuado como los hunos antaño: saquear para abastecerse de víveres o de caballos de remonte, destruir para evitar un ataque como réplica, ocupar para oprimir mejor. Una concepción tan rudimentaria del «gobierno» evidentemente duraría solo mientras los mongoles dispusieran de guerreros en cantidad suficiente, seguramente menos de 150 000 jinetes para enviar en todas direcciones, pero jinetes ligeros, móviles, excelentes arqueros, acostumbrados a las astucias de los cazadores, y mientras utilizaran el terror, sabiamente mantenido mediante

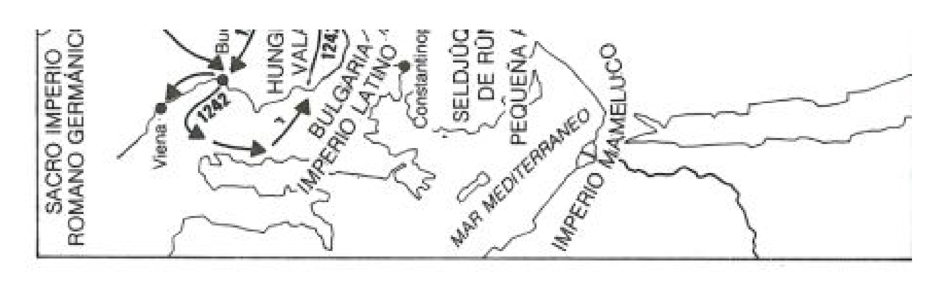
represalias feroces. Desde entonces —y como anteriormente los hunos-como cualquier resistencia y ataque sorpresa implicaba una masacre sistemática de la población capturada y la exposición de trofeos de cadáveres, el anuncio de una incursión mongol provocaba una oleada de pánico y de sumisiones inmediatas. Pero el desorden que provocaron en los dominios sedentarios no significó únicamente un trastorno psicológico o la muerte de algunos hombres: los mongoles, incendiando ciudades, cegando canales, arrasando residencias rurales, destrozaron la actividad económica de regiones enteras, dispersaron las poblaciones, aniquilaron las élites y dificultaron el culto.

El Islam oriental resultó muy afectado. Ya en 1220-1223 una incursión desastrosa significó la ruina de Bujâra, Samarcanda, Kabul, Balj, Gazna, Nîshâpûr, Rayy, antes de alcanzar Ucrania y Crimea. Otra, conducida por un destacado táctico, Subotei, entre 1233 y 1241, puso a fuego y a sangre todo Irán, al país kurdo, a Armenia, antes de llegar a los armenios de Cilicia y al sultanato de Rûm, que se salvaron al reconocerse súbditos de los mongoles. Subotei atravesó a continuación el Cáucaso, avasalló los qipchaq del Volga, y posteriormente los principados rusos de Vladimir, de Kiev, de Moscú; incendió Novgorod cerca del Ladoga, antes de lanzarse sobre Polonia, Hungría, la región de Viena y después volverse hacia el Adriático en un clima de apocalipsis alimentado en Europa por los terroríficos relatos de los cristianos eslavos o danubianos. Una tercera incursión confiada a Hûlâgû, un sobrino de Gengis-Jân, se dirigió hacia Iraq y Siria en 1254; en 1258, Bagdad fue tomada y el califa ʻabbâsí fue metido en un saco y lanzado a los pies de los caballos, triste fin de la dinastía. Únicamente los mamelucos de Baybars consiguieron frenar a la horda en 1260 cuando intentaba dirigirse hacia el Sinaí. Si añadimos que bandas errantes de turcomanos y de jwârizmíes, huyendo desesperadamente de la exterminación o de la servidumbre, contribuyeron a trastornar la vida del

Próximo Oriente (por ejemplo, cuando saquearon Jerusalén en 1244), comprenderemos el espantoso e imprevisible desastre que afectó al Islam en una sola generación.

Pero el culto no fue prohibido, los santos lugares no fueron profanados, el Egipto kurdo resultó ileso, y, aunque dominados, los turcos de Anatolia constituían una fuerza viva; y ya veremos que, después de todo, la *pax mongolica* tuvo su lado bueno para los mercaderes o los misioneros. Pero los brillantes focos de la cultura musulmana desde hacía cinco siglos, este crisol en el que la herencia antigua, irania, hindú, helenística, convergían para hacer progresar el espíritu humano, ya no eran más que cenizas. Habrá que esperar hasta nuestra época para ver despertar —¡pero de que manera!— al Islam sirio, mesopotámico o persa.


Punto de partida de Gengis Jân
Dirección y fechas de las invasiones dirigidas por Gengis Jân y sus hijos
1219
Límites de los Ulus hacia 1227
Límites aproximados del Imperio Mongol en 1227
0
500
1000 km
NOVGOROD
Novgorod
LITUANIA
Kiev
Iaroslav
Riazán
Bolgar
Volga
Sarai la Nueva
Sarai la Vieja
MAR NEGRO
ARMENIA
MAR CASPIO
Semaja
Tabriz
Qazwin
Rayy
Bagdad
Tigris
Éufrates
CALIFATO ʿABBÂSÎ
Nîshâpûr
Urgench
Bujâra
Merv
Balj
Kâbul
Gazna
Samarcanda
Otrar
Djand
Judjand
MAR DE ARAL
LAGO BALKACH
ULUS DE BÂTÛ (hijo de Djochi)
ULUS DE ÖGEDEY
ULUS DE CHAGATAY
ULUS DE DJOCHI-QASAR (hermano de Gengis Jân)
ULUS DE TEMÜGE-OTCHIGIN (hermano de Gengis Jân)
ULUS DE TOLUY
Yenisei
Hei-ho (Amur)
Ning-hia
KIN
Huang-ho
SONG
TÍBET
JWÂRIZM
Brahmaputra
1237
1237
1237
1238
1240
1241
1241
1223
1223
1223
1223
1222
1221
1221
1221
1221
1221
1220
1219
1226
1226-1227



Las invasiones mongolas de 1219 a 1250

EL MAGRIB A LA DERIVA

El esplendor del imperio almorávide no hace olvidar, sin embargo, que los siglos XI y XII se corresponden globalmente con una época de retroceso territorial del Islam occidental, bajo la presión de ciudades, estados, economías y sociedades cristianas en expansión que demuestran, en conjunto, un mayor dinamismo. Las crónicas que relatan la historia de las dinastías hispanomagribíes narran los esfuerzos constantes, y no siempre coronados por el éxito, para contener, mediante la movilización difícil y costosa de grandes ejércitos, el progreso en España de un enemigo cuya organización sociopolítica, feudalizada parcialmente, favorece la expansión en detrimento de una sociedad musulmana, tanto urbana como rural, organizada sobre bases distintas, poco militarizada e incapaz de generar por sí misma las fuerzas susceptibles de defenderla.

Hay que señalar que estos síntomas de inferioridad del Islam respecto a la cristiandad empiezan a aparecer en la primera mitad del siglo XI. Esta época se corresponde con la crisis del califato de Córdoba, que facilita la intervención de los guerreros castellanos y catalanes en los asuntos internos de al-Andalus y que empezarán a traer de sus expediciones dirhemes y dinares que desde entonces serán el sueño de los aventureros del mundo cristiano. Pero para percibir los primeros signos de esta de-

cadencia relativa del Islam occidental tendríamos que remontamos a finales del siglo X, en la época en la que la piratería andalusí decae, cuando la base de Fraxinetum es destruida y cuando un número considerable de mercenarios cristianos empieza a ser reclutado para el ejército califal.

La fragmentación política de las *taifas* no sería seguramente por sí misma una muestra de debilidad para los estados cristianos del norte de la península. Estos estaban también divididos, y difícilmente se podía prever que en las primeras décadas del siglo XI el poderoso reino de Toledo sería absorbido por el conjunto castellano-leonés, o con mayor motivo, que el minúsculo y pobre Aragón, confinado en sus montañas, se apoderaría finalmente del vasto y rico valle del Ebro, con sus prósperas ciudades, sus cultivos de regadío, su economía y su vida cultural infinitamente superiores. Las rivalidades entre soberanos musulmanes solo serían uno de los motivos de inferioridad de los reinos de *taifas* respecto a sus adversarios cristianos, inferioridad que se hace evidente con la dependencia económica y política a la que se ven sometidos los primeros en la segunda mitad del siglo mediante el pago de las *parias*. Sin duda hay otras causas más profundas y mal conocidas que explicarían también la división y posterior hundimiento de Sicilia ante los normandos de la Italia meridional. Tanto en Sicilia como en al-Andalus la desorganización política y el debilitamiento militar son notables antes de mediados del siglo XI. Los bizantinos se asientan de nuevo en la isla desde 1038-1040, en el mismo momento en que se desorganiza el Estado unificado de los kalbíes de Palermo. Entre 1061-1091, los normandos ocupan la isla, mientras que en España empieza el avance territorial de los cristianos que ya no se limitan a aprovecharse de la subordinación política de los estados musulmanes imponiéndoles un tributo. Las primeras conquistas fueron llevadas a cabo por el rey Fernando I de Castilla-León, a expensas del reino de Badajoz, en el norte

del actual Portugal (Lamego y Viseu en 1057-1058, Coimbra en 1064). En 1085, su sucesor, Alfonso VI, entró en Toledo y, en la misma época, en Valencia, se asentó durante cerca de dos décadas un poderoso ejército cristiano. En el este, los aragoneses consiguieron apoderarse de Huesca en 1096. Y en el Mediterráneo lo que atrae la atención es sobre todo el fuerte crecimiento de las ciudades italianas.

Estos hechos, considerándolos globalmente, muestran indiscutiblemente que el Islam occidental decae militarmente a lo largo del siglo XI frente a la potencia y al dinamismo creciente de los cristianos. Podríamos preguntarnos cuáles eran las causas internas de esta decadencia. Algunos documentos de la Genizá de El Cairo parecen indicar que en la Ifrîqiya zîrí de la primera mitad del siglo XI la situación era difícil: una carta escrita hacia 1040 por un judío tunecino felicita a quien va dirigida por su intención de establecerse en Egipto, porque «el Occidente entero ya no vale nada». Esta observación confirmaría las tesis formuladas respecto a la existencia de una crisis económica y social anterior a la llegada de los hilâlíes al Magrib.

Los hilâlíes: ¿una catástrofe?

Ya conocemos las fuertes controversias que hay en torno a este problema. La historiografía de la época colonial consideraba la «catástrofe hilâlí» como el momento más decisivo de la historia medieval magribí. Estos nómadas árabes, enviados por los califas de El Cairo para «reconquistar» la Ifrîqiya zîrí que se había distanciado de la obediencia fâtimí, habrían provocado desde el momento de su aparición en 1051-1052 una fatal ruptura del equilibrio en una civilización urbana y sedentaria de tradición romana, muy frágil a causa de las condiciones ecológicas del país. La derrota de las tropas zîríes en Haydarân, en 1052, señala el principio de la decadencia del Estado de Qayrawân. Desde 1057 la dinastía zîrí se ve obligada a replegarse en Mahdîyya, dejando que los beduinos destruyan el interior

del país. Lo mismo sucede un poco más tarde en el Estado de los Banû Hammâd, cuando el emir Al-Nâsir, en 1068-1069, debe abandonar la capital de la Qal'a, demasiado expuesta a los hilâlíes, y se establece en la costa, en la ciudad de Bujía nuevamente fundada. Desde entonces el nomadismo se desarrolla en la mayor parte del Magrib oriental y central a expensas de la agricultura sedentaria y de las ciudades prósperas en otro tiempo y que ahora sobreviven con más o menos dificultades adaptándose a la evolución del campo cuyo control se les escapa. Políticamente el país se divide en una multitud de dominios locales autónomos de naturaleza diversa: oligarquías urbanas, caudillajes tribales árabes, pequeños principados locales, en manos de un *qâ'id* que actúa como un señor independiente, se constituyen espontáneamente en medio de una anarquía que contrasta con la buena organización de los grandes estados centralizados del período precedente.

Algunos elementos de la evolución global que acaba de ser esbozada han de ser, razonablemente, discutidos. La división política de la segunda mitad del siglo XI es incuestionable, así como el creciente dominio de los beduinos en el campo. La situación del Magrib central en la primera mitad del siglo XII que Al-Idrîsî describe es suficiente para acabar de convencernos. El contraste entre la prosperidad de Bujía y las llanuras que la rodean y las dificultades de las localidades situadas más el interior, más allá de la montaña de los Bibanes, «hasta donde se extienden las depredaciones de los árabes» es sorprendente. En la región de la Qal'a, por ejemplo, «los habitantes viven con los árabes en un estado de tregua que no impide que entre ellos haya conflictos en los cuales la ventaja siempre está de parte de estos últimos». En el este, a cuatro jornadas de viaje, está Mila, una «bella ciudad, bien regada, cuyos alrededores están plantados de árboles y producen muchos frutos. Está habitada por bereberes de diferentes tribus, pero los árabes son los amos del

campo». Este último ejemplo parece indicar, sin embargo, que no hay que exagerar la importancia de las «devastaciones» cometidas por las tribus procedentes de Egipto a mediados del siglo XI. En muchos lugares se estableció un equilibrio entre los árabes y los indígenas, ciudadanos o rurales, como ocurrió en Constantina, «ciudad poblada y comercial, cuyos habitantes son ricos, mantienen tratos ventajosos con los árabes y se asocian con ellos para cultivar las tierras y conservar las cosechas».

La difusión de un nuevo elemento étnico procedente de Oriente en amplias regiones del Magrib tuvo varias consecuencias, cuya importancia es difícil de calcular. En primer lugar se ha atribuido a la invasión hilâlí «la desaparición de muchas ciudades nacidas en la Antigüedad o de formación reciente, como las pasajeras capitales de Qal'a de los Banû Hammâd, Arshîr, Tâhart, así como la aniquilación de muchos pueblos, o también la penuria y la desolación de muchas tierras fértiles». Sin dejar de lado estas «destrucciones» en las zonas interiores, hay estudios que insisten en los efectos de la llegada de los hilâlíes sobre la economía monetaria:

> Por una parte, la invasión hilâlí acabó con el aflujo de oro sudanés, y por otra la anarquía es tal que Ifrîqiya se ve obligada, más que nunca, a comprar grano en Sicilia. Al exigir los normandos ser pagados en oro, se asiste a una verdadera hemorragia de metal amarillo. Resultado en Mahdîyya: penuria de oro, obligación de conseguirlo para comprar trigo, y necesidad de realizar correrías (captura de mercancías preciosas, de monedas de oro y de cristianos por los que se pedirá un rescate en oro).

Los autores «anticolonialistas», por otro lado, han señalado que los signos de un malestar económico y social eran ya perceptibles en el Magrib occidental antes de la llegada de los hilâlíes y que estos solo aceleraron una degradación empezada antes que ellos. Estos autores dan mucha importancia a las dificultades derivadas del desvío de las rutas comerciales hacia España y de la creciente potencia de los cristianos en el Mediterráneo. Para algunos autores magribíes, la llegada de los hilâlíes tuvo incluso efectos positivos: «porque transformó y regeneró

el Magrib, propagó el árabe en las zonas rurales y aceleró la unidad lingüística. Instituyó relaciones frecuentemente pacíficas y fructuosas entre la ciudad y el campo, dotó al país de una base militar eficaz e impidió que la cristiandad medieval ocupara el norte de África».

En realidad, la historiografía de este período no ha conseguido librarse de los prejuicios en uno y otro sentido ni de los juicios de valor. Carecemos de estudios precisos que permitan apreciar las modalidades y el ritmo de la desurbanización que afectó las zonas interiores únicamente, mientras que en las zonas costeras subsistían las ciudades-estado de Mahdîyya, Bujía, Túnez, y otros centros secundarios más o menos independientes. ¿Es posible considerar que, en el resto, las ciudades se convirtieron en una especie de «zonas cerradas y aisladas en medio de un campo despoblado»? Al menos sí podemos constatar que ni los progresos de los árabes en el interior ni el auge militar y comercial de los cristianos en el Mediterráneo impidieron la prosperidad de las grandes ciudades marítimas, en torno a las cuales se mantuvieron estructuras estatales. A partir de uno de estos centros, Túnez, se reorganizará, tras el paréntesis almohade, el Estado ifrîqí de los hafsíes, que conseguirá restaurar de una manera bastante flexible y realista la unidad política del Magrib oriental, basándose en una amplia autonomía de las tribus árabes, de los bereberes de las zonas montañosas y, en las épocas de debilitamiento de la dinastía, de muchas ciudades y territorios del sur y del oeste, de donde no había desaparecido el dinamismo y la fuerza constructiva estatal, si nos atenemos al hecho de que aún en el siglo XIV, por tercera vez, «el jefe del Estado constantinés disidente restablece por la fuerza, apoderándose de Túnez, la unidad hafsí».

El paréntesis almohade

El despertar beréber se manifiesta por primera vez de un modo tan sorprendente como el de los almorávides en el si-

glo XI y es igual de breve. Ibn Tûmart el Defensor de la unicidad de Dios (*al-muwahhid*, de aquí el nombre de almohade), beréber de la tribu Masmûda del Atlas marroquí, discípulo celoso de Ghazâlî en Oriente y, como él, convencido de la necesidad de volver a las fuentes, hacia 1120 empieza en Marrâkish a atacar a los juristas, los *fuqahâ*, a los judíos, a los impíos, a todos aquellos, entre los almorávides, sospechosos de laxismo y de doblez. Hacia 1125, obligado a refugiarse en Tinmâl, en la montaña, funda una comunidad militante, se hace reconocer *mahdî* y lanza a sus discípulos hacia la llanura antes de morir en 1130. En el espacio de cincuenta años los almohades se apoderan de todo el Magrib, ya sea mediante asaltos individuales, o bien, después de 1145, mediante cuerpos del ejército constituidos por tribus bereberes aliadas. Fez (1160), Marrâkish (1147), Bujía (1152), Qayrawân (1160) cayeron en su poder en medio de un clima digno de la eclosión fâtimí del siglo X, pero del que algunas mentes más serenas, como el normando Roger II de Sicilia, se aprovecharon multiplicando tanto los desembarcos como las incursiones entre Túnez y Mahdîyya. A partir de 1145 los almohades entran en al-Andalus: Córdoba (1148), Sevilla (1149), Granada (1154), Valencia (1171) fueron ocupadas. Ya'qûb, Yûsuf, nieto del *mahdî*, y después Yûsuf al-Ya'qûb, su bisnieto, concluyeron la ocupación de al-Andalus almorávide, y frenaron a los inquietos castellanos en Alarcos (1196).

El dominio almohade es rico en contrastes. Por una parte, estos «reformadores» austeros cuyo arte, en efecto, era sistemáticamente severo y sin decoración historiada, empezaron pronto a realizar gastos suntuosos en sus palacios y sus mezquitas. De su época son algunos de los más bellos alminares que aún se conservan en el Islam occidental: la torre Hassân en Rabat, la Kutubiyya de Marrâkish, la Giralda de Sevilla. Por otra parte, estos espíritus sistemáticos, hostiles a la filosofía pagana, a la gnosis y a los judíos, a los que persiguieron, conocieron el

desarrollo de los tres más sólidos pensamientos originales del Magrib de aquellos tiempos. El de Ibn Bâdjdja (Avempace para los cristianos), médico en Fez y en Sevilla (muerto en 1138), primer comentador de la *Metafísica* y de las *Categorías* de Aristóteles, maestro de Ibn Rushd (1126-1198), el célebre Averroes de los cristianos, su guía filosófico del siglo XIII. Hostil a Ghazâlî, convencido de la necesidad de un razonamiento dialéctico para afirmar el dogma, Averroes fue un eslabón fundamental en la introducción del racionalismo en el pensamiento europeo. Y finalmente, Maimónides (muerto en 1204), judío perseguido, puede ser considerado como uno de los más activos propagadores del aristotelismo, pero en el interior de la comunidad judía para la que escribía y de la que conocemos su papel de mediadora entre el Islam y el mundo cristiano.

El derrumbamiento

En el verano de 1212, atravesando Sierra Morena, los tres reyes cristianos, Alfonso VIII de Castilla, Sancho de Navarra y Pedro II de Aragón, derrotaron duramente a los almohades en Las Navas de Tolosa. El dominio beréber en la Mancha ya había sido alterado por las insubordinaciones de los jefes de bandas. Entre 1235 y 1265 los cristianos van eliminando de al-Andalus las guarniciones musulmanas: los portugueses están en Beja en 1235, los aragoneses en Valencia en 1238 y en las Baleares en 1222, los castellanos en Córdoba (1236), Murcia (1243), Cartagena (1244), Sevilla (1248), Cádiz (1265). El Islam ibérico se hunde brutal e irremediablemente; solo subsistirán, como un pedazo arrancado. Almería, Málaga y Granada, reducto del arte musulmán que brillará hasta las postrimerías del siglo XV.

La extensión del desastre es grande: en Ifrîqiya, los hafsíes, apoyándose a partir de 1226 en los piratas de las Baleares, se instalan en Túnez, y los ziyâníes en el Atlas central a partir de 1236. En el mismo Marruecos las revueltas bereberes se multiplican, sobre todo entre los zanâta, y el clan de los Banu Marín

(los mariníes) ocupa la llanura y en 1269 se instala en Marrâkish. La unidad del Magrib queda dividida en tres partes, y el efímero y superficial dominio otomano de la época moderna no lo remediará tampoco.

Al igual que el hundimiento del Islam oriental, el del Islam occidental no tiene solo aspectos negativos. Reagrupará en áreas reducidas, en Marruecos sobre todo, fuerzas vitales cuyos cimientos históricos y geográficos son indiscutibles, como en Egipto. Despejará las rutas comerciales del oro de Sudán, que desde entonces llegan al Mediterráneo sin obstáculos de dominios universalistas o místicos, y las rutas saharianas, puertas del África negra, se abrirán al comercio como fueron abiertas bajo el control mongol las de Anatolia y las de las orillas del mar Caspio. Y sin embargo, ateniéndonos a lo inmediato, el balance es desastroso. Mientras que a finales del siglo XI los musulmanes estaban a punto de recuperar Toledo y de conquistar Constantinopla, a mediados del siglo XIII son totalmente expulsados del mar, y se les amputan tanto al este como al oeste territorios esenciales para su dominio; y los que más adelante hablarán en voz alta ya no tendrán nada que ver con los «pueblos fundadores». El Islam permanecerá dormido durante siete siglos, más tiempo del que había vivido hasta entonces.

Capítulo 11
LA AGONÍA DE BIZANCIO

(1080-1261)

El gran fracaso de 1071 ante los turcos no implica una mutación brusca del imperio. Sus puntos flacos, hasta entonces ocultos, se ponen de manifiesto paulatinamente y, como se ha subrayado acertadamente, un viaje por la tierra bizantina a finales del siglo XII habría revelado más bien una extraordinaria permanencia de la vida de los hombres, sobre todo en los campos. Esto es cierto también en lo referente a la propia estructura del imperio: si bien es seguro que se encamina hacia un repliegue en sus territorios europeos, es dudoso que los contemporáneos tuvieran conciencia de ello y, al menos hasta el final del reinado de Manuel Comneno, en 1180, el restablecimiento de la situación en Asia Menor es un elemento esencial del programa imperial.

La pérdida de Anatolia no es, en efecto, fatal inmediatamente después de Mantzikiert. El vencedor, el sultán Alp-Arslân, no tuvo en absoluto la intención de establecerse allí, pues el verdadero objetivo de este soberano muy ortodoxo era hacer desaparecer el califato herético de los fâtimíes de Egipto. De hecho, las convulsiones internas del imperio combinadas con un grave error de apreciación del peligro turco consolidaron el destino de Asia.

FALSAS APARIENCIAS

La muerte de Romano Diógenes en 1071 fue seguida, bajo el reinado de Miguel VII Ducas (1071-1078), de una serie de levantamientos militares en Asia cuyos protagonistas, ya fueran

griegos o normandos, se apoyaban regularmente en las bandas turcas que atravesaban el país, en tanto que el gobierno, que veía erróneamente en el sultán el peligro esencial, introdujo estas mismas bandas hasta la región de los estrechos. El nuevo sultán seldjûqí, Malik Shâh, intentará en vano un acuerdo con Bizancio. Este no cree en su sinceridad y toma, por el contrario, a su servicio a uno de los primos del sultán, Sulaymân, que bajo la apariencia de trabajar para él, controla ya, hacia 1080, las orillas de la Propóntide y se lanza, contra Malik Shâh, a la conquista de la Anatolia oriental. El imperio es igualmente ciego en el flanco occidental: al rechazar las iniciativas de Gregorio VII, arroja al papa en brazos de los normandos, impulsándole así a dar su aprobación a la ofensiva en Albania en 1081-1085.

Bizancio condenado a Europa

Sin embargo, la autoridad central recobra su estabilidad en 1081 con el golpe de Estado que lleva al poder a Alejo I Comneno. A pesar de su talento, el nuevo emperador demuestra claramente que Bizancio es a partir de ahora incapaz de combatir en varios frentes. Ahora bien, el peligro más grave es el que pesa sobre los Balcanes. Primeramente tiene lugar el ataque de Guiscardo en Albania, que es conjurado en 1085 gracias al apoyo de la flota veneciana; después, el desencadenamiento de los pechenegos más allá del Danubio, de 1086 a 1091, que los bizantinos contienen prácticamente solos pero que acosa hasta tal punto a Constantinopla que, por primera vez, el emperador fue obligado a pedir ayuda a un señor latino, el conde de Flandes, Roberto el Frisón. Durante este tiempo, la actividad de los ejércitos bizantinos es casi nula en Asia. Solo intervienen, aunque a destiempo, para repeler a Malik Shâh que, tratando de eliminar a sus primos sublevados, beneficiaba de hecho al imperio en el mismo momento en que, no satisfechos con atacar plazas como Nicomedia, los emires locales se dotan de flotas

que piratean en el mar Egeo. Sin embargo, en 1092, el emperador parece que finalmente comprende la situación y acepta la alianza del gran sultán, cuya muerte, el mismo año, permitirá a los descendientes de Sulaymân rehacerse lentamente. En este momento, el imperio ya solo controla en Asia Menor las regiones situadas al nordeste de una transversal que va del sur de Efeso al este de Trebisonda.

La gran empresa del reinado de Alejo, la primera cruzada, esclarece bastante bien los medios y los fines del imperio. Hacia 1095, está en paz por primera vez desde hace treinta años, pero las recientes adversidades le han debilitado hasta tal punto que ya no tiene sentido lanzar, con sus únicas fuerzas, una ofensiva en Asia. Aunque ya no podía llamar a los latinos en su ayuda, cosa que la situación no permitía, Bizancio podía pensar en tomarlos a su servicio en calidad de mercenarios, lo que, por lo demás, realizaba desde hacía más de medio siglo. Esto es probablemente lo que debieron pedir los enviados bizantinos en el concilio de Piacenza en 1095. Se sabe que los occidentales, y en particular Bohemundo, viejo adversario de Bizancio, no tenían la intención de limitarse a una obra de reconquista por cuenta del emperador; también la cruzada da origen a unidades políticas erigidas en territorios antiguamente bizantinos, sobre todo en Edesa y en Antioquía, que dan pie a las luchas que oponen, hasta 1104, a los latinos y los griegos y que, bajo el impulso de Bohemundo, son el pretexto para todo un programa propagandístico tendente, por primera vez, a hacer aparecer a los griegos como traidores e incluso aliados de los turcos. Bohemundo, de vuelta en Occidente, aprovecha esto para llevar la lucha a los Balcanes. La segunda expedición normanda de Albania, que tiene lugar en 1107, acaba con una derrota que le obliga a reconocerse vasallo ligio de Alejo en relación a su principado de Antioquía, pero muere en 1111 y sus sucesores repudian este estatuto de vasallaje. En resumidas cuentas, la cruzada no hace

más que complicar la posición bizantina en Asia, añadiendo adversarios latinos al viejo enemigo musulmán. Desde el punto de vista de los griegos, que ven pocas posibilidades de que retarde los ataques normandos, la cruzada hace pesar una constante amenaza sobre sus fronteras occidentales, cosa hasta entonces desconocida y que, conjugada con los empujes nómadas en el Danubio y el nacimiento de nuevos estados eslavos, como Rascia y Zeta, incita al imperio a emplear lo esencial de sus fuerzas más excepcionales para la protección de sus territorios balcánicos. Este es, por lo demás, el rasgo dominante del reinado del hijo de Alejo, Juan II (1118-1143) que, hasta 1135, defiende sus fronteras occidentales contra pechenegos, servios y húngaros y, ante la amenaza normanda reaparecida con el acceso de Roger II de Sicilia al título real, en 1130, se integra cada vez más en el sistema político latino estrechando sus lazos con Venecia y Pisa, e incluso aliándose al Imperio germánico. Hasta 1137 no puede hacer reconocer su soberanía al príncipe de Antioquía, que la repudia a partir de 1142; el emperador muere en abril de 1143 en el curso de una expedición destinada a reducir definitivamente a los latinos de Oriente.

El «hombre enfermo»

Sin duda, la atonía del mundo turco oculta el carácter fundamentalmente occidental de la obra de Juan II, y lo mismo ocurre durante la mayor parte del reinado de su hijo, Manuel I (1143-1180). Las grandes empresas de este último en Occidente pueden aparecer como las de un imperio nuevamente conquistador y seguro de sus fronteras orientales, pero testimonian, de hecho, la vuelta a centrarse de este último sobre sus territorios balcánicos y, sin duda, su profunda necesidad de controlar de nuevo el Adriático y el mar Jónico. El peligro siciliano, más que la segunda cruzada que, aunque le priva de Francia, deja casi intacta la alianza germánica, es, en efecto, el que marca el principio del reinado. En 1147, Roger II se ha apoderado

de Corfú y ha realizado una *razzia* en Grecia, y se ha llevado con él la mayor parte de los obreros que trabajaban la seda de Tebas y Corinto. Esta orientación hacia el Adriático explica también, en la misma época, el control cada vez más fuerte que Bizancio ejerce sobre Servia y sobre Hungría, que se sublevan en 1149. Venecia, que es el punto sensible del Adriático, se da perfectamente cuenta: ayuda mucho a Manuel a volver a tomar Corfú ese mismo año, pero el sitio de la ciudad es la ocasión para un primer desacuerdo, bien significativo, entre griegos y venecianos. Estos ven confirmados sus temores cuando Manuel, aprovechando la muerte de Roger en 1154, se adentra en Italia y somete las Marcas y Apulia; es expulsado de allí en 1156 y se ve obligado a firmar un tratado dos años más tarde, lo que marca el final de las pretensiones bizantinas en Italia, pero no de sus objetivos en el Adriático. En 1161, Manuel impone su voluntad en la sucesión al trono de Hungría y aprovecha la circunstancia para someter Croacia, Bosnia y, sobre todo, Dalmacia. Cuando en 1172, el emperador obtiene además la sumisión del gran jupán de Servia, Esteban Nemania, Bizancio, de nuevo dueña de su litoral marítimo occidental, se convierte en una amenaza muy próxima tanto para Venecia como para el emperador germánico, Federico Barbarroja, el rey de Sicilia e incluso el papa y las repúblicas marítimas del Tirreno, Génova y Pisa. Asimismo, mientras que Manuel confisca los bienes venecianos en el imperio en 1171, una vasta coalición que reagrupa todas estas potencias se pone en pie entre 1169 y 1177.

Ahora bien, la calma en las fronteras de Oriente no debe ocultar, en la misma época, el renacimiento del poder turco. El sultanato de Anatolia, o sultanato de Rûm, centrado en Qonya, la antigua Iconio, había sido ya irritado en 1159 por una de las extrañas actitudes adoptadas por Manuel en Oriente: su reafirmación como soberano de Antioquía y el reconocimiento tácito de su supremacía por el reino de Jerusalén. Por lo demás, in-

cluso aquí la influencia occidental no está ausente, ya que es probable que la diplomacia de Barbarroja no fuera ajena a la ruptura del tratado pactado entre el sultán Qilidj Arslân y el emperador en 1162. Desde 1175, esta ruptura está consumada y en el curso de la campaña que se lleva a cabo como resultado Manuel es aplastado, el 17 de septiembre de 1176, en Miriocefalón.

De 1180, fecha de la muerte de Manuel, a la caída de Constantinopla en 1204, Asia Menor, aún bizantina más allá de una línea Mileto-Amastris, apenas da motivo para que se hable de ella, pero es el momento en que un cierto número de nobles militares consiguen dominios casi independientes, lo que aumenta su desorganización. Todo lo que tiene importancia ocurre en Europa y supone una serie de catástrofes para Bizancio. La historia política interna es una sucesión de golpes de Estado: toma del poder por Andrónico I, primo de Manuel, en 1182; caída de Andrónico, y por esta razón caída de la dinastía, en 1185; después débiles reinados de la dinastía Angel, en primer lugar Isaac II, y después Alejo III, su hermano, que hace cegar y encarcelar a Isaac en 1195. En estas condiciones, el imperio no puede impedir la disgregación del imperio balcánico: en 1181-1183, los servios y húngaros sublevados arrasan Macedonia y Bulgaria que, en 1185-1187, vuelve a encontrar, bajo el impulso de los hermanos Asen, una independencia perdida desde hacía casi dos siglos. A partir de ahora, Bizancio no tiene otro acceso al Adriático que por la costa de Albania, cuyos príncipes, desde entonces autónomos, mantienen su juramento de fidelidad por temor a la expansión servia. Existe incluso el riesgo de una retirada cultural de Bizancio que podría afectar estas regiones. En 1202, Vukán de Servia reconoce la primacía romana y, en 1204, Kaloján de Bulgaria hasta recibe la corona real de Inocencio III. En lo sucesivo, el imperio verá pesar sobre sus fronteras dos poderes eslavos que le infligen derrota

tras derrota y corren el riesgo, en caso de un nuevo ataque latino, de tener que pactar con ellos. Ahora bien, ya en 1185 los normandos de Sicilia vuelven a la carga y consiguen incluso tomar y saquear Tesalónica, la segunda ciudad del imperio. Son, sin duda, rechazados, pero son rápidamente relevados, en 1189-1190, por la tercera cruzada, en cuyo curso Barbarroja, cerciorado del apoyo de los servios y los búlgaros, estuvo a dos pasos de atacar la misma capital. En definitiva, Bizancio no perdió más que Chipre, conquistada por los ingleses al mando de Ricardo Corazón de León, pero el hijo de Barbarroja, Enrique VI, heredero por matrimonio de Sicilia y de su hostil tradición, puso a punto un verdadero plan de conquista del imperio que, sin embargo, fue aplazado a causa de su brutal muerte en 1197. El proyecto quedó desde entonces bien aferrado en Occidente, y corresponderá a los cruzados de 1204 eliminar definitivamente a ese «hombre enfermo» que es el Imperio bizantino.

La vuelta a centrarse del imperio en los Balcanes es, pues, un fracaso. Habida cuenta del cambio de sus estructuras y de sus mentalidades era, sin embargo, la única posibilidad de renovación y, por otra parte, los Láscaris y Paleólogos basarán en el siglo XIII su intento de restauración sobre los mismos principios. Por lo demás, si los Comneno han fracasado, no se debe a no haber sentido la necesidad de profundas reformas internas, que se suelen juzgar injustamente. En efecto, no se puede impedir la comprobación de que el verdadero equilibrio no se manifiesta hasta mediados del siglo XII, es decir, en el momento en que Manuel I rompe con la tradición defensiva del imperio para lanzarse a una política militar agresiva inadaptada a una estructura política aún sólida pero con recursos, no obstante, muy menguados.

Los mercenarios, señores de la guerra

En efecto, es perfectamente falso no ver, en la época de los Comnenos, más que el triunfo de una casta militar a la que se habrían subordinado todos los recursos del Estado.

Ciertamente, es un golpe de Estado militar el que conduce a Alejo Comneno al trono en 1081, y su principal respaldo es la vieja clase dirigente, militar y terrateniente y, más exactamente, con pleno dominio en Asia, de manera que su toma de poder tuvo, al fin y al cabo, el sentido de una revancha de esta última contra la nueva capa dominante, administrativa y burguesa. Pero la personalidad de Alejo indica ya que apenas es portador de una ideología nueva. Aunque así lo sostenga la hagiografía filial; Ana Comneno, su hija, que escribía en una época en que el recuerdo de su padre estaba aún vivo, no puede ser completamente mentirosa cuando le alaba por haber «solucionado pacíficamente asuntos que son naturalmente solucionados por la guerra y el hierro» ni cuando recuerda que el mejor éxito es el que se obtiene «sin sangre ni lucha». Sin duda traduce, aún más profundamente, la mentalidad de su época cuando recuerda que los jóvenes son brutales por «no haber experimentado la miseria de las guerras». Tampoco es este su único prejuicio contra Manuel Comneno que provoca los comentarios de Nicetas Koniata, cuando reprocha duramente al emperador haber respondido a la pacífica aproximación de la segunda cruzada con medidas abiertamente hostiles. En la época de Manuel, debe incluso pensarse que la vieja mentalidad pacífica se halló confrontada con la política constantemente guerrera del emperador, tanto más cuanto que la mayoría de sus campañas se dirigieron contra pueblos cristianos, lo que la fidelidad al cristianismo consideraba un verdadero escándalo. Ana Comneno recordaba que el orden divino quería que se perdonara todo entre los cristianos, y el propio Alejo había puesto fin a la guerra contra el príncipe servio de Dioclea, a fin de evitar una «guerra civil». En cuanto a Nicetas, alaba a Juan II que renuncia a en-

trar por la fuerza en Antioquía porque «estaba totalmente opuesto a una guerra entre cristianos». La aversión de los bizantinos a ir a la guerra es sensible en muchas ocasiones: en 1158, con motivo de una expedición a Armenia, Manuel convoca a las tropas del *thema* de Seleucia, pero no acude nadie. Por otra parte, el hecho de que la época de los Comneno vea el apogeo del mercenariado apenas permite sostener la idea de un imperio militarizado. En la época del primer ataque normando sobre Albania, se encuentran en el ejército imperial eslavos macedónicos, turcos, sarracenos, varegos rusos y contingentes normandos, y se sabe que la propia guardia contaba también con alemanes y anglosajones que habían huido de su país cuando la conquista de 1066. Alejo y Juan Comneno continuaron reclutando mercenarios entre estos pueblos, pero fue Manuel quien hizo un uso sistemático de ellos: su ejército no solo comprende franceses, alemanes, anglosajones, normandos de Sicilia y alanos del Cáucaso, sino que sus estados vasallos de Occidente le envían contingentes de servios, húngaros y valacos, en tanto que los estados francos del Levante le proporcionan armenios, turcos y caballeros franceses. Es evidente que esta práctica traduce las grandes dificultades existentes para procurarse soldados por vías normales. Asimismo, podemos preguntarnos si las reformas del régimen agrario y fiscal que caracterizan esta época no tenían como objeto, mucho más que reclutar soldados «nacionales», asegurar mejor y más rápidamente el sueldo de las tropas reclutadas en el extranjero.

Puede admitirse que al final del siglo X, el viejo sistema «estratiótico», en virtud del cual determinadas tierras estaban sujetas a la obligación de proporcionar soldados o su equivalente en oro, había desaparecido por completo. Los fragmentos del catastro de Tebas no mencionan ya en esta época las tierras «estratióticas». El Estado, sin duda impulsado por la necesidad de reclutar un creciente número de mercenarios, había hecho

de la *strateia* —en su origen una tasa sustitutiva para quien no podía o no quería servir personalmente— un impuesto que afectaba al conjunto de la población. En los documentos de Miguel VII y de Nicéforo Botaniatés, está integrada en las largas listas de contribuciones, cuya exención se pide. Es decir que, a la manera de determinados impuestos contemporáneos, el producto de la «estrateia» apenas debía tener ya una aplicación específicamente militar y no era más que un sustento, entre otros, del Tesoro general. Sin embargo, su importancia seguía siendo grande y las cartas de exención, que deben ser consideradas siempre como excepcionales, no puede ocultar el cuidado con el que el Estado asegura su recaudación. A este respecto, la época de los Comneno, al menos hasta el reinado de Juan II, no aporta ninguna innovación: un documento de Alejo para Patmos, fechado en abril de 1089, muestra al emperador confirmando la exención de los nuevos habitantes de la isla, repoblada por Cristodulos, pero sometiendo a los campesinos de las tierras que el santo poseía anteriormente en Quíos y de las que había, en cambio, hecho retrocesión al fisco. Las dificultades de reclutamiento, al menos hasta alrededor de 1130, prueban al mismo tiempo la inadecuación del viejo sistema y la lentitud con la que los Comneno comprenden la necesidad de sustituirlo. La instalación, durante todo el siglo XII, de colonias militares extranjeras en el imperio, pechenegos, húngaros, servios, práctica también tradicional, no podía ser más que un paliativo muy insuficiente.

Irrupción de las alienaciones militares

La verdadera reforma, que data del reinado de Juan 11 y cuyo promotor fue, sin duda, el ministro Juan de Putza, solo es, por otra parte, la codificación y la generalización de costumbres corrientes desde hacía mucho tiempo. No puede comprenderse más que teniendo en cuenta el grado de evolución de

las estructuras rurales y la existencia de modelos jurídicos cuyo campo de aplicación era, al principio, muy limitado.

Los Comneno no quisieron la desaparición de la comunidad rural. Sabemos que estaba ya en muy mala situación antes de 1080, y los textos prueban que continúa existiendo después, pero su decadencia llegó a ser irremediable. Ciertamente, se habla aún del *chorion* y de sus habitantes (*choritai*). pero la última mención de la comunidad rural data de 1098 y es muy probable que las dos palabras debieran después traducirse simplemente por «aldeas» y «aldeanos». Estas aldeas de las que, bajo el mandato de Alejo III, los atenienses tratan de apropiarse en los alrededores de su ciudad y, sin ningún género de duda, hay que entender de la misma manera la existencia de *choria* en Creta, aproximadamente en la misma época. Los poderosos, palabra por la que hay ahora que entender no solo los grandes terratenientes y los dignatarios, sino también los habitantes enriquecidos de las ciudades, son en gran parte responsables de tal decadencia, pero esta proviene sobre todo, a nuestra manera de ver, de una política conscientemente seguida y que se sitúa también en una línea fijada desde hace al menos un siglo. Como se sabe, esta línea consiste en instalar a los campesinos en tierras pertenecientes al fisco, que se convierten así en los *demosiarios* que dependen a partir de ahora directamente del Estado. Los Comneno no inventaron aquí nada, pero amplificaron y sistematizaron este procedimiento de manera que, ya a mediados del siglo XII, los demosiarios debían ser muchos, tal vez la mayoría de los habitantes de los campos. En efecto, es menester observar que el Estado continúa limitando rigurosamente la instalación de campesinos en los dominios privados, especialmente en los de los monasterios. En 1175, Manuel obliga a los monjes a restituir campesinos instalados indebidamente, y el débil Isaac II lo hace también en 1186. Por lo demás, Manuel había tomado, en 1158, una medida general que reco-

gía la legislación de Nicéforo Focas, por medio de la que garantizaba los bienes poseídos por los monasterios pero les prohibía incrementarlos o aumentar el número de campesinos vinculados a ellos.

La situación de los campos en el siglo XII era, pues, muy diferente a como se suele imaginar. Al controlar cada vez con más rigor la tierra y los hombres, limitando las veleidades de expansión de los propietarios privados, el Estado se arriesgaba a bloquear toda posibilidad de inversión en los bienes raíces, en el momento en que, como veremos, la innegable prosperidad de los negocios no basta para absorber los capitales acumulados en la ciudad. Este bloqueo debía ser tanto más irritante cuanto que la dinastía hubo de recompensar, sobre todo en sus principios, a la vieja aristocracia a la que debía su ascenso, y colocar príncipes, princesas y aliados de la familia, en el marco de una política que ponía las principales funciones del Estado en manos de sus parientes. Al igual que sus predecesores, los Comneno distribuyen, pues, sus donaciones cada vez más importantes, que implican la cesión hereditaria de las tierras y las rentas producidas por los que las cultivan, lo que, evidentemente, no puede aplicarse a las tierras del fisco. Este sistema, que no aporta ninguna novedad jurídica, no hace más que aumentar la extensión de la gran propiedad laica y reducir a un cierto número de demosiarios a la condición de «parecos» privados. Sin embargo, los Comneno van más lejos, sin duda, para no menguar demasiado el patrimonio fiscal. Desde 1084, Alejo regala a su hermano Adriano, a título de propiedad absoluta, un cierto número de tierras del Estado en la península de Casandra, así como la renta fiscal de otras tierras de la península que están en manos de propietarios privados, entre los que el más notable es el monasterio de Lavra en el Monte Athos. En este último caso, el beneficiario no se convierte ciertamente en el propietario de las tierras cuya renta se le concede, simplemente sustituye, en

la acción de la recaudación de impuestos, al propio Estado, y el estatuto de los propietarios contribuyentes no es alterado en absoluto. No obstante, lo que demuestra claramente que en este caso hay alguna novedad, sentida como un peligro, es que estos propietarios reaccionan y piden al Estado especificar bien que sus derechos no son reducidos. Esto es lo que hacen los monjes de Lavra en 1084. En efecto, el nuevo beneficiario instala a partir de ahora su propia administración fiscal en su circunscripción. Este es el caso de Adriano Comneno y también, por ejemplo, el de una hija de Juan II, María Zusmené que, en la segunda mitad del siglo, posee sus propios recaudadores de impuestos (*energuntes*) en la región de Hierisos. ¿Cómo no ver que este nuevo sistema modifica completamente las relaciones entre administración y administrados ya que, entre ambos, se interpone ahora la pantalla del concesionario? Aunque este último no tenga más que derechos fiscales —pues no se trata de concederle otros derechos de regalía, en particular los de justicia—, tiende a comportarse como un verdadero propietario, mientras que los pequeños y medianos contribuyentes no tienen, evidentemente, los medios para conjurar sus abusos como lo hace el poderoso monasterio de Lavra.

Sin duda, no hay que exagerar la amplitud de estas grandes donaciones, pero es menester ver que constituyeron un modelo jurídico sobre el que se iba a edificar un nuevo sistema de gestión, el de la *pronoia* militar que tiene dos objetivos indisociables: mejorar el reclutamiento de tropas y drenar, a este efecto, los capitales no empleados, vengan de donde vengan. Una vez admitido que los más antiguos usos del término *pronoia* hacen referencia, de hecho, a concesiones más o menos dependientes del sistema de la *charistiké*, es sorprendente observar que las primeras menciones seguras de esta institución corresponden al reinado de Juan II. Un texto de Lavra, fechado en 1162, menciona un pronoiario cuyos antepasados eran ya estratiotas, tér-

mino que no tiene ahora nada que ver con el viejo sistema estratiótico y que designa precisamente a los detentadores de *pronoias*.

Sabemos ya que la *strateia*, un impuesto entre otros, había dado pruebas de su ineficacia. Sin duda, su producto era, sin embargo, conservado todavía, al menos parcialmente, por las administraciones locales encargadas del reclutamiento y el mantenimiento de los ejércitos. El resultado debía ser extremadamente decepcionante, pero la obra de reforma fue muy progresiva. Parece ser que fue Juan II el que tomó la decisión de transferir al Tesoro el producto de una parte de este impuesto, el que recaía sobre las provincias marítimas y que estaba destinado a la construcción y al armamento de la flota. Pero correspondió a Manuel Comneno, si hemos de creer a Nicetas, concentrar todo el producto de la *strateia* en las cajas centrales. Por supuesto, era indispensable un medio de sustitución. Ahora bien, estaba al alcance de la mano a partir del momento en que una gran parte del campesinado, los demosiarios, pasó a depender del Estado, en tanto que poco a poco se definía, en el marco de las grandes dotaciones imperiales, un sistema de concesión de rentas que no implicaba ningún derecho de propiedad. En estas condiciones, la *pronoia* militar no es otra cosa que la concesión de un cierto número de rentas, normalmente recaudadas por los agentes del Estado, a personajes que, a cambio, prestan el servicio armado y son llamados, por este motivo, «soldados» (*stratiotes*). Insistimos en que no se trataba de donaciones de tierras: los textos hablan de «donaciones de parecos», que, evidentemente, no pueden ser más que los demosiarios, cuyo producto fiscal, y no por supuesto la persona, es entregado al concesionario. Estos campesinos, que pagan a partir de ahora el impuesto al estratiota, y también las aldeas que habitan, se considerarán en lo sucesivo como «sumisos al ejército» (*estrateumenoi*), lo que no quiere decir que ellos mismos sean

soldados sino que las contribuciones que pagan se destinan a mantener a su estratiota.

Se ha exagerado mucho la importancia de la *pronoia* y, sobre lodo, se ha visto en ella la prueba de una profunda aristocratización del imperio. Ahora bien, parece claro que la *pronoia,* bajo el mandato de los Comneno, no poseyó nunca una extensión muy grande: en 1152, en la lista de dominios que el sebastocrator Isaac Comneno entrega a un monasterio de Tracia, solo aparecen dos aldeas «sumisas al ejército», junto a 15 dominios (*proasteia*) y 13 aldeas de tipo clásico. Además, el conjunto de los textos del siglo XII no sugiere que los estratiotas sean señores poderosos. Los documentos de Lavra, espaciados entre 1162 y 1196, trazan más bien el retrato de personajes inquietos, agresivos, pero de reducidos medios, puesto que se les ve alquilar tierras al monasterio, con riesgo de situaciones enojosas, más tarde, en el momento de hacer la retrocesión. Además, la *pronoia* es una concesión, como máximo vitalicia, que el Estado puede reclamar cuando quiera al concesionario. En estas condiciones, la *pronoia* apenas podía ser atrayente para los grandes terratenientes o para los poderosos funcionarios, lo que nos dice Nicetas cuando, en el momento en que el sistema está definitivamente puesto a punto por Manuel, hace la lista de las gentes que se abalanzan sobre las «donaciones de parecos»: son «las gentes que se ganaban dolorosa y penosamente la vida cosiendo, otros a los que la fortuna había convertido en mozos de cuadra, así como otros que sacudían de su cuerpo el polvo de las fábricas de ladrillos o el hollín de la forja». En otras palabras, la *pronoia* tenía teóricamente la doble ventaja de reforzar el ejército y de proporcionar un exutorio a las clases modestas, sobre todo urbanas, que poseían algún capital pero que, sin embargo, no era lo suficiente para comprar la tierra. Incluso parece ser que cuando Nicetas hace la relación de cantidades de plata que los futuros estratiotas abonaban a los reclutadores

para obtener *pronoias*, se trataba, más que de un soborno, de un impuesto completamente normal que había que pagar para entrar en posesión de las «cartas imperiales» que conferían los derechos fiscales, práctica muy acorde con las tradiciones bizantinas. Así, el sistema tenía además la ventaja de hacer entrar sumas no despreciables en las cajas del Estado.

De ello se deduce que, en sí mismo, el sistema de la *pronoia* no tuvo, sin duda, más que una débil influencia en el reclutamiento del ejército. En primer lugar, no tendió en absoluto a la restauración de un «ejército nacional» destinado a contrapesar un mercenariado siempre creciente, puesto que un estratiota podía ser muy bien un extranjero instalado, como los estratiotas cumanos mencionados en los documentos del Monte Athos a finales del siglo XII; además, estas mismas actas de los usos muestran la extrema dificultad que había para hacer respetar sus obligaciones a los titulares. Benjamín de Tudela apenas exagera, sin duda, cuando, al visitar el imperio en 1167, observa que los griegos no tienen ya ninguna actividad militar. No cabe duda de que Juan y Manuel Comneno transfirieron sobre todo un interés fiscal, el de concentrar en las cajas del Estado sumas que habían sido hasta entonces poco o mal empleadas en las provincias y a las que se añadían los pagos de los estratiotas en el momento de su reclutamiento. En este sentido, la *pronoia* pudo tener una incidencia militar, pues hizo disponibles, para sueldo de los mercenarios, sumas antes inmovilizadas que daban al menos una apariencia de ejército griego. No obstante, el balance es negativo a largo plazo: sin duda, los recursos suplementarios permitieron al Estado mantener mucho más tiempo su potencial militar en una época de guerras incesantes, pero el sistema está lleno de peligros para la población de los campos, expuesta ya al abuso de los grandes y de los monjes, y ahora sometida a pequeños tiranos tanto más duros en la opresión cuanto que no son precisamente ricos. Puede pensarse que has-

ta la muerte de Manuel Comneno, el Estado seguía siendo suficientemente fuerte como para atajar estos peligros; es incluso probable, como lo prueban, muy a finales del siglo, documentos que hacen mención de los estratiotas abusivos, que la administración seguía cumpliendo bien su cometido incluso cuando el gobierno central, bajo el mandato de los Angel, experimenta un profundo debilitamiento. Pero todo está preparado para que, aprovechando el caos de 1204, grandes concesionarios y pequeños estratiotas olviden el origen de sus títulos y traten de hacer pasar sus prerrogativas por auténticos derechos de propiedad, ocasionando así al campesinado una nueva degradación de su estatuto.

Aunque el imperio de los Comneno está puesto cada vez más al servicio de la guerra, sobre todo a partir de mediados del siglo XII, no lo está en el sentido en que se entiende normalmente. No se observa ningún verdadero síntoma de militarización de la sociedad bizantina, pero las necesidades del ejército mercenario implican una creciente punción de las fuerzas vivas del Estado, y como esta punción se lleva a cabo, cada vez más, a través de intermediarios, recaudadores de impuestos, príncipes posesionados y estratiotas, existe el riesgo de ver el imperio disolverse, al menor repliegue de la autoridad, en innumerables organismos autonómos de diversos tamaños que no coordina ninguna jerarquía, pues Bizancio no tendrá nunca un sistema propiamente feudal.

Hacia la agonía

El recurso al mercenariado, la concesión de parecos a los propietarios privados y a las Iglesias, el sistema de la *pronoia* y la instalación de extranjeros en el territorio imperial, son cosas que no hablan mucho en favor de una demografía floreciente.

Cada vez más, el hombre llega a ser más escaso que la tierra y, en el gran movimiento de acaparamiento del campesinado, el deseo de controlar su fuerza de trabajo cuenta al menos tanto como la preocupación por recaudar el producto fiscal.

El campo se depaupera

El imperio de los Comneno es necesariamente un Estado menos poblado ya que le falta una buena parte del Asia Menor. Probablemente hubo allí repliegues de población desde los territorios ocupados por los turcos, pero no hay que exagerar su amplitud pues el campesino no abandona su tierra más que a condición de que su suerte sea verdaderamente insoportable, lo que no ocurría en el sultanato de Qonya. No solo Kinnamos señala que las poblaciones griegas continuaron viviendo bajo la dominación turca, sino que Nicetas nos revela que los griegos que vivían en territorio imperial fueron voluntariamente a instalarse en el sultanato, atraídos por la tolerancia y las promesas del soberano musulmán. Además, la caída de las provincias italianas no implica más que la emigración de algunos pocos elementos de las clases superiores. Por último, al limitarse la instalación de extranjeros en el imperio a un número restringido de colonos militares, la población bizantina se reduce a su aumento natural, lo que, en las condiciones medievales, significa, en el mejor de los casos, estancamiento, y más seguramente, regresión. Las catástrofes naturales tuvieron allí escasa importancia. Las pestes y los seísmos parece ser que no abundaron en el Erizando del siglo XII, en el mismo momento en que Italia, Sicilia y, sobre todo, los territorios francos y musulmanes de Siria son duramente azotados. La historia de las hambres y de las carestías aún no está hecha, pero se tiene la impresión de que tampoco fueron ni frecuentes ni graves bajo los Comneno. A nuestro entender, el origen de este innegable ocaso hay que buscarlo en la guerra. Las más graves, desde el punto de vista demográfico, fueron sin duda las del período inicial, entre 1081

y 1118, y la del final del siglo, entre 1180 y 1204, pues, contrariamente a las campañas de la época macedónica, alcanzaron directamente el territorio imperial: las *razzias* turcas en Asia, los pechenegos y los cumanes en Europa, las expediciones normandas, las cruzadas devastadoras, las rebeliones búlgaras y servias se traducen en pillajes, matanzas y retiradas de poblaciones. Por el contrario, el período conquistador, que corresponde al reinado de Manuel I, lleva de nuevo la guerra a las fronteras, al menos hasta 1176, y al estar en marcha gracias sobre todo a las tropas mercenarias, no implicó, sin duda, una sangría considerable de las poblaciones imperiales. Pero, una aparente paradoja es que este período de casi medio siglo, vivido como un tiempo de paz, fue una especie de «entre dos guerras» en que se intentó gozar, lo mejor posible, de una tranquilidad interior que se quería creer como definitiva, una situación que nunca es favorable para el desarrollo de la natalidad. Ana Comneno, que escribió hacia 1130, no pierde ninguna ocasión de criticar a sus contemporáneos que «al no haber conocido los combates», solo saben entregarse a las ocupaciones más fútiles.

Es prácticamente imposible leer en el mapa las consecuencias de esta regresión. Sin embargo, es verdad que fueron sobre todo los campos los que pagaron los gastos puesto que, agobiados ya por el abuso de una fiscalidad que se aparta cada vez más del control del Estado y expuestos a perder hasta su condición de hombres libres, los campesinos son, además, las primeras víctimas de las guerras y de las invasiones. Es seguro que la lucha a que se entregan el Estado y los grandes propietarios laicos y eclesiásticos por el control de la mano de obra explica al mismo tiempo la débil natalidad en los campos y un movimiento de huida de los campesinos. La escasa densidad de los campos tiene además resultados inquietantes, pues la población propiamente griega se concentra sobre todo en las regiones

más cultivables, dejando el campo libre en las zonas menos productivas, y sobre todo en las montañas, a poblaciones alógenas, frecuentemente pastoriles, mal controladas por el Estado y que, en caso de invasión, pueden o sublevarse o incluso ayudar al invasor. Es así como los valacos tuvieron, sin duda, un papel determinante en la rebelión búlgara de 1186. En Asia Menor, en las provincias donde el poder bizantino fue restaurado bajo los dos primeros Comneno, el movimiento de la reconquista expulsa a los turcos de las llanuras y de los valles, pero no los elimina y los deja reagruparse en las zonas de mesetas, donde constituyen a veces núcleos muy densos, inasimilables, que debían hacer más fácil la futura dislocación de la Asia bizantina. Por último, en las regiones donde el elemento griego había sido siempre minoritario, su falta de dinamismo favorece la expansión de las poblaciones alógenas hasta entonces estabilizadas. Así ocurre en Iliria, donde los albaneses vuelven a ocupar las llanuras de las que habían sido más o menos expulsados, y lo mismo sucede en Macedonia y en Bulgaria. Este hecho es grave, pues son zonas fronterizas donde la población griega o helenizada se reagrupa cada vez más en las ciudades, que aparecen como islotes mal conectados entre sí y sin grandes medios para imponerse en su territorio.

El antiguo desequilibrio entre Europa y Asia no hace más que agravarse en el curso del siglo XII, como atestiguan los esfuerzos de repoblación, evidentes sobre todo bajo el mandato de Juan y Manuel Comneno. Cuando Juan deporta prisioneros servios a Asia Menor, se trata ante todo de revalorizar tierras abandonadas y de obtener recursos fiscales, y lo mismo ocurre, por ejemplo, en el caso de la instalación en Pilae, Bitinia, de los cristianos de Filomelión liberados por Manuel. No es sorprendente que este país cada vez más vacío dé origen, a finales del siglo, a grandes unidades territoriales en las que altos dignatarios actúan con una completa independencia.

Este segundo aspecto tan inquietante no ha sido, por lo general, suficientemente resaltado porque muy a menudo se ha tenido tendencia a ver la época de los Comneno solo a través de su civilización urbana. Ahora bien, esta parece testimoniar una notable brillantez y vitalidad. La prueba está en la gran abundancia de monedas de cobre (*pholleis*) que circulan entonces: las excavaciones de Corinto y Atenas han permitido extraer una enorme cantidad, de la época del reinado de Alejo I y, sobre todo, de la de Manuel; asimismo se han hecho importantes hallazgos en Argólida, Macedonia, Bulgaria, Iliria y en el conjunto del contorno egeo tanto continental como insular (Thasos). Tal vez, sin embargo, no hay que apresurarse a ver ahí un signo de gran prosperidad. Esta abundancia de moneda fraccionaria indica claramente que existía un comercio local muy activo, pero parece ser que sus horizontes eran cada vez más limitados. La inusitada multiplicidad de tipos de *pholleis* bajo el mandato de los Comneno tiende, a este respecto, a sugerir la existencia de zonas de intercambio que, sin ser herméticas, funcionarían cada vez más de manera autónoma. Es así como la gran mayoría de los *pholleis* de Atenas y de Corinto son producto de la acuñación local. Asimismo, la acuñación de moneda de plata de Alejo Comneno parece haber sido destinada, básicamente, a Trebisonda, a Transcaucasia y, en menor medida, a las costas pónticas, y no haber alcanzado más que excepcionalmente las regiones balcánicas. Todo esto refleja sin ninguna duda una disminución de las relaciones interregionales, una «provincialización» de la actividad comercial, que contribuyó en gran medida a reforzar los autonomismos, sobre todo después de 1180. Además, aunque este fenómeno puede explicarse parcialmente por el hecho de que la mayoría de las excavaciones se han llevado a cabo en los Balcanes, las monedas del siglo XII parecen ser en su mayor parte europeas, lo que confir-

ma el aún relativamente importante crecimiento de las regiones occidentales. Como se recordará, la reforma monetaria de Alejo Comneno, en los años 1096-1098, se tradujo en el establecimiento de cuatro talleres de acuñación para la moneda de oro, Constantinopla, Nicea, Trebisonda y, sin duda, Corinto. Ahora bien, este último taller, el más tardío pues parece ser que no empezó a producir en firme hasta 1105-1106, emitió probablemente al menos la mitad de las piezas del nuevo tipo.

Por lo demás, el gran comercio interior no podía más que ser perturbado por el desorden que caracterizaba, sobre todo desde 1071, a las monedas de referencia, oro y plata. Contrariamente a las reformas de Monomaco, los ajustes monetarios de los reinados de Miguel VII y de Nicéforo Botaniatés habían implicado una grave degradación de los pesos y de la ley de estas monedas, revelando esta vez una evidente crisis de tesorería. Mientras que los contemporáneos de Monómaco apenas parecen haber sido sensibles a las mutaciones de la moneda, los textos comienzan a reflejar las quejas de la población, desde el final del siglo XI, en que tiene lugar una crisis de confianza y un atesoramiento de monedas valiosas que no podía más que acentuarse con las guerras, las revueltas o las invasiones. A la llegada al poder de los Comneno la confusión era, pues, extrema y parece ser que, al menos durante los 15 primeros años de su reinado, Alejo I, agobiado por las necesidades militares, apenas tuvo tiempo para llevar a cabo una reforma. Fue este el período de los recursos extremos, no solo con las confiscaciones llevadas a cabo tanto sobre las iglesias como sobre los laicos opuestos al nuevo emperador, sino también con la generalización de antiguas prácticas, como la consistente en exigir el impuesto en moneda valiosa y en asegurar los pagos con el dinero devaluado. No solo los contribuyentes fueron abrumados, sino que la administración fiscal llegó a no saber ya qué criterios seguir para el cobro de las tasas. La reforma de Alejo, a finales del

siglo XI, tuvo dos objetivos: reconocer claramente la devaluación de la moneda, ya que la moneda de oro contiene a partir de ahora dos tercios de plata, y establecer una nueva paridad entre los dos metales, puesto que el *nomisma* equivale ahora a cuatro *milaresia* de plata.

Sin embargo, las circunstancias no permitieron conseguir la deseada estabilización. Por una parte, la «sed de plata» que azota a todo el Oriente de esta época implica la desaparición del miliaresion y su sustitución por una especie de vellón perfeccionado cuya aleación no comprende más que un 6 por 100 de metal blanco; por otra parte, los tipos de monedas se multiplican, estando destinados cada uno a una determinada función; desde 1136, la carta de fundación (*typikon*) del monasterio del Pantocrator en Constantinopla, creado por Juan II y su mujer Irene, detalla un considerable número de monedas, cada una de las cuales ha de ser empleada en circunstancias muy concretas: los altos dignatarios del monasterio serán pagados en «nomismatas de oro» y los subalternos en «nomismatas nuevos», mientras que los «nomismatas de traquita blanca», que corresponden sin duda al nuevo vellón (*skyphatos*), serán empleados para los gastos corrientes y las limosnas. Sea como sea, todo esto se traduce en una situación financiera malsana, que conduce a los comerciantes, y sobre todo a los extranjeros, a desconfiar cada vez más de la moneda imperial y a especificar cuidadosamente en los contratos la modalidad monetaria concreta con la que se han de saldar las transacciones. Es evidente que estos desórdenes monetarios complicaban considerablemente las operaciones comerciales internas, desde el momento en que sobrepasaban el nivel de los pequeños intercambios locales para los que bastaba la moneda de vellón, convertida en puramente fiduciaria. Ahora bien, estamos en la época en que los extranjeros, y sobre todo los italianos, se imponen cada vez más como socios comerciales. La penuria y el desorden en la

moneda invitan naturalmente a venderles más y más productos a fin de embolsarse monedas poco comunes, mientras que cada vez se es menos capaz de comprarles mercancías a cambio. Los venecianos lo saben tan bien que, en el siglo XII, se llevan consigo sus pequeños denarios, no obstante depreciados, antes que los productos que habrían debido malvender. En la misma época, tratan de arrastrar hacia Occidente las buenas monedas de oro que circulan aún en el imperio, y los contratos, sobre todo los firmados en el Epiro, tienen como principal objetivo la compra de estas monedas por medio de los pequeños denarios de Venecia. Es ahí, a nivel monetario, donde se encuentra la prueba de que la economía imperial se encamina hacia una condición cada vez más «colonial» que los privilegios concedidos a los italianos no hacen más que acentuar hasta el final del siglo XII.

El comercio en almoneda

El punto de partida es el privilegio que Alejo Comneno, sin duda en 1084, otorga a Venecia para recompensarla por su intervención en el momento del ataque normando en Albania. Entre sus disposiciones más importantes se observa sobre todo la exención de todos los impuestos comerciales, y en particular del *kommerkion*, la libertad de comerciar sobre la mayor parte del territorio imperial, a excepción del mar Negro y las grandes islas (Creta y Chipre), y la concesión de un barrio en Constantinopla con iglesia, obras de construcción y muelles de carga. Ciertamente conviene evitar exagerar la importancia inmediata de este privilegio. Venecia, en este final del siglo XI, no puede aún entregarse más que a un tráfico modesto, pues su flota sigue siendo poco importante y no depende solo de la iniciativa privada (el arsenal no se crea hasta 1104) y sus medios financieros también siguen siendo muy limitados. La fortuna veneciana es a la sazón ante todo territorial y el negocio no es más que un complemento, al menos hasta mediados del siglo XII. Por tanto,

solo progresivamente la ciudad de las lagunas estará en condiciones de explotar a fondo las extraordinarias ventajas que le han sido otorgadas. Por lo demás, los contemporáneos permanecen mucho tiempo insensibles a los peligros que entrañan; hay que pensar, por el contrario, que los comerciantes bizantinos sacaron provecho en primer lugar, puesto que los venecianos, que no pagaban ya la aduana, podían a partir de ahora ofrecerles mejores precios por sus productos, y lo mismo ocurría con los grandes terratenientes a quienes Venecia compraba su trigo y su aceite.

En todo caso, Venecia considera en seguida al imperio como un coto vedado. Desde 1106, se ve a los venecianos capturar písanos cerca de Rodas y no liberarlos más que mediante promesas de no ir al mar Egeo a comerciar. Tal vez el gobierno imperial había comprendido ya el peligro que corría al dejar establecerse un monopolio veneciano. El privilegio, más modesto, que otorga a Pisa en 1111, por el que concede a esta ciudad la reducción del 10 al 4 por 100 de los derechos de aduana, pudo haber tenido por objetivo crear un rival a Venecia. Este mismo texto prueba además que el emperador trata de proteger a sus propios comerciantes, puesto que concreta que los písanos, si compran mercancías en una provincia imperial para volverlas a vender en otra, serán sometidos a los mismo impuestos que los propios griegos, es decir, sobre todo al *kommerkion*.

Este papel de contrapeso atribuido a Pisa se precisa, por otra parte, cuando se toma verdaderamente conciencia del progreso veneciano, que se produce a principios del reinado de Juan II. Cuando este último intenta evitar la renovación del privilegio de 1084, Venecia pone en marcha una operación de pillaje en las islas egeas, de manera que el emperador es obligado, en 1126, a reconocer las ventajas adquiridas e incluso a añadir el acceso a las grandes islas, hasta entonces excluidas. Tal vez Juan II creyó, no obstante, tener aún los medios para proteger sus

intereses. El acta de 1126 prevé la exención del *kommerkion* para los comerciantes griegos que vendieran a los venecianos. De hecho, es una disposición muy peligrosa: invita a vender preferentemente a Venecia, con el riesgo de hacer pasar hambre a los consumidores bizantinos y, sobre todo, de poner en una mala situación a los comerciantes griegos, pequeños y medios, cuya decadencia es a partir de ahora ineluctable. Pronto, los únicos que podrán subsistir son los grandes productores que prefieren comercializar directamente su mercancía, mientras toda la clase mercantil bizantina cae en un progresivo letargo. Los progresos italianos tienen, pues, al menos, dos graves consecuencias: en lugar de una clase mercantil próspera y relativamente homogénea, engendran un conjunto incoherente de pequeños negociantes locales y de muy grandes exportadores que, para asegurar sus rentas, se esfuerzan sin cesar por redondear su dominación territorial, de manera que es menester buscar ahí también una de las causas del crecimiento de la gran propiedad y la servidumbre de las clases rurales.

La pendiente del desastre

A partir de 1130 se manifiesta, pues, un general descontento contra los latinos. A los comerciantes arruinados se añaden el campesinado y la población de las ciudades, inquieta por su subsistencia. Aunque Venecia es la más peligrosa, la rabia hostiga a todos los comerciantes italianos. Ahora bien, el gobierno no tiene más recurso que oponer entre sí a las ciudades italianas. Aunque el emperador se haga a menudo de rogar y trate en vano de obtener de ella compromisos contra el imperio de Occidente, los privilegios de Pisa son renovados en 1136 y en 1170, en tanto que Génova obtiene, en 1155, las mismas ventajas que Pisa y las hace renovar, también, en 1170. Pero los latinos han llegado a ser cada vez más arrogantes. Ya en 1149, mientras ayudaban a Bizancio a reconquistar Corfú a los normandos, los venecianos no recelaron en parodiar burdamente

los ritos imperiales y, cuando ven llegar los primeros genoveses a Constantinopla, poco después de 1155, písanos y venecianos se sublevan, en 1162, y se dirigen a saquear el barrio ocupado por sus rivales. Es interesante, en este último caso, ver participar en el pillaje a un cierto número de griegos, felices de librarse de los latinos, aunque fuese al lado de otros latinos aún más detestados.

En estas condiciones, el gobierno intenta encontrar nuevas armas. A los písanos y los genoveses, familiarizados con el sistema feudal, se les podían aplicar los vínculos del vasallaje, como lo había hecho Alejo I con los señores cruzados. Pero con Venecia, que sigue siendo refractaria a la feudalidad, no se podía ni siquiera pretender tal juramento de fidelidad, ya de por sí muy aleatorio. Desde antes de 1150, los venecianos residentes en Constantinopla han desbordado con creces su barrio y han llegado a ser completamente incontrolables, de manera que Manuel les confiere la condición burguesa, que implica la obligación de prestar un juramento de fidelidad vitalicio al imperio. Un sistema, por otra parte, muy imperfecto, ya que no alcanza más que a los venecianos residentes en tierra imperial, dejando escapar a los negociantes de paso, a menudo más ricos, que solo están ligados por las disposiciones de 1084.-En cuanto a los fuertes impuestos que el ministro judío Astaforte hace recaudar entre los latinos, después de 1166, solo afectan, asimismo, a los comerciantes instalados en el imperio e irritan a las repúblicas italianas aunque no reducen seriamente sus medios.

Quedaba por emplear la fuerza. Ahora bien, desde comienzos de 1171 Venecia desafía de nuevo a la autoridad imperial al saquear el barrio que los genoveses acaban de volver a ocupar. El 2 de marzo, Manuel hace detener a todos los comerciantes venecianos presentes en el imperio y confiscar la totalidad de sus haberes. La pérdida, estimada en 400 000 nomismata, es enorme para Venecia, que deja allí la totalidad de los capitales

que había tenido la costumbre de concentrar en Constantinopla para invertirlos en su comercio de Oriente. Además, la comunidad, expulsada del imperio, se ve forzada a readaptar su red comercial hacia el Levante latino y musulmán, donde sus rivales, Pisa y sobre todo Génova, tenían una indiscutible preeminencia desde la primera cruzada. Sin embargo, el emperador debe convencerse rápidamente, en el momento en que Barbarroja empieza a serle cada vez más hostil, de que no puede permitirse seguir en malas relaciones con Venecia. Desde 1171, Venecia había efectuado una correría en las islas egeas y después, al año siguiente, había participado, junto a los alemanes, en el sitio de Ancona, último soporte de los griegos en Italia, antes de ligarse por un tratado, firmado en 1175, con los peores enemigos de Bizancio, los normandos de Sicilia. Además, romper con Venecia no resolvía el problema latino; Pisa y Génova aprovechan la ausencia veneciana para desarrollar sus empresas en el imperio, hasta el punto de que, hacia 1180, Eustaquio de Tesalónica estima en 60 000 el número de latinos en Constanlinopla. Asimismo, parece ser que Manuel consintió, poco antes de su muerte, en firmar un nuevo tratado con Venecia que preveía una fuerte indemnización por las pérdidas sufridas en 1171.

La tutela de la economía bizantina por los latinos no hace, pues, más que agravarse con el debilitamiento del poder que sigue a la muerte de Manuel. Guillermo de Tiro llega incluso a escribir que el período de regencia de la emperatriz latina María de Antioquía, entre septiembre de 1180 y abril de 1182, fue la edad de oro de lo que él llama «nuestra facción». La regencia se apoya, en efecto, en dos fuerzas cuyos intereses están desde hace mucho tiempo estrechamente ligados, los latinos y los «poderosos» terratenientes, es decir, sobre la combinación productores-compradores que cortocircuita las clases urbanas, y sobre todo la de los comerciantes griegos. Se comprende,

pues, cómo, en abril de 1182, la caída de la regencia y la toma del poder por el primo de Manuel, Andrónico 1 Comneno, se traduce en la matanza de los latinos de Constantinopla, que el nuevo emperador no había, sin embargo, deseado. No obstante, no se puede prescindir de los comerciantes occidentales; también Andrónico se veía forzado a aproximarse a los únicos latinos que no habían sido víctimas de la matanza: los venecianos, ausentes del imperio desde 1171 y que vuelven a instalarse en él a partir de ahora. Esta aproximación, combinada con el ataque normando de 1185, no es evidentemente ajena al fracaso de Andrónico que, al hacer esto, se desmarcaba del partido antilatino que le había llevado al poder.

La dinastía Angel, entre 1185 y 1204, no tuvo otro remedio que volver a emprender la política de precario equilibrio entre las diferentes comunidades. Venecia obtiene nuevos privilegios de Isaac II en 1187, reduciendo a písanos y genoveses a la defensiva; después son estos últimos los que reciben nuevas ventajas en 1192, convirtiéndose los písanos en el principal apoyo de Alejo III después de 1195, hasta el momento en que, en 1198, Venecia consigue de este último una crisobula que le da acceso al imperio, de Albania a Bulgaria y la Cilicia y otorga a sus ciudadanos inauditos privilegios judiciales que les permiten, en gran parte, librarse de la justicia imperial.

Tal situación no podía más que implicar una catástrofe. Los griegos se exasperan, ya que no cosechan más que las migajas de su propio comercio y ven, además, con rabia, comportarse a los latinos en su tierra como en un país conquistado; en 1192, los genoveses llegan incluso a comprometer las relaciones exteriores del imperio al capturar una galera veneciana que se dirigía de Egipto a Constantinopla llevando a bordo a los embajadores de Saladino; en cuanto a los písanos, emboscan sus naves en Abidos, a la entrada de los Dardanelos, para saquear todos los barcos rivales que se dirigen hacia los estrechos. Estos exce-

sos hacen resaltar, por otra parte, el malhumor de los propios latinos que, sometidos a los constantes vaivenes de una política caprichosa, aspiran a controlar aún más estrechamente Constantinopla, aunque no tengan en absoluto la intención de confiscarla políticamente. En los primeros años del siglo xra, se abre paso la idea, sobre todo en Venecia, de situar en el trono a un emperador que, como criatura de Occidente, no pueda ya negarle nada.

Un botín tentador

La invasión económica italiana explica los aspectos paradójicos de la vida urbana en Bizancio en el siglo XII. Aparentemente la prosperidad continúa e incluso parece culminar bajo el reinado de Manuel Comneno. En efecto, los italianos penetran cada vez más lejos en el país, en busca de productos locales, lo que activa los antiguos mercados y hace nacer otros nuevos. Por ejemplo, los venecianos continúan dirigiéndose sobre todo a Grecia para comprar seda de Tebas, aceite de Esparta, frutas y vinos de Modon; pero el privilegio de 1198 muestra que, a partir de ahora, extienden su red a zonas continentales donde los extranjeros se aventuraban poco o nada hasta entonces. En Macedonia se les encuentra en Nis, Escoplia, Pelagonia y Prilepo; en Tracia, en Didimoteico y Andrinópolis; en Bulgaria, en Filipopolis donde compran vinos, granos y productos de la ganadería; y lo mismo ocurre en Epiro (Castoria) y en Asia Menor (Nicomedia). Hay allí una actividad artificial, un tráfico comercial del que, en general, solo se ven los aspectos brillantes, pero que desorganiza gravemente las estructuras vigentes. Por ejemplo, ahora que los italianos pueden llegar a las fuentes del comercio macedonio o epirota, cortocircuitan a la clase mercantil de los grandes puertos que son sus exutorios y les provocan una decadencia que los reducirá pronto al simple papel de embarcaderos: este es el caso de Tesalónica y de Dirraquio. La propia Constantinopla no es ya verdaderamente dueña del co-

mercio de Tracia y los estrechos no son ya el único acceso al mercado búlgaro, que los italianos alcanzan a partir de sus posiciones egeas. Por lo demás, la propia configuración de las ciudades refleja ahora una situación de inseguridad y de relativa retracción: a la antigua aglomeración, generalmente amurallada (*kastron*), se superpone un reducto fortificado con vocación puramente militar (*akropolis*), claramente separado del resto por una muralla intermedia (*diateichisma*). Así aparecen a los conquistadores franceses, después de 1205, ciudades como Corinto, Argos, Patras y Nauplia. Sin embargo, no se debe exagerar este movimiento de fortificación que está lejos de su generalización a principios del siglo XIII. La *Crónica de Morea* nos hace saber que la mayor parte de las ciudades peloponesas, desde Patras a Modon, eran ciudades de llanura, entre las que algunas, como Andravida o Nicli, ni siquiera estaban fortificadas. Sin embargo, hay allí un proceso en pleno desarrollo y que completa la edificación, en los lugares estratégicos, de fuertes desprovistos de cualquier función urbana, como los que dominan los desfiladeros de Escorta, en el centro del Peloponeso. Estas plazas fuertes y estos castillos son naturalmente los puntos de anclaje de las dinastías locales que, a finales del siglo XII, desafían cada vez más la autoridad legal, como los León Esguros en Corinto, los Doxopatris en Escorta, Teodoro Mancafas en Filadelfia e incluso Teodoro Lascaris en Nicea. Aunque subsisten en estas ciudades proveedores griegos que prosperan gracias a sus clientes italianos, el resto de la población, pequeños y medianos comerciantes, así como artesanos, pierden allí progresivamente sus medios de existencia tradicionales. Son estas clases en peligro de extinción las que, sobre todo bajo el mandato de Manuel Comneno, parten en busca de los recursos fiscales que les asegura el sistema de la *pronoia*.

Las empresas militares y económicas de los extranjeros provocaron, pues, un profundo traumatismo, que repercutió inclu-

so en la cultura. Sin lugar a dudas, a pesar de la repulsa general. Occidente se convierte a veces en un modelo; no obstante, el gusto por los torneos, por las costumbres caballerescas, incluso de la novelesca cortesana, apenas va más allá del reducido círculo de la corte. Pero, en general, la cultura se cierra más bien a las influencias externas y parece querer mantener desesperadamente, en su forma y en su contenido, el legado de la gran época pasada, llegando incluso a eliminar los elementos que, por ser auténticamente griegos, no perturban sin embargo el excelente equilibrio del helenismo cristiano. Es significativo que el reinado de Alejo Comneno esté marcado, desde su inicio, por la condena del más brillante discípulo de Psellos. Juan Italo. Con él, el platonismo zozobra durante dos siglos y deja lugar a un aristotelismo oficial y anémico, de manera que lo que se entiende por helenismo en esta época tiene poco que ver con el pensamiento antiguo: se trata, ante todo, de un apasionado esfuerzo por volver a encontrar una lengua cada vez más pura, y es cierto que es en Bizancio, en el siglo XII, donde se escribe el griego más perfecto. Al leer a historiadores como Nicetas Koniàta o a retóricos como los Torniqués, Miguel Itálico o Nicéforo Basilaqués, no se puede dejar de pensar que esta lengua arcaizante y cargada de pedantería apenas era accesible más que a una restringida élite, en el mismo momento en que el pueblo habla una lengua cada vez más evolucionada. Es, en efecto, en el siglo XII cuando empiezan a fijarse, en todos los rincones del imperio, los numerosos dialectos neogriegos que triunfaron dos siglos después: muy al final del siglo. Miguel Koniàta, arzobispo de Atenas, da ejemplos, que considera lamentables, de formas dialectales corrientes en Ática. Sin embargo, el siglo de los Comneno fue a veces sensible a la riqueza de la lengua vulgar o demótica: escritores como Manganeio, Miguel Glicas y, sobre todo, Teodoro Prodromo la utilizan en largos poemas, frecuentemente satíricos y desbordantes de detalles vividos lle-

nos de sabor. También se debe subrayar que la lengua de estos poemas es, sin duda, más bien un remedo de la lengua popular, que el propio pueblo apenas debía comprender mejor que la lengua arcaizante. Por lo demás, estas obras están dirigidas al emperador y a su círculo y son tan auténticamente populares como la jerga de los campesinos de Molière. Cuando se piensa que, por su parte, la Iglesia acaba la transcripción en lengua culta (*metaphrase*) de todo lo que, en la liturgia, conservaba aún un sabor popular, no se puede ser más que bastante escéptico respecto a la extensión de la cultura a capas más amplias, proceso, por lo general, digno de crédito en la época de los Comneno. Ciertamente, esto no quiere decir que la obra llevada a cabo sea despreciable: aunque fue hermética para la gran mayoría del pueblo, el siglo XII llevó a su perfección, sin embargo, un notable instrumento cultural, forjado como reacción contra todo lo extranjero, y que los siglos posteriores, tras insuflarle un nuevo vigor, supieron utilizar cabalmente para afirmar la fuerza y la vitalidad de los valores helénicos.

La muerte cercana

El último decenio del siglo XII había visto acelerarse el proceso de dislocación interna del imperio. Todo sucedía al mismo tiempo: la dispersión de los recursos fiscales, las exenciones, la concesión de tierras a los parientes y aliados de los soberanos, la provincialización de la economía y de la cultura. Desde antes de 1204, se puso de manifiesto claramente que regiones enteras del imperio estaban en proceso, más o menos avanzado, de escisión, tanto en Asia como en Europa: un Mancafas en Filadelfia o un Esguros en Corinto y Argos actúan como auténticos reyes. Algo que jamás se había puesto seriamente en cuestión en Bizancio, la sagrada unidad del poder político, se difumina-

ba así progresivamente en la mente del pueblo, pues los nuevos soberanos no tienen ya nada que ver con los pretendientes al trono de los siglos pasados. Mientras que un Bardas Escleros se fundamentaba en su poder para conquistar la suprema autoridad, un Esguro no tenía otra pretensión que obtener un «principado» autónomo en la Grecia central.

1204

A partir de 1198 se inicia una nueva expedición latina contra Egipto, ardientemente deseada por Inocencio III después que la muerte de Saladino hizo esperar un mejor provecho de la mediocre «tercera cruzada», un momento incluso tenido en cuenta por el hijo de Barbarroja, Enrique VI, heredero, por añadidura, de las pretensiones normandas de Sicilia. Era menester intentarla por mar ya que el estado del imperio griego excluía cualquier ayuda: la caída de los Comneno, las rivalidades entre Isaac Angel, llevado al poder por la muchedumbre, y su hermano Alejo, que sería pronto su sucesor, los sobresaltos de la población constantinopolitana contra los comerciantes latinos y la insubordinación de tantos jefes locales aconsejaban, sin lugar a dudas, apartarse de los Balcanes. Pero una fuerte corriente inversa atraía allí a los occidentales: Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI, aunque ocupado en disputar a un rival la corona de Germania, se acordaba de haberse casado con la hija de Isaac; por su parte, los Montferrato de Italia y San Juan de Acre que pleiteaban para obtener garantías en el mar Egeo, no hacían caso de la creciente hostilidad de los occidentales hacia la «perfidia» de los griegos.

El llamamiento a la cruzada, hecho público a partir de 1199, no provocó mucho entusiasmo: muchos príncipes regresaban de Tierra Santa. El conde de Champaña, designado como jefe, murió prematuramente y, por otra parte, era forzoso pasar por los venecianos, cuyo dux, Enrico Dándolo, puso un muy alto precio a su ayuda en 1201: 85 000 marcos por transportar a

Bonifacio de Montferrato, convertido en jefe de los cruzados, y, como pago aplazado, la promesa de conquistar de paso Zara, que Venecia acababa de perder. ¿El viaje del hijo de Isaac junto a los cruzados, de Felipe de Suabia y del dux tuvo alguna influencia, tras la partida de la flota en septiembre de 1202, en la decisión que se tomó de hacer escala en Bizancio? ¿Tenían los venecianos la secreta intención de ajustarle las cuentas al agonizante imperio de Oriente? ¿Intervinieron en la empresa italianos y alemanes? Todavía, casi ocho siglos después, siguen estas preguntas en el aire. Los latinos, mal acogidos por la población bizantina, debieron llevar a cabo una demostración militar ante la ciudad para hacer huir a Alejo Angel en agosto de 1203 y entronizar a su homónimo y sobrino. La primera etapa dejaba prever la continuación: una penosa invernada para los cruzados, un creciente desacuerdo con los griegos, una sedición en la ciudad y el victorioso asalto, el 12 de abril de 1204, de las murallas, hasta entonces invioladas, de la Nueva Roma.

El incendio y el pillaje de la ciudad estuvieron a la altura de la admiración y el odio que había suscitado: robos, brutalidades, sacrilegios, violaciones y profanaciones acompañaron un estudiado saqueo en que la sagacidad de los venecianos hizo maravillas. Junto a las telas, los iconos, los libros o los objetos de marfil destruidos o repartidos en trozos, estos extraños cristianos, ellos mismos asombrados de la enormidad del botín, se repartieron lo que se considera que tenía un valor equivalente a cerca de 300 toneladas de oro y plata. Después, cuando todo el poder parecía haberse desvanecido, los cruzados, no sin antes llevar a cabo laboriosos tratos, decidieron que Balduino, conde de Flandes, se coronara como emperador, apartando así al marqués de Montferrato que recibió, como compensación, toda la parte norte de la península. Otros cruzados, de Champaña como los Villehardouin, borgoñones como los La Roche, partieron para instalarse en el Peloponeso o en Atenas. Venecia se

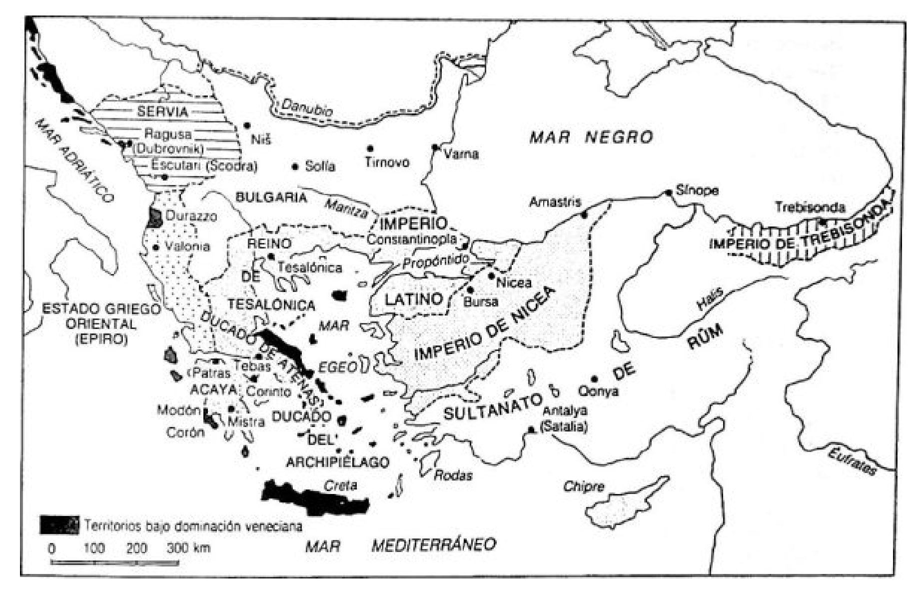
quedó con lo restante: las islas, incluida Creta, los castillos costeros y casi la mitad de la capital.

El estallido y el encarne

La *partitio Romaniae* era un proyecto espiritual. Más allá incluso de las rivalidades entre barones francos, los peligros exteriores acechaban: en 1205 Balduino era derrotado y capturado por los búlgaros.

Aunque Tracia y la mayor parte de la Grecia insular y peninsular están, efectivamente, bajo el control latino, los restos desmembrados del imperio se reagruparán, entre 1204 y 1205, alrededor de tres polos de desigual importancia: el pequeño imperio de Trebisonda, donde los Comneno estaban instalados desde antes de la caída de Bizancio; el Estado de Nicea, cuyo soberano, Teodoro Lascaris, se hizo proclamar emperador en 1205, en el momento en que el soberano legítimo, Alejo III Angel, acababa de ser capturado por el marqués de Montferrato; y, por último, el Estado epirota donde se impone, ese mismo año, Miguel Angel Ducas. En este complejo juego en que intervienen además los búlgaros del rey Kaloján y los turcos de Rûm, las dos principales fuerzas bizantinas, Nicea y el Epiro, tienen un objetivo común, expulsar a los latinos y asegurarse, con Constantinopla, el trono imperial. Para llevarlo a cabo, Nicea es por definición la mejor situada geográficamente, al alcance de los estrechos. Al principio, esta situación la expone directamente a los ataques latinos, y en dos ocasiones, en 1205 y 1207, no es más que el ataque búlgaro sobre su retaguardia lo que obliga a los latinos a evacuar los territorios asiáticos. Poco importan las causas, los latinos retroceden y el sentimiento de confianza en el porvenir se expresa bien, en 1208, cuando Teodoro se hace coronar solemnemente en Nicea por el patriarca de Constantinopla, que acaba de volver a ser instalado allí. Además, entre 1211 y 1215, una vez rechazados los turcos y anexionada una parte del imperio de Trebisonda, Teodoro pue-

de investirse como legítimo emperador y su prestigio es visible hasta en los Balcanes puesto que, en 1219, Sava, primer arzobispo autocéfalo de Servia, solicita su consagración al patriarca de Nicea.



Oriente en 1214

No obstante, el Epiro, que bajo el mandato de Miguel I se había contentado con unificar y organizar los territorios que iban de Dyrrachium al golfo de Corinto, se erige como un verdadero rival con la llegada al poder, en 1215, del ambicioso príncipe Teodoro, que lanza una fulgurante ofensiva contra los latinos y se apodera, en 1224, de Tesalónica, donde, poco después, se hace coronar emperador; en ese mismo momento, Teodoro Lascaris acaba de morir, en 1222, dejando el poder a su yerno, Juan III Vatatzés, contra quien se sublevan los hermanos del difunto soberano. A partir de ahora, los dos rivales están en Constantinopla, donde el poder latino ya no es más que una sombra. Desde 1225, Vatatzés consigue el dominio de varias de las grandes islas egeas y de una parte de Tracia, Andrinópolis. Sin embargo, Teodoro de Epiro se había aliado contra él, con los búlgaros, pero quiso ir demasiado deprisa y, al verse

ya señor de la capital, cometió el error de romper de improviso esta alianza: en 1230, se enfrenta a las tropas de Asen II en Clocotnitsa, donde es vencido y hecho prisionero. El Epiro subsistirá como Estado independiente pero sus soberanos, al admitir, hacia mediados de siglo, no tener más que el simple título de *despotas,* reconocerán implícitamente que el único poder legítimo está en Nicea.

La instalación de los barones latinos sobre una débil parte del imperio no debe ser considerada, sin embargo, como un epifenómeno sin mayor importancia. Es cierto que, en la parte septentrional, el permanente peligro que el zar búlgaro Kaloján hace pender sobre las mismas afueras de Constantinopla conducía a los occidentales a una perpetua actitud defensiva: el hermano y sucesor de Balduino, Enrique de Hainaut, agotó auténticas cualidades guerreras o administrativas para defenderse contra Nicea, contra Bulgaria y contra Bonifacio y sus sucesores en Tesalia. Pero cuando desaparece en 1217, la dominación latina se reduce a la costa, de Bizancio a Termópilas, mientras los venecianos fortifican en su propio beneficio las escalas que conducen de los estrechos a Corfú sin preocuparse mucho de la tierra firme. Este egoísmo redoblado por una sistemática hostilidad con respecto a cualquier otra potencia italiana, fundamentalmente la de los genoveses, tuvo el más desastroso efecto sobre los destinos del imperio latino: arrojó en los brazos de Nicea todas las fuerzas hostiles a la república. La llegada al poder de la familia Courtenay en Bizancio, sin autoridad y sin respaldo, allanaba desde entonces el camino de los príncipes griegos.

Pero a esta mediocridad de los resultados en el norte se opone el muy sorprendente y muy duradero triunfo de los barones que partieron hacia Atenas y Tebas, convertidas en redes de principados y ducados, y hacia Argos. Patrás, Nauplia y Corinto, puntos fuertes de Morea (1205-1212). Una política de alian-

zas matrimoniales, sobre todo entre los Ducas y los Villehardouin; la vigilante presencia de las guarniciones venecianas sobre el contorno del Peloponeso, como en Modon y Coron; y el carácter completamente teórico de su dependencia respecto a los príncipes latinos de Tesalia o Tracia, dieron a la Morea franca una seguridad desconocida más al norte. En realidad, la presencia bizantina no desaparece, puesto que entre la pérdida de Monemvasia en 1248, su último punto fuerte, y los acontecimientos de 1261, de los que hablaremos, transcurre muy poco tiempo. Pero la implantación latina, numéricamente muy poco importante, llega a arraigar gracias a una hábil —¿inevitable?— política de apoyo a la aristocracia griega local. Sea como sea, estas preocupaciones mantenían a los francos alejados de cualquier intervención directa sobre las zonas amenazadas de los estrechos y hacían posible la reconquista de los soberanos de Nicea.

Vatatzés (1222-1254), uno de los últimos grande soberanos bizantinos, pudo, pues, llevar a cabo pacientemente su obra en Europa, a pesar de los desengaños que sufrió por parte de los búlgaros, que pasaron muchas veces de la alianza griega a la latina. La muerte de Asen II en 1241 eliminó este problema, pero pronto llegaría la invasión mongola de Asia y Europa. Bulgaria fue definitivamente debilitada y el sultanato de Rûm fue obligado a someterse a los conquistadores, lo que benefició ampliamente a Bizancio, cuyos territorios no fueron alcanzados. Vatatzés, una vez en posesión de Tesalónica y Macedonia en 1246, hace retroceder a los epirotas cada vez más al oeste y obliga al déspota Miguel II, en 1252, a enviar a su hijo y heredero Nicéforo a la corte de Nicea. A su muerte, en 1254, Vatatzés deja a su hijo, Teodoro II, un imperio bastante poderoso como para rechazar victoriosamente a los búlgaros y seguir avanzando en Epiro. Esta última, cuya situación parece desesperada, no ve entonces otra solución que arrojarse en los brazos de los lati-

nos preparando una cuádruple alianza con Venecia, el rey de Sicilia, Manfredo, y el príncipe de Morea, Guillermo de Villehardouin. Tras la muerte prematura del emperador en 1258 y la usurpación de Miguel Paleólogo, corresponderá a la vez a este último destruir la alianza en Pelagonia el año 1259 y volver a introducirse por fin en Constantinopla, con la ayuda de los genoveses, en julio de 1261. Este mismo año, Miguel obliga a firmar a Guillermo de Villehardouin, su prisionero desde Pelagonia, un acuerdo que le reconocía la posesión de cuatro ciudades de Morea, entre ellas la fortaleza de Mitra, llave de toda la Laconia, a partir de las cuales comienza una reconquista de Grecia que requerirá, sin embargo, casi dos siglos.

Movimientos de población

El hecho de que Bizancio se hubiera convertido en un Estado europeo se transparentaba en la conducta de los francos en el momento de su conquista; hasta finales de 1204, es decir, muy tarde, no emprenden la conquista del Asia Menor. Ahora bien, en el último tercio del siglo XII, se observa allí un muy notable refuerzo de la presencia bizantina. Sin duda, las regiones fronterizas del este estaban cada vez más desiertas. En el momento de la campana de Miriocefalón, en 1176, Manuel encuentra la región de Filomelión desierta e improductiva. De hecho, es una vasta zona que abarca desde Dorilea, al norte, hasta Atalia, en la costa sur, que se halla despoblada por las *razzias* turcas pero también por la política de los Comneno, consistente en transferir las poblaciones griegas de estos confines hacia las provincias occidentales. Esta práctica tenía dos ventajas: ponía en dificultades a los invasores, que no encontraban ninguna posibilidad de avituallamiento en la zona desierta, e implicaba un constante aumento de la población griega en el oeste, donde también afluían importantes contingentes helénicos procedentes de las islas egeas. En esta región bien controlada, los Comneno habían llevado a cabo una importante obra de

fortificaciones urbanas que permitían a los campesinos protegerse en caso de *razzia*, obra que ni siquiera fue interrumpida bajo el mandato de los Ángel y que fue rigurosamente proseguida por los Lascaris, sobre todo bajo el reinado de Vatatzés. Una obra, sin embargo, insuficiente ya que dejaba los campos sin defensa e incluso favorecía el éxodo. Por esta razón, Manuel Comneno, que sin duda se preocupa más de Asia de lo que se suele creer, la completa dotando a las aldeas de obras fortificadas, lo que trajo consigo una mejor seguridad y una mayor estabilidad de las clases rurales y, en consecuencia, una cierta vuelta a la prosperidad, tanto de los campos como de las ciudades. Vatatzés prosigue esta obra cuando, como nos cuenta Escutariotés, fortifica las aglomeraciones que «a causa de su pequeñez y su oscuridad, son llamadas precisamente fortalezas y no ciudades». Debe suponerse un cierto aumento de la población griega de Asia desde antes de la caída de Constantinopla. Ahora bien, esta arrojó sobre los caminos y los mares a la población de la capital, una buena parte de la cual halló refugio más allá del Bósforo, razón por la que se produjo un nuevo y, sin duda, importante refuerzo del elemento helénico, sin el que la obra de restauración de los Lascaris sería incomprensible. Por lo demás, al mantenerse su capital en Nicea, incluso después de la reconquista de Tracia y Macedonia, dejaban bien claro que las provincias asiáticas seguían siendo el corazón vivo de su imperio.

En Europa, la situación es más compleja y apenas invita al optimismo. Además de la deserción de Constantinopla, la conquista franca fue allí, sin duda, sangrienta: en el Peloponeso, la *Crónica de Morea* hace referencia repetidas veces a los desastres que implicó allí la guerra y especialmente la falta de hombres, que reducía a numerosas mujeres al celibato o a la viudedad. En los países griegos del norte, la situación es aún peor, pues es allí donde tiene lugar el enfrentamiento entre latinos, epirotas y

búlgaros. Estos últimos, sobre lodo a lo largo de las campañas de 1205, 1230 y 1237, provocaron terribles daños en Tracia, y no sin razón Kaloján hizo alarde del título de «matador de romanos». En lo referente al enfrentamiento entre el Epiro y Nicea, transformó Tesalia, Macedonia y el Epiro en un permanente campo de batalla entre 1225 y 1260, siendo algunas regiones tomadas y vueltas a tomar hasta tres o cuatro veces por uno u otro de los adversarios. Aunque no ocurre así en las ciudades amuralladas, la población griega de Macedonia y Tesalia está indiscutiblemente retraída, en provecho de los eslavos u otras etnias. Es significativo que Tesalia sea conocida, a partir del siglo XIII, bajo el nombre de «Gran Valaquia» a raíz de una inmigración valaca que llegó a ser incontrolable. Sin embargo, el Epiro parece haber constituido una excepción. No solo se ve afluir allí una buena parte de los refugiados de Constantinopla, sino que las brutalidades francas y búlgaras hacen retroceder también a numerosos griegos de Macedonia, sobre todo a partir de 1205, de manera que se llegó a una rehelenización de las provincias de Acarnania y Etolia, e incluso, sin duda, a un aumento de su población. Debe observarse también que la distribución de esta población es muy desigual: como atestigua Juan Apocaucos, obispo de Naupacto, las costas del golfo de Corinto, expuestas a las sangrientas *razzias* de los francos de Morea, están terriblemente abandonadas desde los años 1220-1230, lo que implica una emigración, que afecta tanto a los mandos como al pueblo de los campos, hacia las zonas interiores con un relieve protector. De ello se deduce un notable crecimiento de los centros habitados, hasta entonces muy modestos, como es el caso de Ioanina, «aldea» (*polidion*) antes de 1204. Miguel I de Epiro la convierte en una plaza fuerte destinada a recoger los refugiados, y su afluencia debió ser considerable, puesto que desencadenó un movimiento de rechazo por parte de las gentes del país, que se consideraban expropiados. Sin embargo, sea-

mos prudentes. La dislocación de 1204 favoreció también la expansión de los pueblos alógenos. Los príncipes de Epiro fueron así forzados a admitir la existencia del núcleo albanés, que les impidió controlar la Iliria central y septentrional al norte de Berat, y la expansión búlgara en Macedonia oriental «barbarizó» terriblemente la región de Ochrida en el momento en que, después de 1215, los epirotas prosiguen la conquista. En resumidas cuentas, los soberanos de Nicea recuperan a partir de 1225 regiones demográficamente muy dañadas, donde el elemento helénico está a la defensiva. No se puede dejar de pensar que ahí está una de las razones del fracaso de los paleólogos que, llegados a Constantinopla en 1261, quisieron rehacer a partir de estas provincias dispares y debilitadas el corazón de un nuevo imperio.

El triunfo de la aristocracia

Por otra parte, la sociedad y la economía son también más coherentes y más sanas en Asia. Ciertamente hay rasgos comunes; uno de los más importantes es el paso acelerado de las clases rurales bajo el control de los «poderosos». El gran éxodo que sigue a 1204 desplazó tanto hacia Asia como hacia el Epiro a numerosos campesinos desprovistos de todo, en el mismo momento en que emigraba también una aristocracia expropiada. Este es el caso, concretamente, de los grandes propietarios de Tracia, maltratados al mismo tiempo por los latinos y los búlgaros. Quisieran o no, los soberanos de Nicea y del Epiro fueron obligados a buscar apoyo en las grandes familias, lo que no podía hacerse más que mediante un creciente abandono del control del Estado sobre los campesinos; asimismo fueron obligados a soltar lastre frente a los detentadores de *pronoiai*. Es cierto que los Lascaris, de acuerdo con la tradición, conservaban una hostilidad de principio hacia la gran propiedad patrimonial; por lo que las cesiones de tierras en total propiedad siguieron siendo escasísimas, como lo serán todavía bajo el man-

dato de los primeros Paleólogos. Pero hay una característica nueva y esencial: los desórdenes de los años 1180-1205 provocaron el hundimiento de la mediana propiedad, mientras que los poderosos, durante mucho tiempo incontrolados, se engrandecen a través de adquisiciones poco costosas. Asimismo, se vela por hacer respetar los eminentes derechos del Estado sobre las tierras afectadas por la *pronoia*. En 1233, Vatatzés reitera la prohibición de vender estas tierras recordando que «los territorios dados en *pronoia* están siempre bajo el control del Estado». Sin embargo, las actas del gran monasterio de la Lembiotisa, cerca de Esmirna, prueban que, desde antes de 1261, algunos titulares habían conseguido transmitir sus derechos a su descendencia. Las recuperaciones de *pronoias* por el Estado serán aún frecuentes después de 1261, pero el movimiento está en marcha y no se detendrá. Pero el control del Estado sigue siendo aún más eficaz en el imperio de Nicea, que incluso intenta reconstituir un campesinado medio resucitando el viejo sistema estratiótico de la época macedónica; por lo demás, incluso convertidos en parecos, los campesinos siguen siendo conscientes de sus derechos y no dudan en intentar acciones ante los tribunales públicos contra los que difícilmente se podrían llamar todavía sus «señores». A pesar de la escasez de nuestras fuentes, debe pensarse que la aristocratización fue mucho más rápida y brutal en el Estado epirota. Desde los años 1230, la *pronoia*, en principio puramente fiscal, parece haberse territorializado e incluso señorializado allí. Juan Apocaucos nos habla de una *pronoia* «compuesta de parecos, campos y bosques de robles», así como pronoiarios que reclaman prestaciones en especie a los campesinos y no dudan en matarlos si se quejan.

De cara al futuro, es importante subrayar que una aristocratización aún más profunda marca las regiones que pasaron bajo el control latino y que volverán más tarde a estar bajo el domi-

nio bizantino. En Morea, los francos no habían transigido con lo que la *Crónica de Morea* llama los «grandes hombres» (*megaloi anthropoi*) como Esguros, que se sintieron eliminados, pero que habían acogido bien —pues eran muy poco numerosos para controlar el país sin su ayuda— al conjunto de notables, o *archontes*, que, en su gran mayoría, habían escogido colaborar con ellos. Sobre todo, lo que hay aquí de grave es que, contrariamente a las reglas del derecho bizantino que consideraba a todos los hombres libres como iguales entre sí, aunque les separaron de hecho enormes distancias económicas y sociales, la práctica occidental tuvo como resultado levantar una infranqueable barrera jurídica entre el arcontado, que tiende a integrarse en la clase feudal, y el conjunto del vulgo (*koinon*) rebajado a la condición de «villanos». Así, los arcontes griegos, por lo general mantenidos en sus tierras, tienen sobre estas y sobre los hombres que las pueblan un derecho de disposición mucho más considerable que en tierra bizantina. En el momento de la reconquista, los paleólogos debieron tener en cuenta y garantizar las situaciones adquiridas. Hay que pensar también que, aprovechando la ignorancia de los francos de la condición real de las tierras, en un país donde todos los textos administrativos, y en particular el catastro, estaban en griego y no podían ser, pues, manejados más que por los indígenas, muchos detentadores de *pronoiai* consiguieron hacer pasar las concesiones precarias por bienes patrimoniales. Así pues, la estructura social de Morea se distingue mucho, a partir de ahora, de la del resto del imperio: no es ajena a la génesis, en el siglo XIV, del «despotado» griego de Morea.

Lo que queda

La economía refleja también la preeminencia de Asia. En el oeste, tanto en las regiones latinas como en las griegas, la presencia italiana se impone cada vez más y acentúa los aspectos coloniales de la economía. En Morea, las colonias mercantiles

de Patrás y Clarentza proporcionan todo lo necesario a la corte del príncipe y a la de los barones, reduciendo sensiblemente el papel del artesanado local. En Epiro, el nacimiento de un Estado griego autónomo tiene consecuencias económicas más graves: rompe las relaciones terrestres tradicionales que, partiendo de Dyrrachium, conducían a Macedonia, Constantinopla y Grecia. En este sentido, los privilegios concedidos a Ragusa por Asen II de Bulgaria en 1230 y por Manuel Angel de Tesalónica en 1234, son más incitaciones a venir a comerciar que testimonios de actividad real. Es significativo que Venecia no trata siquiera de obtener un privilegio de los príncipes de Epiro. Los escasos comerciantes venecianos que toman contacto entonces con Dyrrachium solo comercian en relación al trigo local. Este es también el caso de los ragusianos que obtienen privilegios desde el reinado de Miguel I y los hacen renovar y ampliar en 1237 y en 1251. Los productos locales, trigo, sal, lana, son los únicos objetos de su comercio. Esto significa que el comercio marítimo, únicamente basado en productos sin elaborar, sustituyó definitivamente el viejo tráfico de mercancías de Oriente que los occidentales encontraban directamente en Constantinopla y en sus posesiones egeas. Nace entonces una clase mercantil local, que actúa como intermediaria entre los grandes propietarios proveedores y los comerciantes extranjeros, pero es una clase parasitaria que no hace más que acentuar el carácter de tráfico colonial que se encuentra tanto en Dyrrachium como en Arta.

En Asia todo es diferente. Teodoro Lascaris, que se había apresurado a separar los intereses venecianos de los de los otros latinos, concedió a Venecia en 1219 un privilegio que le confirmaba todas las ventajas obtenidas en 1198. Pero este acto, con más motivaciones políticas que económicas, no supuso, sin duda, una invasión veneciana, hasta el punto de que, en una fecha mal definida, Vatatzés adoptó una serie de medidas ten-

dentes a hacerlo casi inoperante. Tratando de crear las condiciones para una verdadera independencia económica de su imperio, prohibió formalmente la importación de productos de lujo procedentes de Oriente o de Italia, de manera que todo el mundo se contentara con «lo que el suelo romano produce y lo que fabrican las manos romanas». Para conseguirlo, el *basileus* se entregó a una obra de restauración de la agricultura que favorecía la seguridad vuelta a encontrar, una demografía relativamente elevada y la aún gran libertad de las clases rurales. Nicéforo Gregoras muestra cómo el emperador hizo de sus dominios auténticas granjas modelo cuyo ejemplo cundió entre los demás campos. Ahora bien, el imperio tenía a sus puertas un cliente natural, el sultanato turco de Qonya. Desde principios del siglo XIII el tráfico interanatoliano se activa notablemente, como atestigua la muy densa red de caravanserrallos (*khans*) que se constituye a la sazón y por la que circulan caravanas a las que la decadencia del litoral levantino y el creciente papel del reino ciliciano de la Pequeña Armenia incitan a adoptar el itinerario anatolio. Los turcos de Rûm, que padecen casi crónicamente de un déficit alimentario, se dirigen, pues, a entregarles su oro y sus productos a cambio de víveres bizantinos, lo que llega a ser una de las mayores bazas de la economía niceana, sobre todo cuando, tras su derrota en Kose-Dagh, el año 1242, los turcos son atenazados por la invasión mongola. En estas circunstancias, no puede sorprender que las finanzas de Nicea fueran tan saneadas y que la moneda de Lascaris fuera incomparablemente mejor que la de sus predecesores o la de sus rivales de Epiro. Sin estos recursos, Vatatzés hubiera sido incapaz de llevar a cabo sus victoriosas campañas y reunir tanto en Magnesia como en Lidia el dinero, las armas y los costosos productos que nos detalla Escutariotés.

La prosperidad de Nicea explica, por último, que pudiera convertirse en la reserva del pensamiento y la cultura bizanti-

na. Es allí donde se refugiarán los representantes de la alta cultura, como Nicetas Koniatas, y donde se forma una generación digna de ellos, cuyo más ilustre representante es el historiador Jorge Acropolitas. Los textos subrayan el apoyo prestado a los intelectuales por Vatatzés y el cuidado que puso en reunir en su capital un número cada vez mayor de manuscritos. En el oeste, hubo también una emigración de personas cultivadas, cuyo más notable representante fue el arzobispo de Ocrida, Demetrio Comatiano: él y otros pudieron suscitar en su entorno una cierta emulación cultural, pero los modestos destinos del helenismo occidental prohíben compararla con el movimiento de Nicea. De todas maneras, tanto aquí como allí, se trataba de una cultura defensiva, probablemente transmitida de boca a oído en el seno de una restringida élite, ya que los más entusiastas cantores del imperio de Nicea se ven obligados a reconocer que la organización escolar era allí casi inexistente.

Sin embargo, la herencia estaba preservada. Más aún, la crisis de 1204 fue como un ensayo general de la gran diáspora que sobrevendría en 1453, pues un número sin duda no despreciable de intelectuales, artistas y artesanos decidieron a la sazón refugiarse en los países eslavos, y sobre todo en Bulgaria que, entre 1204 y 1206, pudo aparecer como el único verdadero recurso ortodoxo. Se produce allí un hecho doblemente importante. No solo implica una nueva difusión del arte bizantino entre los eslavos, cuyas huellas se reconocen, por ejemplo, en los frescos de Bojana, cerca de Sofía, fechados en 1258-1259, sino que testimonia sobre todo, a pesar de los sangrientos choques entre griegos y eslavos, la formación de un verdadero «frente ortodoxo» para quien el principal enemigo procede del oeste, ya que, más aún que político, lo es cultural.

CUADRO CRONOLÓGICO

OCCIDENTE CRISTIANO

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
950			
	955 Los húngaros son aplastados en Lechfeld Los eslavos se ven obligados a retirarse hasta Recknitz 962 Otón I, emperador Bruno de Colonia, regente en Francia 972 Liberación de La Garde-Freinet	958 Revuelta en Cambrai Asociaciones de oficios en el norte de Italia Organización de *Kirchensystem* en Alemania Se abren de nuevo las minas de plata del Harz Minas de hierro en Cataluña Primer auge de los molinos de agua	Flodoardo 958 Liutprando de Cremona 959 Reforma de Gorze 960 Sainte-Foy de Conques: estatua y *Libro de los milagros* 962 Abacial de Gernode Arzobispado de Magdeburgo 965 *Historia de los sajones* de Widukind 966 Conversación de Miesko de Polonia 972 Arzobispado en Praga 974 St. Miquel de Cuxà
975			
	982 Derrota de Otón II en el sur de Italia 985 Ofensiva musulmana en Barcelona 987 Subida al poder de Hugo Capeto	*Incastellamento* Aparición de las *exactiones* 980 Irrupción del oro cordobés en Cataluña 982 Tarifa de peaje de Visé	Escuelas de Reims Vidrieras de Reims Miniaturas de Winchester Miniaturas de Hildesheim

991 Los daneses vuelven a ocupar el Danelaw 997 al-MansQr (Almanzor) saquea Santiago de Compostela	Peaje de Londres 988-990 Guilda de Londres Revueltas campesinas en Normandía 990 Concilio de paz en Charroux 992 *Colleganza* en Venecia Tratado veneto-bizantino 996 Los amalfitanos son asesinados en El Cairo	Apocalipsis de Gerona Ábaco de Gerberto 981 Abacial Cluny II 982 1008 Notger de Lieja Richer Escuelas de Toul 994 Torreón de Langeais 997 Martirio de Adalberto en Prusia 999 Conversión de Waik de Hungría (San Esteban)

EL MUNDO BIZANTINO Y MUSULMÁN

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
950	959 Muerte de Constantino VII Avance de los jazares hacia el Volga Los cumanos alcanzan el Dniéper 961 Muerte de ‘Abd al-Rahmân III 961-969 Ofensiva bizantina en Siria. Toma de Creta (961), Chipre (965), Antioquía (969), Alepo (962) 965-971 Ofensiva fâtimí en el Oriente Medio: Egipto (969), Damasco (970), La Meca (971) Los turcomanos en Gazna	Emisión de *tetartera* desvalorizados 963 Nicéforo Focas controla a los estratiotas 966 Tratado greco-ruso 969 Fundación de El Cairo Reorganización del *kommerkion* griego Rastros de enfiteusis en el Islam	950 Muerte de Al-Farabí 960 Se añaden naves a la mezquita de Córdoba Tratado de Cosmas contra Bogomilo Palacio y biblioteca de Medina al-Zahra
975	969-1014 Samuel, zar de Bulgaria 972-1015 Vladimir, príncipe de Kiev 976-1025 Basilio II el Bulgaróctono	Reorganización de los *themas* Desarrollo de las tierras *klasmáticas* Amalfitanos en El Cairo y en Constantinopla	979 Mezquita de Al-Azhar 989 Bautismo de Vladimir de Kiev

977 Los gaznawíes se apoderan del sur de Irán

980 Ataque de los griegos a los hamdâníes de Mesopotámica

982 Los griegos reorganizan el sur de Italia

987 Revuelta de los bereberes

Rechazo de la autoridad fâtimí

Los zîríes

Al-Mansûr (Almanzor), visir de Córdoba (976-1002)

Mahmüd, sultán de Gazna (998-1030)

988 Madrasa de El Cairo

992 Tratado veneto-bizantino

996 *Allelegyon* griego

996 Matanza de amalfitanos en El Cairo

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1000	Dieta de Gniezno 1003 Muerte de Otón III 1005 Batallas navales dano-noruegas 1012 Svend de Dinamarca ataca Inglaterra 1014 Derrota de los irlandeses en Clontarf 1015 Knut el Grande, rey de Dinamarca y de Inglaterra 1016 Los normandos abandonan Salerno	¿Alcanzado el Vinland? Prosperidad de Hedeby 1005-1017 Hambrunas Comerciantes suecos y daneses en Novgorod y Kiev Desarrollo de la institución del procurador laico (*advocatus*) ¿Período de erección de las motas? 1013 Verdum-sur-le-Doubs 1015 Los pisanos liberan el Tirreno (Cerdeña) 1020 *Honorantiae* de Pavia. 1023 Concilio de paz de Beauvais	Gerberto, papa Silvestre II 1005 Muerte de S. Nil 1006 S. Filiberto de Tournus 1007 S. Pantaleón de Colonia 1009 S. Martín de Canigó 1010 Herejías de Champaña Abbon de Fleury Aelfric el gramático Guillermo de Volpiano Escuela de medicina en Salerno 1014 St. Germain des Prés 1018 Ripoll 1020 Decreto de Bunckard de Worms 1021-1024 Herejías de Arras 1023 Guido de Arezzo: la polifonía 1024 S. Juan de la Peña

1025

Boleslas, rey de Polonia y Bohemia 1028 Knut ocupa una parte de Noruega 1029 Los normandos, en el sur de Italia 1032 Derrota de Eudes de Blois en Lotaringia 1033 Fin del reino de Borgoña 1035 Muerte de Knut Formación de los reinos españoles (Navarra y Castilla) 1040-1048 Los normandos se instalan en Apulia, Calabria y Campania Tentativas de los Güelfos en la Italia del Po Matilde de Toscana	1025-1026 Los «tres órdenes 1029-1035 Ataques de los pisanos y genoveses hasta Bona 1033-1035 Hambrunas 1035 Movimiento «precomunal» en Venecia y Cremona 1036 Pillaje de Hedeby 1037 Edicto de Conrado II sobre los feudos 1038 Las milicias de Bourges Se inicia de nuevo la germanización en el este 1043-1045 Hambrunas 1044 Inicio de la *Pataria* 1046 Aparición del homenaje ligio	Adalbéron de Laon Gérard de Cambrai Raúl Glaber Adhémar de Chabannes El Apocalipsis de St. Sever La Biblia de Roda Las Miniaturas de Echternach 1025 St. Savin-sur-Gartempe 1026 St. Benoît-sur-Loire 1027 La Tregua de Dios 1031 Herejía de Monforte Fundación de Vallombrosa Wanderprädiger 1038 Finaliza la conversión de los húngaros 1049 Primera emancipación pontificia (León IX)

EL MUNDO BIZANTINO Y MUSULMÁN

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1000	1001 Basilio 11 ataca Bulgaria El califa fâtimí Hâkim (996-1021) 1009 Los gaznawíes en la India 1015 Revuelta de los zîríes y los hammüdíes en el Magrib 1014-1018 Derrota de los búlgaros 1020 Los griegos someten Armenia 1021-1025 Formación del grupo seldjûqí	Acuñación de monedas rusas de imitación griega Formación de milicias urbanas musulmanas (*ahdath*) 1024-1025 Hambrunas	1004 Fundación de la gran *lavra* de Athos 1009 Destrucción del Santo Sepulcro por Hâkim 1020 Muerte de Firdusi Mezquita de Al-Hâkim en El Cairo
1025	1029 Los seldjûqíes en Irán 1031 Fin del califato de Córdoba 1033 Los gaznawíes en Cachemira 1039 Los seldjûqíes en Mesopotámica (Tugril-beg)		1037 Muerte de Avicena 1040 Sta. Sofía de Kiev 1048 Muerte de Al-Biruni Movimiento rigorista de los almorávides en el Magrib

1042 Inicio de la predicación almorávide en el Atlas

1043 Los rusos atacan Constantinopla

1048 Los pechenegos alcanzan el Danubio

EL MUNDO BIZANTINO Y MUSULMÁN

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1100			
	1100-1115 Instalación de los Estados de la Siria latina 1104-1108 Fracasos de Bohemundo contra Bizancio 1118 Los gaznawíes en Pendjab 1118 Muerte de Alexis Comneno 1120 Ataques cruzados en el Sinaí Los griegos someten Servia 1122 Eclosión del movimiento almohade en el Magrib (Ibn Tumart)	1100 Desarrollo del establecimiento veneciano en Bizancio 1111 Establecimiento pisano en Bizancio Desarrollo de la *pronoia* Desarrollo de la *charistiké* Despertar de la economía de Anatolia	Mezquitas almorávides Qarawiyyin de Fez, Kutubiyya de Marrâkish, Tremecén 1105? Muerte de Ghazâlí Nicetas Koniata Mosaicos de Ispâhân 1123 Muerte de Omar Jayam
1125			
	1125-1135 Los almorávides se hacen dueños del Magrib 1128 Juan Comneno detiene a los húngaros	1126 Alianza Bizancio Pisa Renovación del tratado con Venecia Refuerzo de la autoridad de los *doukas* griegos	1130 El mahdîsmo de Ibn Tumart Creación de tribunales religiosos en Irak

1128 Los zengíes se instalan en Mosul

1135-1137 Juan Comneno en Cilicia y más tarde en Antioquía

1141 Invasión de los mongoles *kitaï* en Transoxiana

1143 Muerte de Juan Comneno

1144 Zengí se apodera de Edesa

1146 Nûr al-Din en Alepo
1147-1149

Cruzada frustada.

Corfú pasa a los occidentales.

Alza máxima de los precios en Irak

Organización de los tribunales comerciales francos

1147-1148 Deportación de obreros griegos a Sicilia

OCCIDENTE CRISTIANO

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1050	1052 Los normandos atacan Sicilia 1059 Coronación de Felipe I 1059 Roberto Guiscardo, duque de Apulia 1060 Ataque de Palermo 1063 Toma de Barbastro (inicio de la Reconquista) 1066 Hastings 1066-1074 Guillermo conquista Inglaterra 1071 Toma de Bari: los griegos son expulsados de Italia 1071 Derrota de Felipe I en Flandes-Hainaut 1073 Ruptura entre Gregorio VIII y Enrique IV	1054-1055 La *Pataria* 1054-1070 Los primeros fueros (Oloron, Jaca) 1060-1065 *Commenda* en Italia Inicio de una fusión entre caballeros y nobleza 1066 Carta de Huy 1070 La *conjuratio* de Le Mans 1073 Los normandos destruyen Amalfi Generalización del auge demográfico y agrícola	Berenguer de Tours Pedro Damián Lanfranco de Bec 1050 Morienval 1050 Catedral de Spira 1054 Concilio de Narbona 1058 Constantino el Áfricano 1059 Reforma romana de la elección pontificia 1049-1109 San Hugo, abad de Cluny 1063 St. Miniato (Florencia) 1066 Puertas de bronce amalfitanas 1067 Jumièges 1068 Se acaba St. Benoît-sur-Loire Gregorio VII (1073-1087)
1075	1077 Canossa	1075-1085 El *Domesday book*	1075 *Dictatus papae*

Ataques normandos a Epiro	1077 Revuelta de Cambrai y Colonia	S. Anselmo de Canterbury
1085 Alfonso VI conquista Toledo	*Usatges* de Barcelona	Irnerio: el derecho romano
1087 Muerte de Guillermo el Conquistador	1080 Guilda de S. Omer	1075-1095 Los cantares de gesta. Poesías en lengua de oc
1078-1087 Pisa y Génova en Mahdîya	«Amistad» de Aire	Frescos de Berzé
1091 Acaba la ocupación de los guiscardos en Sicilia	Consulado de Pisa	1079 Hirschau
1094 El Cid en Valencia	1082 Privilegio general de Venecia en Oriente	1080 Torre de Houdan
1095 Predicación de Clermont	Hacia 1088 Molinos de glasto, de hierro, de batán	St. Étienne de Caen
1095-1098 Marcha de los cruzados	1085-1095 Consulados en Italia	St. Semin de Toulouse
1097 Creación de «Portugal»	Comuna de St. Quentin	Santiago de Compostela
	Liga de las ciudades lombardas	Vézelay
	1090-1095 Hambrunas	1083? Ojivas en Durham
	Pogroms en Renania	1084 La gran Cartuja
	1099 Contratos de *compagna*	Movimiento eremítico
	(Génova) Contratos de cambio (Roma)	1088-1103 Cluny III
		1095 Concilio de Clermont
		1096 Fontevrault
		1098 Fundación de Citeaux
		1099 Muerte de Urbano II

EL MUNDO BIZANTINO Y MUSULMÁN

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1050	1052-1055 Invasiones hilâlíes 1055 Los seldjûqíes en Bagdad 1057 En el norte de Siria 1057 Los pechenegos en Tracia 1054-1062 Expansión almorávide en el Magrib 1063-1073 Alp Arslân, sultán 1064 Los seldjûqíes en Armenia 1071 Derrota griega de Mantzikiert Los turcos ocupan Asia Menor 1074 Badr al-Djamâlî, visir en El Cairo	1054-1055 Hambrunas 1058 Estatuto de los gobernadores en Iraq de Al-Mawarq 1060 Sultanato de Tugril 1062 Fundación de Marrâkish 1065-1072 Hambrunas 1067 Fundación de Bujia La Sisayat Namé de Nizam Desarrollo de las *iqtâ‘s* 1071 Monopolio de los cereales en Tracia	1054 Cisma de Miguel Cerulario 1050-1075 Psellos 1064 Muerte de Ibn Hazm en Córdoba 1067 La Nizamya en Bagdad La Escuela de St. Pierre en Bizancio
1075	1076 Los turcos en Jerusalén 1078 En el Bósforo	1082 Privilegio general veneciano Fundación del sultanato de Rûm	Movimiento súfí Ibn Yubair refuta el cristianismo

1080 En el sur de Siria

1081 Toma el poder Alexix Comneno

Mercenarios normandos en Asia Menor

1085 Guiscardo es detenido en Tesalia

1085 Los almorávides entran en España

1086 Derrota de Alfonso VI en Zalaca

1087-1091 Derrota de los pechenegos

1091 Reconquista parcial de España

1092 Muerte del sultán Malik

1097 Llegada de los cruzados a Constantinopla

1098 Toma de Antioquía

1099 Toma de Jerusalén

Revaluación del *monaquismo* griego y, más tarde, devaluación

Sistema de los *âtâbegs*

Establecimient o de caravanas regulares transaharianas

Mosaicos de Daphni

Desarrollo de los *jans* sufíes

Ana Comneno

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1100	1101 Roger II, rey de Sicilia 1104 Reunificación del Estado anglo-normando 1105 Derrota y muerte de Enrique IV (1105-1125) 1118 Ataques de Roger II a Túnez 1119 Derrota de Luis VI en Brémule 1123 Concordato de Worms	1102-1125 Comunas del norte de Francia y Países Bajos 1112 Drama de Laon Carta de las libertades inglesas Zapateros de Ruán Tejedores de Maguncia Peleteros de Colonia, etc. Luis VI y los señores de Île-de-France Formación de Champaña 1124-1126 Hambrunas	Moissac La Charité-sur-Loire Tavant Winchester 1103 Guillermo de Champeaux Honorio de Antun Abelardo «sic et non» 1108 Fuentes de Renier de Huy Puertas de S. Zenón de Verona Segundo ciclo de los cantares de gesta Las «cortes» de Aquitania e Italia Ivo de Chartres 1117 Muerte de Anselmo de Laon 1119 Regla del Temple
1125	1127 Sucesión de Flandes 1131 Tratado de Mignano	*Pogroms* Fueros españoles 1130 Exchequer de	1115-1153 S. Bernardo, abad de Claraval 1122-1157 Pedro el Venerable, abad

1135 Muerte de Enrique Beauclerc

1143 Humillación del emperador Lotario

1147 Toma de Lisboa

Londres

1135-1155 Movimiento de los consulados de Provenza y Languedoc

1142 Revuelta en Montpellier

1143-1155 Arnaldo de Brescia en Roma

Pogroms

1144-1146 Hambrunas

Alberto el Oso, marqués

Enrique el León, marqués

1148 Lübeck

de Cluny

Condena de Abelardo

1128 Orden de los Hospitalarios

1139 Concilio de Letrán II

1140 Decreto de Graciano

1142 Sentencias de Pedro Lombardo

Traducción de:

Tolomeo 1140

el Corán 1141

Aristóteles 1142

Al-Juwarizm 1145

1144 Los cátaros en Renania

Fontenay 1130

St. Front de Périgueux

St. Gilles de Gard

Martorana de Palermo

Coro de S. Denis 1144

Cefalu 1148

OCCIDENTE CRISTIANO

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1150			
	1152 Toma el poder Federico Barbarroja 1152-1154 Formación del «imperio» de Enrique II 1155 Ofensiva griega en Ancona 1158 Ladislao, rey de Bohemia 1159 Luis VII en Tolosa 1160-1165 Conquista del norte de Italia y de Roma por Barbarroja 1168-1171 Tomás Becket Alejandro III reúne a las ciudades lombardas	Registros de derechos en el norte de Francia 1153 *Scutagium* 1155-1158 Carta de Lorris 1156 Dieta de Roncaglia Germanización 1162 Milán es arrasado Hambruna Exclusión de la hijas con dote *Assises* de Clarendon 1174 Primeros «guardias de ferias» de Champaña 1175 *Commenda* en Génova	Pórtico de Chartres, 1150; Sens, Noyon, Senlis, 1153; París, Laon, 1160-1163 Jaufré Rudel Wace Guillermo el Mariscal Geoffroy de Monmouth 1154 Los goliardos 1158 Privilegio de los escolares de Bolonia 1167 Primer «concilio» cátaro 1170 Pedro Valdo Chrétien de Troyes (1160-1180) *Román de Renart* *Tristán e Isolda* S. TróFimo de Arles, 1170; Monreale, 1172 Canterbury Vidrieras de S. Denis
1175			

1176 Legnano

1177 Paz de Venecia

1179 Subida al poder de Felipe Augusto

1180 Condena de Enrique el León

1183 Paz de Constanza

1184 Los alemanes se aseguran la herencia siciliana

1185-1191 Los almohades en España

1186-1191 El dominio de los Capeto se extiende hasta Flandes

1189 Muerte de Enrique II

1190 Muerte de Barbarroja

Ricardo Corazón de León (1189-1199)

1197 Muerte de Enrique IV

1176 *Assises* de Northamp-

Reinfeudación automática en Alemania

1184 El puente de Aviñón

1185 *Assises* del conde Geoffroy

1190 La brújula en el Mediterráneo

Molinos de viento

1192 El *matapan* veneciano

Bertrand de Bornton

Herrade de Landsberg

1176 Predicación de Valdo

1180 Las puertas de Pisa

1182 Perceval

1184 Condena de Valdo

Se tolera a los *umiliati*

1185-1190 Bourges

Santiago de Compostela II

1187 Ramnulf de Glanville

1190 Joachim de Flore y el milenarismo

1194 Chartres II

1192-1194 Château-Gaillard

1195 Caballeros teutones

1197 Canonización de un comerciante de Cremona

EL MUNDO BIZANTINO Y MUSULMÁN

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1150			
	1153 Los oghuz en Irán 1154 Manuel Comneno en Antioquía 1158 Nûr al-Din en Damasco 1155-1161 Alianza greco-húngara contra los servios 1161-1169 Expediciones franco-griegas a Egipto Ataques francos en el mar Rojo Expansión almohade de Níger a Argelia 1171 Saladino, sultán de Egipto 1173 Esteban Nemaya de Servia, vasallo de los griegos 1174 Muerte de Nûr al-Din	1154 Tratado Pisa-Egipto 1155 Privilegio griego en Génova 1158 Tratado Venecia-Egipto Organización de las aduanas latinas Apogeo de la aduana de Alejandría 1171 Matanza de latinos en Bizancio 1174 Límites imperiales a los detentores de *parecos*	1166 Muerte de Al-Idrîsî 1170 La Giralda de Sevilla Fin del Cisma shfa’
1175			
	1176 Derrota griega en Myriokephalon	1175 *Pax firmissima*, Venecia, Egipto	1198 Muerte de Averroes

1181-1183 Revueltas servia y búlgara

1185 Ataques de Guillermo de Sicilia a los Balcanes

1187 Nuevo imperio búlgaro

1180-1192 Los jwârizmíes dueños de Irán y de Bagdad

Saladino lleva a cabo la unificación de Siria

1187 Saladino reconquista Jerusalén

1185-1191 Los almohades en España

1189-1193 Cruzada frustrada Chipre occidental

1190-1195 Guerra civil en Bizancio

1193 Muerte de Saladino

1197 Gengis Jân unifica las tribus mongoles

1182 Matanza de latinos en Bizancio

'Iqtâ's hereditarias

Reapertura de la ruta Chad-Nilo

Los karîmíes en el océano índico

Caravanas trasanatolianas

Unificación de la zona Níger-Tajo por los almohades.

Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1200		
1202 Confiscación de los feudos de Juan sin Tierra 1204 Felipe Augusto toma Normandía 1205-1212 y el valle del Loira 1212 Las Navas de Tolosa 1213 Muret 1214 Bouvines 1218 Federico II, emperador 1218 Muerte de Simón de Montfort 1223 Muerte de Felipe Augusto 1225 Luis VIII ocupa el Poitou	Desarrollo del sistema de los *podestats* 1215 Carta Magna 1217-1218 Hambrunas Se aíslan las comunidades judías Redacción de costumbres 1222 Bula de oro de Andrés II 1224 Reforma de Provins 1225 Revueltas campesinas	Inocencio III (1198-1215) 1206 Domingo de Osma 1209 Francisco de Asís 1209 Predicación de la cruzada contra los cátaros 1210-1218 «Cruzada de los albigenses» 1211 Reims 1214 Bolonia, Oxford 1208-1215 Universidad de París (Robert de Courçon) 1215 Cuarto Concilio de Letrán 1216 S. Francisco es aceptado. Las Beguinas 1217 Le Mans 1219 Condena de Averroes 1224 Nápoles Los Minnesänger Villehardouin

Villard de Honnecourt

Eike von Repgow

1225

1229 Tratado de París

1231-1235 Federico II renuncia al dominio de los feudos alemanes

1229-1240 Movimientos de los «barones» en Francia

1237 Cortenuova: Federico II, dueño de Italia

1238 Toma de Sevilla

1242 Taillebourg

1246 Carlos de Anjou, conde de Provenza

1248 Toma de Valencia

1230 Hansa Lübeck-Hamburgo

1231 Constituciones de Melfi

1236 Estatutos de Merton contra los cercados *(enclosures)*

Ciudades libres de Alemania

1238-1240 Movimientos campesinos (niños, *pastoureaux*)

1242 Timón de codaste en el Mediterráneo

1245 Huelga en Douai

Reorganización de la *curia regis*

1225 Amiens

1225 *Lancelot*

1226 Muerte de S. Francisco

1229 Universidades de Montpellier y Toulouse

1233 La Inquisición

1229-1233 Escisiones universitarias

1230-1235 Robert Grossetête

Guillermo de Lorris

Raimundo de Peñafort

1235-1250 Esculturas de Reims

Sta. Chapelle de París

Beauvais, Colonia

1240 Castel del Monte

1245-1258 Alberto el Grande

1248-1255 S. Buenaventura

Pérotin el Grande

EL MUNDO BIZANTINO Y MUSULMÁN

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1200	1204 Los latinos toman Constantinopla. Reparto. 1204-1209 Gengis Jân en China 1204-1210 Conquista de Grecia 1206-1218 Los búlgaros frente a Constantinopla 1218-1222 Derrota cruzada en Egipto 1218-1223 Gengis Jân somete a los *kitaï* y el Irán 1221-1223 Ataques mongoles en Irak y Ucrania 1224 Despotado de Epiro hasta el Egeo	Las *Assises* de Tierra Santa Establecimiento de las «escalas» de Levante «Repúblicas» italianas de la costa	1200 Muerte de Maimónides 1220 Persecuciones anticristianas en Marruecos
1225	1227 Muerte de Gengis Jân Conquistas mongoles en el este 1228-1230 Juan Vatatzés	1240 Uso del papel-moneda entre los mongoles	1230-1235 La Alhambra de Granada 1246 Descripción de Plano Carpino

reconquista la costa jónica

1229 Federico II obtiene la restitución de Jerusalén

1230 Klokonitsa: los búlgaros someten el Epiro

1240-1242 Los griegos vuelven a tomar el Peloponeso

1242 Alejandro Nevski

1240-1243 Ataques mongoles: Sometimiento de Kiev. Ataque de Hungría. Derrota de los turcos de Rûm

1244 Los jwârizmíes toman de nuevo Jerusalén

1249 Luis IX en Egipto. Derrota

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1260	Muerte de Federico II 1250-1273 «Gran interregno» en Alemania 1253-1270 Reinado personal de Luis IX 1252-1284 Alfonso X de Castilla 1258-1265 Revuelta de los barones ingleses 1259 Tratado de París 1256-1266 Carlos de Anjou, rey de Sicilia y Nápoles	Liga de las ciudades del Rin 1252 El florín 1254-1260 *Ordonnances* de san Luis Las Seis Partidas 1258 Provisiones de Oxford 1266 El escudo El *gros*	1250 Bracton El gran «Libro de costumbres» de Normandía Vicente de Beauvais 1252-1259 Santo Tomás de Aquino Guillaume de Saint-Amour Brunetto Latini 1255 *La leyenda dorada* 1256 Teobaldo de Champaña 1260 Rutebeuf 1265 La *Suma* de S. Tomás

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
1250	1250 Los mamelucos 1256 Ataques de Hülágü 1259 Pelagonia: Miguel VIII derrota a los latinos 1260 Los mamelucos en Siria 1261 Ayn Yjalud: se frena a los mongoles 1261 Los griegos toman de nuevo Constantinopla	1260 Partida de los hermana nos Polo hacia China	1253-1256 Guillermo de Rubruck en Mongolia 1256 Los «Asesinos» (hashShâshîn) eliminados 1258 Fin del califato

GLOSARIO

En principio, este glosario no introduce, salvo en caso de necesidad, más que los términos técnicos que designan una institución o un fenómeno que no habían aparecido en el primer volumen; el lector puede, llegado el caso, recurrir a las definiciones que se han dado anteriormente; dentro del mismo espíritu, se han descartado todo los términos, generalmente franceses, cuya definición queda aclarada, sobre todo después de su empleo, a lo largo del texto, o que por tener un uso demasiado común figuran en diccionarios no especializados.

accola: tierra puesta en cultivo por un tenente, además de su manso, porque había sido especialmente instalado en ella; se trataba entonces de un fragmento de la «reserva».

aceifa: campaña anual de los musulmanes en tierra cristiana (en al-Andalus).

ácimo: pan sin levadura y no fermentado; utilizado por las comunidades judías durante la Pascua.

adjectio sterilium: atribución autoritaria de las tierras no cultivadas; práctica antigua, mantenida en Bizancio (epibolé:), mediante la cual el Estado se esforzaba en mantener intacta la substancia fiscal; en Occidente, ese uso se debilitó pero subsistía mediante la forma de atribución de las tierras sin herederos a los vecinos si ningún heredero legítimo se presentaba.

adjutorium, adoha: tasa de mutación exigida en las tierras de la aristocracia cargadas con servicios.

advocatus, Vogt, avoué: señor laico encargado de representar a un eclesiástico en el cumplimiento de tareas contrarias a su función pastoral.

aforestatio, afforestatio: acción de proteger, de «adehesar», una zona boscosa o simplemente no cultivada; ya fuese en el marco de una política regia de ocupación de tierras, ya fuese por simples motivos locales de regeneración de los bosques o de reserva de caza.

agrarium, agrière: tributo en especie, en el sur de Francia; en principio, designaba un alquiler del suelo, pero, después, pudo aplicarse a exigencias de tipo banal o jurisdiccional.

aiole: parcelas reunidas de forma cuadrangular (zona mediterránea).

alberga, albergagium, herberge: derecho de albergue del señor, o de requisición (zona mediterránea).

alberghi: «casas» en la Italia media y ligur, en el sentido de agrupamiento familiar.

alcalde (de al-qâdî): en los reinos hispánicos, oficial público que aseguraba la justicia en las ciudades; por extensión, pudo designar a un miembro de un cuerpo municipal.

aldea: poblado cristiano en tierra reconquistada (reinos hispánicos).

alfoz: territorio que dependía para su explotación y seguridad de una aldea.

algarada: campaña de la caballería de los reinos hispánicos en tierra musulmana.

alquerías: aldeas de población predominantemente musulmana en las tierras reconquistadas (reinos hispánicos).

allelengyon: pago, por parte de los *dunatoi,* de los impuestos de los más pobres en Bizancio.

allimende: tierras comunales de los aldeanos o zonas de pastos habitualmente usadas.

ambrosino: moneda de oro emitida en Milán en el siglo XIII (de san Ambrosio, patrón de la ciudad).

amici: los clientes, emparentados por lazos de sangre o de interés, con un jefe de linaje.

aparcería (fr.**mclayage**; it**. mezzadria**): *ad medietatem,* tenencia entregada mediante el pago de la mitad de la producción.

aratrum: instrumento de labranza simétrico, sin vertedera, de tipo antiguo.

arconte: después del siglo X, notable local en las aldeas bizantinas.

arengo: asamblea del pueblo en las ciudades italianas del norte.

arti: los oficios o gremios (término empleado en Italia y en Francia meridional).

ashkenazi: a partir del siglo XI, designa a los judíos de Renania y de Europa central que adoptaron una actitud específica en materia de comentario y de observancia de la Ley.

aubains: extraños a la aldea o a la ciudad.

auctoritas: uno de los aspectos del poder real o señorial; se basaba más en la influencia moral o el carisma que en el poder material.

aula: en principio, sala de recepción del soberano, donde también ejerce justicia; podía designar también una sala común.

bacade: rebaño trashumante en las regiones pirenaicas; a menudo, de distintas especies mezcladas.

baile: parte del recinto castral que rodea a la mota, «patio»; servía de abrigo a los aldeanos refugiados; incluía, a veces, las casas de los guerreros de la guarnición.

baila: la asamblea del pueblo en las ciudades toscanas.

banco: puesto de madera instalado en la plaza pública y ocupado por los cambistas y, después, por los prestamistas.

bandera: por extensión del sentido inicial, designaba un barrio urbano controlado por un linaje o un oficio; la propia bandera simbolizaba el territorio urbano.

barri, barrio: burgo exterior a una ciudad (en las regiones mediterráneas).

Bede: en Alemania, término que designaba a la *talla*, o, en general, un impuesto de tipo banal o jurisdiccional.

beguinos, beguinas (etimología discutida): agrupamientos de hombres o de mujeres laicos, generalmente de origen social acomodado, y que se habían retirado de la actividad cotidiana para dedicarse a obras piadosas o a la meditación.

bercaria (fr. **bergerie**): aprisco, majada; su sentido se extiende a otras explotaciones agrícolas condales en Francia.

besante: el sueldo bizantino, para los occidentales.

Besthaupt: «la mejor cabeza», sobreentendiéndose, «de ganado»: parte que percibía el amo sobre la herencia de los siervos, algunas veces, también de los hombres libres, en el Imperio germánico y en algunas otras regiones.

bestiarios: libros, con frecuencia ilustrados, que recogían los conocimientos zoológicos del momento.

bey, beg: título turco aplicado al gobernador provincial; eventualmente, príncipe cliente.

bill: formalización jurídica de una decisión real en Inglaterra; véase *writ*.

bonifachi: tierras acondicionadas, generalmente drenadas, o contenidas por bancales, si estaban en la montaña (en Italia septentrional).

bourgage: forma de tenencia campesina (Normandía, Francia occidental, Inglaterra).

brazo: «estamento» social en los reinos hispánicos; no implicaba ni un orden, ni una clase, sino más bien un estatuto jurídico.

brunetti, brunos: designaba, en los reinos hispánicos y en Italia, a las monedas desvalorizadas, en las cuales la plata se hallaba fuertemente alterada mediante aleación.

Buteil: parte de la herencia (mobiliaria o no) que se reservaba el amo de los bienes de un siervo, a veces, también de ciertos hombres libres; podía representar la totalidad de la herencia si no había heredero directo (Imperio).

caballeros, caballería villana: campesinos a caballos, en Castilla, particularmente responsables de la defensa de la aldea; servían a caballo en el ejército real.

camera: la «cámara» y, en primer lugar, la del soberano; así pues, designa al servicio doméstico de su persona y en especial a aquel que estaba al frente de la gestión de su fortuna.

canzó: forma de poesía lírica occitana o italiana.

cañadas: caminos para el ganado trashumante en la Península Ibérica.

capitación (de *capitatio*)**:** tasa por cabeza, recognitiva de la alienación del cuerpo, aunque aparezca como la heredera de la tasa de liberación de la Antigüedad.

capitanei: señores territoriales de la Italia septentrional, vasallos de condes y obispos, en principio, responsables de una fortaleza pública.

caridad: asociación piadosa de socorro mutua, «cofradía» (Francia del norte).

carruca: término de la baja latinidad que designaba a un carro; se aplicó después al instrumento de labranza disimétrico con reja, cuchilla y vertedera (a lo largo del siglo XII).

casane: casas de comercio, oficinas de préstamo y de cambio (Piamonte).

castelnau: pueblo nuevo elevado en tomo o en las proximidades de un castillo (Gascuña).

castlà: jefe del castillo en Cataluña; en general, se parece mucho al castellano de la Europa septentrional por su relativa dependencia respecto al soberano.

catel: bien mueble (Francia septentrional y Países Bajos); «mejor *catel*» (véase *Besthaupt*).

causidici: juristas profesionales, asociados a la administración de un señorío o de una ciudad.

cella: vivienda aislada de un monje o de un pequeño grupo de monjes; podía designar a una comunidad secundaria dependiente de un obispo o de un monasterio.

cense: gran explotación agrícola; a menudo, en arriendo (Francia septentrional, Países Bajos).

censuales: hombres de una iglesia; tenentes, en principio, libres pero con frecuencia sometidos a tasas particulares de dependencia; véase *santeros*; a veces, «cerocensuales».

cequino(it**. zecchino):** moneda de oro veneciana, el ducado; toma su nombre de la Zecca, taller monetario y arsenal de la ciudad.

colleganza: contrato de asociación mercantil, donde el comanditario aportaba los 2/3 del capital; no participaba en las operaciones pero, al final, recibía una parte de los beneficios (de los 2/3 a los 3/4).

commenda: contrato de asociación mercantil, donde el comanditario proporcionaba la totalidad del capital y dejaba al mercader una parte de los beneficios (entre el 1/8 y el 1/3). La palabra designaba también la encomendación de un hombre o de una tierra eclesiástica a un poderoso.

communia: ¿tierras explotadas por el grupo de aldeanos?, ¿o simplemente zonas de pastos? (véase *allmende).*

compagna: asociación mercantil o de otro tipo, que reunía a los miembros de una misma *familia* y extranjeros a ella, cada uno de los cuales aportaba una parte de dinero (véase *corpo, sors*) para un negocio preciso y una corta duración; renovable.

conduit: acompañamiento de una caravana de mercaderes o de simples viajantes por parte de hombres de armas durante la travesía de un territorio; tasa que, con tal ocasión, percibía el amo de dichos territorios; se percibía sobre todo cuando se celebraban ferias.

consolamentum: en las costumbres cátaras, reconciliación administrada por un «perfecto» a un moribundo que le lavaba de sus pecados siempre que muriese en abstinencia.

consorterie: asociaciones familiares, en sentido amplio, en las ciudades italianas; adquiere una dimensión topográfica y profesional. **Consorzio** y **consortia** tenían sentidos parecidos.

cónsules: ciudadanos encargados de la administración de las ciudades de la zona mediterránea; véase *échevins*.

contado: término italiano que designaba el territorio del *comitatus*.

corpo: capital de base, generalmente de origen familiar, en una compañía.

cottereau: soldado mercenario a pie; en general, se aplicaba a los que estaban al margen de las *routes*, regularmente asoldadas.

cursus diplomático: costumbres de cancillería, especialmente en todo lo que respecta a la disposición de las palabras en las frases destinadas a obtener una imitación de la prosodia latina.

chambelán: obrero que trabajaba «en cámara», es decir, clandestinamente, fuera del gremio.

charistiké: atribución de bienes eclesiásticos por parte del emperador bizantino con la finalidad de ponerlos en explotación.

chorion: la comuna rural libre en Bizancio, base de la imposición territorial.

chresis: en Bizancio, tenencia en usufructo.

decretales: textos pontificios que reglamentaban artículos del dogma; la compilación de Graciano, hacia 1160, es la primera cronológicamente hablando; *falsas decretales*: colección ficticia y fraudulenta de documentos presumiblemente pontificios y ubicados por los falsarios del siglo X al principio de la era cristiana.

dehesa: protección de una zona de pastos, generalmente arbolada.

delle: trozo de tierra sometido a un ritmo regular de cultivo: *solé, roye,* etc.

demosiario: en Bizancio, campesino público instalado en tierras *klasmaticas* y que pagaba directamente el impuesto al Tesoro.

dens: calvero o territorio rodeado de bosque y reservado al pastoreo de cerdos (expresión sajona).

derviche: hombre piadoso, persa o turco, en ocasiones miembro de una comunidad fija, pero con mayor frecuencia itinerante y que vivía de las limosnas de los fieles.

desafío: rechazo de la fidelidad prestada; se acompañaba con el lanzamiento del objeto que simbolizaba dicha fidelidad (guante, brizna de paja, etc.).

didascalia: colección de Salmos y de las Epístolas (de san Pablo, sobre todo) que formaban la base de la cultura eclesiás-

tica en Bizancio.

digesto: colección de las disposiciones normativas y de jurisprudencia, en principio, justinianeas.

disputatio: ejercicio escolástico que oponía a dos maestros o a un maestro y a sus oyentes sobre un texto o un tema estudiados previamente.

districtus, distretto, détroit, destret: el poder de constreñir y de juzgar; y el propio territorio donde se ejercía dicho poder.

divietto: medida urbana consistente en la prohibición de vender cereales al campo mientras no hubiese transcurrido, en la ciudad, el período crítico comprendido entre las dos cosechas (Italia, siglo XIII).

djahbadh: agente de percepción de los impuestos en especie (Egipto).

djawâlî: equivalente en Egipto a la *yizya* (impuesto de capitación sobre los no convertidos al Islam).

domicelli, donzeaux: en su origen, joven aristócrata que todavía no había sido armado caballero; después del siglo XIII, designaba al pequeño señor territorial.

draille: camino de trashumancia, «cañada» (Pirineos).

drykkia: formas de asociación escandinavas, con carácter religioso y, después, profesional.

ducato: moneda de oro veneciana; véase *cequino*.

dunio (etimología discutida): o bien la mota, o bien la torre elevada encima; torreón.

ecuage: tasa de reemplazo del servicio de hueste para los feudales (Inglaterra, Normandía).

échevin: después del siglo X, ya no designaba sino al notable encargado en Ja ciudad o en la aldea de la administración local y de las sentencias de la baja justicia; véase *cónsul.*

echiquier: por extensión, a partir del tapete de cuadros necesario para el juego del ajedrez, designaba a la mesa; después, a la habitación; después al servicio; y después al ejercicio anual, donde se rendían las cuentas (Normandía, Inglaterra).

echoite: percepción, por parte del amo, de toda la herencia del siervo fallecido sin heredero directo.

eigenkirche: iglesia propia, ya fuese fundada por un amo laico el cual designaba al sacerdote y se embolsaba las rentas, comprendido el diezmo; ya fuese la iglesia parroquial apropiada ilegalmente a un señor local en los siglos X y XI.

emporium: puerto de descarga; eventualmente, tasas percibidas sobre las mercancías desembarcadas.

empriu: derecho de uso colectivo de los aldeanos (Pirineos).

encomendación: reconocimiento por un hombre, de cualquier nivel social pero generalmente alodial, a un poderoso de una cierta dependencia sin servicios precisos; no siempre se acompañaba de una transformación del alodio en feudo o en tenencia a censo.

enseña: a partir del propio emblema o «bandera», agrupamiento de hombres de la misma actividad profesional y que se alojaban en la misma calle o en el mismo barrio; puede designar también al propio barrio.

entredicho: suspensión de todo sacramento y de toda liturgia en un territorio dado; no se debe confundir con la excomunión, que concierne a un solo individuo.

escarteron: asociación de pastores trashumantes en los Alpes del sur.

escolástica: el conjunto de los métodos pedagógicos; fue en el siglo XV, y no antes, cuando el término tomó el sentido peyorativo que le atribuimos de ordinario.

escudo: moneda de oro emitida por san Luis y regularmente después de 1290.

esnèque: navío escandinavo de transporte de guerreros.

esothyra: zona de huertos y de padros de siega en torno a la aldea bizantina, estage: servicio de guardia en el castillo del señor.

estima: inventario de bienes o de rentas; tasas percibidas sobre esos bienes, ocasionalmente.

etier: canal de drenaje y elevación de la tierra que lo bordea en los pantanos del Poitou.

Etter: empalizada que rodea la aldea (Imperio), y que, a veces, limita las franquicias de aquella.

exactio: cualquier exigencia fiscal del señor, sobre todo, la talla, que acompañaba al establecimiento de las células señoriales.

exaricos: esclavos musulmanes, sobre todo, en Aragón.

exempla: relatos o fábulas de tinte moralizador, destinados a facilitar la comprensión del dogma o de la moral cristiana entre los fieles; base de los sermones populares.

exkusseia: exención fiscal y judicial en Bizancio.

exothyra: en Bizancio, prácticas de cultivo según el sistema de *dry farming*; cultivo de la viña.

exultet: himno pascual; rollo donde figuraba ese texto, adornado con miniaturas didácticas.

faderfio (del alemán *Valer*, padre): elementos del patrimonio paterno que un hombre constituye, además de la dote, a su hija en el momento de su matrimonio (derecho lombardo).

feria: el día de la semana; por extensión, el día en que se celebra una reunión excepcional, de ahí el sentido de «feria» como reunión de mercaderes.

ferragina: zona de huertos, de prados y de árboles frutales en torno a las aldeas del Languedoc o de Italia.

ferrata via: calzada romana.

festuca: la brizna de paja que simbolizaba la entrega de una tierra a un hombre, generalmente un vasallo; la *defestucatio* era el acto de arrojar la brizna; véase *desafío.*

fiorino: moneda de oro florentina, que llevaba el emblema de la ciudad (un lirio).

firma burgi: texto que concedía a una aldea (en Francia occidental e Inglaterra) franquicias colectivas, sobre todo el derecho de *bourgage* (véase).

fonde: tribunal comercial en Tierra Santa.

foráneos: extraños a la aldea o a la ciudad; véase *aubains.*

forest: En Inglaterra, sin que se refiera específicamente a bosque, designa cualquier territorio no cultivado que el rey se apropiaba y explotaba y, a veces, enfeudaba; especie de «fisco» anglo-normando.

formariage: tasa pagada, en caso de matrimonio contraído fuera del marco señorial, por un siervo; a veces, también era abonada por ciertos hombres libres.

fraterna, frairies, frérages, frêrèches: cualquier forma de asociación que agrupaba a hermanos herederos o cofrades reunidos para una obra piadosa: podía corresponder a tenencias de tierra en indiviso, a agolpamientos piadosos, a asociaciones políticas o topográficas estrechas; véase *consorterie.*

fruitières: asociaciones campesinas constituidas para la explotación de terrenos en común; a veces, se aplica también para la economía pastoril (zona del Jura).

furlong: parcela labrada, frecuentemente de forma alargada; por extensión, conjunto de parcelas de este tipo contiguas.

gagnage: tierra «ganada» a costa del bosque o la roza; *hostise.*

garde-robe: servicio doméstico del rey; por extensión, «secretariado» particular del soberano y los elementos financieros con él relacionados.

gäste: huéspedes instalados en tierras nuevas; puede designar una categoría deprimida del campesinado.

gâzîs: cofradías musulmanas que tenían como tarea convertir mediante el ejemplo o la fuerza.

Gemeinenfrei: alodiales (Imperio).

genicia: talleres reservados al trabajo de las mujeres: tejido, hilado, etc.

genovino: moneda de oro genovesa.

geoponika: colección de extractos de tratados agronómicos bizantinos.

Geschelecht: agrupamiento familiar amplio, tipo tribu, con tótem original común.

gibelinos: «partido» político italiano, favorable al establecimiento de una autoridad centralizadora en Italia, eventualmente, la de los alemanes (la voz procede de Weiblingen, feudo de los Hohenstaufen).

goliardos: agolpamientos contestarios de intelectuales adultos (en el siglo XII) (etimología discutida).

gonfalonnieri: jefes de barrios en las ciudades de Italia: más tarde, responsables del orden público en el interior de las ciudades italianas.

gradoni: bancales de tierra sostenidos por muretes en las pendientes roturadas (Italía).

gros: moneda de plata del valor de 12 denarios (en principio).

gruarii: agentes dominicales, después públicos, responsables del mantenimiento y de la explotación de los bosques; delegación de justicia.

güelfos: «partido» político italiano favorable a la autonomía local y al dominio pontificio (el nombre procede de Welf, familia bávara enfrentada, en el siglo XII, a la intervención imperial alemana en Italia).

Handwerk: «gremio» organizado (Alemania).

hansa: agrupamiento mercantil; en su origen, estaba reservado a los mercaderes baltos, alemanes e ingleses que traficaban por mar; después se aplicó a otras formas de agrupamientos profesionales.

hardines: huertos situados en las orillas o en las tierras sumergibles de un río.

hashshâshîn: «Asesinos», secta shî'í implantada en el Líbano, violentamente partidaria de la acción directa, sobre todo contra los 'abbâsíes sunníes; el término «asesinos» parece proceder de la práctica sistemática del asesinato político perpetrado por esta secta tras previa ingestión de hashîsh.

hebergement: al principio, tasa de albergue (véase); en el oeste de Francia designa a las tenencias nuevas, de estatuto bastante liberal.

Heerschild: jerarquía nobiliaria en Alemania; estructura muy artificial imaginada por los juristas para clasificar los diversos niveles de la aristocracia germánica; derechos públicos o privados estimados en función del nivel reconocido en el *Heerschild* (es decir, el «escudo»).

hereditarii (Francia septentrional y Países Bajos) **:** tenentes hereditarios.

heriot: tasa de mutación, en principio para una tenencia, equivalente al *relief* de los feudos.

herm: forma vulgar del griego *eremos*, lugar no cultivado, «desierto», como decían los cistercienses.

holzbau: construcción de madera.

hort, hortillon, huerta: huertas mediterráneas, generalmente en bancales (véase *hardines*).

hyperetai: en Bizancio, servidores ciudadanos unidos al amo por un vínculo de clientela.

inmatriculati: pobres inscritos en un registro de socorro público.

infanzones: en los reinos hispánicos, familiares del soberano, de elevado nacimiento, generalmente armados y dotados de tierras.

interpolación: introducción subrepticia, fraudulenta o accidental de un fragmento no original en un documento.

îwân: construcción que, en Persia, flanquea los patios centrales de las mezquitas y que, en general, se abre con un arco triunfal que da al patio; sala de oración o de recepción.

joculator: «juglar», expresión que va más allá de los ejercicios de destreza practicados por especialistas en las fiestas nobles; designaba a cualquier individuo errante, al margen de la sociedad.

joy: término occitano, de traducción difícil, pero que implica el placer físico, la felicidad espiritual y el cumplimiento de todos los deseos.

jurisperiti: juristas profesionales; en general, eran distintos de los notarios.

juvenes: designaba a aquellos hombres que aún no se habían establecido, fuese cual fuese su edad.

karfar: navío de aparato de los soberanos escandinavos que, a menudo, les servía de sepultura.

karîmí: mercader egipcio, a veces, judío; la etimología es dudosa.

kastron: ciudad bizantina amurallada.

katepan: gobernador bizantino de provincia (sobre todo, en Occidente).

keller: «bodega», lugar de reunión de las cofradías profesionales; por extensión, «gremio» (Imperio).

keures: fraternidades (Francia septentrional y Países Bajos): agrupamientos de ayuda mutua.

keutes: mantas de lana basta exigidas como derecho de albergue.

kleisurai: en Bizancio, pequeñas unidades territoriales inferiores al *thema.*

knecht: criado, oficial de taller, obrero, kommerkion: tasa aduanera en Bizancio.

koop: derecho de mutación, «rescate».

kral (¿de *Carolus?*): soberano eslavo.

krites: en Bizancio, designaba, en principio, una circunscripción de justicia, área de punción fiscal.

lai: o bien el adjetivo «laico» que acompañaba al nombre de un miembro no ordenado de una comunidad religiosa; o bien, composición literaria del siglo XIII (de origen dudoso), formada por estrofas asonantes irregulares, que trataban de temas épicos o domésticos.

lambi: barcas de fondo plano para el tráfico fluvial.

Landfrieden: documentos de paz concedidos por el emperador y que aseguraban el orden público bajo amenaza de sanciones no exclusivamente eclesiásticas.

Landsassen: campesinos alemanes libres para explotar su tenencia.

lapidarios: colección de conocimientos empíricos sobre la naturaleza y la virtud de las piedras.

laudatio parentium: práctica jurídica y consuetudinaria que permitía a los parientes próximos de un donante intervenir en pro o en contra de la donación prevista; en caso de aprobación, su intervención quedaba consignada en el documento redactado a tal fin.

laudemios: derechos de mutación en el momento de una trasferencia entre vivos; por extensión, cualquier derecho de mutación, incluso por sucesión natural.

laudesi: en un principio, designaba a los pobres errabundos; después, una vez constituidos en sectas mendicantes, se aplicaba a los grupos generalmente de campesinos que recorrían los campos ofreciendo ocasionalmente la fuerza de sus brazos.

leding: leva en masa sajona o escandinava para armar una flota.

Leibeigen: hombre cuyo estatuto se desliza hacia la servidumbre; su cuerpo ya no le pertenecía.

Leihezwang: costumbre de reinfeudación inmediata (Imperio) de un feudo sin herederos.

ligio (¿de *Ledig*?): vínculo preferente de un vasallo hacia uno de sus señores.

livello: en Italia, tipo de tenencia trentenaria, casi sin servicios personales, pero gravada con fuertes derechos de mutación.

liveries: signos distintivos (por ejemplo, vestimentas) que permitían identificar a los hombres de una misma casa (Inglaterra, Italia).

loca: participaciones proporcionadas por un ahorrador a una asociación que le daban derecho a recibir una parte de los beneficios de la empresa.

locator: empresario de roturación, responsable del reclutamiento de los huéspedes.

logisima: práctica bizantina de donación de tierras por el Estado a propietarios ya con cierto nivel de fortuna, por ejemplo, la Iglesia.

madrasa, medersa: hogar de cultura coránica; a medio camino entre la universidad de Occidente y la escuela monástica; ampliamente abierta hacia los problemas de la vida cotidiana.

mals usos: término catalán que designaba a las innovaciones señoriales del siglo XI.

manadas: rebaños trashumantes en los que se suelen mezclar diversas especies (véase *bacadé*).

Mannschaft: «homenaje» (Imperio).

manumisión: liberación del individuo que estaba *sub manu.*

manus: autoridad según el derecho romano, la del marido, la del padre, la del amo sobre el esclavo, etc.

maqâma: etimológicamente, «sesión», género literario oriental que consistía en poner en escena diversos tipos sociales opuestos y cuyas relaciones permitían a los oyentes extraer normas de moral simple.

marabotín, maravedí (de almorávide)**:** moneda de oro, en principio, acuñada en los reinos hispánicos a imitación de los dinares del Magrib y que circulaban por el Mediterráneo.

marco: unidad de peso (alrededor de 250 gr) esencialmente (pero no únicamente) utilizada para la talla de los metales preciosos; podía ser empleada para estimar un valor precioso en peso.

marranos: judíos de la cuenca mediterránea, en principio convertidos al cristianismo, pero que continuaban practican-

do su culto en secreto.

medersa: véase *madrasa.*

meretrices, meskines: mujeres de «mala vida», para la Iglesia.

mesnada: conjunto de parientes, de familiares, de clientes y de servidores de un soberano o de un linaje.

mesta: asociación de ganaderos trashumantes (Castilla).

milenarismo: actitud escatológica que preveía, en principio hacia el año 1000 o 1033, el fin del mundo; después, designó a la corriente espiritual que se esforzaba en preparar a los hombres en la penitencia y la reflexión apocalíptica ante el inevitable fin.

morabotín: véase *marabotín.*

more dánico: «a la manera de los daneses»; prácticas consuetudinarias normandas, particularmente en lo que concierne a la vida privada, sobre todo, al concubinato legalizado.

morgengab: «don de la mañana»; constitución de una pensión por parte del marido a la mujer al día siguiente de las bodas.

mota: pequeña masa de césped; por extensión, eminencia artificial que servía de soporte a una construcción aristocrática; la *rocca* (véase) implica una eminencia natural previa. La *munido* no incluye forzosamente una mota troncocónica.

mudae: flota mercantil veneciana (dos por año en principio) escoltada por barcos de guerra.

muntmannen: los «hombres de poco», los mendigos, los pobres no asistidos.

munz: la moneda y, por extensión, el derecho de acuñación y el taller monetario; *moneta.*

nizâríes: secta shffi extremista egipcia que, después de haber roto con los fâtimíes, encontró refugio en el Líbano; véa-

se *hashshâshin*.

nominalistas: corriente filosófica y metafísica cristiana que considera a las ideas universales, a los conceptos, como un simple *nomen*, una palabra, lo que implica la necesidad de demostrarlas; como, por ejemplo, el concepto de «Dios». Véase *realistas.*

noveltés: cualquier innovación o exigencia señorial; véase *mals usos.*

nundinae: las ferias.

obituario: registro sobre el cual una comunidad (monástica generalmente) escribe la lista de los «óbitos», es decir, las misas de aniversario por los difuntos que le han sido encargadas.

odal: alodio.

oficial: canónigo especialmente encargado de dirimir los procesos que enfrentan entre sí a los eclesiásticos, más tarde, encargado también de intervenir en los asuntos que afectan a las materias religiosas y, más tarde, a todo lo que concierne a la Iglesia; por fin, designa a la oficina de escrituras donde los laicos se dirigen para dar más valor a sus contratos, incluso aunque sean profanos.

ojiva: bocel de piedra (¿funcional?) que resalta las aristas de una bóveda.

opole: asociación de vecindad en los países eslavos; por extensión, el territorio donde dicha asociación tiene lugar.

oracula: capillas aisladas, sucursales que dependen de una parroquia principal (*plebs*).

ordalía: prueba impuesta o reclamada por un sospechoso para probar su inocencia; este «juicio de Dios» irracional consiste en una serie de sacrificios físicos (hierro al rojo vivo, agua hirviendo, etc.).

ordo: texto que sirve de soporte a una ceremonia ritual, consagración real, imperial, episcopal, etc.

orts, orticelli: véase *hort.*

osculum: beso en la boca, llamado «beso (u ósculo) de paz», intercambiado entre señor y vasallo.

Österlingen: quizás los «hombres del Este», es decir, los mercaderes alemanes del Báltico tal y como se les llamaba en Londres; la moneda inglesa *sterling* estaba probablemente ajustada a la suya (cuatro veces el valor de la del continente).

oylata: tenencias en régimen de *complantatio* para plantación de olivos.

palonnier («barra de carga»): cilindro de madera colocado entre los varales o los ronzales de un tiro (de bueyes o caballos) para encuadrarlo en fila e impedir la dispersión de los esfuerzos de tracción.

panni: paños de gran tamaño.

parage, paraige: asociación entre iguales; se dice, en primer lugar, de las asociaciones entre señores, sean parientes o extraños entre sí, para administrar y explotar bienes; podía designar simplemente un acuerdo comercial.

parecos: en Bizancio, campesinos libres caídos bajo el control fiscal y económico de los poderosos.

parias: tributos impuestos por los soberanos hispánicos a los musulmanes a cambio de una protección o de una suspensión de las hostilidades.

patarii: «andrajosos», mendigos; en principio, fue el insulto dirigido a los revoltosos milaneses; después, se aplicó a todos los marginados, ortodoxos (*umiliati*) o no (cátaros).

paziers (*pahers* en Cataluña): hombres de la aldea encargados por sus compatriotas de asegurar el mantenimiento de la

«paz» local y de percibir, si ha lugar, las multas o los derechos correspondientes.

peones: en los reinos hispánicos, aldeanos que combatían a pie.

perpiaño: arco de sostén de la bóveda, románica o gótica, al cual corresponde, en el exterior del edificio, un contrafuerte o un arbotante.

perron: piedra o escalones donde se instalaba el señor para pronunciar una sentencia.

Pfaffenstrasse: la «calle de los curas», es decir, el Rin, por alusión a la abundancia de ciudades episcopales y de monasterios que bordeaban sus orillas.

pholleis: en Bizancio, moneda fraccionaria de cobre (*follis* latino).

plesis, ploicum, plouy: en principio, recinto rodeado de setos muertos o de una empalizada; designó también, poco a poco, una tierra de carácter alodial y cercada.

poblaciones: creación o repoblación de aldeas en los reinos hispánicos; por extensión, las cartas de franquicia concedidas a sus habitantes.

podestat: agente imperial en Italia, alemán primero, después italiano, y más tarde de cualquier origen, encargado de custodiar el *castro* en las ciudades de franquicia.

pogrom: matanza de judíos.

polidion: aldehuela griega.

pontifes: asociación de laicos que se encargaban de tender puentes, contentándose con limosnas y considerando esta obra como exclusivamente piadosa.

potacio: el banquete anual de una asociación piadosa o profesional.

potaje: lo que acompaña al pan, con excepción de la carne.

priores: en Italia, representantes de los gremios en la *signoria* urbana; para no confundirlos con los dignatarios religiosos, se les llamaba «priores de las artes».

proasteia: ámbito de lo civil en Bizancio.

pronoia: en Bizancio, tierra, rentas y hombres cedidos a título provisional, en general, a un poderoso o a un jefe militar.

prostasia: ejercicio de un patronato sobre los campesinos, mediante el pago de una tasa.

psicomaquia: «el combate de los vicios y de las virtudes»; a partir de la obra de Prudencio (siglo V), tema literario e iconográfico muy gustado en la Edad Media, que opone conceptos con finalidad moralizadora: el *Román de la Rose* es un ejemplo tardío de ello.

qal'at: en el mundo musulmán, punto fortificado generalmente sobre una altura.

quaderni: parcelización del terreno formado por parcelas más o menos cuadradas (Italia).

quadrivium: las «artes liberales», es decir, las disciplinas básicas de tenor científico.

questa: tasa recognoscitiva de la protección; más al norte, es llamada talla: podía designar otras exigencias señoriales de carácter banal o jurisdiccional.

quinto: la quinta parte; equivalía a lo que se pagaba consuetudinariamente como derecho de mutación.

quotidiani: esclavos domésticos o, en todo caso, siervos sometidos a un estrecho control.

rapports de droits, records de coutumes, Weistiimer: textos sinalagmáticos redactados entre una comunidad aldeana y su señor, y que fijaban los limites y obligaciones respectivas.

Rat, Rathaus: consejo urbano y casa del municipio (Imperio).

realengum, realengo: tierras reales en los reinos hispánicos.

realistas: por oposición a los nominalistas (véase esta palabra), pensadores cristianos que estimaban a los conceptos como «reales», preexistentes al hombre y a su razonamiento.

records de coutumes: véase *rapports.*

regalía: el conjunto de derechos y rentas que formaban la base de la autoridad real.

Reichsgut: la tierra imperial.

Relief, Verlief, Koop: derechos de mutación sucesorios, particularmente por lo que respecta a las tierras feudales.

representation: posibilidad para un descendiente de reclamar los derechos de su abuelo; en el derecho feudal, el problema era el de un intermediario femenino como eslabón entre el antepasado y el pretendiente.

reprise: se dice de un alodio, que se convierte en feudo, o en tenencia a censo, cuando esta tierra pasa al derecho eminente de un tercero, por ejemplo, a consecuencia de una situación económica adversa.

ribà: alquiler de un inmueble, en el derecho musulmán.

ribât: comunidades musulmanas piadosas, formadas por hombres reunidos en una especie de convento fortificado, desde donde podían llevar a cabo expediciones de predicación o de guerra santa.

rivage: zona de huertos en la periferia de las ciudades mediterráneas.

rocca: eminencia natural coronada por una torre; véase *mota.*

rocín: caballo de carga exigido como servicio de guerra en los casos de rescate de las obligaciones de hueste; «rocín de servicio».

rogata: exigencias de un señor banal o jurisdiccional.

Romfahrt: exigencia de servicio militar por el emperador germánico con ocasión de sus viajes a Italia.

runas: signos mágicos, de origen escandinavo, cargados de significación simbólica, y utilizados por una minoría de iniciados para expresar nociones piadosas o guerreras.

saga: poemas épicos escandinavos que relatan las hazañas de los navegantes y de los guerreros vikingos, pero que no databan de esa época.

Sake and Soke: designaba en Inglaterra a los hombres libres, que podían atestiguar ante la justicia y reunirse en grupos: *Sokmen* que tienen en *Socagium.*

salvamentum, sauvement: protección señorial; territorio sobre el cual se ejercía.

santeros: tenentes de la Iglesia, de un estatuto relativamente libre; véase *censuales.*

scultetus, schultheiss: agente señorial, en países germánicos; «empresario» de explotación de las tierras nuevas; véase *locator.*

scriptorium: oficina de escritura; en su origen, locutorio de los monjes de una comunidad en el momento en que se reunían para la copia de manuscritos.

scholasticus: canónigo especialmente encargado de la escuela catedralicia.

sefarad, sefardí: comunidades judías hispánicas, cuya interpretación de los textos sagrados es menos rigorista que la de los ashkenazi (véase esta palabra).

serranos: designaba a los hombres procedentes de los Pirineos o a cualquier extranjero venido del norte de la Península Ibérica para poblar las tierras reconquistadas.

sharFa: la regla religiosa transmitida por el Profeta para el comportamiento de los fíeles.

sherifs (de *shire-reeve*)**:** intendente del condado; por extensión, en la época normanda y después, el representante de la autoridad real al lado del conde local.

sicarii: hombres de mano, en Italia.

síndicos: en la zona mediterránea, aldeanos designados para ejercer el control de las franquicias judiciales o fiscales concedidas por el señor.

skalaï: plazas de comercio griegas, en principio, reservadas sobre todo a la venta de cereales.

sopracorpo: parte del capital de una sociedad comercial formada por las aportaciones no familiares.

sors: parte del capital aportado por un «accionista» en un contrato comercial.

spicaria: graneros públicos; puede limitarse a designar una reserva de cereal de tipo familiar (fondo de cabaña).

stabbau: tipo de construcción en planchas.

strateïa: cargas del stratiota griego, pero que se transformaron en una pura obligación fiscal, bajo la forma de una tasa de reemplazo de los servicios armados.

stube: el lugar de reunión de los cofrades o de los obreros de los gremios con ocasión del banquete anual.

studium general: designaba, antes de las universidades, a las escuelas de gran prestigio donde los escolares eran conducidos, más allá del estudio de las artes liberales, a proseguir el estudio del derecho y de la teología.

sûfíes: místicos musulmanes, de naturaleza muy diversa, unos retirados del mundo, otros haciendo un proselitismo ardiente (de *sûf*, «sayal').

supanis: en territorio eslavo, jefes de clan y grandes propietarios terratenientes.

tagesschalk: siervo doméstico sujeto a corveas cotidianas.

tari, tarinos: monedas de plata, a veces de oro, emitidas en el Mediterráneo occidental por los musulmanes y, después, imitadas por los normandos de Sicilia y algunos soberanos hispánicos, tasca: exigencia banal (Midi de Francia): podía englobar varios tipos de tasas.

tavola: mesa o banco del cambista.

terciar: práctica agraria consistente en realizar una tercera labor previa a la siembra.

tetartera: moneda divisionaria o desvalorizada del nomisma, es decir, del sueldo griego.

theow: esclavo sajón o escandinavo.

trivium: las disciplinas «literarias» básicas en las artes liberales.

trovador, troubadour, trouvère: poeta, pero sobre todo intérprete y músico que recitaba y mimaba los cantos líricos o épicos escritos en lengua de oc.

truste: liga jurada; podía referirse a un grupo urbano, a un oficio o a un linaje.

typikon: en Bizancio, diplomas de fundación de un monasterio.

Verlief: véase *Relief*.

viridaria: huertos que rodeaban a las ciudades mediterráneas.

wâlî: gobernador provincial en al-Andalus.

wasserburg: dícese de una construcción aristocrática de tamaño modesto, ceñida de fosos, pero no forzosamente elevada sobre una mota.

watcringen: asociaciones aldeanas encargadas de vigilar el estado de diques y de tierras ganadas al mar (en los Países Bajos).

Weistümer: véase *rapports de droits.*

wiec: federación de tribus eslavas.

writ: puesta por escrito de una decisión real inglesa.

zecca: véase *cequino*.

zeugariate: campesino bizantino que solo poseía un tiro de bueyes.

BIBLIOGRAFÍA

Salvo excepción, no se ha indicado más que las obras particularmente importantes para el conocimiento del período cronológico estudiado. Se invita al lector a acudir a la bibliografía del volumen I para los manuales y obras de síntesis que cubren cada una de las áreas de civilización.

EL OCCIDENTE CRISTIANO

PRESENTACIÓN DE CONJUNTO DE PROBLEMAS Y ESTUDIOS GLOBALES

1.º Trabajos de síntesis

Abel, W., *Agrarkrisen und Agrarkunjunktur.*1966.

Bautier, R. H., *Histoire économique et sociale, t. 3: Le Moyen Âge* (Coll. Civilis., peuples et mondes), 1967.

Boutruche, R., *Seigneurie et féodalité,* 2 vols., 1968-1970; hay trad. cast.: *Señorío y feudalismo,* Siglo XXI, Madrid, 1979-1980, 2 vols.

Brooke, C. N., *A History of Europe from 911 to 1198,* 1960[3]; hay trad. cast.: *Europa en el centro de la Edad Media,* Aguilar, Madrid, 1973.

Cipolla, C. M., *The Middle Ages* (Fontana economic history), 1972; hay trad. cast.: *Historia económica de Europa. 1. La Edad Media,* Ariel, Barcelona, 1981.

Contamine, P., *La guerre au Moyen Âge* (Nouv. Clio, n.º 24), 1980; hay trad. cast.: *La guerra en la Edad Media,* Labor (Nueva Clío), Barcelona, 1984.

Duby, G., *Guerriers et paysans*, 1973; hay trad. cast.: *Guerreros y campesinos*, Siglo XXI, Madrid, 1983.

Fossier, R., *L'enfance de l'Europe* (Nouv. Clio, n.º 17), 1982, 2 vols; hay trad. cast.: *La infancia de Europa. Aspectos económicos y sociales*, Labor, Barcelona, 1984.

Génicot, L., *Le XIII siècle européen* (Nouv. Clio, n.º 18), 1968; hay trad. cast.: *Europa en el siglo XIII*, Labor, Barcelona, 1976[2].

Kula, W., *Théorie économique du système féodal*, 1970 (trad. fr); hay trad. cast.: *Problemas y métodos de la historia económica*, Península, Barcelona, 1973.

Le Goff, J., *La civilisation de l'Occident médiéval* (Coll. Les grandes civilisations), 1964; hay trad. cast.: *La civilización del Occidente medieval*. Juventud, Barcelona, 1969.

López, R. S., *East and West in the early Middle Ages. Economic relations*, Florencia, 1955.

Mundy, J. H., *Europa in the high Middle Ages, 1150-1309*, 1973.

Poly, J. P. y E. Bournazel, *La mutation féodale* (Nouv. Clio, n.º 16), 1981; hay trad. cast.: *El cambio feudal*, Labor (Nueva Clío), Barcelona, 1983.

2.° Estudios generales sobre la economía y la sociedad

Duby, G., *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, 1962, 2 vols.; hay trad. cast: *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, Península, Barcelona, 1973.

Gille, B., *Le Moyen Âge en Occident*, en *Histoire générale des techniques*, t. 1, 1962.

Koebner, R., *The settlement and colonization of Europe* (Cambridge Econ. History), 1966[2].

Latouche, R., *Les origines de l'économie occidentale,* 1956; hay trad. cast. en UTEHA, México, 1957.

Lombard, M., *Les métaux dans Tancien monde,* 1974.

Pounds, N. J., *An economic history of medieval Europe,* 1974; hay trad. cast.: *Historia económica de la Europa medieval,* Crítica, Barcelona, 1981.

Singer, C., *A History of Technology,* t. 2, 1956.

Slicher van Bath, B. M., *The agrarian History of Western Europe AD 500-1850,* 1963; hay trad. cast.: *Historia agraria de Europa occidental*. Península, Barcelona, 1974.

EL MARCO COTIDIANO

1.º Hombres y climas

Alexandre, P., «Histoire du climat et sources narratives…», en *Le Moyen Âge* (1974).

Cipolla, C. M., *Economic History of World Population,* 1962; hay trad. cast.: *Historia económica de la población mundial,* Crítica, Barcelona, 1983.

Duby, G., *L'Europe des cathédrales, 1140-1280* (Arts, idées, histoire), 1966; hay trad. cast.: *Tiempo de catedrales*, Argot, Barcelona, 1983.

—, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme,* 1978; hay trad. cast.: *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo,* Petrel, Barcelona, 1979.

Génicot, L., «Sur les témoignages d'accroissement de la population en Occident…», en *Cahiers d'hist. mond.* (1953).

Le Roy-Ladurie, E., *Histoire du climat depuis l'an mil,* 1967.

Olagüe, I., «Les changements de climat dans l'histoire», en *Cali, d'hist. mond.* (1963).

Russell, J., *Late ancient and medieval Population,* 1958.

—, *Population in Europe, 500-1500* (Fontana econ. history), 1969.

2.° El derecho y el grupo familiar

Caenegem, R. C., *The Birth of the english Law*, 1973.

Dauviller, J., *Le mariage dans le droit classique de l'Eglise...*, 1933.

Droege, G., *Landrecht und Lehnrecht in hohen Mittelalter*, 1969.

Duby, G., *Le chevalier, la femme et le prète*, 1981; hay trad. cast.: *El caballero, la mujer y el cura*, Taurus, Madrid, 1982.

Famille et parenté dans l'Occident médiéval (Coloquio 1974), 1977.

La femme dans les civilisations des Xe *et* XIIe *s.* (Coloquio 1976), *Cah. de* CIV. *méd.*, 1977.

Heers, J., *Le clan familial au Moyen Âge*, 1974; hay trad. cast.: *El clan familiar en la Edad Media*, Labor, Barcelona, 1978.

Leicht, P., *Storia del diritto italiano*, 1950[3].

Noonan, J. T. *Contraception et mariage*, 1969 (trad. fr.).

Olivier-Martin, F., *Histoire du droit frangais des origines à la Révolution*, 1951.

Power, E., *Medieval woman*; hay trad. cast.: *Mujeres medievales*, Encuentro, Madrid, 1979.

Yver, J., «Les caractéres originaux du groupe de coutumes de l'ouest de la France», en *Rev. hist. de droit fr. et étr.* (1959).

LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD

1.º Algunas «monografías»

Abel, W., *Geschichte der deutschen Landwirtschafts...*, 1962.

Allgemeine Geschiedenis der Nederlanden, 1949-1950, 2 vols.

Arnaldi, G. y C. Violante, *Storia d'Italia*, t. 2, 1959.

Bloch, M., *Les caractéres originaux de l'histoire rurale française*, 1952[12 345]; hay trad. cast.: *La historia rural francesa*, Crí-

tica, Barcelona, 1978.

Bonnassie, P., *La Catalogue du milieu du Xe à la fin du XIIe s.,* 1975-1976, 2 vols.; hay trad. cat.: *Catalunya mil anys entera,* Edicions 62, Barcelona, 1979, 2 vols.

The Cambridge economic History. Vol. 1: *The agrarian life...,* 1966.

Cuvillier, J. P., *L'Allemagne médiévale. Naissance d'un État,* 1979.

Darby, H. C., *Domesday England,* 1977.

Dollinger, P., *L'évolution des classes rurales en Bavière...,* 1949.

Duby, G., *La société aux XIe et XIIe s dans la région mâconnaise,* 1953.

Fossier, R., *La terre et les hommes en Picardie...,* 1968, 2 vols.

Fournier, G., *Le peuplement rural en basse Auvergne,* 1962.

Franz, G., *Geschichte der Bauernstandes...,* 1970.

Gautier-Dalché, J. y C. E. Dufourcq, *Histoire économique et sociale de l'Espagne chrétienne au Moyen Âge* (Coll. «U»), 1976; hay trad. cast.: *Historia económica y social de la España cristiana medieval*. El Albir, Barcelona, 1983.

Hensel, W., *La naissance de la Pologne,* 1966.

Lennard, R. V., *Rural England, 1086-1135,* 1959;

Musset, L., *Les peuples scandinaves au Moyen Âge,* 1951.

Poly, J. P., *La Provence et la société féodale, 879-1166,* 1976.

Soldevila, F. *Historia de España,* Ariel, Barcelona, 1952.

Toubert, P., *Les structures du Latium médiéval...,* 1973, 2 vols.

Wilkinson, B., *The high Middle Ages in England, 1154-1377,* 1978.

4.º Los grupos sociales: la aristocracia

Bloch, M., *La société féodale,* 1939, 2 vols.; hay trad. cast.: *La sociedad feudal,* UTEHA, México, 1958, 2 vols.

Bonenfant, P., «La noblesse en Brabant aux XII et XIIIe s.», en *Le Moyen Âge* (1958). Duby, G., *Le dimanche de Bouvines,* 1973.

—, «Lignage, noblesse et chevalerie au XIIes.», en *Annales ESC* (1972).

Ganshof, F. L., *Qu'est-ce que la féodalité?,* 1964; hay trad. cast.: *El feudalismo,* Ariel, Barcelona, 1963.

Mayer, T., *Adel und Bauern im deutschen Staat...,* 1943.

Mitteis, H., *Lehnrecht und Staatsgewalt,* 1933.

La noblesse au Moyen Âge (Études R. Boutruche), 1976.

Structures féodales et féodalisme dans l'Occident méditerranéen (Coloquio Roma, 1978), 1980; hay trad. cast.: *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo (siglos X-XIII),* Crítica, Barcelona, 1984.

Les structures sociales de l'Aquitaine, du Languedoc et de l'Espagne (Coloquio Toulouse, 1968), 1969.

Verriest, L., *Noblesse, chevalerie, lignage,* 1959.

3.º Los grupos sociales: los demás

Bader, K. S., *Studien zur Rechtsgeschichte des Mittelalters Dorfes...,* 1957-1962, 2 vols.

Blumenkranz, B., *Histoire des juifs en Frunce,* 1972.

Cam, H. M., *Liberties and Communities in medieval England,* 1954.

Fossier, R., *Charles de coutume en Picardie...,* 1975.

Fourquin, G., *Les soulévements populaires au Moyen Âge,* 1972; hay trad. cast.: *Los levantamientos populares en la Edad Media,* Edaf, Madrid, 1976.

Hilton, R. H., *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y la leva*. Siglo XXI, Madrid, 1985[4] (trad. cast.).

Leicht, P., *Operai, artigiani, agricoltori in Italia...*, 1946.

Perrin, C. E., «Le servage en France et en Allemagne», Congreso intern., Roma, 1955.

Saint-Jacob, P. de, «Etudes sur l'ancienne communauté rurale en Bourgogne», en *Annales de Bourgogne*, 43, 46, 53, (1941).

Verlinden, C., *L'esclavage dans l'Europe médiévale...*, 1955-1977.

Werner, E., *Paupers Christi*, 1956.

4.° El campo

Beresford, M. y J. G. Hurst, *Deserted medieval Villages*, 1971.

Chapelot, J. y R. Fossier, *Le village et la maison au Moyen Âge*, 1980.

Dion, R., *Histoire de la vigne et du vin en France*, 1965.

Fino, J. F., *Forteresses de la France médiévale*, 1970.

Fournier, G., *Le château dans la France médiévale*, 1978.

Hensel, W., *Méthodes et perspectives de recherche sur les centres ruraux et urbains chez les Slaves*, 1962.

Higounet, C., *Paysages et villages neufs*, 1977.

Histoire de la France rurale, t. 1 y 2, 1975.

Lindemans, P., *Geschiedenis van de Landbow in Belgïe*, 1952, 2 vols.

Roupnel, G., *Histoire de la campagne française*, 1955[2].

Slicher van Bath, B. M., *Yields ratios, 810-1820*, 1963.

Titow, J. Z., *Winchester yields...*, 1972.

Verhulst, A., «L'agriculture médiévale et ses problèmes», en *Studi medievali* (1962).

White, L., *Medieval Technology and social Changes,* 1962.

5.º La ciudad

Barel, Y., *La ville médiévale...,* 1977; hay trad. cast.: *La ciudad medieval,* Instituto de Estudios de la Administración Local, Madrid, 1981.

Beveridge, W., *Prices and Wages in England...,* 1939.

Bloch, M., *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe,* 1951.

Boussard, J., *Nouvelle histoire de Paris,* t. 1, 1976.

Carus-Wilson, E. M., *Medieval Merchants Venturers,* 1954.

Chapin, E., *Les villes de foire de Champagne,* 1937.

Dollinger, P., *La Hanse,* 1964.

Ennen, E., «Les différents types de formation des villes européennes», en Le *Moyen Âge* (1956).

Gimpel, J., *La révolution industrielle du Moyen Âge,* 1975; hay trad. cast. en Taurus, Madrid, 1982.

Gouron, A., *La réglementation des métiers en Languedoc au Moyen Âge,* 1958.

Herlihy, D., *Pisa in the early Renaissance...,* 1958.

Heyd, W., *Histoire du commerce du Levant au Moyen Âge,* 1959 (trad, fr.).

Histoire de la France urbaine, t. 2, 1980.

Joris, A., *La ville de Huy au Moyen Âge,* 1959.

Le Goff, J., *Marchands et banquiers au Moyen Âge* (Que sais-je?), 1962[2]; hay trad. cast. en EUDEBA, Buenos Aires, 1975.

López, R. S., *La revolución comercial en la Europa medieval,* Ediciones El Albir, Barcelona, 1981.

Miskimin, H., *The medieval City,* 1978.

Petit-Dutaillis, C., *Les communes françaises...*, 1947; hay trad. cast. en UTEHA, México, 1959.

Platt, C., *The english medieval Town*, 1976.

Renouard, Y., *Les hommes d'affaire italiens au Moyen Âge*, 1968[2].

—, *Les villes d'Italie de la fin du* X*e* *au début du* XIV*e* *s.*, 1969, 2 vols.

Roslanowski, T., *Recherches sur la vie urbaine... dans les villes de la moyenne Rhénanie*, 1964.

Strait, P., *Cologne in the* XII *th century*, 1974.

Wolff, P., *Histoire de Toulouse*, 1958.

—, *L'âge de l'artisanat* (Ve-XVIIIes.) (Hist. générale du travail), 1960; hay trad. cast. en Grijalbo, México, 1965.

EL PENSAMIENTO, EL PODER Y LA EXPRESIÓN

1.º Los poderes

Boumazel, E., *Le gouvernement capétien au* XII*e* *s.*, 1975.

Bur, M., *La formation du comté de Champagne*, 1977.

David, M., *La souveraineté et les limites du pouvoir monarchique*, 1947.

Dhondt, J., *Études sur la naissance des principautés territoriales en France*, 1946.

Folz, R., *L'idée d'Empire en Occident du* V*e* *au* XIV*e* *s.*, 1953.

Lemarignier, J. F., *Le gouvernement royal aux premiers temps capétiens*, 1965.

Le Patourel, J., *The Norman Empire*, 1976.

Lot, F. y R. Fawtier, *Histoire des institutions françaises au Moyen Âge*, 1957-1962, 3 vols.

Mitteis, H., *Der Staat des hohen Mittelalters*, 1968[8].

Pacaut, M., *Frédéric Barberousse*, 1967.

Les principautés au Moyen Âge, 1979.

Schramm, P. E., *Kaiser, Rom und Renovado*, 1929.

2.º La fe y la jerarquía de la Iglesia

Alphandéry, P. y A. Dupront, *La chrétienté et l'idée de croisade*, 1954-1959, 2 vols; hay trad. cast.: UTEHA, México, 1959-1962, 2 vols.

Becquet, J., «La paroisse en France aux XIe et XIIe s.», en *Semaine de La Mendola* (1977).

Bligny, B., *L'Église et les ordres religieux dans le royaume de Bourgogne aux XIe et XIIe s.,* 1960.

Berthold-Mahn, J., *L'ordre cistercien et son gouvernement*, 1945.

Cohn, N., *The Pursuit of the Millenium*, 1970[2]; hay trad. cast.: *En pos del Milenio*, Barral, Barcelona, 1972.

Cracco, G., «Reforma e eresie in… cultura europea tra X e XI s.», en *Riv. di stor. e let*. (1970).

Chienu, M. D., *La théologie au XIIe s.,* 1957.

Delaruelle, E., *La piété populaire au Moyen Âge*, 1975.

—, *L'idée de croisade au Moyen Âge*, 1980 reedición.

Dobiache-Rojdesvenski, O., *La vie paroissiale en France au XIIIe s.,* 1911.

Duby, G., *L'an mil*, 1967.

Emery, R. W., *The Friars in medieval France*, 1961.

Études sur l'histoire de la pauvreté au Moyen Âge (M. Mollat, ed.), 1974, 2 vols.

Fliche, A., *La reforme grégorienne et la reconquête chrétienne...*, 1950.

Hérésies et sociétés dans l'Europe préindustrielle (XIe—XVIIIe s.) (Coloquio 1962), 1968; hay trad. cast.: *Herejías y sociedades en la Europa preindustrial (siglos XI-XVIII),* Siglo XXI, Madrid, 1987.

Histoire des diocèses de France (B. Plongeron y A. Vauchez, eds.), 1975-1981, 17 vols.

Imbart de la Tour, P., *Les origines religieuses de la France*, 1979[2].

Lubac, H. de, *Exégése médiévale*, 1959-1964, 5 vols.

Magnou-Nortier, E*La société laïque et l'Église dans la province ecclésiastique de Narbontie de la fin du* VIII*e à la fin du* XI*e s.,* 1974.

Manselli, R., *Studi sulle eresie del secolo* XII, 1975.

Manteuffel, T., *Naissance d'une hérésie; les adeptes de la pauvreté volontaire*, 1970. *Modalités de la diffusion et de la réception des messages religieux du* XII*e au* XV*e s.* (A. Vauchez ed.), 1981.

Mollat, M., *Les pauvres au Moyen Âge*, 1978.

Morghen, R., *Medioevo cristiano*, 1978.

Nelli, R., *Le phénoméne cathare*, 1954.

Rousset, P., *La notion de chrétienté aux* XV-XIV *s.,* en *Le Moyen Âge* (1963).

Tellenbach, G., *Nene Forschungen iiber Cluny und des Cluniacenser*, 1959.

Thouzellier, C., *Catharisme et Valdéisme en Languedoc du* XI*e au début du* XIII*e s.,* 1965.

Valous, G., *Le monachisme clunisien des origines au* XV*e s.,* 1970[2].

Vauchez, A., *La spiritualité du Moyen Âge occidental* (VIII*e*—*XIVe*), 1975; hay trad. cast.: *La espiritualidad del Occidente medieval*. Cátedra, Madrid, 1985.

—, *Religión et société dans l'Occident médiéval*, 1981.

Violante, C., *Studi sulla cristianità medioevale*, 1972.

3.º Algunas formas de expresión

Berger, S., *La Bible française au Moyen Âge*, 1884.

Berger, R., *Littérature et société arrageoise au XIIIe s.,* 1981.

Bolgar, R., *The classical Heritage and its Beneficiarles,* 1958.

Crombie, A., *Histoire des Sciences de saint Augustin à Galilée,* 1959; hay trad. cast.: *Historia de la Ciencia. De San Agustín a Galileo,* Alianza, Madrid, 1979[2], 2 vols.

Chaillet, J., *La musique médiévale,* 1951.

Francastel, P., *L'humanisme roman,* 1947.

Frings, T., *Minnesinger und Troubadours,* 1949.

Grundmann, H., *La genesi dell'Università nel Medioevo,* 1958.

Guenée, B., *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval,* 1981.

Hajnal, I., *L'enseignement de l'écriture aux universités médiévales,* 1959.

Knowles, D., *The Evolution of medieval Thought,* 1962.

Kohler, E., «Observations historiques et sociologiques sur la pensée des troubadours», en *Cah. de CIV. méd.* (1964).

Leclercq, dom J., *L'amour des lettres et le désir de Dieu,* 1957.

Le Goff, J., *Les intellectuels au Moyen Âge,* 1957; hay trad. cast.: *Los intelectuales en la Edad Media,* Gedisa, Barcelona, 1986.

Mohrmann, C., «Le latín médiéval», en *Cah. de CIV. méd.* (1958).

Nelli, R., *L'érotique des troubadours,* 1975.

Nykrog, K., *Les fabliaux. Étude d'histoire littéraire,* 1957.

Paré, G., A. Brunet y P. Tremblay, *La renaissance du XIIe s., les écoles et l'enseignemcnt.*

Riché, P., «Recherches sur l'instruction des laïcs du IXe au XIIe s.», en *Cah. de CIV. méd.* (1962).

Rouche, M., *Histoire générale de l'enseignemcnt et de Véducation en France,* 1981.

Thompson, J. W., *The Literacy of the Laity in the Middle Ages,* 1963.

Steinen, W. von den, *Der kosmos des Mittelalters...,* 1959.

4.° El arte

Además de los volúmenes de la colección «Univers des formes» o los de las ediciones de Skira sobre la pintura románica o gótica:

Aubert, M., *L'art roman en France,* 1961.

—, *La sculpture française au Moyen Âge,* 1946.

—, *Le gothique à son apogée,* 1964.

Crozet, R., *L'art roman,* 1962.

Demians d'Archimbaud, G., *Histoire artistique de l'Occident médiéval* (Coll. «U»), 1968.

Duby, G., *L'adolescence de la Chrétienté occidentale,* 1967.

—, *L'Europe des cathédrales,* 1966.

Focillon, H., *L'art d'Occident,* 1965[2], 2 vols.

Grodecki, L., *L'architecture ottonienne,* 1958.

Jullian, R., *La sculpture gothique,* 1965.

Male, E., *L'art religieux du* XIII*e s.,* 1958[2].

Salet, F., *L'art gothique,* 1963.

EL MUNDO BIZANTINO

PRESENTACIÓN DE CONJUNTO Y ELEMENTOS DE LA VIDA POLÍTICA

Acudir en primer lugar a los trabajos de síntesis concernientes al tema y que figuran en la bibliografía del volumen I. Completar con:

Angold, M., *A Byzantine Governement in Exile,* 1974.

Ahrweiler, H., *Études sur les structures administratives et sociales de Byzance* (Variorum Reprints, 1971).

Chalandon, F., *Histoire de la domination normande en Sicile et en Italie*, 1907.

—, *Les Comnénes...*, 1958.

Gay, J., *L'Italie méridionale et l'Empire byzantin, 867-1071*, 1904.

Grégoire, H., *La dynastie macédonienne...*, 1950.

Guilland, R., *Étude sur l'histoire administrative de l'Empire byzantin*, 1957.

Obolenski, D., *The byzantine Commonwealth*, 1971.

Oikonomidés, N., *Les listes de préséance byzantines des* IXe *et* X^e^ *s.*, 1972.

Portal, R., *Les Slaves: peules et nations* (VIIe—XXe), 1965.

Runciman, S., *A history of the first bulgarian Empire*, 1930.

—, *The Emperor Romanus Lécapene and his Reign*, 1929.

Scblumberger, G., *L'épopée byzantine à la fin du* X^e^ *s.*, 1938, 3 vols.

—, *Un empereur byzantin au* X^e^ *s.: Nicéphore Phocas*, 1896.

Stiernon L., «Les origines du despotat d'Épire», en *Rev. des ét. byz*. (1959).

PROBLEMAS ECONÓMICOS Y SOCIALES

De la bibliografía del volumen I se consultarán las obras indicadas bajo el título *Cuestiones económicas y sociales*, y, particularmente para los estudios sociales, las de Charanis, Jacoby, Ostrogorsky y Stars; para un estudio de las ciudades y campos las de Antoniadis-Bibicou, Ahrweiler, Boulnois-Grierson, Lemerle, López, Morrisson, Svoronos. Completar con:

Borsari, S., «IL commercio veneziano nell'Impero bizantino nel sec. XII», en *Riv. ist. ital.* (1964).

Bratianu, G., *Le commerce génois dans la mer Noire*, 1929.

Jacoby, D*La féodalité en Gréce médiévale*, 1971.

Kirsten, E., «Die byzantinische Stadt», en *Étud. byz*. (1958).

López, R. S., «Silk industry in the byzantine Empire», en *Speculum* (1965).

Macri, C. M., *L'organisation de l'économie urbaine dans Byzance sous la dynastie macédonienne*, 1925.

Morrisson, C., «La dévaluation de la monnaie à Byzance au Xe s.: une réinterprétation», en *Travaux et mém...* (1976).

Ostrogorsky, G., «La commune rurale byzantine», en *Byzantion* (1962).

—, *Pour l'histoire de la féodalité byzantine*, 1954.

—, «Recherches sur le régime agraire à Byzance», en *Cah. de CIV. méd*. (1959).

Svoronos, N., «Remarques sur les structures économiques de l'Empire byzantin au XIe s.», en *Travaux et mém*. (1976).

—, «Société et organisation intérieure dans l'empire byzantin au XIe s.», en *Travaux et mém*. (1976).

—, «Sur quelques formes de la vie rurale à Byzance», en *Annales ESC* (1956).

(Los *Travaux et Mémoires du Centre de recherche d'histoire byzantine de París* publican numerosos artículos sobre estas cuestiones; sobre todo en 1976 y 1979.)

Los problemas surgidos por la cruzada

Antoniadis-Bibicou, H., «Notes sur les relations de Byzance avec Venise», en *Thesaurismata* (1962).

Balard, M., *La Romanie génoise*, 1978, 2 vols.

Daly, W. M., «Christian fraternity: the Crusaders and the Security of Constantinople, 1097-1204», en *Med. Studies*.

Longnon, J., *L'empire latin de Constantinople et la principauté de Morée,* 1949.

Lemerle, P., *Byzance et la croisade* (Xe congreso internacional, Roma, 1955), 1955.

Stiernon, L., «Les origines du despotat d'Épire», en *Rev. des ét. byz*. (1959).

Thiriet, J., *La Romanie vénitienne,* 1963, 2 vols.

CULTURA Y RELIGIÓN

Además de las obras de historia artística citadas en el volumen I, ver:

Darrouzes, J., «Les documents byzantins du XIIe s. sur la primauté romaine», en *Rev. des ét. byz*. (1965).

Dvornik, F., *Byzance et la primauté romaine,* 1964.

—, *Byzantines Missions among the Slaves,* 1970.

—, *Le schisme de Photius,* 1950.

Every, G., *The Byzantine Patriarchate, 451-1204,* 1962.

Hussry, J. M., *Church and Learning in the byzantine Empire, 867-1185,* 1937.

Lugie, M., *Le schisme byzantin,* 1941.

Lemerle, P., «Professeurs et éléves à Constantinople au Xe s.», en C. *r. AIBL* (1970).

Millénaire du Mont-Athos. Études et mélanges, 1963, 2 vols.

Oeconomos, L., *La vie religieuse dans l'Empire byzantin au temps des Comnénes et des Anges,* 1918.

EL ISLAM

A las obras generales citadas en el volumen I, añadir:

Histoire générale des civilisations, III, *Le Moyen Âge,* 1961.

Spuler, B., *Geschichte der islamischen Länder,* t. 1, 1953.

PROBLEMAS REGIONALES

1.° Oriente Próximo, zonas turca y mongola

Cahen, C., *Pre-ottoman Turkey*, 1968.

Grousset, R., *L'Empire des steppes,* 1939.

—, *L'Empire mongol,* 1941.

Hitti, P. K., *History of Syria...*, 1951.

Khoury, A. T., *Polémique byzantine contre l'Islam* (VIIIe—XIIIe), 1973.

Laurant, J., *Byzance et les origines du sultanat seldjoukide de Roum,* 1930.

Lemercier-Quelquejay, C., *La paix mongole,* 1970.

Turan, O., «Le droit terrien sous les Seldjoukides de Turquie», en *Rev. des ét. isl.* (1948).

—, «L'islamisation dans la Turquie du Moyen Âge», en *Studia Islámica* (1959).

Vryonis, S., *The decline of medieval hellenism in Asia minor...*, 1971.

Wiet, G., *Histoire de la nation égyptienne, t. 4: 642-1517,* 1937.

2.° El Oeste

Amin, S., *Sobre el desarrollo de las formaciones sociales,* Anagrama, Barcelona, 1976[2].

Bolens, L., *Les méthodes culturales au Moyen Âge d'aprés les traités d'agronomie andalous: traditions et techniques,* 1974.

Bonnassie, P., *La Catalogue du milieu du Xe à la fin du XIe siérrele, croissance et mutations d'une société,* 1975, 2 vols.

Cahen, CL., «Quelques notes sur les Hilaliens et le nomadisme», en *Journal of the Social and Economic History of the Orient* (1968).

Courtois, Ch., «Remarques sur le commerce maritime en Afrique au XIe siérrele», en *Mélanges d'histoire et d'archéologie*

de l'Occident musulman (1957).

Goitein, S. D., «La Tunisie du XIe siécle à la lumière des documents de la Geniza du Caire», en *Études d'orientalisme dédiées à la mémoire de Lévi-Provençal* (1968).

Golwin, L., *Le Maghreb central à l'epoque des Zirides*, 1957.

Guichard, P., «Animation maritime et développement urbain des cotes de l'Espagne oriéntale et du Languedoc au Xe siècle», en *Occident et Orient au Xe siècle* (Congreso, Dijon, 1978), 1979.

Idris, H. R., *La Berbérie oriéntale sous les Ziridies, X^{e}—XIIe siècles*, 1959, 2 vols.

Lacoste, Y., *Ibn Khaldoun, naissance de l'histoire, passé du tiersmonde*, París, 1966; hay trad. cast.: *El nacimiento del Tercer Mundo, Ibn Jaldum*, Edicions 62, Barcelona.

Milles, G., *The Coinage of the Umayyads of Spain*, 1950.

Poncet, J., «Le mythe de la catastrophe hilalienne», en *Annales ESC* (1967).

Prieto y Vives, A., *Los reyes de taifas, estudio histórico-numismático de los musulmanes españoles en el siglo V de la Hégira (XI de J.-C.)*, 1926.

Urvoy, D., *Le monde des ulémans andalous du Ve au VIIe—XIIIe siècles, étude sociologique*, 1978.

3.º Las cruzadas

Atiya, A. S., *Crusade, Commerce and Culture*, 1962.

—, *The Crusade. Historiography...*, 1962.

Byrne, E. H., «Genoese colonies in Syria», en *Mel. Munro* (1928).

Cahen, C., *La Syrie du nord à l'époque des croisades...*, 1940.

—, «Le régime rural syrien aux premiers temps de la domination franque», en *Bull. fac. lett. de Strasb*. (1951).

—, *L'Islam et la croisade* (X Congreso intern. Roma 1955), 1955.

—, «Notes sur l'histoire de l'Orient latin», en *Bull. Fac. lett. de Strasb*. (1950-1951).

Canard, M. «La guerre sainte dans le monde islamique et dans le monde chrétien», en *Rev. afric*. (1936).

Deschamps. P. *La défense du royaume de Jérusalem,* 1939.

Ehrehkreuz, A. S., *Saladin,* 1972.

Elisseeff, N., *Nûr-ad-Dîn, un grand prince musulman...,* 1967, 3 vols.

Grousset, R., *Histoire des croisades,* 1936-1938, 3 vols.

—. *L'empire du Levant,* 1946.

Prawer, J., «Étude sur quelques problèmes agraires et sociaux d'une seigneurie croisée».

en *Byzantion* (1952-1953).

—, *The Venetians and the Venetians Colonies in the Crusader's Kingdom,* 1968.

Richard, J., *Le royaume latin de Jérusalem,* 1953.

Runciman, S., *A history of the Crusades,* 1951-1955, 3 vols.; hay trad. cast.: *Historia de las cruzadas,* Alianza, Madrid, 1973, 3 vols.

Setton, K. M., *A history of the Crusades,* 1962, 2 vols.

Sivan, E., *L'Islam et la croisade. Idéologie et propagande...,* 1968.

PROBLEMAS ECONÓMICOS Y SOCIALES

1.° Ciudades y campos

Ashtor, E., *Histoire des prix et des salaires dans l'Orient médiéval,* 1969.

Balard, M., *Gênes et l'Outre-mer...,* 1978.

Bratianu, G., *Le commerce génois dans la mer Noire au XIII[e] s.*, 1929.

Cahen, C., «Douanes et commerce dans les ports méditerranées de l'Égypte médiévale», en *Jour. ec. et soc. hist. Orient*. (1964).

—, «L'alun avant Phocée», en *Rev. d'hist. écon. et soc*. (1963).

—, «L'évolution de l'iqta du IX[e] au XIII[e] s.», en *Annales ESC* (1953).

—, «Mouvements populaires et autonomismes urbains dans l'Asie musulmane du Moyen Âge», en *Arábica* (1958-1959).

Fahd, T., «Les corps de métier au X[e] s. à Bagdad», en *Journ. éc. and soc. hist. Orient*. (1965).

Goitein, S. D., *The jewish Community of the arab World...*, 1967-1971, 2 vols.

—, «The rise of the neareastem bourgeoisie», en *Cah. hist. mond*. (1957).

Heyd, W., *Histoire du commerce du Levant au Moyen Âge*, 1967[2], 2 vols.

Hourani, A. y S. M. Stern, *The islamic City*, 1970.

Labib, S., *Handelgeschichte Aegyptens in Splitmittelalter*, 1965.

Turan, O., «Le droit terrien sous les Seldjoukides de Turquie», en *Rev. des ét. isl*. (1948).

2.º Pensamiento y expresión

Gabriel, A., *Monuments turcs d'Anatolie*, 1931-32.

—, *Voy ages archéologiques dans la Turquie oriéntale*, 1956.

Hodgson, M. G., *The Ordre of the Assassins*, 1955.

Laoust, H., *Les schismes dans l'Islam*, 1965.

Lecomte, G., *Ibn Qutayba*, 1965.

Paret, R., «Contribution à l’étude des milieux culturéis dans le Proche-Orient médiéval» en *Rev. hist*. (1966).

Sourdel-Thomine, J. y B. Spuler, *Die Kunst des Islam*, 1973.



ROBERT FOSSIER (Le Vésinet, Francia, 1927 - Meudon, Francia, 2012). Fue un historiador francés dedicado a la Edad Media. Fue uno de los medievalistas más importante del siglo XX, muy influido por la Escuela de los Annales, pero sin alcanzar tanta fama como Georges Duby y Jacques Le Goff. Amplió el conocimiento de la Edad Media en los campos de la historia social y económica.

Fue uno de los difusores de la teoría del incastellamento junto con Pierre Toubert. Contribuyó a desmitificar muchos conceptos que se tenían sobre la Edad Media. En una de sus entrevistas declaró «estoy convencido de que los hombres de la Edad Media somos nosotros».

Notas

[*] Nombre que reciben los territorios conquistados por los daneses durante el siglo IX en el norte y este de Inglaterra, que incluían los antiguos reinos sajones de East-Anglia y Essex, y parte de los de Mercia y Lindsey. (*N. del t.*). <<

[*] La transcripción de los términos árabes de este capítulo ha sido realizada por Julio Samsó, catedrático de árabe de la Universidad de Barcelona. <<

[*] La transcripción de los términos árabes de este capítulo ha sido realizada por Julio Samsó, catedrático de árabe de la Universidad de Barcelona. <<

ÍNDICE

La Edad Media: T.II. El despertar de Europa, 950-1250 2
Introducción, por ROBERT FOSSIER 7
INTRODUCCIÓN 7
La «auténtica» Edad Media 8
¿Dónde hallar la causa? 10
¿El Sol? 14
Agrupamiento 17
Dilatación 20
Estabilidad 23
Primera parte LA ECLOSIÓN EN EL OESTE 27
Capítulo 1. LA EUROPA DEL AÑO MIL, por JEAN-PIERRE POLY 28
NOBLES Y CAMPESINOS 28
EL GRAN CAMBIO 51
LA PARTE DEL ALODIO Y LA DEL FEUDO 69
EL FINAL DEL PENSAMIENTO SALVAJE 92
LA «REPRODUCCIÓN PRIMITIVA» 105
Capítulo 2. Nacimiento de una cristiandad, mediados del siglo X — finales del siglo XI, por ANDRÉ VAUCHEZ 120
EL PODER DE LA FE 121
LA IGLESIA GUÍA LA SOCIEDAD 133

LO ESPIRITUAL EN PRIMER LUGAR 150
EL «RENACIMIENTO» DEL SIGLO XI 158
Capítulo 3. Asentamiento de los estados, por ROBERT FOSSIER 174
LOS MUNDOS DEL NORTE AMARRADOS A EUROPA 175
AL ESTE, UNA FRONTERA QUE SIGUE ABIERTA 181
AL SUR, OBERTURA PARA UNA RECONQUISTA 186
LAS PREOCUPACIONES DEL PODER 198
Capítulo 4. LA fragmentación del mundo islámico (de finales del siglo IX a finales del siglo XI), por HENRI BRESC y PIERRE GUICHARD 212
LA DESCOMPOSICIÓN DE ORIENTE 213
LA ORGULLOSA SUPERVIVENCIA URBANA 235
EL PARÉNTESIS ISMÁ‘ILÍ 243
LA REAPERTURA DE LAS VÍAS Y DEL MAR 253
EL ESPLENDOR DE AL—ANDALUS 266
NACIMIENTO DE UN ISLAM OCCIDENTAL 282
Capítulo 5. El último esplendor de bizancio (950-1070), por ALAIN DUCELLIER 296
¿EL IMPERIO POR FIN ESTABILIZADO? 296
RESPLANDORES Y TORMENTOS 309
EL ÚLTIMO CENTELLEO DE LA ANTIGÜEDAD 341
Segunda parte PRIMACÍA DE LA PEQUEÑA EUROPA 355
Capítulo 6. La primera expansión europea, por ROBERT FOSSIER 356

CADA VEZ MÁS HOMBRES 357
CADA VEZ MENOS SUELOS IMPRODUCTIVOS 367
LA DILATACIÓN EN EUROPA 378
La CONQUISTA DEL MAR 387
Capítulo 7. EL SALTO HACIA ADELANTE, por ROBERT FOSSIER 419
EL «BOOM» DE LOS PRODUCTOS ALIMENTARIOS 419
TRANSFORMAR Y DIVERSIFICAR 445
EL MERCADO 464
EL ORO Y LA PLATA 491
Capítulo 8. LAS FORMAS DE VIDA DE LOS HOMBRES Y MUJERES, por ROBERT FOSSIER 511
LA FAMILIA Y EL HOGAR 511
La ALDEA Y EL BARRIO URBANO 534
LOS PODEROSOS Y LOS DÉBILES 579
Capítulo 9. Una severa normalización, por ANDRÉ VAUCHEZ 611
LA JERARQUÍA RESTAURADA 611
LAS DESVIACIONES APLASTADAS 636
HACIA EL CONFORMISMO 654
UNA EXPRESIÓN UNIFORME 665
Tercera parte EL ORIENTE SE ECLIPSA 685
Capítulo 10. EL Islam descoronado, por ROBERT MANTRAN 686
EL ORIENTE ENFERMO Y AGREDIDO 686
¿HAY MOTIVOS PARA ESPERAR? 709

EL MAGRIB A LA DERIVA 739
Capítulo 11. La agonía de Bizancio (1080-1261), por ALAIN DUCELIER 748
FALSAS APARIENCIAS 748
HACIA LA AGONÍA 764
LA MUERTE CERCANA 780
Cuadro Cronológico 796
BIBLIOGRAFÍA 851
Sobre el autor 872
Notas 873